Archivo General de la Nación
Volumen CCXVIII

Historia de Santo Domingo
Volumen IX

La dominación haitiana (1822-1844)



Gustavo Adolfo Mejía-Ricart

Historia de Santo Domingo
Vol. IX

La dominación haitiana (1822-1844)

Archivo General de la Nación
Volumen CCXVIII

Gustavo Adolfo Mejía-Ricart

Historia de Santo Domingo
Vol. IX

La dominación haitiana (1822-1844)

Libro XI
Instauración del régimen haitiano

Libro XII
Augurios de libertad
(Etapa incubatoria separatista)

Santo Domingo, R. D.
2015

Cuidado de edición y diagramación: Eric Simó
Diseño de cubierta: Engely Fuma Santana
Motivo de cubierta: Montaje fotográfico con las imágenes de Jean-Pierre Boyer y Tomás Bobadilla y Briones, las banderas de la República de Haití y de República Dominicana, y la zona fronteriza entre ambos países.

© Gustavo Adolfo Mejía-Ricart

De esta edición
© Archivo General de la Nación (vol. CCXVIII)
Departamento de Investigación y Divulgación
Área de Publicaciones
Calle Modesto Díaz No. 2, Zona Universitaria,
Santo Domingo, República Dominicana
Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110
www.agn.gov.do

ISBN: 978-9945-586-25-1
Impresión: Editora Centenario, S. R. L.

Impreso en República Dominicana / Printed in Dominican Republic

Contenido

Presentación 13

Libro XI. Instauración del régimen haitiano

Capítulo I. Invasión occidental en la parte Este de la Isla 15

1. El período haitiano y sus tres etapas 17
2. Los gérmenes de la absorción 17
3. Causas de la formación de un núcleo pro-haitiano 28
4. Consulta al general Guy Joseph Bonnet 31
5. Rumores de una ocupación de Haití por su antigua Metrópoli 32
6. Miseria moral y física de la época 34
7. Proyecto anexionista 36
8. Tendencias en que estaba dividida la opinión pública ... 38
9. Boyer impone su autoridad 39
10. Precursor grito de Independencia en la Diputación Provincial 39
11. Otro antecedente 40
12. Pronunciamientos de los pueblos de la parte este de la isla que formaban el Estado Libre 41
13. Cooperación de las facciones políticas 55
14. El hecho histórico de la incorporación 59
15. El dolo interviniendo en el pacto con el hombre del Oeste 65
16. No hubo cesión de territorios sino conquista 73
17. Manifiesto del presidente Núñez de Cáceres 82
18. Orden del día del 12 de enero del 1822 84
19. Penetración del ejército de Jean Pierre Boyer en el territorio dominicano y dramática rendición de la ciudad de Santo Domingo 85

Capítulo II. Administración bajo Haití 97
1. El gobierno de la ocupación 99
2. División política de la parte del Este 100
3. Organización de las finanzas 106
4. Abolición de la esclavitud 106
5. Reacción de la opinión pública 107
6. El proyecto de cesión de Samaná a la República francesa 108
7. Comisiones a Francia y Colombia 117
8. Elecciones en los nuevos Departamentos incorporados de la parte española 118
9. Actos de fuerza que tienden a solidarizar el hecho de la ocupación militar 120
10. Expulsión del arzobispo Valera Jiménez 121
11. Tentativas de rebelión en Samaná, Sabana de la Mar y El Seybo 124
12. España reclama la parte Este de la isla de Santo Domingo 124
13. Motines y manifestaciones públicas en Bayaguana, Santiago y Puerto Plata y la conspiración de Los Alcarrizos 126
14. Prodigalidad de los dominadores 126

Capítulo III. Período caótico de la dominación. El despertar de la conciencia de un pueblo 127
1. Ciclo histórico de distinto espíritu y las ideas de libertad en la Colonia 129
2. Gobierno de Borgellá y su reemplazo 132
3. El general Carrié en la Comandancia de Armas de Santo Domingo 132
4. Gobierno eclesiástico de Portes e Infante 133
5. Era una realidad que no podían fusionarse las dos antiguas colonias europeas en la isla de Santo Domingo 134
6. Cuestión grave que suscitó la aplicación de la Carta Constitucional de Haití en la parte española 136
7. Terremoto del 27 de septiembre del 1834 137
8. El retorno de Duarte 139

9. Últimos hechos de esta segunda etapa del período haitiano 139
10. La personalidad de Jean Pierre Boyer 140

Libro XII. Augurios de libertad. (Etapa incubatoria separatista) 143

Capítulo I. Juntas Revolucionarias 143
1. La Trinitaria 145
2. La Filantrópica como un complemento o prolongación de la Trinitaria, aunque con distintos fines aparentes: la primera, de carácter netamente político, y la segunda, de índole privada y cultural 178
3. Un acuerdo previo entre Duarte y sus copartícipes en la formación de la Trinitaria 182
4. El juramento de los trinitarios 183
5. La Trinitaria debió ser más bien un sistema de iniciación patriótica que una sociedad propiamente dicha 185

Capítulo II. Controversia acerca del autor de la idea separatista 189
1. El apostolado de Duarte y la opinión de los historiadores 191
2. El precursor 195
3. Prédica del padre Gaspar Hernández 197
4. Los personajes del drama nacional 218

Capítulo III. Ocaso de un período (1841-1843) 335
1. Los últimos días del absolutismo de Boyer 337
2. El movimiento haitiano denominado La Reforma 340
3. La deposición de Carrié y su capitulación de la Plaza de Santo Domingo 343
4. La Junta Popular y sus actividades 346
5. La unión y discrepancia de los revolucionarios haitianos y los patriotas dominicanos 349
6. El factor económico como causa eficiente histórica en la decadencia de la antigua posesión española en contraste con la prosperidad inusitada de la francesa de Saint-Domingue 363

7. La falta del embrión sociológico, de población y de cultura como factores del futuro Estado 371
8. El duelo de los partidos políticos en los umbrales de la República 392
9. La ocupación militar violenta instaurada por Riviére en la parte Este provoca una reacción del pueblo dominicano 397
10. El elemento psicológico forma la conciencia colectiva y el mismo espíritu de la nacionalidad 407

ANEXOS

Anexo 1. Carta del Comisionado Regio Andrés López Medrano ante su gobierno desde Santo Domingo, del 25 de junio de 1820 413
Anexo 2. Carta del gobernador español Pascual Real a su gobierno, sobre la situación económica y política del país del 31 de junio de 1821 421
Anexo 3. Carta del general haitiano José Bonnet al presidente Boyer, sobre la incorporación de la Parte del Este a la República Haitiana 423
Anexo 4. Pronunciamientos de los comandantes dominico-españoles de Montecristi y Dajabón a favor de Haití 429
Anexo 5. Comunicación del 2 de enero del 1822, en la que el general Esteban Magny le refiere algunos sucesos al general Boyer 431
Anexo 6. Carta de Jean Pierre Boyer, presidente de Haití, al ciudadano José Núñez de Cáceres, jefe político de Santo Domingo 435
Anexo 7. Acuerdos del Instituto de Investigaciones Históricas sobre el período haitiano hasta la fundación de la Trinitaria 439
Anexo 8. Manifiesto de José Núñez de Cáceres 479
Anexo 9. Otras memorias del general José Bonnet 485
Anexo 10. Proceso verbal de la entrada del presidente de Haití a Santo Domingo 491
Anexo 11. Rasgos biográficos del padre Gaspar Hernández 493

Anexo 12. Carta de José Gabriel García a Federico Henríquez y Carvajal sobre Gaspar Hernández y Duarte 503
Anexo 13. Carta del trinitario Félix María Ruiz 509
Anexo 14. Informaciones sobre la genealogía de Manuela Diez y Jiménez Benítez 513
Anexo 15. Sobre la casa donde nació Duarte 517
Anexo 16. Contribución a una biografía crítica de Duarte y Diez 521
Anexo 17. Ascendencia de Juan Pablo Duarte 529
Anexo 18. Testamento de Juan José Duarte 537
Anexo 19. Actas que en presencia o en que figura el joven Juan Pablo Duarte, empleado de comercio, desde el año 1833 al 1842 547
Anexo 20. Viaje e Instrucción del apóstol Duarte 549
Anexo 21. Cantos de Juan Pablo Duarte 553
Anexo 22. Proyecto de Ley Fundamental de Duarte hallado en copia pues el original parece haberse extraviado en manos de don Federico Henríquez, según testimonio del jefe de los académicos en nota el pie (1a.) 557
Anexo 23. Acto de donación de una casa hecha por don Juan José Duarte a su hijo don Juan Pablo Duarte .. 565
Anexo 24. Comentarios a biografía de Sánchez por Américo Lugo 569
Anexo 25. Cartas de Geffrard y Sánchez 573
Anexo 26. Sobre el escondite de Sánchez al ser perseguido en 1843 579
Anexo 27. Datos de febreristas sobre la Independencia 583
Anexo 28. Sobre el lugar de nacimiento de Sánchez y la casa del Tapado 587
Anexo 29. El nacimiento de Sánchez 597
Anexo 30. Datos biográficos de Olaya del Rosario de Belén y genealogía de la familia Sánchez 603
Anexo 31. Más datos sobre la parentela de Sánchez 605

Anexo 32. Artículo Amnistía, publicado en *El Progreso*, edición del 6 de marzo del 1853, y reproducido en *El Eco de la Opinión* en su edición del 29 de junio del 1889 609

Anexo 33. Controversia en torno a Sánchez 615

Anexo 34. Nota del agente confidencial Mella al excelentísimo ministro de Estado en el 1854 (de la Monarquía Española) 631

Anexo 35. Testamento del general Ramón Mella. Puerto Plata, 5 de mayo de 1859 637

Anexo 36. Del nacimiento y nombres del prócer Mella 641

Anexo 37. Partida de bautismo del trinitario José María Serra 645

Anexo 38. Sobre los orígenes de la frontera dominico-haitiano 647

Anexo 39. Nota de José María Serra sobre el escondite de Sánchez 653

Bibliografía general 661

Índice onomástico 671

Presentación

Este volumen, noveno de una obra de veintidós tomos, es de un intelectual incansable, que dedicó gran parte de su vida a engrandecer la cultura dominicana, en cuyo trayecto sufrió persecuciones y perdió a sus dos mejores hijos: Gustavo Adolfo (1949) y Octavio Augusto (1959).

Hijo y nieto de intelectuales: Félix Evaristo y Juan Tomás, nacido en 1893 y con una formación positivista hostosiana, se inició escribiendo cuentos (1912), sobre derecho (1914) y política (1920). Luego incursionó en la novela, la crítica literaria, la filosofía y la historia. Legó más de sesenta obras, la mitad publicadas.

En la investigación y la interpretación históricas, Gustavo Adolfo Mejía-Ricart hizo sus mejores aportes, no obstante el aislamiento social y la represión prevalecientes así como la escasez de fuentes de datos. Como presidente del Instituto de Investigaciones Históricas emprendió, junto a otros distinguidos historiadores y publicistas, la labor de esclarecer los temas más importantes de nuestro devenir histórico, con gran rigor científico. De su monumental *Historia de Santo Domingo*, alcanzó a publicar ocho volúmenes, que tratan nuestra prehistoria y la etapa colonial (1492-1721); quedan catorce que corresponden a la etapa republicana, aunque los tres últimos, sobre la Era de Trujillo, tienen limitaciones de datos, por ser escritos bajo ese régimen, del que solo sobrevivió unos meses, pues murió en Madrid, España, en junio de 1962, mientras fungía como Embajador en ese país.

El presente volumen, «La dominación haitiana (1822-1844)», que se publica con el apoyo del Archivo General de la Nación (AGN), describe y analiza el período de integración forzosa del país a la República de Haití. Se encuentra dividido en dos partes

«Instauración del régimen haitiano» (1822-1838), y «Augurios de libertad (Etapa incubatoria separatista» (1838-1844).

El autor, contando con un acopio de datos verdaderamente sorprendente para la época, y pasando por encima de los prejuicios, aislamiento insular y temores de entonces, realizó una descripción pormenorizada y crítica de ese período crucial de nuestra historia, para lo cual no dudó en utilizar fuentes haitianas que cuestionan las versiones de los historiógrafos tradicionales dominicanos; aun cuando trasluce en sus comentarios un cierto prejuicio racial, producto de nuestro ambiente intelectual prevaleciente.

Mejía-Ricart reconoce que hubo entre los dominicanos muestras de aceptación de la incorporación a Haití, pero considera ese hecho un acto de imposición, por la presencia de un ejército invasor y amenazas apenas veladas. Debe hablarse de un estado de dominación, más que de ocupación haitiana, ya que la gran parte de los efectivos militares que actuaban entonces en nuestro territorio eran dominicanos, reclutados a través del servicio militar obligatorio, cuyos oficiales eran seleccionados en parte por ellos mismos, lo que explica que Duarte, Mella, los Santana, los Puello, y tantos otros, lo hayan sido.

Lo que se produjo el 27 de febrero de 1844 fue un acto de separación, pues la independencia había sido ya proclamada por Núñez de Cáceres el 30 de noviembre de 1821, la cual fue convertida tres meses más tarde en parte de la República haitiana, pero sin retornar al régimen colonial. Por acuerdo de los trinitarios con los conservadores, socialmente dominantes, la Declaración del 16 de Enero solo mencionó la Separación. Desde el día siguiente el gobierno dominicano estuvo presidido por anexionistas, hasta el triunfo de la Restauración en el año 1865, mientras que los verdaderos independentistas fueron marginados o muertos, incluyendo los padres de la patria.

Esperamos que los veintidós volúmenes de esta obra puedan ver pronto la luz pública, para que se fortalezca la bibliografía nacional con esta temprana y extensa historia, cuyos datos y visión serán de gran utilidad para el mejor conocimiento de nuestra realidad histórica.

TIRSO MEJÍA-RICART

Libro XI
Instauración del régimen haitiano

Capítulo I
Invasión occidental en la parte Este de la Isla

1.- El período haitiano y sus tres etapas. 2.- Los gérmenes de la absorción. 3.- Causas de la formación de un núcleo pro-haitiano. 4.- Consulta al general Guy Joseph Bonnet. 5.- Rumores de una ocupación de Haití por su antigua Metrópoli. 6.- Miseria moral y física de la época. 7.- Proyecto anexionista. 8.- Tendencias en que estaba dividida la opinión pública. 9.- Boyer impone su autoridad. 10.- Precursor grito de Independencia en la Diputación Provincial. 11.- Otro antecedente. 12.- Pronunciamientos de los pueblos de la parte este de la isla que formaban el Estado Libre. 13.- Cooperación de las facciones políticas. 14.- El hecho histórico de la incorporación. 15.- El dolo interviniendo en el pacto con el hombre del Oeste. 16.- No hubo cesión de territorios sino conquista. 17.- Manifiesto del presidente Núñez de Cáceres. 18.- Orden del día del 12 de enero del 1822. 19.- Penetración del ejército de Jean Pierre Boyer en el territorio dominicano y dramática rendición de la ciudad de Santo Domingo.

1.– El período haitiano y sus tres etapas

Durante veintidós años se discurre el período haitiano, para los efectos de su estudio, y por razones de método, voy a dividirlo en tres etapas bien definidas por sus característicos estados de conciencia colectiva, en cada uno de los cuales es imprescindible que la crítica se detenga para examinarlos con detenido análisis.

La primera jornada histórica comprende desde donde termina el anterior ciclo del Estado Independiente de Haití Español y desde antes con los mismos precedentes de la anexión de Haití, extendiéndose hasta el momento del nacimiento de la idea separatista con la fundación de La Trinitaria.

La segunda desenvolverá la pugna de los dos conceptos contrarios en que se debate la opinión pública, desde el 1840 al 1843, data en que culmina con el Plan Levasseur, su origen y efectos y el juicio que debe merecer a la posteridad.

Las postrimerías del período que ahora expongo ha de contener el tercer ciclo. Ese momento en el cual se incubó el alma de la patria y germinó la semilla de la Separación.

El hecho inmortal del Baluarte, el 27 de febrero del 1844, cerrará esta Era haitiana, e inaugurará la propia separatista.

2.– Los gérmenes de la absorción

Los fundadores de la nacionalidad haitiana que forjaron la epopeya de su raza, no dejaron sino manchas de sangre y rastros de fuego a su paso por la tierra dominicana.[1] Este es el hecho. Sin

[1] Me refiero a Toussaint Louverture, Cristóbal, y sobre todo a Jean Jacques Dessalines, quien fue llamado por alguien un salvaje africano por su

embargo, el amor a la libertad humana y el contagio de la Administración de Pétion[2], dejáronse sentir en su influjo en las fronteras de nuestro país oriental, y es innegable que contribuyeron sus instituciones y prohombres en su misma formación y destino histórico, según dice un historiador.[3] Así el devenir del pueblo nuestro se habrá de amasar con ese factor de cultura y de conciencia, como un ritmo viviente, que fuera cundiendo poco a poco, por todas partes, y dentro del panorama propio de tal período que va de la Colonia a la completa libertad, el rescoldo en donde será siempre la fuerza anímica de ese tipo humano el que ha de fundir al fuego la raza dominicana de nueva creación.

Este fenómeno es frecuente en el resurgimiento de los Estados, en el proceso de la Historia, al través de todas las civilizaciones. El espíritu de los cuáqueros ingleses hizo la libertad americana.

La muerte de Alejandro Pétion cambió de faz la nación haitiana. A la sorpresa de su desaparición, siguieron la incertidumbre y el desacierto como gemelos políticos. El Senado lo reemplazó por Jean Pierre Boyer. Era éste el comandante militar de Puerto Príncipe; y sobre todo, el consejero privado del gran gobernante fenecido.[4]

---

ferocidad, y Lepelletier de Saint-Rémy, en su magnífico ensayo histórico *Santo Domingo...*, le designa como a un «tirano fantástico y sanguinario». Era nacido él en Haití de pura raza criolla, antiguo esclavo de un potentado Dessalines de quien tomó el nombre. Los jefes militares que proclamaron la Independencia haitiana le nombraron gobernador general vitalicio, con el derecho de escoger su sucesor, en enero del 1804.

[2] Alejandro Pétion, hijo de un blanco y de una mulata, era cuarterón, esto es, casi blanco.

[3] Se alude aquí al célebre Ardouin, *Estudios de la Historia de Haití*, t. IX, pp. 100-101.

[4] Saint-Rémy, acerca de la muerte de Pétion y la elección de su sucesor, nos ha revelado «que dos hombres podían igualmente pretender suceder y tomar la herencia de Pétion: el antiguo Ayudante de Rigaud (el caudillo más fuerte después de Cristóbal, asesinado por Dessalines), Borgellá; y el general Jean Pierre Boyer; el primero declinó el voto que espontáneamente le ofrecía al pueblo, y el segundo fue proclamado presidente de Haití en abril del 1818.

Boyer recogió la rica herencia de su predecesor un Ejército de 50,000 soldados, aguerridos, bien provistos de armas y equipos, disciplinados. Además, una flotilla importante que tenía en su haber marcadas hazañas, y un estado de florecimiento y prosperidad en el comercio, las industrias y la agricultura.

Esto contrastaba sobremanera con el empobrecimiento y lo endeble de la convecina parte española que integraba la comunidad oriental que se resentía aún de la guerra de la Reconquista: y veíase apremiada por los temores de la opinión pública que tendía a ponerla bajo su antigua Metrópoli. Eran, pues, dichas condiciones propicias para sembrar la exótica semilla de la independencia en el alma nacional vacilante. Aprovecháronlas con sumo tacto y maestría los gobernantes occidentales que alardeaban del espectáculo de su envidiable auge momentáneo que debía morir en manos del indigno sucesor de Pétion. Invocaban ellos, la ayuda que nos habían dado en 1808, cuando vencimos a los granaderos de Ferrand. Y sólo las guerras intestinas en su país impidieron que fuera hasta ahora un hecho el sueño de conquista de la otra parte de la isla.[5]

Este hecho de absorción de la tierra oriental había sido vislumbrado desde la Declaración de la Independencia haitiana, en el 1804, antes de constituirse Haití, en una sola e indivisible nacionalidad. Dessalines lo había dicho: «Haití no debía tener más

[5] Acerca de este punto se ha expresado con justeza el Lic. Andrés Julio Montolío en sus artículos traídos en nota a esta obra, intitulados «Emancipaciones y Emancipadores»; …Mientras Henri Christophe vivió no era posible la unidad nacional, aspiración de los hombres públicos de la nación, pues divididos, como estaban, cada uno era débil para emprender la ocupación y dominio de esta parte, y si a esto se añade que España podía disponer de fuerzas suficientes para rechazar una invasión, solo circunstancias tan propicias como las que favorecieron a Jean Pierre Boyer, al sucesor del austero protector de Bolívar, Alejandro Pétion, hubieran servido para realizar aquella obra que le legaron sus antepasados.
El presidente Boyer extendió su autoridad a todo el antiguo territorio sometido al rey Henry Christophe, a la muerte trágica de este enérgico gobernante. El 16 de octubre llegaba a Saint-Marc; el 21 ocupaba a Gonaives y el 26 de octubre de 1820, entró al Cabo, en donde fue aclamada la República. Publicado en *La Opinión*, 1º de julio del 1933 y siguientes.

límites que el mar». Tal fue el primer morbo de la Anexión. Otro habría que hallarlo en el hecho de que, antes del 1820, referíase en Santo Domingo que Francia iba a invadir de nuevo a su antigua Colonia. Y ello en virtud de un supuesto pacto entre aquella metrópoli y la hispánica que dominaba entonces en la parte opuesta de la histórica isla Española. Era una especie de solidaridad continental amenazadora. Parecía que el buen sentido se inclinaba a acreditar la versión echada a rodar, quizá intencionadamente por el extranjero aspirante al control absoluto del territorio en disputa desde ha tiempo, o por el escaso elemento anexionista o haitianizado que quería al amparo del extraño poder ejercer una decidida influencia en la cosa pública, puesto que, Fernando VII continuaba en España, después de su restauración, la alianza que existía entre los borbones de ambos países citados, y natural es que alarmaran al pueblo vecino tan inquietantes noticias sobre la cual (la invasión), a pesar de las maniobras del Gobierno de Puerto Príncipe, propalaban la mendaz especie. Tampoco fuera indiferente la nueva a algunos de la parte Este, quienes estaban tan dolidos de la todavía recordada era francesa, porque los héroes de aquella influían poderosamente la conciencia pública desorientada que nos servía de guía y hundíanos en el caos político. Esto dicho, sin menoscabo de tener que confesar que la huella civilizadora que dejó aquella era en nuestro suelo fue muy superior a esa otra que se confrontó bajo el régimen ibero, y en sí excelente ya que estaba por cima de los implantados con otros métodos coloniales europeos en América.

Por otra parte, esos actores principales de la gesta hispánica, vivían aún, y resentíanse, por ende, de tan ingrata dejadez de que no se les había compensado por la devoción de ellos hacia la Madre Patria, venciendo a las legiones napoleónicas, en la época ya evocada[6].

[6] José Gabriel García nos revela con exactitud ese hecho. «Necesario fue que Fernando VII, el Deseado, desdeñara torpemente los méritos contraídos por los próceres de la Reconquista, que todo lo habían arriesgado en su empresa, reposo, vida y hacienda, a trueque de ver tremolar de nuevo en la Torre del Homenaje la bandera de Castilla, para que los dominicanos

Un tercer morbo germinador de la anexión de Haití se debe hurgar. La existencia y hegemonía del núcleo pro-haitiano, cómplice del extranjero, por miedo a la par que desprecio por todo lo que significara malestar doméstico y patriotismo puro, y que predicaba la tradicional y vieja conseja de unión de las dos partes de la isla dividida primitivamente desde la Conquista, para así recibir los beneficios de la flamante hacienda próxima, y su

---

llegaran a desencantarse por completo, y adquirieran, con la persuasión de que no valía la pena de haber hecho tantos sacrificios por restaurar un orden de cosas añejo, que si bien tenía en su favor las simpatías generales, estaba ya en abierta oposición con los intereses bien entendidos de la localidad, la dolorosa convicción de que mejor y más provechoso habría sido encaminar de una vez la revolución a la conquista de la independencia absoluta, como lo habían hecho con tanta cordura las colonias hermanas del continente, idea grandiosa que no tardó en encarnar en la cabeza del pueblo, sobre todo cuando el estado de abandono y descuido en que quedaron los pueblos fronterizos, por falta de los recursos necesarios para mantener en ellos una vigilancia activa y eficaz, demostró que la administración española había perdido ya el único motivo que la hacía estimable a los ojos de los dominicanos: el de hacer imposible la indivisibilidad política de la isla, proclamada por el pueblo haitiano al constituirse en Estado soberano e independiente.

Así se explica la facilidad con que el Lic. José Núñez de Cáceres pudo ofrecer al mundo el espectáculo de un pueblo resuelto a destruir la obra que con sus propias manos había levantado diez años antes: no de otra manera aparece ante la historia el hecho de la proclamación de la independencia realizado el día 1º de diciembre de 1821 por los mismos hombres que habían llevado a cabo la Reconquista, etc. *Historia de Santo Domingo*, vol. 1.*

Asevera lo mismo el Lic. Nouel en su *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo, Primada de América*, cuando dice. «Por una parte la debilidad del brigadier don Pascual Real, y por otra parte el descontento de un pueblo desengañado y en manera alguna satisfecho de la conducta de la metrópoli que tan indiferente, y puede decirse que con tanto desdén e ingratitud se había mostrado hacia él, dieron pábulo a aquellos sentimientos y verdad, sobraba razón a los dominicanos para querer sacudir el yugo de España, porque los actos de lealtad de que había dado prueba durante la guerra de la reconquista, su adhesión a sus reyes, sus merecimientos, sus grandes sacrificios, sus representaciones al trono, todo había sido relegado al olvido por el ingrato gobierno de Fernando VII».**

* «El gran pronóstico», Revista *Educación*. p. 443.

** Vol. 2. p. 268.

más acabada organización administrativa, aunque bajo el pretexto de gozar de unas mejores y más liberales instituciones. Pero, en verdad, esta caterva de mercenarios se inclinaba a la incorporación a la extraña tierra, por escuela muy antigua que profesaba de arraigo y conveniencia al criterio de aliarse y dar su entrega a la parte que creía más fuerte y de mayor duración para conservar los feudos y prestancia adquiridos con anteriores amos foráneos, porque ellos veían ya flaquear el poder de la Península en su colonia de Santo Domingo. Procedían con la misma escuela interesada que se ha de advertir al través de toda la accidentada vida colonial, y hasta los posteriores días de la Primera y Segunda Repúblicas.

Aparte de estas circunstancias apuntadas que conducían por el torpe camino de la absorción de Haití a los acontecimientos políticos que se presentaban en la primera colonia, providencias tomadas por el Gobierno Superior Civil metropolitano contribuían a crear tal situación. Entre los varios Decretos que se comunicaron al Cabildo, figuraba el del 7 de marzo del 1820, por el cual, Fernando VII, por la fuerza de las circunstancias avasalladoras que hacían de él su instrumento, declaraba que juraría la Constitución votada por las Cortes Generales y extraordinarias que había abolido el inconsecuente monarca por su célebre Manifiesto del 4 de mayo.

Después de esta formal Declaración se restableció el régimen centralista en la Colonia, y como consecuencia, la creación de la Junta Electoral extinta y constituida por el brigadier Kindelán, su presidente nato, y de que era parte el ilustre prelado Dr. Regalado, quien regía a la sazón la iglesia. Fue objeto entonces de la convocatoria proceder a la elección de diputado a las Cortes españolas. Mas, como la opinión pública estaba muy dividida respecto de los candidatos, resultaron de ahí serías discusiones entre prohombres de la época, entre las que hay que señalar las promovidas por el Lic. José Núñez de Cáceres y los canónigos Frómeta y Márquez, y entre este último y su colega Dr. Correa Cidrón, estableciéndose hasta acción civil y criminal contra Márquez por su contrincante.

Efectuáronse igualmente las elecciones parroquiales en esta capital con fechas 11 y 18 de junio del 1820, ya señalado, derivándose de ellas desavenencias e inconformidad que concretó en largo y razonado Manifiesto al Pueblo Dominicano el eminente ciudadano Andrés López Medrano.[7]

Todo ello dio lugar a descontento general en contra de España, a la cual se acusaba de haber impuesto al diputado a Cortes, Francisco Javier Caro, y a los diputados provinciales José Basora, Juan Vicente Moscoso, Antonio María Pineda, Antonio Martínez Valdés, Francisco Mariano de la Mota, Juan Ruiz y Vicente Mancebo. Esto carecía de gran fundamento, ya que algunos de ellos fueron muy pronto desafectos del Gobierno de la Metrópoli, pero, no por eso dejó de cundir desaliento, sin menoscabo de que tuviera animada la Diputación Provincial de los mejores deseos y uno de sus primeros actos consistiera en promover la creación de la Estadística.[8]

En agravación de ese estado de cosas, ya al terminar el año del 1819, corrieron alarmantes rumores de una próxima invasión haitiana dirigida desde el territorio de la parte del Oeste. «Esos rumores no estaban completamente infundados si se atiende a que el presidente Boyer, dice Nouel, a la muerte de Pétion acababa de ser elegido primer magistrado de aquella República, y acariciaba como sus predecesores, la idea de la indivisibilidad del territorio y de la unidad política de la isla».[9]

Menos escrupuloso que sus antecesores en la elección de los medios que debían darle el resultado apetecido, le favorecía para realizar su deseo la circunstancia de haber tenido la suerte de reunir bajo las banderas de la República, del Norte que por muchos años había estado separada de ella gimiendo bajo el despótico yugo

[7] Ver Anexo 1 «Manifiesto del ciudadano Andrés López de Medrano al pueblo dominicano».*

* Leg. 21, Dec. No. 21.

[8] Con este fin se dirigieron en petición de ayuda del Clero, dichos diputados, en documento que reposa actualmente en el Archivo de la Catedral de Santo Domingo.

[9] Nouel, *Historia eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo, Primada de América.* Vol. 2, p.265.

del rey Cristóbal, cuyo trágico fin[10] abría el camino de la reconciliación a esas dos porciones de la antigua colonia francesa». Pero es el hecho que a cumplir su designio no tenían prisa los hábiles hombres del Oeste, como los llama el Manifiesto[11], escribe Saint-Rémy, para «en verdad tomar pie en aquel territorio donde los llamaban tantas concesiones, penetraron en el Este, pero con lentitud y circunspección. Nada había que pudiera atraerlos a las soledades de la provincia española; allí los hombres de sangre mezclada en número casi igual al de los blancos, se negaron a fraternizar con ellos. ¿No hubiera sido con efecto degenerar de la cualidad de blanco que ellos creían sinceramente tener adquirida?

En cuanto a los negros diseminados en esta vasta extensión de tierra en número de veinte y cinco mil más o menos nunca habían dejado de reconocer la superioridad de sus antiguos amos, después de haberse visto emancipados de una esclavitud que no existía para ellos más que de nombre.

Estos diversos elementos están estrechamente unidos, y he aquí lo que explica su resistencia tan enérgica y tan prolongada contra las invasiones regulares de la parte Occidental[12].

En cuanto al elemento de la inferioridad numérica de la población como causa de retardo de la invasión de los hombres del Oeste, como los llama Lepelletier de Saint-Rémy, es convincente. Para Moreau de Saint-Méry, la población de la Colonia, en el 1789, era de 125,000 habitantes, en cuya cifra había comprendidos 15,000 esclavos[13]. Este mismo historiador calcula que, por el 1822, los individuos de la raza africana pura que existían en Santo Domingo no alcanzaban a más de 25,000. Siendo además de contar con los blancos y razas mezcladas un total de 75,000 almas y de ellas 5,000 esclavos solamente. El general Baltazar Inginac, secretario general de Boyer, anota que de acuerdo con los informes más verídicos que ha recogido en el mismo

[10] Suicidóse el 8 de octubre del 1820.

[11] Refiérese al Manifiesto de la Separación del 16 de enero del 1844.

[12] García, José G. *Compendio de Historia de Santo Domingo*, vol. 1, pp. 58-59.

[13] *Descripción topográfica y política de la parte española de la isla de Santo Domingo*, Filadelfia, 1796.

Santo Domingo, la población máxima al tiempo de la Ocupación era de 85,000.[14] Por último, José Ramón consigna que, en el referido año 1822, la población de la parte española debía ser de 70,560, porque si en 1819 el censo que no debió brillar por su exactitud, arrojaba un total de 63,000 (más bien más que menos) en los tres años siguientes, la progresión puede muy bien valuarse en 7,500,[15] cantidad que no excede y que unida a la que sirve de base, da el guarismo más aproximado de los datos presentados por Saint-Rémy, quien no queda a mucha distancia del de Inginac.[16]

Aún latía otro germen en la inerme conciencia de las masas dominicanas en ese momento de crisis de la nacionalidad: brotaba y crecía, extendiéndose por contagio, la idea sugerida por los corsarios de la Costa Firme, quienes enarbolaban el pabellón independiente de América del Sur, y estacionábanse desde hacía tiempo en las cercanías de Puerto Plata y de la bahía de Montecristi. Estos osados aventureros estaban dirigidos por el comodoro Aury a quien se ha visto figurar en Los Cayos, en 1816, al lado de Brión, de Bermúdez y del gran Bolívar. Atravesábanse en el camino de los mares de la isla de Cuba a su metrópoli, apresaban los barcos mercantes que iban del uno al otro lugar para luego vender las mercaderías y especias que pirateaban, de esas guisas, en España, metiéndolas de contrabando. Mas era fructífero este ilícito negocio para los residentes en el Departamento Noroeste de la Colonia, ya que compraban a menudo estos géneros y efectos a bajos precios, y se trocaban en sus verdaderos compinches o encubridores, lo cual no podía evitar el gobierno que tenía su asiento en Santo Domingo, puesto que sus funcionarios eran agentes de Aury y lo favorecían en sus manejos y correrías. Tales jefes piratas habían sido igualmente conspiradores por la libertad

[14] Carta del 5 de marzo del 1822 (publicada en el periódico *La Concordia*).

[15] Coincide con los datos de Ardouin, *Etudes sur l'histoire d'Haïti,* vol. IX.

[16] Lepelletier de Saint-Rémy, en *Santo Domingo...*, obra de un mérito excepcional por comprender una exposición acabada de la situación política, comercial, agrícola y económica de la Colonia española en la Isla, propone como solución la cesión de la bahía de Samaná a Francia: de ahí que se llame también su libro «Estudio y solución nueva de la cuestión haitiana *(Etude et solutione nouvelle de la question haitienne)*».

de América, e infiltraron en los hombres de nuestra Línea Noroeste con quienes negociaban, sus ideas emancipadoras, haciéndoles ver la indiscutible conveniencia que les traería en su separación de la Madre Patria, a la cual debían ofrecer tributos de impuestos, y cargar sobre sus espaldas el pesado fardo de los gastos públicos. Así, pues, el terreno estaba abonado en contra de España por causas varias, pero que por ironía del destino, debíanse trocar en su favor para los hombres de Occidente.

Estas circunstancias, abiertamente en pugna con el Gobierno metropolitano que ejercía su poder desde Madrid, eran propicias al desenvolvimiento de la conciencia emancipada. Por razones de aniquilamiento y de falta de ideal se produjo el vergonzante morbo anexionista que registra en sus anales el patriotismo: conviene saberse que fue a encontrar a Boyer en su vivienda de Cabo Haitiano, después de la muerte de Cristóbal, el autóctono José Busto de Silva,[17] quien iba provisto de una procuración otorgada por varios otros, a ofrecer el contingente necesario para reunir la parte del Este a la del Oeste de la isla, alegándose en tal ocasión que ellos estaban seguros de que ese era el voto de la mayoría de la colectividad de que pretendían ser sus poderdantes.

[17] Es cosa averiguada que Silva era un pardo nativo de Santiago de los Caballeros a quien se había remitido en calidad de preso a la Capital por parte del Comandante de armas de Puerto Plata, sumariado por el delito de robo, y en el tránsito pudo burlar la vigilancia de su custodia, escapándose y pasándose a Puerto Príncipe en donde se le ofreció a Boyer. Servía entonces como soldado en la 8ª Compañía del tercer batallón del regimiento de milicias nacionales de Infantería de la Isla, según informa documento oficial que obra en los pliegos encontrados en Sevilla, Audiencia de Santo Domingo, etc., año 1820-1822, Est. 78, Caj. 5, Leg. 21, etc.*

* *Docta. Historia Archivo de Indias,* vol. III, p. 62, OFICIO DEL COMANDANTE DE SANTIAGO A LA CAPITANÍA GENERAL.**

** Ahora no sé la razón porque algunos historiadores nuestros le llaman Justo José a Silva, entre ellos, escritores tan enterados como Tejera, en *Monumento a Duarte*, y en pugna con Ardouin, *Estudios de la Historia de Haití* (vol. IX), y aún otros.

Es posible que se funden los primeros en que a veces solo aparece el nombre de Justo Silva (*Documentos históricos procedentes del Archivo de las Indias*, vol. III, p. 62).

Oyóse con complacencia la pérfida insinuación que proviniera de turbia fuente del patrio suelo, mas, el perspicaz estadista que nos era adverso se concretó entonces a agradecer ese sufragio, que se decía espontáneo, dado por el alma dominicana, contestándole al bastardo enviado que «él estaría dispuesto a acatar este mandato de la Constitución haitiana y de todos los actos anteriores que sucedieron a la Declaración de Independencia de su país, pero, era sólo cuando a este fin político de unir las dos partes en que estaba dividida la isla de Haití, concurriera unánimemente fusionada la voluntad de la nación dominicana, de tal modo, que se evitara toda inútil efusión de sangre, así como acabara de efectuarse en la región del Norte, y el Artibonito». A guisa de epílogo del discurso que envolvía tan hábil estratagema, Jean Pierre Boyer exhortó al comisionado Silva para que junto con sus demás comitentes preparasen la opinión pública indígena en pro de este próximo acaecimiento.

De regreso a Santo Domingo, Silva, dirigióle una carta al presidente Boyer, con fecha 8 de julio del 1821, para referirle con «cuanta satisfacción sus consejos y buenos propósitos habían sido acogidos, y que, ellos, iban a ocuparse del proyecto de que antes habían hablado», anunciándole que pronto volvería él a Puerto Príncipe, ya portador de una exposición que se proponía hacer llegar hasta dicho mandatario.[18] Concluía el informante noticiándole, al jefe de Estado haitiano, que luego de haber éste abandonado a Santo Domingo, varios barcos de guerra lucían oriflamas que databan

[18] «José Justo Silva a Su Excelencia J. P. Boyer, presidente de Haití.
Excelente Señor:
Habiendo tenido la bondad de acoger favorablemente la proposición de que he sido portador ante V.E.——— en la ciudad del Cabo Haitiano, en nombre de mis compatriotas que me han dado su procuración y firmas al efecto, y habiéndome invitado a regresar a fin de darle cuenta del resultado de la misión de que había sido encargado, yo fui antes a visitar a los míos, y le enteraré de todo a V.E., en lo que hayan querido comunicarme.
Mis compatriotas y otras personas en gran número, están muy satisfechos de todo lo que les he dicho, y ponen sus esperanzas en la respuesta que V.E. me dé para transmitirle en este asunto. Están encantados del recibimiento amigable que habéis hecho a mi persona, de tal manera que

desde los antiguos reinos de Francia, se dirigieron desde Guadalupe y la Martinica.[19]

3.– CAUSAS DE LA FORMACIÓN DE UN NÚCLEO PRO-HAITIANO

El taimado designio de Anexión estaba urdido con mañería consumada por un jefe experto en tramas políticas, y con pleno

---

se reunirán en una gran asamblea para hablar al pueblo e imprimirle la dirección conveniente. Creo que estaré pronto en Puerto Príncipe para haceros saber todas mis gestiones. Mis compatriotas tienen la intención de enviar una comunicación a V.E.

Acabo de darme cuenta de que esta villa está en gran movimiento porque le he hecho saber que se publicará la libertad general. El capitán don Manuel Carbajal y el capitán don José Sosa se oponen enérgicamente a esto. Se han ofrecido personalmente para ir, en nombre del Gobierno, cerca de V.E., para tratar directamente esta cuestión y saber si se puede llegar a un arreglo. Pero dudo que se lleve a cabo tal proyecto. Hay nuevas secretas respecto de los franceses. Tres navíos de esta nación se han avistado que llegan de rumbo a la Guadalupe en donde llevarán bastimentos así como a la Martinica. V.E. pesará esta noticia como la crea más conveniente. (Col. Ofl. de documentos de Haití, etc.»).

[19] Coincidía este suceso con la llegada del Crucero franco el *Sileno* y otros, a la bahía de Samaná, produciéndose el incidente de los antiguos colonos galos con el general Toussaint, del cual se habla en este estudio.

(Versión española)

«Libertad-Igualdad. REPÚBLICA DE HAITÍ.

Al General Magny:

El pueblo de San Fernando de Montecristi ha creído conveniente enarbolar bandera haitiana, a lo cual hemos dado aprobación. Envió a V.E. 3 comisarios don José Domínguez, don José Díaz y don Gregorio Escarfulez, a fin de conocer la actitud de vuestro respetable Gobierno al respecto. Esperamos que V.E. protegerá esta villa que pasó ser desde este día una parte de la República de Haití.

Montecristi, 15 de Noviembre del 1821.

(firmado): Diego Polanco, Comandante».

«Al muy honorable General Magny,

Comandante de la Jurisdicción de Cabo Haitiano.

Nosotros queremos anunciaros, General, que empezamos a realizar la incorporación, y que al efecto, la bandera de Haití ha sido enarbolada en nuestra villa. Os suplicamos enviarnos municiones de guerra de que podamos tener necesidad si quieren hacernos abandonar la causa de la Independencia y de la Libertad de esta parte española, la cual está determinada a seguir al amparo de la sabias leyes de vuestro respetable Gobierno.

conocimiento de la ciencia de los hombres. Jean Pierre Boyer, producto de selección que sabía cómo estimular el interés del agente Silva y los de aquellos, sus secuaces, que detrás de él, movíanse en la tierra de promisión con que suspiraban los propios edificadores del solar haitiano. Por eso, el político que había dejado del sayo del conquistador que no aspiraba a gloriosas lides, aplazó el nefasto proyecto aún entonces en plena decadencia de fuerzas bélicas de la parte del Este, confrontándose en ella toda clase de agotamientos de carácter económico de verdadera miseria,[20] no hubiera dejado de costarle algo, en vida y dineros, a los contrincantes que pretendían la fusión de los dos territorios en uno solo, bien que controlado desde Puerto Príncipe. Era mejor, por tanto, que la cosa les viniera a las manos, traída en brazos de la ignominia y así los juzgó Boyer, conocedor como estaba de la existencia de ese núcleo pro-haitiano o secta que era, entre nosotros, desde ha tiempo, amiga del extranjero, en todas las épocas, y que habría de dar al futuro invasor halagos y vitorearle en su «marcha triunfal»[21], posteriormente, al través de la patria dominicana. Tal fue el único fundamento, para que él tomara el pretexto de la espera como inventiva rebuscada, en ese pliego mañero forjado por las manos de sus duros y heroicos antecesores de la célebre matanza de blancos, en que se advierte aún el trágico pulgar de Dessalines o el puño artero del colosal Toussaint, todo gloria y codicia.

Fuerza es reconocer que este concepto de la naturaleza y el carácter de Boyer, y de su política tortuosa, está confirmado por fieles escritores de aquellos tiempos. Así, Lepelletier de Saint-Rémy,

---

Qué Dios os conceda larga vida!
Dajabón, 13 de Diciembre del 1821, Año I de la Independencia.
(firmado): Andrés Amarante, comandante, José Domínguez, Arias Joaquín Oliva, Adhenet».

[20] Véase Anexo 2. Archivo General de Indias, Sevilla, Aud. de Sto. Dgo., etc., años 1820-1822, Est. 78, Caj. 5, Leg. 21, doc. No. 76; *Documentos históricos del Archivo de Indias*, t. III, pp. 91-92.

[21] Tal califica, en su memoria al Congreso de Haití, el presidente Boyer su marcha al través del territorio dominicano en son de conquista, tal como se verá más tarde.

quien formó parte de la armada que estuvo en la isla en la época de Ferrand, y quien estaba perfectamente enterado por los Archivos de Puerto Príncipe de las maquinaciones de Toussaint Louverture, ha relatado lo que sigue:

> «El general Boyer quería apoderarse de la provincia española, pero su posición era la misma que la que en el capítulo anterior acabamos de mostrar en cuanto a Toussaint en 1797: él quería tenerla (la parte Este), pero no se atrevía a tomarla. Este país pertenecía a España y entrar allí por la fuerza no era otra cosa que declarar la guerra a esa potencia. El presidente mulato que tenía magníficos precedentes que seguir, mostró en esta ocasión una verdadera habilidad. Tocó todos los resortes para evitar complicaciones e intervenir como el dios deseado. Queremos no más decir, que, en el acontecimiento de Santo Domingo fue acusado de ser el agente de esta desgraciada entrega, que se valuó en 100,000 gourdes que fueron dados como pago de la nacionalidad que llevó atada de pies y manos. Sin duda esfuerzos fueron hechos por el partido español para romper esta trama, pero la unión sólo podía salvar este pueblo, y hemos visto que estaba precisamente en una disensión interna de donde nace esta crisis. El general Boyer vio llegar lo que esperaba: el pabellón haitiano fue enarbolado por uno de los partidos y la intervención del Oeste había sido reclamada: el presidente no esperaba otra cosa. Inmediatamente un ejército considerable, dividido en dos columnas, penetraba por el Norte y por el Sud, en el territorio español. Entró Boyer con la seguridad de que no tendría obstáculos. Por eso las tropas haitianas marcharon audazmente sobre Santo Domingo, y se proclamó la Constitución del Oeste el 9 de febrero del 1822».[22]

[22] García, José Gabriel, *Compendio de Historia de Santo Domingo*, vol. I, pp. 331-333.

Las causas de la formación de este núcleo pro-haitiano que se había aliado a Jean Pierre Boyer y secundaba sus planes, hay que buscarlas en las razones expuestas anteriormente en este mismo capítulo. Sus partidarios habían caído en desgracia con el advenimiento del régimen del Estado Libre de Núñez de Cáceres y su dilema era terrible: se desplazaban del suelo a que estaban arraigados por sus haciendas conseguidas al amparo del extinguido poder hispánico o trataban de acomodarse al nuevo amo aledaño a quien creían fuerte para imponerse y darles protección.

4.– Consulta al general Guy Joseph Bonnet

La idea absorbente del presidente de Haití fue seguida sin entrar a mayores averiguaciones ni acatar leales consejos. Tan pronto como la fidencia de los bandos en Santo Domingo llevó a uno de ellos a llamar a Boyer en su auxilio, inmediatamente que éste recibió los primeros avisos, despachó al general Bechet, su ayudante de campo y el hombre de su confianza, cerca del general Guy Joseph Bonnet, para compulsar su opinión al respecto de lo que debía hacer. Despachando la consulta que se le pedía, aunque Bonnet había penetrado desde un principio en el recóndito pensamiento del consultante, le mandó al presidente Boyer una carta, fechada el 27 de diciembre del 1821, en la cual le aconsejaba «ocuparse de sus asuntos domésticos cultivando la amistad con los dominicanos, sin inmiscuirse en todo lo que les concernía y en especial en lo que afectaba a su soberanía», a menos «que fuéramos llamados, dice, por su consentimiento unánime, expresado ése por un acto de su libre voluntad»[23].

[23] Estos documentos relativos a la revolución de Santo Domingo y a la invasión de Haití fueron coleccionados y puestos en orden por Edmundo Bonnet, y editados en forma de obra en París por Agustin Durand, en 1864, correspondiendo lo transcurrido en esta historia al Capítulo X, páginas 313 y 324, reproducido en el Anexo 3, en su idioma de origen, por D. Emiliano Tejera, en su «Memoria presentada a Su Santidad el Papa León XIII, árbitro en el diferendo de límites domínico-haitiano. Traducido fue

5.– RUMORES DE UNA OCUPACIÓN DE HAITÍ POR SU ANTIGUA METRÓPOLI

Verdad era también que, en el fondo de ese plan de conquista, latía un temor de a su vez ser conquistados los esclavos ya libertos, por sus antiguos amos galos, pero esto sólo incitaba al ánimo de Boyer a perpetrar el hecho remotamente previsto por los fundadores de la nación haitiana, y nunca constituyera él su exclusivo móvil, como se pretende por parte de algunos historiadores.[24] La tesis de Beabrum Ardouin de una «extensión necesaria» como pretendida justificación de la Ocupación por parte de Jean Pierre Boyer, ha sido renovada por Juan Price-Mars en su notable obra *La República de Haití y la República Dominicana*, escrita por el gran pensador occidental para satisfacer la acrimonia del haitiano contra el dominicano que comparte el dominio de la isla, la cual no repito por haber ya sido examinada en el Capítulo II del Libro X de mi Historia.

Esta vieja tesis de «la falta de viabilidad de una República Dominicana sin apoyo exterior» es insincera en un expositor de la categoría de Price-Mars, puesto que para esto hubiera bastado que el vecino inmediato del Oeste, hubiera aceptado el pacto de alianza que le ofreció el presidente Núñez de Cáceres y que consagraba el acto constitutivo del 1º de diciembre del 1821. Además, la eventualidad de la ocupación de Haití por Francia era algo muy nebuloso en el terreno de los hechos realizables, casi sin consistencia real alguna, si se tomaba en cuenta que Fernando VII se hallaba entonces en la imposibilidad de favorecer esa combinación política de su aliada aledaña de los Pirineos, permitiéndole el desembarco de tropas galas en la colonia ibera, puesto que, prácticamente, el monarca español era un prisionero de

---

luego por Demorizi y publicado en *Analectas* en la edición del 1º de agosto del 1934, habiéndose cotejado el original y la traducción, aceptándole con ligeras modificaciones de forma y apenas algunas de concepto.

[24] Ardouin, B., vol. IX; Cabon, *Hist. Haití;* Dorsainvil, J.B., *Historia de Haití.*

las Cortes. Pero, eso sí, bien que la falsa moneda circulante de invasión francesa no tuviera consistencia material, producía ella en sí (por el solo hecho de echarse a rodar y expandirse), la natural alarma en los moradores de una y otra parte en que se cortaba la isla de Santo Domingo, desde antiquísimos tiempos. Sobremanera adquirió brío y cuerpo, porque, a par que Silva y su caterva de haitianizantes, se movían presentando la torpe propuesta a sus compatricios, el ya mencionado Aury, quien había ido igualmente al Cabo Haitiano cerca del presidente Boyer para informarle de la especie infundada del peligro próximo de invadir su antigua metrópoli a Haití, ofreciéndole su ayuda para que éste en previsión y para la defensa común de la isla, ocupara Santo Domingo, antes de que cayera en la anarquía, si se tomara en cuenta que un corto número de sus habitantes facciosos se oponían al querer del pueblo que era la unificación de la isla, y aspiraban a organizar una República independiente, bajo el patrocinio de Colombia.[25]

No se eche al olvido que este comodoro Luis Aury era un aventurero de raza, y es de presumir que no obstante ser capaz de favorecer toda liberación americana resultando por esto sincero en sus prédicas de libertad lanzadas a los pobladores de la región del Noroeste con quienes traficada ilícitamente el producto de sus despojos en el mar, ya viendo estos intentos emancipadores en los suelos, creyó oportuno no quedarse a merced de los vientos desfavorables que debían soplar y estrellar el débil esquife en donde se embarcaran Núñez de Cáceres y los suyos, a quienes consideró de antemano derrotados, y quiso el audaz corsario venir a dar testimonio de lealtad gratuita a aquel personaje de Boyer, a la sazón poderoso, a cuyas manos él columbraba que iban a parar en definitiva las riendas del poder en la posesión ibérica, pues a ello concurría una flamante armada bien provista y numerosa, y la traicionera opinión indígena que creía ver en el opulento jefe del Estado confinante, a un amparador futuro de sus deudos, sosteniéndose de tal manera el influjo en la propia tierra al través de todos los

[25] Ardouin, *Historia de Haití*, t. IX. Gibbs-Marchall, *The Story of Haiti*.

regímenes, más que franceses con Ferrand, españoles todavía, mañana fraternos haitianos, y corriendo el tiempo, amigos de los americanos y uncidos al carro del Gobierno interventor.[26]

Contrariamente a lo que opinaran Ardouin o Madiou, bizarros narradores de la historia de Haití, aunque este último veraz y probo en lo que a nosotros se refiere, Aury no era sincero al hacer su proposición u ofrecer su concurso a Jean Pierre Boyer, porque no llevó allí, como se ha dicho, otro interés que el suyo personal de no verse expuesto a correr el mismo infortunio que los independizadores que se encontraban en menos número que los aliados abyectos de los hombres occidentales que hacían labor con Silva, aunque sin mengua en modo alguno, de haber sido antes, este Aury, bien intencionado al inducir una patria libre a aquellos residentes de la línea fronteriza con los cuales celebraba tratados y dábales consejos. Deducir con Ardouin que el conocidísimo pirata obedecía al dar su concurso a los haitianos a la evocación de un pretérito agradecimiento a Pétion, en sus referidas correrías de Los Cayos con Bolívar, Bermúdez y Brión, es ponerse muy lejos de la verdad histórica.[27]

6.– MISERIA MORAL Y FÍSICA DE LA ÉPOCA

Diplomático consumado era ese Boyer, aun en sus peores días de absolutismo y dejadez administrativa: sabía como nadie, este taimado jefe haitiano, esconder sus arteros designios en su compleja alma. Por esto es por lo que aparenta rehusar el consejo de Aury, así como hiciera con antelación con el elemento autóctono, mas anota –in mente– tal refuerzo con que contaba ahora para su sordo proyecto, e incontinenti, después de haber despedido con una negativa complaciente, llena de promesas recatadas, al ínclito aventurero, y al judas Silva, da comienzo a

[26] Gobierno de Ocupación de los Estados Unidos (1916-1922).
[27] Vol. V, Capt. 1.

su trama, para apoderarse por sorpresa del país convecino, mandando a activar el movimiento en pro de la incorporación de nuestras comunes fronterizas con Haití, donde contaba de viejo con los sentimientos de los paisanos de Ciriaco Ramírez manifestados en 1808 y 1809.[28]

Y es, porque, esa porción de nuestro territorio que forma la Línea Noroeste, la más animosa y sañuda en sus asaltos al poder en la vida republicana, la cual se batió a veces fieramente en las guerras emancipadoras, por razones de hábitos y raza casi comunes, y por un habla francesa en plena corrupción de que usaban éstos como los mismos lindantes, era otrora el campo más favorable a la interesada conseja que se mandó a pregonar por el general Boyer en los vastos ámbitos de nuestro territorio limítrofe.

Como recurso de la miseria moral de aquella época, emprendió Boyer nuestra corrupción lenta, pero infalible, eficaz. Fue en ese momento cuando envió con pasaporte oficial al ayudante de campo, Dalmassí, y éste realizó su funesta misión en Hincha, Bánica, Las Matas, San Juan, Azua, las cuales habían sido antiguos escenarios de sus trueques con los nativos dando ganados por mercaderías y dineros.

De igual manera ha narrado la protesta del integérrimo gobernador Kindelán y las misivas que se cruzaron entre éste y Boyer, en diciembre del 1820, por las cuales se estableció el pensamiento de un futuro tan inmediato de conquista por parte del último, cuando él mismo proclama con énfasis que «no dependería de su voluntad entrar en el Este, al frente de un ejército, sino de las proposiciones que tenía recibidas en tal sentido de los pobladores de aquella parte de la isla de Haití, aunque no lo haría sino a título de pacificador».[29] Esto fijaba ya la intención de Boyer a tal respecto, y aceptaba de modo implícito la ayuda de los nativos antes ofrecida, quienes trabajaban la Anexión ante los propios ojos del Gobierno de Kindelán.

[28] Mejía Ricart, Gustavo. *Estado Independiente Haití Español.*
[29] «Col. Ofl. doc. Haití».

Ese acto del jefe de Haití daba sólida estructura al proyecto ideado por los dominicanos desleales, y aceleraba la previsión de una patria única en la isla, tal como querían los antecesores de Boyer, aunque en dictamen contrario se hubiesen pronunciado autoridades respetables.[30]

Se efectúa el cambio del experimentado y enérgico Kindelán por el menos capaz Pascual Real. Entonces la situación se hace propicia a la creación de un Estado Independiente, primero, y a la absorción fraterna, después. En puridad, la metrópoli le confiaba a Real una autoridad que ella no podía mantener en la más antigua de sus posesiones en América.[31] A ello se oponían las luchas europeas en que el mencionado rey Fernando VII hallábase atado de pies y manos a sus dominios, y no podía atender con recursos y fuerzas a su amenazada colonia en la lejana isla de Santo Domingo. Era, pues, esa doble miseria física y moral de aquella época, la que derrocó el poder de la monarquía española en su primera posesión, por el año del 1821, y que conspiró contra el Estado Libre, en el año subsiguiente, trayendo la ocupación haitiana. Tal es, en este caso, la verdad histórica objetiva.

7.– PROYECTO ANEXIONISTA

En despacho de Richard y tres generales más, se comunicó a Boyer, el 19 de octubre del 1820, la intención de constituirse en el Norte un Estado separado del de la República haitiana, el cual tuviera los límites que marcaban el reino de Cristóbal. Coincidía con la conjura de otros generales antagónicos a Boyer, en el Artibonito, y que tuvo su eco clamoroso en San Marcos, Cabo Haitiano y Gonaives.[32] Promovióse entonces gran agitación por

[30] Bonnet, ob. cit. Bellegarde, D., *La Nat. Haitienne.* Price-Mars, La Unidad política de la isla etc. (Memoria al *Inst. Inv. Histórico).*

[31] Ardouin, B., vol. IX. Lemour, S., *Vie de Pétion.* Leger, J.N., *Haití*, etc.

[32] Chauvet, H., *A travers la Rep. Haïti.* Dorsainvil, J. B., *Hist. Haïti.*

el Petite Riviére[33], y un general que lo secundaba.[34] De ahí que una larga ruta quedara por trazar a la Anexión, casi dos años, desde el proyecto, en 1820, y su más cabal ejecución por el presidente Boyer, el día 9 de febrero del 1822.

[33] Denominábase así por remoquete al general Charles Hérard *Ainé,* o Riviére Hérard, otro sobrenombre que se le daba.

[34] Kuser, *Haïti.* Lherisson, *Hist. Haïti.*[*]

[*] *Historia de Haití,* t. IX, p. 117. Price-Mars, *República de Haití y República Dominicana.* Ardouin, vol. 1, pág. VII:
«La reacción haitiana contra las tentativas de Núñez de Cáceres fueron tan inmediatas como categóricas. Había que actuar y con toda prontitud. Una decisión era tanto más necesaria cuanto correspondía a las demandas individuales y colectivas que provenían de personalidades o de los Ayuntamientos de las provincias fronterizas que solicitaban la intervención. ¿En qué consistían esos requerimientos? ¿Tenían un carácter espontáneo como los haitianos han pretendido siempre y lo pretenden todavía o bien eran forzados y determinados por la presión y la amenaza según la tesis dominicana?
Vamos a publicar las piezas que dan testimonio a fin de descansar nuestro juicio sobre bases objetivas y racionales. Pues los historiadores, los hombres de Estado, los juristas dominicanos se han irreductiblemente aferrado a la tesis que sostienen que estas demandas habían sido inspiradas por el temor de una invasión haitiana y que por consecuencia ellas eran insinceras e hipócritas. Las recusan con una chocante unanimidad. Algunos llegan hasta declarar desprovistas de todo valor las piezas que se refieren a este asunto (Price-Mars, vol. 1, Cap. VI, p. 81)». Con efecto el doctor Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, en su folleto de *La Ocupación de Santo Domingo por Haití*, que no es sino el trabajo que leyó en el Instituto de Investigaciones Históricas como miembro de número, en la controversia acerca del período haitiano, ya mencionado, consideró sin ningún valor dichos documentos, confirmando la opinión del historiador José Gabriel García, externada en el vol. II de su *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, en las páginas 82-83. En el mismo sentido se pronunció en su *Historia de la cuestión fronteriza domínico-haitiana* el Lic. Manuel Peña Batlle (Vol. 1, p. 116).
El alegato en *La Ocupación de Santo Domingo por Haití*, del publicista Troncoso de la Concha, ya fenecido, quien ocupó altos rangos en la Tercera República, entre ellos el de la primera magistratura del Estado, no puede ser más fundado en la experiencia. No podíamos consentir voluntariamente en unirnos a un pueblo como el haitiano que nos había invadido dos veces. La evocación de tantas páginas de horror de nuestra historia común nos alejaba necesariamente a uno y otro pueblos.

8.– TENDENCIAS EN QUE ESTABA DIVIDIDA LA OPINIÓN PÚBLICA

Hase dicho anteriormente, que en el 1821, la idea separatista había recorrido muy largo trecho, entre nosotros, bien que no tuviésemos definitiva orientación para plasmar en una forma viable ya una soberanía completa, ora simplemente una relativa, tratando de ponernos bajo el protectorado de Colombia.

En verdad que la opinión de los pueblos y de los hombres que debían dirigir la empresa de la revolución no era la misma en cuanto al giro que debía darse a la nueva entidad política que habría de formarse: unos, los menos, guiados por nobles impulsos de libertad, pero sin pleno dominio de la realidad histórica que atravesaban, la querían libre absolutamente, y pensaban que declarada la independencia serían bastantes al país sus propios recursos para subsistir como Estado soberano; otros, más filósofos o positivos, dueños de la verdad cabal del momento, a cuya cabeza figuraba el Lic. Núñez de Cáceres, querían por el contrario, un Estado Libre, aunque formando parte del Estado centralista de Colombia que Bolívar acababa de crear, congregando en una sola las Repúblicas de Venezuela, Ecuador y Nueva Granada, puesto que eran sabedores los tales de la debilidad de sus medios y la escasez de sus recursos para afianzar su obra. Por fin, una tercera división política que era entonces conservadora por razones de miseria y otras causas, consideraba que, incorporándose la parte española y luego Estado independiente, a la República de Haití, encontraría al amparo de sus instituciones y prosperidad, bajo la sombra de su poderoso Gobierno, el medro y las mejoras a que aspiraba. Como he de mostrar en este mismo capítulo, en nuestros pueblos del Norte, sobre todo, y aún en la Capital, germinaban estas últimas ideas.

Para Price-Mars la invasión occidental no fue sino la reacción contra Núñez de Cáceres por no haber incorporado la parte del Este a Haití y declarar la independencia del Estado de Haití Español. Con este propósito cita el historiador que ahora nos es tan contrario, las piezas engañosas y falseadas que analizo cuidadosamente en este mismo capítulo primero del Volumen IX, pretendiéndole dar así base objetiva a la adhesión forzada de las autoridades dominicanas ganadas por el jefe invasor y que

no representaban en lo absoluto el voto libre y espontáneo del pueblo dominicano que era adverso en otrora como en todo momento al haitiano y a todo dominador. Tal es la realidad histórica permanente al través de todos los tiempos.

9.– Boyer impone su autoridad

Después ocurre un hecho si al parecer cotidiano en la vida republicana de Haití, de marcada significación para precipitar los sucesos en esta parte Este. Jean Pierre Boyer, presidente del Sud y Oeste, impone su autoridad a toda la antigua colonia francesa y conquista el Norte, luego de haberse suicidado el monarca Cristóbal,[35] en el palacio de St. Souci, y el asesinato del príncipe real.[36]

10.– Precursor grito de Independencia en la Diputación Provincial

Agréguese a todo lo antes relatado, que con anterioridad a este momento que confrontamos del Estado independiente de Haití Español y los preámbulos de la invasión occidental, la circunstancia de que se iba a componer, en vista de la constitución de las Cortes españolas, la Diputación provincial de la Colonia,

[35] Cristóbal era un negro de la isla inglesa que llevaba ese nombre, quien después de haber adquirido su libertad pasó a Santo Domingo, adonde hacía el comercio con esta parte española cuando estalló la revolución de Haití, en la cual tomó parte principal en los acontecimientos que sobrevinieron en el Norte, hasta que se hizo nombrar emperador. Reinó hasta el 1820 en que se suicida.*

* Estos documentos figuraron en el «Apéndice» del *Estado Indep. Haití Español* del autor de esta obra.

[36] En relación con estos documentos se puede hojear la «Relación de los gloriosos hechos que llevan a sus Majestades Reales al trono de Haití», seguido de «la historia de la coronación y del juramento del rey Enrique 1º y de la reina María Luisa». Obra dedicada al príncipe real Víctor Enrique y escrita por el conde de La Limonade.

encargada de dictar las providencias de carácter local que el Gobierno metropolitano juzgare útiles a su mejor administración, y otros pormenores de importancia. Entre los incidentes que se promovieron en dicha Asamblea Representativa será suficiente señalar al que dio lugar con su arrestada actitud Antonio Martínez Valdés, uno de sus connotados miembros, quien prorrumpió en el seno de la misma con su grito precursor de independencia, por lo cual fue acusado, detenido y puesto en cautiverio por mandato del íntegro gobernador Kindelán, para después ser encausado y juzgado por el proyectado complot separatista, de cuyo proceso pudo salir ileso más debido a la falta de prueba *in sólidum* que podía recaer en su persona, que a su verdadera inocencia, pues su noble delito de patriotismo había sido cometido a los cuatro vientos. Aunque, luego, tal personaje de algún relieve histórico, fue senador de Haití, en 1824, y anteriormente desempeñara el cargo de administrador de Finanzas, en Santo Domingo, ya en la era haitiana, o en período precedente formara cuerpo con Manuel Carbajal, José Núñez de Cáceres y otros, en la Junta de Gobierno Provisional del primero de diciembre del 1821.[37]

11.– OTRO ANTECEDENTE

Estos achaques ocurrían en Santo Domingo, cuando llegó un bergantín americano a Puerto Príncipe, con fecha 15 de noviembre del propio año del 1821, según Ardouin, lo cual parece poco verosímil que fuera en ese día, ya que tal bajel traía a bordo el administrador de Monte Cristi de adonde proviniera, el Capitán de la Guardia Nacional, la familia del comandante de dicha plaza,

[37] Santo Domingo, Imprenta de la Presidencia del Estado Independiente de la parte española de Haití, D. José María González.
Estos documentos figuran actualmente en Archivo General de Indias, Sevilla, Audiencia de Sto. Dgo., Gob. Polít., 18 18, t. 78, Caj. 5, No. 19 («DCTOS. HIST. PROC. ARCH. INDIAS», t. II, p. 67). Ricart, *Estado Independiente de Haití Español*, Apéndice. HISTO. ARCH. INDIAS, t. II, p. 92. Citamos como la Gran Colombia no existió sino en el pensamiento de Bolívar (Vol. V).

y 800 mujeres y niños, quienes venían en desbandada por haberse proclamado el Estado independiente dominicano, lo cual acontece sólo el 30 de noviembre del mismo año, esto es, quince días después.

Comparecen estos recién llegados ante las autoridades haitianas y declaran que salieron huyendo de Monte Cristi por la proximidad «de bandas de insurgentes que llegaban para apoderarse de aquel sitio», luego de haberse erigido en la parte española de la isla de Santo Domingo, una república autónoma bajo el protectorado de la Gran Colombia.

12.– Pronunciamientos de los pueblos de la parte este de la isla que formaban el Estado Libre

Apenas pasados cuatro días del arribo de la nave americana a Puerto Príncipe, o sea, el dieciocho de noviembre, le llegaba al general Esteban Magny, comandante del Distrito de Cabo Haitiano, comunicación que con carácter de urgencia le fue remitida por tres diputados de Monte Cristi, José Domínguez, José Díaz y Gregorio Escarfulez, y otra suscrita por el comandante de la Plaza de aquel lugar, Diego Polanco, informándole que los vecinos de esa población habían enarbolado el pabellón bicolor, y «querían conocer la intención del Gobierno haitiano acerca del hecho de la incorporación a Haití de tal villa, la cual desde ese día se convertía en una parte de la República occidental».[38] Este despacho que está incluido en los impresos que figuran bajo el rubro de *Recopilación General de leyes y actos de la República de Haití,* es del 15 de

[38] Ardouin se refiere a un documento que no figura en las piezas adjuntas a las Memorias de la Cancillería haitiana a que alude Price-Mars en su referida obra *La República de Haití y la República Dominicana* (Vol. 1, p. 82); pero que sí es parte de la *Recopilación General de Leyes y actos de la República de Haití* (*Estudios de la Historia de Haití*, vol. IX, p. 270). En este despacho se hace figurar a un tal Domínguez que debe ser el mismo José Domínguez firmante de otra comunicación de la misma fecha dirigida al general Magny, la cual se transcribe en el Anexo 4 en su versión francesa en que originariamente fue escrita.

noviembre del 1821, lo cual da fecha cierta e inequívoca al pliego, de donde es necesario presumir que el error de Beabrum Ardouin consistió únicamente en relacionarlo con el movimiento principal de Núñez de Cáceres en la Capital, verificado en la noche del 30 de noviembre al 1º de diciembre del año relacionado, y no con la agitación preparatoria de los revolucionarios en esa región fronteriza, lo cual acaeció muchos días antes del golpe político que dio origen al Estado Independiente de Haití Español.[39]

Al mismo tiempo, lo cual confirma la hipótesis ya planteada haciendo distingo de uno y otro hechos históricos que guardan relación y analogía, Magny recibía un nuevo documento oficial, de igual fecha, firmado por el comandante Andrés Amarante y tres residentes de Dajabón, Joaquín Oliva, Adhenet y Domingo Arias, anunciándole idéntica adhesión a Haití por parte de sus convecinos, y «allegando recursos y municiones para sostenerse allí, si eran atacados»[40]. El *Diario* donde se relatan estos hechos fue publicado en 1830 por el referido general Magny. Allí se dice que los que formaron la expedición de Monte Cristi fueron bien tratados por las autoridades en Puerto Príncipe, y regresaron más tarde a su punto de partida.[41]

Todo esto pasaba en el fondo, mas en la corteza, como sobrehaz, se hacían ver distintas las cosas a los ojos del Gobierno de La Colonia. Se le extraviaba a sabiendas, mendazmente, aunque el jefe de escuadrón haitiano Carlos Arrieu alardeaba de haber sido actor principal en los sucesos de Monte Cristi[42].

También la noticia de la incorporación de las localidades próximas a las antiguas delimitaciones, francesa y española, corrió con toda rapidez en el territorio de la parte Este.

[39] Ardouin, vol. IX, p. 271.

[40] Estos despachos forman parte de las piezas publicadas en el 1830, por orden de Boyer; igualmente coleccionadas en un volumen de los *Documentos Oficiales de la República de Haití*. Price-Mars reproduce en francés en su mencionada obra (Vol. 1, p. 83). Véase Anexo 5.

[42] Nouel, en su *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo, Primada de América*, t. 2, pág. 270, nota I, dice: «Los comandantes Diego Polanco en Monte Cristi y Andrés Amarante en Dajabón, dirigieron el movimiento en aquellas localidades. Ayudóles mucho en esta empresa el haitiano Arrieu».

Y tal como era lógico discurrir, se atribuyó todo a manejos del Gobierno que tenía su sede en la capital haitiana, así como el notición de que el poderoso ejército contrario iba a penetrar al través de nuestras seculares fronteras.

¿Cómo era posible que tan bárbaro y grosero suceso coexistiese con una civilización tan adelantada como la del pasado siglo? Pero sí, era cierta la conquista que ya ideaba, contraria al Derecho de Gentes, el fraterno pueblo haitiano. Y no era el ínfimo vulgo quien daba crédito a la infausta nueva de la invasión, sino que la crítica histórica con su metódica investigación de los hechos que precedieron a tal realidad, y, por resultado de ella, con un espíritu sereno de amplia comprensión, el cual no desdeña ninguna verdad por ruda e inverosímil que parezca en análisis somero, ni tampoco por insólita y audaz, le ha dado veraz consistencia abrevando esas noticias de los mismos archivos del país lindante adonde consta de modo fehaciente que este designio estaba decretado de antemano por Boyer, y su partido expansionista en apogeo. Procedo, así, deduciendo juicios de los hechos aceptados por los historiadores que nos son contrarios, pues acato de manera diferente a nuestros pasados narradores, la evolución que ha sufrido esta ciencia del relato, como una verdadera y legítima conquista del espíritu moderno que rige y orienta todas las disciplinas mentales.

De ahí que de intento he reservado para este momento el concretar que Monte Cristi y Dajabón se habían visto obligados a incorporarse a Haití, desde el 15 de noviembre, lo cual daba consistencia a la conjetura de que pronto las otras poblaciones del Norte del territorio dominicano, se pronunciarían en análogo sentido, puesto que a ello concurrían a más del temor que inspiraban los agentes de Boyer, circunstancias atenuantes de su estado de miseria física, y acaso también moral. Las causas de este hecho son muy complejas: unas, de índole social, o étnica; otras, puramente económicas, y hasta de educación. Entre las primeras hay que contar la transformación de ideas, costumbres, usos, modales y prácticas que habíamos sufrido en el contacto cotidiano con la más perfecta civilización material o progreso que Haití experimentó durante el siglo XIX, y aún pudiera decir

con el influjo que ejerce toda nación sobre su vecina, cuando puede mostrar una ventaja indudable de vida. Fenómeno éste que se palpó por nuestros compatriotas desde antes del advenimiento de la patria haitiana, o mejor todavía, desde la hábil política de Pétion; prosperidad que no había muerto aún en manos de su descuidado y pródigo sucesor.

Tampoco son de «echarse en saco roto» las razones de raza expuestas, pues es del todo indagado, que la población blanca había disminuido considerablemente en esta región norteña tan notable en anteriores tiempos, y el elemento oscuro o netamente negro o criollo, se mezclaba y hacía buenas migas con el aledaño elemento de origen africano que dominaba en la otra parte de la isla.[43]

Después han de traerse a colación las causas de orden económico enumeradas, porque los que tales cosas hacían «vendiendo sus almas al diablo», eran en gran parte, por lo menos, súbditos olvidados de la colonia española, o poderosos terratenientes (señores de hatos y haciendas) que veían amenazados sus feudos con la llegada de un régimen autóctono que no los protegiera por falta de verdaderas fuerzas, o por ineptitud nativa. Y no hablaré de los que tenían instintivo horror a la mezquina existencia que soportaban a duras penas, que era de todo punto ficticia para ser continuada sin que algún cambio trascendental se efectuara que variase su inferior condición. Y esto, sin contar con lo que he dejado dicho, que la educación muy superior de Haití nos avasallaba con el prestigio de sus instituciones, mucho más avanzadas que las retrógradas nuestras.[44]

La primera causa tiene un carácter sólido, positivo y hasta humano; está adherida a la Historia: y aún se confunde con ella; se mueve dentro de la realidad y no gasta sus fuerzas en quiméricos empeños de rescate de la tierra natal en lances de honra o de vergüenza, pues le tiene un bledo la vida heroica para atender a

[43] Malo, *Historia de Haití*. Métral, *Histoire Expedition. St. Domingue firmin, Egalité races*.

[44] Justin, *Estudio de las Instituciones Haitianas*. Ardouin, *Estudio de la Historia de Haití*, vol. IX. Magloire, *Historia de Haití*...

congénitos instintos, o depravadas costumbres sociales, acaso en veces hasta usos demasiado refinados de cortesanías profesadas al rico o untuoso vecino de ébano. ¿Cómo casi al alborear del siglo de la democracia y la libertad, para algunos se trocó en vehemente afirmación a la servidumbre dada al antiguo esclavo haitiano, erigido a su vez en amo, ese antiguo desvío de nuestros mayores hacia la Madre Patria, y se solazaron tanto en ella durante veintidós años, para no olvidarla, luego, completa, definitivamente?

Creció, pues, con viciosa fecundidad la planta que había sembrado Silva y la caterva de conservadores, y extendiéndose en Monte Cristi y Dajabón: Santiago, la más importante villa del Norte, formaba con treinta conspicuos ciudadanos una «Junta Central Provisional», la cual envió ante Boyer, una comisión compuesta por Juan Núñez Blanco, José Peralta, Fernando Morel de Santa Cruz y José María Salcedo, miembros de tal Junta, quienes fueron portadores de un mensaje donde se vilipendiaba la Constitución del año 1821, «la que no resumía sino el voto de parte del pueblo dominicano y no la voluntad de casi todos los habitantes de la parte Española», al decir de Ardouin y otros.[45] Este despacho fue puesto en manos de Jean Pierre Boyer con

[45] Carta de Jean Pierre Boyer a Sebastián Kindelán, publicada en español por el gobierno haitiano, y la cual figura además en francés en la *Colección Oficial de Documentos de la República de Haití*.
«Muy Excelente Señor:
Los patriotas abajo firmados, a nombre de la Junta Central Provisoria de Santiago, inspirados por sentimientos acerca de los cuales no creen equivocarse, y en vista del acto constitutivo del 1º de diciembre relativo a la Independencia dominicana bajo el amparo de la República de Colombia, tienen el honor de denunciar a Vuestra Excelencia esta obra informe y antisocial que ha provocado el descontento general desde su publicación en Santo Domingo. Esta Constitución improcedente establece distinciones entre lo civil y el militar, el pobre y el rico, así como entre los diferentes Distritos de esta parte Este, manteniéndose en ella la esclavitud con menosprecio de las bases fundamentales de toda sociedad política. No asegura, por otra parte, una indemnización o recompensa al pobre soldado que pasa largas fatigas sin paga alguna, y arruina al comercio y desdeña al desgraciado campesino. En fin, para no distraer mucho tiempo a V.E., resumimos diciéndole, que este acto, concebido sólo en pro de la prosperidad de algunos privilegiados, sacrifica a millares de padres de

posterioridad a que se izara la bandera haitiana en Santiago, y a que la Junta Central le enviara una comunicación a los Ayuntamientos de Puerto Plata, La Vega, San Francisco de Macorís y el Cotuy, invitándoles a adherirse a su decisión. Inmediatamente, en la primera, su comandante Antonio López Villanueva «hizo prestar el juramento usual al Gobierno de Haití y mandó una comisión a Cabo Haitiano para anunciar la incorporación».[46] El Consejo Municipal de aquella ciudad de Puerto Plata, formado

---

familia respetables, se hace tan monstruoso en sus entrañas y espíritu, que todos los ciudadanos devotos de su país han decidido recurrir a V.E., para que se digne prestar atención a sus reclamos y súplicas, y recordar que Ella ha prometido ser el pacificador y amigo de los habitantes de esta parte Este. Y que V.E. nos ha dado la seguridad necesaria para tener fe en nuestra futura independencia, y que vamos a disfrutar en la República de Haití del espectáculo de la libertad de los esclavos. Por ello pedimos vivir en la unión y fraternidad. Tal es el propósito que lleva a la Diputación que verá a V.E. Esperamos, pues, que Ella tendrá confianza en la ayuda que ofrecemos, y nos secundará en nuestra gloriosa empresa.

Los diputados que enviamos a V.E. son los señores Juan Núñez Blanco, Fernando Morel de Santa Cruz, José Peralta y José María Salcedo.

También esperamos que no se olvidará V.E. de aconsejarnos, y nos acordará poderes y recursos que necesitamos con la celeridad que exige una empresa de tan grande importancia y magnitud».*

* «Col. Ofl. Dtos. Haití».

46 «Libertad-Igualdad.

REPÚBLICA DE HAITÍ.

El Consejo Municipal de la ciudad de Puerto Plata y su Jurisdicción.

A S.E. el presidente J. P. Boyer.

Y en su ausencia, al general Magny, gobernador del Cabo.

Muy Excelente Señor,

En vista de la comunicación oficial que hemos recibido, el 29 último, de los ciudadanos Juan Núñez, Fernando Morel, José Peralta y José María Salcedo, miembros de la Junta establecida en Santiago, con la denominación de Central, hemos sido informados de lo que ha sobrevenido en esta ciudad, la cual ha enarbolado el pabellón de la República de que sois vos el Jefe. La opinión pública que representamos, y la de todos los habitantes de Puerto Plata, de manera espontánea y sin pérdida de tiempo, inspirada en los intereses generales de las Comunes, como prueba la pieza #3 que nosotros enviamos a V.E. y que es una respuesta a la carta de los ciudadanos de Santiago, de la cual retenemos el original marcado con el #2.

En consecuencia, de acuerdo con el comandante de Armas de esta plaza,

por Joaquín Bidó, Luis Rodríguez Pilante y Francisco Antonio del Campo, y donde no se negó a firmarlo sino el consejero Leoncio Julia a quien le costó pronto la expulsión su altiva actitud, entregó a los comisionados José María de Rojas y Francisco Boy, un

---

nos hemos determinado a someternos a V.E. por órgano de los diputados José María de Rojas y Francisco Boy, quienes parten hoy para cumplir esta misión, y los que están autorizados a pedir a V.E., en nombre de esta jurisdicción pacífica, todo lo que pueda convenir al bienestar de sus pobladores, a su seguridad individual, y a la conservación de sus propiedades, todo lo cual esperamos con confianza del gobierno bienhechor y filantrópico de V.E.

Esto expuesto, muy Excelente Señor, tomando en consideración las circunstancias urgentes en las cuales nos encontramos, creemos expresarnos con sinceridad, al decir que nos ponemos bajo las Leyes de la República de Haití, y que ésta puede disponer enteramente de nosotros, pues creemos animados de los mejores sentimientos para con vos, y que nos harán capaces de estar en todo momento a vuestras órdenes.

Firmado: Joaquín Bidó. Luis Rodríguez Pilante y Francisco Antonio del Campo.

Ciudad de San Felipe de Puerto Plata, el 13 de diciembre del 1821, 18 años de la Independencia de Haití».

(Pieza anexa a dicho despacho)

No. 1.- Una sumisión firmada por el señor Antonio López Villanueva, comandante militar de Puerto Plata, exactamente igual a esta de la Municipalidad ha sido agregada.

No. 2.- Al ciudadano Antonio López Villanueva, comandante de Puerto Plata. La Junta Central formada por 30 ciudadanos, ha resuelto en este día enarbolar el pabellón de la República de Haití cuyo presidente es J. P. Boyer.

Estamos persuadidos que esta determinación de nuestra parte pone fin al estado de perturbación y de calamidades que hemos sufrido en la parte española, desde la proclamación de la Independencia dominicana unida al Gobierno de Colombia.

Nos hemos dado cuenta de que debemos unirnos a la ciudad de Puerto Plata en dicho Movimiento de incorporación a Haití, de acuerdo con la intención del presidente Boyer. Puesto que procediendo, así, no hacemos sin unirnos como amigos a la causa común y en condición de verdaderos hermanos.

Tenemos el honor de saludaros, etc.

29 de diciembre de 1921.

(Siguen firmas)»

pliego para Boyer en el cual se calificó de «filantrópico» el Gobierno haitiano, y «se pidió jefes que los mandaren». En comunicación del 31 de diciembre del 1821, el comandante de dicha plaza de Puerto Plata, Antonio López Villanueva se dirigió a la Junta Central de Santiago, haciéndoles saber su adhesión a Haití.[47]

Parece, en opinión de Saint-Rémy y otros publicistas, que cuando José Núñez de Cáceres tremoló a los cuatro vientos el lienzo colombiano, encontró una gran resistencia a su proyecto en la arcaica villa de Santiago, «cuyos pobladores casi todos de pura raza castellana, no se avinieron a la idea de ponerse bajo uno de los nuevos pabellones de la América del Sud».[48] De donde surgió

[47] No. 3 «Libertad-Igualdad
República de Haití.
Antonio López de Villanueva
Comandante de la Plaza de Puerto Plata.
A los ciudadanos que forman la Junta Central de la ciudad de Santiago.
Ciudadanos.
La comunicación que vosotros me habéis dirigido de fecha 29 último me anuncia el cambio de Gobierno sobrevenido en esta parte española.
Vosotros reconocéis la República de Haití de la cual es J. P. Boyer su jefe, en el despacho recibido hoy a las 6 de la mañana.
Deseáis conservar la tranquilidad pública, en el estado actual de crisis, en ese sentido me hacéis saber la adhesión de los habitantes de esta parte española al Gobierno de Haití, y de que enarbolasteis el pabellón haitiano, haciendo el juramento a él que es usual.
De común acuerdo con todos los empleados y ciudadanos amantes de la paz, he mandado una embarcación para el Cabo Haitiano, a fin de anunciar a S.E. el Sr. Presidente, o en su ausencia, al Sr. Gobernador del Cabo, la incorporación de esta parte de la República de Haití.
Espero que me consideréis como un buen hijo de la patria así como a todos mis convecinos. Formamos ya parte integrante de la misma República, y me comprometo a que en Puerto Plata no se acatará otro Gobierno que el haitiano el cual se funda en la justicia y los sentimientos humanitarios, y al frente del cual se encuentra el hombre llamado filántropo por excelencia.
Los ciudadanos Lepine y Esteban Sánchez han sido enviados en calidad de diputados de esta parte española para anunciar a vuestra Junta la determinación de esta ciudad.
Os saludo con la más alta consideración y con todo el afecto de un hermano.
Puerto Plata, 31 de diciembre del 1821. Año 18 de la Independencia de Haití».

[48] *Santo Domingo...*, t. I, p. 331.

el grave conflicto que debía tener por fin muy graves consecuencias con la rendición incondicional de la Plaza dada a Boyer por esa Junta Central Provisional.

Sucesivamente cada Común siguió el ejemplo de Santiago y Puerto Plata con la sumisión a Haití. El Consejo Municipal de Neyba, integrado por Francisco López y José Ramón Hernández, resolvió, el 13 de enero del 1822, expresar al presidente Jean Pierre Boyer, «que ha tenido el placer de colocarse bajo las leyes de la República haitiana, y suplica a V. E. quitarle toda inquietud a los habitantes de Neyba, haciéndoles que la República de Haití les cuente entre sus hijos».[49] La Vega también había seguido las huellas de las otras poblaciones del Cibao. El 4 de enero del mismo 1822, su comandante, Juan Ramón, expresa en su comunicado a Boyer: «esta ciudad vecina de Santiago ha seguido su ejemplo, y enarboló, con toda antelación, el pabellón de vuestro respetable Gobierno, yo hago, pues, mi sumisión a V. E.[50]

[49] «Libertad-Igualdad.
República de Haití
Neyba, 19 de Enero del 1821, Año 19 de la Independencia.
Los verdaderos ciudadanos de la Común de Neyba a su Excelencia J. P. Boyer, presidente de Haití.
Excelentísimo Señor,
Los ejemplares de vuestra Orden del día del 12 de los corrientes, que a nombre de V.E. el coronel Pernnas enviado por la mediación del capitán Juan Bautista, nos han convencido de tal manera que resolvimos hacer nuestra sumisión a Vuestra Excelencia, jurándole que estamos prestos a morir por la defensa de nuestro padre y bienhechor.
En testimonio de lo cual estaremos esperando el feliz momento de poder veros personalmente para daros las pruebas más reales de nuestra fidelidad. Porque deseamos disfrutar del espectáculo de la libertad que nos proporcionareis, y así, sacudirnos de la dura servidumbre que padecemos.
En nombre del verdadero pueblo de Neyba.
(firmado): Manuel Zerano, Julián Borya (Col. Doc. Of. de Haití)».

[50] «El comandante de La Vega, Juan Ramón a S.E. el presidente de Haití.
Muy Excelente Señor:
Aunque vuestra Excelencia debe estar informada de lo que ha ocurrido en esta parte española, os informo que esta población vecina de Santiago ha seguido su ejemplo y enarbolado, con toda la solemnidad requerida en estos casos, el pabellón de nuestro Gobierno. Os hacemos la sumisión a

San Juan el 10 de enero rindió igualmente sus armas a la Anexión. Su comandante Damián de Herrera, y José Damián de Herrera, Camilo Suero, Manuel del Castillo, Luis de los Santos, Andrés de Herrera, Francisco de los Santos y Remigio Alcántara, se dirigen al jefe del Estado haitiano, en estos términos: «Acabamos de enarbolar el pabellón de la República de Haití. Nosotros todos, con voz unánime, hemos repetido el grito de ¡VIVA LA REPÚBLICA HAITIANA, VIVA EL PRESIDENTE JEAN PIERRE BOYER! y esperamos tener la honra de ver a V. E. en esta localidad»[51]. Por último, Azua, postrero eslabón de la cadena de villas de primer rango que se unían a Haití, el 21 de enero del nefasto año 1822, dobló la cerviz y se nubló la altiva frente que más tarde debía brillar con resplandor de gloria en la era bélica del 1844. En el Cabildo de Compostela de Azua[52] se reunieron José Díaz, alcalde municipal, y los regidores Juan Clemente Ovando y José Antonio Batista, asistidos del Síndico, «e instruidos con certeza de que la ciudad capital de Santo Domingo y el poblado de Baní habían sucesivamente reconocido y proclamado el 19 ó el 20 de los corrientes, según reza el acta de

---

Vuestra Excelencia convencidos de los sentimientos generosos y filantrópicos que os caracterizan.
Qué Dios os conceda larga vida!
La Vega, 4 de enero del 1822. (Col. Ofl. de Doc. de Haití)».

[51] «Damián de Herrera, comandante de San Juan, y los habitantes de esta Común a S.E. el presidente de Haití.
Presidente:
Con el regocijo de los pobladores de esta Común se acaba de enarbolar el pabellón de la República de Haití. Con una sola voz, unánime, se ha dado el grito de ¡Viva la República Haitiana, viva el presidente J. P. Boyer! Esperamos tener el placer y el honor de ver a Vuestra Excelencia en esta parte española. Todo se ha realizado conforme vuestros deseos, que es mantener la isla indivisible con una sola familia.
Tenemos el honor de saludar a Vuestra Excelencia con el más grande respeto.
(firmados): Damián de Herrera. José Damián de Herrera. Camilo Suero, Francisco de los Santos. Manuel del Castillo. Luis de los Santos. Remigio Alcántara. Andrés Herrera (Col. Ofl. Doc. de Haití, etc.)».

[52] Se denominó luego Compostela de Azua.

adhesión, la República haitiana de la cual es presidente el excelentísimo Jean Pierre Boyer… Considerando que sólo la ciudad de Azua no se había pronunciado todavía solemnemente aunque había dado ya su adhesión a dicho Gobierno, enviando una misión ante S. E. (desde el 16 de enero), ha convocado al pueblo y a las personas notables, el comandante militar, el cura, y todos decidieron a unanimidad, sin esperar el regreso de la mencionada misión, proclamar su adhesión a la República de Haití».[53] San

[53] No. 1.- «Los habitantes de la ciudad de Azua, abajo firmados, conceden pleno poder a Manuel Jimenes, alcalde, y a Joaquín Irpo, sargento mayor de las Milicias Urbanas, para trasladarse a Puerto Príncipe o a cualquier parte en donde se encuentre su Excelencia el presidente de Haití, J. P. Boyer, para hacerle saber que ellos han tomado la decisión de incorporarse a la República de Haití de que él es su jefe.
Azua, 10 de enero del 1822.
(firmados): Pablo Báez. José Díaz. Manuel Félix. Ángel Noboa. Ramón Pichardo. Rafael García Casuela. José Joaquín Irpo. Ramón Martínez. Juan de la Cruz. José María Belanez, etc.»
No. 2.- «A su Excelencia J. P. Boyer, presidente de Haití.
El Consejo Municipal de Azua, tanto en su nombre como en el de los habitantes de esta ciudad, tiene el honor de dirigir al presidente de Haití, las piezas adjuntas, las cuales manifiestan a S.E. su resolución de incorporarse al Gobierno haitiano, al cual se adhiere unánimemente.
Qué Dios proteja la vida de su Excelencia!
Azua, 22 de Enero del 1822, Año 19 de la Independencia que nosotros adoptamos.
(firmados): José Díaz. Manuel Reyes. Manuel Félix. Agustín de Castro. Juan Clemente Ovando. Jacinto Ortiz. Ángel de Noboa, secretario».
No. 3.- «En la ciudad de Azua, 21 de enero del 1822.
Los ciudadanos José Díaz, alcalde municipal, y regidores Manuel de los Reyes, Doyen, Manuel Feliz, Agustín de Castro, Juan Clemente Ovando y José Antonio Batista, asistidos del síndico, reunidos como de costumbre en la Casa Municipal, cambiando impresiones durante largo tiempo acerca de los intereses de la comunidad que representan, así como en vista de que la ciudad Capital y el poblado de Baní habían sucesivamente reconocido y proclamado, el 19 ó 20 de los corrientes, la República de cuya Excelencia el señor J. P. Boyer es el presidente, consideran que la única ciudad que todavía no se ha pronunciado es Azua, por más que ella ya ha dado su adhesión a dicho Gobierno y a la independencia haitiana, enviándose, al efecto, una misión cerca de S.E., la cual se convoque al pueblo con el fin de que pueda expresar sus sentimientos patrióticos para formar parte de tal comunidad que consideramos un deber y honra.

Francisco de Macorís anteriormente se había incorporado a Haití, el 3 de enero del 1822. Otrosí las comunes de Las Matas, Bánica e Hincha según la compilación de actos de la República haitiana.[54] No niega el citado Price-Mars la modalidad empleada por Boyer para operar esta incorporación de las poblaciones del Este a la República de Haití, en el mensaje a que me refiero en este mismo capítulo, y en el cual correspondió a la encuesta que le hizo el Instituto de Investigaciones Históricas por mi mediación como presidente, en el 1937, el cual publicó después en la *Revista de la Sociedad de Historia y de Geografía de Haití*, bien que revoque ahora este proceder probo al gran historiador haitiano por un patriotismo a ultranza que no le hace mucho honor. Así declara abiertamente sin velos de engaños y con gran impudor de historiador en *La República de Haití y la República Dominicana* después de denunciar la existencia de un partido pro-haitiano en la región del Cibao que facilitó el éxito de la empresa conquistadora» del año 1822, que «tal observación no excluye en absoluto las

---

En consecuencia, la Comisión de que son partes personas notables de la ciudad, el comandante militar y el cura de la parroquia, tal como ha sido dispuesto, procederá a proclamar en la forma conveniente la Independencia haitiana y manifestará su adhesión a la República de Haití de parte de esta localidad, en cuya ocasión que tendrá gran solemnidad y se celebrará a las 4 de la tarde, con toda pompa y ritual, se pronunciará el discurso de rigor, el cual será publicado así como, la Orden del Día de su Benefactor y S.E. el 12 del corriente.

(firmado): José Díaz. Manuel de los Reyes. Manuel Félix. Agustín de Castro, etc. Ángel de Noboa, secretario».

«El infrascrito, secretario del Cabildo Municipal de esta ciudad de Azua incorporada a la República de Haití, certifica que a las 4 del medio día, estando presente el presidente del Ayuntamiento y el comandante militar y el cura de la parroquia y un gentío inmenso, así como una escolta de la Compañía de Infantería, el Cuerpo de Músicos, etc., el pabellón de Haití ha sido solemnemente enarbolado con las unánimes aclamaciones de los concurrentes mezcladas a las detonaciones y descargas de la artillería.

Dado en Azua, el 24 de enero del 1822, Año 19 de la Independencia que adoptamos.

El secretario; (Firmado): Ángel de Noboa».

[54] «Col. Ofl. Dto: Haití». *Historia de Haití,* t. IX, p. 117. Price-Mars, *La República de Haití y la República Dominicana*, Ardouin, vol. 1, p. VII.

maniobras que Boyer hubo de emplear para preparar el terreno propicio a la realización de este acontecimiento (de la absorción haitiana), lo cual da un asentimiento tácito al dolo empleado para obtener las voluntades, de parte de las autoridades haitianas, que invalida toda adhesión espontánea del pueblo dominicano».[55] Además es de advertir que en puridad no existió un partido «pro-haitiano» sino más bien una facción o núcleos aislados a Boyer quienes habrían de desempeñar altas funciones tan pronto «como la cosa se hace», ya que la idea de partido es siempre de unidad de ideales, de plataformas políticas, y no de medros e intereses, como fueron los mezquinos móviles de los que coadyuvaron con Silva y los agentes del presidente haitiano, aunque cooperadores de Núñez de Cáceres se alinearon inmediatamente después de la invasión consumada, ya quizás si en tratos previos, como fueron los personajes Manuel Carvajal, Antonio Martínez Valdez, y los militares y autoridades secundarias, los Domingo Polanco, Andrés Amarante, etc.

Atribuye en esta obra la actitud de los dominicanos con esta aparente sumisión de las poblaciones dominicanas a «un deseo de paz y de quietud, en una minoría, y en cuanto a los otros, que constituían la mayoría, por un sentimiento de apatía y de desabrimiento, que les empujaba a tomar su decisión».[56] Y agrega el historiador haitiano que «le parece que los documentos reproducidos en el capítulo precedente (y que han sido igualmente copiados de la Colección de piezas oficiales haitianas), son un reflejo fiel de ese doble estado de ánimo de los dominicanos».[57] Pero a renglón seguido da la clave de estas insinceras e interesadas manifestaciones de las autoridades dominicanas, encaminadas solamente a mantener sus posiciones políticas y los intereses ya creados alrededor de la adhesión haitiana, cuando dice: «Hay que observar, no obstante, que los jefes de la región fronteriza, inquietos y en completa rebeldía con los líderes de la Capital, buscaban la seguridad de su posición política en donde era más

[55] Price-Mars, vol. 1, p. 129.
[56] Price-Mars, *La República de Haití y la República Dominicana*, vol. 1, p. 97.
[57] *Ibid.*

posible encontrarla –en el Oeste– con una adhesión a la República de Haití, en tanto que las masas los siguieran ya por el impulso que ellos habían ya impreso».[58] En este lenguaje de la verdad histórica debió siempre hablar el doctor Price-Mars. Empero, volviendo sobre sus propios pasos, el insigne autor haitiano plantea esta cuestión: «Nos parece sistemática la situación que a la distancia del tiempo, sociólogos y políticos dominicanos presentan, interpretando la cuestión al través de sus pasiones y de sus reprochables prejuicios».

¿Y si nuestras hipótesis tienen fundamento –ya que las hemos apoyado en una documentación seria y en un análisis objetivo– por qué las llamadas a la unión, a la paz, a la fraternidad con el Oeste hechas del 1818 al 1820 y dirigidas a los hombres influyentes de la región fronteriza pueden parecer tan condenables a los ojos de algunos dominicanos contemporáneos? ¿Por qué una actitud de conciliación, una disposición de entendimiento, una aspiración a unirse con los vecinos occidentales pueda parecer ofensiva al amor propio dominicano, a tal punto que puedan inspirarles las más ardientes protestas, las más violentas recriminaciones de parte de publicistas dominicanos que no pudiendo negar la autenticidad de tales documentos, achacan de poco sinceros tales testimonios?[59] Ya examiné el valor de estas actas falseadas las más de las veces y como afectaban profundamente la unión insincera del pueblo dominicano que voluntariamente no quiso la adhesión que obtuvo el presidente Boyer por los medios engañosos de sus agentes en las regiones fronterizas y valiéndose de la situación de inseguridad y de inestabilidad del pueblo dominicano en ese período del 1821 al 1822, en el cual la flamante nación dominicana no tenía fuerzas materiales y cohesión política, por las vicisitudes políticas y dramáticas por que había atravesado su historia colonial. En esto sí tiene razón el sociólogo Price-Mars cuando dice: «… Cuando se observa la situación de la comunidad dominicana entre 1808 y 1822, tal como tratamos de hacer en el análisis del fin

[58] Price-Mars, ob. cit., vol. 1, p. 98.
[59] *Ibid.*

del capítulo v de esta obra, se da uno cuenta que había un estado de inseguridad y de inestabilidad reinantes».[60]

13.– Cooperación de las facciones políticas

Por eso, hasta cierto punto, no es tan reprobable el Dr. Lugo cuando afirma que «casi todas nuestras poblaciones importantes, pues, habían llamado oficialmente a Boyer antes del 30 de enero del 1822, día en que el primer cuerpo de su ejército puso el pie en territorio dominicano.[61] Por el contrario, nos puede dar completo ascenso don Emiliano Tejera, quien en su «Memoria al Papa León iii» niega de modo absoluto que llamáramos a los haitianos, aunque después diga lo que primero puso en reparo o entredichos en el citado documento.[62] La verdad es

[60] Price-Mars, ob. cit., vol. 1, p. 98.

[61] Artículo apologético acerca de «"D. Emiliano Tejera", Figuras de América», publicado en la revista nacional *Bahoruco*, edición del 15 de julio del 1933.

[62] El propio Dr. A. Lugo, en el escrito de índole histórico «D. Emiliano Tejera», ya referido escribe:
[...] progreso. Véanse para justificar este juicio el florecimiento de la antigua colonia francesa en las obras: *Diccionario del Comercio*, en las palabras «Compañía de las Indias Occidentales», Francisco Charpentier, decano y director perpetuo de la Academia Francesa y uno de los hombres más cultos de la época, en *Discursos de un fiel sujeto del Rey acerca del establecimiento de una Compañía para el comercio de las Indias Occidentales* y *Relación del establecimiento de Compañía*, libro este raro y precioso por sus sabias enseñanzas y el encanto de la forma, aunque apenas figura en las bibliotecas. Y venga a más el testimonio del pulcro relator de la *Historia de Santo Domingo*, Antonio del Monte y Tejada, para que coadyuve y reseñe aquella floreciente y antigua colonia francesa desde muy mucho antes del hecho sobre el cual discurso en este momento. «La colonia francesa, que vamos a describir en el estado en que se encontraba cuando estalló la revolución de 1789, merece por todos títulos particular mención. De principios oscuros e irregulares se elevó a tal grado de esplendor que no ha habido colonia que se le haya igualado. Semejante a Roma en su origen, pero por distinto camino, llegó a ser el establecimiento más opulento y rico de las Indias Occidentales. Toca a los economistas averiguar los elementos que la hicieron alcanzar en tan breve tiempo tan alto grado de prosperidad. Empero, la

que esta cooperación sólo era dada por las facciones políticas que se reflejaban en esas actas oficiales anexionistas y no por la mayoría del pueblo dominicano que se mantenía puro en ese

---

colonia francesa gozaba de las mismas ventajas que la parte española, por su situación, fertilidad de sus tierras y el número y caudal de sus ríos.
Comprendía su área 2100 leguas cuadradas, que con las 3200 de la parte española completaban las 5300 que tiene la isla.
En su figura irregular por las sinuosidades de las costas, resultado de las prolongaciones de los cabos Mole de San Nicolás y Tiburón.
La mayor parte de su terreno era feraz; y los que estaban sujetos a sequía compensaban este inconveniente con el infinito número de ríos y arroyos que bajaban de las montañas.
La industria francesa aclimató con la mayor facilidad gran número de plantas y frutos exóticos, como la cochinilla misteca o de Méjico, el arroz –de Bengala, el té verde, el algodón y rosal de la China, el castaño de Virginia, el jazmín del Cabo, el añil de Madagascar y el cerezo de Lusiana. Etc.
«Los dominicanos que habían participado en la Reconquista expulsando a los franceses en 1809 con poco premio del gobierno español, dice Tejera en su *Memoria al Papa*, se alarmaron en 1820 con las noticias que corrían del próximo envío de un ejército francés para recobrar la isla. Por ese tiempo se estacionó cerca de Monte Cristi el comodoro Aury, con algunos barcos que enarbolaban el pabellón de los sudamericanos independientes, con el fin de interceptar el paso de los buques españoles cuyas mercancías vendían de contrabando cuando lograban capturarlos, en Monte Cristi y en Puerto Plata. Él y los capitanes, como buenos revolucionarios, despertaban con su palabra y con su ejemplo, sentimientos de independencia en el espíritu de los dominicanos noroestanos. Esta influencia y la alarma suscitada por las noticias reinantes, y la ingratitud española, la ineficacia de la autoridad colonial, produjeron en un grupo la idea de separarse de España para unirse a Colombia.
Por otra parte, Boyer enviaba a la parte española propaganda de la incorporación a Haití, idea preferida por otro grupo de dominicanos, el cual, a fines de 1820 envió a Cabo Haitiano, ante Boyer a Justo de Silva, para declararle su propósito de secundar cualquier tentativa de incorporación. Igual ofrecimiento hizo Aury a Boyer. La benévola acogida que éste dispensó a Silva se colige de los términos de la carta que Silva escribió a su regreso, el 8 de enero de 1821: «Mis compatriotas y otras personas en gran número, están muy satisfechos de todo cuanto les he dicho, y ponen sus esperanzas en la respuesta que V.E. me dio sobre este asunto. Se reúnen en gran Asamblea para hablar al pueblo e imprimirle la dirección conveniente. Pienso volver pronto a Port-au-Prince, a fin de dar cuenta a V.E. de lo ocurrido aquí. Mis compatriotas tienen la intención de

momento como en todos los trances de su historia nacional. Repito que tres tendencias personalistas dividían la opinión pública de ese momento crítico de la nacionalidad: la independiente o liberal pura, integral; la proteccionista o conservadora y la abiertamente anexionista o haitianizada. Además de que existía el núcleo reaccionario que se mantenía aun fiel a España. Dorsainvil y sus cooperadores, citan cuatro llamados partidos o banderías con sus corifeos respectivos: 1º el del Lic. José Núñez de Cáceres; 2º. el de los adictos a la antigua metrópoli; 3º el de los haitianizantes, representado por los grupos de José Justo de Silva, Andrés Amarante, etc., y 4º la de los independientes que no transigían con la unidad de la isla y querían un Estado Libre y absolutamente soberano.[63] De modo que, en realidad, la desorientación política en el año 1821, en sus postrimerías, y principios del subsiguiente adonde se lleva a cabo la absorción occidental, es completa. Se caracteriza por un espíritu de facción que evidencia que nuestro pueblo no tenía un alma todavía unificada que pudiera dar válida aquiescencia a la incorporación voluntaria como se ha pretendido por Ardouin, Lugo, Price-Mars y otros publicistas historiadores.[64]

Aunque todo esto de la llamada al haitiano por las facciones infieles tengamos interés en olvidarlo en aras del patriotismo y de la pureza de nuestras costumbres, en la historia crítica que me he impuesto escribir no puedo dejar de asentarlo sin ofender a la diosa Verdad. La historia narrada por nuestros antecesores se desbordaba de tal modo, y era tan grande y espléndida en imaginación y en prurito de grandezas propias, que forzosamente

---

dirigir una comunicación a V. E. Se piensa ya en publicar la Libertad general. Los capitanes D. Manuel Carbajal y José Soda se oponen vivamente, han ofrecido ir ellos mismos en nombre de V. E., a fin de tratar hábilmente esta cuestión y saber si puede haber algún arreglo al respecto. Pero dudo que esto se haga».

[63] Dorsainvil, J. B., *Curso de la Historia de Haití.* Dorsainvil, *Manual de Historia de Haití.*

[64] Ardouin, B., *Estudio de la Historia de Haití,* vol. IX. Ardouin, C., *Ensayo sobre la Historia de Haití.* Leger, J.N., *Haití, su Historia y sus detractores.* Lugo, A., *Figuras americanas* («D. Emiliano Tejera»), etc.

cualquier fábula tenía que perder mucho en el cotejo con el documento fehaciente, o el hecho sometido al riguroso análisis lógico. Y lo real es que estas actas transcritas existen y fueron reflejo de la verdad histórica muy relativa de su tiempo, bien que se presuma contra ellas amaño o falsedad de parte de las autoridades haitianas y nativas que se habían comprometido en el innoble empeño anexionista: muchas veces así habló la Historia por medio de artificios o engaños que tenían toda la apariencia del hecho mismo o realidad a medias. Ahora bien, esa verdad era absoluta para el elemento oficial o para la tendencia moderada, pero la mayoría permanecía ajena a tal realidad histórica, arraigada como lo ha estado siempre a la tierra germinal.

En cuanto al defecto de nuestros historiadores, todos pecan de un mal patriótico, desde el austero José Gabriel García y el brillante Emiliano Tejera hasta los más recientes, porque nada nos dicen acerca de este hecho que se levanta sobre todos los hechos que originaron este triste período: en cierto modo no podía negarse nuestra complicidad en la Anexión a Haití, por lo menos de parte de ciertos núcleos moderados o haitianizados.

Si en estos casos de alucinación o error colectivo puede verse al germen de una especie de locura nacional no estudiada aún por la Sociología o la Historia filosófica, no fue de las menores nuestra locura. Pero si bien se mira, todas las causas que concurrieron en ese momento para nuestra degradación como pueblo digno, vistas desde un punto más racional y objetivo, nos muestran que ellas se engendraron en una inferior educación cívica legada por nuestros indoctos amos coloniales. Aunque en tiempos más contemporáneos, se pueda advertir una naturaleza en que hay mucho de bajo e inferior, con apetitos francos y brutales de barbarie en pugnas fratricidas, en que la tendencia materialista, si no desapareciendo del todo, va perdiendo terreno cada día bajo la picota de una crítica severa y científica que la vitupera, a pesar de los insólitos regresos que hemos tenido en los últimos pasajes de nuestra historia.

Por haber hablado con el lenguaje sincero de esa semi verdad histórica, será respetado el juicio que acerca de esa época nos ha dado Américo Lugo, el «Solís dominicano», al decir de Tejera, y sólo en un punto disiento radicalmente de él, o sea, en

lo que atañe a la personalidad de José Núñez de Cáceres, a quien juzgó «más legista que político, apóstol a medias, patriota sin entusiasmo ni carácter ni heroísmo». Y agrega: «… el licenciado José Núñez de Cáceres no se hubo con mucha madurez en la realización de su empresa, ni puso bien la mira en ella; en vez de unificar la opinión del Cibao; en vez de allegar recursos, tomando los medios necesarios, toleró el trabajo de zapa haitiano y mantuvo la esclavitud, si bien manumitió a sus doce esclavos. Pero estos yerros se atenúan si se considera que no tuvo a su disposición el tiempo ante la antipatriótica actitud de los haitianizados».[65] Verdades a medias son éstas que no son imputables al referido autor de aquella conspiración, si no muy relativamente, aunque se produjeran en la presencia del precursor Núñez de Cáceres, o a veces a sus espaldas, pero la real es que por no haber satisfecho, conforme al gusto de un tiempo dado, necesidades eternas de la vil especie humana, no triunfó él de tan portentosa manera como otros emancipadores más afortunados de otros períodos históricos, bien que triunfo más completo le reserva ya la Historia. No sería el licenciado Núñez de Cáceres personaje indiferente en la Historia, aunque sólo reconociéramos en él al audaz conjurado de la patria del 1º de diciembre del 1821, y no al legítimo héroe o apóstol de una época. Porque es sin disputa el más calificado de los precursores de la República, aunque el más inmediato fuera posteriormente Duarte, y hubiera podido reconocerse en aquel hombre singular algunas de las cualidades de los más conspicuos libertadores de pueblos.[66]

14.– El hecho histórico de la incorporación

En esos pronunciamientos en pro de la anexión a Haití, existió, en verdad, cooperación nativa, pero el dolo intervino en nuestro asentimiento para viciar esencialmente ese pacto. Esas

[65] Lugo, Américo, *Figuras Americanas,* «D. Emiliano Tejera...».
[66] Vol. V, Lib. VII, cap. 1.

autoridades dominicanas que prepararon las actas anexionistas habían sido sorprendidas por los invasores, haciéndoseles creer en la unanimidad del pueblo dominicano que permanecía extraño a la intriga política. Sólo el núcleo conservador se entregó todo a los haitianos por conveniencia personal y tradicional servilismo como he apuntado en otra parte. Esta es la verdad histórica. Hubo, pues, anexión, acaso incorporación forzada. Haití nos dominó por la fuerza. Tal es el hecho.[67]

Se podrá objetar que no se ejerció por parte de nuestros vecinos una presión exterior, visible, para obtener la incorporación. Pero sí se mantuvo por parte de los agentes de Boyer un estado de inquietud en la parte española, desde el gobierno colonial de Kindelán, puesto que está probado que la metrópoli no ejercía una autoridad eficaz sobre su primera posesión en el Nuevo Mundo. Valiéndose de amenazas, como en el caso del militar Dalmassí de que dan cuenta los documentos estudiados de este período, de caracterizada violencia moral, el poder que se proyectaba desde Puerto Príncipe realizó verdaderos actos materiales por sus secuaces en Monte Cristi, Dajabón y Beler, con fecha 15 de noviembre del 1821, que dieron por resultado derrocar a las autoridades españolas o nacionales.[68] Y no hay consentimiento

[67] Accesión es en el lenguaje forense, «el título o modo de adquirir el dominio de una cosa ajena», a más de la cosa misma así adquirida. También es el modo de adquirir el dominio de una cosa por «obra de la naturaleza o por mano del hombre, o por ambos medios a la vez, siguiendo lo accesorio a lo principal». Así, la accesión debe ser siempre espontánea, voluntaria, producto en lo físico de la naturaleza o del hombre; pero en lo político no podrá manifestarse sino por la voluntad libremente expresada de incorporarse un Estado a otro, si se entra en la esfera del Derecho Internacional Público. En cambio, la anexión en el propio campo de este Derecho de Gentes, es una idea radicalmente distinta: es unir o agregar una ciudad, provincia o nación a otra, por medio de la fuerza; establecer la dependencia de un Estado a otro dominante, a pesar de la voluntad en contrario del país anexado o adherido. Es, pues, anudar un territorio débil a otro fuerte por el sólo querer de este último. Absorber un país a otro por fuerzas externas que no es posible resistir, anulando su autonomía e independencia, su libertad política, su soberanía exterior. Esto es lo que se podría definir como una incorporación forzada.

claro, libre, recíproco, de acuerdo con las doctrinas de Derecho Internacional Público, «cuando se ejerce un acto material, dice Bustamante, o cuando la nación que lo preste está inducida por el temor material de un mal grave, o por fin… cuando una serie de presiones morales, que no pueden localizarse ni precisarse, pesan, sin embargo, sobre el individuo que se determina (o sobre un país), porque entonces no se puede decir que el consentimiento es libre. Es cierto que queda la voluntad de hacer o de no hacer, pero la voluntad externa determinase en este último sentido».[69] No se puede negar que estos actos se llevaron a cabo y esta presión moral fue sin interrupción ejercida en todo el lapso que va del 1820 al 1822, tal como demuestra todo el proceso de la llamada incorporación voluntaria y que conceden en parte algunos escritores haitianos.[70]

Entre los pliegos inequívocos que revelan esa violencia que ejerció Haití sobre nosotros, bastará hacer hincapié en la carta dirigida por el general Jean Pierre Boyer, con fecha 5 de enero del 1822 ya en vísperas de la invasión haitiana, al jefe del Estado Independiente de Haití Español proclamado en el año anterior, 1821, en la cual le dice categóricamente como cabeza de un poderoso ejército de 14,000 soldados en marcha: «… Es necesario no hacerse ilusiones: dos Estados separados no pueden coexistir ni mantenerse independientes el uno del otro en la isla que nos cobija desde los más remotos orígenes históricos. Como mis deberes están trazados de antemano, no me quedará más recurso que sostener a todos los ciudadanos de la República, etc. Así, no espero encontrar en todas partes sino hermanos, amigos, hijos a quienes abrazar. No habrá, empero, obstáculo que sea capaz de

[68] Es una realidad histórica que la incorporación de la parte Este a la occidental se iba realizando, aunque no voluntaria sino en apariencia, forzada. El jefe de escuadrón haitiano, Carlos Arrieu alardeaba de haber sido actor principal en los sucesos de Monte Cristi y Dajabón que se habían pronunciado en pro de Haití desde el 15 de Noviembre del 1821. Véase la Colección oficial de Documentos de Haití desde 1820 al 1822.

[69] Sánchez Bustamante, A., *Derecho Internacional Público.*

[70] *Leger,* J.N., *Haití...* Dorsainvil, *Historia de Haití.*

detenerse… Espero, así, que su respuesta, que no deberá tardar en venir a mis manos, sea conforme al interés y bienestar futuro que le impone el país en que vos habéis nacido».[71] De admitirse la tesis contraria, sostenida principalmente por los publicistas haitianos con motivo de las interminables discusiones fronterizas ya pasadas, la accesión del pueblo dominicano, libre espontánea, y no la anexión, producto de fuerzas exteriores o morales que anularon nuestro consentimiento colectivo, sería preciso probar que existió convenio previo entre ambas partes que tenían el dominio de la isla, o sea, que dicha incorporación fue el producto de un plebiscito por ejemplo, el cual nunca se efectuó entre nosotros para tal absorción de la parte Este a la del Oeste.

Cierto que esos pronunciamientos de los pueblos en favor de la anexión fueron firmados por las autoridades locales, muy de acuerdo con los agentes de Boyer, bajo el influjo del poder de Haití; pero sus actas fueron antedatadas, como evidenciaré a continuación, y así se concertó la paz obligada del período haitiano que va del 1822 al 1844.

Ya señalé el error de Ardouin en cuanto al hecho de donde parte el período del Estado Libre iniciado por Núñez de Cáceres en la antigua colonia española de la isla, lo cual tiene gran trascendencia, porque el nacimiento de la República oriental del 1821, y los documentos en que constan los pronunciamientos de Monte Cristi y Dajabón coexisten con la llegada del antedicho bergantín americano trayendo las autoridades coloniales derrocadas en Santo Domingo, y como es necesario rectificarlos con una fecha posterior al 30 de noviembre del indicado año, en que ocurre realmente el golpe de Estado, esto vendrá a auxiliar en el presente caso para dar la clave de que todos los pronunciamientos de los pueblos del Este en pro de Haití fueron realizados después de la ocupación del territorio dominicano por las tropas de Boyer, la cual aconteció el 9 de febrero del 1822, esto es, casi tres meses a distancia de la fecha mencionada en que se pronunciaron los pobladores de Monte Cristi y Dajabón. Las otras villas dieron su

[71] Col. Ofil. Docs. Haití.

adhesión al Gobierno haitiano después del 1º de diciembre del 1821, pero antes de la Ocupación verificada por el general Jean Pierre Boyer, y rectificado el error del 15 de noviembre, como retirada de las tropas españolas de Monte Cristi, hay que aceptar que igual equivocación se debe haber sufrido en las demás actas de pronunciamientos, y por tanto, que por ser éstas acomodadas o fabricadas de acuerdo con los jefes occidentales que nos dominaban, se les había fijado fechas absolutamente arbitrarias o convenientes para aparentar un estado de sumisión muy anterior a su toma de posesión de la parte Este. Así, Santiago, es muy dudoso que hubiese hecho su incorporación el 29 de diciembre del 1821 como se asienta en el acta correspondiente, sino al día siguiente, 30; ni Puerto Plata, antes de tal data, puesto que fue a raíz de aquella; ni La Vega lo hizo el 4 de enero del 1822, ni San Juan el 10 de enero; ni Azua, el 21 del mismo mes y año. Denuncio, pues, estos documentos de pronunciamientos como falsos, en relación con los inaugurales de Monte Cristi y Dajabón. En un solo caso podría darse valor de exactitud al dato de Ardouin referente al 15 de noviembre del 1821 como el de la llegada a Puerto Príncipe de los funcionarios hispanos derrocados, y es cuando se inquiriera por otras vías y se diera asenso al documento procedente de los Archivos de Indias que figura en la página 98 del volumen II, publicado por nuestra Cancillería, en el año 1928, en el cual se establece el pronunciamiento de algunas poblaciones del Cibao en el mes de octubre del mismo 1821, en favor de Colombia, y no de Haití, lo que acontece en el mes subsiguiente de noviembre, por haber avanzado con tropas el comandante Diego Polanco, posesionándose de la plaza de Monte Cristi, y pronunciándose por la anexión haitiana.[72]

[72] Para que esta cesión amigable del territorio dominicano hubiera sido válida era necesario que se concluyera por un tratado (Cabonet, *Derecho de Gentes*, p. 198; Bluntschli, *Historia del Derecho Político General*, n. 292). La accesión o incorporación voluntaria está regida por esos mismos principios. Fue pues una conquista la realizada por los haitianos. Y desde tiempos de Montesquieu en sus famosas *Lettres Persanes* ha quedado

Es verdad que, «en América predomina el principio de que el consentimiento de la población no hace falta para ratificar los Tratados, sino que basta el de sus representantes».[73] Pero en el caso ocurrente del período que analizo, ni siquiera podría sostenerse que tales autoridades militares nacionales y los munícipes en rebeldía pronunciados por la República haitiana, eran representantes genuinos del pueblo dominicano, puesto que sus nombramientos emanaban casi siempre del poder constitucional que los había desconocido, o lo más probable, ya perpetrada la Ocupación occidental, habían sido confirmados en sus puestos los comandantes de Armas comunales y los consejeros municipales en Comisión, por parte del propio Gobierno implantado por los

---

establecido que «el derecho de conquista no es un derecho *(Espíritu de las Leyes)*. Rollen Jacquemuyns, en su *Derecho Internacional* (p. 383), ha completado la concepción del famoso constitucionalista, cuando ha negado la propia existencia del derecho en sí. «La conquista no es modo legítimo de anexión: los derechos del Estado, vencido sobre su territorio no se extinguen sino por un tratado o prescripción. Cuando un tratado interviene significa que el territorio conquistado es cedido al vencedor, y el empleo de este término indica que, aún respecto del Estado vencido, la conquista no es suficiente para operar la trasmisión de la soberanía (Calvo, *Derecho Internacional Público*). «Bien que la conquista tenga en general lugar por una especie de actos de violencia y de guerra, ella no puede tener por consecuencia, la adquisición de la soberanía del territorio conquistado, es un modo legítimo de adquirir un territorio, cuando un tratado, o, en su defecto, el reconocimiento por la población donde ha sobrevenido el cambio, ha demostrado la necesidad del nuevo estado de cosas».

Cómo podrá explicarse, con estas teorías del Derecho moderno, que no existiendo un tratado entre haitianos y dominicanos que autorizara la incorporación de nuestro territorio al vecino Estado, ni habiéndose justificado por un estado de necesidad del nuevo régimen, se haya pretendido amparar tal anexión, por algunas actas antedatadas que no eran en sí ni convenciones ni reconocimientos jurídicos de esas cesiones territoriales, sino apenas actos unilaterales aislados de dominicanos inconformes, moderados, intimidados, bajo la presión moral de las amenazas o las violencias de las autoridades haitianas, ya efectuada la Ocupación exótica, o de la próxima invasión de un Ejército en marcha que cundía la corrupción y el pánico por la red complicada de los agentes de Boyer?

[73] Sánchez Bustamante, Antonio, *Derecho Internacional Público.*

detentadores del territorio nacional. De ahí que sólo fuera el *consensus* popular, por medio de los plebiscitos, el que debió determinar el problema de la anexión. Esto lo resolvió siempre así, en materia de cesiones territoriales, la Europa conquistadora. Italia acudió al arbitrio del plebiscito para afianzar sus invasiones. Fue esta la tradición histórica.

Ahora bien, respecto de la denominación, del hecho en sí mismo, se puede decir que en la acepción más universal, anexión e incorporación equiválense, o sea, comprenden a la vez «el acrecentamiento de un Estado a costa de otro que es a menudo su vecino».[74] En tal sentido fue una anexión o incorporación el hecho histórico: y sólo existen las diferencias y opiniones en cuanto a la calificación que se le ha dado, llamándoseles por algunos accesión voluntaria, forzada, y acaso hasta conquista.[75]

15.– El dolo interviniendo en el pacto con el hombre del Oeste

Para explicar el proceso de esta conquista de los haitianos en nuestro suelo, retornaré al punto en que se cumplían o estaban en vías de hecho, los deseos del jefe occidental. Cuando Boyer

[74] *Pandectas Francesas*, ed. 1889, vol. 6, p. 748.

[75] No siempre fueron iguales esos medios de absorción de territorios. En Athenas sí hay que dar crédito a Aristófanes, en aquella época de Pericles, después que pasaron las guerras Médicas, la inmortal ciudad tenía bajo su cetro unas mil ciudades subyugadas, aunque el dato parece exagerado y en que se mezcló mucho la imaginación del poeta. Más esta anección expresa o velada no es la que ahora trato, porque las legislaciones de la Antigüedad no atribuían a los pobladores del territorio conquistado la nacionalidad del vencedor, sobre todo, la poderosa Roma que se engrandecía por tales conquistas, por los tratados de alianza y por los testamentos; pero que tampoco conocía de la actual forma de incorporación de territorios (Tito Livio, *Décadas,* XXXIV, 75). El derecho de la época bárbara estuvo dominado por el impulso de las sucesivas acometidas de unos pueblos sobre los otros, y nada nos enseña acerca del punto que ahora se dilucida. Es a considerar, pues, por el Derecho moderno ese llamado derecho de anexión, el cual tienen como modalidades la ocupación o toma de posesión efectiva de un territorio sin dueño *(res nullius),* la accesión, que es la unión de ciudades

informó el estado de cosas reinante en Santo Domingo, según las relaciones de Frémont y de Viau, en su Mensaje al Senado de la República de Haití, de fecha 25 de diciembre del 1821, comenzó

---

desiertas que no formaban parte del territorio nacional (Calvo, *Tratado sobre el Derecho de Gentes*, vol. 1, no. 214); ocupación de terrenos ganados al mar o aluviones formados por el curso de los ríos: tal Francia adquirió sobre el Mediterráneo, el Atlántico o la Mancha, nuevas posesiones. Estos son los modos originarios de anexión. Cuanto a los modos derivados de incorporación se conocen la cesión amigable, hecha para poner fin a un conflicto, ya fijando los límites de dos países colindantes, ora estableciendo compensaciones territoriales entre dos Estados que recíprocamente se ceden porciones de sus territorios, atendiendo a sus necesidades o conveniencias, como lo hicieron Haití y la República Dominicana en su último tratado de fronteras (Peña Batlle (M.A.), *Historia de los conflictos fronterizos domínico-haitianos*. En cuanto a las anexiones violentas se presentan con tres modalidades por sus defensores: 1.- La necesidad de mantener el equilibrio entre las naciones para oponerse por la guerra al engrandecimiento desmesurado de un Estado a expensas de los otros; 2.- El progreso y el bien público podrían exigir la formación de un gran Estado nacional; 3.- El desmembramiento del vencido es la justa reparación de un acto de agresión contrario al Derecho, y el solo medio eficaz sería entonces prevenir nuevos conflictos. El primer sistema tuvo en boga antes de iniciarse la Edad Moderna con la Revolución Francesa. El segundo … la Revolución y del Imperio,[*] y el tercero es relativamente contemporáneo. «Entre las sociedades , dice Montesquieu, el derecho de la defensa natural conlleva algunas veces la necesidad de atacar, cuando un pueblo ve que una prolongada paz pone al otro en estado de destruirle a su merced, y constituye así el ataque o agresión el exclusivo medio de impedir su total aniquilamiento.[**] «De manera que es necesario para que se pueda legitimar una anexión, que el Estado al cual se le reproche el acto punible no pueda imputársele un abuso de la fuerza para satisfacer su ambición, tal como si invade un territorio que no hubiera defendido o en contra del voto de las poblaciones. Pues bien, he probado que Haití abusó de su fuerza excesiva para lograr por la intimidación y la violencia moral, el sufragio que no le dio el pueblo sometido, sino aislados núcleos sin cohesión, conservadores, o facciosos políticos con hegemonía en la sociedad nuestra; pero sin orientación patriótica verdadera. Los historiadores haitianos alegan y dan gran importancia a la identidad de raza, para dar fundamento a su obsesionante idea de la «isla única e indivisible».[***]

[*] Se refiere al régimen político del Imperio, en Francia.

[**] *Espíritu de las Leyes*.

[***] Delecourt, Prec. Met. *Historia de Haití*. Dorsainvil, *Historia de Haití*. Leger, A., *Histoire diplomatique d'Haïti*.

así: «… El artículo 4º del acto constitutivo de la nación ha dado a la República, por límites toda la extensión de la isla, del Este al Oeste, y del Norte al Sur, y de las islas que de ella dependen, etc.».[76] Tal documento encerraba los principios políticos adoptados en el acto de independencia del primero de enero del 1804, con el intento de constituir la Nacionalidad haitiana en toda la isla; reproducía los cánones e instituciones públicas que modelaron esa época: unidad de territorio, unidad política, libertad general para todos los ciudadanos, y exclusión de los hombres de la raza blanca.

Aquel Senado dio la respuesta adecuada a los fines de absorción del presidente Boyer. Se asociaba a la idea de anexar a Santo Domingo, y dejaba al jefe de Estado, con manos sueltas, para obrar libremente, «aunque de acuerdo con el voto de la Constitución y las circunstancias» que en ese momento conspiraron a esos propósitos.[77] Tampoco ignoraba ese alto cuerpo legislativo la voluntad ganada por medio del dolo aparte de los pobladores de la región oriental, bien que transmitida a Jean Pierre Boyer por la totalidad de los Municipios y Juntas Comunales. «Boyer, espiaba el momento oportuno para caer sobre su presa»;[78] estaba en acecho, y desde que hubo recibido las noticias de los sucesos de Monte Cristi y Dajabón, en noviembre del 1821, él se condujo de tal modo que pudo sacar partido con sagaz previsión de «las circunstancias», adelantándose, así, al mandato que luego le confiriera el cuerpo senatorial. De ahí que con gran anticipación envió instrucciones a los diversos comandantes de Departamentos para que tuviesen tropas «prestas a entrar en campaña».[79]

Entonces fue cuando este jefe de Haití mandó dos regimientos el uno al sur y el otro al oeste de Puerto Príncipe, en tanto que tres de los del Artibonito se equipaban en Cabo Haitiano para engrosar a los cinco que venían del Norte. Coincidía tal apresto bélico con el 19º Aniversario de la Independencia del pueblo contiguo. Se celebraba con gran pompa y jubiloso ánimo en la capital de

[76] Col. Ofl. Docts. Haití.
[77] Ardouin-Jean Joseph.
[78] Tejera, *Monumento a Duarte*, p. 5.
[79] Ardouin, B., *Estudios de la Historia de Haití*, vol. IX, p. 116.

aquel, el haberse cumplido en primero de enero del 1822, el voto que formularan en el pasado los fundadores de Haití.[80]

También se agregó a estos hechos el regreso del coronel Frémont, jefe de la misión enviada por Boyer a Pascual Real, y quien a su vez fue portador de una carta del presidente Núñez de Cáceres al presidente Boyer, de fecha 19 de diciembre, notificándole el advenimiento ante el mundo internacional del nuevo Estado dominicano.[81] Este despacho no fue contestado por el estadista haitiano a quien iba dirigido por el del Estado dominicano. Pero el 10 de enero del año subsiguiente, Boyer recibió un nuevo comunicado, fechado el 5, en donde el jefe de la Revolución de la parte Este «le participa que en conocimiento de los hechos cumplidos en el Noroeste en favor de la reunión a la República de Haití, se halla él –Núñez de Cáceres– convencido de no estar en condiciones de mantener un Estado distinto al erigido en la parte Oeste».

En relación con el hecho de penetrar en el Este a la cabeza de un Ejército, «el presidente de la República haitiana debía informar con qué móvil iba allí, a fin de traer la seguridad respecto a sus buenos propósitos tanto a su ánimo como a los de sus colaboradores en la obra del 1º de diciembre. Importa recordar aquí el mensaje de contestación de Boyer a Núñez de Cáceres, tomándolo de la «Recopilación de documentos y actos de la República de Haití»,[82] para cotejarlo con el texto en español traído en el Manifiesto al pueblo dominicano del último de estos personajes, porque éste envuelve las promesas incumplidas de parte del primero respecto de nosotros y las hechas al alto varón que presidió nuestro destino político en esa evocada era, y las cuales fueron aceptadas en lo que a él compete.[83] En este peligro le dice rotundamente Jean Pierre Boyer a José Núñez de Cáceres: «Por esto, al recibo de la presente comunicación, enarbolaréis en

[80] Ardouin – Malo.
[81] Manigat, *Historia de las Campañas del Este*.
[82] *Col. Ofl. Docts. Haití*.
[83] Véase Anexo 6: carta de Jean Pierre Boyer, presidente de Haití, al ciudadano José Núñez de Cáceres, jefe político de Santo Domingo.

Santo Domingo, el pabellón haitiano que es el único que conviene a los intereses de la República».[84] No puede, pues, haber nada más terminante en materia de apremio para violentar el consentimiento. La teoría del Derecho privado es asimismo aplicable para no aceptar una voluntad válida entre las partes. El vicio de la violencia y los amaños de actas antedatadas como he expuesto, daban la clave, además, de que existió igualmente un dolo característico para que sea considerado nulo todo pacto expreso o tácito que se quiera alegar como base sólida de toda espontánea y libre adhesión de nuestro Estado libre a la República haitiana. No hubo, por tanto, sumisión voluntaria para la anexión, no se realizaron actos colectivos sinceros que expresaran el estado de conciencia del pueblo dominicano, siempre puro, a despecho de los azares de su historia. Un bando es sólo reo de traición, de manifiesta hostilidad: la facción moderada, la cual estaba integrada no sólo por los agentes de Boyer como Silva y otros, sino por los mismos primates sociales, los guerreros y políticos de más prestigio de la época, tales como el coronel Manuel Carbajal, el exdiputado Antonio Martínez Valdés, López Umera, el coronel Mendoza, etc.

De este llamado partido pro-haitiano y de la falacia «del supremo imperativo de defender la independencia haitiana contra la eventualidad de ver establecerse un vecino peligroso en el vasto territorio de la parte oriental», habla Juan Price-Mars en su reciente obra ya citada, piedra de escándalo en el continente, puesto que sostiene la tesis de que es indispensable la absorción de los pueblos débiles por los vecinos más fuertes para evitar que

[84] Acuerdo segundo del Instituto de Investigaciones Históricas del Período Haitiano (*La Opinión*, 12 de nov. de 1938). Troncoso de la Concha, en *La Ocupación de Santo Domingo por Haití*, dice, en la pág. 9, entre otros conceptos: «…Cuando el presidente de Haití, Jean Pierre Boyer, invadió y ocupó en los primeros meses del año de 1822 la parte Española de la isla de Santo Domingo, desligada entonces del poder de España y unida nominalmente a la República de la Gran Colombia, lo que hizo fue incorporar por medio de la fuerza esta porción de la isla a la República de Haití».

fueran conquistados por otras potencias extrañas enraizadas en otra órbita territorial o insular.

Por eso, la tesis que sostengo en este debate es ecléctica: no niego ni puedo negar la participación indígena en la llamada al haitiano, pero la limito a núcleos aislados, espurios, a los elementos oficiales corrompidos, que no eran la fiel expresión del querer de la mayoría, absoluta y puramente nacionalista, entonces y en épocas muy posteriores, en que se ha puesto en entredicho nuestro patriotismo de buena ley.

La tesis contraria, esgrimida por autoridades haitianas, mantenida por Lugo, confesada con reticencia y contradictoriamente en algunos pasajes de sus obras por Tejera, es inexacta hasta cierto punto. También lo es la tesis ingenua conservada al través de las generaciones por nuestros historiadores clásicos, en lo que respecta a que no hubo sombra alguna de connivencia con el invasor, la cual rechaza contrariamente a los hechos, a los documentos que confirman las actas de adhesión, que en su medida llamamos e hicimos buenas migas con el occidental. Estas opiniones se pusieron de manifiesto en el seno del Instituto de Investigaciones Históricas, por el año del 1939, en que se debatió el período haitiano. Allí se sustentaron tres tesis diversas: la ortodoxa que han seguido publicistas destacados dominicanos y haitianos, entre los cuales figuran nuestro Américo Lugo, Abel Leger y J. C. Dorsainvil (occidentales), quienes creen que existió un estado de sumisión voluntaria de nuestra parte al hecho histórico de la ocupación del territorio nacional, en 1822; la otra, absoluta y clásica también entre nuestros historiadores, que, por el contrario, entiende que sólo hubo incorporación forzada, sin ninguna cooperación nativa, activada exclusivamente por los «agentes de Boyer» mantenida por Manuel de Jesús Troncoso de la Concha a la sazón rector de la Universidad de Santo Domingo y Juan Tomás Mejía, presidente de la Suprema Corte de Justicia, quienes afirmaron que la accesión fue obra de la violencia y de los agentes haitianos como Dézir Dalmassí.[85] Terció en el palenque de estas ideas con

[85] Troncoso de la Concha, *La Ocupación de Santo Domingo por Haití*. Tejera, *Monumento a Duarte*. Mejía Ricart, *El Estado Independiente de Haití Español*.

una trascendental *Memoria*, Price-Mars, el citado etnólogo e historiador haitiano, quien estudió en sus aspectos histórico, social y político el hecho de la ocupación del año 1822. Adéntrase en una serie de hipótesis para explicar el memorable suceso del 9 de febrero de dicho año, desarrolló el estado de pobreza de la parte Este en contraposición con el florecimiento del Oeste de la isla, hasta concluir que «los habitantes del Este por su debilidad numérica no podían defenderse de la absorción o conquista de los hombres del Oeste sin la ayuda de alguna potencia metropolitana o con la alianza de otra nación continental, a pesar de las decepciones acumuladas del pasado». Después se cuestiona a sí mismo dicho historiador: «si no era un daño una adhesión espontánea con el Oeste», y si todo sentimiento pro-haitiano de los pobladores orientales de la isla «no era alimentado de modo exclusivo por los tránsfugas que en número considerable arribaban a la parte occidental por razones diversas y habían encontrado en el suelo dominicano un empleo de sus energías». Firmemente acierta que «sólo a la luz de tales hipótesis psicológicas es como se pueden explicar los derroteros aparentemente contradictorios en el turbio período haitiano». Agrega Price-Mars que «el resultado de la acción convergente de Boyer y sus agentes, entre ellos, del general Etienne Magny, hizo que cuando Núñez de Cáceres proclamara la Independencia dominicana en Santo Domingo, el partido pro-haitiano en el Noroeste declarara su preferencia por una incorporación a la República de Haití». Y terminó declarando lo que le honraba como historiador: «Si yo fuera un contemporáneo de Boyer, próximo a la época de los titanes que realizaron la guerra de Independencia o un artífice de la nacionalidad haitiana, no sé qué hubiera pensado y si enervado por la gloria de las conquistas hubiera deseado que no hubiera sino una sola bandera –aquella de Vertiéres– que flotara desde el Cabo Tiburón al Cabo Engaño. Pero como él era un haitiano del siglo XX, advertido por las complejidades inevitables en los conflictos de raza, aleccionado por las recientes pruebas de la ocupación militar norteamericana en una y otra partes de la isla, no puede menos que condenar el acto del 1822, porque engendró el mismo un largo pasado de odio, de rencores y de constantes alarmas y

luchas entre los dos pueblos… Yo acepto por bien fundada, la observación de Núñez de Cáceres, a saber que, entre nuestros vecinos y nosotros, hay una diferencia de origen… Nosotros somos una comunidad de negros, no hay duda; los dominicanos son de un origen diferente. Nosotros tenemos nuestra propia cultura cuyo conocimiento y penetración puede contribuir al enriquecimiento del patrimonio espiritual de la humanidad. Esta es mi fe de haitiano, de etnólogo y de negro».[86] Y finaliza, con gran clarividencia el Dr. Price-Mars, dando su juicio: «Tengo el derecho de preferir a la quimera de fusión que se persiguió en 1822, los contrastes y el paralelismo de los genios nacionales… ¿Cuál fue el hecho histórico? ¿Accesión voluntaria o incorporación forzada? Uno y otro suceso han coexistido, por contradictoria que parezca esta solución. Y para determinar cuál de estas dos tendencias era más fuerte y arrolladora, faltó que un plebiscito sincero, libre e imparcial le hubiese decidido».[87] El Instituto de Investigaciones Históricas «acogió la tesis ecléctica que el autor de esta Historia mantuvo en su seno, en el sentido de que fue la incorporación forzada lo que ocurrió, aunque una parte del pueblo dominicano fue cómplice en la llamada al haitiano, sobre todo, las facciones políticas engañadas por la diplomacia y manejos del gobierno de Puerto Príncipe».[88]

[86] Esta memoria del Dr. Price-Mars, presidente de la Sociedad de Historia y Geografía de Haití y Miembro Correspondiente del Instituto de Investigaciones Históricas, de la República, fue presentada en la controversia acerca del período haitiano que mantuvo esta última corporación, la cual se publicó originalmente en el periódico dominicano *La Opinión*, en la edición del 30 de octubre del 1937.

[87] La unidad política de la isla de Haití se operó en 1822, por la violencia o por la incorporación voluntaria de los dominicanos a la República de Haití? Este tratado que resumía la memoria presentada a dicho Instituto de Investigaciones Históricas por Price-Mars fue publicado en la *Revista de la Sociedad de Historia y Geografía de Haití*, en la edición del mes de octubre del 1937, vol. 8, #27.

[88] Corresponde al ACUERDO SEGUNDO. Véase íntegro en el Anexo 7.

16.– No hubo cesión de territorios sino conquista

En realidad fue una anexión el hecho en torno del cual ahora discurro, o más bien una caracterizada conquista.[89]

Con efecto, para que la cesión amigable de territorios hubiese sido válida tenía que haber sido objeto de un tratado concluido por los dos Estados.[90] La accesión o incorporación voluntaria está regida por los mismos principios de que es necesario el sentimiento de las poblaciones que componen el suelo conquistado por la fuerza o voluntariamente. Se ha dicho y no sin razón que «entre los pueblos primitivos la guerra era la situación normal». Entonces pues, la violencia era aceptada como el origen y la fuente del derecho. Mas estamos lejos de acatar estas ideas del pasado.[91] ¿Cómo podrá explicarse, con estas teorías del Derecho moderno, que no existiendo un tratado entre haitianos y dominicanos que autorizara la incorporación de nuestro territorio al vecino Estado, ni habiéndose justificado un estado de necesidad del nuevo régimen, se haya pretendido amparar tal conquista, por algunas actas antedatadas que no eran en sí ni convenciones ni reconocimientos jurídicos de esas cesiones territoriales, sino apenas actos unilaterales aislados de nativos inconformes, moderados, intimidados, bajo la presión moral de las amenazas o las violencias de las autoridades aledañas, ya efectuada la ocupación exótica, o de la próxima invasión de un ejército en marcha de 14,000 soldados, que cundía la corrupción y el pánico por la red complicada de los agentes de Boyer? El haitiano gobernó mal, despóticamente casi siempre, no demostró en modo alguno su razón a invadirnos, si esto se puede justificar, pero, sobre todo, reveló ineptitud como administrador, inferioridad como educador y civilizador para que pueda tener siquiera una atenuante el estado de cosas creado por la ocupación occidental.

[89] Para que esta invasión haitiana no constituyera una anexión o conquista hubiera sido necesario el consentimiento libre de las poblaciones que formaban nuestro Estado Independiente Haití Español (Calvo-Braza).

[90] Cabonat, *Derecho de Gentes*, p. 109. Biutsenil, 292.

[91] Cabonat, ob. cit., p. 160.

Haití abusó de su fuerza excesiva para lograr por la intimidación y la violencia moral, el sufragio que nunca le dio el pueblo dominicano, sino apenas núcleos sin cohesión, conservadores, o facciones políticas con hegemonía en la sociedad que formamos; pero sin orientación nacionalista, ávidas de medro y arraigadas a viejas escuelas de servidumbre colonial. Esta es la verdad histórica.

Los historiadores haitianos que alegan y dan gran importancia a la identidad de raza, para querer dar fundamento a su obsesionante idea de la «Isla única e indivisible», incurren en yerro que se han encargado de mostrar los mismos publicistas que como Price-Mars y Dante Bellegarde no creen sino en la realidad étnica diversa de las dos razas que pueblan nuestra isla común y que sólo una alianza política pudo ser posible.[92] Volviendo sobre sus propios pasos, el ecuánime etnólogo Juan Price-Mars sostiene, en su más reciente obra ya mencionada, la igualdad racial de las dos partes territoriales de la isla, con más dialéctica que razones históricas. Previamente examina si el dominicano era más civilizado o culto que el haitiano, confundiendo estos dos conceptos, pues es indudable que en el período del 1821 al 1822, el vecino nos superaba en lo segundo y no podía compararse a nosotros en lo primero: el estado social primitivo del hombre aledaño, sus costumbres, religión y tradiciones, sus ritos absurdos pervivían por siglos, exportados del continente africano de que provenían sus antepasados esclavos. Esto era un hecho. Después la raza por mezclada que estuviera era blanca originariamente en la parte española como lo reconoce el general José de la Gándara, general en jefe del Ejército español en el 1861, en la *Anexión y Guerra de Santo Domingo*, citado por el historiador haitiano. «La parte española de la isla ocupada por el general Boyer no se sometió jamás de buena voluntad a la república franco-negra. La verdad es que entre las dos porciones de la Isla, no existen realmente fronteras naturales que las separen para siempre y que, al mismo tiempo, abran entre sí verdaderos abismos. Aunque la línea trazada por los diplomáticos de Riswick ha venido

[92] Price-Mars, *La unidad política de la isla de Haití*... Bellegarde, *La Nación haitiana*.

a ser con el tiempo más infranqueable que los Pirineos o los Balcanes. Pero más que estas montañas, lo que desde el siglo XVII divide Haití de Santo Domingo es el odio de raza, antipatía inextinguible desde los orígenes de la nacionalidad. Su diferencia de lengua, de costumbres, de régimen social que tanto en Haití como en Santo Domingo, muy corrompido respecto de sus respectivas metrópolis, no siendo realmente sino su caricatura, de que se derivan por su educación y por su cultura». «Como un contraste y una antítesis violenta, en Haití predominan los negros y los franceses, en tanto que en Santo Domingo quedan muchos residuos de sangre española que corrieron en venas más blancas. Si el haitiano es más cultivado (más culto), y más instruido algunas veces que el dominicano, por el contrario éste posee mejor fondo moral y social. De ahí que su ferocidad no llega nunca a igualarse a la horrible y fría crueldad del negro francés, sus costumbres son más pacíficas y en fin, no se hallan en él los instintos del salvaje que, en los tiempos modernos espantan el mundo».[93] Este pasaje citado por Price-Mars es favorable a la tesis que he sostenido de la falta de civilización del haitiano, aun con más cultura en el pasado que el dominicano, y de procedencia étnica africana, a pesar de que no se pueda negar la mezcla de nuestra raza básicamente blanca. Es necesario entender por civilización «el conjunto de caracteres (estado o condiciones) de la vida colectiva, vida material, intelectual, moral y organización política y social de una clase de población o de una época», el pueblo haitiano estaba muy lejos de tener, en 1820 ó en 1861, un grado de civilización de que pudiéramos tener vanidad. Pero los dominicanos estaban aún más lejos de tener el estado social que teníamos entonces. La falsedad de su punto de vista –que crea ella una situación realmente dramática– está en la benevolencia con la cual ellos se juzgan en ese momento, una comunidad homogénea de españoles que regían algunos esclavos y algunos raros mulatos».[94] Y concluye: … «en

[93] General Gándara, *Anexión y Guerra de Santo Domingo*, vol. 1, pp. 59-60.

[94] Price-Mars en su famosa obra *Formación étnica, Forklore y Cultura del Pueblo Haitiano*, publicada en 1939, pinta al verdadero haitiano, producto

la vida política común de los dos pueblos en 1822, época a la que nos estamos refiriendo, nuestras masas populares representaban un estado de evolución social mucho más atrayente». El error fundamental del sabio Price-Mars es su miraje de la sociología y de la misma cultura.[95] Civilizado no fue el pueblo español de la décimo quinta centuria, no obstante su cultura y progreso material, porque le faltaba un concepto de vida socializada a su comunidad, ni el floreciente de Saint Domingue de la otra margen de la isla, ceñudo y culto, de capas y sentimientos primitivos, de absurdas costumbres y ritos bárbaros, de que no adolecía nuestra comunidad de hombres cultos y más civilizados esencialmente por su modo de convivencia humana. Esta es una realidad tan cierta que no la discuten ya ni los mismos autores haitianos reflexivos y no tendenciosos en sus obras como las de Price-Mars a despertar un pueblo al antiguo combate con su secular vecino ya

racial del negro, fetichista, anticivilizado y bárbaro estructuralmente en su aspecto social por estratos de su propia personalidad más resistentes que su afán de cultura y de dignidad humana. Es por esto y no por falta de ponderación intelectual y de bienestar económico que don Emiliano Tejera en su memorable *Memoria al Papa León XIII,* haya dicho: «No puede ser tomada como una ofensa por Haití, asegurar que, en esta época (1821-1822), no quisiera el pueblo dominicano unirse voluntariamente al haitiano, menos civilizado. Sobre todo cuando a Santo Domingo le separaban de sus vecinos diferencias de origen, de idioma, de leyes, de costumbres y hasta de religión. ¿Qué podía esperar el pueblo dominicano de su unión con Haití? ¿El orden, el progreso, la civilización?

De una parte había la dulzura paternal del Gobierno civil de los capitanes generales españoles; de la otra, el duro yugo militar de Dessalines y de Cristóbal, con el recuerdo horrible de la matanza de los colonos franceses, los degüellos, pillajes y excesos de todo género perpetrados en Cotuy, La Vega, Moca, Santiago y otros lugares del territorio dominicano, y la impresión profunda causada por mutilaciones y decapitaciones, exageradas puede ser, que habían acontecido en Sans-Souci y otros puntos de los Estados del Rey Cristóbal. Mientras que los esclavos dominicanos sabían como eran tratados por los llamados inspectores de cultura los simples paisanos haitianos que se consideraban ciudadanos libres, Haití estaba gobernada por un presidente que no podía dudarse que retornaría en la parte Este a la situación anterior de los Dessalines y Cristóbal.

[95] Price-Mars, *La República de Haití y la República Dominicana*, vol. I, p. 114.

amigo y con deseos de pacífica convivencia, a pesar de las vicisitudes históricas de otrora.

«La muerte de Cristóbal», dice Bellegarde, «puso fin a la monarquía. El Norte se incorpora al gobierno republicano del Oeste. Menos de un año había pasado, en el mes de febrero del 1822, cuando los habitantes de la parte del Este se reúnen voluntariamente bajo el pabellón de la República de Haití para no formar sino un solo Estado. Desgraciadamente, los funcionarios nombrados en el Este no supieron, no obstante las sabias instrucciones del presidente,[96] tratar la población con el tacto y la mesura que convenían. Ellos se creyeron en país conquistado y trajeron los hábitos despóticos de los militares haitianos. En verdad la mayoría eran de origen africano, mientras que los pobladores de la antigua Audiencia Española de Santo Domingo, mestizos o blancos puros, eran distintos a los hombres del Oeste, por la lengua y por las costumbres. Si los gobernantes haitianos hubiesen reflexionado y estudiado la psicología de ambos pueblos, hubieran buscado, no absorber los "hermanos del Este", como entonces se decía, sino fortificar su alianza voluntaria con Haití por una organización política que les hubiese preservado su autonomía y la libertad de moverse en sus propias fronteras. Esta unión no duró más que veintiún años».[97] El sistema es demasiado viejo. A más de inexacto a toda cabalidad histórica: nuestra raza de origen ibero, aunque algo mezclada, en los últimos tiempos más de lo que quisiéramos, no es por lo común ni en su tronco ni en sus rasgos antropológicos, la pura raza africana de los antiguos esclavos del Oeste de la isla. De ahí el odio secular de estas dos razas que se dividían el dominio de la primera colonia establecida en el Nuevo Mundo por el Descubridor. Ese odio se ha aniquilado con el tiempo, ya comprendemos que debemos amarnos y al fin, una paz duradera nos permitirá ser vecinos cordiales y solícitos; pero aún nos dividen tradiciones, lengua, costumbres, hábitos raciales, una antropología radicalmente diversa que nada podrá modificar. En

[96] Jean Pierre Boyer.
[97] *La Nation Haïtienne*, p. 106.

los tiempos de la conquista que evoco estaba todo esto marcado de modo profundo, como hablan los estadistas Bonnet y Núñez de Cáceres, y como separa con líneas inconfundibles la Historia.

Ahora en un sentido más universal sí sería posible la unión y no la conquista de un pueblo sobre otro de nuestra isla de Santo Domingo o Haití, al modo que el paneslavismo quiso reunir bajo el cetro moscovita todos los pueblos eslavos de Europa, o el pangermanismo agrupar alrededor de Alemania, todas las naciones que hablaban la lengua teutona, o el panamericanismo, todos los pueblos de América, con una más exacta visión de la igualdad, respetando la independencia y el destino distinto de los países de un mismo hemisferio o de una igual familia de islas.

El sistema de la extensión necesaria que parece defender la tesis de los haitianos para explicar nuestra anexión del 1822, que sostienen en sus obras espíritus tan esclarecidos como Dorsainvil y Abel Leger, y ahora Price-Mars, está condenado ha tiempo por la crítica histórica.[98]

En el primero de diciembre del 1821, se estableció un Estado libre en la parte Este de la isla de Santo Domingo, el cual, de acuerdo con la opinión de la mayoría de los autores podía ceder válidamente una parte o la totalidad de su territorio;[99] pero sólo él podía cederlo libremente y no lo hizo. Un tratado debió, así, intervenir entre Haití y el Estado Independiente de Haití Español. No creo siquiera en esto, voy más lejos, me pongo al lado de los que niegan ese derecho de cesión territorial a los Estados: una nación no tiene el derecho de consentir un desmembramiento de su territorio. El territorio, se ha repetido una y muchas veces, pertenece a las generaciones futuras como a las generaciones presentes. Es verdad que ha prevalido y no tengo inconveniente en

[98] «El sistema de la extensión necesaria, dicen Funk-Bretano y Albert Sorel, el principio de las nacionalidades fundado en la teoría de las fronteras naturales, son concepciones abstractas que en vez de vincular más a las naciones y a los Estados tienen por objeto modificarlas. La aplicación lógica de estas concepciones no puede arrastrar a los países en sus luchas sin otra consecuencia que el despotismo de la Fuerza». *Precis du Droit des gens,* p. 21.

[99] Bluntschli, #285.

reconocerlo, la doctrina contraria, sobre todo, si los Estados contratantes tienen interés y se trata de porciones territoriales que no están pobladas o respecto de sus colonias. También es admitida la cesión del territorio nacional, fragmentariamente, cuando la salud pública lo demanda. Pero no se trató de esto en el caso de la invasión haitiana. Ni poseíamos colonias que ceder a nuestros vecinos: no estaba despoblada la porción española que formaba nuestro Estado Independiente. Tampoco ninguna causa de salud pública nos impulsó a Haití. Por sobre todo es necesario considerar que la Constitución del 1º de diciembre del 1821, prohibía la enajenación de nuestro suelo, por lo menos si no de modo expreso, implícitamente campeando tal canon en el espíritu que presidió el famoso acto constitutivo del indicado año y en su antecedente que fue la «declaratoria de Independencia».[100] «Habíala servido de modelo la Constitución haitiana». Ha prevalecido, empero, la tesis de que una nación puede ceder su territorio, de que puede consentir en su anexión o incorporación a otra. Aunque la afirmación de esta misma teoría es favorable a la escuela que sustento porque admite el derecho de propiedad al pueblo y sólo al pueblo, quien exclusivamente puede enajenarlo.[101] ¿Santo Domingo no se manifestó adverso a Haití por medio de motines, manifestaciones públicas y conspiraciones en el interregno del período haitiano? En cuanto a la toma de posesión del territorio no se puede negar que ella fue ejecutada pacíficamente por las autoridades occidentales que ocuparon la parte española que habitábamos; pero aquí viene la aplicación de la intimidación y de la violencia a que tanto ha aludido, vicios que hicieron nulo nuestro consentimiento, y por tanto, no susceptible de engendrar esa posesión pacífica y voluntaria que exige Bluntschli.[102]

[100] Mejía Ricart. *Estado Independiente de Haití Español.*

[101] «Y sería lo mismo», dice Wattel, «si por ejemplo, el tratado no es tal tratado y en el fondo constituye una sumisión forzada, con lo que se hiere a la vez la justicia y la humanidad». O si se han hecho uso de violencias, etc. (Bluntschli, #297, Wheaton, y Calvo, vol. IV, p. 378).

[102] En el mismo sentido opina Fodéré, vol. 1, cap. XXI.

Estamos frente a nuestro caso con Haití, aceptando un convenio tácito entre invasores y dominados, en el año 1822. Es forzoso reconocer por parte de los publicistas que nos son contrarios, que tal pacto formado por las autoridades dominicanas, bajo la presión de Boyer y su poderoso Ejército, por los pronunciamientos anteriores de los pueblos representados por sus Cabildos que obedecían al fantasma del miedo al futuro invasor, bajo sus influencias y amenazas, no era un asentimiento que podía engendrar derechos territoriales, según la doctrina que he citado; y queda así, por entero, sin base jurídica, el edificio de la anexión haitiana: acaso la conquista perfectamente organizada que en verdad materializó en sus manifestaciones de fuerza y de violencia.[103]

El Estado de Núñez de Cáceres era *de juris,* pero todavía fuera de facto y representara sólo un hecho histórico innegable, estaba capacitado con su autoridad efectiva de Gobierno para celebrar un convenio de Anexión, desde luego, en condiciones normales que hubiera podido provocar el asentimiento libre, y consultar posteriormente a la nación.[104]

[103] Es indispensable el consentimiento libre del Estado anexado, aunque algunos autores no piden condiciones excepcionales para la perfección de los tratados de anexión, pero otros, al contrario, los someten a formalidades más complejas y rigurosas. «En teoría esta última solución, dice Cabonat, parece preferible: el desmembramiento o la renuncia del territorio de un país es un acto de disposición grave que le debe estar vedado al jefe del Estado, puesto que el mandato general no comprende por sí mismo el derecho de enajenar y abandonar una parte o la totalidad del suelo nacional sin el consentimiento de los mandantes, esto es, la nación representada por el Poder Legislativo».

[104] «El gobierno de hecho reconocido por los otros Estados, y en comunión íntima con la masa de la nación, posee respecto del territorio nacional las mismas facultades, los mismos poderes que el gobierno legítimo que él reemplazó (Haffter, #74; Ortolán, *Dominio,* #94; Pradier-Fodéré, *Principios,* p. 143; Desjardin, *De la enajenación,* p. 533)». Sólo algunos autores aislados se manifestaron porque no es indispensable interrogar a los pobladores y respetar su voluntad formal (Rollin, Jacquemyns, Pand. Franc., vol. 6, p. 765).

¿Cómo se debe consultar a esa voluntad popular? La fórmula de los plebiscitos ha sido adoptada como la más idónea por el Derecho moderno, aunque se le ha opuesto sin éxito la escuela histórica alemana.[105]

El plebiscito no está muy de acuerdo con la formación histórica de los estados europeos, pero sí con la constitución de esta nación y de todas las que profesan el sufragio universal. Las poblaciones que tienen una comunidad de intereses y de sentimientos deben ser oídas en el caso de una incorporación, ya que «la existencia de una nación es un plebiscito de cada día, según Renán».[106]

No es un anacronismo hablar de plebiscito en el año 1822 en que acaeció la invasión haitiana, puesto que, en el siglo XVIII, uno anterior, la Revolución francesa usa el sistema para la reunión de Bélgica y de Francia, de la república de Malhouse y de la Saboya. Mucho menos, nada menos que cuatro siglos, en 1359, el regente Carlos, no queriendo aceptar las condiciones de paz que Inglaterra había impuesto al rey Juan, convocó los Estados y éstos le negaron su adhesión.[107] Al año siguiente, el tratado de Brétigny no fue firmado sin que los Estados hubiesen sido consultados, a despecho del conde de Périgord, de Cominger y de Armagnac. A partir del 1848, en que Italia anexa Cerdeña para agregarla a la Lombardía, y en que Niza fue incorporada por Napoleón III para la Francia, no hay cesión territorial que no se consulte a las poblaciones.[108] Y sólo en 1871, Alemania se negó a aplicar esta fórmula

[105] «Se puede reconocer», dice Holtzendorf, «que los artículos de los actos públicos franceses e italianos, prescriben plebiscitos en caso de modificaciones y de cesiones territoriales. Pero es forzoso reconocer que las votaciones populares no son apropiadas ni a la forma histórica ni al mantenimiento de los estados monárquicos tales como Prusia, Austria, Alemania».

[106] *¿Qué es la Nación?*

[107] Froissard, *Comp. Rouard du Card,* «Las anexiones y los plebiscitos», p. 8.

[108] Entre otros plebiscitos notables se puede asentar el celebrado para la reunión de Roma e Italia, votada por los romanos, el 2 de octubre de 1870.

plebiscitaria, para la anexión de los territorios cedidos por Francia, después de haber quedado vencida, aunque aceptó la fórmula para anexarse el Ruhr, posteriormente, bajo el canciller Hitler. El precedente histórico es constante. Haití debió celebrar un plebiscito libre en 1822, si quería obtener una incorporación válida para operar una situación de derecho en la transmisión de nuestra soberanía como opinó Price-Mars en su estudio *¿La unidad política de la Isla de Haití se operó en 1822 por la violencia o por la libre voluntad de los dominicanos a la República haitiana?*[109] Pues, el hecho es que la penetración occidental en la parte Este se pudo perpetrar por el dolo, el engaño y la violencia.

17.– MANIFIESTO DEL PRESIDENTE NÚÑEZ DE CÁCERES

El mensaje de Boyer al presidente Núñez de Cáceres, en el cual revelaba sus verdaderos planes de absorción de la parte Este de la isla, y todos los hechos que le precedieron, o algunos de ellos, combinados con la traición o veleidad de sus más cercanos colaboradores y colegas, entre ellos, los conspicuos miembros de la Junta Central Provisional, Manuel Carbajal, Antonio Martínez Valdés y López Umeres, los dos últimos primates premiados luego con altos cargos en el Gobierno o el Ejército de la dominación haitiana, y el último gratuito amigo de ella para convertirse en las postrimerías de su vida en detractor del prócer bajo cuyas órdenes había estado, evidencian y pueden dar razón de el porqué hubo de rendir sus armas en forzado trance el animoso José Núñez de Cáceres, ante el poco leal y mañero Jean Pierre Boyer. Tal así

[109] En la pág. 26, revista *Societé d'Histoire de Géographie d'Haiti*, el notable etnólogo ha dicho: «Cuál fue el hecho histórico? Anexión voluntaria o incorporación forzada?
Una y otra incorporación han coexistido, aunque parezca bizarra esta proposición. Y para saber cuál de las dos tendencias era más poderosa, no ha faltado más que un plebiscito sincero, libre e imparcial que lo hubiese decidido».

describe el estado de cosas y la realidad histórica de esa época, la cual se había generado por la serie de sucesos ya referidos, el citado historiador Beabrum Ardouin. «Este despacho de Boyer resumía tan bien la situación reinante, que Núñez de Cáceres no podía llamarse a engaño y debía estar convencido de la necesidad apremiante en que se hallaba de adoptar la solución pacífica que le proponía e imponía el presidente de Haití. Sobre todo por la sumisión espontánea de todas las Comunes del interior y el peligro inminente que palpaba con la proximidad del ejército que iba a entrar en territorio dominicano, el jefe político juzga toda resistencia imposible e inútil. Convoca, Núñez de Cáceres, a todos los magistrados municipales y funcionarios civiles y militares en el local del Ayuntamiento de la Ciudad, póneles en conocimiento de todo lo ocurrido, y les dice: es necesario responder al atentado del presidente Boyer, o someterse. Algunos desconfiados hacen oír sus palabras ardientes de oposición, pero otros consideran que se está en un estado de indefensión y de impotencia. Entonces Cáceres pasa encima de los primeros, pues, oye a la mayoría que forman aquellos que quieren que se ceda, y enarbola el pabellón de Haití el 19 de enero».[110] Ese mismo día en que el presidente Núñez de Cáceres recibía el apremiante comunicado del jefe del Estado haitiano, transmitía su decisión a Boyer y publicaba dicho Despacho, dirigiéndole un Manifiesto a sus compatriotas en el cual hacía una apología de su conducta y les recomendaba doblegarse al poder extranjero.[111] Empero, en los términos en que estaba concebido este pliego se podía advertir, tal como se ha considerado, «una fina ironía en su modo de expresarse respecto a esa sumisión»,[112] y lo que explica perfectamente la actitud que asumió el jefe de la República del 1821, con su arrestado discurso en la

[110] Ardouin, *Estudios de la Historia de Haití*, vol. IX, p. 116.

[111] Véase Manifiesto completo en el Anexo 8, el cual fue publicado a tres columnas, No. 219, apareció en *El Imparcial* con fecha 15 de abril del 1822.

[112] Ardouin, *Estudios de la Historia de Haití*, vol. IX, p. 117.

Sala Capitular, en el acto de entrega que hace de las riendas del Gobierno al dominador.[113]

18.– ORDEN DEL DÍA DEL 12 DE ENERO DEL 1822

Con fecha 12 de enero del 1822, el general Jean Pierre Boyer hizo pública una ORDEN DEL DÍA para anunciar que «los ciudadanos del Este se habían sometido a las leyes de la República, y que un Ejército bajo las órdenes de jefes prudentes y experimentados iba a llegar.[114] Este acto recomendaba a los soldados invasores «la mayor disciplina y mantenimiento del orden», amenazando con la pena de muerte a los que violaran el derecho de propiedad.[115] Y una Orden General del Ejército enemigo, ya en marcha, designaba los generales que lo mandaban y los batallones de que estaba formado: ocho Generales de División: Borgellá, Bonnet, Profeta Daniel, Jacobo Simón, Prévost, Plácido Lebrun, Toussaint y Pierrot; siete Generales de Brigada: Bergerac, Trichet, Federico Quayer Lariviere, Beauregard, Saint-Fleur, Riché y Dupuy, además del ayudante general Voltaire; gran número de oficiales del Estado Mayor, dos Regimientos de Infantería de la Guardia, y tres de la Guardia a Caballo; otro de la gruesa Caballería; algunos destacamentos de Artillería; doce Regimientos de Infantería de línea, contándose entre ellos: los 13° y 15° del Sur, los 11°. y 23º del Oeste, los 7º y 8º y 24º del Artibonito. Tal era ese Ejército haitiano de avanzada de 14,000 hombres que ponía cerco a la capital del Estado Independiente.[116]

[113] El discurso de Núñez de Cáceres que copiamos en el Anexo 8 fue refutado por el general Prévost, en una carta conminatoria a que se aludirá igualmente y publicada en el periódico de Puerto Príncipe, «La Concorde» (La Concordia), número 21 y 22 y junio del 1822.

[114] *Piezas Justificativas…* etc., p. 27, #1, publicada por el Gobierno Haitiano para querer probar la accesión voluntaria del Estado Haitiano.

[115] *Piezas Justificativas…* etc., p. 28.

[116] Col. Ofl. Dcts. Haití (Recueil Gral. Des Lois &), vol. 3.

19.– Penetración del ejército de Jean Pierre Boyer en el territorio dominicano y dramática rendición de la ciudad de Santo Domingo

Fue dividido en dos cuerpos el Ejército de Boyer que haría la penetración en el territorio dominicano: el primero, bajo las órdenes de Borgellá, recorría el camino de San Juan y de Azua y precedía en su marcha al presidente de Haití que seguía la misma ruta; el segundo, bajo el mando de Bonnet, iba por Dajabón con el propósito de pasar por Santiago y La Vega. Pero ambos debían concurrir a la cita histórica bajo los muros de la ciudad de Santo Domingo.[117]

El 15 de enero del 1822, antes de poner en obra el avance de los haitianos, el presidente Boyer hacía pública una Proclama encaminada hacia los comandantes y demás funcionarios públicos de los cuatro Departamentos de la parte occidental de la isla, exhortándoles «al mantenimiento del orden y la tranquilidad, bajo la responsabilidad personal de cada uno de ellos, durante la ausencia del jefe del Estado».[118]

Preparativos de la invasión. En seguida se dio principio a la empresa militar de conducir un tan numeroso Ejército, y con toda diligencia procuraban unos disponer lo que concernía al equipo y provisiones de los soldados, mientras los otros dirigían la marcha, contentos y poseídos de gran júbilo y orgullo, como si fueran a la conquista de ciudad sitiada. Sus aliados, los nativos que estaban en connivencia con Haití, a su paso por las diversas villas dominicanas, los ayudaban en sus faenas y proveíanlos de carnes de res y de cerdos, de casabe y frutas, los cuales constituían los alimentos más frecuentes de aquel pueblo haitiano. A tal condición de miseria moral habían llegado los descendientes de aquellos intrépidos aventureros hispanos que pasmaron de admiración a la Historia.

[117] *Recuerdos históricos*, Memorias recopiladas y ordenadas por Edmundo Bonnet. Véase algunas de estas cartas en el Anexo 9.

[118] Col. Ofl. Docts. Haití (Recuelil Gral. Des Lois &), t. 3. Maginat. Hist. Camp. Este.

LLEGADA DEL PRIMER EJÉRCITO. Tan grande y rápida fue la prisa que se dieron los invasores que, el día 20 de enero del 1822, el primer cuerpo del Ejército llegaba al término de su jornada en territorio dominicano.[119] No pudo el segundo hacer su arribo a tiempo, porque se detuvo en Fort Liberté hasta el 28, debido a la acumulación de las tropas en el Norte por el crecimiento de los ríos que se lo vedaron y cuya causa fue las lluvias de la estación. Y sólo el 31 de ese mismo mes y año, fecha infausta para nosotros, es cuando Bonnet entra en Santiago, aclamado por una inconsecuente multitud amotinada por los jefes oriundos en deshonra.[120] En conmemoración de tan triste suceso para nuestro país hollado en sus más sagrados fueros, se hace decir al otro día un *Tedeum* en acción de gracias al Eterno que había inspirado a los pobladores de todo el Noroeste a incorporarse a la República de Haití.

CÓMPUTO DE LAS TROPAS HAITIANAS. Está calculado que las tropas invasores en total eran unos 30,000 soldados. El primer contingente de 20,000 llegó con el grueso del ejército haitiano, el 15 de

[119] Carta del 18 de enero del 1822, fecha en Cabo Haitiano (*Clío*, septiembre-octubre, 1930, p. 133 (Depto. Estado de Washington).

[120] Dos cartas de Armstrong, cónsul de los Estados Unidos de América en Cabo Haitiano, dirigidas al secretario de Estado de su país, le dan cuenta de estos sucesos, fechadas respectivamente los días 18 de enero y 2 de febrero de 1822.

«… La mayor parte de las tropas ya han emprendido la marcha para la parte española. Creo que el número será algo menor de lo que al principio se estimó.

El presidente saldrá dentro de unos ocho días. Santo Domingo, Santiago de los Caballeros y casi todos los lugares principales se dice que han enviado ya su adhesión. Parece, sin embargo, que hay alguna duda acerca del particular porque todavía no se ha anunciado en la Gaceta Oficial (Carta del «18 de enero del 1822, en Cabo Haitiano, etc.)».

«El presidente salió de aquí 21-26 último. Llevó consigo unos diez mil hombres, y por las apariencias se le dejará tomar posesión tranquilamente. El bergantín de los Estados Unidos, *Spark*, salió de la ciudad de Santo Domingo el 20 último y trajo la confirmación de la adhesión de esa ciudad a la bandera haitiana (Carta del 2 de febrero del 1822, dirigida al secretario de Estado Juan Quincy Adams».

enero del 1822, y el presidente Boyer había traído los 10,000 restantes el 26 de ese mes de enero.[121]

El Ejército occidental fue el resultado de la diplomacia de Jean Pierre Boyer cerca del Gobierno de Colombia, pues hizo pagar a este Estado la ayuda que en el pasado había prestado Pétion a Bolívar, dándole provisiones de armas suficientes para hacer de dicho ejército un poderoso enemigo contra los dominicanos. El Libertador de América había recibido para la célebre Expedición de los Cayos, 15,000 libras de pólvora, igual cantidad de plomo, 4,000 fusiles, y una fuerte cantidad de dinero, etc., y se les compensó con un equipo completo de armas, municiones y medios de guerra como reparación de lo entregado a Bolívar, Brión, Bermúdez y Aury, además de una indemnización considerable en dineros, en la narrada empresa del 31 de marzo, a que se hizo referencia en el volumen VIII de esta obra.[122]

[121] *Santo Domingo...*, t. I, p. 334. Ardouin, *Ensayo sobre Haití*. Saint-Rémy.

[122] Lecuna, *Expedición de los Cayos*. Mejía Ricart, *Estado Independiente...* Peña Batlle en su artículo «Bolívar y Pétion» ha dicho:

La alianza de Pétion con Bolívar en los Cayos de que nos habla el historiador Vicente Lacuan es el más remoto antecedente de la organización del ejército expedicionario haitiano del 1822. José Gil Fortuil en su documentada *Historia Constitucional de Venezuela* refiere cómo Jean Pierre Boyer hizo pagar a Santander la deuda contraída con Alejandro Pétion por el Libertador, cuando una misión haitiana presidida por Desriviere pidió y obtuvo letras de crédito contra un banquero en Londres que debería hacer pagar por mediación del ministro de Colombia en Inglaterra. Con este arsenal de armas y de equipo de guerra se hizo la conquista de la parte del Este de Santo Domingo. «Boyer… decidió enviar a Bogotá en misión especial al ciudadano F. Desriviere Chanlatte, dice Peña Batlle, para proponerle al gobierno colombiano la concertación de un tratado de alianza defensiva sobre los dos países. El presidente no se hizo ilusiones sobre el éxito de semejante propuesta. Sabía que Santander no la aceptaría, pero dio instrucciones subsidiarias a su Agente para que en caso de que Colombia no se aviniera a la alianza con Haití le «reclamara el monto íntegro, por entrega inmediata, del valor de todas las armas y municiones, y de cualesquiera otros objetos de guerra que la República suministró a Bolívar en 1816, a fin de poner en condiciones a su patria de reconquistar la porción Este de manos de los españoles». Y agrega: «… Con la suma producción en la transacción adquirió y pagó Boyer una inmensa cantidad de armas, numeroso equipo y vituallas que hizo transportar a Haití con toda prontitud… para su conquista y convertir en activa su política por el ideal

APARENTE COLABORACIÓN DE NÚÑEZ DE CÁCERES. El jefe del Estado Independiente de Haití Español se vio obligado a prestar una aparente colaboración a los haitianos, sobre todo después que la antigua Municipalidad de Santo Domingo había aceptado «¡a regañadientes!» el hecho de la incorporación a Haití, e impartió órdenes, Núñez de Cáceres, en ese sentido, a las autoridades dominicanas. En comprobación de su aquiescencia forzada a las circunstancias imperantes de este momento, se puede ver la carta del 19 de enero del 1822, dirigida por este último al estadista Boyer.[123] Ahora, relativo a lo que dice Cáceres a los jefes militares que estaban bajo su autoridad, bastará leer la comunicación de Manuel Machado, Comandante de Samaná, enviada a su presidente, con fecha 6 de febrero del mismo año.[124]

---

haitiano de la idea única e indivisible, según las fórmulas de Toussaint y Dessalines en 1801 y en 1805 (Bolívar y Pétion, *Estampas históricas,* publicados en *La Nación*, ed. del 14 de agosto del 1949)».

[123] «Libertad.- República de Haití.- Igualdad.- Núñez de Cáceres, A su Excelencia el Presidente de Haití.- Excelentísimo Señor,
Ayer a mediodía, he recibido el mensaje oficial de vuestra Excelencia del 11 de corriente, y me apresuré a reunir la Municipalidad y los jefes militares a fin de darles lectura. Convinieron todos ellos unánimemente colocarse bajo las leyes de la República de Haití, y en enarbolar el pabellón en esta ciudad, no dudando encontrar en su digno presidente el hermano, el amigo y el padre que ofrece abrazar todos en paz y hacerlos felices.-
Que Dios guarde largos años a Vuestra Excelencia.- Santo Domingo el 19 de enero 1822 (Piezas Justificativas… etc., pp. 26-27, Letra K).

[124] Respecto de lo que dice Núñez de Cáceres de los jefes militares que estaban en ese momento bajo su autoridad, bastará leer la comunicación de Manuel Machado, comandante de Samaná que dice, así:
«Al Ciudadano Núñez de Cáceres.- Ciudadano,
Ha sido ayer cuando he recibido vuestra carta oficial con fecha 31 (debe ser de enero),[*] y ya el pabellón de Haití había sido enarbolado en Samaná. Si no lo he hecho más pronto, es porque quería asegurarme de los sentimientos de la población. Estos están de tal modo en armonía con los de los otros Distritos, que la publicación de la Nota oficial del presidente Boyer ha hecho despertar aquí mil transportes de júbilo. Os ruego informar al presidente a fin de que él haga justicia a los habitantes de esta parte. Samaná, 6 de febrero 1922».[**]

[*] Deduzco que es el mes de enero del texto de la misma carta y de los propios acontecimientos ocurridos.

[**] *Piezas Justificativas…* , p. 27, Letra L, #1.

Aunque lo indagado de la alianza nuestra con el invasor es de toda certeza histórica, no es menos verdadero que tal elemento criollo compuesto de los agentes de Boyer y los funcionarios o munícipes vendidos como el apóstol infiel a los fariseos hespérides de la isla, no constituían ni mucho menos la mayoría de los dominicanos como pretende la alegación tendenciosa de algunos historiadores haitianos, Ardouin, Leger, Dorsainvil y ahora Price-Mars, o el absoluto concepto de otros bien intencionados e insospechablemente nacionalistas como Américo Lugo, pero de seguro errados en su apreciación sintética o de conjunto.[125]

El dramatismo de ese momento. Apenas repuestos los haitianos de las largas fatigas de aquella «marcha triunfal»,[126] no se descuidaron en formar el Gobierno de la Ocupación conforme a las instrucciones previas de Jean Pierre Boyer. Asumió el mando de la Comandancia del Departamento de Santiago, el general

[125] Artículo citado del Dr. A. Lugo acerca de «D. Emiliano Tejera», etc.

[126] Tal calificó Boyer a la marcha sobre Santo Domingo, en su Mensaje al Congreso de Haití. «La facilidad con que se hace esta entrada del invasor, dice Saint-Rémy, ha servido maravillosamente para el desarrollo de una tesis que los habitantes han siempre propagado y sostenido con la mira intencionada que se advierte a primera vista, de darle oídos a los escritores de la República (Haití), la anexión del 1822 ha sido un acto a la vez voluntario y espontáneo; la toma de posesión del presidente no fue sino la conquista de los corazones.[***] Pero no hay nada menos cierto que esta verdad histórica. La Toma de Posesión del 1822 fue pacífica; pero bajo el terror que antes había producido en la mayoría de las poblaciones Toussaint. Los españoles de Santo Domingo no hacían en estas circunstancias sino dar una prueba de esa extraña manera de ser y carácter que los acontecimientos que preceden han dejado bien precisados. Plenos de energía para sacudir una dominación establecida, indomables y perseverantes en la insurrección, son mórbidos y débiles en la resistencia. Con tal naturaleza toda sumisión, vista de lejos y al través de cierta fraseología interesada, puede siempre parecer una *conquista de corazones*».[****]

[***] Mensaje del presidente de Haití a Núñez de Cáceres ya citado.

[****] *Saint-Domingue,* etc.

Prévost; de Puerto Plata, el general Jacobo Simón, y de Macorís del Norte, el ayudante general, C. Thabarrés.[127]

Bonnet cumplió su itinerario de viaje siguiendo a La Vega para allí instalar al general de división Plácido Lebrun, comandante de ese Departamento. Después de nombrados esos comandantes, se convocaron a los súbditos de los diversos departamentos militares, haciéndoles jurar fidelidad a Haití, y recibiendo a su vez el juramento de rigor de parte de ellos. Prévost fue el primero que el domingo 3 de febrero del 1822 dio comienzo a tal ceremonia en Santiago. A la mañana siguiente, Bonnet continuó su ruta ya trazada para ir por el Cotuy a Santo Domingo.

En cuanto al primer cuerpo de Ejército, pasó algunos días en San Juan, se puso en camino el 2 de febrero, y llegó por fin, el día 8, a los lindes entre el barrio de San Carlos y su propia urbe de Santo Domingo que le quedaba inmediata.

Al clarear el domingo 9 de febrero, a las seis en punto, Boyer inspeccionaba su Ejército. Incontinenti, el general Borgellá entraba en la Capital por el antiguo bastión nombrado en honor de Bernardino de Meneses y Bracamonte, Conde de Peñalba, quien le mandó reabrir, por lo cual se llamaba Puerta del Conde.

Cubierto de todos sus arreos e insignias militares, en traje vistoso de coronel, desfilaba el presidente Boyer, escoltado por un gran Estado Mayor, y seguido de los generales Pierrot, Toussaint, Daniel, Saint-Fleur, Beauregard, Voltaire e Inginac, secretario general. Iba el jefe haitiano a la cabeza de ocho Regimientos que se desplegaban en pelotones, y donde la Guardia a caballo cerraba aquel cuadro de tropas negras en actitud marcial.[128]

[127] Malo-Manigat-Robins.

[128] El cónsul A. Armstrong dirige carta, del 28 de febrero del 1822, al secretario de Estado norteamericano Adams, fechada en Cabo Haitiano, dándole cuenta de la entrada de Boyer en Santo Domingo. «Después de mis informes del 2 del corriente, dice, estamos en la inteligencia de que el presidente Boyer llegó a la ciudad de Santo Domingo, donde fue bien recibido. Cartas de ese sector dicen que todo se encuentra muy tranquilo y que los habitantes están generalmente satisfechos con el cambio de Gobierno.

Plantado en el Baluarte que debía ser más tarde escenario de la magna hazaña de la Separación,[129] rodeado de los magistrados de la ciudad que vinieron a recibir al presidente de Haití, estaba en pie, altivo, prisionero de la realidad circundante de tal momento solemne, José Núñez de Cáceres, el jefe del Estado dominicano que acababa de ser derrocado. Las tropas que seguían a éste apenas alcanzaban a quinientos hombres, y formaban dos filas a todo lo largo de la calle del Conde. Por eso, sin velo de ficción y engaño, se cumplía en este caso, la terrible ley que rige la creación: «el pez grande se come al más chico». Tal fue la ocupación haitiana en realidad: el sometimiento del más débil al más fuerte, según dice Saint-Rémy.[130]

El contraste en número, fastuosidad en armas y atavíos entre los unos y los otros, los que llegaban marcialmente frente a los que les estaban aguardando en actitud pacífica y altiva, era evidente; toda lucha era insensatez. Mas no por ser temeraria o quimérica la resistencia hubiera dejado de parecer ante la Historia genuino legado de los conquistadores.

Gentil, o demasiado avisado, el jefe de la expedición invasora, se bajó del caballo tan pronto como alcanzó a ver a Núñez de Cáceres, y le dio un abrazo. Era el mismo abrazo mañero del blanco conquistador al cándido y bravo indio.[131]

El presidente se propone dar la vuelta a la Isla antes de volver a este lugar, y no se le espera aquí sino dentro de dos o tres meses (archivo del Departamento de Estado de Washington, publicada en *Clío*, septiembre-octubre, 1936, p. 134)».

[129] Véase en el Anexo 10 el Proceso verbal de la entrada del presidente de Haití a Santo Domingo.

[130] *Saint-Domingue,* etc.

[131] Referente a esto último no sé por qué dice Carlos Nouel en su *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo, Primada de América*, en la cual abreva mucho de los *Estudios sobre la Historia de Haití,* de Beabrum Ardouin en lo tocante al período haitiano, que, «al encontrarse Boyer con Núñez de Cáceres se desmontó del caballo y fue a su encuentro a saludarle, dándole el beso de paz», cuando realmente lo que hizo el jefe negro al jefe blanco fue darle un abrazo, según refiere el referido historiador haitiano, en el volumen IX de su obra relacionada, debiéndose dar más

Seguido, Boyer montó en su brioso corcel encaminando sus pasos a la Plaza de la Catedral,[132] en donde pasó revista personalmente a los Regimientos de Guardia, al Arsenal y otros sitios que el general Borgellá había hecho ocupar antes. Realizado esto, dirigióse al antiguo Palacio de Gobierno, ya rodeado el presidente Boyer del propio Núñez de Cáceres y demás autoridades secundarias.

Hecho tal acto, el general Jean Pierre Boyer fue al Cabildo para tomar posesión oficialmente de la ciudad, debiéndose levantar un proceso verbal en donde se diera constancia de todo lo sucedido, para después asistir a un *Tedéum* mandado a celebrar en acción de gracias, a la antigua usanza de los aventureros al pisar ajena tierra apresada.

Tal la hora fijada por la Providencia para que el conjurado glorioso del golpe de Estado del 1821, el ínclito José Núñez de Cáceres, alzara su protesta en la Sala Capitular contra el vejamen fraterno, en un irónico y patético discurso en el cual se dirigía al presidente Jean Pierre Boyer para exponerle la causa por que se adhirió el Estado creado por él a Colombia, que lo fue en señal de tributo a Colón que había descubierto a América; muy luego muestra que, entre las poblaciones que primitivamente formaban la isla de Santo Domingo «las diferencias de origen, de lengua, de legislación, de costumbres, de tradiciones, eran motivo poderoso para oponerse a su reunión en uno solo y mismo Estado, pues el porvenir se encargaría de probar, por los hechos, que esta afirmación estaba fundada en razones históricas».[133]

Además, el jefe de la República del año 1821 advertía a sus conciudadanos que les «había procurado la Independencia, y

---

crédito a éste que a aquel Lic. Nouel, porque en episodios de tal época debió ser persona más enterada por haber vivido esos tiempos y no hacer el relato por referencias y de oídas, no como resultado de lecturas posteriores no siempre hechas en las fuentes racialmente puras.*

* *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo, Primada de América*, t. 2, p. 278.

[132] Ese es el nombre que se daba a lo que es hoy el Parque Colón, y antiguamente la Plaza de Armas.

[133] *Recueil General des Lois et actes du Gouvernement d'Haiti*, Proceso verbal de la entrada del presidente Boyer en Santo Domingo, p. 441.

esperaba de ellos que harían justicia a sus levantadas intenciones, aunque el resultado de su obra política hubiera sido adverso y contrario a sus deseos». Concluyendo su discurso el licenciado José Núñez de Cáceres al manifestar «que tenía la esperanza de que el presidente de Haití les defendería y protegería con su brazo poderoso, a fin de hacerles feliz».[134]

[134] «Manifiesto» al pueblo de Núñez de Cáceres y sus colaboradores de Gobierno. *(Recueil Gral. Lois et actes Gouv. Haiti,* p. 440).
Este documento del Manifiesto de Núñez de Cáceres absolutamente verídico, y no apócrifo como se ha podido pensar por más de un escritor mal informado, figura en las «Relaciones del secretario general Inginac», publicadas en Puerto Príncipe, en los diarios *El Telégrafo* y *Concordia*, con fecha 24 de marzo del 1822, caja 5, legajo 21, documento número 49. También el general Prévost hizo publicar el 5 de marzo del 1822, una carta dirigida a los haitianos del Este de la isla, en la cual refuta el discurso pronunciado por Núñez de Cáceres.* Y en las comentadas *Memorias* del general Bonnet se dio testimonio en pro de la viril actitud de Núñez de Cáceres, y es tal obra la más importante por esos tiempos en cuestiones históricas de la isla, según la juzgada Duracine Vaval en su *Historia de la literatura haitiana*. «La vanidad y orgullo de Núñez, dice Beabrum Ardouin, esperaban este momento para manifestarse con una especie de protesta contra el derrocamiento de la posición que él había creado en el Este, por la revolución efímera del 1º de diciembre, etc.»
«Dirígese pues a Boyer en la sala del Cabildo, ante los Ciudadanos y oficiales de todas las clases y grados, en un discurso que pronuncia en español, aunque habla muy bien el francés, etc. Primero trata de dar disculpas por haber adoptado el pabellón colombiano, lo cual atribuye más que a un acto de adhesión a Colombia a la necesidad de honrar la memoria del Descubridor. En segundo lugar él pretende que entre los dos antiguos territorios de Haití, la diferencia de origen, la lengua, de legislación, de costumbres, de tradiciones, era una causa poderosa para oponerse a su reunión en un solo Estado, y que el porvenir se encargaría de probar, por los hechos, que esta aserción estaba bien fundada; que él había prometido a sus compatriotas procurarles la Independencia, y que esperaba que ellos harían justicia a sus intenciones, bien que se hubiera frustrado su obra política y no saliera conforme a sus deseos. Etc.»
«No obstante, Núñez, promete fidelidad a la República y enseguida hace presentar al presidente las llaves de Santo Domingo sobre una bandeja de plata, en señal de sumisión de esa Ciudad y de todo el territorio del Este, de la cual era capital».**

* *Documentos históricos del Archivo de Indias*, vol. II, p. 107.

** Ardouin. *Estudios de la Historia de Haití*, t. IX, pp. 128-129.

La historia de la rendición de la ciudad y de la digna conducta asumida por Núñez de Cáceres en esta importante ocasión ya evocada, su escena de profundo dramatismo histórico, consta en el proceso verbal de la entrada del presidente Boyer en Santo Domingo.[135]

Acerca de la entrega a Boyer de las llaves de la ciudad por el coronel Mariano Mendoza, en bandeja de plata, he dicho lo bastante en el libro VIII, en cuyas razones he de declinar para traer la justificación de que no fue Núñez de Cáceres si no sus rendidos acólitos o compañeros quienes tal hicieron o perpetraron a costa de la honra.[136] Porque en el político que había en

---

Véase también: *Documentos históricos del Archivo de Indias*, t. II, p. 106. Salió insertado en el periódico haitiano *Concordia*, en la edición del mes de junio del referido año.*

El proceso verbal de entrega de la ciudad de Santo Domingo, del 9 de febrero del 1822, alude al famoso discurso. Véase en *Recuerdos Históricos,* de Bonnet, cap. X, pp. 313-324. Tejera, *Memoria de su S. el Papa León XIII.* Ardouin, B.

Véase también: *Rec. Gral. des Lois actes du Gouv. Haiti*, p. 442; y *Rec. Gral. des Lois et actes du Gouv. Haiti*, p. 441.

[135] Col. Ofl. Docts. Rep. Haití *(Rec. Gral. Lois et actes Gouv. Haiti)*.

[136] Fue en esta ceremonia cuando Boyer expresó que había sentido no haber penetrado en toda su extensión el discurso de Núñez de Cáceres para contestarle «punto por punto». Pero «declara que al venir al Este no era movido por ninguna ambición, sino para cumplir con su deber, según la Constitución, y que a este respecto él había hecho su profesión de fe en su despacho del 11 de enero».

En relación a la entrega de las llaves de la ciudad debo agregar a lo dicho anteriormente, que está perfectamente inquirido que no fue el mismo Núñez de Cáceres, sino el coronel Mariano Mendoza, de la comitiva que se hallaba en el Cabildo el nombrado día, quien presentó a Boyer dichas llaves, en señal de sumisión de su autoridad, no siendo aceptadas por aquel, tal vez en parodia de la toma de posesión de Toussaint que en otra época las había rehusado igualmente.*

* Nouel, *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo, Primada de América*, t. 2, p. 278.

Véase: Mariano Mendoza, coronel comandante de Artillería e Ingenieros *Documentos históricos del Archivo de Indias*, vol. 1, p. 7, ed. 1929, (78-5-17). «Yo recibo con satisfacción», dice Boyer, «las protestas de fidelidad y de sumisión que me son dadas, así como el juramento hacia la República. En

Núñez de Cáceres hay que distinguir el patriota de espíritu, el genio verdaderamente iluminado que se levanta sobre las generaciones y eran, entre nosotros, un nuevo tipo de insólita y extraordinaria pureza, un nuevo período histórico, una tierra y nuevos horizontes.

cuanto a las llaves de la ciudad que se me han ofrecido, no las acepto, porque yo no he venido aquí como un conquistador, ya que no es la fuerza de las armas que me ha traído, sino más bien la voluntad de los pobladores que me han reiteradamente llamado para garantizar los derechos y las ventajas de que jamás han gozado.

En consecuencia, yo declaro como jefe del Estado, que haré todos los esfuerzos posibles para que aquellos que aumentan hoy la familia haitiana, no estén nunca en el caso de sufrir por haber tomado ese camino».

Relación anotada del secretario general Inginac.

Capítulo II
Administración bajo Haití

1.- El gobierno de la ocupación. 2.- División política de la parte del Este. 3.- Organización de las finanzas. 4.- Abolición de la esclavitud. 5.- Reacción de la opinión pública. 6.- El proyecto de cesión de Samaná a la República francesa. 7.- Comisiones a Francia y Colombia. 8.- Elecciones en los nuevos Departamentos incorporados de la parte española. 9.- Actos de fuerza que tienden a solidarizar el hecho de la ocupación militar. 10.- Expulsión del arzobispo Valera Jiménez. 11.- Tentativas de rebelión en Samaná, Sabana de la Mar y El Seybo. 12.- España reclama la parte este de la isla de Santo Domingo. 13.- Motines y manifestaciones públicas en Bayaguana, Santiago y Puerto Plata y la conspiración de Los Alcarrizos. 14.- Prodigalidad de los dominadores.

1.– El gobierno de la ocupación

El Gobierno de la Ocupación haitiana se encuentra con que están vacías las arcas del erario público y no existen provisiones en los almacenes del Estado. Para proveer tales recursos agotados se organizan diversos servicios e impuestos.[1]

Además el general Boyer dicta algunas providencias de carácter administrativo y de organización gubernativa. Se confirma al general Borgellá como comandante del Departamento de Santo Domingo. Nómbrase al general Beauregard para la Comandancia de esta misma plaza, al coronel Carrié se le escoge como jefe del Arsenal y de la Fuerza.[2] El general Dupuy fue enviado en calidad de comandante de los importantes Cuarteles del Seybo y de Higüey; el general Riché para Bayaguana; el general Bergerac Trichet para Azua; los coroneles Hogu y Saladín, respectivamente, para Baní y Las Matas; y el jefe de escuadrón, Dalmassí, mandóse a San Juan.[3]

[1] Ardouin, Celin, *Ensayo sobre Haití*. Madiou, *Hist. Haití*. Dorsainvil, J.B., *Curso de la Historia de Haití*.

[2] Carrié había sido muy anterior comandante de granaderos de caballería de la Guardia haitiana.

[3] Métral, *Hist. Exped. St. Domingue*. Ardouin, C., *Ensayo sobre Historia de Haití*. El historiador José Gabriel García hace una distribución distinta de los primeros jefes del Gobierno de la Ocupación; pero ignoro de dónde toma el dato.

«… El coronel Frément (Frémont es la verdadera ortografía), que fue designado para el del Seibo; el coronel Gogu, que lo fue para el de Baní; el comandante Ismardy, para el de San Juan; y el comandante Saladín, para el de las Matas (*Compendio de la Historia de Santo Domingo*, vol. II, p. 4). «Por el contrario, Beabrum Ardouin, de acuerdo con Celin Ardouin y Métral en su *Estudio de la Historia de Haití*, vol. IX, Cap. 3º, pp. 129-130, tras la

De los 500 hombres de tropas que estaban reunidos en Santo Domingo se formaron dos regimientos de Infantería, dándosele el comando a Pablo Alí, promovido a coronel, y quien había sido antiguo compañero de armas de Juan Francisco y de Biassou.

No se pierde tiempo en organizar el Tribunal Civil: desígnase a Joaquín del Monte, antiguo magistrado de la Colonia española, juez de Primera Instancia; José de la Cruz es nombrado juez de Paz o alcalde. El Consejo de Notables que existía se reemplaza por el Cabildo y se vacían del uno al otro sus miembros más prominentes.

2.– División política de la parte del Este

En cumplimiento de su ideal político de una «isla única e indivisible» proclamada por Toussaint Louverture en 1801, y por

distribución en el mando que ha dado, pues en este caso es de presumirse mejor enterado al historiador haitiano. Dale la razón hasta cierto punto, a este aserto, el propio García, cuando al hablar de los jefes a quienes confió el presidente Boyer el sometimiento de los revolucionarios del Este, agrega: «Al general Dupuy, quien no se atrevió a pasar del Bonao, mientras no quedó desconcertado el plan de los revolucionarios con la ocupación de Sabana de la Mar por el general Quayer-Larriviére, que a la cabeza del regimiento número 27 despachó Boyer con ese objeto, al mismo tiempo que mandaba al general Riché a tomar posesión de Bayaguana, y al general Bergerac Trichet a situarse en Azua, para hacer frente a cualquiera eventualidad (*Compendio de la Historia de Santo Domingo*, vol. II, p. 5)». Con relación a la embajada de Frémont ha dicho el cónsul Armstrom**, Agente de los Estados Unidos de América en Cabo Haitiano: «La embajada enviada a la ciudad de Santo Domingo ha regresado. Nada ha podido traslucirse en cuanto a la naturaleza de su misión. Algunos preparativos militares se están haciendo y según voz general se enviarán fuerzas en aquella dirección. Me inclino a creer que el presidente Boyer no se aventurará a una querella con el presidente Bolívar por lo cual, sería por especial invitación de los partidos a quienes concierne».

** Carta del 4 de enero del 1822, remitida por A. Armstrong al secretario de Estado Norteamericano, copiada y traducida por Max Henríquez Ureña en el Departamento de Estado de Washington, entonces Enviado Extraordinario de la República Dominicana cerca del Gobierno de Londres. (Publicada en *Clío*, No. XXIII, p. 133, septiembre-octubre, 1936).

Dessalines en 1805, la proclama de Jean Pierre Boyer a la entrada de las tropas haitianas en Santo Domingo, el día 9 de febrero del 1822, estableció la división territorial de la parte del Este de la isla en dos Departamentos, del Ozama y del Cibao, subdivididos a su vez en Distritos y Comunes. A estos Departamentos era a que se referían de modo implícito los cánones 40 y 41 de la Constitución de Haití del 1816.[4]

Esta circunscripción llamada Común tenía su origen en la *Comune* francesa, la que venía a sustituir en nuestra división política a la antigua parroquia del régimen español.

Ya se consignó en este mismo Libro IX que, con fecha 27 de febrero del referido 1822, el presidente Boyer dictó un Decreto #778, por el cual se designaban las Comunes de nuestro territorio que tenían derecho a nominar Representantes a la Cámara.[5]

Código Rural Haitiano. Por el año 1826, se votó un Código Rural haitiano, ley tiránica que instituyó el trabajo obligatorio en los campos, según explica mi obra *Derecho Dominicano, su estratificación y sus fuentes históricas*. Éste produjo la decadencia total de las riquezas agrícolas en las dos porciones territoriales de la isla, era muy diferente del Código Rural francés que le había servido de patrón. Por eso fue muy criticado por todos los historiadores.[6] Dividió a las Comunes en Secciones Rurales y cada una de ellas se designó con un nombre, fijáronse sus límites y amojonamientos.[7]

[4] *Recop. Gral dé Leyes y actos de la Rep. de Haití* (acates et Lois d'Haiti). Janvier, *Las Constituciones de Haití*. Justin, *Est. Sobre las instituciones haitianas.*

[5] Justin, *ob. cit.*

[6] Mejía Ricart, *Derecho Dominicano, su estratificación y sus fuentes históricas* (*Hist. Gral. Der.*, ed. 1943, Cap. IV, p. 163.

[7] El Código Rural tiene su explicación histórica. La agricultura era el principal factor de progreso en esta isla. Todos los gobiernos haitianos lo comprendieron así, y trataron a su modo de favorecerla. Dessalines y Cristóbal ponen en vigor el Reglamento de cultura de Toussaint Louverture. Pétion hace dar la ley del 20 de abril del 1807, la cual en su artículo 2 reduce de 50 a 10 tareas el mínimum, de la parcela que los Notarios estaban autorizados a hacer constar en ventas de particulares. Revoca el Decreto de Toussaint prohibiendo a dichos funcionarios

ORGANIZACIÓN JUDICIAL. Haití no tenía una legislación original sino la copia de los Códigos franceses. La elaboración de los Códigos haitianos terminó con su promulgación que fue muy posterior a la Ocupación por parte de las huestes de Boyer del territorio nacional.[8] De ahí que fue la legislación intermediaria y en

autorizar «acto de venta de ninguna propiedad menor de cincuenta tareas de tierra». Boyer sigue la ruta de Pétion en favor del pequeño cultivo del suelo. De ahí el criticado Código Rural promulgado el 1826. Venía a llenar «el vacío de la legislación anterior» según Jacobo.

Se compone el Código de 6 leyes que contienen 202 artículos, en los cuales se halla la reproducción casi literal de los textos de la ley del 20 de abril del 1807, relativo a «la policía de habitaciones», «las obligaciones recíprocas de los propietarios y campesinos y cultivadores», bien que es más completo este nuevo texto legal. Estas leyes se refundieron en el texto en vigor en una sola ley, dividida en 9 capítulos, subdivididos a la vez en tres secciones, éstas en párrafos y, por último, en artículos que en conjunto alcanzan a la cifra de 132 (Mejía Ricart, *Derecho Dominicano, su estratificación y sus fuentes históricas,* ed. 1943, Cap. IV, p. 163). Jean Joseph, *Inst. Judiciales*, etc. Código Haitiano (Col. de), Dorsainvil, J.B.

[8] En 1820, la Comisión Codificadora envió su proyecto a Boyer quien le envió a la Cámara de Diputados de Haití, la segunda parte se presentó en 1821. Durante este mismo año, once leyes fueron aprobadas por el Cuerpo Legislativo. Boyer las promulgó pero no las mandó a publicar, puesto que el Código Civil no estaba terminado, «La prudencia y el interés público, dice en su Mensaje del 18 de enero del 1825 dirigido a la Cámara, nos ha obligado a suspender su publicación». En la legislatura del 1822 no se siguió la discusión del Código Civil. En 1823, se votaron otras seis leyes, las cuales fueron promulgadas pero sin ser publicadas igualmente. En la legislatura del 1824 pasaron las 19 leyes que completaban el Código. Fue definitivamente votado este cuerpo legal el 4 de marzo del 1825 por la Cámara de las Comunes, y por el Senado el día 26, aunque fue promulgado el 27 del mismo mes y año, y sólo se hizo ejecutorio el 1 de mayo del 1826, según anota Ardouin en el vol. IX, p. 314, de su citada obra.

La misma Comisión encargada en la redacción del Código Civil confeccionó el Código de Comercio… El Código de Procedimiento Civil fue votado por la Cámara de Diputados el 23 de abril del 1825, por el Senado el 2 de mayo, y promulgado el 3 de este mes y año. Pero no fue ejecutorio hasta el 1 de septiembre del 1826.

Los Códigos Penal y de Instrucción Criminal fueron promulgados en el 1826. Fue necesario completar la Codificación, porque como dice Beabrum Ardouin, «La Administración de la Justicia había desaparecido durante la Guerra: se habían reemplazado por la autoridad de los jefes militares: comandantes de Plaza de Departamentos o de División (vol. IX)».

parte el Derecho consuetudinario galos los que se aplicaron en la Colonia, formándose así la unidad legislativa de la isla íntegra.[9] Entonces para los efectos de la Administración de la Justicia, la organización fue la siguiente: en cada Común había un Juez de Paz, tres suplentes y un secretario los que constituían un Tribunal colegiado. Así como en cada cabecera de Departamento existía un Tribunal Civil con su jurisdicción determinada.

En Santo Domingo estaba compuesta por los territorios de las Comunes, Secciones y puestos militares de los respectivos Distritos de Santo Domingo y Azua y de la península de Samaná.

El Departamento de Santiago abarcaba las Comunes, Secciones y puestos militares de Santiago, La Vega, Puerto Plata y Monte Cristi. Además se estableció un Tribunal de Casación con su asiento en la sede de Puerto Príncipe, con jurisdicción para toda la República haitiana.

Tenían competencia los Tribunales Civiles de los Departamentos para conocer en última instancia de todos los asuntos contenciosos, administrativos, civiles, comerciales, marítimos y correccionales. Conforme al Código de Instrucción Criminal los propios Tribunales ventilaban las causas en materia de delitos y

---

El Código Penal contenía 5 leyes, las cuales se subdividían en capítulos y en títulos. Consta de 413 artículos. Corresponden a los 407 del Código francés con leves supresiones en el Código haitiano. Fue enmendado sucesivamente en 1835, 1836, 1840 y 1841. El Decreto del Gobierno Provisional del 1843 lo sustituyó por el antiguo Código del 1826, y el Código del 1835 fue repuesto en su lugar el 11 de septiembre del 1845.

El Código de Instrucción Criminal se formaba de 8 leyes y dividíase en capítulos, secciones, párrafos, artículos e incisos. Contenía 472 artículos. Correspondientes a los 460 del Código francés con algunas adiciones de poca monta. (Dabelma Jn. Joseph, *De la Policía Judicial y los Tribunales de Simple Policía*). Luego se transformó por las leyes del 5 de agosto del 1840, 8 de julio del 1841, Decreto del 22 de mayo del 1843, etc. (Mejía Ricart, *Derecho Dominicano, su estratificación y sus fuentes históricas*, Cap. IV, *Codificación en el Gobierno de Boyer,* 1826-1843, #6, p. 158 y sigts. Tolentino, Div. Territorial, (Col. Trujillo, III).

[9] Mejía Ricart, *Derecho Dominicano, su estratificación y sus fuentes históricas*, Cap. IV, «Epoca Haitiana (Aplicación de Derecho Francés en toda la Isla, 1822-1844», p. 48 y sigts.). Tolentino, Div. Territorial (Col. Trujillo, III, etc.).

dictaban sus sentencias, salvo en uno y otro caso por violación de la ley para la que tenía sólo jurisdicción el poder de casación.[10]

ADMINISTRACIÓN COMUNAL. Hasta el 1843, ninguna ley ni dispensación legal modificó la división política en la parte oriental. En las Comunes funcionaban los Consejos de Notables que ejercían las funciones civiles y correccionales. Pero por un Decreto del 9 de mayo de ese año, se nombraron Comités Municipales que tuvieron a su cargo el Gobierno Civil y la Administración de las Comunes.[11]

NUEVA DIVISIÓN DEL TERRITORIO DE LA REPÚBLICA DE HAITÍ. Con fecha 11 de julio del citado año del 1843, el Gobierno Provisional de la República de Haití dio otro Decreto acerca de la División del Territorio para reorganizar los Departamentos y cantones haitianos, incorporándoles las Comunes y Distritos territoriales de la parte del Este.

DEPARTAMENTOS. De acuerdo con dicho Decreto el territorio de Haití se dividió en seis Departamentos: Departamento del Sur,

[10] Mejía Ricart, *Derecho Dominicano, su estratificación y sus fuentes históricas*, Cap. IV, «Epoca Haitiana (Aplicación de Der. Francés en toda la Isla, 1822-1844».

[11] *Col. Trujillo,* vol. 7º, p. 248. Decreto del 11 de julio del 1843 sobre «División del Territorio de la República», Título I, Art. 1, que dice así: «El territorio de la República se divide en seis departamentos, cuyos nombres indican su situación. Estos Departamentos son los siguientes:
Departamento del Sur,
Departamento del Oeste,
Departamento del Artibonito,
Departamento del Norte,
Departamento del Cibao,
Departamento del Ozama.
El art. 2 agrega: «Cada Departamento se divide en Cantones, según la importancia de las Villas del Departamento». Y el art. 3: «Cada Cantón se compone de Comunes sumadas para servir al establecimiento de las varias ramas de la administración Pública (Tolentino, Div. Territorial, trad. del Decreto del 11 de julio del 1843, *Col. Trujillo*, III, p. 105). Edouard, E., *Leyes y Actos*. Dorsainvil, J.B., *Colección de Códigos Haitianos*.

Departamento del Este, Departamento del Artibonito, Departamento del Norte, Departamento de Cibao, Departamento del Ozama.[12]

Sus límites. El Departamento de Cibao tenía como fronteras la punta Isabelica hasta el monte de Cibao. Desde ahí continuaba la cadena principal hasta las cabezadas del río Cevicos. Luego descendía por este río hasta el del Yuna en que seguía a su desembocadura en la bahía de Samaná, comprendiendo toda la Península y recorriendo todas las costas Norte y Oeste hasta la mencionada Isabelica.

Tenía el Departamento de Cibao como sede a Santiago, y subdividíase en dos Cantones: Santiago y Puerto Plata.

El Cantón de Santiago lo formaban siete Comunes: Santiago, Las Matas de Sierra, Macorís, La Vega, Moca y Samaná. Y el Cantón de Puerto Plata comprendía la Común de su mismo nombre.[13]

El Departamento del Ozama tenía como lindes desde Monte Cibao, en el punto fronterizo con los Departamentos de Artibonito, del Norte y de Cibao, hasta la desembocadura del Yuna, en el fondo de la bahía de Samaná, y de ahí volviendo a su punto de partida por el Yuna, el Cevicos y la gran cadena de montañas de Cibao. Atravesaba de Norte a Sud hasta la desembocadura del río Neyba. Pasaba por la costa oriental y meridional del Cabo Engaño.

El Ozama tenía como cabecera a Santo Domingo, y subdividíase en dos Cantones: Azua y Santo Domingo.

El Cantón de Santo Domingo se formaba de siete Comunes: Santo Domingo, San Cristóbal, Monte Plata, Bayaguana, Los Llanos, Seybo e Higüey.

El Cantón de Azua estaba formado por tres Comunes: Azua, San Juan y Baní.[14]

[12] Jacques, Th. J., *Historia del Derecho Haitiano*.

[13] Art. 41, Título II, Decreto del 11 de julio del 1843.

[14] Ar. 47, Tít. II, Decreto del 11 de julio del 1843.
Tal fue la organización territorial de la parte del Este hasta la separación con Haití, momento en que la Junta Central Gubernativa del Estado

3.– ORGANIZACIÓN DE LAS FINANZAS

Enderézase el organismo gubernativo en igual forma: la Administración de Finanzas se le confía a Antonio Martínez Valdés, la del Tesoro Público a Lavastida; la de Aduana a Eduardo Valencia. Tomás Bobadilla y Briones, personaje de gran capacidad, ocupa el cargo de comisario del Gobierno ante el referido Tribunal Civil.

4.– ABOLICIÓN DE LA ESCLAVITUD

Se abolió la esclavitud: la Constitución de la República de Haití no admitía sino hombres libres e iguales en derechos. Obligábase sólo a los esclavos ya libertados a abandonar las casas de sus amos y dedicarse al trabajo.[15]

LA CEREMONIA DE LA PLANTACIÓN DEL ÁRBOL DE LA LIBERTAD. Cumplidos los actos anteriores de orden financiero-administrativo, el jefe de la Ocupación por sí mismo, bajo pretexto de materializar con un símbolo la «regeneración civil y política de la parte Este»,[16] procede, el día 17 de febrero del 1822, a la ceremonia de la plantación del árbol de la libertad sobre el solar de la plaza de la Catedral, en presencia del Ejército y la población. El Vicario General José Aybar canta en dicha iglesia una solemne misa en acción de gracias al Creador. Y hácese análoga ceremonia, en todas partes, en presencia de los distintos comandantes militares, por orden de Boyer.

PROCLAMA DEL PRESIDENTE DE HAITÍ ACERCA DE LA UNIFICACIÓN DE LA ISLA. Antes, el 9 de febrero, el presidente haitiano hace publicar una proclama dirigida al pueblo, pero en verdad encaminada

---

Dominicano fijó otra división política. El Territorio de la República Dominicana se compartió en cinco Departamentos denominados de Santo Domingo, de Santiago, de Azua, de La Vega y del Seybo.

[15] García, *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, t. 2, p. 3.

[16] Ardouin, B., vol. IX. Métral, *Hist. Expedición de St. Domingue.*

exclusivamente a las naciones extranjeras, dándoles a conocer que «el pabellón de la República flotaba en todas partes, en virtud de la Constitución y la voluntad de los pobladores de la isla ligados por los mismos intereses, que su reunión comenzada desde hacía tres años no tenía por qué traer ninguna alteración política».[17]

5.– Reacción de la opinión pública

Estos principios del Gobierno de la Ocupación sorprendieron grandemente a los habitantes de la parte Este, quienes no esperaban tales cosas de autoridades que hubieron perpetrado hechos tan groseros para apoderarse del suelo ajeno, el cual les pertenecía con iguales títulos que el suyo. De este modo, produjose un concepto favorable al estado de cosas reinante, que hizo nacer cierta conformidad pública que se tradujo en verdadera cooperación al occidental que escondía las uñas para tiempos posteriores. La explicación de este fenómeno parece muy llana. Tiene dos aspectos: uno racional, si uno se sitúa en el punto de vista relativo del juicio al hacer la consideración de ciertos hechos contrarios a una pura conciencia nacional, pero perfectamente amoldable a ideas de progreso y de felicidad de los pueblos; y otro no lo es. Puede y debe ser éste, obra de acomodamiento y de resignación patriótica, pero en muchos casos no es más que obra de puro materialismo y bienestar egoísta, cuyo valor, si lo tiene como parte de lo humano que es, puede ser ínfimo.

Pero si bien se mira, todos estos actos del ocupante en precario de nuestra tierra, eran como naturalmente debían serlo y lo son en todos los comienzos con que se inaugura un gobierno propio o extraño, y no tan excelentes o conspicuos como pudieron o debieron ser para ganar la conciencia de un pueblo al que se le arrebataba el sacro legado de su libertad. Apenas había otra forma de comportarse, de parte de Jean Pierre Boyer, quien había hablado mucho de prosperidad futura en sus manos y en la

[17] Publicada en «Col. Ofl. Docts. Rep. Haití (Recueil des Lois &), t. 3.

de sus sucesores. Nunca faltaron, sin embargo, apologistas ilustres de aquella época. Por contraste hemos padecido achaque posterior exagerando lo malo y negando el bienestar que realmente disfrutamos. Por eso no creo que se pueda vanagloriar el dominicano de tener verdadera historia. A menos que nos conformemos con haber hecho historia a la manera como la hizo Salustio con su notable relato de la guerra Catilinaria: creando cierta nebulosa oscuridad que toda la envuelve. Con la atenuante en su pro que su sutil y maravilloso ingenio no quiso ex profeso irradiar toda luz acerca de aquella famosa conspiración, tergiversada de intento por Cicerón en la tribuna y de la cual se triunfó con las armas en el campo de batalla.

6.– EL PROYECTO DE CESIÓN DE SAMANÁ A LA REPÚBLICA FRANCESA

Trataré ahora de otros sucesos importantes. La afluencia de gente blanca que componían antiguos colonos franceses llegados de Haití después de su Independencia, y refugiados en Samaná, y protegidos más tarde por el general Ferrand, fundó establecimientos agrícolas de relativa magnitud. Pero cuando los indígenas se sublevaron en el Este contra sus dominadores galos para hacer la Reincorporación en favor de la Madre Patria, varios barcos de guerra ingleses anclaron en la Bahía y forzaron al Comandante de la Península a capitular, el 10 de noviembre del 1808, poniendo en posesión de ella a los insurgentes mas con la condición de respetar éstos las vidas y propiedades de los franceses preteridos. Y por este motivo quedaron garantizados los colonos de Samaná, quienes continuaron residiendo bajo el nuevo régimen establecido por el brigadier Juan Sánchez Ramírez, y sus sucesores. Acomodáronse bien al nuevo estado de cosas porque los tales súbditos de Francia tenían esclavos, y la esclavitud existía en esos tiempos en el territorio que ocupaban. Con esta franca protección siguieron en actitud pacífica dedicados al trabajo y vieron con toda indiferencia los extraordinarios acontecimientos del 1º de diciembre del 1821 que crearon un Estado libre, puesto que en éste se mantenía la vieja condición de esclavitud colonial, y

no se menoscababan sus feudos y haciendas. Mas posteriormente, cuando sobrevino la invasión haitiana, ellos se erizaron contra el nuevo poder extraño compuesto de hombres de origen africano que irían a abolir la esclavitud y atentar contra sus fueros, costándoles con seguridad el ser echados del suelo que desde tanto tiempo habían adoptado como centro de sus plantaciones y tráficos, tal como lo hicieron en el pretérito en Haití.

Coincidían tan adversas circunstancias, para estos colonos, con el feliz arribo a Samaná de la fragata francesa la *Duquesa de Berry*, mandada por Douault.[18] Era a la sazón el año del 1821 en que dicha bahía solía ser frecuentada por navíos de guerra de la misma potencia. No hay duda que tal hecho estaba acaeciendo en el momento que estos mares se veían infectados por los corsarios de la Costa Firme al frente de los cuales se encontraba el comodoro Luis Aury y otros, de quien he hecho referencia en otra parte.

De ahí que se alegara por los Comandantes de dichos acorazados que sólo iban a amparar los barcos de Francia que seguían la ruta antedicha.

La *Duquesa de Berry* llegaba después de capturar dos embarcaciones piratas mandadas por dos capitanes franceses, Rossignol y Mouchette, quienes habían apresado antes un barco mercante. A poco se agregaba a tal fragata, el *Sileno*, nave de guerra capitaneada por Cuvillier. Y todavía con antelación a la partida de Boyer a Puerto Príncipe, otra unidad de la escuadra gala que trataba de capturar buques que se ocupaban de la trata de negros, llegaba y pedía permiso para hacer aguas.[19]

Otrosí, el conde Donzelot, gobernador de la Martinica, así como el contraalmirante Jacob, comandante de la Estación Naval, se dirigieron al presidente de Haití, con el objeto de pedir la

[18] No he acertado porque le llama García «Comandante Droult»,[*] en lugar de comandante M. Douault, que es la verdadera ortografía de su apellido, y su nombre.[**]

[*] García, J. G. *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, t. 2, p. 5.

[**] Ardouin, *Historia de Haití*, t. IX, págs. 130 y sigts.

[19] *Memorias* de Inginac, p. 61.

misma autorización para aprovisionarse de agua y leñas, con destino a los bajeles de su país que se hallaban en los pesajes circunvecinos.

Entretanto dichos colonos de Samaná propusieron al comandante Douault que tomara la Bahía de Samaná para Francia, aunque éste se negó a hacerlo, perentoriamente, por carecer de instrucciones al respecto. No se encontraba autorizado, pero se le aconsejó que consultara al conde Donzelot.

Con efecto, se redactó una comunicación que sometieron antes al susodicho comandante, y quien la consideró inaceptable por los términos poco mesurados con que se aludía a los haitianos y a su jefe; nuevo pliego fue confeccionado por A. Couret[20] el que había hecho el anterior y era empleado a las órdenes del poderoso colono Clarac, el mayor propietario de la península de Samaná y comerciante en la propia ciudad, habiendo sido adoptado para su envío. Salió la goleta, *La Útil*, despachada el 25 de enero del 1822, para encaminarse con el referido fin hacia la Martinica, la cual llevaba a bordo a dos de los colonos, y llegó el 9 de febrero, por serles contrarios los vientos.

En el intervalo de esas dos fechas, la de partida de la bahía de Samaná, y esa otra de recepción en el puerto de Port-Royal, Núñez de Cáceres, informado de los manejos de Boyer y de la marcha del Ejército occidental, el 30 de enero del mismo año, había escrito a Douault para incitarle a la rebelión en dicha península contrariando los proyectos absorbentes anotados. Negóse éste a seguir sus insinuaciones porque esperaba el resultado de la consulta que se había hecho al gobernador Donzelot.

Ahora, en cuanto a esta misión de *La Útil*, fue desairada por el Gobernador en referencia, ya que el mismo juzgó que no podía apoyar la actitud rebelde de los colonos franceses en el momento en que iba a ser un hecho infalible que la parte del Este pasaría a poder de Haití. Porque, estaba noticiado con anticipación,

[20] A. Couret llegó a ser uno de los representantes de Puerto Príncipe en 1838, y fue miembro de la oposición en la Cámara.
Los hechos relacionados con este sujeto así como todos los que abarcan este suceso histórico, constan en el archivo del Ministerio de Marina Francés.

Donzelot, por un crucero que llegó de Puerto Príncipe el 15 de enero del 1822, de la próxima entrada en Santo Domingo, por parte de las tropas de Boyer, en el vecino Estado de origen español. Pero no perdía tiempo el gobernador de la Martinica, tras la negativa dada a los colonos franceses, poníase de acuerdo con Jacob para otra empresa de más fácil éxito. Siendo imposible, racionalmente, apoderarse de Samaná a nombre de Francia, puesto que estaba aún reciente la jornada de la Reconquista y, además, su país tenía alianza con España, era, pues, en favor de esta última que la cosa debía hacerse. Por eso, la bandera real de Castilla se izó en toda la península de Samaná como señal de que no se seguían los pasos del resto de los pobladores del territorio del Este.

Para fortalecer este acto asumido, llegaron a dar ayuda a la *Duquesa Berry* y el *Sileno*, el crucero *Juan Bart* mandado por el propio Jacob, las fragatas *Africana* y *Junón*, la corbeta *Cresta* y las goletas *Golondrina* y *La Útil*. Y todavía detrás vino a reforzar a los bajeles mencionados la corbeta *Tara*, la cual partió al mismo tiempo que las otras embarcaciones pero que se retardó en el trayecto. Ésta tenía a su bordo 115 hombres de Infantería y Artillería, 2 cañones de campaña, municiones de guerra y 400 fusiles. Todo ello era destinado para los colonos e indígenas que estaban en rebeldía contra el poder de Haití.

Habíanse tomado ocho días para estos preparativos bélicos, mas el 16 de febrero, la flotilla armada salía de Port-Royal y clavaba sus anclas el 19 en la bahía de Samaná. Empero, ella acudía muy tarde en apoyo de los colonos franceses, pues el pabellón bicolor que nos era hostil había reemplazado el de Colombia desde hacía veinte días por resolución de los anexionistas dominicanos que se unían a la contagiosa abyección de los elementos oficiales, de entre sus compatriotas, en el resto de la derrocada república del Este. La víspera, el 18 de febrero del 1822, el general Toussaint se posesionó de Samaná, con un cuerpo armado de soldados recién venidos de la Capital, bajo su mando.

No cabía duda que este hecho inesperado cambiaba los planes del contraalmirante Jacob y del gobernador Donzelot. No se atrevían a asumir la gran responsabilidad de lanzar a Francia en

esa aventura; sobre todo, cuando existía la alianza de esta potencia con su antigua colonia haitiana. De ahí que terminaran por regresar a la Martinica, y dejaran, así, libres, las aguas de la Bahía de Samaná.

Sin embargo, antes de darse por concluido este incidente, es necesario relatar lo que ocurrió, precipitó y forzó la solución. Apenas había zarpado con rumbo hacia la Martinica la goleta *La Útil*, cuando el colono Clarac solicitó de Douault que enviara una lancha de su fragata a Samaná con el fin de llevarse las mercaderías y efectos que él tenía en su establecimiento y traerlas a bordo del barco francés *Irma*, pues habían llegado a manos del peticionario en consignación por la vía de un navío mercante proveniente de Bordeaux.

Tan pronto llegaba al puerto de Samaná la lancha armada de una pieza de cañón, la que contenía diez marinos, el pueblo se amotinó e impidió que se llevara la carga en cuya busca iba. Entonces se disparó un cañonazo para reunir a otros vecinos de la Península, y Juan Bagú, hizo izar el pabellón de Haití en el mástil del Fuerte de la localidad, en sustitución del de Colombia. El Comandante de Samaná, Manuel Machado, siguió a los que tomaron tal decisión.[21]

El oficial que dirigía la lancha de la excursión abandonó la partida y se embarcó en la *Duquesa Berry*. Su conducta obedeció a la actitud expectante que habían adoptado las naos francesas mientras llegaran instrucciones de su jefe Jacob y del conde Donzelot.

Acontecía todo esto, en tanto que llegaba la respuesta negativa de Douault a la carta de José Núñez de Cáceres de fecha 10 de enero del 1822, en que Boyer, prevenido de tal correspondencia, le dirigía a su vez otro comunicado a dicho Comandante, el 10 de febrero, invitándole a retirarse de la bahía de Samaná. Fue portador del pliego el propio general Toussaint, para encaminarlo por la mediación del comandante de Samaná.

[21] Con fecha 10 de febrero se publicó una proclama en Samaná en pro de Haití, la cual se encuentra entre los documentos impresos en 1830 ya traído a colación.

Aunque Douault no tomaba prisa en irse, recibió una notificación de Toussaint, a nombre del presidente haitiano, para que abandonara la plaza. Y no habiendo recibido aún noticias de la Martinica, aquel hizo levar anclas a la *Duquesa de Berry* y el *Sileno*, y el 19 de febrero del 1822, salió de Samaná. Pero a la entrada de esta bahía se encontró con la flotilla a las órdenes del contraalmirante Jacob, a quien refirió lo ocurrido. La situación se hacía difícil. Por una parte, Jacob entendía que su deber lo obligaba a no abandonar a sus compatriotas en tal trance y penetraba en la bahía de Samaná con todo el cuerpo de la flotilla, el mismo día 19, dirigiéndole un despacho al general Toussaint para hacerle saber que su actitud era con fines exclusivos de protección a los colonos franceses; pero este último le requirió la salida tal como había hecho con el comandante Douault. Por otra parte, Boyer consideraba que debía obligar a Jacob a retirarse para su mayor seguridad, bien que tuviese luego que indemnizar a los colonos de Francia por la pérdida de sus propiedades inmobiliarias.[22]

Estalló en tanto la tentativa de rebelión de Diego de Lira, antiguo comandante de Sabana de la Mar, a quien Toussaint había depuesto del mando, en favor de la Madre Patria.

El éxito de esta conjuración era muy dudoso y casi descartado entre las posibilidades lógicas, aunque no haré alto en la audacia que suponía la misma, sin fuerzas ni recursos. Pero apartando la importancia que ella podía tener o no, es conveniente saber que su jefe se puso en comunicación inmediata con el contraalmirante Jacob por medio de una carta en la cual se le hacía saber que «la voluntad de los vecinos de Sabana de la Mar era no someterse a Haití», en prueba de lo cual se había enarbolado ya el pabellón ibero. La respuesta de Jacob y del conde Donzelot fue negativa, tal como se le comunicaron directamente al marqués Clermont-Tonnerre, ministro de Marina de Francia, y a la Cámara de Comercio del Havre que se preocupaba por los intereses que tenían en juego, en Samaná, algunos de sus miembros.

[22] Ardouin, C., *Ensayo sobre Hist. Haití.* Dorsainvil, J.C., *Historia de Haití.*

Pronto, pues, se vio el reembarque de los marinos y la retirada de la flotilla de la bahía de Samaná, a pesar del tono de firmeza con que Jacob había contestado la Nota de embarque al presidente de Haití.[23] «En el mes de marzo del año del 1822», según Saint-Rémy, «aparecieron en la rada de San Pedro de la Martinica, once buques: dos navíos de guerra, *El Coloso* que ostentaba el pabellón-almirante; dos fragatas: *La Africana* y *La Duquesa Berry*; los bergantines el *Despertador* y el *Genio*; dos correos y cuatro barcos mercantes. Esta flotilla estaba a las órdenes del coronel Barré, comandante militar de la Colonia. El general Donzelot, viejo soldado del Imperio, quien gobernaba en la Martinica desde 1817, había ordenado esta expedición sin que se pudiera hacer alto en el cabo Samaná, pero después de haberse comunicado con una de esas naves que cruzan en dichos parajes, tuerce la ruta, y viene a parar a la bahía en referencia. Tres días después de su presencia en la Martinica, la flotilla se mueve pacíficamente en las aguas de la villa o Común de Samaná, a una milla aproximada de la costa.

Un bergantín se separa de la escuadra, encamínase a Sabana de la Mar, punto del cual no habíamos todavía hablado, y desembarca un escuadrón de tropas. Tal posición, que se encuentra sólo a una treintena de leguas de Santo Domingo fue ocupada militarmente sin combate. Hecho esto, esperan allí. Durante ese tiempo se establecen comunicaciones entre el grueso de la flota y los moradores de la Península, a pesar de la presencia de una tropa de 400 a 500 hombres, mandados por un negro de nombre Toussaint. Esta columna levanta algunas fortificaciones o mejor las acondiciona, y coloca en ellas algunos cañones, mas no hace ninguna demostración verdaderamente hostil. Por el contrario,

[23] Los documentos acerca de esta expedición se encuentran en los Archivos del Ministerio de Marina de Francia, así como todos sus incidentes. En ellos queda establecido que el conde Donzelot concibió la idea que comunicó al Ministerio de la cesión de Samaná y una porción de la isla que su país podría obtener de España a cambio de su cooperación para mantener la soberanía sobre su antigua colonia de Santo Domingo, con el propósito de fundar para la gran nación francesa en formidable establecimiento marítimo (Ardouin, B., vol. IX). Dalencourt, *Prec. Met. Hist. Haití.*

se establece cierta camaradería entre los de tierra y los marinos. Nuestra gente improvisa en la playa una recorrida diaria, cambiando las provisiones de a bordo por animales y legumbres de estos parajes. El capitán del cuerpo de ingenieros, Villemain, jefe del Estado Mayor de la Expedición, curtido en la vida de las Antillas, hace increíbles excursiones en los bosques de la Península, en compañía de oficiales negros que había venido a combatir. Por fin, después de un mes de esta situación tan singular, el presidente de Haití toma el mejor partido para desembarazarse de nuestra presencia: envía su ayudante de campo para decir al jefe de la Expedición que procedería a aprehender a los súbditos franceses residentes en Samaná, si el menor acto de hostilidad era iniciado por nuestras tropas. Algunos días después de esta notificación, el navío *El Coloso* levanta anclas y deja la flotilla bajo el mando del capitán Esperón.

Entonces nuestras naos acogen gran número de familias que quieren irse de esta tierra inhabitable ya para ellas, luego se van también los demás buques, retornan a la Martinica, pero tocando de paso en Cuba y Puerto Rico, para desembarcar a algunos refugiados.

Dichos barcos se quedaron menos de cuarenta días, moviéndose en la bahía de Samaná, en tanto que nuestras tropas ocupaban militarmente una parte de la costa. Tal fue esta Expedición».[24] En el fondo difieren poco los dos relatos en cuanto al hecho mismo de tal expedición.[25] Lepelletier de Saint-Rémy justifica la retirada de la escuadra francesa: «Sabemos la naturaleza del movimiento político que había abierto al presidente Boyer las puertas de Santo Domingo, dice Saint-Rémy, e incorporado, a pesar de la antipatía más real e inveterada, la antigua provincia española a la también antigua provincia francesa». «… Muy débiles para resistir por sí solos a una invasión que tenía entonces la fuerza que le daban los últimos restos de la organización de Cristóbal y Pétion, los dominicanos dirigen su mirada a los franceses. Una Diputación formada de prohombres se va a la Martinica, y expone la

[24] *Santo Domingo*, etc., t. II, págs. 248 y sigts.

[25] Los autores haitianos. (Ardouin, C., Dorsainvil, J.B., Jean Joseph, etc.).

situación al conde Donzelot. El viejo general comprende la importancia que tendría para Francia hacerse protectora y custodio de la parte Este, creándose, así, por su intervención, derechos que los acontecimientos ulteriores podrían más tarde trocar y hacerse valer. Pues los gobernadores de nuestros establecimientos coloniales eran a la sazón personas de notoriedad, los cuales por lo extenso de sus atribuciones se asemejaban mucho a los antiguos gobernadores, *lieutenants géneraux pour le roi,* de que hemos hablado. El conde Donzelot tenía en sus manos los poderes necesarios para actuar, y la estación naval del golfo de México estaba a sus órdenes. Apreciada la situación por el veterano del Imperio, pone en ejecución su proyecto: manda inmediatamente una fragata y un bergantín, con órdenes de ostentar el pabellón francés en las aguas de Santo Domingo; reúne, con una actividad juvenil, los elementos de su expedición. Antes de seis semanas de la llegada de los colonos españoles a la Martinica, la escuadra aparecía en San Pedro. Mas era muy tarde, los acontecimientos habían ido muy de prisa, y la anexión estaba consumada, cuando nuestra flota llegaba a Santo Domingo. Uno de los dos cruceros franceses llega con esta nueva al almirante Jacob. Esto fue lo que cambió la expedición de Santo Domingo en aquella península de Samaná.

Llegado a este último punto, el comandante de las fuerzas francesas trata de comunicarse con el partido hispano-francés cuya existencia no era entonces un misterio para nadie. Esta fue la causa porque se ocupó militarmente a Sabana-la-Mar, posición que, por su proximidad con Santo Domingo, ofrecía un punto de apoyo para establecer relaciones con los nativos que debían provocar la contrarrevolución. Pues, ya tenemos dicho, como los colonos españoles, ardoros en la lucha y prontos en la insurrección, se dejan fácilmente descorazonar en el momento oportuno. El hecho cumplido los domina y los desmoraliza.

Los soldados nuestros encontraron en Samaná los rastros de la población colonial refugiada en el 93. Era la lengua francesa la que se hablaba en la Península, aunque la sangre criolla corría por las venas de sus pobladores. Pero ¿qué podían hacer sin el concurso de las otras ciudades del interior? No pudimos, pues,

salvar de las persecuciones haitianas a quienes se habían comprometido por nuestra causa, y nos alejamos de esta costa, adonde sólo nuevos acontecimientos podían hacernos volver. Esa es la relación verdadera de la expedición de Samaná, la cual se hubiera podido pasar en silencio, o por lo menos sólo darla a comprender».[26]

7.– Comisiones a Francia y Colombia

Volveré atrás para explicar cómo Francia no se atrevió a romper las buenas relaciones comerciales con su antigua colonia haitiana cuya libertad había reconocido, al fin, después de la Comisión enviada por Jean Pierre Boyer el año 1824, compuesta por Larose y Rouanez, portadores de la negativa a reconocer la Independencia de Haití.[27]

Rumores de futuras invasiones del rey Carlos x. Entonces hubo grandes aprestos bélicos en toda la isla, pues se creyó que esa actitud recalcitrante de no reconocimiento de la Independencia haitiana por parte de su vieja metrópoli, obedecía a un secreto móvil de futuras invasiones del rey Carlos x de Francia, quien, no obstante, luego hizo trueque de tal reconocimiento por una indemnización de 150 mil francos en resarcimiento de los daños y perjuicios que sufrieron aquellos antiguos colonos galos, a más de un cincuenta por ciento de descuento en los derechos aduaneros para toda mercadería que viniera bajo la protección del pabellón francés.[28]

Recolectas voluntarias para el pago del tributo. Con mucho fundamento se ha tildado de excesiva la debilidad de Boyer con sus pasados dominadores para obtener el reconocimiento de una independencia que debía otorgarse tarde o temprano, puesto

[26] Saint-Rémy, *Nueva solución de la cestión haitiana...*, vol. 1, pp. 251-254.
[27] Manigat, *Hist. Camp. Este.* Malo, *Hist. Haití.* Madiou, *Hist. Haití.*
[28] Lherisson, *Hist. Haití.* Ardouin, B., vol. IX.

que era una realidad histórica desde el año 1804. Pero, lo que colmó toda injusticia, traspasando los límites de la arbitrariedad y el despotismo, fue que se impusiera a nuestros antepasados contribuir al pago de tan exorbitante tributo, aunque apartando inoportunos recuerdos que no dejan en muy buen lugar el patriotismo de nuestro pueblo, en que una tradición constante y fidelísima refiere que se hicieron por algunos autóctonos recolectas voluntarias, o que tenían la apariencia de tal, en plazas públicas y otros sitios donde se reunía para su esparcimiento la multitud.[29]

TRATADOS DE COMERCIO Y DE ALIANZA INTENTADOS POR BOYER. También, de modo peregrino, se le ocurre a Boyer celebrar tratados de comercio y de alianza con Colombia, lo cual no consiguió en manera alguna y sí el desaire más manifiesto de parte de aquella nación, pues el comisionado que envió el presidente de Haití no fue recibido siquiera por el Gobierno sudamericano, el cual no había olvidado la vieja ofensa que les infirieron los occidentales de la isla al arriar la bandera colombiana en la parte española. Fue, entonces, cuando el ministro Gual hizo saber a Boyer, que «el hecho de haber arriado la bandera colombiana en Santo Domingo, hacía olvidar la ayuda prestada por Pétion».[30] Esta es también una confirmación de la hipótesis histórica que consigné en el volumen anterior, de que pudo influir en mucho el agradecimiento hacia Haití, para producir la inercia de la gran República que había creado Bolívar, en los sucesos del 1821 que dieron al traste con nuestra primera Independencia.[31]

8.– ELECCIONES EN LOS NUEVOS DEPARTAMENTOS INCORPORADOS DE LA PARTE ESPAÑOLA

Para seguir con metódica exposición el relato, debo retroceder hasta el momento en que Jean Pierre Boyer abandonó a Santo

[29] Ardouin, C., *Hist. Haití*. Ardouin, B., vol. IX.
[30] Ardouin, B., vol. IX. Janvier, *La Rep. de Haití*, etc.
[31] Lecuna. *Expedición de los Cayos*. Mejía Ricart, *Estado Independiente*, etc.

Domingo. Llegó a Haití. Y una vez en Puerto Príncipe, entre las providencias urgentes que dictó su Gobierno figura aquella por la cual hizo concurrir a los ciudadanos de los nuevos Departamentos incorporados de la parte española que habían sido elegidos, a las Cámaras de Representantes de la nación haitiana. A falta de disposiciones al efecto, tomáronse en cuenta para las elecciones que la precedieron el estado de las poblaciones y la situación actual de las Secciones que podían ser clasificadas como Comunes. Encasilló catorce en un Decreto publicado el 27 de febrero del 1822: Santo Domingo, Santiago, El Seybo, Higüey, Samaná, La Vega, Cotuy, Puerto Plata, Monte Cristi, Azua, Baní, Neyba, San Juan, Las Matas.[32]

En su legislatura del 1821, la Cámara de Diputados de Haití divide en Departamentos el Oeste, pero ninguna ley divide el Este, aunque se distribuía de hecho para los fines administrativos en siete jurisdicciones militares, dos civiles, diez Comunes sin representantes en las Cámaras, etc. Santo Domingo y Santiago de los Caballeros, sacaron dos diputados cada una, lo mismo que las de los Departamentos del Sureste (Ozama), del Noroeste (Cibao), y las otras uno solo. Se eligió igualmente un suplente por cada una de ellas.

De modo que los dos primeros Departamentos tuvieron dieciséis representantes e igual número de suplentes, en las elecciones que se verificaron del primero al diez de marzo de 1822. La Cámara estaría compuesta de setentidós miembros: 29 por el Oeste y por el Sud; 27 por el Artibonito y el Norte; 16 por el Sudeste y Noroeste.

Después de realizadas tales elecciones, el presidente Boyer partió para el Cibao. A su paso el conquistador recibió buena acogida oficial en La Vega, Cotuy, Santiago, pues habíanse organizado grandes demostraciones de regocijo popular por los mismos dominicanos infieles que se le adhirieron, y esperaban sus recompensas por estar siempre en pecado con la patria.

Llegado al fin al Noroeste es cuando el general Boyer llamó a las urnas para elegir los diputados de Puerto Príncipe. Se designaron a

[32] Ardouin, B., vol. IX. Dorsainvil, J. B., *Hist. Haití.*

B. A. Lahorde, defensor público; el capitán del Estado Mayor J. B. Berenger; Pedro André, juez de la Corte de Casación, nombrado en la última sesión legislativa del 1821, por lo cual había figurado como miembro en el período precedente. Y quedaron como suplentes electos J. Ardouin, J. Elie y M. Dumas.[33]

9.– ACTOS DE FUERZA QUE TIENDEN A SOLIDARIZAR EL HECHO DE LA OCUPACIÓN MILITAR

Boyer puso en ejecución toda clase de actos de fuerza que tendían a solidarizar el hecho de la Ocupación Militar. Aunque esto lo desmiente el autor de *La República de Haití y sus visitadores*,[34] quienes luego de emitir su juicio de que «el gobierno de Boyer es en algunas cosas más infame que un gobierno de violencia y fuego», se contradice a renglón seguido cuando dice que «él no llega al despotismo derrocando a los miembros del cuerpo popular, ni debilitándoles, porque él no mata, sino enerva».[35]

Disolvió el jefe ocupante el Cabildo de Santo Domingo, la primera ciudad que presenció el fastuoso drama de la Conquista. Trocó algunos de nuestros templos en cuarteles, desfigurando así la obra de la Historia que nos hacía custodios de la primera civilización cristiana en el Nuevo Mundo. Ordenó Boyer la clausura de nuestra Universidad, heredera de la muy ilustre y pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino, erigida en el Convento de los Padres Dominicos.[36] Providencias éstas que han querido excusar el historiador haitiano Luis José Janvier, hallándole una razón en la Filosofía de la Historia y la Historia comparada que quieren que se tomen en cuenta ciertas tendencias durante el reinado o gobierno de algunos hombres de Estado que se ven

[33] Kuser, *Haití*.
[34] El historiador haitiano L. J. Janvier.
[35] L. J. Janvier, *La República de Haití y sus Visitadores (Un pueblo negro ante los pueblos blancos)*, p. 331.
[36] Nouel-García-Pichardo.

atravesados por excepcionalísimas circunstancias de orden político trascendente, aunque un espíritu moderno mejor orientado en esa misma historia filosófica cree advertir la inversa de tal ley de adaptación entre el gobernante y un momento de crisis que tiene él que sobrepujar y violentar.

10.– Expulsión del arzobispo Valera Jiménez

A raíz de sucesos de tanta importancia otros vinieron a conmover el alma dominicana, hundiéndola en abyecta humillación y congoja. Formáronse con nativos ejércitos haitianos. Se desterraron y proscribieron a ciudadanos pacíficos, y algunos eminentes, por no comulgar con la dominación extranjera: al doctor Pedro de Valera y Jiménez, arzobispo de Santo Domingo, se echa fuera del territorio donde había nacido y honraba con sus virtudes y talentos por ser él viva protesta contra todo procedimiento violento de la Ocupación.[37] Le acusaron de haber tenido que ver

[37] Vino al mundo el célebre arzobispo Valera, en la antigua Santo Domingo, del 1750 al 1757, según su biógrafo el Dr. Manuel González Regalado y Muñoz[*] en la oración fúnebre que pronunció en las solemnes exequias que en conmemoración de su maestro hiciera en San Felipe de Puerto Plata el día 20 de junio del 1832. De sus primeros años dice Regalado que «las diversiones de la niñez de nuestro ilustre prelado fueron ensayos para las virtudes». Su instrucción primera adoleció necesariamente de los vicios en que estaba sumida la Enseñanza Pública por aquellos tiempos de la colonia española, «descuido que llegó a rayar en abandono en la infausta Quisqueya», añadió otro de sus apologistas, José Gabriel García, «donde a pesar de los timbres de su célebre Universidad, estuvo la instrucción primaria reducida casi siempre a corto número de escuelas dirigidas por pedagogos añejos, en las que solo se enseñaba a leer, escribir, contar y los rezos de la doctrina cristiana».[**] Después entró en el colegio de los padres Jesuitas, foco de sabiduría de la época, y cursó las disciplinas de Gramática, Latín y Retórica, aunque no pudo obtener el diploma de maestro en Filosofía y Teología por la expulsión de dichos jesuitas ordenada por Carlos III.

[*] Uno de los mejores discípulos del Dr. Pedro Valera.

[**] *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*, p. 11.
Ingresó, por último, el aprovechadísimo estudiante Valera en la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino. Hízose allí doctor en

con el proyecto de resistencia a la invasión armada que se fraguó en la parte oriental por el teniente Francisco de Montenegro, con el apoyo del canónigo Antonio de Lemos de León. Se achacaba a Valera complicidad en los sucesos de Los Alcarrizos que expondré a continuación.[38] El doctor Pedro Valera y Jiménez condenaba todo acto de violencia. Rehusó recibir de manos de los funcionarios del Gobierno haitiano la paga oficial. Entonces se le señaló como autor de la llegada del comisionado Fernández de Castro en reclamación del Este de la isla, imponiéndosele el entrañamiento del país.

Existía otro antecedente de cuando la revolución de octubre del 1820, la cual derrocó al rey Cristóbal, que agravaba más la situación del arzobispo Valera ante el concepto del presidente Boyer. Los jefes de dicho movimiento pidieron a monseñor Valera que les enviase algunos sacerdotes a las poblaciones del Norte, y aquel autorizó a cuatro de los suyos para que se trasladaran a Cabo Haitiano a ejercer la jurisdicción espiritual. Disgustóle esto

---

Teología. Quedó entonces bajo el cuidado del ilustrísimo Dr. Isidoro Rodríguez, quien ocupaba la silla metropolitana por promoción de la Iglesia de Valladolid, en 1769. Formóse con él presbítero. Luego recibió encargo para ocupar la Curaduría de Almas de Bayaguana y Boyá. Pasó a ejercer iguales funciones en la Iglesia Catedral, en el Sagrario del Arzobispado; permaneció quince años en dicho sacerdocio, hasta que salió emigrado a Venezuela a causa de su protesta por la cesión de su país hecha por España a Francia en el Tratado de Basilea.

El padre Valera Jiménez fue de Maracaibo a Cuba. Allá se le nombró Vicario de monjes, y residió once años consecutivos en La Habana. Advino la Reconquista y Valera regresó al suelo natal. Propónele Sánchez Ramírez para la silla de la Primera de las Indias. Fue enviado con este objeto a Javier Caro ante la Junta Central de Sevilla y fue aceptado. A raíz de su regreso se le designó Arzobispo de Santo Domingo, en el año 1810. Murió Valera en Cuba el 19 de marzo del 1833. Véase García, *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*, p. 12 y sigts.; Nouel, *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo, Primada de América*, t. II, Cap. V, págs. 349 al 384. (Véase la «Apología de la justificada conducta del ilustrísimo doctor Pedro Valera, dignísimo arzobispo de Santo Domingo, en la comunicación hecha al arcediano Juan Antonio Pichardo», escrita por el presbítero Dr. D. Bernardo Correa.

[38] Ardouin, B., vol. IX. Nouel, vol. 2.

a Boyer porque lo interpretó como un acto de poca simpatía y solidaridad con respecto al Clero de su país, y a tal punto llegó la saña del presidente de Haití para con el intachable Prelado que le enrostró el haber traficado con la nacionalidad de su patria, haciéndose eco de esas patrañas un publicista tan reputado como Saint-Rémy, en su notable obra citada, *Estudio y nueva solución de la cuestión haitiana.*[39]

En lo que se refiere al incidente denunciado del sueldo, quiero hacer un paro en el análisis de la cuestión. A partir del secuestro de los bienes eclesiásticos pronunciado por el Gobierno de Boyer, fue harto precaria la situación del Clero hasta el 1824, en que la Cámara de Diputados, al votar la ley de Gastos Públicos dotó de una subvención al personal de la alta Curia de la Catedral Primada y de las enclaustradas de Santa Clara y de Regina. Las dotaciones fijadas fueron en orden de categoría: prelado $3,000 anuales; Vicario General $1,200.00; a cada uno de los seis canónigos $600.00, y a cada monja $240.00.

El Dr. Valera se negó formalmente a aceptar el sueldo que se le asignaba por la ley. Entendió que ello hubiera sido una abdicación de su carácter de prelado español y de Arzobispo Primado de las Indias, pues él nunca convino en acatar el título de Pastor

[39] «El presidente mulato (Boyer), dice Saint-Rémy, quien tenía magníficos precedentes que seguir, desplegó en esta ocasión verdadera habilidad. Puso en juego todos los medios y artimañas para complicar más la situación (la que atribuían a Núñez de Cáceres), de manera que él tuviera que intervenir como el *Deus Ex-Machina.*

En esta ocasión pudieron apreciarse los quilates de los cuádruplos* salvados del pillaje del tesoro de Cristóbal. Quisiéramos no decir que se acusó al obispo de Santo Domingo de haberse prestado a ser el agente de esta desgraciada intriga, y que se estima en cien mil pesos el precio que le fue pagado en cambio de la nacionalidad de su país.

* Moneda de Francia, equivalente a cuatro luises, en el antiguo cambio nominal valía veinte francos. Saint-Rémy, *Santo Domingo*, etc., t. I, p. 333.

Véase la «Apología de la justificada conducta del ilustrísimo doctor Pedro Valera, dignísimo Arzobispo de Santo Domingo, en la comunicación hecha al Arcediano Juan Antonio Pichardo», escrita por el presbítero Dr. D. Bernardo Correa. *Docts. Hist.*, etc., t. III, p. 101. *Docts. Hist.*, etc., t. III, págs. 113 y sigts.

de Haití que quiso adjudicarle el dominador, y que quizá fue el mayor motivo para despertar el odio de Boyer.[40]

11.– TENTATIVAS DE REBELIÓN EN SAMANÁ, SABANA DE LA MAR Y EL SEYBO

En ese largo ocaso de nuestro patriotismo, autores hubo que brillaron de modo relampagueante en El Seybo, Samaná y Sabana de la Mar, en sendas tentativas de rebelión que ya he narrado, bien que siempre en favor de la reintegración de nuestro suelo a España.

Esta última de Sabana de la Mar se atribuyó a las instigaciones del presbítero Francisco de Paula Mueses, cura de Santa Bárbara de Samaná, cerca del comandante Diego de Lira, jefe principal de aquella villa, y la del Seybo, gracias al influjo que Antonio de Lemos ejerció en el ánimo del teniente Francisco de Montenegro, cabeza visible de las operaciones militares de esa región oriental, abandonando la Capital, el día siguiente de la llegada de Boyer.[41]

12.– ESPAÑA RECLAMA LA PARTE ESTE DE LA ISLA DE SANTO DOMINGO

Sabedora de tales hazañas, la Madre Patria, cuando mayor servidumbre confrontaba el pueblo dominicano, en plena agonía, Felipe Fernández de Castro, intendente general de Cuba, se trasladó de La Habana a Puerto Príncipe para reclamar al Gobierno haitiano, a nombre del rey Fernando VII, la primitiva parte

[40] Beabrum Ardouin dice que monseñor Valera Jiménez terminó por consentir en tomar el título de arzobispo de Haití; pero no he podido siquiera hallar de dónde tomó el dato, puesto que no consta el hecho en los Archivos de la superior Parroquia de Santo Domingo, ni conozco ningún documento público o privado que pueda servir de base para tal aserto, por el contrario hay pruebas definitivas en el Archivo de Indias referentes a este período y al hecho denunciado.

[41] *Estudio y nueva solución de la cuestión haitiana*, t. I, p. 335.

española de la isla de Santo Domingo, a más de una indemnización análoga a la concedida por aquel a Francia. Llegó dicho enviado Fernández de Castro el día 16 del mes de enero del año 1830.

En cuanto a la compensación de las pérdidas que pretendía la Península ibérica, es necesario conceder que tenía toda la razón: un gran número de propietarios españoles habían sido forzados, así como los indicados colonos franceses, a abandonar el país. «Con efecto», dice Lepelletier de Saint-Rémy, «el nuevo Gobierno había traído gran perturbación para los poseedores del suelo: arrebatóles sus tierras a una multitud de familias, por el solo hecho de que no habían presentado títulos en un lugar donde la propiedad no se funda habitualmente sino sobre concesiones hechas por el dominio público. De ahí, pues, la incuria nativa: los negocios no marchan sino con una semi regularidad».[42]

Nada se obtuvo, pues, el Gobierno de Puerto Príncipe se negó a acceder al reclamo del Comisionado de Madrid; y en cambio, tal hecho perjudicó a los oprimidos súbditos dominicanos, puesto que Boyer hizo más frecuentes las persecuciones de que ya eran objeto, singularizándose de manera especial en los individuos señalados como contrarios al régimen.

España no supo presentar su reclamación como debía, colocándose en terreno victorioso de debate. En vez de conformarse con hacer una verdadera reserva de derechos, más en vista del porvenir que del presente (de la cual nada en concreto derivó, pues Felipe Fernández de Castro regresó a Cuba sin llevar a feliz término las negociaciones con Haití), debió apoyar su demanda en un estado contentivo de esos reales daños y perjuicios ocasionados a sus nacionales, y no en la mera justicia de su causa amparada de una contestación al mérito de la revolución independiente sobre la cual se había cumplido la anexión del 9 de febrero del 1822.

[42] Nouel, *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo, Primada de América*, t. II, p. 285; García, José G. *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, t. II, p. 5. Ardouin, C, *Ensayo Haití*.

13.– MOTINES Y MANIFESTACIONES PÚBLICAS EN BAYAGUANA, SANTIAGO Y PUERTO PLATA Y LA CONSPIRACIÓN DE LOS ALCARRIZOS

He dicho, por lo menos en parte, que todo ello dio lugar a motines, manifestaciones públicas en Bayaguana, Santiago y Puerto Plata, y a la sonada conspiración de Los Alcarrizos, donde fueron fusilados en el año 1824, como las primeras víctimas propiciatorias del monstruo que ya se alzaba en este período, hollando nuestras costumbres y tradiciones, que violaba los fueros más sagrados de la nación: Lázaro Núñez, José María de la Altagracia, Facundo Medina, Clariza y Juan Jiménez.[43]

Los promovedores de la revolución de Los Alcarrizos trataban de restaurar a la antigua metrópoli, para lo cual ellos contaban de antemano con los recursos que para su empresa habían ido a recabar de Francisco de Montenegro, en Puerto Rico, malográndose ella por imprudencia que cometiera uno de sus principales caudillos, Baltazar de Nova, quien adelantándose a la cita de los conjurados para hacer el pronunciamiento, aglomeró en las proximidades de San Carlos, grupos de campesinos que dieron alerta con sus presencias a las autoridades, excitándose el celo del general Borgellá, quien salió al frente de doscientos combatientes y persiguió, dispersó y arruinó a los amotinados, de los cuales cayeron algunos prisioneros y otros escaparon, dándose a la fuga.[44]

14.– PRODIGALIDAD DE LOS DOMINADORES

Como glosa final puesta al margen de tales tiempos en que sucedían estos acontecimientos memorables de nuestra historia, consignaré que pasaba Santo Domingo por pruebas terribles y calamidades económicas que conmovían los fundamentos de su prosperidad. El haitiano no sabía gobernar y dilapidaba pródigamente nuestros recursos naturales, vaciándose más las miserables arcas nacionales.

[43] Henríquez Ureña, Max, *Episodios dominicanos*, Los Alcarrizos.
[44] Métral, *Hist. Exped. St. Domingue.*

Capítulo III
Período caótico de la dominación
El despertar de la conciencia de un pueblo

1.- Ciclo histórico de distinto espíritu y las ideas de libertad en la Colonia. 2.- Gobierno de Borgellá y su reemplazo. 3.- El general Carrié en la Comandancia de Armas de Santo Domingo. 4.- Gobierno eclesiástico de Portes e Infante. 5.- Era una realidad que no podían fusionarse las dos antiguas colonias europeas en la isla de Santo Domingo. 6.- Cuestión grave que suscitó la aplicación de la Carta Constitucional de Haití en la parte española. 7.- Terremoto del 27 de septiembre del 1834. 8.- El retorno de Duarte. 9.- Últimos hechos de esta segunda etapa del período haitiano. 10.- La personalidad de Jean Pierre Boyer.

1.– Ciclo histórico de distinto espíritu y las ideas de libertad en la Colonia

Se ha asistido a la primera etapa del drama de esta época, pero ahora se va a penetrar en un ciclo histórico de distinto espíritu, con mayores desaciertos, tiranías y sinsabores. Porque se acaba de descorrer tan sólo una cadena de hechos que comprende realmente uno de los círculos concéntricos de este período: la evolución histórica se desarrollará en esta forma por retardada al informe que se muestre a la contemplación filosófica.

Un lapso de diez años ha bastado para desplegarse de modo inesperado el carácter opresor y contradictorio de las nuevas pasiones del gobernante de Occidente, que en pugna con las ideas flamantes de libertad en la colonia oriental, va a aparecer con los extravíos de innobles instintos humanos. Pero este es un pueblo elegido, y esa deidad bienhechora de la Providencia la vemos aparecer compasiva en los más difíciles pasajes de nuestra historia: ya cuando nos salva de la total decadencia y abyección en tiempos de eclipse de la nacionalidad, ora cuando aclara el caos político en regímenes domésticos truculentos o cínicos, y ella hizo en este momento el milagro, verdadera sorpresa para la posteridad, de hacer brotar la conciencia colectiva –como un Fénix de sus arcaicas y olvidadas glorias– presentando en medio de los conflictos de los hombres, una nueva sociedad dominicana ya purificada por el dolor, que vaticinaban ya con augurios optimistas los nuevos cruzados de la patria futura que formaban una legión de jóvenes corajudos que imponían su ideal a sus inertes compatriotas a los ojos del propio ocupante.

En el dominio intelectual la lucha filosófica y doctrinal incipiente, pero efectiva, realidad indudable que no puede desconocer la crítica, formaba la oposición de los partidarios ocultos de

la nacionalidad propia quienes pronto produjeron un movimiento agitado con el florecimiento, aunque algo nebuloso y embrionario, de las ciencias, la Filosofía y las letras, el cual engendró más tarde el espíritu patriótico que incubó la Separación con los trinitarios e hizo posible el hazañoso hecho de los febreristas.[1]

Además, la tiranía de los detentadores de nuestra tierra que debía ser libre como la de ellos, sus extraños ritos, su civilización diversa a la nuestra de origen hispánico con algunos matices de la superior cultura que nos inoculó la era francesa, cayó, sobre esta vieja sociedad que renacía, como una ola de inundación que todo lo arrasa, derribando aquel mundo decrépito, que quedó sumido en las tinieblas. Pero esta estupenda ruina era la necesaria para la reacción de nuestra agotada alma colectiva que dormía sueño cataléptico, como el rayo purificador acosó las tinieblas en que yacía inerte la conciencia de un pueblo, donde el cuerpo social iba pudriéndose, mientras la elaboración misteriosa ejecutaba sorda y lentamente su obra de fusión entre los elementos dispersos que podían componer la nacionalidad. Amalgamados unos y otros componentes, tras largos años de paciente expectación, Santo Domingo empezó a percibir asombrada el orden nuevo social, que iba saliendo de entre la aparente anarquía, y el vago dislumbre de una nueva y luminosa aurora de libertad que aun se levantaba en lontananza pero que despertaba entre las tinieblas de aquella larga noche de la ocupación haitiana.

Del análisis escueto de aquella época es necesario llegar a la conclusión de que se había creado por torpeza del dominador un espíritu preciso nacionalista, profundo, enteramente filosófico, en el fondo, que regía la conciencia inerme del pasado, donde debían edificar Duarte y los otros apóstoles, la Patria que acababa de nacer de entre las sombras de este período luctuoso. Pero para verificarse un cambio completo y necesario, para infundir el espíritu de vida libre y progreso en aquella sociedad retardada de nuestros antepasados, fue indispensable que se completaran más

[1] El grito de la Puerta del Conde del 27 de febrero del 1844.

de dos décadas de dominación. Fue preciso repito aun, el concurso de varios poderosos agentes. El primero de ellos resultó ser el resurgimiento del patriotismo dominicano en plena bancarrota durante el primer ciclo de esta época haitiana, que conmovió el ánimo público formando un nuevo concepto de civilización y de libertad. La segunda causa que originó la metamorfosis se debió a la ley de evolución histórica que arrancó, como un río entre cienos y guijarros, el alma de la democracia que había engendrado el siglo XIX.

Por eso como fiel narrador trataré de reflejar las atrocidades de aquella época haitiana, vergüenza de los tiempos, retratándolas acaso con verídica dureza, pero con sencillez y sinceridad, sin aspirar a ser retratista del corazón y del drama de la Historia.

Tampoco voy a imponerme la tarea de escribir una historia pagada del encanto de la forma, si viva y graciosa en la sobrehaz, adornada de los atavíos de la imaginación de que adolezco (tal lo realizó el historiador Tito Livio en su siglo eminentemente literario), nociva y contraria a la verdad que se descuida y adultera. Por igual razón he huido de la fastuosidad de Cornelio Tácito quien sacrificó la sencillez de la narración por lo ornamental, puramente teatral del drama que en sí encierra siempre toda historia. Preferí quedarme con Maquiavelo o Guicciardini, émulos de Livio y de Tucídides, poseedores de un alma filosófica que ahonda mejor en el espíritu de los pueblos. A pesar de que se ha dicho por los eruditos, y en ello va mucho de razón, que el tipo de príncipe inmortalizado por Nicolás Maquiavelo, es, en el fondo, una copia del tirano que Aristóteles pinta en *La Política*.[2]

Con este ánimo depurador del presente período y no con prurito de saña ni de rencor histórico, es que hago patente el despotismo exclusivista de Boyer y sus legiones de nativos esclavizantes que le rodeaban, aquel egoísta sistema de centralización administrativa que todo lo absorbe, que todo lo haitianiza: leyes, costumbres, vida pura y patriarcal, que formó aquellos terribles lustros de oprobio, tronchando las producciones del

[2] Prefacio de la obra *La Política*, por Nicolás Estévanez, p. IX.

entendimiento, esterilizando el vientre fecundo del progreso humano, paralizando la civilización.

Hora es ya de que el fallo de la Historia sea proclamado en este siglo de racionalidad y de trascendentales verdades, y que éste sea verdadero, justiciero, memorable y eterno, al juzgar las acciones de aquella malhadada Ocupación.

2.– GOBIERNO DE BORGELLÁ Y SU REEMPLAZO

Este régimen de hierro de la Ocupación haitiana fue presidido por el gobernador Borgellá, quien desacreditó totalmente la Administración por sus despilfarros, dilapidaciones y actos de fuerza. La violencia, la muerte, las persecuciones fueron sus instrumentos políticos por excelencia. Su torpe y absolutista poder puso en crisis muchas veces su autoridad ante los mismos funcionarios del gobierno ocupante, y ayudó eficazmente a la reacción popular. De ahí que el gobierno que tenía su sede en Puerto Príncipe ordenó su reemplazo para aliviar la situación reinante, cargando sobre sus hombros la responsabilidad, a pesar de que bien quería un cambio radical su lúcida mente política.[3]

3.– EL GENERAL CARRIÉ EN LA COMANDANCIA DE ARMAS DE SANTO DOMINGO

Sucedió a Borgellá el general Alejo Carrié, en su calidad de comandante de Armas de Santo Domingo, que a juicio de los historiadores fue menos cruel y más humanitario. Bien que el primero ejecutaba actos opresivos que criticaba en su fuero interno y que aconsejaba en los postreros tiempos que se aplicara un espíritu más liberal en el Gobierno porque así lo exigiera la época avanzada por la cual atravesaba el mundo, y a estos consejos sagaces atribuyen algunos más su destitución.[4]

[3] Nouel, *Hist. Eclesiástica de la Arquidiócesis de Sto. Dgo.*, t. 2, p. 386 y sigts.
[4] Ardouin, B., vol. IX.

4.– Gobierno eclesiástico de Portes e Infante

Por el año 1834, asumió el Gobierno Eclesiástico como vicario el doctor Tomás de Portes e Infante, varón virtuoso, pero torpe y débil, quien tuvo que pactar con el poder occidental para obtener su reconocimiento.

Me detendré en este hecho. Acaecida la muerte del doctor Valera, el presidente Boyer, quien se había negado hasta entonces a aceptar al Dr. Portes como vicario general, resolvió reconocerle, previo el juramento de fidelidad a la República haitiana, y de sumisión a su Constitución y a sus Leyes. Parece que el estadista que nos gobernaba había consultado las disposiciones de la Bula de León xii, del 20 de septiembre del 1826, en la cual se proveía lo que debía hacerse en caso de muerte del arzobispo.

Tal decisión del Gobierno se comunicó seguido a las autoridades del Este y se dio comisión al general de Brigada Bernardo Felipe Alejo Carrié, comandante en jefe del Distrito, para que ante él prestase juramento el Dr. Portes, lo cual se verificó el 1º de septiembre del 1833.

El día 19 de enero del año referido, proveniente de los Estados Unidos de América, llegó a esta Ciudad Primada el Dr. Juan England, obispo de Charleston en la Carolina del Sur, el que desde el 15 de mayo del año anterior había sido nombrado delegado apostólico de la Santa Sede en Haití.[5] Boyer quiso tratar con él acerca del régimen espiritual de la República, y nombró una Comisión de Plenipotenciarios compuesta del general Inginac y el senador Beabrum Ardouin,[6] y de la cual fue secretario Villevaeix,[7] dándoles amplios poderes. Se iniciaron las conferencias el 29 de enero del mismo 1834, y los enviados haitianos propusieron la celebración de un Concordato calcado sobre las bases del que, en 1862, había celebrado S. S. Pío vii con el general Napoleón Bonaparte, primer cónsul de la República francesa.

[5] Ardouin, B., *Ensayo sobre Haití.*
[6] El historiador.
[7] Dorsainvil, J.B., *Hist. Haiti.* Dorsainvil, J.B., *Cours Hist. Haiti.*

Pero el reverendo England disintió de este punto de vista compartido por el Gobierno de Puerto Príncipe que pretendía formar así un Clero nacional con la educación de una serie de jóvenes de su país. Formóse entonces incidente grave y largo. Impugnaron los delegados haitianos la facultad que el delegado apostólico quería reservar a los prelados de reglamentar las funciones pías y de determinar por autoridad propia en lo concerniente a otros puntos de Administración puramente temporal, puesto que para esto existían leyes que lo regulaban.

Las discusiones que abarcaba el proyecto de Concordato se prolongaron hasta el 21 de febrero, en cuya fecha, siendo absolutamente imposible toda conciliación entre las partes, se suspendieron las negociaciones, habiendo manifestado el Obispo England que iría en consulta ante el Padre Santo.

No se trató más del asunto luego que se ausentó en definitiva este delegado, y siguió rigiendo con celo religioso la Arquidiócesis el Dr. Portes e Infante, aunque sometiéndose a la autoridad despótica de Boyer y aceptando y cumpliendo, entre otras, la orden civil del 13 de febrero del 1832, la cual, se resucitó para que las Asambleas Comunales no se reunieran en lo sucesivo en los templos para ejercer las funciones electorales que la Ley le atribuía, providencia que si buena en cuanto a tratar de no consentir que se trocase en Foro la casa de Dios, no dejaba de ser garantía para la legalidad del proceso eleccionario por el sitio adonde se celebraban estas reuniones que acosaban toda intromisión gubernativa.[8]

5.– ERA UNA REALIDAD QUE NO PODÍAN FUSIONARSE LAS DOS ANTIGUAS COLONIAS EUROPEAS EN LA ISLA DE SANTO DOMINGO

Tales actos del jefe occidental eran tanto más torpes e ineficaces, por cuanto que las especialísimas causas que determinaron la

[8] Nouel, *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo, Primada de América*, t. 2, pp. 401-402.

incorporación del territorio español a Haití, y que en gran parte he estudiado anteriormente, exigían de aquel mandatario gran circunspección y finísimo tacto de gobernante para organizar el país conforme a las extrañas leyes que habían de regirla.

Además, la diversidad de razas, los seculares odios antagónicos entre las dos porciones insulares de la histórica tierra la Española, la evocación de los horrores cometidos por Dessalines, obligaban a un espíritu de tolerancia más bien que de recia autoridad para hacer posible una adhesión que sólo fue en parte el resultado de la necesidad del más débil y en mucho el avasallamiento ante las circunstancias más adversas. Resuena en el tiempo aun el eco de las falaces palabras del dominador: «No es un conquistador», dice Boyer, «el que recibe la promesa de la fidelidad de este pueblo, ni es la fuerza de las armas la que ha realizado tan portentoso hecho. Es la voluntad libre de los moradores la que me ha llamado para garantizarles derechos y ventajas de los cuales no habían gozado nunca; y como jefe del Estado declaro que me desvelaré por el bienestar de aquellos que aumentan hoy la familia haitiana, a fin de que jamás tengan por qué arrepentirse del paso que acaban de dar».[9]

Empero, al expresarse así, este Boyer había perdido la memoria, pues, en su carta del 11 de enero anterior dirigida a José Núñez de Cáceres, decía: «Voy a girar una visita en la Parte del Este, con fuerzas imponentes: no como conquistador (¡no permita Dios que este dictado entre en mi pensamiento!) sino como pacificador y conciliador de todos los intereses, en armonía con las leyes del Estado… No hay obstáculo que sea capaz de detenerme… Para esto, al recibo de la presente comunicación, enarbolaréis en Santo Domingo el pabellón haitiano, etc.».[10] Tal es el lenguaje imperativo del amo que ordena, y no del mediador que pacíficamente quiere persuadir y «conquistar corazones», como llama mendazmente a esta invasión la *Historia de Haití*.[11]

[9] Relación del secretario general Inginac, publicadas en los periódicos de aquella época y citada por el historiador Ardouin.

[10] Frase atribuida al mismo Boyer en uno de los documentos ya vistos.

[11] Ardouin, B., *Historia de Haití*, t. IX.

Estaba muy lejos de la verdad histórica el concepto emitido por Lepelletier de Saint-Rémy, al referirse al dilatado período que ahora analizo, cuando exclama. «La fusión entre las dos antiguas colonias europeas parecía completa. Dormían el mismo sueño y vivieron en la misma miseria».[12]

6.– CUESTIÓN GRAVE QUE SUSCITÓ LA APLICACIÓN DE LA CARTA CONSTITUCIONAL DE HAITÍ EN LA PARTE ESPAÑOLA

Otra cuestión grave que se suscitó fue la aplicación de la Carta constitucional de Haití en la parte española. Sabido es que la Constitución imperial de Dessalines estableció como principio inmutable del Derecho Público de aquel Estado que, «ningún blanco, cualquiera que fuera su nacionalidad, podría sentar la planta en el territorio haitiano a título de amo o de propietario, ni podría tampoco adquirir en él ninguna propiedad».[13]

Este principio que tiene su origen en la proclama del 28 de abril del mismo año del 1804, publicada por el propio fundador de la nación haitiana, después de haberse perpetrado el degüello de los blancos franceses, se mantuvo incólume en las Constituciones siguientes del 1806 y 1816. Estaba, pues, en pie el canon, respirando odios de razas: «Nunca ningún europeo pondrá el pie en nuestro territorio como amo, ni como propietario; y esta resolución será en lo adelante la base fundamental de nuestra Constitución».[14]

Al principio de la Ocupación para atenuar estos extremos declaró Boyer que todos los dominicanos debían ser admitidos y considerados como haitianos siendo o no propietarios, y se les exigía sólo que presentasen juramento de fidelidad a la República y a la Constitución de aquel país occidental,[15] pero luego se

[12] *Est. Solución nueva cuestión haitiana,* t. I, p. 333.

[13] Artículo 12, Constitución, 1805; Declaración Preliminar, art. 27, Constitución del 1806 y art. 38 de la del 1816.

[14] Proclama de Dessalines del 28 de abril del 1804.*

[*] *Recueil des Gral. Lois &*, t. 3.

[15] Ardouin, B., *Historia de Haití,* t. IX.

dejó sin efecto esta tolerancia en casos concretos, procediéndose a la confiscación de bienes de numerosos dominicanos.[16] El ensayo hecho para el despojo de las iglesias y conventos de la ciudad de Santo Domingo, fue el primer paso dado por el Gobierno en la ruta de las expoliaciones. Aquellas iglesias que existían desde tiempos remotos coloniales poseían legítimamente propiedades al amparo de las leyes, y asimismo muchas familias que habiendo emigrado en diversas épocas, habían dejado a cargo de sus administradores los bienes de cuyas rentas necesitaban para vivir en el extranjero. Haciendo menosprecio de todo principio del Derecho Público y toda regla de equidad humana, redujo a muchos individuos a la indigencia, ese poder extraño, quitándoles sus propiedades para agregarlas a los dominios de la República de Haití.[17]

7.– Terremoto del 27 de septiembre del 1834

Y en coronación de tan triste cuadro histórico que he venido describiendo, ocurrió a la sazón un temporal, el día 21 de septiembre del aludido año del 1834, que tomó el nombre del padre Ruiz, porque en ese mismo día se sepultó a este piadoso custodio de la Iglesia.[18]

No puede el historiador que se precie de justo pasar por alto los elevados merecimientos, y la ejemplar vida del doctor José Ruiz, fallecido como se dijo a 21 de septiembre, al dar principio

[16] Nouel, *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo*, t. 2, p. 337.

[17] Manifiesto de los pueblos del Este exponiendo las causas de la Separación de fecha 16 de enero del 1844, publicado en la *Colección de Leyes, Decretos, Resoluciones de la República Dominicana*, t. I, pp. 7 a 15.

[18] Cuando se daba sepultura al probo sacerdote se sintieron las primeras ráfagas del tremendo huracán que se conoce con el nombre de gran tormenta del Padre Ruiz, y el cual tantos estragos hizo en la Capital.
Algunos escritores agregan que este temporal fue acompañado de un terremoto; pero el canónigo don Carlos Nouel le llama solo tormenta en el tomo II de su *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo*, pues el verdadero terremoto ocurrió el 7 de mayo del 1842.*

* *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo*, t. II, p. 412.

a su obra destructora el terrible meteoro, a la dilatada edad de 83 años, en la misma ciudad de Santo Domingo que lo había visto nacer.[19]

[19] «Era el Dr. Ruiz», dice su biógrafo Nouel, «uno de aquellos sacerdotes que por sus honrosos precedentes, sus virtudes y sus conocimientos, constituía un ornato de la Iglesia».*

Realmente, como cura de la Parroquia de Santa Bárbara, la había administrado con toda la alta dignidad espiritual propia de su sacerdocio durante casi cuarenta años: en ella se celebraron sus exequias y fue también sepultado. Presidió el duelo el vicario general delegado apostólico, y fray José Antonio de Bonilla, amigo íntimo del docto muerto, pronunció la oración fúnebre.

Dice el orador sagrado de su estada en la Vicaría de La Vega, llenando a cabalidad los graves deberes de su cargo, y después del curato en Santa Bárbara a cuya dirección fue llamado a fines del siglo pasado, dedicado a su Iglesia, donde «sus sermones eran discursos verdaderamente religiosos, capaces de conmover los corazones endurecidos: porque salían de su boca inflamada del espíritu de ciencia y de sabiduría que se comunica al hombre por la continua meditación de las máximas del Evangelio, escudriñando las Escrituras Sagradas a la luz de las homilías y exposiciones de los Santos padres.**

La ejecución del Tratado de Basilea le encontró en su puesto, al frente de su Parroquia, de la cual no se separó a pesar de las marejadas políticas que a veces le arrastraron, muy a su pesar, pues él llevaba una existencia de retraimiento y de piedad. Pero tan pronto asomó la guerra de la Reconquista vino apresado como reo de Estado por orden del espantadizo general Barquier, y tratado duramente en inmunda mazmorra, la cual sufrió cristianamente. Fue canjeado a muy alto precio por el Gobierno francés, ya que se le calificaba así como a su compañero de cautiverio el padre Morales, de «importancia y de gran consideración», y por cada uno de ellos mandó a entregar el general Juan Sánchez Ramírez, tres prisioneros de clase igualmente considerada, lo cual se llevó al cabo, a orillas del río Isabela, en el paso de Santa Cruz, el día 12 de marzo del 1809, en virtud del pacto de canje del once del mismo mes y año.

Por la elevación de su carácter, y su probada caridad evangélica su apologista Gilbert Guillermín, historiador fiel de los acontecimientos de aquella época, le ha exaltado: «He encontrado en ese estimable eclesiástico sentimientos dignos de un ministro de la religión católica».***

* Obr. *ut-supra,* t. II, p. 402.

** Oración fúnebre de Fr. José Antonio Bonilla.

*** Obra de Guillermín.
Véase: *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo,* t. II, p. 405.

8.– El retorno de Duarte

Tal era, volviendo a confrontar los males ya dichos, el estado en que se hallaba nuestra patria cuando vino de regreso de la antigua metrópoli, Juan Pablo Duarte, el futuro apóstol y precursor de la Independencia, por el mismo año del 1834,[20] y mejor en los años anteriores de 1833 ó 1832.[21] A partir de su llegada al suelo de sus mayores, su mente lúcida y su alma magnánima, iban a cambiar totalmente el curso de la historia nacional. Ya desarrollaré este concepto ampliamente en los capítulos posteriores que corresponden a la jornada del preseparatismo.

9.– Últimos hechos de esta segunda etapa del período haitiano

Al terminar la segunda etapa de este período, la crítica no pudo dejar de poner al viso y vislumbrar en la contemplación de ese panorama político completamente caótico, en el cual los partidos personalistas se disputaban el favor del extranjero, desviábanse nuestras más puras costumbres castellanas, una desviación del curso natural por donde corría secularmente nuestra historia, y un estado de plena desorientación por la crisis de nuestros valores espirituales.

Luego se fueron recogiendo los frutos de esos errores del régimen *boyerista* en la Colonia, y entonces la prédica de libertad fue abriéndose amplio cauce que al fin culminó con la fundación de La Trinitaria.[22]

[20] Esta fecha la consigna Tejera, *Monumento a Duarte*, p. 7.

[21] El retorno de Duarte de su viaje a Europa, debió ser en el año 1832 ó 1833, y no 1834, pues, en 1833, firmaba en calidad de único instrumental, un acta de matrimonio (Registro Civil de Santo Domingo, folio 143, acto de 1º de noviembre del 1833, libro primero de Matrimonios.

[22] 1838 ó 1840.

10.– La personalidad de Jean Pierre Boyer

Como remate del juicio acerca de este momento, no puedo dejar de poner en bajo relieve la figura descollante de Jean Pierre Boyer, personaje que no desdeñaría la Historia, aunque sólo se tuviera ensañada en sus muchas culpas y defectos.

Para Ardouin, gran ciudadano y buen presidente;[23] Lepelletier de Saint-Rémy o el propio Thomas Madiou, condénanle como jefe de Estado descuidado y censurable,[24] y según Levasseur fue indigno sucesor de Pétion.[25] Luis José Janvier le eleva a la categoría de Carlos x de Francia, haciéndole su émulo: «En excusa del gobierno de Boyer se puede alegar que el rey Carlos x, su contemporáneo, no piensa distinto que el presidente haitiano sobre este capítulo de la educación del pueblo.

Que si Boyer, con un fin de política estrecha, cierra la Universidad de Santo Domingo, así como las academias y las escuelas que Cristóbal había fundado en el Norte, Carlos x hace cerrar la Escuela Normal de Paria porque él creyó que le hacía daño el espíritu liberal de esta escuela».[26]

[23] Le Pelletier de Saint-Rémy califica a M. Beabrum Ardouin como el «fiel panegirista de Boyer, con motivo del comentario hecho por éste de la victoria sobre la insurrección de Goman obtenida por aquel».[*]

[*] Ardouin, B., *Geografía de la isla de Haití*, p. 20.

[24] «El gobierno de Boyer», dice Saint-Rémy, «fue un largo sueño que apenas turba algunos acontecimientos interiores, y que interrumpe a largos intervalos las negociaciones sucesivas con Francia. Etc.»
«… Si de un golpe de vista juzgamos la administración pública, observamos que la mayor parte de los empleos, tanto civiles como militares, estaban ocupados por individuos incapaces, inmorales, desconsiderados, que no llevan sino la delación, la intriga, el fraude, y la impunidad.
La libertad de la prensa, el paladión de todas las libertades, no existía; los Tribunales habían perdido su independencia; el pueblo había sido engañado en la manipulación de sus negocios públicos».[**]

[**] Le Pelletier de Saint-Rémy, obr. cit., t. I, p. 221.

[25] *Correspondencia diplomática de Levasseur*, vol. II, en el Archivo del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia.

[26] *La República de Haití y sus Visitadores*, etc.

En suma: Boyer fue administrador negligente; hombre duro y abusivo, acaso cruel; mal estadista, sin embargo, hábil político, patriota sin tacha; culto, elocuente, bizarro, aventurero, audaz.[27]

[27] García, vol. I. Nouel, vol. II. Mejía Ricart, *Estado Independiente de Haití Español*, 1938.

Libro XII
Augurios de libertad
(Etapa incubatoria separatista)

Capítulo I
Juntas Revolucionarias

1.- La Trinitaria: diversidad de criterios acerca de la fecha de su fundación y el número de sus iniciadores; las dos sesiones del mismo día 16 de julio; y la falta del acta instrumental de su instalación; la razón del nombre examinada en varias hipótesis conjeturadas, y en el origen francés del lema «Dios, Patria y Libertad». 2.- La Filantrópica como un complemento o prolongación de la Trinitaria, aunque con distintos fines aparentes: la primera, de carácter netamente político, y la segunda, de índole privada y cultural. 3.- Un acuerdo previo entre Duarte y sus copartícipes en la formación de La Trinitaria. 4.- El juramento de los trinitarios. 5.- La Trinitaria debió ser más bien un sistema de iniciación patriótica que una sociedad propiamente dicha.

1.– La Trinitaria

Voy en este capítulo I, del Libro XII, a historiar la formación de la sociedad patriótica Trinitaria y no La Trinitaria,[1] puesto que es ella el origen más remoto –en el orden natural y lógico– de acontecimientos políticos que precedieron a la Independencia.[2]

Diversidad de criterios acerca de la fecha de su fundación: La Historia comúnmente fija, el 16 de julio del 1838, como el momento en que La Trinitaria se instaló en la casa de Chepita Pérez de la Paz, a la sazón en un bohío de la Plazuela del Carmen de esta ciudad, la cual daba a la iglesia del mismo nombre. Era la casa #47 de la calle San Andrés,[3] hoy por esto llamada Trinitaria.

[1] Consúltense, con efecto, las relaciones históricas de Serra, Ravelo, Félix María del Monte, hombres de aquella época. Observo, además que, entre escritores de la pasada generación, Tejera y Henríquez y Carvajal, dicen Trinitaria en sus escritos en lugar de La Trinitaria.
Nouel, habla de Trinitaria y no La Trinitaria, formando, así, un solo cuerpo el artículo que sirve de aditamento y el propio sustantivo que modifica o complementa. «… Decías tú que la Trinitaria», escribe, «se instala en 16 de agosto (error del mes) de 1838; y Serra y otros que el 1840, etc.» Es contra, o sea, La Trinitaria, se pronuncia García, *Compendio de la Historia de Santo Domingo,* vol. II y *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*, así como Pichardo, *Resumen de Historia Patria,* p. 74; y Lugo Lovatón, *Sánchez*, vol. II, #19, p. 78.

[2] Respuesta de Luis José Janvier a las crónicas de M. Víctor Cochinat, las cuales fueron publicadas en el periódico parisiense *Petite Presse*, e intitulada «De París a Haití».

[3] Mejía Ricart, *Crítica de nuestra historia moderna*, vol. II, Cap. I. Véase también Coiscou Henríquez, *Escritos breves*, p. 132.
Con efecto, el dato de Coiscou está de acuerdo con el acta de Nacimiento del 10 de noviembre del 1806, autorizada por el comisario de Estado Civil,

Bien que, Juan Pablo Duarte, en su correspondencia con Tejera, García, ni en sus conversaciones con Meriño y otros, nada dice respecto del lugar de la fundación de la Trinitaria, Rosa y Francisca Duarte en una carta dirigida desde Caracas a Alejandro Bonilla, con fecha 14 de diciembre de 1887, parecen asegurarlo.[4] Además, José María Serra, suministra el dato de que fue en la dicha casa que vivía la madre del iniciado Juan Isidro Pérez, «el ilustre loco»,[5] hecho que acepta el historiador José Gabriel García en la biografía que escribe acerca de este último.[6] «Esta circunstancia» (la de haber elegido la casa de Juan Isidro Pérez), dice, «le valió el honor, no solo de figurar como uno de los miembros fundadores de la sociedad Trinitaria,[7] de cuyas labores es fruto la existencia de la nacionalidad de que disfrutamos, sino también la de que el ilustre iniciador del plan revolucionario, eligiera su

---

Jacques Denis Plet, cuyo extracto dice así: Hoy, 10 de noviembre del 1806, a las diez de la mañana, ante mí, Jacques Denis Plet, comisario… se presentó Mr. Antonio François Béer, mayor capitán… domiciliado en la calle San Andrés, asistido de los señores Henríquez Franco, miembro del Consejo de Notables y José Lavastida, del mismo Consejo, testigos presentados por el declarante expresado, y nos ha declarado que el 21 de octubre último, a las dos horas del mediodía, ha nacido en la casa sita en esta ciudad de Santo Domingo, en la referida calle de San Andrés, #47, una hija del declarante y de la señora Josefina Pérez de la Paz, su legítima esposa la cual se le ha dado el nombre de Isabel Salomé…

Para dar testimonio conforme a nuestro protocolo… en Santo Domingo a 10 de noviembre del año de 1806… «Sigue la firma de Jacques Denis Plet; un folio escrito y rubricado en ambas caras (Archivo de Luis Durocher, etc.)». Acta transcrita en *Escritos breves* de Máximo Coiscou Henríquez, p. 136, Nota 48.

4 Lugo Lovatón, *Sánchez*, vol. 1, p. 81.

5 Tal fue el apodo que mereció a la posteridad uno de los más puros patriotas, Juan Isidro Pérez, quien en sus últimos años padeció de demencia agobiado por los sufrimientos y la ingratitud de los hombres. De ahí que uno de sus biógrafos, Rodríguez Demorizi, llamara su obra: *Juan Isidro Pérez, El Ilustre Loco*.

6 García, *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*.

7 Anota, José María Serra, en sus *Apuntes para la historia de los Trinitarios Fundadores de la República Dominicana*; «En nuestras confidencias revolucionarias no habían entrado más que los nueve que habíamos de constituir 'La Trinitaria'»…

humilde morada, sita a la sazón en la plazuela del Carmen para iniciar el día 16 de julio de 1838, a los nueve primeros trinitarios».[8]

Le da consistencia a este aserto el prócer Ramón Alonso Ravelo en sus inéditos *Apuntes.* «Se instaló La Trinitaria», escribe, «con mucho silencio (en 1843), pues las autoridades estaban cayendo en cuenta y tenían gran vigilancia». Y añade: «La Trinitaria se instaló en la plazoleta del Carmen»; pero no específicamente como Serra «que fuera en casa de Chepita Pérez».[9]

Lugar donde se estableció. Resulta, pues, según Rosa y Francisca Duarte, y sobre todo, Serra y otros, que fue en un bohío humildísimo situado frente a la puerta del Carmen[10] la cuna donde nació la sociedad patriótica, aunque sabe como desapareció el mismo; pero sobre sus derruidos cimientos se edificó una pequeña casa de mampostería destruida por sus dueños en el mes de abril del 1925.[11] Ya hay allí una moderna construcción que sirve de sólida morada a donde la mano agradecida del hombre ha colocado una lápida de mármol para conmemorar el hecho de la fundación de la Trinitaria.

Controversia respecto al año. Empero al hurgar en informes y archivos casi siempre he dado salto en vago, sin que halla sacado salvo otra cosa en justificación de esta fecha, 1838, que ella es repetida con toda constancia y ahínco por los historiadores nacionales, desde tiempos muy atrás, aunque la mayor parte de los datos de la época moderna se han extraído más o menos desfigurados de la propia mina de José Gabriel García, el más antiguo recopilador de estos hechos, a quien se achaca ser el primero que incurrió en falta, o por lo menos que vulgarizó la data puesta en entredicho.[12] También un original publicista que ya he citado

[8] García, *Rasgos biográficos de dominicanos célebres.*

[9] Manuscrito inédito en el Archivo del Lic. Carlos Sánchez y Sánchez (p. 2).

[10] Serra, «Advertencia» que precede a sus *Apuntes:* «…en la casa de doña Chepita Pérez (un Bohío frente a la puerta del Carmen)».

[11] Lugo Lovatón, *Sánchez,* vol. 1, #19.

[12] García, *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, vol. II, p. 52.

muchas veces en esta obra, Emiliano Tejera, sin que se sepa de qué fuente abrevara sus noticias, refiere, a la par que el «Herodoto dominicano»,[13] de quien fue su contemporáneo, que la juventud correspondió al anhelo patriótico de Duarte, «y el 16 de julio de 1838 vio nacer la Trinitaria, grupo de apóstoles que debían propagar las doctrinas del maestro y mantener siempre encendida la antorcha del patriotismo».[14] «Juan Pablo Duarte… fundó el 16 de julio de 1838 la sociedad revolucionaria la Trinitaria», ha repetido Henríquez y Carvajal, desde la alta tribuna de la Academia Dominicana de la Historia.[15]

ANTECEDENTES. Sin reboso, la especie debió tener algún punto de apoyo; pero la hubo, ante todo, en obras de extraños autores ajenos a los sucesos de tal época, quienes escribieron casi siempre respaldados en opiniones y datos de segunda mano que les dieron indígenas mal documentados. Lo confiesa de manera singularísima el más imparcial y probo de los historiadores haitianos, Tomás Madiou, en su muy conocida *Historia de Haití*, al reseñar los años 1843-1846,[16] cuando refiere: «Yo he escrito el acontecimiento de la separación del Este de acuerdo con los documentos oficiales y las notas enviadas por dominicanos que las habían presenciado como testigos oculares. Estas notas me han sido remitidas por el señor Delmonte, criollo de Santo Domingo».[17]

Aquí indica, Madiou, los antecedentes en la formación de la Trinitaria que van del 1836 al 1837, y que narraré en el curso de este volumen, cuando el padre Gaspar Hernández llegó a Santo Domingo, debiéndose suponer, según esto, que en su retorno del extranjero acaecido un año después de tal suceso, fue cuando sus discípulos establecieron la antedicha sociedad.[18]

[13] El historiador José Gabriel García es llamado así por el Dr. Américo Lugo.
[14] Tejera, *Monumento a Duarte*, pp. 8-9.
[15] «Duarte y la Trinitaria», editorial inserto en *Clío*, p. 109, julio y agosto de 1934.
[16] Obra de un solo volumen publicado por sus hijos y nietos después de su muerte, editada en Puerto Príncipe por el año 1904.
[17] Madiou, *Historia de Santo Domingo*.
[18] Madiou, *Ibid.*, p. 103.

El *Diario de Rosa Duarte.* La fecha dudosa arranca, sin embargo, desde la aparición de las notas que tocante a su egregio hermano nos da Rosa Duarte.[19]

En sus *Apuntes para la Historia de la Isla de Santo Domingo y para la Biografía del General Dominicano Juan Pablo Duarte y Diez*, ella consigna: «Corría el mes de julio; él (Juan Pablo Duarte) recordó que ese día en su patria se celebraba el triunfo de la Santa Cruz, recordó que bajo su égida venció Constantino el Grande al tirano Majencio, y se creyó ser él también vencedor emprendiendo sus trabajos bajo la protección del signo de nuestra Redención. El 16 de julio de 1838 –día del triunfo de la Santa Cruz– se pronunció con varios patriotas, dominicano independiente».[20] Agregándose, en este *Diario de Rosa Duarte,* el dato concreto acerca del día en que nace La Trinitaria: «… Bajo la dominación haitiana el que podía costear su uniforme y su armamento pertenecía a la Guardia Nacional; así fue que principió (Duarte) su carrera militar de furrier de su compañía, la revolución seguía su curso y el año 1838, el 16 de julio, a las once de la mañana, acompañado de un gran número de patriotas inauguró la revolución bajo el lema Sacrosanto de Dios, Patria y Libertad, República Dominicana, jurando libertar la patria o morir en la demanda».

Lo que sí parece cierto es que estas memorias históricas legadas a la posteridad por Rosa Duarte, verdadera vestal que ofrendó su alma a la patria, debieron ser hechas, aparte de toda posterior profanación de mano intrusa, en colaboración con su muy ilustre hermano Juan Pablo, pues figuran escritas en primera

[19] Es de observar, que lo que se apunta ahí y que fue dado a conocer en el llamado *Diario de Rosa Duarte* (*Apuntes para la Historia de Santo Domingo, y para la Biografía del General Dominicano Juan Pablo Duarte y Diez*), la intromisión de una mano extraña ya enmendó o ya compuso el hecho histórico sin la anuencia probable de su primitiva y severa autora.

[20] El manuscrito autógrafo de estos *Apuntes* de Rosa Duarte está custodiado por los hermanos Leonidas y Alcides García, y figura en el Archivo de su extinto padre José Gabriel García, habiéndose publicado fragmentariamente en *La Cuna de América*, números 11 y 14 del año XII; 20-23, 28-31, año XX; y 5, 6, año XXI.

persona en muchas de sus partes, como en aquella entrevista que relaciona qué ocurrió, entre el patricio dominicano y el general Soublette, en Caracas, por lo cual la crítica debe inducir que fue tomada de una misma fuente de origen la fecha del 1838 que traen respectivamente el general Juan Pablo Duarte y su hermana Rosa.

CONTRADICCIÓN DE DUARTE. Anteriormente y para formar juicio decisivo en este asunto, consulté el testamento de Juan Pablo Duarte, el más autorizado sin disputa a saberlo por haber sido el creador de la Trinitaria, encontrando que él afirma y niega en sus escritos y de palabra, bien que en diversas oportunidades, la fecha clásica del 1838 que trae García: afirmarla no solo en su carta al gobierno de la Restauración, y luego al patriota Félix María del Monte, del 2 de mayo de 1865, sino en la que envía al propio José Gabriel García, fechada el 29 de octubre del 1869.[21]

[21] «Caracas, 29 de octubre de 1869.
Señor J. Gabriel García
Curazao.-
Mi muy estimado: De suma complacencia nos ha sido su muy apreciada fechada en esa a diez de los corrientes, y los dos libritos que acompañaban y de que Ud. se hace presente, que conservaré como el más grato y satisfactorio a mi corazón. Ambas cosas son y serán siempre para nosotros del más alto aprecio y satisfacción, pues nos revelan que con patricios tales como Ud. y el padre Meriño nuestros trabajos no serán perdidos para la posteridad cuando hoy mismo hay quien se dedique a utilizarlos; así lo poco o mucho que hemos podido hacer o hiciéremos aún en obsequio de una Patria que nos es tan cara y tan digna de mejor suerte, no dejará de tener imitadores y este consuelo nos acompañará en la tumba. Seguid, jóvenes amigos, dulce esperanza de la patria mía, seguid con tesón y ardor en la hermosa carrera que habéis emprendido y alcanzad la gloria de dar cima a la grandiosa obra de nuestra regeneración política, de nuestra independencia nacional, única garantía de las libertades patrias.
Seguid, repito, y vuestra gloria no será menos; por cierto que la de aquellos que desde el 16 de julio de 1838 vienen trabajando en tan santa empresa bajo el lema venerando de Dios, Patria y Libertad, que son los principios fundamentales de la República Dominicana.
Tan luego como las circunstancias me lo permitan me ocuparé seriamente de recoger apuntes, traeré a la memoria los hechos pasados, y tendré mucho gusto en poner a Ud. al corriente de todos los que nos conciernan y merezcan la atención del historiador.

Pero tales aseveraciones de Duarte están contradichas por él mismo, según asegura espíritu tan veraz como Meriño, y por las opiniones no solo de Serra, sino de otros trinitarios más, Jacinto y Tomás de la Concha y Pedro Alejandro Pina, lo cual puede hacer despertar la sospecha de que no fuera tan infalible la memoria del Apóstol, en el año 1869, o sea, a distancia de seis lustros del magno suceso que ahora relato; es dura verdad tener que reconocer que, ya para esa época, abatido por los sufrimientos y las injusticias de sus compatriotas, no estaba muy lúcida la mente del fundador de la nación.[22] Sobre todo, cuando en esta carta transcrita del 1869, solo se alude a la fecha del 16 de julio del 1838 como la que da comienzo a la lucha de los separatistas; pero

---

Concluiremos por ahora con dar a Ud. una vez más, las gracias por su exquisita atención, saludándole muy cordial y afectuosamente.
Soy de Ud. afectísimo, y Atto. S.S.
Gral. J. P. Duarte.
Ad. Sírvase retornar su saludo a mi compadre el general Pina a quien por su órgano saludo muy cordialmente».*

No hay que contar, sino desde cierto punto muy relativo, la data del 1838 que trae el proyecto de *Ley Fundamental* de Duarte, exhumado de entre papeles de índole histórica, pues aunque merece respeto el testimonio del Dr. Federico Henríquez y Carvajal en cuyas manos se perdió el original, no es dable en tal caso sustituir el mismo al manuscrito del autor, ni es bastante operante en materia de pruebas literales la copia por fidedigna que sea cuando no se puede cotejar con el patrón conservado en un archivo, y hasta el propio original cuando no se ha podido comprobar su autenticidad por el cotejo con la copia presentada, la cual parece suscitar la laboriosa gestación que para aparecer ha tenido ese documento.

El Artículo 6º de dicha Constitución reza en su texto: «Siendo la Independencia Nacional la fuente y garantía de las libertades patrias, la Ley Suprema del Pueblo Dominicano, es y será siempre su existencia política como Nación libre e independiente de toda dominación, protectorado, intervención o influencia extranjera, cual la concibieron los Fundadores de nuestra asociación política al decir (el 16 de julio de 1838) DIOS, PATRIA Y LIBERTAD, REPÚBLICA DOMINICANA, etc.».**

* Esta epístola se conserva en el archivo de García, y fue publicada en el periódico dominicano *Listín Diario*, ed. 26 de enero del 1934.

** Figura este Proyecto de Constitución publicado en la revista *Clío*, órgano de la Academia Dominicana de la Historia.

22 Lugo Lovatón, *Sánchez*, vol. I.

no dice que fuese el momento preciso de la instalación de la Trinitaria, aunque la coincidencia del día y mes señalados como uno y otro hechos, hacen deducir lógica consecuencia de que se trataba del mismo acontecimiento, infiriéndose, por tanto, una especie de concatenación histórica.

Tampoco resulta por igual razón dotado del don de la infabilidad el testimonio que da en favor del año 1838, como año inicial de la Trinitaria que inaugura el período de la pre-Separación, el mismo Duarte, en carta citada del 1865, dirigida desde su residencia de la ciudad de Caracas a Félix María del Monte. En 16 de julio, dice: «empezó a contarse la Egira por los enemigos de la Cruz: el 16 de julio fue abatido en Lepanto el hijo de la media luna; un 16 de julio (el de 1838) fue descubierta ahí, en donde está, la conspiración que habiendo estallado y violenta muerte a que le condenara el feroz López Banos, y quien le hubiera dicho a nuestro compatriota que en el mismo día (16 de julio) del mismo año, quizá en la misma hora, se inauguraba en su patria la Revolución que bajo el lema Sacrosanto de Dios, Patria y Libertad, República Dominicana, había que dar al traste con la administración Boyer, derrocar a Riviére y más tarde vengarle a él mismo de sus inicuos».[23]

EL TESTIMONIO DE SERRA. Un testimonio importante en este caso lo ha dado el trinitario José María Serra, actor de la época, uno de los miembros de dicha organización revolucionaria, al atestar el propio día 16 de julio, mas en el año 1840. Dícenos, en sus *Apuntes para la Historia de los Trinitarios Fundadores de la República Dominicana*, en 1887: «El 16 de julio del 1840 nos reunimos en casa de Juan Isidro Pérez, día de nuestra Señora del Carmen, y cuya casa estaba en la plaza de la Iglesia de este nombre, etc.».[24]

[23] Lugo Lovatón, *Sánchez*, vol. I.

[24] Los documentos traídos por Serra sobre la Trinitaria fueron aprobados por los trinitarios que aun vivían en el 1883, época en que se publicaron por primera vez en el *Eco de la Opinión*:* el general Jacinto de la Concha, y el coronel Juan Nepomuceno Ravelo, por lo cual se fijan tales datos, para algunos, como verdad histórica irrefutable.

* Periódico en boga en Santo Domingo, en 1885, dirigido por Francisco Gregorio Billini quien fue presidente en la Segunda República.

La Epístola de Meriño. Participó de ese modo de pensar, Fernando Arturo de Meriño, antiguo arzobispo de Santo Domingo y presidente de la República, nuestro primer orador de todos los tiempos y uno de los principales historiadores de su tiempo, quien en carta confidencial al licenciado Carlos Nouel, de fecha 9 de diciembre del 1901, y calzada dicha misiva simplemente con la firma de P. Meriño,[25] ha dicho que «mejor es no innovar, aunque Serra señala 1840 y, yo creo recordar que T. Concha, P. Pina[26] y el mismo Duarte me dijeron lo mismo».[27] Esa epístola, por otra parte, era tan sólo la confirmación de aquella anterior cruzada entre los mismos personajes eclesiásticos mencionados, la cual figura en los archivos conservados del padre Meriño, aunque está suscrito por «compadre», pues lo unía el sacramento del bautismo con un hijo del notable prelado, Nouel, a quien iba encaminada.[28] En lo que ciertamente incurría en error el eminente Meriño, bien que debió ser *lapsus*

[25] Figura dicha carta en el archivo de Rodríguez Demorizi, y se ha transcrito en la biografía de Sánchez del Lic. Ramón Lugo Lovatón, vol. I.

[26] Los trinitarios Tomás Concha y Pedro Alejandrino Pina, compañeros de Juan Pablo Duarte.

[27] El original de esta carta se conserva en el archivo de monseñor Fernando Arturo Meriño, cuyo autógrafo me fue mostrado por el Lic. Arturo Logroño.

[28] «Santo Domingo», Nbre. 6-901.
Mon Cher compére: Recibí tu carta del 30 ppdo. con la encomienda para los Apuntes, y de una vez la pegué en su lugar. Ahora bien.
Decías tú que la Trinitaria se instaló en 16 de agosto de 1838 y Serra y otros que el 1840, y así lo he corregido, porque es lo cierto. Porqué dices que el 1838…
Te mando el folleto de Serra. Si no es como él dice, yo lo he sabido de Duarte, Pina y Jacinto de la Concha, tú verás: hay tiempo de corregir, respecto de si es oportuna esa parte de los *Apuntes*, lo creo conveniente, y por eso me interesa que la verdad histórica sea su base sólida.
En el *Monumento a Duarte* (folleto que te acompaño al otro) se dice también que el año 1838 en la pág. 8, y verás en él mi firma, pero cuando lo leí para firmarlo no me fijé en eso. Creí y creo que fue la instalación el 1840.
Tu Videbia.
Te abraza tu affmo.
Compadre».*

* Artículo publicado en el *Listín Diario*, ed. dominical del 9 de diciembre del 1934.

calami, es al fijar el mes de agosto como el de la fundación de la Trinitaria, importa en esto que el año fuese 38 ó 40.

Tampoco puede ponerse en entredicho a Meriño con el testimonio de Duarte a García, puesto que hay testificaciones con los propios a éste, y es mejor cotejar esas testificaciones con los propios escritos de aquel apóstol, exhibiéndose el original de su carta, «señalando el año de 1838, dice fr. Cipriano, para que la especie del año 1840 no pueda abrirse paso con mejor motivo que el año 1838».[29] Aunque en este mismo caso del testimonio de Duarte en documento fehaciente, o, simplemente inexpugnable, bien que privado, no había sino enfrentarse con su otro atestado de Caracas al padre Meriño, y opuesto, otrosí, los expresados votos de trinitarios con tanta vocación para ser veraces como Pedro Alejandro Pina y los hermanos Jacinto y Tomás de la Concha, según reza la citada carta del ilustre Arzobispo, puesta en tales enredos históricos porque, en puridad, tan importante y verídica puede ser la «prueba testifical, o documental, de Juan Pablo Duarte, el Fundador, como la de otros apóstoles separatistas o trinitarios, y aun el dicho del destacado patricio monseñor Meriño acerca de contrario testimonio a la fecha de 1838, y a la fecha del 1840, dado por el padre de la Patria»;[30] la mayor importancia patriótica de Duarte en tal caso no quita ni da certidumbre.

LA FECHA CONSERVADA POR EL CANÓNIGO NOUEL. Siguió el consejo de Meriño, al no rectificar la fecha consagrada del 1838, el presbítero Carlos Nouel, en su *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo, Primada de América*, como la de la fundación de la Trinitaria, puesto que dice ella «… Busca esos cooperadores (Duarte), y los encuentra en un grupo de jóvenes, como él, decididos y abnegados».

Esta carta confirmaba la anterior cruzada entre los mismos personajes eclesiásticos. De esta manera firmaba siempre el padre Meriño su correspondencia con el antiguo canónigo honorario Nouel; pero no hay dudas acerca de la autenticidad de dicha carta.

[29] Publicado el artículo en *Clío*, ed. septiembre y octubre, 1934, pp. 141-142.

[30] Se llama, así, por antonomasia, al general Juan Pablo Duarte.

Su labor principia, desde luego, más para dar la dirección fructuosa a sus trabajos, él y sus compañeros instalan el 16 de julio de 1838 la Sociedad Trinitaria.[31]

LA TRADICIÓN Y EL ACTUAL ESPÍRITU INNOVADOR. Tanto sobre la una como sobre las fechas se ejerce la influencia de la tradición o del actual espíritu innovador que anima a los investigadores más libres, sin duda alguna, cada día, al interpretar los testimonios del pasado y la verdad histórica, pero mientras nuevas y más racionales aclaraciones no vengan de la crítica.[32] De modo que, en cuanto

[31] El trinitario Ruiz no lo dice, concretamente, bien que si de manera implícita cuando escribe, en su carta del 24 de abril del 1890, al director del *Mensajero*: …A mediados del año 1838, arribó a Santo Domingo un religioso dominico… (el padre Gaspar Hernández); se instaló en una pieza contigua a la sacristía del Convento de Regina Angelorum, donde abrió una clase de filosofía, a la que acudieron algunos jóvenes noveleros… quedando reducida la clase a nueve estudiantes, que formaron, andando el tiempo la tal Sociedad Trinitaria».

[32] La controversia alrededor de este interesante punto se ha complicado al terciar en estos últimos tiempos dos escritores de la Historia. Federico Henríquez y Carvajal en un artículo editorial de la revista *Clío*, órgano de la ilustre Academia que presidía, refutó la renovada teoría que señalaba el 1840 como fecha probable en que se constituyera por vez primera la Trinitaria. El académico Henríquez tildó de anacrónica la noticia, aunque incurrió en notorio yerro al atribuir a la monografía de Serra el dato antiguo de 1838, cuando de él parte precisamente la remonición de la data apuntada y su nueva fijación en el año 1840. Fundó el polemista en dos órdenes de pruebas distintas su afirmación: Una, el testimonio conocido de Rosa Duarte en su cuaderno manuscrito de *Apuntes Biográficos* indudablemente muy útiles pero con algunos errores involuntarios que el tiempo va enmendando y que es necesario rectificar cada vez más en lo que sean contrarios a la transparente verdad histórica extraída si no de fuentes más puras por lo menos más depuradas por la investigación y hasta por el método a seguir en el análisis escueto de los hechos; el otro testimonio del trinitario José María Serra que es contrario a tal tesis que Federico Henríquez mantuvo con diligencia digna de mejor causa. La otra prueba estaba basada en el añalejo eclesiástico. «Es constante que el culto a María de Nazaret», dice, «en sus diversas advocaciones religiosas corresponde en unos casos a fechas fijas, y a días fijos en otros casos. La fiesta de la Madre Dolorosa se celebra, fijamente, el viernes de la semana del concilio; la fiesta de la Virgen del Rosario es siempre el primer domingo de octubre. Cada una de esas dos

a la fecha de la instalación de esa Trinitaria, y fuese en éste u otro año, 1838 ó 1840, es asunto para resolver con más minucioso

---

advocaciones se celebra, pues, no en fecha fija, sino en un día fijo de la respectiva semana, como fiesta movible.

Las demás advocaciones, con su imagen respectiva, tienen indicado su día en una fecha inamovible de un mismo mes en el año. Esas circunstancias le ofrece al investigador un dato precioso para la comprobación propuesta. La mayoría de las advocaciones –según el añalejo o según el almanaque; no está señalada con dos cruces: no es día festivo aunque sea día de fiesta para la iglesia. Sólo lo era y lo es, en nuestro país, el 24 de septiembre como día de Nuestra Señora de las Mercedes, bajo cuyo patronato estuvo la Colonia domínico-española y se halla la República. Ahora también lo es el 21 de enero, como día de la Alta-gracia.

Como la mayoría de las advocaciones no goza de tal prerrogativa no es día de fiesta civil y religiosa –existía y existe una costumbre que ha llegado a ser una regla. Esta se refiere a la salida de la imagen de María –la augusta madre del Cristo– en procesión por las calles de su barrio o su parroquia: Cuando el día de la Virgen cae en domingo, y ello es lógico, la procesión tiene efecto el mismo día de su fiesta religiosa. Alguna vez, sin embargo, se pospone la procesión para el domingo que cierra el octavario. La Virgen del Carmen nunca estuvo fuera de la regla. Siempre ha estado bajo el régimen de esa costumbre tradicional, como queda expuesto.

El año de gracia del advenimiento de la Trinitaria no fue una excepción; claro es, sino una confirmación de la regla. El 16 de Julio del 1838 fue domingo. Ese año, ciertamente, cayó el domingo la doble fiesta religiosa de la Exaltación de la Santa Cruz y de nuestra Señora la Virgen del Monte Carmelo. Era domingo y por serlo, la procesión de la veneranda imagen salió en la tarde del mismo día a recorrer, como solía, las calles del barrio carmelita y nazareno. Era domingo. Allí, frente al templo consagrado a María de Nazaret y a Jesús el Nazareno, está la casa histórica en donde hubo la reunión preliminar de la novena trinitaria. Etc.»

«En ella vivía Juan Isidro Pérez de la Paz, el ilustre loco, y allí fue pronunciado el épico juramento de los trinitarios, mientras la imagen recorría, en procesión, las cuatro calles que limitaban en un cuadrilongo el barrio carmelita y trinitario. Etc.»

«Admítase que no fue en 1838, sino en 1840, la creación de la sociedad política en referencia; y examínense los datos que ofrece ese segundo año en la misma forma que se hizo antes con el primero. El 16 de julio de 1840, año bisiesto, fue miércoles. Era, pues, día de trabajo. En ese día no pudo salir la procesión, y hubo que diferir para el domingo, según la costumbre de la regla. Pero, como el próximo domingo no era 16 sino 20, la consecuencia habría sido que en tal día, domingo, el 20 de julio de 1840, y

examen por parte de las generaciones futuras, quedándose hasta ahora en duda para la sana crítica histórica que se vigoriza más

---

no el 16 de julio del 1838, fue que hubo la instalación de la sociedad y el juramento de los trinitarios.

Y no se trata del día sino del año».*

* *Clío*, ed. septiembre y octubre, 1934, pp. 141-142.

En cuanto a esta segunda prueba que denominará religiosa por estar fundada en el almanaque que fija la fecha de las ceremonias y fiestas de la Iglesia, declinaré en el juicio de fr. Cipriano de Utrera que es bien conocedor de la materia. «Todo esto de recurrir al almanaque», dice Utrera, «con la agravante de no haberse, ante todo, confirmado y ratificado de haber dado en el blanco del domingo para el año 1838, domingo que para el 16 de julio no pudo ser sino en 1837 y 1832, como los más próximos entre sí, cayendo en medio del año 1838; presupuesto lo que no es cierto, junta la procesión coincidente con él, adminículo de ser regla que procesión fuera de domingo no pudo ser, no ha sido más que añadir a la impericia de dar con el día de la semana de una fecha cualquiera, el olvido del axioma que dice: *distingue tempora, et concordabis jura,* axioma que se funda en el hecho de que en el transcurso de los tiempos las costumbres se mudan. Cada barrio tenía por aquellas décadas, y todavía mucho más tarde, sus buenos días de festejos populares en ocasión de sus santos patrones.

Cadenetas de papel, palmas y ramos, montantes, etc., etc., los tengo visto yo, y yo he debido asistir a la procesión fuera del domingo. Y si esto lo tengo visto yo que pisé el suelo dominicano en 1910, qué no vieron los viejos en Santa Bárbara, en San Lázaro, en San Carlos: De cuándo acá habíase de dejar la procesión para un domingo, porque el día principal de la fiesta, cayera, por ejemplo en lunes, como la del Carmen en 1838 o la misma en jueves, en 1840, si todos los días de la semana de fiesta eran fiestas, bullicio y jolgorio.

Que las costumbres han cambiado, hasta pasar hoy inadvertido en el barrio de la celebración, la celebración religiosa, ya se ve; pero que la memoria de lo que eran esas celebraciones populares se haya perdido para darse por bueno el editorial en *Clío,* eso, no se ve y como la memoria persiste, la procesión en domingo, como en lunes, como en jueves, nada quita ni pone en la cuestión; y por eso todo el editorial en *Clío* se resiente de frustráneo. Pero agreguemos a la fiesta o celebración popular del Carmen en 1840, que cayó en jueves, día semiclásico, hubiera fiestas de barrio o no las hubiera (la costumbre trasladó al sábado en nosotros el descanso vespertino del jueves en ciertos órdenes de la vida), y esto es digno de cierta atención para que el año 1840 no sea una falacia en la pluma de Meriño, ni una falta de memoria en Juan Pablo Duarte, a quien Meriño se lo dijo. Etc.».*

En este primer artículo de Utrera, enderezado contra el subsodicho editorial de *Clío,* es de observar tan sólo que se incurrió en dos errores por flaqueza de memoria, en nombre tan memorioso como el autor: uno, atribuírsele al fundador Duarte las memorias o apuntes de su hermana Rosa Duarte; el

de realidades o de apolillados pliegos que de acicalados discursos o razones, y hasta de pruebas de segunda mano.[33]

---

otro, de más bulto, aceptar en su escrito refutando a Henríquez y Carvajal la fecha del 1838 como aquella de la iniciación de los trinitarios dada o de la cosecha de Serra, cuando éste, repito, únicamente dio la innovadora fecha del año 1840, que produjo el revuelo de la antedicha polémica en sus comentadísimos *Apuntes para la Historia de los Trinitarios...*

* *La Opinión*, ed. 5 de diciembre, 1934, «La fundación de La Trinitaria». Con un segundo artículo fr. Cipriano Utrera se pronuncia implícitamente en pro de la nueva tendencia a darle supremacía al 1840 sobre el 1838, consagrado por el tradicional criterio histórico como el día en que se dio comienzo formal a La Trinitaria. «Resumiendo, pues, tal escrito», ha dicho el bien enterado ardoroso capuchino, «ya sabemos que la fundación de La Trinitaria tuvo que ser el 16 de julio de 1838, porque dicho día fue domingo; y porque sólo en domingo se hacía la procesión de la imagen de la Virgen del Santo Carmelo. Que son dos supuestos; el primero absolutamente falso; el segundo absolutamente caprichoso.

La Pascua del año 1838 cayó en 15 de abril; la de 1840 en 19 de abril. Pues bien, la letra dominical de 1838 fue la *g* y la letra dominical del 1840 la *d*. La letra dominical corresponde a todos los domingos de 1838: 15 de abril… 15 de julio… Y la letra dominical *d* correspondió en 1840 al 19 de abril… 12 de julio… 19 de julio…

Por consiguiente, no en 1838, ni en 1840, si la procesión de la Virgen se efectuó el mismo día de la Virgen, pudo verificarse en día domingo. Etc.» «… Y si ya es seguro que el 16 de julio de 1838 fue lunes, en el caso de que dicha traslación haya de sostenerse (el editorialista no puede tener interés en esto): o se anticipó, o se pospuso, quedando en carácter de antihistórica la fecha del 16 de julio del 1838.

Por esta razón, lo primero que ha de defenderse no es el año, sino el día, etc., si procesión y fundación coincidieron en un mismo tiempo físico, etc.» «El 16 de julio de 1840 fue jueves, día que, aparte de lo dicho para cualquier otro día en los barrios en fiesta, fue clásico, como jueves y como día feriado de Virgen del Carmen. La fiesta religiosa o litúrgica nunca se dejó para domingo, por ser contra rúbrica y liturgia, y la procesión vespertina, no había porqué dejarse para domingo, por ser fiesta de barrio y por ser jueves cuyo carácter de clásico es evidente todavía en muchas partes de la tierra; etc.». «Por consiguiente, si ha de sostenerse que la fundación de la Trinitaria coincidió con la procesión del Carmen, la defensa del 16 de julio de 1838 debe venir por otro lado, procurándose desvirtuar lógicamente: las inducciones no faltan de ser posible otro año para fundación predicha que sea distinto de 1838».[*]

* *Listín Diario*, ed. dominical del 9 de diciembre, 1934.

[33] En su trabajo «La Fundación de la Trinitaria», publicado en la revista *Bahoruco* en su edición del 16 de marzo del 1935, el biógrafo Lugo Lovatón,

El número de sus iniciadores y las dos sesiones del mismo día 16 de julio. Ahora en cuanto a tal número de individuos que en un principio compuso la Trinitaria, la tradición ha transmitido que a más de los neófitos de que habla Serra, y esto sí es verosímil, en ese día 16 de julio, se llevaron a cabo dos reuniones: una en la casa de Chepita Pérez y la otra, en San Carlos u otro sitio conocido, probablemente donde algún miembro fundador, cuyo nombre se ha variado continuamente, porque parece no estar averiguado como cosa cierta, y tal vez pudo ser en la sacristía de la Iglesia de San Carlos, barrio de la capital, de la cual era cura párroco el padre Gaspar Hernández, no obstante su negación por algunos biógrafos autorizados de protagonistas de gran relieve de este instante fulgurante de nuestra

---

se declara en favor del año 1840 como el de la instalación de la Trinitaria. «Si La Trinitaria se fundó en 1838, seis años después de trabajos trinitarios deberíamos conocer. José Gabriel García al decir de la instalación de La Trinitaria, se limita, a describir los acontecimientos concomitantes con la sesión inaugural de que nos habla Serra en sus *Apuntes*. Nada más. En la Historia de García, obra cronológica, pasaron los años 39, 40, 41 y 42 y es en éste último cuando reanuda el documentado historiador su relación de los trabajos de la Filantrópica, nombre bajo el cual amparábanse las ímprobas labores de la antigua Trinitaria. José Gabriel García habla de los trabajos de La Trinitaria en forma muy irregular, con una escasez notoria de detalles, cosa rara en él que tan ilustrado se nos presenta siempre en épocas anteriores, concomitantes y posteriores a la instalación de la sociedad se instaló inmediatamente después de la otra, separándolas el corto espacio de tiempo de un momentáneo eclipse como nos dice el primero en la biografía de Pérez, brinda entonces el hecho de tratar los trabajos de la Filantrópica en 1842, una poderosa razón a creer con algún fundamento en la instalación de La Trinitaria en 1840, la que, fundada en este año, guardan más relación cronológica; escasos meses de reanudación de los mismos bajo un nuevo nombre, que si colocamos la instalación en 1838, seis años atrás, período más largo que, no logran unir esos tres hechos distintos que acabamos de enumerar. «Y en su prolija y bien documentada obra *Sánchez* agrega y concluye el Lic. Ramón Lugo Lovatón: «Resumiendo nuestra investigación, existe el testimonio de Duarte para los fines de sostener el año 1838 y una confirmación de segundo grado, dada por Rosa Duarte. La afirmación del año 1840, está sostenida por Serra y apoyada por

Historia.[34] Cierto, sin embargo, que tiene solidez la especie de las dos sesiones en el mismo día, ya mencionado, y en las postreras de ellas no figuraron algunos trinitarios que concurrieron a la primera, puesto que resulta insostenible ante la necesidad absoluta de las cosas, que no se nombre como iniciadores a Francisco Sánchez del Rosario,[35] Matías Ramón de Mella –actores principales del

Ruiz, y mantenida por vía de Meriño, por Duarte, Pina y Jacinto de la Concha. La suma testimonial favorece de modo evidente al año 1840. (vol. I, p. 90)».

[34] «Rosa Duarte no indicó en sus *Apuntes* dónde fue la reunión (de los trinitarios)», dice Lugo Lovatón, «pero dice que fue en casa de Pérez en la carta a Alejandro Bonilla señalada… Se ha dicho erróneamente que la sesión inaugural a que se refiere Rosa se llevó a efecto en la sacristía de la iglesia de San Carlos, en el barrio del mismo nombre, de la cual era cura párroco el padre Gaspar Hernández, aunque históricamente resulte aventurado afirmar la hora de un suceso, la verdad es, que la hermana de Duarte, sin duda amparada por él, asegura que la reunión inaugural, fue celebrada «a las once de la mañana» del 16 de julio de 1838 (*Sánchez*, vol. I, pp. 87-88)». Contrariamente a la negativa del bien enterado Lugo Lovatón la tradición asegura que otra sesión se verificó en San Carlos; pero esto no es aun una verdad comprobada en ninguna forma sino una mera conjetura muy racional y que tiene como fuente la voz de las generaciones pasadas que es prueba supletoria a falta de la documental que primaría en este caso. Ahora esta sesión pudo ser matutina y en tal caso ser la primera, o en la misma tarde después de la que se celebró en casa de Juan Isidro Pérez y aún en la noche, lo que nada tiene de inverosímil.

[35] «En primer término, manifiesta García, que todos están contestes en cuanto a que Sánchez y Mella» no fueron del grupo de los nueve fundadores. ¿Quiénes son «todos» a juicio de García? Indudablemente que Serra, en cuya nómina de trinitarios creyó a ciegas, puesto que silenció sin aducir razones, las nóminas por él conocidas dadas, por Ruiz y Rosa Duarte, en donde figuran, claros y terminantes, los nombres de Sánchez y de Mella. En síntesis, Sánchez y Mella figuran como fundadores en las nóminas de Ruiz y Rosa Duarte, así como en la primera de las dos listas dadas por don Emiliano Tejera, quien recibió en Caracas la confirmación de ello del propio Duarte;[*] ambos recién altos grados militares a raíz de fundada la sociedad, en igualdad de Pérez, Pina y Vicente Celestino, y en lo que concierne a Sánchez, tiene la divisa verde que se le asigna en su calidad de trinitario fundador. (*Sánchez*, vol. 1, p.p. 99-100)».

[*] Véase el testimonio de Emiliano Tejera por referencias del Lic. Juan Tomás Mejía Soliere, expresidente de la Suprema Corte de Justicia, que en acta conteniendo en la carta siguiente:…

Baluarte–, y Vicente Celestino Duarte y Tomás de la Concha, hermano del primero, y futuro cuñado el segundo, de Juan Pablo Duarte, quien fue el genuino progenitor de dicha asociación

---

«Santo Domingo, 15 de mayo de 1933.
Señor D. Ramón Lugo Lovatón
Ciudad.-
Estimado Pariente y Amigo:
Con el mayor placer correspondo a tu atenta carta de fecha 26 de abril retro próximo, en la cual me pides que ratifique por escrito los informes y las aclaraciones históricas que hube de externar en el Ateneo Dominicano, la noche en que se conmemoraba en los salones de éste el natalicio del Inmortal Francisco del Rosario Sánchez.
Los dos puntos a los cuales te refieres son los que a continuación expreso, de acuerdo con tus deseos:
1º En el mes de abril del año 1912, fui engrillado e internado en el departamento de las prisiones de esta Capital denominado Cuarto de Colón, en la Torre del Homenaje, en calidad de preso político. Allí trabé amistad con el Gral. Wenceslao Ramírez, preso como yo, y dicho inolvidable compañero, ya hoy en la tumba, me refirió que cuando apenas era un mozo de catorce o quince años presenció desde las tapias del cementerio de San Juan de la Maguana, el fusilamiento de Sánchez. Según su relato, Sánchez, mostrándose con un heroísmo digno de su insospechable patriotismo, increpaba con voz tonante a sus victimarios; y como parecía que sus palabras causaban efecto en el ánimo de algunos de estos el jefe o los jefes del destacamento militar allí presentes hicieron que redoblaran los tambores para ahogar las palabras del héroe y mártir, y se apresuraron a ordenar el fuego, aun antes de estar para ello preparado el piquete. Esto hizo que el fusilamiento se convirtiera en un verdadero asesinato, en el cual intervinieron también los machetes. Algunos de los compañeros de martirio de Sánchez solo murieron de heridas de armas blancas.
2º Uno o dos años después de haber escuchado la anterior relación, visitaba yo en su morada de la calle 19 de Marzo, a nuestro ilustre publicista y patriota ya fenecido don Emiliano Tejera, cuando éste me contó los detalles de una conversación que tuvo, en Venezuela, con el glorioso fundador de la República, el integérrimo Juan Pablo Duarte. He aquí, poco más o menos, las palabras de aquella entrevista, según me fueron relatadas y las conserva mi memoria:
«DON EMILIANO.- Cómo se explica, General, que Sánchez y Mella no fueran de los primeros iniciados en los trabajos pro-independencia, y no concurrieron a la fundación de la Trinitaria, según la relación de Serra?
DUARTE.- Y quien dijo que no lo fueron: tanto Sánchez como Mella fueron fundadores de la Trinitaria, y de los primeros en acompañarme».
Duarte refirió, entonces, cómo había habido más de una reunión de los trinitarios el mismo día, y cómo Sánchez, Mella y varios otros cuyos nombres

secreta de carácter político e ingente en sus miras patrióticas: «Nada hacemos, querido amigo –decíale Duarte a su compañero Serra– con estar excitando al pueblo, etc.; es menester formar una sociedad secreta revolucionaria, etc. Esta sociedad se llamará la Trinitaria, etc. [36]

La segunda sesión de por la tarde la aceptan Serra y los demás que han escrito acerca de la materia, a tal punto que se puede considerar ya clásica en las reuniones del día 16 de julio. Respecto a la primera sesión cuenta nada menos que con el testimonio de Rosa y Francisca Duarte, en su carta del 14 de diciembre del 1887, escrita a Alejandro Bonilla: «… La sociedad Trinitaria fue instalada el 16 de julio del 1838, en casa de Doña Chepita Pérez de la Paz, a las once de la mañana, etc.».[37] Anteriormente, el *Diario* de las hermanas del fundador de La Trinitaria, consignaron: «… la revolución seguía su curso y el año de mil ochocientos treinta y ocho, el diez y seis de julio, a las once de la mañana acompañado de un gran número de patriotas inauguró (Duarte) la revolución…». En esta ocasión no indicaron las memorialistas de Duarte adónde fue dicha reunión; pero se completa tal nota con la predicha carta a Bonilla.[38] Así, pues, esa primera reunión debió verificarse, a las once de la mañana, de aquel día 16 de julio, si nos atenemos a lo dicho por Rosa y Francisca Duarte en sus relacionados *Apuntes para la Historia de la Isla de Santo Domingo*... Y

---

suministró entre ellos Tomás de la Concha, asistieron a la primera reunión; se extendió, luego, en otros detalles sobre los sucesos de aquellos días memorables, y le relató que, al encontrarse Juan Nepomuceno Tejera –padre de don Emiliano– entre los insignes conspiradores, y ser don Juan Nepomuceno el único de ellos que tenía hijos, resolvieron todos bautizar a don Emiliano, nacido en esos días, con varios nombres que ahora no recuerdo, cuya significación se relacionaba con las ideas libertadoras que sustentaban…

Te abraza tu affmo.

J. Tomás Mejía*

* Lugo Lovatón, *Sánchez*, vol. 2, pp. 279-381.

[36] Foll. Cit. de Serra, pp. 10-11.

[37] Carta escrita desde la ciudad de Caracas, por las Duarte, y en poder (su original) de los hermanos Leonidas y Alcides García Lluberes.

[38] Lugo Lovatón, *Sánchez*, vol. I.

el escritor más frecuentado sobre la Trinitaria, José María Serra, refiriese a otra reunión vespertina en donde Juan Isidro Pérez,[39] posterior a la matutina de las Duarte, ¿de dónde debemos inferir por esto, que, ambas reuniones fueron en la misma modesta morada de la Pérez de la Paz? Es poco probable, pues, entonces, de acuerdo con Lugo Lovatón, se hubiera juramentado Serra en esa hora, a las once de la mañana, y no por la tarde, según su testimonio.[40] Una versión, no afirmada por prueba de ninguna clase, propala por boca de la tradición que en San Carlos se celebrara esta sesión según se ha referido. Pero de lo que no hay hesitación es que el mencionado Serra no asistió sino a una de las iniciaciones de trinitarios, y debió ser la anteriormente ocurrida a la reseñada por él: de ahí su injustificada omisión de Sánchez.[41] A pesar de que, en contrario, éste no asistiera como fundador de La Trinitaria, sino que fuera sólo de 'comunicado', hay una opinión muy atendible de José Gabriel García, en *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*, donde refiere que «a la sombra de la influencia y prestigio que no tardó en conquistarse en el seno de ella (la Trinitaria), el patriota Pedro Alejandrino Pina, obtuvo

[39] *Apuntes…*, pp. 12-13.

[40] «… Nos encontramos reunidos el día 16 de julio de 1840», dice Serra, «en la casa de Juan Isidro Pérez, pues con motivo de ser día de Nuestra Señora del Carmen y estar la casa en la plaza de la iglesia de este nombre, en donde, según costumbre tradicional, afluía mucha gente, como en todo el barrio con motivo de las fiestas, nuestra reunión no podía ser sospechada… Comenzaba en este instante a salir la procesión. ¡Feliz augurio! nuestra sociedad se instalaba entre música, profusión de cohetes, repiques de campanas… *(Apuntes…,* págs. 14 y sigts.)». «En la memoria de Serra quedó grabada la concurrencia y coincidencia de fundación con procesión por estar precisamente la morada de Juan Isidro Pérez frente a la puerta de la Iglesia del Carmen, y aunque no lo diga, por esa misma razón, se está refiriendo a una sesión inaugural vespertina, posterior a la sesión inaugural matutina, celebrada ese día a las once de la mañana como afirma Rosa Duarte (Lugo Lovatón, *Sánchez*, vol. 1, p. 88)». Las procesiones se celebraron siempre en Santo Domingo por la tarde, según justifica el testimonio de Fr. Cipriano Utrera (Fundación de la Trinitaria, etc.).

[41] Mejía Ricart, *Ensayo sobre Francisco Sánchez del Rosario* (primer premio del Certamen del Centenario de la Trinitaria del 1938, Ateneo Dominicano).

Sánchez la iniciación en los misterios revolucionarios que le puso en camino de llegar a él después el héroe inmortal del 27 de Febrero».[42] No embargante que el mismo García señale a Sánchez, al par que a Duarte, «como los promovedores principales de la conspiración separatista».[43] «En cuanto al número de las sesiones inaugurales», escribe en su documentada biografía de Sánchez el Lic. Lugo Lovatón, «la calidad de las fuentes utilizadas nos llevan a la conclusión de que se celebraron dos, pues, para sostener que fue una sesión o más de dos, habría que apoyarse en testimonios escritos capaces de desvirtuar lo afirmado por Rosa Duarte y Serra, y esos testimonios no existen».[44]

EL NOVENARIO CLÁSICO Y OTRAS LISTAS DE INICIADOS. Entre los promotores de la Trinitaria hay quienes agregan, pues, a los aludidos héroes Sánchez y Mella, y a Pedro Pablo Bonilla, Epifanio Billini y Pedro Antonio de Bobea,[45] aunque siguen haciendo pretermisión de Vicente Celestino Duarte y Tomás de la Concha. El novenario clásico de José María Serra fue el siguiente: 1) Juan Pablo Duarte; 2) Juan Isidro Pérez, 3) Juan Nepomuceno Ravelo; 4) Félix Ruiz; 5) Benito González; 6) Jacinto de la Concha; 7) Pedro Pina; 8) Felipe Alfau, y 9) José María Serra. Esta lista de Serra fue la adoptada por el historiador García en su *Compendio de la Historia de Santo Domingo* y de él lo tomaron Manuel Ubaldo Gómez, Bernardo Pichardo, Álvaro Arturo Logroño, etc., en sus *Manuales de Historia de Santo Domingo*.[46] Además de

---

[42] Página 177.

[43] García, J. G., *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, t. II, p. 69.

[44] *Sánchez*, vol. 1, p. 90.

[45] El Lic. Manuel Ubaldo Gómez en su *Resumen de la Historia de Santo Domingo*, lib. I, pl. 123, ha dicho: «A Juan Pablo Duarte, joven perteneciente a familia distinguida, cupo la gloria de iniciarla y fundarla (la Trinitaria) con Juan Isidro Pérez, Pedro Alejandrino Pina, Félix María Ruiz, Benito González, Juan Nepomuceno Ravelo, Felipe Alfau y Bustamante, José María Serra y Jacinto de la Concha, a los cuales se adhirieron Francisco del Rosario Sánchez, Ramón Mella, Pedro Antonio Bobea, Pedro Pablo Bonilla y Epifanio Billini».

[46] ***Lista de Arturo Logroño:***
Juan Pablo Duarte
Juan Isidro Pérez

Serra, Juan Nepomuceno Ravelo en *Nota* o *Apuntes*,[47] Rosa y Francisca Duarte en su carta citada a Bonilla,[48] y Félix María Ruiz en

---

Pedro Alejandrino Pina
Félix María Ruiz
José María Serra
Benito González
Juan Nepomuceno Ravelo
Felipe Alfau y Bustamante
Jacinto de la Concha*

Lista de Bernardo Pichardo:
Juan Pablo Duarte
Juan Isidro Pérez
Pedro Alejandrino Pina
Jacinto de la Concha
Félix María Ruiz
José María Serra
Benito González
Felipe Alfau
Juan Nepomuceno Ravelo.**

* *Compl. Didáctico de Hist. Patria,* vol. I, p. 215. Y agrega Logroño: «… personas de aquella misma época aseguran que Vicente Celestino Duarte y Pedro Pablo Bonilla formaban parte de la sociedad, lo que no está dilucidado (p. 215)».

** *Res. Hist. Patria,* p. 74. Pichardo dice: «… y luego se incorporaron a ese grupo de apóstoles fervorosos de la libertad Ramón Mella, el representante de la intrepidez dominicana; el glorioso Francisco del Rosario Sánchez, y otros distinguidos ciudadanos que más adelante prestaron eminentes servicios a la causa nacional (p. 74)».

47 ***Lista de Ravelo:***
Juan Pablo Duarte, *Aristides.*
Vicente Celestino Duarte,
José María Serra
Benito González, Leonidas
Felipe Alfau Bustamante
Juan Isidro Pérez
Juan Nepomuceno Ravelo

48 ***Lista de Rosa Duarte:***
Juan Pablo Duarte
Juan Isidro Pérez
Pedro A. Pina
Presb. Dr. J. Ant. de Bonilla
Ramón de Mella
Francisco R. Sánchez

su carta a Federico Henríquez y Carvajal, de fecha 24 de abril del 1890, ofrecen nuevas nóminas de trinitarios fundadores al examen de los investigadores.[49]

No sé cómo pudo caer en error el propio Emiliano Tejera cuando dice que «sus primeros miembros (de la Trinitaria) son: Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez, Pedro Alejandrino Pina, Jacinto de la Concha, Félix María Ruiz, José María Serra, Benito González, Felipe Alfau y Juan Nepomuceno Tejera».[50] Repite dicho novenario de José María Serra, García, etc. Sin embargo, con instrucciones de Duarte, el mismo Tejera publica una lista de 18 fundadores que desmiente el número y nombres anteriores.[51] Aunque el historiador Tejera en su «Exposición al Congreso Nacional, solicitando el permiso para la erección de la estatua del ilustre patriota», publicada por primera vez en la revista *Minerva*, con nota explicativa, dio el novenario clásico, rectificó

Tomás de la Concha
Presb. Carrasco
Vicente Celestino Duarte*
Félix Ma. del Monte**

* Esta nómina la da Rosa Duarte en su carta citada a Alejandro Bonilla, pero en su *Diario:* «8º Se juramentaron el 16 de julio del año de 1838, los Srs.: Felipe Alfau, Juan Ravelo, D. Pedro Bonilla, Félix Ruiz, José Ma. Serra, J. Nepomuceno Tejera, D. Benito González».

** «Hay uno que parece que fue Trinitario: no lo nombro, porque no estoy segura: creo que fue Trinitario porque Juan Pablo me preguntó un día si era de los perjuros: dudo que Ud. y Epifanio Billini y Jacinto de la Concha no sean Trinitarios, pero como no estoy segura siento no poder afirmarlo».

[49] ***Lista de Ruiz:***
Juan Pablo Duarte
Francisco Sánchez
Pedro Antonio Bobea
Ramón Mella
Félix Ma. Ruiz
Pedro Alejandrino Pina
José Ma. Serra
Juan Isidro Pérez
Jacinto de la Concha

[50] *Monumento a Duarte*, p. 9.

[51] *Ibid.*

más tarde el número de sesiones y de trinitarios, en la segunda edición que dio la estampa de dicha célebre Exposición al Congreso. En esta dio la lista completa de fundadores de La Trinitaria que le dictó, Juan Pablo Duarte, en Caracas, por el 1865, pues parece que Emiliano Tejera no quiso complicar la cuestión del proyecto de estatua del Padre de la Patria que tenían sus adversarios en el Congreso, con el de la apasionada del número de trinitarios y de sesiones, no haciendo sino repetir lo ya dicho de la única sesión en la tarde del 16 de julio relatada por Serra. Pero luego, en plática con Coiscou Henríquez, el más autorizado de sus biógrafos modernos, le dice: «Cuando la Junta Erectora me encargó la Exposición expresamente incluí la lista de los trinitarios fundadores que trae Serra. Era mucha y poderosa la oposición al proyectado monumento, y hubiera sido imprudente añadir leña al fuego, hiriendo en aquellas circunstancias, susceptibilidades de precedencia entre descendientes vivos e influyentes de algunos trinitarios de la lista de Serra».[52] Tejera dio, así, en definitiva, la lista completa de los trinitarios juramentados en la mañana y en la tarde sucesivamente, del día 16 de julio del 1838, ó 1840, con más probabilidad, este testimonio de Duarte que transmite Tejera es juicio definitivo que resuelve el tema apasionante. El historiador Coiscou comparte esta tesis en Nota puesta la margen de su «Heroísmo Silencioso», inserto en *Escritos Breves.*[53] El escritor Vetilio Alfau Durán, acucioso investigador, refuta con obstinación y algunas observaciones atendibles, la antítesis, manteniendo el novenario de Serra.[54]

Nueva prueba de que Sánchez, Mella y otros trinitarios que no figuraban en la monografía de Serra fueron de los fundadores de dicha asociación política, la ofrece el indicado miembro Ruiz, en una de sus epístolas a Henríquez y Carvajal, en la cual le relata lo que sigue: «A mediados del 1838, arribó a Santo Domingo un religioso dominico, de origen español, no recuerdo si

[52] Año I, No. 1, 28, Nota de Tejera que se reproduce en el *Boletín del Archivo General de la Nación*, año IV, No. XVIII, 325.

[53] Coiscou, *Cuaderno de Tejera, conversaciones con Emiliano.*

[54] Notas sobre la Trinitaria, junio, julio y agosto de 1958.

proveniente de la Península o de Costa Firme, etc., el cual pronto se ganó las simpatías de muchas personas entre las cuales figuraban Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez, Francisco Sánchez y otros, etc.» «El padre Perera (no recuerdo, precisamente si tal era su apellido), se instaló en una pieza contigua a la sacristía del Convento de la Regina Angelorum, donde abrió una clase de Filosofía, y se redujo a nueve discípulos y que firmaron después la Sociedad Trinitaria: 1. Juan Pablo Duarte, 2. Francisco Sánchez, 3. Pedro Antonio Bobea, 4. Ramón Mella, 5. Félix María Ruiz, 6. Pedro Alejandrino Pina, 7. José María Serra, 8. Juan Isidro Pérez, 9. Jacinto de la Concha. El tal padre que debió ser un famoso revolucionario, etc., nos preguntó si estábamos bien hallados con el gobierno haitiano. Ramón Mella contestó: que no podíamos estarlo, bajo la presión de un gobierno de negros libertos que hacía más de 16 años que nos tenía subyugados y aprisionados como a un pueblo conquistado.

En ese caso –replicó el fraile– ¿no les estaría a Uds. mejor volver a incorporarse a la Madre Patria? De ningún modo, dijo Duarte, con calor, etc.» Pues bien, jóvenes, insistió el dominico, puede hacerse otra cosa: si V.V. se encuentran capaces de iniciar y propalar el pensamiento de separación de Haití, etc.».[55]

Hay que suponer, a falta de verdad histórica establecida, que pudieron ser el doble de los trinitarios de aquellos nueve que se han fijado como número originario. En pro de esta presunción hablan las *Reflexiones históricas sobre Santo Domingo*, escritas por Félix María del Monte, donde se dice que fueron 18 los discípulos del padre Gaspar que formaron «el apostolado de la doctrina redentora», y por ende, los miembros de aquella Trinitaria que se integró de éstos. Y el testimonio de Rosa y Francisca Duarte quienes a pesar de haber indicado el número nueve en sus *Apuntes,* a los presbíteros Dr. José Antonio de Bonilla y Pedro Carrasco Capeller, les atribuyó el carácter de socios fundadores de la junta patriótica en referencia. En su carta del 14 de septiembre del 1887, en la cual contestan a quien trató de ponerla en pugna con el opúsculo de José María Serra acerca de la creación de aquella

[55] Carta cit. de fecha 24 de abril del 1890.

organización revolucionaria, han dicho, en lo que atañe al Pbro. Bonilla: «El segundo documento (que poseemos) es un folleto publicado en el año de 1871, que en la segunda nota dice: "En el elemento liberal figuraban en primera línea: Juan Pablo Duarte, Francisco del R. Sánchez, Ramón Mella, Pedro Alejandrino Pina, Juan Isidro Pérez, Dr. José Antonio Bonilla y otros patriotas no menos ilustres"».[56] Tal documento fue publicado aunque sin firma al pie, en el periódico *La Opinión Nacional* de Caracas, el 21 de octubre del 1869, y reproducido después en un folleto que se editó en Nueva York, en 1871, el cual contenía algunas ampliaciones, y dado entonces a la publicidad por varios dominicanos expatriados por el presidente Buenaventura Báez. Esta, si no prueba plena, sirve en este caso para completar las presunciones derivadas de indicios racionales de otros documentos relacionados, así como la voz sagrada de la tradición, en el sentido de que eran mucho más de nueve los fundadores de la Trinitaria y de dudar de que patriotas como Sánchez, Mella y otros anotados, no figuraran entre ellos.

La falta del acta instrumental de su instalación. La carencia del acta instrumental de instalación de aquella junta revolucionaria da consistencia a toda clase de lógicas inducciones históricas acerca de mayor número que el novenario clásico consagrado por los historiadores nacionales, así como respecto de la fecha de su constitución, ya en 1838, ora en 1840, y hasta en 1843.[57]

[56] *Apuntes…*, de Rosa Duarte ya mencionado.

[57] A los antiguos testimonios y opiniones se agregó en estos tiempos el de Federico Henríquez y Carvajal, quien es partidario de la existencia de las dos sesiones en el mismo día 16 de julio, con un mayor número de miembros trinitarios, aunque haciendo hipótesis muy personal acerca de todo esto. Refiere el venerable Henríquez y Carvajal que Pedro Pablo Bonilla decía siempre que «él había sido Trinitario de la primera hora», lo cual da alguna verosimilitud, con los demás elementos de juicio traídos a colación, a la muy persistente tradición de que efectivamente hubo dos reuniones en el señalado día, y no una sola como consignan Serra y otros.

Esta falta de un documento auténtico que indudablemente arroje los verdaderos iniciadores de la «Trinitaria», y el hecho de que existen cuatro nóminas distintas de trinitarios fundadores hace

---

Además, esa carta de Rosa Duarte, hace figurar entre los iniciadores de la Trinitaria, génesis de la Patria, no sólo a los nueve fundadores en el concepto clásico, sino a muchos otros, Francisco Sánchez, Pedro Pablo Bonilla, el padre José Antonio Bonilla, el padre Carrasco, Jacinto de la Concha, Félix María Ruiz, etc.; pero es extraño que no citara entre ellos a su hermano mayor Vicente Celestino Duarte, y su mismo pretendiente Tomás de la Concha, ambos conspiradores auténticos de ese momento, y todo lo cual nos deja entrever que hubo más iniciados de los que aparecen en las relaciones de Serra y otros coetáneos. Aunque ella introduce nueva confusión en cuanto al número y los nombres de tales precursores de la Nacionalidad.*

* Reposa en el Archivo de Henríquez y Carvajal el original de la carta a que alude.**

** En la carta del 12 de enero del 1935, Federico Henríquez me ha hecho notar que es dudoso que Félix del Monte que aparece como trinitario fundador en la lista de Rosa Duarte, lo haya sido en verdad, pues nunca habló de ello ni realmente se ha encontrado ningún antecedente a este respecto. Igual se podría aducir de otros citados en esa lista.

El ex-jefe de los académicos, Dr. Federico Henríquez y Carvajal, en carta del 12 de enero del 1935 que me dirige, refiriéndose a conversación anterior ha dicho:

Los datos que en 1890 me suministró el trinitario Félix Ma. Ruiz adolecen de errores y omisiones. Los nueve sufren, en su memoria nuevos cambios. Según Félix Ma. Ruiz fueron: Duarte, Mella, Sánchez, Pérez, Pina, Serra, Ravelo, Concha y Pedro Ant. Bobea.

Emiliano Tejera afirma que su padre –Juan Nepomuceno Tejera– habló en varias ocasiones de que hubo dos reuniones el 16 de julio, día del Carmen: una en la mañana y otra en la tarde y fueron más de nueve los reunidos. Eso mismo afirmaba, más tarde, Rosa Duarte, en carta dirigida a Alejandro Bonilla, febrerista, quien daba testimonio de que sus hermanos –el Padre Bonilla y el Lic. Pedro Pablo Bonilla– fueron trinitarios.

Rosa Duarte da estos nombres. Juan Pablo Duarte, Felipe Alfau (el desertor), Juan Isidro Pérez, Pedro Ale. Pina, Félix M. Ruiz, Juan N. Ravelo, José M. Serra, Fco. Del R. Sánchez, Ramón Mella, Pedro Bonilla, Pbro. Carrasco, Jto. de la Concha, Félix M. del Monte, Pedro B. Bonilla, Vte. C. Duarte, Tomás de la Concha, Benito González y Juan Nep. Tejera.- Eliminando al desertor, son 16. Pero sus discípulos y sus amigos nunca le oyeron decir a Del Monte que él era trinitario fundador, sino comunicado.***

*** Comunicado era el Trinitario secundario que era invitado por uno fundador y de quien solo tenía noticias ciertas.

casi imposible la solución definitiva de la cuestión del número de miembros de dicha junta y de si existieron una o dos sesiones el

---

Comunicados han podido ser otros más de la nómina de Rosa Duarte. Acaso Tejera, Tomás de la Concha, P. P. Bonilla, V. C. Duarte: El último casi paraba o residía en Los Llanos. José Ant. Bonilla i España, hijo de don Pedro Pablo, para confirmar que su padre era trinitario, solía decir: «él prestó juramento, en la Catedral, mientras el oficiante alzaba la ostia». Claro es que si juró en la Basílica, no juró en la morada de J. I. Pérez el 16 de julio de 1838.

Así se reduce a trece la lista de Rosa Duarte. Ese número puede descomponerse así: 5 en la mañana y en la tarde; 4 en la mañana y 4 en la tarde. En la mañana, pues pudieron ser éstos: Duarte, Pérez, Pina, Ruiz, Ravelo, Concha, Serra, Pbro. Bonilla, Benito González.

Y en la tarde. Duarte, Pérez, Pina, Ruiz, Sánchez, Mella, Pbro. Carrasco, Ravelo y Serra.

Está racionalmente estudiada la cuestión por nuestro informado comunicante, y le da consistencia su testimonio a la hipótesis de que fueron dos reuniones en vez de una celebrada por los iniciadores trinitarios el día 16 de julio, aunque seguimos discrepando en que fuera de modo indudable el año 1838 el de la fundación de la sociedad patriótica que nos ocupa, así como se aparta el académico Henríquez y Carvajal de la voz de la tradición que no señala como punto de la segunda reunión del 16 de la casa de Juan Isidro Pérez, sino más bien en un sitio desconocido hasta ahora del barrio de San Carlos, o no revelado aún, la cual pudo verificarse también en la Catedral o lugar cercano a ella, según parece dejar entrever la iniciación de Bonilla referida por su hijo. Esto, naturalmente, destruye la postrera conjetura de dicha carta, puesto que si no se llevó al cabo adonde Chepita Pérez la segunda sesión trinitaria no había para qué figurar otra vez en ella al dueño de la casa, Juan Isidro Pérez, ni es presumible que en la primera reunión pudiera asistir el secretario Serra, quien no habla sino de una sola sesión y nueve miembros que se efectuó a la hora vespertina de la procesión del Carmen, mientras que en la hipótesis considerada por esta historia figura en dos horas distantes del día clásico de la inauguración de la patriótica junta.

De todos modos ese nuevo juicio de Federico Henríquez arroja luz en el vivo problema del número de trinitarios aún no delimitados, acerca del cual es necesario mantener hasta más depurados datos una prudente duda histórica, conformándonos tan solo con recoger éstas dos ya verosímiles verdades: primero, que fueron dos, y no una como antes se creía y afirmaba, las sesiones primarias del día 16 de julio, bien que quede en incertidumbre todavía el lugar en que fue una de ellas, y conjuntamente el año a que correspondió tal día de su fundación; segundo, que no fueron nueve los miembros iniciadores de la Trinitaria, sino mayor número, quizá diez y seis

día 16 de julio del 1838 ó 1840.[58] Por más que como dije es racional el quedarse la crítica histórica con la presunción de la existencia de las dos reuniones, ya denunciadas por documentos de esos tiempos que traen una prueba indirecta, y un reconocimiento implícito o expreso de los actores de tal período incubatorio de la Independencia.[59] En rigor tal ausencia del acta de fundación de La Trinitaria, o por lo menos algún esbozo o pliego que haga las veces de acto instrumental o básico de la Junta, torna en completamente controvertible la materia.[60] Por lo cual no se debió sin mejor averiguación escoger el grupo de trinitarios de Serra para figurar de manera exclusiva entre los miembros de aquella sociedad, que se hicieron inscribir en la tarja de mármol de la casa próxima a la iglesia del Carmen donde nació la misma el 16 de julio y fue la antigua morada de Juan Isidro Pérez.[61]

---

como se insinúa antes, o de manera más segura como fijara, luego, al tratar del juramento de esos trinitarios, pues tal denominación respondía más bien que a una agrupación de hombres a una idea de iniciación o sistema político en que cabían series distintas de individuos que se reunieran en diversas partes o sitios en donde recibieron sus juramentos, y entre las cuales pueden entrar perfectamente los nueve que hacen figurar los autores.

58 «No existiendo el acta instrumental de la fundación de la Trinitaria en sus sesiones inaugurales, y existiendo cuatro listas o nóminas incompletas de trinitarios, cuál de ella serviría de auténtico patrón comparativo para excluir miembros fundadores cuyos nombres figuraran en las otras tres listas? Determinada la existencia de dos reuniones inaugurales, separadas y distintas y celebradas en el mismo lugar, ¿podría escogerse sin riesgo de cometer un grave error de exclusión histórica, la lista de trinitarios dada por uno de ellos o por Rosa Duarte, que señalan, exclusivamente, los asistentes a una sola reunión? No existiendo el acta instrumental de la fundación, ¿tendría derecho a exclusividad una de las listas en presencia de otras tres de origen trinitario? (Lovatón, *Sánchez*, vol. 1, p. 94)».

59 Mejía Ricart, *Crítica de nuestra historia moderna*, vol. 2.

60 Utrera, *art. cit.*

61 «Pasando de la investigación de las listas a los componentes de ellas», dice Lugo Lovatón, «sólo un sistema de exclusión, arbitrario y antojadizo, permitiría a cualquier historiador tener como fundadores, a los trinitarios cuyos nombres figuraran en las cuatro listas. En ese caso, únicamente lo serían Duarte y Pérez, un poco menos, Pina y Serra, quedarían en completo plano de duda aquellos que figuraran en dos listas, no tomándose para nada en consideración los nombres que aparecieran en una sola de ellas.

La razón del nombre examinada en varias hipótesis conjeturadas, y en el origen francés del lema «Dios, Patria y Libertad». Tampoco están de acuerdo los historiadores y la tradición respecto a las razones del nombre Trinitaria. Porque, mientras para Serra determinó tal denominación el número de componentes que eran nueve, en dicho núcleo patriótico, quienes «formaron bajo juramento una base triple de los miembros cada una»,[62] invocando éste en su pro el propio testimonio de su creador Juan Pablo Duarte; otros piensan por el contrario que fue el lema de «Dios, Patria y Libertad», bajo cuya advocación estuvieron desde sus comienzos estos nuevos cruzados.

Duarte, dijo: «… Esta sociedad se llamará, la Trinitaria, porque se compondrá de nueve miembros fundadores, que formarán juramento una base triple de los miembros cada una. Estos nueve individuos, tendrán un nombre particular cada uno, del que solo usarán en casos especiales, el cual nadie conocerá excepto los nueve fundadores. Habrá toques de comunicación que significarán confianza, afirmación y negación; de modo que al llamar un trinitario a otro que está en su cama, ya éste sabrá por el número y manera de los toques, si debe o no responder, si

La misma circunstancia que nos impide rechazar en todo o en parte cualquiera de las listas o nóminas de trinitarios, es la que se interpone para impedirnos suprimir a cualquiera de sus componentes. Tan viciado es el sistema de creer a ciegas en una de las listas, como aquel otro que pudiera emplearse, buscando los trinitarios fundadores por la concurrencia en cuatro, en tres o en dos de las listas. Consecuencialmente, ni Serra, ni Ravelo, ni Rosa Duarte, ni Ruiz, pueden ser escogidos con carácter exclusivo frente a las otras tres listas, para los fines de grabar una lápida conmemorativa que ilustre a las generaciones del porvenir acerca de quiénes fueron los trinitarios fundadores. Gravísimo error se cometió con imperdonable injusticia para los excluidos, al escoger la nómina dada por Serra y grabar nueve nombres en lápida de mármol, para colocarla en la casa moderna de concreto armado que heredó el histórico solar del bohío de Chepita Pérez frente a la iglesia del Carmen. (*Sánchez,* vol. 1, pp. 94-95)». «Porque no se conoce el acta instrumental de la fundación», dice Utrera, «fueron en un tiempo más los trinitarios que los verdaderos; porque no se conoce esa acta, ninguno puede tener la inscripción de la tarja de mármol por inconcusa e incontrovertible.

[62] Foll. cit., p. 11.

corre o no peligro, etc., por medio de un alfabeto criptológico se ocultará todo lo que conviene guardar secreto. Etc.».[63] En cuanto a la anterior explicación, ella se comparece con la triple idea a que obedece la bandera dominicana, cuyo símbolo los trinitarios lo vieron respectivamente en los colores blanco (Dios), azul (patria) y rojo (libertad). Aviénese a cabalidad con el lema adoptado por Duarte, y lo mismo que la cruzada de los cuarteles azules y rojos, «tienen su origen en Francia», dice Leonidas García, «visitada por él en dicho viaje (en 1830) y en donde sin duda fue ávido espectador de los sucesos relacionados con la inmortal revolución del año de 1830».[64] Conspira de esta genealogía gala de erudito artículo que se intitula «El pabellón francés a través de 100 años», escrito por Lefévre de Saint-Ogan, el cual viene acompañado de varios grabados en colores, entre los cuales sobresale un simbólico lienzo tricolor idéntico al nuestro: el color blanco divide horizontal y verticalmente la bandera; los cuarteles azules y rojos se alternan a cada lado. Este añejo pabellón integrado por tres colores data de la toma de la Bastilla»,[65] aunque nada acerca de cómo fue adoptado nos haya dicho Lavisse en su *Historia de Francia*. El citado Saint-Ogan refiere que la revolución había elegido al principio el verde, color de esperanza.

Era el color de Necker, personaje muy popular e influyente todavía en la Francia de aquellos días, y quien acababa de ser separado del ministerio. Era también el de las hojas arrancadas a los árboles del Palacio Real y que sirvieron como señal de reunión a los patriotas para marchar sobre la Bastilla con Camilo Desmoulins. Pero se advirtió que el verde era el color de la librea del conde de Artois; y se trocó él por el rojo y el azul, colores de la villa de París, a los cuales se unió el blanco, color de la realeza.

[63] Serra, *Apuntes para la historia de los Trinitarios Fundadores de la República Dominicana*, pp. 11-12.

[64] Lic. Leonidas García, «Influencia de la Iglesia Católica en la formación de la Nacionalidad y en la Creación de la República Dominicana», publicado en *Clío*, p. 126, 5o. fac., septiembre y octubre del 1933.

[65] Artículo inserto en la revista francesa *VU,* ed. del 9 de julio del 1930, consagrada «Al Centenario del Pabellón Tricolor».

Los colores del Pabellón fueron luego dispuestos de diversos modos. Algunos batallones de la Guardia Nacional, adoptaron el rojo y el azul en línea horizontal. En 1831, Luis Felipe, al pasar una revista en Rouen, se admiró de ver un pabellón de la Guardia Nacional con una gran cruz blanca, esquinada con dos cuarteles rojos y dos cuarteles azules, se le explica que era el Pabellón de 1790 religiosamente conservado. Debajo de la ilustración que representa la última bandera hay la siguiente leyenda: PABELLÓN DE ORDENANZA DEL REGT. DE POITOU».[66]

Entre los que trillan esta ruta antes expuesta está el mismo historiador José Gabriel García, cuando aclara: «La insignia nacional adoptada por el pueblo haitiano al constituirse en Estado libre e independiente, había sido formada por Dessalines en un momento de exaltación patriótica, arrancando de la bandera francesa el color blanco, al cual atribuía todas las desgracias de Haití; de manera que el mundo veía en ella el símbolo del exclusivismo que por desgracia ha servido siempre de base a la legislación de la República vecina, y de punto de mira de su política local.

[66] Leonidas García en su ensayo de índole histórica, *La influencia de la Iglesia Católica en la formación de la Nacionalidad y en la Creación de la República Dominicana*, ha dado consistencia documentada y buen razonamiento a la hipótesis que he expuesto.
Refiérenos el laureado escritor, Lic. Leonidas García, heredero de su padre José Gabriel García en su afición a la Historia, así como lo es su otro ilustrado hermano el Dr. Alcides García, que «un dominicano que estuvo en paseo en Francia vio en una librería de París una revista o libro que tiene litografiada una bandera tricolor con el siguiente lema estampado en su parte superior: PATRIA Y LIBERTAD. Esta circunstancia, unida al hecho de haber escrito el filósofo francés Julio Simón en una obra intitulada *Dios, Patria y Libertad,* es la razón que nos ha autorizado a hacer la susodicha afirmación sobre el lema y la bandera nacionales, en la firme creencia de que los nuevos informes que buscamos al respecto, y quizás si la lectura de la obra del célebre pensador Simón, nos sacarán verdaderos. Aunque desde ahora nos atrevemos a asegurar que el luminoso espíritu de Duarte supo imprimir nueva significación a los dos signos que adoptaba. El lema le dio pie para su gran concepción trinitaria y a la bandera infundió un soplo casi divino».*

* Lic. L. García, Foll. ref.: *La Influencia de la Iglesia Católica en la formación de la Nacionalidad y en la Creación de la República Dominicana*, repr. en *Clío*, n. cit., p. 127.

Para conseguir, pues, el fin deseado por los separatistas, necesario era dar a la enseña que debía servir de lábaro a la nacionalidad dominicana, una significación diametralmente opuesta, era escogiendo para formarla colores diferentes a los de la bandera haitiana, ora combinando éstos con el blanco que, considerados por aquellos como principio de discordia, debía ser para los dominicanos símbolo de paz y armonía.

Inspirado en esta creencia y enardecida su fe patriótica por la que tenía en las doctrinas de la religión cristiana, fue que el caudillo nacional, buscando en el signo de la redención el medio de resolver el difícil problema, concibió la grande idea de separar los colores de la bandera haitiana con una cruz blanca, para significar de este modo al mundo, que el pueblo dominicano, al ingresar en la vida de la libertad, proclamaba la unión de todas las razas por los vínculos de la civilización y del cristianismo».[67] Otro indagador patentiza la influencia que ejerció en la mente de los jóvenes patriotas la idea de Dios. «Los antiguos paladines tenían un lema que sintetizaba sus ideales» –dice Emiliano Tejera–, «Duarte, paladín del derecho, tenía también el suyo, que sintetizaba sus propósitos, y que trasmitió íntegro a la futura República: PATRIA Y LIBERTAD.

Pero como la lucha que se iba a sostener era tan desigual, conocida la fuerza y la organización del dominador, era preciso buscar en una forma moral la compensación que no existía en los materiales. Duarte la encontró en Dios, fuente de justicia y derecho, y al cual creyó desde luego de su parte, por ser tan santa la causa que sustentaba. No se engañó en esta apreciación, que tenía fundamento sólido en el espíritu religioso de sus compatriotas. El lema de la República Dominicana fue Dios, Patria y Libertad, y era tanta su influencia, que los primeros campeones de la República invocaban a Dios al comenzar las batallas creyendo con esto asegurado el triunfo, y con el nombre de Dios en los labios, morían, si la suerte los había destinado a perecer en los combates».[68] Contraria

[67] «La Idea Separatista», artículo insertado en la *Revista de Educación*, p. 41, ed. mayo 1921, y publicado por primera vez en 27 de febrero del 1883.

[68] *Monumento a Duarte*, p. 9.
En la *Breve Historia del Mundo*, de H. G. Wells, p. 160, se puede leer: «… La Comunidad Cristiana, que se iba extendiendo, se vio desgarrada por

abiertamente esta hipótesis del nombre de la junta patriótica derivada de la concepción de lo divino adoptada desde sus comienzos por los patriotas y sugerida por Duarte, el hecho que denuncia Madiou de que solo en víspera del grito de la Puerta del Conde es cuando brota la idea de la bandera dominicana que no pudo tremolarse en la noche señalada del 27 de febrero del 1844. «El 26 (de febrero), dice Tomás Madiou en su *Historia de Haití,* los insurgentes, no estaban todavía de acuerdo acerca de la bandera que se debía desplegar; se congregaron para tomar una resolución; pero Joaquín Puello opinó que se sirvieran de la misma bandera tricolor haitiana, para evitar incidentes que pudieran comprometerlos si se enarbolara otro pabellón, pues agregaba él, «Uds. saben ya que se ha hablado de una propaganda colombina y se creería si cambiamos la bandera que se trata de esto; dejémosla como está, y cuando las constituyentes se reúnan, entonces que el pueblo decida qué colores habrá de tener y podremos cambiarla si se autoriza», uno de los otros miembros dijo a su vez «Nosotros le pondremos una cruz blanca. La proposición fue aceptada».[68] Así, pues, de creer al historiador haitiano, resulta un anacronismo que se atribuya a la «Trinitaria en el 1838 ó 1840, lo que solo fue obra de los conspiradores del año 1844, y se verá por la relación de este propio Tomás Madiou y otros indicios, que hay que aceptar la bandera bicolor como la única que verdaderamente se desplegó a los cuatro vientos el día histórico

disputas teológicas muy complicadas, sobre la relación existente entre el Dios Jesús y el Dios Padre del género humano. Los arrianos creían que Jesús era divino, pero distinto del Padre e inferior a Él. Los Sabelianos juzgaban que Jesús era tan sólo un aspecto del Padre, y que Dios era Jesús y el Padre al mismo tiempo, al modo como un hombre puede ser simultáneamente un padre y un artífice. Y los Trinitarios sostenían la doctrina más sutil, de que Dios era a un tiempo uno y trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Luego, tras disputas, violencias y guerras, la fórmula de los trinitarios fue aceptada como fórmula de toda la Cristiandad. Se encuentra, en su expresión más completa, en el Credo de Atanasio». Es de esta fuente que tomó el nombre probablemente Duarte, para la junta revolucionaria.

[68] *Historia de Haití, 1843-1846*, pp. 110 al 116.

del baluarte, lo cual impidió, por otra parte, que las autoridades haitianas ordenaran que se hiciera fuego contra los amotinados en aquella memorable ocasión».[69]

Hay quien aventure una nueva tesis alrededor del nombre que no deja de ser presentada con buena dialéctica, cuanto cabe a históricas inducciones o conjeturas. Y es que se llamó, la Trinitaria por motivos de organización y en cierto modo de lingüística, por no decir de etimología misma: formábase la tal asociación o junta patriótica de una serie de triángulos cuando, diciéndolo así, de modo figurado y abusando de la retórica, donde cada cual era formado a su vez por tres individuos; pero conservando entre sí estos triángulos un vínculo que los unía: el iniciador.

2.– La Filantrópica como un complemento o prolongación de la Trinitaria, aunque con distintos fines aparentes: la primera, de carácter netamente político, y la segunda, de índole privada y cultural

Otro punto que el mismo patriota José María Serra aclara en su epístola a Meriño,[70] es el deslinde entre las Trinitaria y Filantrópica, las cuales fueron dos sociedades distintas: la primera era netamente revolucionaria, de carácter político, mientras que la otra era una institución aparentemente dedicada a otros fines privados, especialmente culturales. De acuerdo con las noticias dadas por Rosa Duarte, la Filantrópica fue a modo de un complemento o prolongación de la Trinitaria. «Después», dice, «formaron una sociedad filantrópica. Sus sesiones eran públicas. Tenía ella, además, reuniones privadas».[71]

[69] Este juramento está en flagrante contradicción con lo que afirma Madiou acerca del nacimiento de la idea de la bandera tricolor el 26 de Febrero del 1844, la víspera del grito de la Puerta del Conde, en la reunión celebrada por los patriotas en casa de los Puello (*Historia de Haití*, p. 116).

[70] Esta misiva de Serra sirvió de prefacio al folleto de aquel trinitario, y le da crédito en la «Advertencia» del mismo al Lic. Carlos Nouel.

[71] Lugo Lovatón, *La Fundación de la Trinitaria*, etc., edic. 16 de marzo del 1935.

Nació esa asociación para dar desahogo a los anhelos patrióticos del alma nacional subyugada, bien que lo hiciera bajo pretextos literarios y por manifestaciones en el teatro o por actos formalmente artísticos, en el momento en que hubieron de interrumpirse los trabajos revolucionarios de su antecesora «la Trinitaria»,[72] dice Lugo Lovatón, «fue la pila bautismal de la causa. De ella partieron los apóstoles de nuestra libertad a propagar el nuevo credo de Dios, Patria y Libertad. Se evitan las reuniones, pero se reúnen. Cada trinitario va sumando secretamente sus adeptos. Los nombres de la Filantrópica y de la Dramática se escuchan en los hogares dominicanos con unción y entusiasmo patrióticos. Son dos sociedades, una sola si queréis, pero guardaos de pronunciar las diez letras sagradas del verdadero y único nombre de ella. Los fines de sus componentes no hacen presumir ningún peligro. Propósitos recreativos y culturales reúnen a la juventud, que se vale de giras, bailes, cenas, representaciones teatrales, conciertos, veladas, etc., para con lentitud, seguridad y discreción, ir conquistando nuevos amigos, una familia, todo un vecindario, tres apellidos, a la causa de los tres vocablos mágicos».[73] Es casi seguro que ambas asociaciones recreativas, puramente literarias la una, la Filantrópica, fuesen dos aspectos de un mismo pensamiento intelectual de los jóvenes patriotas de su tiempo.

Cuanto a la Trinitaria y la Filantrópica, que es la más conocida de las dos últimas sociedades de fines artísticos, Serra en su comentada monografía de los trinitarios establece sus diferencias formales. «… fueron dos sociedades distintas: la primera, era revolucionaria exclusivamente; la otra no. Aquella, la Trinitaria tenía por misión la propaganda». Y explica sus fines: «Uno de los medios de que se echó manos fue el teatro; éste se llenaba de bote en bote en ciertas representaciones escogidas de intento, y la exaltación del espíritu público era tal en ocasiones, que llegó a llamar la atención del gobernador».[74] Rosa Duarte confirma a

[72] García, *Rasgos biográficos de dominicanos célebres,* Rosa Duarte, *Apuntes.*

[73] Lugo Lovatón, vol. 1, p. 102.

[74] La Filantrópica utilizó la cátedra para su propaganda: el padre Gaspar Hernández, José María Sigarán, los doctores Pedro Piñeiro, y Wenceslao

Serra cuando escribe: «… después formaron una sociedad filantrópica», y luego agrega: «… Deseando crear espíritu público formaron una sociedad dramática».[75] Estas asociaciones debieron ser la misma a pesar de la antigüedad característica de la memorialista, fundándose la Trinitaria y la Filantrópica en el año 1840, según Serra, y Rosa Duarte implícitamente acata esta fecha cuando supone a esta segunda agrupación formada a raíz de la primera, pues entonces fue cuando se hicieron las representaciones de dicha sociedad dramática en la denominada Cárcel Vieja, y en las cuales ganó «mucho terreno… en la vía de dividir el elemento dominicano del elemento haitiano».[76] Acerca de todo esto, ha escrito García en su citada biografía del prócer Juan Isidro Pérez: «… Tan atrevido para la propaganda como osado para la conquista: cualidades que no sufrieron menoscabo ni aun durante el lapso en que se vieron paralizadas las patrióticas faenas de la Trinitaria, a causa de la inconsecuencia de uno de sus miembros activos, que arrepentido ante la magnitud del compromiso a que había llegado, renunció torpemente a la gloria de haber sido uno de los fundadores de la República».[77] Y después continúa: «… Pérez fue uno de los que vivieron el fuego sagrado de la idea nacional avivado a poco por los trinitarios desde los bancos siempre concurridos de la Filantrópica, sociedad establecida en apariencia para fines literarios y recreativos; pero que en realidad no fue sino la continuación de la Trinitaria cuyos interrumpidos trabajos reanudó con bríos y siguió con asiduidad y constancia, echando mano del teatro como del medio más adecuado para

---

Guerrero, Manuel María Valencia, Manuel Guerrero y Antonio de Soto, fueron vulgarizadores de la idea de libertad.*

* *Apuntes para la historia de los Trinitarios Fundadores de la República Dominicana*, p. 14. Ravelo, *Apuntes*, etc.

75 «Año 48.- Algunos del pueblo se aplicaban a oír y algunas veces aplaudían con entusiasmo. Deseando crear espíritu público formará una sociedad dramática. Las piezas que se ponían en escena iban ilustrando al público que cada día comprendía más y más sus deberes para con la patria… *(Apuntes...)*».

76 García, *Rasgos biográficos de dominicanos célebres.*

77 Reproducido dicho folleto de García en *Panfilia*, año 1, de fecha 30 de enero del 1924, #17.

despertar el dormido patriotismo del pueblo y mantenerlo excitado».[78] En el cuadro de aquella época antañosa de evocación patriótica se destacan en bajo relieve de la Historia aquellas representaciones del teatro de la Cárcel Vieja, por cuyas escenas trágicas o cómicas discurría en los diálogos equívocos o de doble sentido, las pautas demasiado prolongadas en ocasiones para despertar lo que no se decía pero se sentía en aquella gente de la ciudad de Santo Domingo, subyugada por Boyer y que mantenían sus tradiciones castellanas a todo trance y por sobre la misma de sus dominadores, estimuladas por los adeptos de Duarte y que componían la recién extinguida junta trinitaria. En la parte oriental, dice Leger en *Haití: su historia y sus detractores*, especialmente desde 1842 en que se acrecentó el elemento separatista e hizo sentir secretamente su fuerza entre las familias dominicanas, aquel mismo malestar de Puerto Príncipe salió a la superficie, tras la cortina de las mismas quejas del elemento haitiano liberal, el cual veía con desagrado y criticaba acerbamente las actuaciones de Carrié en Santo Domingo, que no estaban a tono con la época ni con las necesidades del pueblo. Todas las divergencias entre los hombres del gobierno haitiano eran aprovechadas por trinitarios, capitaneados por Juan Pablo Duarte, quien con buen juicio, se inclinaba a unir sus partidarios al elemento reformista haitiano de oposición que sin lugar a duda y en aquella circunstancia, constituía una apreciable ventaja para el elemento liberal dominicano que estaba trabajando ocultamente en el sagrado seno de los hogares, y en público igualmente, tras el burladero de las tablas, en el teatro de la Cárcel Vieja»,[79] que, al decir de García habíamos «construido expresamente y a su costa por Manuel Guerrero, para poner en escena tragedias y

[78] Rosa Duarte, *Apuntes…,* etc.

[79] García, *Rasgos biográficos de dominicanos célebres,* dice: «… mucho terreno ganó la sociedad Filantrópica con sus representaciones dramáticas en la vía de dividir el elemento dominicano del elemento haitiano, i preparar los ánimos entre la gente de la capital para la cruzada separatista, siendo prueba evidente de ello las discusiones políticas que por todas partes se levantaban al siguiente día de una función escogida…».

comedias llamadas a despertar el espíritu patriótico».[80] Ya se verá en este mismo libro cómo reformistas haitianos y separatistas dominicanos caminarán juntos en el año 1843, en la antesala de los grandes acontecimientos de la patria, para apartarse luego cuando los hechos fijan de nuevo fronteras a sus diversas ideologías patrióticas.[81]

3.– UN ACUERDO PREVIO ENTRE DUARTE Y SUS COPARTÍCIPES EN LA FORMACIÓN DE LA TRINITARIA

Cosa cierta es, según personas tan enteradas como el mencionado Serra, que precedió a la formación de esa Trinitaria un acuerdo previo entre su promotor, el joven Juan Pablo Duarte y sus compañeros y amigos políticos. Pudiendo retrotraerse este concierto, implícito, por lo menos a la cátedra del padre Gaspar Hernández, de que hablan todos los que acerca de la materia se han ocupado, desde Madiou hasta Lugo, y cuya verdad confirma el propio trinitario Ruiz, en su referida carta a Henríquez y Carvajal, alude a un tal presbítero Perera, confundido por el octogenario con el limeño Hernández, en torno del cual se agruparon los condiscípulos de Duarte que debían constituir años más tarde la nombrada junta. «El padre Perera, no recuerdo precisamente si tal era su apellido», dice Félix María Ruiz, «se instaló en una pieza contigua a la sacristía del convento de la Regina Angelorum, donde abrió una clase de filosofía, y se redujo a nueve discípulos y que formaron después la Trinitaria».[82] Es evidente, pues que su gestación hay que buscarla en las clases del Padre Gaspar,[83] porque de ahí surgió el movimiento separatista de entre los filorios,[84] que constituirían

[80] García – Serra.
[81] Libro IX, Cap. III.
[82] Carta dirigida por Félix Ma. Ruiz a Federico Henríquez, Director del *Mensajero* de fecha 24 de abril del 1890, y reproducida en *La Opinión*, ed. n. 91 del 1º de noviembre del 1924.
[83] Gaspar Hernández.
[84] El término filorios era dado despectivamente a los duartistas por sus opositores políticos de aquellos tiempos críticos de la Nacionalidad (Serra, *Apuntes*…).

los camaradas de Juan Pablo Duarte, la idea de formar la agrupación revolucionaria en cuestión. Esos condiscípulos de Duarte son los coparticipantes de La Trinitaria a los ojos de la crítica histórica. El fenómeno que se produce en estas cátedras de Regina Angelorum es la culminación de un proceso cuyo punto final es el núcleo patriótico, y cuya duración no es posible precisar con exactitud.[85] Duarte es el jefe de los trinitarios, su director espiritual y el coordinador de esas fuerzas humanas que se cohesionan bajo su impulso, porque en contacto con asociaciones secretas en Europa «tras la forma práctica para la idea separatista y con la esencia de su apostolado, se sumerge en ella y la adquiere a fondo, para luego, de común acuerdo con sus compañeros, acondicionados ya en forma efectiva para tales fines, proceder, asociados secretamente, con un mínimo de peligro, a la conspiración organizada».[86] Es además Juan Pablo Duarte, el más puro, el más ilustrado y el más dominado por la idea absorbente patriótica, de entre los del grupo del sacerdote limeño que se reunían en aquella memorable sala de estudio de los años 1836 a 1838, con el fin de filosofar, soñar y conspirar.

4.– El juramento de los trinitarios

El juramento del compromiso trinitario dio lugar a otra hipótesis acerca de la denominación de dicha entidad política o revolucionaria: una de las fundamentales por cierto, y la cual se relaciona mejor y es más compatible con la idea de la sagrada Trinidad católica. Tal juramento denunciado a la posteridad por el poeta-patriota Félix María del Monte, bien que solo fue revelado en la forma que hoy se conoce por el trinitario Ruiz, se escribió originalmente en clave por Duarte, y decía, así: «En nombre de la santísima, augustísima e indivisible Trinidad de Dios Omnipotente. Juro y prometo por mi honor y mi conciencia, en mano de nuestro presidente Juan Pablo Duarte, cooperar con mi persona,

[85] Mejía Ricart, *Crítica de nuestra historia moderna.*
[86] Lugo Lovatón, vol. 1, p. 79.

vida y bienes a la separación definitiva del gobierno haitiano, y a implantar una república libre e independiente de toda dominación extranjera que se denominará República Dominicana, la cual tendrá su pabellón tricolor en cuartos, encarnados y azules, atravesados con una cruz blanca. Mientras tanto seremos reconocidos los trinitarios con las palabras sacramentales. Dios, Patria y Libertad. Así lo prometo ante Dios y el mundo. Si tal hago, Dios me proteja, y de no, me lo tome en cuenta, y mis consocios me castiguen el perjurio y la traición, si los vendo».[87]

LA FÓRMULA TRANSMITIDA POR FÉLIX MARÍA RUIZ. Claro que no hay documentos fehacientes que comprueben el tal juramento. Lo único que existe es el texto del mismo como anexo a una carta dirigida por Félix María Ruiz a Federico Henríquez y Carvajal.[88]

Este testimonio dado por aquel patriota septuagenario, el cual, sin menoscabo de la mucha probidad de quien lo rinde y le da por eso solo gran consistencia, puede sugerir a la crítica imparcial dudas muy serias, pues casi es imposible que al cabo de tantos años se reprodujera tan fielmente un juramento tan largo y pulido, por parte de un hombre de una cultura y mentalidad menos que mediocre. Lo más probable es que ese juramento fuese lacónico tal como hacen alusión al mismo, en diversos actos, el prócer Francisco Sánchez del Rosario y otros, porque, como se establecerá más adelante, la Trinitaria era más un sistema de iniciación patriótica que una sociedad. Lo indudable aquí es que transmitiera ese juramento por golpes u otra forma objetiva, entre los trinitarios, resultando entonces muy difícil de dar certidumbre a la especie de que un texto tan abundante pudiera darse en esta forma.

LA VERDADERA FÓRMULA: No hay certeza, en cambio, de que tal era el modo de comunicarse los trinitarios, según lo que Duarte ha dicho: «… habrá toque de comunicación (entre los que formaban

[87] Publicado en *Analectas*, p. 11, 16 de julio del 1933.
[88] Carta citada de Ruiz a Henríquez y Carvajal, de fecha 24 de abril del 1890, etc.

la agrupación) que significaran confianza, sospecha, afirmación, negación, de modo que al llamar un trinitario a otro que está en cama, ya éste sabrá por el número y manera de toques, si debe o no responder, si corre o no peligro. Por medio de un alfabeto criptológico se ocultará todo lo que conviene guardar secreto».[89] Es de observar, pues, que no se trataba de un alfabeto criptológico que sería por medio de signos;[90] sino criptológico, lo que vale decir, un lenguaje expresado por golpes o ruidos, puesto que se deriva de la Criptología, investigación por causas ocultas.[91] Aceptándose esta explicación dada por el iniciador de la Trinitaria, Duarte, hay que convenir que era el juramento muy breve para ser encerrado en esta forma objetiva, y es de pensar ahora lo que hubiera sido comunicar un discurso tan extenso y erudito por medio de toques o efectos materiales. Este juramento debió estar reducido a la fórmula de gran economía de estilo y de brevísimas palabras que traen Rosa y Francisca Duarte en su carta a Emiliano Tejera: juramento sagrado e irrevocable «de salvar la patria o morir en la demanda».[92]

5.– La Trinitaria debió ser más bien un sistema de iniciación patriótica que una sociedad propiamente dicha

La creación de la junta Trinitaria a imitación de las que se habían formado en América cuando su independencia, fue la primera repercusión de la revolución del pueblo dominicano, dando la teoría y el tipo de la revolución que debía efectivamente producirse más tarde. La Trinitaria es por tanto, un punto hacia el cual convergen las líneas de la Historia y de que parten todos los que de la Separación de Haití se han ocupado, sean lo que hayan interpretado del punto de vista raramente narrativa y como

[89] Serra, foll. cit., p. 12.
[90] Criptográfico (etimológicamente derivado del griego: Kryptos, oculto, y graphein, escribir.
[91] *Kriptos,* oculto, y *lógico,* tratado.
[92] *Apuntes*…, p. 12.

nueva crónica del grande suceso nacional, o en sus relaciones con el desenvolvimiento futuro de la revolución que aquella tuvo en germen, debía producir la descomposición del régimen de la metrópolis occidental, debiendo por tal razón la crítica asignarle una importancia causal. De ahí la larga estada que he tenido que hacer en este capítulo, que es como el vestíbulo a donde han de aguardar para su juicio los personajes que han participado como actores principales o secundarios en el drama épico de esta época.

Por último, conviene se sepa que no solo tal Trinitaria era más bien un sistema revolucionario que una asociación política propiamente dicha, porque no celebraba sesiones ni secretas ni públicas, según nos informa José María Serra en su monografía ya conocida. Empero, esta sociedad no brotó como fuerza espontánea que no tenía antecedentes; no era, en ese sentido, una causa ocasional, esporádica sino un efecto, un fenómeno social: estado de la idea de patria que sembraron en el viento más de cuatro lustros de opresión occidental.

Ingenuo, pues, resulta considerarla como un inicio de la obra, aunque sea, como he notado en otra parte, jalón del cual partió la trayectoria que había de conducir a la Independencia, puesto que más que todo eso fue: fruto que recogió toda una generación. Sin embargo, de tal error padece cándidamente la mayoría de nuestros escritores de ayer que creían ver en esta «Trinitaria» una mera agrupación de hombres en vez de sistema de toda una época que recibía la rica herencia de infortunios del tiempo.

SUS FINES POSTERIORES. Tal corporación revolucionaria, la Trinitaria –como queda dicho entre líneas– tenía como fin el trueque de la colonia haitiana en la parte Este de la isla de Santo Domingo por un estado absolutamente soberano. Era el órgano más autorizado del partido separatista, y no concedió más grados militares que a Duarte, Sánchez, Mella, Pina, Pérez, «los demás», como dice Tejera hasta la creación de la Junta Central, «lo hizo Duarte en uso de sus funciones, como jefe de la Revolución».[93] La existencia de

[93] Foll. cit., p. 9.

esta sociedad, dice Serra, será igualmente secreto inviolable para todo el que no sea trinitario, aunque sea adepto.

El trinitario «estaba obligado a hacer constantemente y ganar prosélitos, así es que estos, sin asistir a juntas, que son siempre imprudentes, sin conocer de la conjuración más que aquel que a ella le induce, no podrá en caso de delación comprometer más que a uno de los nueve, quedando los otros ocho para continuar trabajando».[94] Una sociedad patriótica cuyo objeto único

[94] CARTA DE ROSA Y FRANCISCA DUARTE A EMILIANO TEJERA:
«Caracas, diciembre 10 de 1887.
Sr. Don Emiliano Tejera,
Santo Domingo,
Muy estimado amigo:
Sin ninguna que contestarle le dirijimos la presente, para saludarle y quejarnos del completo olvido en que nos tiene; nosotras siempre le recordamos con afecto, pues no olvidamos que V. siempre nos honraba con su visita, visitas que nos han dejado recuerdos que nos es muy grato traer a la memoria.
Sobre todos esos recuerdos está el imperecedero testimonio de amor y lealtad que V., como digno hijo de Quisqueya, dio en los nefastos días del 61, prefiriendo el amargo pan del destierro al festín de Baltazar.
También me glorío en recordar que vuestro venerando Padre (q.d.e.p.) en esos días de funesta recordación, prefirió la ergástula del esclavo, antes que quebrantar el juramento que prestara el 16 de julio de 1838 –«Juramento sagrado e irrevocable»–, de salvar la patria, o morir en la demanda.*
Ilustre Tejera, Puerto Rico para mengua de su nombre te vio aherrojado en sus prisiones de Estado, y hoy, uno de nuestros conmilitones en la Trinitaria, al compañero que no desconoce lo arrastra por el lodo, y todos callan (¿).
No, todos no callan, porque Dios me ha conservado la facultad de pensar y recordar, también me ha concedido el sagrado derecho de protestar contra los que quieren que nuestra patria, es decir, nosotros, descendamos «no del hombre-Angel sino del hombre bruto» (palabras del Sr. J. Toro, venezolano).
Tenga la bondad de saludar en nuestro nombre a su Sr. hermano, el Sr. Pbro. Dn. Apolinar, y para su Señora Esposa y demás familiares, afectuosamente saludos.
Deseando a V. y familia feliz año nuevo sus compatriotas y affmas. amigas.
Rosa y Francisca Duarte.**

* Lugo Lovatón, «Biografía Sánchez», *Bahoruco*, marzo del 1935.

** Publicado en el *Listín Diario*, ed. 27 de febrero del 1932, y que se conserva en el archivo dejado por Emiliano Tejera que custodia su hijo Emilio Tejera.

consistía en iniciar prosélitos sin consignación de nombres y cuidando de no revelar jamás el del caudillo, completa Félix María del Monte, empezó desde luego a funcionar con la más asombrosa actividad. Imitación de la célebre conspiración de los «Soles de América» estaba materializada por un círculo cuyo centro ocupaba el Corifeo. El nombre de éste, conocido únicamente por los iniciadores principales, no podía ser descubierto a los otros. Tenía de especialísimo este modo de proceder el que los que daban principio a las iniciaciones estando aislados y misteriosamente en inmediata relación con el centro, no conocían a los otros, ni podían conocer tampoco a todos los que por iniciadores sucesivos debían ensanchar su radio desde el centro a la circunferencia.

El centro comunicaba privadamente con los primeros iniciadores: estos conocían a dos de sus iniciadores: aquellos dos no conocían respectivamente más que a los dos que iniciaban a su vez, de entre sus parientes o amigos íntimos y cuyos sentimientos conocían profundamente. De este modo se precavía al caso no probable de una denuncia y se designaba una sola víctima, pues dos hombres viles no podían convencer de conspiración a otro más que a su iniciador, continuando así la ocupación del radio sin solución de continuidad sensible, sin remoto peligro de disolución».[95]

La Trinitaria no realizó después de su establecimiento mayor cosa, pues entre las decisiones más importantes, unas tomadas en el comienzo de su existencia y otras más tarde, solo figuran «el nombramiento de Duarte, como general en jefe de los Ejércitos de la República y director general de la Revolución, y los de Sánchez, Pina, Mella y Pérez, como coroneles de los mismos Ejércitos».[96]

[95] «Reflexiones históricas», reproducidas en *La Opinión*, 3 de agosto de 1927.
[96] Tejera, *Monumento a Duarte*, p. 9.

Capítulo II
Controversia acerca del autor de la idea separatista

1.- El apostolado de Duarte y la opinión de los historiadores. 2.- El precursor. 3.- Prédica del padre Gaspar Hernández. 4.- Los personajes del drama nacional.

1.– El apostolado de Duarte y la opinión de los historiadores

Trataré ya, sin ahondar todavía en los protagonistas de nuestro drama nacional, otro punto básico que exige aclaración: ¿a quién debe atribuirse la idea separatista? Porque allí está el precursor. No les cabe duda alguna a nuestros historiadores de que a Duarte debe adjudicársele.

El primero, en el orden cronológico, José Gabriel García, dice:

—«¿Qué reunión importante dio comienzo a los sucesos que se relacionan con el período de la Separación?

—La que después de la Reforma hizo Juan Pablo Duarte en su casa, de todos los dominicanos de valimiento residentes en la capital, animado por el deseo de unificar la opinión pública en el sentido de llevar a cabo cuanto antes la separación de la parte española del dominio de los haitianos para constituir en ella un estado libre e independiente.

—¿Cuál fue el resultado que produjo esta reunión?

—La entusiasta acogida por parte de la mayoría del proyecto de separación, el cual encontró un sinnúmero de partidarios decididos especialmente en la juventud de todas las clases, que impulsada por el anhelo de dar a mi patria libertad y autonomía, hizo desde entonces esfuerzos inauditos por el triunfo de la causa nacional, que no dejó de encontrar algunos opositores. Aunque, agrega el mismo García que se persiguió «a Juan Pablo Duarte, Francisco Sánchez, Pedro Pina y Juan Isidro Pérez, que eran los señalados por los conservadores como los promotores principales de la conspiración separatista, dando, así, el concepto de una idea colectiva revolucionaria, por lo menos, ante la misma imaginación popular»,[1]

[1] *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, t. XI, ed. 1879, pp. 65/69.

y hay aun quien aventure que el escritor José Gabriel García se decidió por Sánchez, porque en el artículo «La idea Separatista» ha apuntado a la gloria de desplegar a todos los vientos esta noble enseña (la bandera dominicana), poniendo fin a la unión imposible de dos pueblos que si bien están llamados a vivir como buenos vecinos, no pueden fundirse amigablemente en una sola nacionalidad, tocó a Francisco del Rosario Sánchez, el ser el héroe del 27 de febrero de 1844».[2] Pero a esto le da mentís rotundo otro escritor del mismo publicista en su *Historia de Santo Domingo*, adonde plantea y resuelve la cuestión previa que se estudia en este capítulo. «¿Quién fue el instalador de esta sociedad (la Trinitaria)? –Juan Pablo Duarte, dominicano ilustre es a quien corresponde la gloria de haber sido el iniciador de los trabajos revolucionarios que pusieron a Francisco Sánchez en actitud de realizar, para honra y gloria de su patria, la obra inmortal del 27 de febrero de 1844».[3]

Síguele, Emiliano Tejera, el más brillante expositor de su época: «… Pero es una noble raza la viril raza española… Cuando se levanta airada contra la opresión, si su tirano es omnipotente podrá cavarle tumbas; pero imponerle cadenas, jamás.– El dominicano es el hijo primogénito de los conquistadores de América… Pueblo igual no puede ser esclavo siempre.

Así lo comprendió Juan Pablo Duarte, al pisar en 1834, de regreso de Europa, las playas de la patria –no, porque entonces no tenía patria el dominicano– del suelo esclavizado en donde perecían entre las torturas del cuerpo y del espíritu sus infelices coterráneos. Etc.

«… Pero a lo lejos brillaba la esperanza. Los errores de Boyer comenzaban a producir sus naturales frutos, y Duarte, que los deseaba utilizar, en beneficio de la causa anhelada, se dio a trabajar con la energía de su inquebrantable voluntad. Amistades, relaciones, conciudadanía, todo lo aprovechó en bien de su empresa. Escrito a los indolentes, ánimo a los tibios, templo a los fogosos,

[2] Reproducido en la *Rev. Educación*, año III, mayo 30 del 1921, y publicado por primera vez el 27 de febrero del 1883.

[3] García, Ob. cit., t. II, p. 52.

convento a los errados, y pronto tuvo el placer de notar que la patria tenía campeones decididos, y que no era un sueño su esperanza de redimirla. La juventud, sobre todo, correspondió a su anhelo, y el 16 de julio de 1838, vio nacer la Trinitaria, grupo de apóstoles que debían propagar las doctrinas del maestro y mantener siempre encendida la antorcha del patriotismo».[4]

No es tan franca la opinión del castizo estilista Mariano Antonio Cestero en pro de Duarte, sino que parece vacilar entre éste y Sánchez, atónito por la hechura de héroe que vislumbra en el último, en el Baluarte, y que ha de colmar toda medida por su holocausto en el patíbulo de San Juan: porque a veces, el efecto trastoca la causa, y viceversa, en el orden histórico. Empero, exclama Cestero, del mismo modo que no existe efecto sin causa determinante, o deducible consecuente, allí donde falta indispensable antecedente, tampoco hay obra de independencia, sin peculiar artífice de ella, en quien se concentra, por decirlo así, todo vigor, toda actividad, cerebro, vida popular, por donde el llamarse a Washington y a Bolívar, padres de patrias (artífices y lo propio a sus dignos afines, Duarte y Sánchez), se atiende por modo muy expresivo a razones filosóficas del habla, a una justificada sanción de gratitud nacional.

Elegidos estos nuestros próceres por ministerio de Ley histórica-universal que, en el preciso momento evolutivo suscita a Tell en Suiza, al Taciturno en Holanda, un independizador para cada independencia, supieron ingeniosamente idear y utilizar, armonizándoles con toda fortuna, cuantos elementos revolucionarios había existentes, y allegarse auxiliares idóneos para el trabajo a que iban a dar cima, correspondiendo a la augusta designación en apretado lazo con sus vehementes ansias vivísimos anhelos patrióticos. Ora pintando, aquella pluma maestra, el padecimiento del pueblo dominicano y los encantadores de la idea patriótica en Duarte y Sánchez, dice a continuación:

«Ensañado por padecimientos prolijos, irritado por acerbas humillaciones, caldeado el rostro por la continua bofetada de la

[4] Tejera, *Monumento a Duarte*, pp. 6-9.

servidumbre, todo lo tenía abundosamente acopiado; ira mucha, infinita ira hinchándole el pecho hasta desbordarse de él; ansia intensísima, inmensurable de recobrar el secuestrado ser político, reponiéndose en su personalidad pública; valederos medios de absoluta eficacia para dar viabilidad al magnánimo designio. Al decir esto último ya hemos señalado a Duarte y Sánchez la brillante pléyade».

«Quisqueya había luchado en reiterados años por romper ominoso yugo y, cual Encelado, debatidose a desesperación por echar de la isla opresiva mole; sucesivos perdidos esfuerzos habíanle descarado las entrañas cuando aparecieron en la arena Duarte y sus conmilitones. Llegaron los paladines del derecho de la Libertad en brillante equipo para el mantenimiento de la terrible justa. Acompañándoles fe, osadía, vigor juvenil; total renuncia de sí mismos, como decir, desasimiento de los atavíos de la fortuna y de la vida; consagración ferviente y la más ilimitada al ideal de patria, perspicua clarividencia de lo que a su consecusión convenía. Nada les hacía falta, socorridos como estaban por todas las más ricas y preciosas aptitudes. Qué hermosa haza de libertades.

«… Ellos explicaron el alto concepto de la soberanía encarecida extremadamente bienes y altezas añejas al Gobierno de sí mismo. Propagaron estas ideas, haciéndola cognoscible y querida de todos, reafirmando calurosamente su ya general aspiración. Ellos pusieron acicates al espíritu público, a veces meticuloso, irresoluto, hicieron concierto de voluntades en el plan independizador.

«… Todo fue allanado, insistimos y nuestros próceres perseverantes, imperturbables, duchos en utilizar toda coyuntura política, como lo fuese la Reforma; acuciosos en modos de debilitar al enemigo; esmerados en robustecer el selecto núcleo revolucionario; impertérritos delante de cuitas y peligros, ni temidos, ni reñidos; repastados en su patriotismo, con no vista fortuna hacen nacer de su cerebro, cual nace Minerva del cerebro de Júpiter, grande, completísima, resplandeciente, la patria Dominicana. Si que no hay más que decir, Duarte y Sánchez, toda la ilustre legión febrerista, fueron fuerzas morales indefectibles, factores evolutivos, la inteligencia directora que, en días bendecidos de la

libertad y del derecho humano, hubieron de realizar la evolución político-histórica de la independencia».[5]

2.– El precursor

«Para estas tres figuras del pasado, se confunden en un hombre, tal vez en dos para uno de ellos, el núcleo revolucionario, el apóstol y el precursor: y para casi todos es Duarte, acaso Sánchez, para otro es el único mensajero, porque en ellos solo radicaba el espíritu de la libertad, ese sentimiento de la nacionalidad que había que abrevarlo no en extrañas tierras en infortunios exóticos, por bien dispuesto que tuviera el ánimo y la grandeza del advenedizo, sino en la tierra natal, en contacto el corazón con fraternos corazones, con la madre tierra germinal.

El otro, el predicador de la buena nueva, el alto varón que dijera del derecho y la libertad el don precioso, debía ser otra cosa: quizás un magnánimo sembrador; tal vez un celeste mensajero; pero no el de la Independencia: tal, el caso más lejano de los acontecimientos patrios, de fray Pedro Pamies; tal, el caso más próximo al hecho trascendente, del padre Gaspar Hernández; precursor es en buen idioma, etimología y llanamente, el hombre que precede a otro, o a un acontecimiento extraordinario, magno; en achaques de patria, quien anuncia su independencia y hasta la inicia, o predice su libertad; título es ese que dio la Iglesia a San Juan Bautista, ya que, naciendo antes que Cristo, le precedió avisando su llegada a la tierra, por extensión, aplícase a grandes hombres que antecedieron a notables empresas, descubrimiento o revolución.

El destino de este precursor ha de ser fatal destino como el de todos los reveladores, que no habrán de ver su obra, que llegarán hasta la orilla del Jordán; pero no gozarán la tierra prometida; que allanarán el camino del que marcha detrás de ellos, porque se les adelantará, que prepara el trono y no se sentará en

[5] *27 de Febrero de 1844*, pp. 9-13, 15-16.

él».[6] Para esto no basta querer serlo, sino serlo en persona, encarnación y símbolo; alma y cuerpo de la tierra que lo engendró; si apóstol, héroe, libertador, es y debe ser entrada de nacionalidad a injertar en conciencias inertes de pueblos y de hombres; Washington, Bolívar, San Martín, Martí, Toussaint, Duarte.

Por eso niego al Dr. Lugo su enfática afirmación de que el iniciador de la Separación fue el presbítero Gaspar Hernández «Con él empezó Duarte», dice, «a dar clases de Filosofía en unión de sus partidarios, según Rosa Duarte, y esta clase de Filosofía era más una junta revolucionaria que clases de estudios filosóficos».[7] «Esto era, el sacerdote Gaspar Hernández: un profesor, no un revolucionario; un blanco misionero venido de Costa Firme huyendo a la revolución americana por su rancia estirpe hispánica, y enemigo acérrimo del hombre de color por razones seculares: él predicó la libertad, y fue agente eficaz, necesario para dar alimento espiritual a sus discípulos, los trinitarios, los futuros apóstoles inmediatos a su ex-cátedra. Fue el padre Gaspar diligencia útil en extrañas playas y es por esto venerada su memoria en el alma de los dominicanos. Pero, no exageremos, que había de ser el constructor de la obra separatista, su iniciador genuino, su precursor: éste tenía que provenir de la tierra nuestra: era Duarte, o era Sánchez, o era cualquier nativo, por ejemplo, el guerrero Santana, después infiel Marques de Las Carreras:[8] Debía ser el iniciador de la Separación, principio vital que animara la obra como Duarte, y hasta gentes de menos importancia como Pina o Juan Isidro Pérez; o figura que como Sánchez se dibujara heroica en la eterna noche de El Conde, o en la fatídica plaza de San Juan; era, Matías Ramón de Mella que con tiro de fusil en la Puerta de la Misericordia cambia el destino de su pueblo; o era, otro si, el propio y grande culpable del 61, repito, el libertador Santana que se transforma en liberticida, quien con su espada comienza la era del 44. Porque honrado es que reconozca ya la Historia,

[6] Giovanni Papini, *Historia de Cristo*, p. 69, Editorial Cultura.

[7] «Fig. Amer.», Emiliano Tejera, *Bahoruco*.

[8] Céstero, tal el título que le otorgó a Santana por su memoranda acción de infidelidad del año 1861, la Reina y excelsa princesa Isabel II.

ciñendo sus dictámenes a normas justas, la notoria verdad de que la revolución alcanzó alta ejecución y brío, verdadera vida y principio, sin que ningún campeón mordiera el polvo en guerrera lid. Era cierto, rigurosamente ajustado a la realidad escueta de los hechos, que el día 19 de marzo del 1844, «día de venturoso estreno en la larga serie de batallas ganadas a Haití»,[9] no teníamos un solo pueblo bajo la férula del dominador del occidente de la isla, salvo lo tomado desde tiempos del rey Cristóbal.

3.– Prédica del padre Gaspar Hernández

¿Porque va a ser inicio, predicar en cátedra principios inmutables de libertad humana, ni ser agente de esa propaganda y cómplice bienhechor, y magnánimo huésped, dándose recursos y verbo a la obra emancipadora, tal cual lo hizo el ilustrado padre Gaspar Hernández?

Los próceres son elegidos por ministerios de la ley histórico-universal de los pueblos, y no por mero accidente o acaso de una vida por apostólica y grande que ella sea, esta debe ser principio de organización, de unidad, de hermandad, en su forma, en su móvil informador, por oposición a la materia que no debe intervenir sino como accesorio de lo principal que es lo otro: Taine, el filósofo de estilo transparente y frío, le hubiera llamado con una voz griega, *entelechie,* o sea, aguijón, impulso espiritual que hizo a los helenos hacer el milagro de su magnífica civilización que domina los siglos, Leibniz lo denominará principio dinámico que en los monadas o seres primitivos existía aún.

De manera que siempre hay un principio ordenador y regulador de todas las energías en los iniciadores de una obra, que deban reunirse en un centro humano, y formar la individualidad viva y concreta del emancipador. Este no lo podía ser fray Pedro Pamies, ni el canónigo Gaspar Hernández, sino Duarte, acaso Sánchez, Pina, Pérez: símbolos de la reacción del sentimiento

[9] *27 de Febrero*, etc., p. 8.

nacional de las masas, atributo esencialísimo de la personalidad humana, o de la colectiva del pueblo que ellos representaban: de su derecho a ser dueño de sí mismo, y de las cosas en que, con su trabajo, transformando la energía de su alma inmortal, inocule su personalidad inalienable. El pueblo tiene en ellos, o pudo tener, como en los comienzos de nuestra emancipación, una sentencia pública, aunque después desaparezca por culpa de los desmayos y de los vértigos del poder de los dominados y de los dominadores, en aquel período que fue el propio vestíbulo de nuestra primera República.

Así, pues, no tratemos de rectificar conceptos clásicos bien edificados por fungir de reformadores, bien que en este caso a la autoridad moral e integral del innovador o de quien vuelve por la ruta ya trillada en otrora, pudiera autorizar enmienda erudita: ello es nocivo a la conciencia de la nueva patria que hay que despertar en esta inerte generación de hombres sin sentido ni visión del presente y del porvenir, sin misión a realizar, sin concepto de su estricta responsabilidad ante la Historia y las futuras generaciones que han de sucedernos; precisamente es él, Lugo, uno de los pocos contemporáneos que podrán responder al juicio de la posteridad. Es nociva tal reforma, porque no construye, ni avasalla ni lleva de la mano, guiándonos por las viejas veredas de la verdad y alumbrando a la misma Historia. Desconcierta, descorazona, aniquila; reacciona hacia atrás. Es imprescindible el historiador de la verdad eterna, diosa que debe ser en sus altares respetada, inmovible. Sin embargo, a veces, se ha seguido aquella opinión que pugno hoy, que ha tenido otros antecesores que el Dr. Lugo, sin entrar en mayores averiguaciones, adulterándose sin miramiento la santidad de esa verdad histórica que proclamo en este caso absoluta, dándose falseado legado, apógrafo por ser fabricado después por humano celo reparador de inefables narradores o de equivocado maestro de conciencia que se han desorientado en las antiguas y reverdecidas rutas cuando hay que obedecer a la ley de evolución; pero, sin menoscabarla, acercando o alejándose de la realidad circunstante del momento en que el hecho nació y cobró su personalidad perturbable. El autor de la *Epopeya de Artigas* el gran poeta americano Juan Zorrilla de

San Martín, lo ha dicho: «Todos o casi todos sabemos en el corazón de los hombres, bien así como no se aniquila la semilla por ser depositada en el de la tierra. Precisamente es ese, y no otro, el destino de ambas, el de la verdad y de la simiente: transformarse, en su entrañable abrazo con el alma o con la tierra; dar flores y fruto en esta; despertar pasiones y practicar virtudes en aquella»,[10] y eso es, así como el vate oriental lo ha dicho con suma persuasión: por ley de nuestra humana naturaleza, la percepción de la verdad va siempre acompañada del deseo de hacerla prevalecer, pero ello no debe conducir como en el caso del esclarecido Lugo a un error de tal magnitud.

La antigua querella. La rectificación que se intenta no es ahora como ya dije, la propuso y trajo al palenque de la célebre polémica histórica alrededor del caudillo Santana, uno de los contendores que colaboró en la hoja *El Eco de la Opinión*, por el año 1889, y al cual contestó y enmendó el otro articulista de *El Teléfono*,[11] que calzó al pie de sus escritos la firma anónima $x^{x}x$, quien dijo lo siguiente: «… pero lo inaceptable era, que no contentos con hacer de Santana, incondicionalmente, de mala fe y por conveniencia propia, la síntesis de las glorias nacionales, quisieran seguir repitiendo con Bobadilla, que Duarte era un joven inexperto, que lejos de haber servido a su país, jamás había hecho otra cosa que comprometer su seguridad y las libertades públicas; que Duarte y sus consortes eran espíritus turbulentos, violadores del orden y de los principios, ambiciosos de los primeros empleos; añadiendo, además, con otros voceros de la misma escuela, que el que inició la idea separatista no fue Duarte, sino el padre Gaspar Hernández, que Sánchez no estuvo en la Puerta del Conde; que Mella fue el hombre del 27 de febrero; que la Separación fue obra del acaso; que Juchereau de Saint Denis fue quien lo hizo todo», etc.[12] Se llegó hasta a dar a la conspiración

[10] Tomo primero, p. 17.

[11] El otro periódico que sostenía la célebre controversia histórica alrededor del general Santana y los héroes febreristas.

[12] *Controversia histórica*, etc., 1891. Imprenta García Hnos., pp. 9-10.

de los Alcarrizos, que fue la obra de Juan Jiménez y sus compañeros mártires en 1824, prioridad sobre los esfuerzos hechos por Duarte como iniciador y propagador de la idea separatista, cuando estos solo intentaron la restauración de la dominación española como ya se pudo comprobar en otra parte; o la tentativa de los diputados que capitaneaba Buenaventura Báez, en 1943, en la Asamblea constituyente de Puerto Príncipe, cuyos planes anexionistas, como consigna el folleto de Britannicus fueron «madurados precisamente en abierta hostilidad al pensamiento de Duarte conocidos ya por muchos dominicanos desde 1838, en que se fundó para propagarlo la célebre Sociedad Trinitaria».[13]

EL PADRE DE LA PATRIA. La visión clara de la Patria, no su ejecución ni su grandeza heroica, tal le niego con el propio Lugo, estuvieron y residieron solo en Juan Pablo Duarte, quien fue el iniciador, quien arrojó al suelo la simiente al venir del extranjero: venid si no a fortalecerse los citados García, Tejera, Cestero, historiadores del pasado: Serra, Ruiz, Félix María del Monte, todos los trinitarios o patriotas de ayer; Nouel, Moya, Pichardo, Gómez, Ferrer, Logroño, los hombres de la historia moderna fragmentada o sintetizada en opúsculos, resúmenes, cuyas voces formaran coro con mi voz proclamando a Juan Pablo Duarte el autor de la idea Separatista, por tanto, Padre de la Patria.

No puedo resistir a la tentación de hacer compartir a todos, mis propias y arraigadas ideas en este respecto: Duarte, como apóstol lo único que él verídica y plenamente fue, como precursor auténtico de la idea separatista, significó lo que debía ser: el cumplimiento de leyes o el producto de fuerzas providenciales, incontrastables, más fuertes que el libre querer de los hombres que le ayudaron u obstruyeron en su obra, a pesar de que no pudo desarrollar todo su papel histórico, y por falta de un impulso heroico, épico tal vez, malogró su gran destino de libertador.

[13] El folleto se denomina *The Dominican Republic and the Emperor Soulouque* (*La República Dominicana y el emperador Soulouque*), publicado en Londres en 1852 por un escritor extranjero o que se escondió bajo el seudónimo de Britannicus.

Santana sin Dios interior que le iluminara, sórdido de ambiciones, monstruo de alma que sufrió todos los vestigios humanos, fue el caudillo de la Separación, el libertador material, si queréis, aunque también ha de obedecer al influjo de estas leyes caídas del cielo, o inmanentes leyes históricas.

Uno, Duarte es el anunciador mensajero, el agente teórico de la hazaña de la Independencia; el otro, Santana, su verdadero creador, porque es solo al día siguiente del grito que repercutió en la noche del 27 de febrero del 1844, cuando la cosa se hizo…: la era de las grandes batallas comienza el 19 de marzo de ese mismo año 44, casi un mes más tarde, como mostraré llevado por inflexible lógica histórica, cuando venga el oportuno momento, el hecho básico de la Independencia. Pero no hay que confundir, no he dicho, ni podría decir nunca, que Santana sea el héroe, ni el independizador, ni el apóstol, ni el precursor, atributos muy altos espirituales son para este casual predestinado, que como César e Iturbides, cumplió una misión imperecedera de la Historia: ostentó él lo que podía ostentar, su título concreto de libertador, no con su alma añeja de ideal construcción como héroe emersoniano; porque en este autóctono opresor solo podía florecer en la espada al unísono la crueldad y el heroísmo como productos materiales, primitivos, hijos de la tierra donde los tomó, como semillas germinales de libertad que hizo brotar la mano pródiga en durezas del dominador haitiano. De esa alma sórdida y deforme de Santana, de instintiva madurez, codiciosa de medro y llena de ansias humanas, solo podía surgir lo que hecha la obra, nacida la República, creció espontáneamente, en terreno fértil de espíritu: el crimen, la intriga, la traición de lesa patria.

Francisco Sánchez del Rosario, es Duarte, sin su alma luminosa; es Santana, sin sus crueldades, sin su don originario de guerrear; es Mella, sin su audacia superba, y también predestinada.

Volviendo al punto inicial de la querella, en torno del padre Gaspar, fuerza es reconocer que efectivamente él dio un aporte a la causa separatista, pero la idea de la libertad estaba ya en el alma del pueblo cuando llegó el prelado del Nuevo Continente.

Otra circunstancia bien expresiva por cierto que demuestra que el canónigo Hernández no era ciertamente el iniciador de la

Separación, la del hecho de que éste no era siquiera partidario de la soberanía absoluta del pueblo dominicano, y el precursor, o el iniciador de obra de libertad, debe serlo absolutamente y no relativo, sin regateos, ni concesiones. Con efecto, acaecido el hecho de la Reforma, en 1843, creyó aquel llegadas a su término las aspiraciones redentoras, el ideal nacional trinitario, el límite en que debía contenerse en su trayectoria la conciencia colectiva inflexible, y aconsejólos, así, franca, lealmente, a los dominicanos; díjoles de la unidad indivisible de la isla desde un concepto de libertad fraternal; supeditó el criterio emancipador al hecho que él imponía a su sentido con la transformación política sufrida por Haití.[14]

INFORME DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA. La Academia Dominicana de la Historia,[15] en sesión celebrada a principios del año 1933, comisionó a uno de sus miembros para que rindiera memoria informadora respecto de la participación que hubiera podido tener el padre Gaspar Hernández, en los trabajos preparatorios de nuestra Independencia. El informe se concretó en este caso a dar biografía de Gaspar Hernández,

[14] Como aportación de las dos pruebas enunciadas en pro del juicio consignado en esta obra, traeré, en primer lugar, los rasgos biográficos del padre Gaspar, y en segundo lugar, el discurso que pronunció el 30 de abril del 1843 pronunciado en la Capilla de la Misericordia, dicho cura de la Iglesia Catedral, exaltando la Reforma, proclamándole ideal nacional.

Las noticias indagadas hasta ahora en los archivos de la Arquidiócesis de Santo Domingo, o ya deducidos de los datos publicados por Utrera en el *Boletín Eclesiástico*, en el vol. 47, nros. 100-101 de los meses de julio y agosto del 1932, y del Informe del académico Cayetano Armando Rodríguez, arrojan un singular balance de vida humana. Véase Anexo 11.

[15] Entonces se componía la docta corporación de los siguientes miembros de número: Dr. Federico Henríquez y Carvajal, presidente; Dr. Adolfo Alejandro Nouel, D. Félix E. Mejía, Lic. Cayetano Armando Rodríguez, Lic. Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, Emilio Tejera Bonetty, Dr. Max Henríquez Ureña, Lic. Manuel Ubaldo Gómez, Ramón Emilio Jiménez; miembros electos, Andrés Julio Aybar y Lic. Emilio Rodríguez Demorizi; y el Dr. Pedro Henríquez Ureña, miembro supernumerario.

y a emitir el concepto personal del académico designado Cayetano Armando Rodríguez.[16] Esta opinión es la misma de la mayoría de historiadores, publicistas de algún relieve de las

[16] Señores académicos:
En esta última sesión celebrada por esta Academia, fui designado para escudriñar en nuestra historia los datos que se refieren al presbítero Gaspar Hernández y averiguar la participación que tuvo en los trabajos preparatorios de nuestra Independencia Nacional.
Poco, muy poco, es lo que se encuentra relativo a aquel esclarecido sacerdote, y a continuación daré lo que he podido recoger que se refiera a su ilustre persona.
El padre Gaspar Hernández nació en Lima, Capital de la República del Perú, el día 6 de enero de 1798; hijo legítimo de don Francisco Hernández y de doña Juana Morales. En 1809 entró a estudiar en el Colegio Seminario de Santo Toribio, de la misma ciudad de Lima, y en fecha 11 de febrero de 1821 fue ordenado sacerdote por el Ilustrísimo Señor don fray Antonio Sánchez y Mata, obispo de La Paz. Parece que nunca fue partidario de la independencia de su país, porque siempre prestó servicios en el ejército español, y cuando evacuó la ciudad de Lima en fecha 7 de julio de 1821, el padre Gaspar Hernández lo siguió y pasó a la provincia de Jaija, donde prestó sus servicios hasta la pérdida de la batalla de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824.
El 2 de enero de 1825 se embarcó para el extranjero y después de algunos viajes llegó a San Juan de Puerto Rico en febrero de 1830. Allí fue catedrático de varias asignaturas en el Seminario que acababa de fundar el obispo don Pedro Gutiérrez Cos.
Fue por algunos años teniente cura de una parroquia y por quebrantos de salud vino a Santo Domingo.
Aquí desempeñó el curato de San Carlos y después el de la Catedral. Más tarde fue vicario foráneo de La Vega y de allí fue a desempeñar el curato de Azua y de San Juan.
Monseñor Portes lo llamó a esta capital y lo encargó de unas Cátedras en el Seminario y en el Colegio Secular de San Buenaventura ocupó la Cátedra de Matemáticas.
En 1843, el dictador haitiano Charles Hérard dio orden al padre Gaspar Hernández de salir del país por suponerlo hostil al Gobierno haitiano. Estando en el extranjero supo del golpe dado por los dominicanos el 27 de febrero de 1844 y de allí escribió una carta felicitando a los dominicanos por su separación de los haitianos, a quienes él llamaba mañeses-cocolos; pero que no pensó nunca en la independencia sino en que la parte española de la isla de Santo Domingo volviera a incorporarse a la Corona de España.
Después de la Independencia el padre Gaspar Hernández volvió a Santo Domingo; formó parte de un Congreso y asistió a la sesión en que nombró

nuevas y viejas generaciones.[17] Con todo lo cual se ve que la renovada cuestión suscitada por el publicista Lugo era ya vieja, y fue resuelta en el sentido que he sustentado por aquellos tiempos en que se promovió formando escándalo en la opinión pública.[18]

EL JUICIO DE DOS TRINITARIOS. Es de observar en este momento que, a más de los citados testimonios, hablan decididamente en apoyo de la tesis que sustento, dos voces de próceres austeros: Félix María Ruiz, en misiva del año 1887, ya traída a colación, enviada a Henríquez y Carvajal;[19] y José María Serra en sus traídos y llevados *Apuntes para la Historia de los Trinitarios...*[20] En esta monografía se da constancia de quien

---

Presidente de la República al general Santana que debía sustituir a Báez. Poco después Santana lo expulsó del país, con los presbíteros Elías Rodríguez y José Santiago Díaz de Peña. Eso ocurrió en marzo de 1853.

El padre Gaspar se dirigió a Caracas donde desempeñó un curato y después fue a dirigir la Vicaría de La Guaira. En diciembre del mismo año vivía en Santiago de Cuba y allí estaba el 24 de diciembre de 1856.

Volvió a Santo Domingo, y, a la muerte de monseñor Portes y del Coadjutor monseñor Rodríguez, desempeñó el Gobierno del Arzobispado por poco tiempo.

Después se fue a Curazao en diligencia del Oficio, y allí murió en 1860.

La mayor parte de estos datos los he tomado de los Nros. 100 y 101 del *Boletín Eclesiástico* de la Arquidiócesis de Santo Domingo, meses de julio y agosto de 1932 año 47 de un trabajo facilitado por fray Cipriano de Utrera.

Se anexa una copia del trabajo de fray Cipriano de Utrera y otras copias de cartas dirigidas por el historiador don José Gabriel García a don Federico Henríquez y Carvajal y al señor Domingo Morcelo y la contestación de este último: todo lo cual fue publicado en la revista Letras y Ciencias del 16 de septiembre de 1897, número 129.

Es cuanto por el momento puedo decir relativo al padre Gaspar Hernández. C. Armando Rodríguez.*

* Publicado en *Clío*, pp. 15-16, enero y febrero de 1933.

17 Expondré otra vez el criterio acerca de este punto, en lo que atañe al padre Gaspar Hernández, del citado García, el cual aparece en la carta que dirige a Federico Henríquez y Carvajal, director de la revista *Letras y Ciencias* en la época en la que se contrae la misma. (Véase Anexo 12).

18 Controversia histórica de *El telégrafo* y *El teléfono*.

19 En *Letras y Ciencias*, edición del 16 de septiembre de 1897, se lee la carta del trinitario Ruiz.(Véase Anexo 13).

20 Publicado en 1887, Imprenta García Hnos. Santo Domingo.

entendía Serra que era el primero en la obra de la Separación, y el papel exclusivo que como mentores por esos tiempos, que llamaré heroicos por el esfuerzo magno que significaron inicialmente en la Independencia, hubieron de desempeñar, en pleno período haitiano, antes que ningún otro, el doctor Juan Vicente Moscoso; siguiéndole luego, el Dr. Correa, José María Sigarán, Manuel María Valverde, Pedro Piñeiro, y Antonio Soto; por fin, el mismo canónigo Hernández.[21]

[21] «Encontrábame un domingo», dice Serra, «en la afanosa producción de mis pasquines, cuando llegó a casa mi amigo Juan Pablo Duarte y me preguntó:
¿Qué es eso? ¿no sales hoy?
No, díjele, estoy muy ocupado.
¿Y qué escribes?
Toma y lee, le dije alargándole un ejemplar.
Acabarás, con que eras tú? Acabarás! Pues voy a ayudarte. En seguida comenzó a copiar. Por la noche, por cierto muy lluviosa, salimos a repartirlos y como entonces ya éramos dos los amanuenses, nuestra publicación era más numerosa y más nutrida.
Un día llegó y su semblante me revelaba algo más que la ordinaria alegría con que se saludan diariamente dos amigos. Su mirada y sonrisa eran tales, que al mismo tiempo que excitaron mi curiosidad, no me dieron lugar a formular la pregunta ¿qué te pasa? Iba yo a decirle, en el instante mismo en que él exclamó: Chico, un gran pensamiento tengo que comunicarte. Dejemos por hoy la escritura y escucha. Nada hacemos, querido amigo, con estar excitando al pueblo y conformarnos con esa disposición sin hacerla servir para un fin positivo, práctico y trascendental. Entre los dominicanos y los haitianos no es posible la fusión. Yo admiro al pueblo haitiano desde el momento en que, recorriendo las páginas de su historia, lo encuentro luchando desesperadamente contra poderes excesivamente superiores, y veo cómo los vence y cómo sale de la triste condición de esclavo para constituirse en nación libre e independiente. Le reconozco poseedor de dos virtudes eminentes, el amor a la libertad y el valor; pero los dominicanos que en tantas ocasiones han vertido gloriosamente su sangre, ¿lo habrán hecho sólo para sellar la afrenta de que en premio de sus sacrificios le otorguen sus dominadores la gracia de besarles las manos? ¡No más vergüenza! ¡No más humillaciones! Si los españoles tienen su monarquía española, y Francia la suya francesa, si hasta los haitianos han constituido la República Haitiana, ¿por qué han de estar los dominicanos sometidos, ya a la Francia, ya a España, ya a los mismos haitianos, sin pensar en constituirse como los demás. ¡No, mil veces! ¡Viva la República Dominicana!
Amigos míos, dijo Duarte después de un largo rato de abstracción (en la primera reunión de La Trinitaria en casa de Juan Isidro Pérez): unidos

Efectivamente, tal como los trinitarios Serra y Ruiz, esto y no más fue Gaspar Hernández: un benefactor del pueblo dominicano, y un patriota en el más cabal concepto, puesto que este sentimiento, no puede abrigarlo un extranjero que era apegado a un futuro protector de España en la República.

---

aquí con el propósito de ratificar el que habíamos concebido conspirar y hacer que el pueblo se subleve contra el gobierno haitiano, a fin de constituirnos en Estado libre e independiente con el nombre de República Dominicana, vamos a dejar empeñado nuestro honor y vamos a dejar comprometida nuestra vida, etc.

Cerrada la Universidad con el dominio de los haitianos, el espíritu filantrópico del Dr. D. Juan Vicente Moscoso sufría al contemplar la juventud dominicana sin más alimento intelectual que el escasísimo que le proporcionaban las escuelas de particulares, limitadas a enseñar a leer, escribir (forma bonita de letra), y repetir rutinariamente las primeras reglas del arte de contar. En la escuela pública se enseñaba lo mismo, pero en Francés, que era el idioma oficial.

En 1830 la salida del arzobispo Valera, del Dr. Correa, orador cuya elocuencia lo hizo afamado, no sólo en nuestra catedral, sino en otras iglesias de Italia, de Francia y España que había visitado. La de D. Bernardo Tirado, la de D. Martín de Mueses; del padre Mueses y sus sobrinos Juan y José de la Cruz Jiménez, etc. Explica el propio Serra cómo agravó las cosas la falta de maestros».

Distinto fue el proceder del Dr. Manuel María Valverde –continúa– quien consagraba a la instrucción de sus hijos el escaso tiempo que le dejaban de reposo las atenciones de sus numerosos enfermos, y solicitaba siempre tres o cuatro alumnos más a quienes hacer partícipes de aquel beneficio. Duarte, los dos Guerrero (Manuel y Wenceslao), el Dr. D. Pedro Piñeiro, D.F. Antonio Soto, y otros, etc.»

Esa era la triste situación a que había quedado reducida la pobre juventud dominicana desde la clausura de su célebre Universidad, hasta que trajo la Providencia al presbítero D. Gaspar Hernández, natural de Lima. Lo muy pequeño de su talla, la viveza de sus movimientos y el metal de su voz, agudo y algo desapacible, condiciones inconvenientes a la gravedad del sacerdote, a las cualidades de un orador, valoraban ya el carácter de lo uno, ya el mérito de lo otro, por lo mismo que producía una sorpresa agradable hallarlos reunidos en él en grado tan eminente. Esto unido a otras cualidades, como su trato dulce y simpático, su franqueza y su jovialidad, le captaron muy pronto el aprecio del pueblo, que acudía diligente a oír su palabra fácil e instructiva y en cuyo ejercicio era infatigable, etc.»

El padre Gaspar empleaba el ascendiente de su palabra en reanimar el espíritu del pueblo, etc., tanta solicitud en esta ocasión (se refiere al milagro del 7 de mayo del 1842), así como la que desplegara al abrir la clase de

Confirmación de este criterio. En el mismo sentido emitieron su juicio el elocuente orador Fernando Arturo de Meriño, y el poeta y patriota Félix María del Monte.[22] En aquella famosa

filosofía a la juventud estudiosa en la sacristía del convento de Regina Angelorum, solidificaron su popularidad. Esta tarea a que diariamente consagraba cuatro horas de la mañana y con marcado placer era mucho más benéfica de lo que a primera vista se puede considerar. Aquella clara inteligencia que conoció desde que pisó el suelo dominicano, la triste situación que éste atravesaba, infirió inmediatamente la suerte que lo futuro podría reservarle si siguiera sometido a un gobierno tal como el de Haití. Muy lastimoso cuadro se presentó a su contemplación, y su alma generosa no pudo menos que sentirse conmovida. No, dijo para sí, preciso en que esta juventud, única esperanza de un país, por una parte tan privilegiado por la naturaleza, como, por otra, tan combatido por la desgracia, no quede abandonado a la desesperación, preciso es ayudarle para que cumpla el destino a que está llamada. Alma noble: que mi patria agradecida te llame, por honor recíproco, su hijo de adopción. Y que incluya tu nombre en la lápida en que esculpa el de sus benefactores».

[22] El primer Himno Nacional que coexistió con el hecho de la Independencia tuvo letra del poeta D. Félix María del Monte y música del coronel Juan Bautista Alfonseca, y por ello es realmente patriótico en sus versos. Su autor lo escribió siendo teniente de la Guardia Nacional al constituirse la República, estando de guardia en La fortaleza, lo cual lo confirman una carta de felicitación dirigida al general Ramón Cáceres, presidente que fue de la república, por D. Juan de la Cruz Alfonseca con motivo del duodécimo aniversario del 26 de julio del 1899, la cual se publicó en el *Listín Diario*, número 6639 del 26 de julio del 1911, y la Conferencia del maestro Manuel de Jesús Ravelo, «Historia de los Himnos Dominicanos». Copiado dice así:

Al arma, españoles,
¡Volad a la lid!
Tomad por divisa
¡Vencer o morir!
Nobles hijos de Santo Domingo,
Erguid vuestra frente guerrera,
Y señudos volad tras la fiera,
Que el solar de Colón devastó;
A sus huestes, cobardes e impías,
Y los Himnos de gloria cantemos,
Secundados del fiero cañón.
Al arma españoles,
¡Volad a la lid!

«Oración fúnebre», pronunciada por Meriño a la llegada de los restos de Duarte de Caracas le proclama el prócer que nos dio patria y libertad».[23]

Guerra a muerte sin tregua, patriotas,
Si ser libres por siempre queremos
De la historia con sangre borremos,
¡Cuatro lustros de llanto y dolor!
Sepa el mundo que a nombres odiosos,
Acreedores jamás nos hicimos,
Y que siempre que gloria quisimos,
Nuestro carro la Gloria arrastró.

Al arma, españoles,
¡Volad a la lid!
No hay piedad! El haitiano insolente,
Penetrando en los patrios hogares,
Profanó nuestros templos y altares;
Nuestros fueros osó atropellar;
Y el pudor de la cándida virgen,
Y las canas del mísero anciano,
Y cuanto hay de sagrado en lo humano,
Ultrajó con orgullo procaz.

Al arma, españoles,
¡Volad a la lid!
Mas hoy tiembla, convulso, leyendo,
De los cielos la justa sentencia,
Y amenazan su odiosa existencia,
Diez mil lanzas que afila el Honor;
Compatriotas! que el éxito es cierto;
Libertad con valor conquistemos;
Y el cruzado estandarte plantemos,
Del haitiano en la oscura mansión.

Al arma, españoles,
¡Volad a la lid!»

El segundo himno de la Restauración,* conocido más bien con el nombre de Himno de Capotillo, trajo letra del poeta y patriota D. Manuel Rodríguez Objío, muerto en el 1871, y música del maestro D. Ignacio Martí Calderón, quien murió en San Juan de Puerto Rico en 1903. Y el tercero que es el escrito por D. Emilio Prud'Homme en 1883, y que lleva música del genial D. José Reyes, ha sido declarado himno oficial.

* Véanse los tres himnos en el folleto *Historia de los himnos dominicanos*, de José de Js. Ravelo, reproducido en *Clío*, marzo y abril del 1934.

[23] Obras del Padre Meriño.

En cuanto al autor de nuestro primer himno guerrero,[24] Del Monte, en su carta, que transcribe en este mismo capítulo, dirigida a José Ricardo Roques, con fecha 15 de febrero del 1889, asignó el primer puesto en la Independencia a Duarte, y a Sánchez, de inmediato cuando expresa «que después de la forzada ausencia del benemérito caudillo de la Separación dominicana, Señor don Juan Pablo Duarte y Diez… etc.; el eclesiástico prócer Francisco del Rosario Sánchez, arrostrando peligros sin cuento, continuó los trabajos de la revolución salvadora, cuya idea estaba ya encarnada en todo el país.

Tal ha sido igualmente el modo de pensar de todos los escritores modernos de la Historia Nacional, desde el Lic. Carlos Nouel, que dejó incompleta en solo tres volúmenes su *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo, Primada de América.* Hasta los más contemporáneos de Bernardo Pichardo, Manuel Ubaldo Gómez[25] y Arturo Logroño.[26] «Busca esos cooperadores

[24] *Reflexiones históricas*, etc.

[25] El Resumen de la *Historia de Santo Domingo* del extinto, académico y magistrado Gómez está contenido en tres breves volúmenes que abarcan por entero los períodos de nuestra historia antigua, media y moderna, excepto la época que pudiéramos llamar de la cuarta República y el interregno de la Intervención nórdica. Libro didáctico y para escolares exclusivamente dedicado, es compendioso en extremo y lo que gana en concisión a veces lo pierde en claridad, exigiendo, pues mayor amplitud y minuciosidad, y hasta corrección, de parte de su reputado autor, porque es obra de texto en nuestras escuelas primarias. Tiene errores, además, que hemos ido y seguiremos apuntando en esta obra nuestra, aunque reconozcamos todo su mérito como aporte de datos de buena procedencia y sobrio y preciso concepto histórico.

[26] La *Historia Patria* de Arturo Logroño, académico, y tribuno ya desaparecido, quedó igualmente trunca y es obra escrita en la mocedad que debió ser revisada por su autor en su edad madura y reflexiva, pues padece de todos los vicios de estilo, lenguaje y hueca erudición de todos los frutos espirituales demasiado prematuros, aunque no hemos de arrojar piedra acusadora en este sentido porque es mal común de que padeció toda nuestra generación de cuarenticinco años para abajo y hasta ya en proximidad de los cincuenta. Carece así de pormenores y datos indispensables hasta para un libro elemental, de verdadera originalidad histórica, y por tanto carece de sólido valor documental y esencial de verdadera historia.

(Juan Pablo Duarte), dice Nouel, y los encuentra en un grupo de jóvenes, como él, decididos y abnegados. Su labor principal, desde luego, más para dar la dirección fructuosa a sus trabajos, y él y sus compañeros instalan el 16 de julio de 1838 la Sociedad Trinitaria», etc.[27] Para el historiador Gómez «a Juan Pablo Duarte, joven perteneciente a familia distinguida, cupo la gloria de iniciarla y fundarla (la Trinitaria)», etc.;[28] confundido, de esta guisa, en una sola idea la fundación de la Sociedad patriótica nombrada y la fecha inicial de la causa separatista.

No obstante compartir tal concepción, el publicista Pichardo, siembra la duda en tan espinoso campo cuando, a renglón seguido de haber consignado que «el 16 de julio de 1838 fundó Juan Pablo Duarte, en la ciudad Capital, la Sociedad Trinitaria», agrega: «… y ese voto de conciencia y de amor lo firmaron con su sangre aquellos varoniles mancebos que habían nutrido su espíritu al calor de las doctas y provechosas enseñanzas del ilustrado canónigo limeño don Gaspar Hernández, inspirado apóstol de las ideas redentoras de nuestro pueblo en aquellos días de opresión y de dolor y para cuya memoria aún no ha tenido la gratitud nacional un acto reparador que perpetúe el recuerdo de sus desvelos.[29]

Todavía descansan sus fríos despojos en la vecina isla de Curazao en casi olvidada sepultura»,[30] aunque no equivale a decir que el presbítero Hernández fuera el iniciador de la Separación, o supedite en modo alguno a Duarte «quien al regresar de la antigua metrópoli, se unificó íntimamente con la patria en desventura».[31] Y por último, Logroño, expresa que «tan noble y alta misión la de reunir las fuerzas para la organización de un partido separatista, llamado a despertar al pueblo dominicano

[27] *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo...*, t. III, p. 5.

[28] *Resumen Historia de Santo Domingo*, vol. 1°, p. 123.

[29] Después de escrita esta frase por Bernardo Pichardo se ha levantado una estatua a Gaspar Hernández, en la Plazoleta del Carmen, frente a la casa en donde se fundó la Trinitaria, por Decreto del Congreso Nacional.

[30] *Hist. Patria*, pp. 72/74.

[31] Frase de Emiliano Tejera (*Monumento a Duarte*), reproducida por el publicista Pichardo.

del letargo con que yacía, para lanzarlo con bríos a la revolución y hacerle romper el yugo bajo el cual gemía desde el año 1822, la acometió lleno de fe y de sagrado amor, Juan Pablo Duarte, joven de talento y de valiosas prendas morales, recién llegado de España adonde se había empapado en las ideas de libertad entronizadas en Europa desde la famosa revolución del 1830».[32]

Tratan los que mantienen la injusticia de negarle a Duarte el título de genuino iniciador de la causa separatista, de inmediato precursor de la República, en apoyar la vieja tesis ahora innovadora en la deposición del haitiano historiador Tomás Madiou, y en la del prócer indígena Alonso Ravelo. En su comentada *Reseña* este último refiere cómo «el padre Gaspar Hernández, preclaro sacerdote republicano, los educaba (a sus discípulos), haciéndoles comprender las ventajas que podía ofrecer la emancipación o Separación del Gobierno haitiano; este pensamiento fue acogido por la juventud con ese entusiasmo natural del patriotismo, y encarnara estas máximas en ella con mucho ardor».[33] Es muy de advertir por fundamental en nuestra Historia, que el papel de educador que Ravelo, como Serra y la tradición, le adjudican al canónigo Hernández no puede ser identificado con el del apóstol que solo Duarte personificó con la

[32] *Comp. Didáctico de Historia Patria*, t. I, p. 212.

[33] En sus *Apunte*s… Serra dice que «si todos los estudiantes del padre Gaspar no eran trinitarios, en cambio todos los trinitarios éramos estudiantes, y no podíamos mirar sin reprobación el proyecto que algunos habían concebido de buscar en el gobierno de Francia la salvación de sus particulares conveniencias; los unos apeteciendo protectorado, los otros delirando aun con anexión».

Tal vez esté demás decir, aunque sólo se da como dato curioso, que este folleto de la *Historia de los Trinitarios...*, que hemos consultado tiene un valor arqueológico para su dueño, mi padre, el académico Félix Evaristo Mejía, pues fue donativo que le hizo Rosa Duarte, quien ha contribuido con sus notas copiosas a aclarar, la historia de ese período de la Independencia, dióse el regalo aquel, en Caracas, por el año 1887, con motivo de estar el donatario referido en destierro voluntario por causa política, esto es seis años antes de venir al mundo el autor de esta *Historia de Santo Domingo*.

El manuscrito de estos *Apuntes* de Ravelo lo he comprobado de visu, en poder del Lic. Sánchez, como antes anoté.

fundación de la Trinitaria, y que los otros patriotas secundaron con sus prédicas, pues cabe en este caso lamentable confusión. Uno, el maestro de libertades, generaliza un concepto de dignidad humana que ha de fructificar y producir óptimos frutos en sus discípulos que serán los sacerdotes de la patria; el otro, el guiador apostólico de un pueblo, el conductor lleva en su mano la conciencia colectiva, y su voluntad, es una multitud que se mueve y dictamina a su solo impulso creador, tiene mucho del profeta bíblico a quien Jehová dijo: «*Tihi dabo frotem duriora frontibus ejus*». La verdad predicada por el mentor Gaspar Hernández hará apóstoles, a lo sumo; la verdad puesta en el corazón de los dominicanos por el mesías Duarte, hará la patria; todo lo que hicimos a partir de él, hasta el triunfo de nuestra causa, no será otra cosa que la solidificación en el caos, tras las convulsiones cósmicas, de ese pensamiento directriz que alumbra las mentes de los hombres de su generación. Lo único que había de sinceridad plena era aquel hombre que proclamaba la libertad, medio profeta y loco, a quien un día habrá de cantar el rapsoda, el homérida futuro de nuestra epopeya, porque solo el alma de Duarte no supo del desaliento en el dolor y tal vez en la muerte misma: abandonado, proscrito, incoherente; la tradición fielmente nos transmite su espíritu magnánimo y fuerte, que, como el dios propicio en los poemas primitivos, descendía sobre aquella multitud de su época.

PARALELO HISTÓRICO. He probado ya que, además de que esta última interpretación parece más razonable, hay hechos que le dan incontrastable consistencia de verdad histórica. En primer lugar, el padre Gaspar, aconsejó, en el momento en que se produjo la Reforma, la fraternidad y confusión de ideales de los unos y otros habitantes de la isla, tal como se ha mostrado, en segundo término, él es partidario de la reincorporación a la metrópoli ibera, cosa también evidenciada por los autores de su tiempo; aunque sea la prueba indirecta traída a esta historia crítica. La gloria de Duarte, por el contrario, no transigió con idea de dominador extraño. Repudió de nuevo al haitiano cuando sintió burlado a sus paisanos, los dominicanos, por el usurpador Hérard;

mantuvo incólume el ideal de una soberanía pura, fórmula absoluta de libertad, en el seno de la Junta Central Gubernativa, cuando tantos patriotas flaqueaban por la influencia omnímoda del dictador Santana, alma y todo de aquella junta en casi todas sus etapas de vida incipiente nacional. Así, a principios del mes de junio del año 1844, Duarte se había pronunciado contra un protectorado extranjero en la reunión promovida por el afrancesado Tomás de Bobadilla y el conservador José Damián Caminero, resultando aquel, Duarte, «el único vocal de la Junta Central Gubernativa que se opuso a la enajenación de la península de Samaná», según testimonio fidedigno del prócer Juan Isidro Pérez.[34]

«Esto lo dice la Historia, y lo consigna el mismo escritor Lugo en su frecuentemente citado artículo acerca de Emiliano Tejera, achacando a tan radical actitud del bizarro miembro de la referida Junta, el que "no pudiera unificar la opinión en la conferencia celebrada en casa de su tío José Diez en 1843", de la cual nos habla Madiou».[35] El escritor García da asenso a Pérez,[36] cuando

[34] Carta de Juan Isidro Pérez a Duarte:
…La historia dirá que fuiste el único vocal de la Junta Central Gubernativa que con honradez a toda prueba se opuso a la enajenación de la península de Samaná. La oposición a la enajenación de la península de Samaná es el servicio más importante que se ha prestado al país y a la revolución, etc.

[35] *Historia de Haití, 1843-46.*

[36] Es de lamentar que una historia tan rica en datos acerca de los tiempos modernos, hecha con tanta probidad y hercúleo esfuerzo por José Gabriel García, prócer del civismo, hombre veraz a toda prueba, aunque se le tilde por algunos, sin razón o con ella, a veces, de haber sido compuesta con excesiva dureza en el dictamen emitido acerca de determinados personajes históricos y protagonistas señalados de nuestra política, tenga descuidos de forma tan abundante y errores mismos garrafales que estoy señalando en el curso de esta historia, impidiendo por esto ser la primera de todas nuestras crónicas nacionales, no sólo en el orden cronológico en lo que concierne a los sucesos que precedieron inmediatamente a la República y posteriormente a ésta, concomitantes casi con épocas muy recientes, sino en cuanto a su documentación de primera clase y aun aquella que abreva directamente de los autores que se pudiera decir que fueron sus precursores, pero que aclara, amplifica y ordena en fechas y minuciosos detalles: por eso es su Historia de Santo Domingo de indiscutible importancia en lo que respecta a obra documentaria propiamente dicha de fácil relato, pormenorizado, aunque no erudito; más narración que crítica filosófica, profunda, pertinaz.

dice: «José Joaquín Puello y sus hermanos, Pedro Alejandrino Pina, Juan Isidro Pérez, protestaron como una sola voz contra la proposición hecha», la del protectorado y la cesión añeja de la Bahía de Samaná».[37]

En su *Historia de Haití* Tomás Madiou[38] hace esta referencia: «del 1836 al 1837, un sacerdote llamado D. Gaspar Hernández, llegó a Santo Domingo, fue cura de la Catedral, y luego canónigo o asesor jurídico del cabildo», etc., y continúa: «Encuentra él justas y fundadas las aspiraciones de los dominicanos aun de aquellos que por razones de sus cargos y nexos, parecían estar más relacionados con los haitianos. No tarda, pues en abrir una especie de Universidad, de sala de clases que frecuentaron como estudiantes varios jóvenes, entre los cuales se distinguieron Juan Pablo Duarte, Francisco Sánchez, Juan Isidro Pérez, y Pedro Pina.

Cuando terminaron sus estudios estos condiscípulos conciben el ideal de separar a su país de Haití. Gaspar Hernández, por su parte, busca la manera de allegar recursos entre sus parientes ricos, y marcha para el extranjero. Entre otros lugares visita la Costa Firme, adonde sus ideas emancipadoras se fortifican. Llegado de su viaje a Santo Domingo, aquel las propaga tanto como puede, pero con una gran prudencia (la policía haitiana lo tiene muy vigilado), entre los pobladores de esta porción de la isla.

A pesar de que sus antiguos discípulos y él tenían grande osadía para intentar empresa semejante, de tal magnitud, el proyecto de Separación quedaba delineado».[39] Tal dijo el historiador

---

Valdría la pena que sus idóneos e ilustrados hijos, Leonidas y Alcides García, ya muy estimables historiógrafos, con una mejor visión certera de la historia crítica, y con afán reparador de cuidar de la gloria muy legítima de su ilustre padre, intentaran la reproducción corregida y con notas supletorias de tan valioso libro nacional. Sobre todo, en materia colonial, donde hay vastos hiatos de uno a otro período histórico, ya evidenciados por los investigadores que le han seguido y hasta por documentos de su propio archivo semi-virgen.

[37] *Historia de Santo Domingo*, t. II, p. 259.

[38] Era este Madiou antiguo director del Liceo de Puerto Príncipe, diplomático y ministro en diversos regímenes de Haití.

[39] Tomo corregido en 1843-46, pp. 101-102.

aludido por el Dr. Lugo; el presbítero Gaspar Hernández fue ante todo un sembrador en el alma de sus alumnos –quienes no eran todos trinitarios al decir de Serra– de aquella idea de libertad; ¡trocóse luego en emisario y agente propagador de la Revolución y nada más! No fue apóstol, ni podía serlo, lo he dicho. Hacia él no acudió ni podía acudir el pueblo, tal cual lo hizo alrededor de Duarte, así como acuden las moléculas hacia el centro que debe darles cohesión y distribución, y funciones orgánicas. La multitud se agolpó rodeando a su esperado conductor Duarte, cuando este regresó de Curazao, como lo atestiguan todos los relatores de nuestra Historia.[40] El pueblo lo rodea a pesar de tener ya realizadas sus primeras obras, y tener varones que le condujeran como Sánchez el heroico, Mella el audaz, o Santana el ínclito.

Al conjuro de Duarte, que era el fundador, brotan de todas partes capitanes, caudillos, conductores de segundo orden, gérmenes de futuros próceres de la patria. Tal el más grande guerrero de esos tiempos, el atrida Duvergé, pero la gloria no es de esos, por lo menos, la del apóstol, la del iniciador, sino del que solo al conjuro de su nombre, por el solo hecho de su llegada, hacía de todo ese fenómeno heterogéneo, una masa homogénea, con casi una absoluta identidad de pensamiento, la cual debía perderse luego, con ese instinto social congénito para elegir sus gobernantes, no solo en la vida republicana posterior a esos días, sino a raíz de este milagro nacional, bien que relampagueante.

La culpa era, no obstante, del propio apóstol, de aquel elegido mensajero Duarte, que no tenía entrañas de héroe, por lo menos, de caudillo, insido; no era como Santana conductor de soldados, sino de hombres. Y los modeladores de pueblos deben ser soldados y apóstoles, cuerpo de Marte, y alma de Minerva. Por eso, tampoco pudo Duarte unificar la opinión de los corifeos políticos en el 1843, en la reunión celebrada en casa de su tío

[40] Bernardo Pichardo dice, en su *Historia Patria*: «Nótase el vacío del gran caudillo Duarte y de sus compañeros de destierro. La República naciente necesitaba del concurso de sus principales creadores y envióse por ellos a Curazao, viniendo prestos para pisar el suelo de la Patria libre y ser saludados por las entusiastas aclamaciones del pueblo agradecido».

José Diez; y sin embargo, en el año 44, estaba consolidada la nación bajo la jefatura de Sánchez, bajo el influjo de la palabra cohesionadora del gran político Bobadilla.

Necesitaba Duarte haber sido más cabeza de multitud instintiva que elemento de selección para dirigir un pueblo puro como todavía era el dominicano, después de haber pasado por el crisol de la era haitiana que le fundió al fuego, y por no haber sido el héroe en el clásico concepto de Thomas Carlyle, en su célebre obra *De los héroes, del culto de los héroes y del sentimiento heroico de la Historia*, no le correspondía a Duarte el derecho de gobernar la sociedad en que vivió, ni esta descubrió en aquel ser providencial a quien debía obedecer ciegamente.[41]

Ha sido, pues, mal interpretado el pensamiento de Madiou; asignó él solo la iniciativa, los comienzos en la obra de la emancipación a esos discípulos del padre Gaspar, quienes «conciben el ideal de separar a su país de Haití, una vez terminados sus estudios».

Este sacerdote vulgarizador de la idea de libertad, es únicamente el preceptor que, después se ha de trocar en coparticipante con sus educandos, los apóstoles, en la empresa de la Separación; de ahí que, el historiador aledaño, haya dicho: «Gaspar Hernández, por su parte, busca la manera de allegar recursos entre sus parientes ricos, y marcha para el extranjero». No sé de dónde saca la sagacidad de un Lugo que «Ramón Alonso Ravelo y Tomás Madiou, dicen que la palabra copartidarios, o coparticipantes, debe expresar una idea posterior a la prédica del padre Gaspar», ni de que «ambos le acuerdan primacía absoluta en la iniciativa de la Separación». Y, esto así, aunque fuera cierto, rigurosamente, que «Duarte mismo tomase de labios del referido padre la idea de esa Separación»: porque, la enseñanza

[41] La doctrina del individualismo erigido en principio de moral y en exclusiva regla de salvación para la humanidad aparece aún más extendida y exagerada por Carlyle en su notable escrito *Latter-day pamphlets (1850)*. Rechaza allí el parlamentarismo y el gobierno de las multitudes y en el *Pasado y Presente*, publicado en Londres en 1845 fustiga a la sociedad de su época por su corrupción e hipocresía, hace irónica descripción de los progresos de la civilización y encomia un heroico pasado imaginario.

de esta idea transmitida del maestro al pupilo, solo marcaría en favor del canónigo Hernández una misión providencial de libertad humana, y no el hecho de la Independencia iniciada por obras y actos, por ejemplo, la fundación de la Trinitaria y juntas patrióticas realizadas por Duarte; pero no un simple mensaje de enviado, por sagrado que éste y el tal fueran. El pueblo dominicano es quien da voto por Duarte, pasando por encima de Sánchez, Mella, y los demás hombres de la acción y del apostolado; su palabra es pues, revocatoria de todo otro acuerdo, de todo otro designio, de toda otra opinión falible de historiadores o de hombres.

Venga si no, en mi ayuda, el más admirado de nuestros pasados publicistas, Tejera, para hacer la descripción del gran día de la llegada del patricio. «El día de su llegada (de Duarte) fue un día de triunfo para la patria. Las ventanas y puertas de las casas se iluminaron al saberse que el buque que había ido a buscarlo a Curazao estaba en el puerto, y el 15 de marzo, día fijado para su desembarco, las calles se poblaron de banderas; una comisión de la Junta Central bajó al muelle para recibirlo, y con ella el prelado y todos los sacerdotes que había en esta capital; las tropas formadas en línea le aguardaban para rendirle honores, y al poner el pie en tierra el cañón lo saludó como el jefe de la República. El prelado lo abrazó cordialmente, diciéndole: "Salve, padre de la patria". El pueblo en masa lo vitoreó, y al llegar a la plaza de Armas, tanto él como el Ejército, lo proclamaron general en jefe de los Ejércitos de la República, título que no aceptó por existir un Gobierno a quien le correspondía discernir las recompensas a que se hicieron acreedores los servidores de la Patria. Del Palacio de Gobierno, donde fue a ofrecer sus servicios a la Junta Central, se dirigió a su casa llevado en triunfo por el pueblo y el Ejército».[42] El año 1844, el año clásico de la independencia y en él esta fecha 15 de marzo, momento en que arriba al puerto la nave que trajo a Duarte, es cifra que hay que hacerla pasar por el fuego lustral en que se fundió el hierro de las entrañas de la patria.

[42] Tejera, Emiliano, *Monumento a Duarte*, p. 20.

4.– LOS PERSONAJES DEL DRAMA NACIONAL

Aclarado ya el concepto controvertido acerca del autor de la idea separatista y sus vulgarizadores, por parte de la crítica racional de los hechos, haré ahora el examen y desarrollo de aquella idea patriótica de este momento incubatorio de la Independencia así como el estudio de los distintos caracteres de los personajes del drama nacional; de modo que estos estén animados de vida plástica e interior a la vista de las generaciones, y no figuras inertes como hasta hoy han aparecido en las relaciones de nuestros más esforzados o bizarros narradores, aunque sepa de antemano y confiese yo la falta de propias actitudes para darle cabal realidad ante esos mismos hechos históricos, más aún, los hechos biográficos. ¿Se quiera acaso conocer a un grande hombre, y sobre todo a la humanidad, enhebrando las cuentas de rosario de lo que se llaman los hechos? Lo que caracteriza al hombre son hierogramas grabados, de que muy pocos tienen la clave».[43]

Hay, pues, que hacer un alto en el relato de los hechos y su natural comento, para a fuer de fiel biógrafo, y adentrándome en el cuadro de esa época de gestación de la idea redentora, señalar el papel de cada actor, delineándolos en sus rasgos más salientes: ya a las figuras centrales o secundarias de tan procera columna de cruzados dominicanos; ora indicando el pensamiento orientador y la diáfana vida de aquel que con paso más lleno de majestuosa serenidad entró a oficiar de rodillas en el sagrario de la Patria: Juan Pablo Duarte.

Antes de empezar el ensayo sobre Duarte, es de decir que, el escenario principal y casi único donde cabe esta gran figura histórica nacional, es la Trinitaria, porque fuera de ahí, pierde relieve y grandiosidad; la falta de acción en los acontecimientos que ha de desarrollar el tiempo, le quita vida real a este personaje primario de la Independencia que pierde su gran significado ante la realidad, para transformarse en lo que fue de modo más trascendental que nadie, y que encarnó en sí su soberbia personalidad platónica

[43] Carlyle, Thomas, *De los héroes, del culto de los héroes y del sentimiento heroico en la Historia.*

como modelador de la idea generatriz de la patria: el precursor genuino, el mesías de la buena nueva, el conductor teórico pero necesario para formar en el crisol de la Historia el concepto inmanente de la nacionalidad, porque la Trinitaria fue el molde que recogió el fermento que solo Duarte y nadie más que Duarte, supo inocular a las masas para darnos la levadura de la libertad.

El pueblo tenía allí, con efecto, una conciencia colectiva que luego perdió, que flotaba, no solo en las masas populares más rudimentarias, sino, sobre todo, en las ciudades. De su seno brotó un sentimiento de la nacionalidad que en la vida de la Primera República se esfumó por culpa de los próceres infieles o infortunados a pesar de las ruidosas lides bélicas del año 1844.

He aquí la base que ha faltado por el grande y funesto error de los fundadores afectivos de nuestro pueblo, que hizo luego imposible la unidad de la nación independiente. Ellos edificaron una patria materializada con sus ambiciones, y las patrias concretas, se ha dicho, no son espirituales, no son pues, inmortales; viven en el tiempo; éste las transforma, las aniquila.

Ese principio vital de creador de nacionalidad que animaba a Duarte, aunque no pudo hacer de él una figura heroica por falta de gran carácter, dejó sin sentido su visión de apóstol, y su mensaje. Sánchez es otra cosa, con delineamiento del héroe de Carlyle, a ratos, se malogra como prócer bajo el influjo de la tierra y del factor étnico: porque es su barro, barro germinal. Oportunamente he de medir la distancia inconmensurable que hay entre el héroe al tipo forjado por Emerson o Carlyle, y otros agentes heroicos, entre los cuales nuestro emancipador Santana puede servir de caso típico, a quien ya hay que contemplar con nuevo miraje, completamente diverso en su concepto, en cuanto a la personalidad definida de libertador y político con que comparece ante la Historia, que aquel mantenido por los historiadores clásicos, en el estudio con que epilogo este noveno volumen de la *Historia de Santo Domingo*.

DUARTE, EL APÓSTOL. Vino, pues, al mundo, el general Juan Pablo Duarte y Diez, como fruto de la unión legítima del hispanense

Juan José Duarte y Rodríguez y de la criolla Manuela Diez y Jiménez Benítez.[44]

LA MORADA DONDE NACIÓ. El día 26 del mes de enero del año 1813, en la morada de su padre Juan José Duarte, sita en términos de la parroquia de Santa Bárbara, en la antigua Santo Domingo de Guzmán, se meció la cuna del general Juan Pablo Duarte.[45] Allí en la casa solariega no muy arcaica de los Duarte, fue bautizado el Fundador, con fecha 4 de febrero del citado año, por el doctor José Ruiz».[46]

No tiene ninguna certeza, como se asegura por algunos biógrafos de este gran personaje histórico nacional, que Juan José Duarte, el autor de los días del Padre de la Patria,[47] apareciera por primera vez en el suelo dominicano en 17 de octubre del 1799, pues lo que a ciencia cierta se sabe es que en esa fecha estaba aquí, donde apadrinó un nuevo niño cristiano, y en las postrimerías del mes de julio del 1804 se hallaba en Mayagüez, isla de Puerto Rico, figurando así, entre los enfilados de la emigración, en los comienzos del siglo XIX (tal nos lo dicen los cronistas de esa época), momento histórico en el cual, según la feliz expresión de Lugo, «la alta y sombría figura de Toussaint Louverture se alzó y lo dominó todo, recibiendo al cabo las llaves de la invicta, y, por decirlo así, sagrada ciudad de Santo Domingo».[48] También se desconoce la fecha del matrimonio de Juan José Duarte y Manuela Diez Jiménez.[49]

[44] Véase Anexo 14.

[45] Véase Anexo 15.

[46] Véase Anexo 16.

[47] Con todo exclusivismo, prescindiendo hasta de Francisco Sánchez del Rosario, los duartistas le dan tal calificativo a Juan Pablo Duarte.

[48] *Figuras Americanas*, «D. Emiliano Tejera», etc.

[49] Acerca de los ascendientes de esta matrona Manuela Diez Jiménez y Benítez, se han podido sacar en claro de los documentos publicados por Crispín Ayala Duarte, ya citado como biznieto de don Vicente Celestino Duarte, procedentes los mismos del Archivo de familia del Dr. Manuel Antonio Diez, primo hermano del general Juan Pablo, los indicios siguientes: primero, que don Antonio Diez era natural de la villa de Osorno, en Palencia, según su fe de bautismo, expedida el día 2 de abril del 1819, por José Ruiz e Ibáñez,

Se había inferido de algunos pliegos antiquísimos que se les dio momentáneamente cierto crédito hasta mejores informes, que los Duarte eran oriundos de Tarifa, la ciudad legendaria y brava que durante siglos contuvo a los musulmanes, y la cual fue testigo de la inmolación de Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, quien cumplió aquel temible juramento que se imponía a los defensores de Tarifa: «La defenderé hasta la muerte y si me fuere querida tomar, e fuere cercada e combatida, y que por temor de la muerte ni a mí, ni por ver matar mis hijos, ni por otro temor ni causa alguna, yo no la dejaré de defender, la entregaré, ni mandaré a entregar a quien no deba».[50]

Ahora por la vía colateral de Juan Pablo Duarte, de acuerdo con el acápite 20, de los infolios del conservado testamento de su padre en el protocolo del notario José María Pérez,[51] se deben reconocer como vivos por el año del 1843, el trinitario Vicente Celestino Duarte, primogénito; después: Juan Pablo, Filomena, Rosa, quien conservó intacto su corazón para ofrendarlo al altar de la Patria, y narró con mucho verismo los hechos que han servido para aclarar el más preciado trozo de nuestra historia, María Francisca y Manuel.

---

cura propio de la Iglesia de la Asunción, única parroquia en dicha villa, y que nació el 15 de enero del 1749, le bautizó el cura Jorge de Hierro, apadrinándole Félix de Padilla, Beneficiario de Preste de aquella Iglesia, quien firmó con el cura el acta y, segundo, que los abuelos paternos de la biografiada se llamaron José Diez y Juana Rojo, y los maternos Tomás Bayllo y Magdalena Fernández, vecinos unos y otros de la nombrada arcaica villa.[*] Entre los hermanos del progenitor de Duarte figuran Cristóbal, nacido en 1767 y quien falleció en la infancia, y otro cuyo nombre no se ha conservado, bien que parece que vino al mundo en el año 1775.

Según la presunción de Tejera Bonetty en *Genealogía. La Ascendencia paterna de Juan Pablo Duarte*, pudo celebrarse esta unión de los padres del Apóstol en 1800 (p. 39). Comparte su opinión Coiscou en su vol. II, p. 224.

[*] Nació Manuela Diez y Jiménez, como sus hermanos, en Santa Cruz del Seybo. Estos hermanos eran Antonio, Mariano y José Acupertino (Partidas de bautismo del 20 de abril del 1780, 25 de julio del 1790, 8 de octubre del 1891, parr. Santa Cruz del Seybo, Lib. II, Est. B-Caj. 26-Leg. 2-Folios A3 recto, 9A recto, 9A verso, 1A2 recto).

[50] Véase Anexo 17.

[51] Véase Anexo 18.

SU INFANCIA. No es abundante en episodios la infancia apacible de Juan Pablo Duarte. Es ella igual a la niñez de todos los muchachos tranquilos, de familia distinguida, en una ciudad pequeña, aunque reliquia histórica y capital, de una colonia española que tuvo gran importancia en el pasado. Su hermana Rosa es quien da su fisonomía espiritual, más definida en sus conocidos *Apuntes*,[52] en donde nos dice que era él un niño estudioso y aprovechado, que entró a la escuela de varones a la edad de seis años, se fue luego al otro plantel de enseñanza de Manuel Aybar, su primer caracterizado preceptor.[53] Parece más

[52] Publicado en *La Cuna de América*, 2o. Núm. agosto 1923.

[53] Rosa Duarte en sus *Apuntes* acerca de la instrucción primera de su hermano Juan Pablo, agrega: «… los pocos conocimientos que adquirió fueron debidos a su amor al estudio (hablando el Pbro. Dr. José Antonio de Bonilla sobre la facilidad que tenía Duarte para comprenderlo todo, el Pbro. Dr. Gautie(r) le contestó: "posee un talento natural, si hubiera nacido en Europa, a esa edad sería un sabio"). Repito que los pocos conocimientos que adquirió fueron debidos a su amor al estudio, estimulado por el laudable propósito de ilustrarse para poder libertar su patria. Él tuvo la desgracia de que al llegar a la edad de la razón su patria gemía bajo la ominosa dominación haitiana. El Gobierno haitiano cerró la Ilustre Universidad,[*] permitiendo tan sólo algunas escuelas en donde se enseñara lo apenas necesario para el exiguo comercio que allí se hacía; y más tarde, al fin de su oscurantísimo reinado, permitió una escuela pública donde se enseñaba el francés».[**]

[*] También en la parte francesa de la isla la enseñanza era igual bajo Boyer como revela la carta original, núm. 69, fechada a 25 de enero del 1843, en Puerto Príncipe, dirigida por el cónsul general Levasseur al ministro Guizot, en donde se puede leer: «*on pouvet, pour dissiper les tenebres de l'ignorance au milie ordquelles languissait particulierrement la clase noire, employer les economies faites sur l'armee, a relever les ecoles primaires qu'avait fondees Petion, y que l'administration de Boyer avait laisse perir d'inanition*» (Correspondencia de Levasseur, etc.) Bonneau, A. *Haití. Sus Prognsson. Su porvenir*, etc. Price-Mars.
Una etapa de la evolución haitiana, pp. 35-36. Janvier, L. J., *Las Constituciones de Haití*, p. 150. Dorsainvil, J. C., *Manual de Historia de Haití*, p. 197-198. Alaux, G. D., *El emperador Soulouque y su imperio*, p. 39, Lepelletier de Saint-Rémy, M. R., Santo Domingo, etc., vol. 1, p. 199). Bonnet, E., *Recuerdos históricos de Guy-Joseph*.

[**] Bonnet… etc., p. 131. Ardouin, B., vol. IX, p. 36. Serra, *Apuntes*, pp. 15-16. Abad, J. R., *Reseña Gral. geográfico-estadística...*, p. 159. Penson, C. N., *Reseña Histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo*, pp. 5-6, y 19-24,

probable, sin embargo, que el origen de la familia Duarte sea el pueblo español de Vejer de la Frontera, según se deduce documentalmente. Ella añade que «siendo (Duarte) muy niño su madre le enseñaba el abecedario». Acerca de esto, nos asevera Rosa Duarte, que el joven Patriota «estudió latín, inglés, francés, alemán, historia, economía política, derecho romano, matemáticas». Pero en este mismo *Diario* de su hermana se dice, en fragante contradicción, que, en 1834, Duarte arribó a Hamburgo, «adquirió una lengua viva, donde fue invitado a un banquete, y para entenderse mejor aprendió el alemán». Su biógrafo Lugo ratifica: «Parece lo cierto que sus principales conocimientos eran relativos a comercio, y que no salió de propósito a educarse fuera sino a viajar en compañía de un amigo, para ver mundo.[54] En eso último, le da la razón al crédito, bien que

---

Tejera, Emiliano, *Monumento a Duarte*, p. 6. García, *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, vol. II, p. 108. Henríquez Ureña, Pedro, *Literatura Dominicana, Rev. Hispanique*, vol. XL, pp. 24, 25 y 28.

[54] Como ya dije confirman aquellos *Apuntes* de Rosa Duarte que el Apóstol ingresó en la escuela de varones, a la edad de seis años. De ésta pasó a la del Sr. Manuel Aybar, en la cual fue siempre primer decurión. Su aplicación le granjeaba el cariño y la estimación de sus maestros, quienes le presentaban a sus demás discípulos como dechado de aplicación y buena conducta. Sus compañeros le amaban por su carácter dulce y afable. Es evidente que Juan José Duarte, el padre del Apóstol, ejerció el comercio, puesto que está probado documentalmente. Así resulta del acta de venta de la casa y el fondo de comercio de fecha 18 de marzo del 1845; de la carta de Juan Pablo Duarte a su madre y hermanas, enviada desde Curazao, de fecha 4 de febrero del 1844, de los *Apuntes*... de Rosa Duarte; de las *Memorias para la Historia de Quisqueya* de José Gabriel García; de los *Apuntes para la Historia de los trinitarios* de José María Serra; de la Exposición de Emiliano Tejera (p. 17), según asevera Coiscou Henríquez en su vol. II, p. 227. Tuvo un establecimiento de pulpería y de quincallería, y Serra dice que se dedicaba al negocio de ferretería, motonería, cordelería y artículos de este género (p. 13), según confirma la nota anterior.
Confirmado este texto por el *Diario* de Rosa Duarte: el almacén era de madera (p. 14). Además del testamento de D. Juan se deduce claramente que éste y su hijo, socio del negocio, eran mercaderes en detalle por el año 1831, y el último empleado en el comercio, en 1833; ocupado en el comercio, en 1835; «quinquillero (quincallero), en 1836 y 1841, y en tal

implícitamente, la propia Rosa Duarte cuando refiere que "en la escuela del Sr. Manuel Aybar aprendió gramática castellana, aritmética y Teneduría de Libros", etc. Su profesión de comerciante no se puede poner en duda. Juan Pablo Duarte se dedicó a continuar los negocios de su padre Juan José, en un establecimiento de "pulpería" y de "quincallería", según consta de su testamento,[55] de su acta de defunción,[56] de la epístola de Duarte a su madre y hermanas, escrita desde Curazao, a 4 de febrero del 1844,[57] del acta de venta de la casa y fondo de comercio del 18 de marzo de 1845,[58] y de las memorias de Rosa Duarte y de José María Serra».[59] «Que sepamos», dice su biógrafo Coiscou Henríquez, «ejerció el comercio… Explotaba la quincallería, la ferretería y, en general, el ramo de marina. Tenía extenso crédito».[60] Serra emplaza dicho almacén de los Duarte «en la Atarazana, frente a la muralla, al lado de la antigua aduana».[61]

---

calidad viaja a Venezuela, en asuntos de Comercio (V. Rosa Duarte, p. 3), y por fin consta que era comerciante por el año 1842. De modo que no se puede poner en duda que el joven Juan Pablo Duarte fungió de comerciante a más de los otros títulos espirituales que ostentaba, haciéndole el guía de los trinitarios y de los emancipadores de su época. Este es el hecho ante el juicio de la crítica histórica.

55 «Emiliano Tejera», *Figuras Americanas*, en donde se hace por el autor un esbozo biográfico de Duarte, con la maestría de su pluma, pero con la parcialidad que le dicta su admiración a Sánchez desmedida. Lugo es el mejor biógrafo del héroe del Conde y no puede ser justo con el fundador de la patria, Juan Pablo Duarte.

56 Protocolo del escribano José María Pérez, etc.

57 Véase carta en Nota de esta obra.

58 El 25 de noviembre del 1843, muere el autor de los días de Juan José Duarte, según el acta de defunción que consta y de que hablan Rosa Duarte, *Apuntes*, p. 13, y Coiscou, «Documentos Antiguos» (*La Opinión*, #8, p. 7, nota V).

59 Antes, a 6 de julio del 1843, Juan José Duarte hace donación de una casa baja de paredes cubiertas de vigas y ladrillos, fundada en suelo propio, sita en la calle del Truco, isleta número 20, primer cuartel, con su frente al Sur, a favor de su hijo, Juan Pablo Duarte.

60 Rosa Duarte, *Apuntes*… Serra, *Historia de los Trinitarios*...

61 Serra consigna que Juan José Duarte, se dedicaba al negocio de ferretería, motonería, cordelería y artículos de este género (*Apuntes*, p. 13). Rosa Duarte dice «el almacén era de Marina (*Apuntes*, p. 14).

Félix María del Monte, el más entusiasta panegirista de Duarte, en sus *Reflexiones históricas* ya citadas, refiere a su vez «que Duarte manifestó desde temprano las grandes dotes intelectuales que había merecido de la naturaleza; que por los años 1827 ó 28 concluía las asignaturas de Filosofía y Literatura y entraba a estudiar Derecho Romano». Contaba a la sazón de catorce a quince años.

Adolescencia. Tiénese perfectamente averiguado que no contaba Juan Pablo Duarte nueve años cuando se inició el período haitiano, lo cual trajo por consecuencia la clausura de la Universidad, «permitiéndose tan solo, dice su fraterna biógrafa, algunas escuelas donde se enseñaba lo apenas necesario para el exiguo comercio que aquí se hacía… Más tarde fin del oscurantismo reinado, permitió (el ocupante) una escuela pública donde se enseñaba el francés».[62] Allí en esta escuela dirigida por Carlos

---

En el testamento de Juan José Duarte aparece aquel como mercader al detalle. Después en el año 1831 figuran los Duarte como quinquilleros (calleros). En el año 1836 de nuevo se muestra D. Juan José como quincallero, por 1841 como comerciante, profesión que ostenta en 1842 (Coiscou, vol. II, p. 228). José María Serra sitúa el almacén de los Duarte en la Atarazana, frente a la muralla, al lado de la antigua Aduana, según *Apuntes*, p. 13.

Por certificado del Conservador de Hipotecas del 17 de marzo del 1845, Antonio Abad Solano, Conservador de Hipoteca del Distrito de Santo Domingo, ubica dicho almacén en una casa baxa en la isleta no. 13, quinto (cuartel), en la calle que corre de la hermita de San Antonio Abad lo emplaza en la muralla del río, dando frente a ella y haciendo esquina a la calle que corre de la Puerta de la Atarazana a Angulo (Archivo de Benito Alejandro Pérez, depositado en el Tribunal de Tierras a cargo Registrador de Títulos.

[62] Tal centro docente se llamaba «Ecole primaire, elementaire et superience», dirigida por Carlos Pierret, en donde se enseñaba francés y además Lectura, Escritura, Gramática, Aritmética, Algebra elemental, Historia Sagrada, Historia de Grecia, Historia de Roma, Mitología, Geografía, Lectura en Español, ejercicios mnemotécnicos. Abarcaba cinco clases. Funcionó dicho plantel hasta el año 1837. A finales de 1840, dice Coiscou, aparece el alumno Turrenne Carrie Fils con unos ejercicios de Escritura a *grosse* y *moyenne*, Historia, Mitología, Geografía y Ejercicios mnemotécnicos… En 1841 la cuarta clase de Gramática contaba siete alumnos. A fines de 1842 reaparece

Pierret, discurrieron los últimos años de la tranquila y fecunda adolescencia de Duarte.[63] También dado más noticias de los primeros conocimientos del patricio, los *Apuntes* en referencia de Rosa Duarte, agregan que aquel «empezó a estudiar la latinidad con el Pbro. Dr. Juan Vicente Moscoso, e Historia y continuó los estudios de Geografía Universal. Empezó más después a estudiar matemáticas y el dibujo con Mr. Galie. Se ocupaba también de aprender la música, con D. Antonio Mendoza estudió la flauta; pero su instrumento favorito fue la guitarra».[64] El mismo Diario informa de las clases de Filosofía de Duarte, en unión de sus compañeros los futuros creadores de la nacionalidad, en la sala de Regina Angelorum, bajo el dictado del padre Gaspar»: Año 42.

«Empezó a dar clase de Filosofía (Juan Pablo) en unión de sus copartícipes con el Pbro. Dr. Gaspar Hernández, cuya clase de Filosofía era más bien junta revolucionaria que clase de filosofía». Tal fue su un tanto opaca adolescencia.

VIAJE A EUROPA. Por cosa cierta se tiene –del mismo modo– que Juan José Duarte, su padre, por complacerle, y seguramente

---

Lamothe con unos lindos ejercicios de Escritura *grosse*… El último documento de esta serie de primeros de 1843, o acaso de fines de 1842 se refiere a la quinta clase de Gramática… Los documentos ofrecen una imagen suficiente de la *ecole primaire, elementaire et superiore*, y permiten atribuirle un mérito que la escueta mención de Rosa Duarte parece negarle. Estos documentos proceden del Archivo de Luis Durocher, antiguo alumno de la Escuela Primaria Elemental y Superior (Alemar, Santo Domingo, Ciudad Trujillo, pp. 183, 345).

Coiscou, *Historia de Santo Domingo*, vol. II, pp. 285-288.

[63] Coiscou Henríquez concuerda con el juicio que emito acerca de la adolescencia mediocre de Duarte, la cual nos dice que lo que nos alcanza de sus años es poco y significativo (vol. II, p. 281). Es verdad que la época era poco propicia al florecimiento intelectual, puesto que ella fue lapidada por Bonnet en estas frases sincerísimas y honradas a carta cabal: «Por todas partes no hacíamos más que destruir; no dejamos en pie ninguna institución útil. La Universidad de Santo Domingo ofrecía a la juventud una instrucción conveniente pero la hemos disuelto».

[64] Rosa Duarte, *Apuntes*... y en Mejía Ricart, *Ensayo sobre la Revolución y Duarte* (biografía premiada por la Academia Dominicana de la Historia, 1938).

con el fin de completar su educación, mandó a Juan Pablo Duarte «a viajar con un amigo que iba para el Norte de América y pensaba de ese punto dirigirse a Europa». Esto ocurrió alrededor del 1830,[65] aunque es equivocada la fecha del 1834 que Rosa Duarte y otros dan para fijar el regreso de Duarte del Viejo Continente.[66] Su retorno debió ser en el curso del año 1833,[67] puesto que en noviembre del primero firmaba en calidad de testigo instrumental, un acta de matrimonio. Tenía 21 años, aunque erradamente se indica como de 25 en la partida de nacimiento del 24 de octubre del 1835, en la cual Duarte declara que había nacido «El niño Eduardo, hijo natural de María Petronila Aguilera».[68]

Su arraigo social. Dedúcese de los diversos actos en que tomó parte Duarte, y que he anotado de intento en la cita al margen, el profundo arraigo social entre sus coetáneos y en la posteridad más inmediata tuvo una cierta arrogancia de gran patriota; en su doble condición de predicador de libertades y de moralista político pero, excéntrico, y casi único que le priva del disfrute de la cosa pública. Ello es significativo para una idea cabal del destino futuro de Duarte, acatado por todos en los comienzos de la obra emancipadora; pero que por falta de popularidad como personaje reinante y caudillo, frustró su verdadera historia, ya que fue precisamente elemento de selección, y no átomo proveniente de las muchedumbres que con ella debía arremolinarse y confundirse.

[65] Según las últimas biografías de Duarte, Leonidas García en su citado ensayo acerca de la Influencia de la Iglesia Católica en la formación de la Nacionalidad, en rectificación implícita de lo dicho por su padre el ilustre historiador José Gabriel García (*Comp. de Hist. de Sto. Domingo*), consigna tal fecha del 1830-Mejía Ricart, *Ensayo sobre Duarte y la Revolución*, etc.

[66] Tejera, Emiliano, *Monumento a Duarte*.

[67] Y no en el año 1834 como se fijaba por Tejera y otros.*

* Cuatro días antes había cumplido 23 años. Véase Anexo 19.

[68] Acta transcrita, letra h, en el Anexo 19.**

** Véase en el Anexo 20 lo que dice Leonidas García sobre la instrucción y viaje de Duarte.

Duarte, el hombre de pensamiento y uno de los mentores efectivos de su época

No se puede dejar de contemplar a Duarte como el hombre de pensamiento y uno de los mentores de su época. No es lícito tratarlo con el desdén e irreverencia que afectan algunos biógrafos, para quienes la apoteosis del apóstol implica el vilipendio de toda la falange de los héroes febreristas; pero es forzoso reconocer con Américo Lugo que «él no poseyera el gran talento y la gran instrucción que se le supone, ni nada nos revela en él aptitudes naturales ni facultades adquiridas muy excedentes a lo común y regular», aunque no agrega el citado biógrafo, que «el Diario de Rosa Duarte, en donde se ve a cada paso la huella de su mano es incorrectísimo; y la célebre carta a sus hermanas, como casi todo lo atañedero a su egregia personalidad, por culpa de su tío don José Diez, acaso del Dr. S. Ponce de León, nos muestra su poca cultura».[69] No hay duda que el pecho ardoroso del escritor Lugo guió su mano al trazar las anteriores líneas tan exageradas y tan poco comunes en su pluma justiciera y ecuánime por demás. Ni aun en sus cartas criticadas por aquél y algunos más, lo tengo por indocto, bien que las conociera de segunda mano por reflejo. Que Duarte fue hombre de mucha lectura no podrá negarlo, sus compañeros, que tuvieron con él trato familiar o quien conozca escritos la mayor parte en forma de epístolas, y hasta un proyecto de Constitución de que ya hablaré, aunque no fuera pulcro al modo horaciano que con frecuencia se le escapara.

No parecerá temerario ni quimérico afirmar que fue uno de los hombres de su tiempo más ilustrados; sin ningún extremado talento de genialidad, a lo Martí, o siquiera a la manera violenta y menos pulida de Bolívar. Fue hombre de estudios y de letras, como el precursor José Núñez de Cáceres, y la era de nuestra emancipación recibió el legado poético de las pasadas generaciones, en manos de Juan Pablo Duarte, el padre de la patria, por más que él tuviera como poeta estro un tanto mediocre en las

[69] Art. cit., E. Tejera, etc. *Bahoruco*, etc.

flores de ingenio de su primera juventud.[70] Fue además, avanzado entendimiento en cuestiones constitucionales, muy superior a la mayoría de sus contemporáneos, tal como informa su esbozo de Ley Sustantiva del Estado que sin fecha se ha transmitido a la posteridad, y el cual no es posible negar en su autenticidad por el peculiar estilo de Duarte que campea en el manuscrito compuesto a lo sumo de diez páginas copiadas en maquinilla y que debió ser escrito en el período que va de marzo a julio del año 1844, puesto que en el primero retornó a la patria, y en el otro fue expatriado. Debió ser redactado por el Fundador para ser propuesto dicho proyecto de Carta Magna en la primera Constituyente que se reunió en San Cristóbal, sin que entre sus miembros figurara el insigne autor que estaba ya violentamente arrojado de la cosa pública.[71] No sé por qué, esta Constituyente Duartiana, la cual más bien parecía un manifiesto de elevada teoría, no pudo hacerse conocer nunca ni trascendió en ninguna forma, a no ser en la actitud abierta que asumieron los antiguos trinitarios, Pedro Alejandrino Pina y Jacinto de la Concha, en la Constitución del 1865.[72] En esta constitución informe, pues sus artículos aparecían repetidos o sin numeración en muchos casos, se revela el gran espíritu de Duarte, el intangible repúblico frustrado por la aversión o las fuerzas oscuras del destino. En él aparece reconocido el poder municipal que nos trae Benjamín Constant en su *Curso de política constitucional* en que el Gobierno local de los municipios ejerce funciones diversas de las legislativa, ejecutiva y judicial;[73] ensayo

[70] Véase en el Anexo 21 algunos cantos de Duarte.

[71] Véase en el Anexo 22 el Proyecto de Ley Fundamental de Duarte.

[72] Esta carta constitucional que era muy propia para convertirse en catecismo de los adeptos de la Separación, constituía un verdadero y amplio programa de Gobierno republicano, democrático, responsable y de superior ética trascendente, como deja ver su extenso artículo 6o. que dejaría satisfechos a los más exigentes revolucionarios de todas las épocas.[*]

[*] Rodríguez Demorizi, Emilio, Discurso de ingreso en la Academia Dominicana de la Historia, de fecha 12 de octubre del 1935. Publicado en *Clío*, fasc. V, septiembre y octubre, 1935).

[73] El notable autor Florentino González ha dicho en la página 103 de su Derecho Constitucional:

notable en América, sobre todo en aquellos tiempos de nuestra primera República, y que debían implantar sucesivamente nuestras constituciones del 1865 y 1866, que se diría como una herencia política del inefable Apóstol.

No es discutible el elevado entendimiento de este mentor auténtico de su época como le debe ya considerar la crítica, ni la influencia decisiva que Duarte ejerció con su sacerdocio del bien sobre su generación de hombres libres, no solo en la política irradiando su poder espiritual, sino en las propias almas individuales, reconcentrándolas hacia dentro, hasta que el dominicano y la libertad llegaron a ser idénticos. El alma religiosa del conductor desempeñó decisivo influjo entre sus compañeros que obedecían todavía a los heredados prejuicios de su raza española, educada en los sentimientos y principios de la Iglesia Católica que estaba en pleno apogeo en esos malhadados tiempos.[74] Empapados están

---

También habla Benjamín Constant de una quinta división, que denomina poder municipal, como si el gobierno municipal ejerciese funciones diferentes de las legislativas, ejecutivas y judiciales, lo que es completamente inexacto. El gobierno municipal ejerce precisamente esta clase de funciones, con la sola diferencia del gobierno nacional, que las de aquel tienen que contraerse a los negocios puramente locales. Puede tomarse más bien como una limitación del poder delegado al gobierno general en todos sus departamentos pero no como un departamento de éste; por lo menos, si el gobierno municipal se constituyó de manera que sea apto para atender completamente a los intereses peculiares de las localidades.

Constant agregaba una nueva función al poder para complementar así a las ya clásicas concebidas por Montesquieu en el *Espíritu de las leyes*; y en su afán intelectual, Clermont Tonnerre, según Hostos, en su *Derecho Constitucional*.*

* Página 45, editada en París, 1908.

[74] Las ideas religiosas de Duarte son harto conocidas. Su hermana Rosa escribe que a los seis años recitaba de memoria todo el Catecismo. Además en los pocos escritos de él hay la huella de tales sentimientos para con Dios: «Todo es providencial», dice; «hay palabras que por las ideas que revelan llaman nuestra atención y atraen nuestras simpatías hacia los seres que las pronuncian; tú eres providencialista si no me equivoco, y en esta inteligencia voy a explicarme. A la verdad, sentiría que no lo fuese, porque te amo, y los providencialistas son los que salvarán a la Patria del infierno a que la tienen

de misticismo y hasta de fervor extremo todos los dominicanos en que puso la mano el patricio, elevando la mente hasta lo eterno: el *Manifiesto de Guayubín*,[75] antes el texto del juramento de los trinitarios que le es atribuido y hasta el casi apócrifo proyecto constitucional ahora sacado a luz por los duartistas.

«Educado en la piedad religiosa», escribe Meriño, «guardó siempre intacto el tesoro de su fe y acudía al Señor en las congojas de su corazón. En su grande alma mantuvo altar para su Dios y para su patria, y así sus virtudes cívicas llevaban el suavísimo perfume de sus virtudes cristianas. Y ponía también su confianza en el patrocinio de la Virgen llena de gracia, cuya imagen colgara de su cuello en días de zozobras su madre atribulada. Reliquia preciosa, señores, que llevó siempre con devoción y que hoy me envanezco de poseer como el más tierno recuerdo del amigo muerto».[76] Sobrole a nuestro Apóstol grandeza espiritual y cualidades

condenada los ateos cosmopolitas», etc., etc. Y este otro trozo: ¿Qué más se quiere del patriota?; ¿se quiere que muera lejos de su patria, él, que no pensó sino en rescatarla; y con él sus deudos, sus amigos, sus compañeros, sus compatriotas que no sean bastante viles para humillarse y adorar el poder satánico, que adueñado de la situación hace más de veinte años, dispone a su antojo del honor, de la vida, de las propiedades, de los mejores servidores de ese pueblo heroico hasta en el sufrimiento y tan digno de mejor suerte? Pues no, no, que escrito está: bienaventurados los que han sufrido hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos. Y el buen dominicano tiene hambre y sed de la justicia ha largo tiempo, y si el mundo se la negare, Dios que es la Suma Bondad, sabrá hacérsela cumplida y no muy dilatado, y entonces ¡ay! de los que tuvieron oídos para oír y no oyeron, de los que tuvieron ojos para ver y no vieron…, ¡la eternidad de nuestra idea! porque ellos habrán de oír y habrán de ver entonces lo que no hubieran querido oír ni ver jamás. Te suplico por tus hijos y por la madre de tus hijos no cierres tus ojos a mis palabras, porque más de un triste llora su desventura por haberlas oído y no haberlas escuchado y más de una víctima tropezó con el sepulcro. ¿Tienes amigos? (si es que en el destierro ha quedado alguno), prepáralos porque los días se acercan, procura que no se descarríen pues va a sonar la hora tremenda del juicio de Dios, y el providencial no será vengativo pero sí justiciero. Etc.

[75] Publicado en *Clío*, fasc. V, septiembre y octubre de 1935.

[76] Obras de Meriño, 1906.

tan varias y sobresalientes que no le restaba más que don guerrero para ponerse al nivel de Washington en desprendimiento y generosidad, en abnegación y contextura ética. A todas las virtudes señaladas reunía este hombre de pensamiento cualidades tan distinguidas, que por su elevación eran verdaderas virtudes. Mas si desde este aspecto moral es grandioso, elevado nuestro mentor, Duarte, en tan alto grado como Lincoln por su tenacidad en pro de la libertad humana, ¿cuánto no lo será juzgado por todas y cada una de sus virtudes?

El retrato más fiel de Duarte el revolucionario nos lo da su cofrade Serra cuando dice que, al hablar de la formación de la junta patriótica aquel «le vio como trans figurado; sus ojos azules, de mirar sereno, le centellaban; su tez suave, teñida de ordinario por las rosas, aquel momento parecía deberse su color a la amapola, sus labios finos donde de continuo una dulce y cariñosa sonrisa revelaba la bondad e ingenuidad de aquella alma noble e inmaculada, veía los convulsos agitados el negro y espeso bigote que a la vez formaba contraste agradable con su dorada y poco poblada cabellera, al dilatar la longitud de su frente que daba majestad a su fisonomía. Con el pecho erguido, adelantando el paso, acompañando la acción con la mano derecha, como si terminara una arenga concitadora ante el pueblo, repitió: «¡Fuera toda dominación! ¡Viva la libertad! ¡Viva la República Dominicana!».[77]

Evocaré, así, tan magna figura de nuestra historia, que se destaca como símbolo por su pureza y su levantado corazón, en aquellos tiempos que precedieron al advenimiento de la República. No sería Duarte personaje que indiferente contemplara la crítica histórica, aunque solo reconociera en él al Apóstol y al agitador revolucionario, que realmente él solo fue, y no al político que con cándida humildad propia de los sacerdotes o de los iluminados, no pudo seguir los rumbos de la política de su tiempo hasta con el fracaso y el olvido de los que, sabiendo imprimir mejor su personalidad a la época que le tocó vivir, le arrojaron como un estorbo de la patria que él más que nadie sonó y edificó en su primera

[77] *Apuntes...*, etc., p. 11.

piedra que fue la Trinitaria, hasta que murió en la más completa anonimidad el 15 de julio del 1876, y fue sepultado en el cementerio Tierra de Fuego de Caracas, el día siguiente.[78]

Aquella injusticia de los antagonistas de Duarte, considerándole desprovisto de toda alma heroica, no la comparto como historiador. Pruebas irrefutables hay de que el prócer Juan Pablo Duarte trató de asumir la acción y corrió los peligros de los hechos de armas, entre ellas podría citarse la que se desprende del llamado MANIFIESTO DE GUAYUBÍN, cuando pisó de nuevo la patria para luchar por la Restauración,[79] pero sí reconozco con el Dr. Lugo que no fue hombre de acción en el verdadero sentido moderno, y un héroe en el sentido religioso griego, pues inconscientemente evitó toda empresa memoranda. No debió abandonar a Sánchez y sus demás compañeros para ir al destierro, tal como se le ha tildado por algunos biógrafos:[80] ni tampoco «alzado su destierro en 1848, debió privar a su pueblo de su presencia por más que los gobernantes quisieran alejarlo de la cosa pública».[81] En ambos casos faltó el héroe para ir al encuentro de la acción, aunque él era muy capaz de la ocasión presentada dar

[78] Mejía Ricart, G., *Ensayo sobre Duarte* y *La Revolución* (inédita).

[79] Manifiesto de Guayubín lanzado por Duarte.
«Arrojado de mi suelo natal por ese bando parricida que empezando por proscribir a perpetuidad a los fundadores de la República ha concluido con vender al extranjero la patria cuya Independencia jurara defender a todo trance, he arrostrado durante veinte años la vida nómada del proscrito, sin que la providencia tuviese a bien realizar la esperanza que siempre se albergó en mi alma de volver un día al seno de mis conciudadanos a consagrar a la defensa de sus derechos políticos cuanto aún me restase de fuerza y vida. Pero sonó la hora de la gran traición, en que el Iscariote creyó consumada su obra, y sonó también para mí la hora de la vuelta a la Patria. El Señor allanó mis caminos a pesar de cuantas dificultades y riesgos se presentaron a mi marcha, heme al fin con cuatro compañeros más en este heroico pueblo de Guayubín dispuesto a correr con vosotros del modo que lo tengáis a bien, todos los azares y vicisitudes que Dios tenga aún reservados a la grande obra de la Restauración Dominicana, que con tanto denuedo como honra y gloria habéis emprendido. Etc.».

[80] Lugo, Américo, *Figuras Americanas*, «Emiliano Tejera», etc.

[81] Art. ut-supra, *Bahoruco*, 3 de marzo de 1934.

muestras hasta de valor rayano en la temeridad y mayor abnegación, porque su único y grande papel fue el del Mesías anunciador de nuestra libertad para lo cual estaba perfectamente conformado. Duarte fue el personaje adecuado al momento en que apareció en nuestro escenario político cuando regresó de Europa alrededor del 1833, como he relacionado, pues su intervención formando la Trinitaria y la escuela de patriotismo que debía enfrentar a su doctrina purísima a la abyecta de sus contrincantes del partido moderado, es un suceso que tuvo algo de extraordinario y providencial. A esta manera él también fue un héroe si vamos a medir los obstáculos que gigánticamente saltó su alma hecha para cosa grande de este género, y cuyos émulos habría que buscarlos entre los precursores o los libertadores «Duarte no aparecerá ante la posteridad como esos paladines legendarios que la fama se encarga de eternizar por sus ruidosos hechos de armas o insignes victorias», exclama en su *Oración* el grandilocuente varón Meriño, «ni sería tampoco cordura pretender para él timbres no merecidos para labrarle mayor engrandecimiento; que aparte de que el vaso es siempre de barro, las nombradas acciones de los héroes condenan en el cielo de la historia formando astros de varias magnitudes, pero siempre astros y nuestro caudillo fue adecuado para las necesidades especiales de aquellas situaciones, para hacer llevar a cabo la reivindicación de nuestros derechos, y si limitados se juzgan los vuelos del prócer fenecido, suficientes fueron para darnos Patria y Libertad».[82] Es cierto que el apóstol Duarte no tuvo vida heroica. Al par que el publicista Américo Lugo juzgó que «la verdad es que Juan Pablo Duarte es el precursor y el apóstol, predicó la doctrina de la libertad, acometió la alta empresa de libertar a su pueblo y es el creador del Partido Separatista; pero no pudo sino abrir la era de la Independencia y anunciarla. Esto basta para su gloria».[83] Empero disiento que fuera por falta de virtud de héroe, sino más bien porque dejó a la mente la resolución de su gran idea de separación, y

[82] Obras de Meriño, etc.

[83] Lugo, *Figuras Americanas*, «D. Emiliano Tejera», etc.

como idealista de pura raza confiaba en la fuerza de la persuasión más que en los hechos hazañosos de la guerra o en los corajudos instantes de la levantada acción que hace los pueblos o precipita su rebelión y su heroísmo.

Falsedad del holocausto de los bienes de Duarte

De intento he reservado hablar no de esta falta de condiciones épicas en nuestro héroe, que al fin y al cabo es lo accesorio en nuestra historia más esforzada que de resonados episodios, sino más bien de lo que constituyó para mi juicio la verdadera flaqueza de Duarte caracterizado personaje forjador de Patria, lo que he calificado de carencia de un superior carácter o de responsabilidad histórica para imponerse a la época que le tocó inaugurar y presidir en nuestros destinos públicos libres. Claro está que él era hombre de carácter en el molde corriente de los demás hombres, pero es por esa singular manera de interpretar la Historia atendiendo más a sus trascendentales móviles y efectos que a sus causas secundarias y transitorias, que he negado esta condición de Duarte y con la cual sería la más perfecta personalidad en la galería de nuestras conspicuas figuras simbólicas.[84]

[84] Por eso más que justas las alabanzas de Tejera en una de las más bellas páginas que se han escrito al describir aquel gran pasaje que precedió a la Independencia.

«…Pero es una noble raza la viril raza española, la de entidades más individualistas entre todas las que existen en el globo. Cuando se levanta airada contra la opresión, si su tirano es omnipotente podrá cavarle tumbas; pero imponerle cadenas, jamás, jamás. ¡Ah! Si como está poseída del sentimiento de su libertad individual, estuviera poseída del respeto que debe tener a la de los demás, y de que fuera de casos extremos, el derecho no debe sostenerse sino con el derecho, y no con la fuerza, ¡qué gran raza sería! Los pueblos que tienen siquiera una gota de esa sangre generosa no han nacido para la esclavitud. El dominicano es el hijo primogénito de los conquistadores de América, y no le extrañan las heroicidades de Sagunto y de Numancia, Pueblo igual no puede ser esclavo para siempre.

Así lo comprendió Juan Pablo Duarte, al pisar en 1834, de regreso de Europa, las playas de la patria, etc.»

Alejado estoy de esa triste escuela de patriotismo que al través de la vida republicana ha pretendido dividir la opinión en dos bandos: los duartistas, celosos guardianes de la memoria eterna de Duarte en quien aparentan solo ver la imagen de la patria,

---

Pero en aquella raza había fermento de héroe, en aquella tierra virgen que recordaba la antigua Grecia, vasto campo para la actividad de un pueblo civilizado; en los recuerdos en la historia, mil excitantes enérgicos con qué enardecer el espíritu público y convertir los esclavos en ciudadanos. ¡La cuna de América destinada a ser un girón de África! ¡Cuánto dolor para su ilustre Descubridor! ¡Cuánta afrenta para la España! Y ellos, los descendientes de Colón, de Garay, de Ojeda, de Oviedo, soportarían con vida esa ignominia, cuando ocho siglos de lucha contra otra imposición africana, les mostraban a la vez la senda gloriosa, las palmas inmortales que el destino concede a la virilidad y al heroísmo. Duarte aspiró a plenos pulmones el aire de la patria, y por los poros de su cuerpo se infiltraron sus sentimientos, sus dolores, sus aspiraciones. Hubo unificación íntima, absoluta entre él y aquella patria adorada. Lamentó con el hacendado la ruina de la finca paterna, obra de años de laboriosos esfuerzos; lloró con la madre, que al recibir en sus brazos al fruto de sus entrañas, lo bañaba con sus lágrimas, sabiendo que ese pedazo de su alma era sólo un esclavo y una preocupación más; compartió las angustias del padre, a quien desvelaban el desquiciamiento de la familia, el incierto y tal vez deshonroso porvenir de la hija, y el cierto destino del hijo, y hasta se enorgulleció con el antiguo esclavo dominicano que, sintiéndose superior en todo a su dominador exótico, sufría con impaciencia su dominio, y anhelaba el momento de probarle que en la tierra dominicana no había división de castas ni de condiciones, y que todos sus moradores formaban una sola familia, unida por la religión y el amor, y dispuesta a confundir sus esfuerzos y su sangre en las luchas gloriosas por la libertad.

Desde ese momento, el destino de Duarte quedó fijado para siempre. Todo por la patria y para la patria. Nombre, juventud, fortuna, esperanzas, cuanto era, cuanto podía ser, todo lo ofrendó en aras de la tierra de su amor. Las grandes causas necesitan grandes sacrificios, y el puro y justo, se ofreció como víctima propiciatoria. ¡Amor de madre, cariño de hermanas, afectos juveniles tan caros al corazón, ilusiones de perpetuidad, cimentadas en un heredero de nuestra sangre y de nuestras virtudes alejaos, alejaos para siempre! El destino es inexorable, y el sacrificio se consumará. El entendimiento como que vislumbra a veces la razón de estos hechos, al parecer llenos de injusticia; pero el corazón que no discurre, se acongoja fuertemente, al encontrar que la base de toda obra perdurable es el cadáver de un justo que no participó en las prevaricaciones pasadas, ni gozará en los festines venideros. ¿Por qué la independencia necesitó el sacrificio de un Duarte? ¿Por qué la Restauración el sacrificio de un Sánchez?

encarnando en él al Apóstol que efectivamente fue, al héroe, al mártir, al fundador de la República que realmente no pudo llegar a ser: los sanchistas, adoradores de la figura de Francisco Sánchez del Rosario, la acción en la noche memorable del Baluarte; el sacrificio en San Juan, lo creen advertir todo en él: el hombre de la epopeya febrerista que representó, y hasta el iluminado genio platónico, el semidiós de nuestra leyenda patria que muchas veces oscureció la realidad circunstante del momento. Unos y otros pecan de ese mal patriótico que tanto abunda entre nuestros hombres de letras, y que con sus pasiones y egoísmo han retardado dar el pan de la verdad histórica a la posteridad.

Las generaciones presentes aspiran ver llegar al historiador justo y ponderado que no comulgue con esas ideas partidaristas y no cierre filas en esos dos bandos donde se alzan las más de las veces sentimientos bajos y de vil escoria humana que no tienen justificación en esta época, si lo tuvieron otrora cuando se movieron y agitaron por los actores del gran drama de nuestra independencia, envidias y rencillas que hizo nacer la lucha o las rivalidades por la noble gloria o el sombrío poder, la ambición y el medro personal. Dicho esto como profesión de fe, el motivo de sinceridad que me he impuesto al escribir esta Historia si con algunos sedimentos de acidez al depurar la negra verdad histórica en ciertos casos, con leal móvil de ajustar el comento de nuestros hechos al pensamiento filosófico noblemente fecundo que crea y edifica más que la fábula quimérica y radiante de heroísmo que han urdido con menoscabo de sus conciencias la mayor parte de nuestros antiguos y bien intencionados relatores.

Este sentimiento que me escudará, diga con alma contrita, pero con valor, que la gran peripecia de nuestra emancipación no tuvo más de extraordinaria y sí mucho de providencial. Y que la obra de la Separación fue noble obra ideada por Duarte, practicada por Sánchez, Mella, Imbert, los Puello, Duvergé, Contreras, y esa legión de héroes de la era que precedió o estrenó la Primera República, mas fue obra precipitada, indocta, hija de la patriótica impaciencia y del odio al haitiano opresor.

El alma gloriosa de los conquistadores se había esfumado con el emigrante blanco que fue en pos de aventuras, en busca del

Dorado, a la Costa Firme, y no teníamos elementos étnicos, ni sociales, ni vínculos históricos para formar una libre nacionalidad en el concierto universal. Ya trataré tan dura materia, desde un punto de vista científico o filosófico, en el curso de este mismo período.

Por este verismo comprometido niego a Tejera, a García, a Pichardo, a Gómez, a Logroño, a cuantos con loable empeño patriótico hayan dicho y propagado la especie de que el grande Duarte muy capaz de darlo todo, vida y fortuna, amor y pasiones, sacrificara en puridad todos sus bienes a la causa separatista, aunque innegable es que la oferta generosa estuvo en pie y ella fue dada con alma y cuerpo, como sabía darlo todo por la patria el más puro, el más bueno, el más ingenuo, el más religioso y pródigo de nuestros emancipadores.[85] Venga otra vez el citado Lugo, en auxilio, y diga cómo «no es cierto que Duarte perdió todo su caudal y el de su familia en el movimiento separatista».

No sé cómo existiendo su carta a su familia del 4 de febrero del 1844,[86] en la que propone ofrendar en aras de la patria la herencia paterna, se ha podido inventar, se sigue publicando tal especie».[87] Esto es de absoluta veracidad tal como se evidencia con la lectura de documentos antiguos recién encontrados y publicados, entre ellos, una acta de venta de fecha 29 de noviembre del 1844, en la cual se transfiere por parte de la Sucesión Duarte una casa del patrimonio de la familia a Juan Jimenes; un acto de procuración del 10 de septiembre del mismo año, conferido por Vicente Celestino Duarte al general Felipe Alfau, para que a su nombre y representación entienda en todos sus negocios presentes y por venir, etc., para que administre todos y cualquiera bienes así raíces como muebles que tiene (parece decir posee) en esta ciudad, etc., y por último, otra procuración de Juan Pablo

[85] El historiador asevera contrariamente a lo demostrado, que Duarte con su desprendimiento de renuncia de sus bienes de familia sumió a él y a los suyos, para siempre en la miseria.*

* Pichardo, Bernardo, *Historia Patria*, p. 78.

[86] Art. cit., etc.

[87] Publicado en *La Opinión*, ed. del 11 de octubre de 1924.

Duarte a su hermana Rosa Duarte, «para que vendiera una casa propiedad (de su propiedad), situada en la calle del Truco, en esta ciudad», la cual consta en carta del 10 de septiembre del 1844.[88] Estos tres actos de libre disposición de los bienes patrimoniales de los Duarte son posteriores al acto de Independencia del 27 de febrero de ese año 44.[89] El documento que ha traído la confusión y que es en sí una prueba del noble desprendimiento a que estaba dispuesto a llegar, Duarte, ofreciendo si necesario fuera los bienes del patrimonio de la familia en pro de la Patria, fue la carta dirigida a su madre y hermanas, por esto ya famosa, la cual figura grabada en su propia estatua: –«El único medio que cuento para poder reunirme con ustedes es independizar la patria. Para conseguirlo se necesitan recursos, supremos recursos, y cuyos recursos son: que ustedes, de mancomún conmigo y nuestro hermano Vicente, ofrendemos en aras de la Patria lo que a costa del sudor y trabajo de nuestro finado padre hemos heredado. Independizada la Patria puedo hacerme cargo del almacén, y heredero del ilimitado crédito de nuestro padre y de sus conocimientos en el ramo de marina, nuestros negocios mejorarán, y no tendremos por qué arrepentirnos de habernos mostrado dignos hijos de la Patria».[90]

Fuerza es reconocer ante tales pruebas que el holocausto de los bienes de Duarte y de su patricia casta no pudo ser ofrendado a la Patria, por lo menos en su mayor parte, como se ha dicho y repetido a la saciedad, menoscabando así, con falsos hechos sus legítimas y más verídicas grandezas. Pues nadie sino él puede recabar para sí haber sido el plasmador y ejecutor de la Trinitaria y de la idea separatista y de su partido, como he sentado antes; ni nadie puede poner en duda su sólida gloria de apóstol y de patriota prístino, sin par en nuestra Historia, a quien la posteridad agradecida anticipó a tiempo el fallo justiciero y eterno.

[88] Carta-Poder de don Juan Pablo Duarte a doña Rosa Duarte.

[89] Véase en el Anexo 23 el Acto de donación de una casa hecha por don Juan José Duarte a su hijo don Juan Pablo Duarte.

[90] El original de esta carta está custodiado en el Archivo de Emiliano Tejera, y se reprodujo en el folleto *Monumento a Duarte* del mismo, p. 17).

Proclamación de Duarte en el Cibao para la Presidencia

Se ha alegado con alguna insistencia la flaqueza de Duarte al aceptar su postulación condicional o puramente (al cabo es lo mismo para la dilucidación de su responsabilidad), para la primera magistratura del Estado, proclamada en el Cibao por el general Matías Ramón Mella, en 4 de julio del 1844:[91] «Nadie desearía más que yo verlo en la Presidencia, pero no en esa forma».[92]

En la resolución de esta materia he de trillar dos caminos distintos; pero que conducirán al mismo sitio del razonamiento. En el primer aspecto presentado por émulos de Duarte, esto es, que dio ocasión por no mostrarse reacio a los deseos de Mella y sus partidarios, o, por su declinación tardía en Santiago, a que el Ejército proclamara Jefe Supremo, el 12 de julio del mismo año, al general Pedro Santana, quien tal vez acechaba para esto propicia oportunidad la falta pudo ser imprudencia o imprevisión política de parte del visionario apóstol a quien faltaba a veces lucidez del momento que atravesaba para ver claro al través del complicado fenómeno que presentaban los tiempos en muchos pasajes de nuestra historia; pero nunca delito de insana ambición ni desmedida ansia de poder, pues aparte de que dio pruebas de lo contrario en lo uno u otro, no pidiendo nada y conformándose con segundos puestos cuando era el héroe nacional en su arribo a la Patria el 15 de marzo del 1844, cuando pudo serlo todo, de tal falta podrían ser acusados, a igual modo, los personajes más arrogantes de nuestra América: Jorge Washington, Simón Bolívar, José Antonio Sucre.

[91] García, *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, t. I, pp. 265-266.*

* Acerca de la no aceptación de Duarte y su poca firmeza en el rechazo de su postulación, el mismo García ha dicho, en la página 267, de su Historia. «…Así fue que desvirtuado (del pronunciamiento) de los pueblos del Cibao por el civismo de Duarte, que si no lo rechazó con la energía del patriota, temeroso sin duda de herir la susceptibilidad de sus amigos políticos, no lo patrocinó tampoco, según se ha visto, con el calor de la ambición impaciente, etc.**

** Tejera, *Monumento a Duarte*, pp. 22-23.

[92] Lugo Lovatón, *Sánchez*, vol. 2.

En cuanto al segundo modo de ver las cosas, un comentador psicólogo que ahonde más en las raíces del alma humana verá más bien en la aquiescencia dada por Duarte para lograr el poder público, o al menos acatar resignado el ser llevado a la presidencia, una aspiración sana y elevada, aunque soterrada en los repliegues de su misma alma, para cumplir anhelos de bien para su patria a quien siempre amó y por ella sufrió desvelo, destierro y sinsabores sin medida posible. Nada de censurable hay en esto, desde este punto de vista, y sí mucho para cargar en el hacer del repúblico idealista que no pudo nunca manifestarse por serles adversas las circunstancias y los hombres. En ambas situaciones traídas aquí como elementos de juicio, la crítica deslinda una carencia de culpa achacable al máximo prócer de nuestra independencia, si hay que juzgar razón en mano y sin prejuicio. Quede, pues, ahora separada la cuestión de error al apreciar el político Duarte el momento que entonces atravesaba el país, en donde la intriga y otras pasiones dejaban maltrecha toda noble idea de bien colectivo, porque había nacido temprana la nacionalidad y, acaso el alma dominicana ni entonces ni hoy ha dejado de ser otra cosa que larva oscura que necesita para su desarrollo y metamorfosis algo más que el camino andado y que éste sea por caminos seguros de libertad, depurada moral y perfeccionamiento étnico. Está más en lo cierto Tejera al considerar que el general Mella, comandante en jefe de los Departamentos del Cibao «y militar inteligente que veía claro a través de las ficciones, trató de contrarrestar los planes liberticidas que produjeron el atentado del 13 de julio, y de los cuales tenía pleno conocimiento la Junta, con la proclamación de Duarte para presidente provisional de la República. La Historia, que ha condenado la insubordinación de principios de julio y el atentado del 13 del mismo mes, puede culpar en la forma el acto del 4 de julio; pero no tienen ese derecho los que sustituyeron un gobierno legítimo por otro entre las vocerías de soldados ignorantes. Si el ejército vencedor el 19 de marzo tenía derecho para elegir un Jefe Supremo, un dictador, ¿por qué no iba a tener también el ejército vencedor el 30 de marzo? Si las poblaciones del Suroeste de la República elegían, o se decía que elegían, un Jefe Supremo? ¿Por qué no iban a poder

elegir un presidente provisional las poblaciones del Cibao, más numerosas aún? Herida de muerte la legalidad, solo quedaba en pie la fuerza, expresada por los tumultos, o por los pronunciamientos de los audaces y de los más tímidos».[93]

Su papel como cooperador de la Restauración

Con nuevo desacato al apóstol y al mártir del ideal que Juan Pablo Duarte fue en tan alto grado aunque con menos brillantez, que José Martí u otros grandes próceres americanos, se le ha echado en cara su fracaso como cooperador de la obra restauradora. Pero mienten a sabiendas los detractores de Duarte que tal dicen, pues cuando el Cibao, a quien el sino de la Patria había destinado para la magna hazaña de la Restauración, superior en empuje y esplendideces bélicas a toda otra jornada vindicadora de nuestra Historia, dio comienzo a su labor épica, el iluminado cruzado de la Trinitaria, el hombre más angélico de su tiempo acudió a la cita del destino, y se presentó a ocupar su puesto. Pero en seguida se dio cuenta que la deidad adversa que le había hostilizado hacía ya más de 20 años seguía ensañada en su contra: diósele, así, una misión, como mostraré al descorrer el velo del futuro relato de esa era del 1861 al 1865, cuyo secreto designio era nueva expatriación para el patriota. Los héroes de la grande empresa que tuvo su cuna en Capotillo, hijo del Cercado, al decir de Lugo, pues Cabrera que se pronunció en la célebre loma era un salvador de la tragedia de San Juan, no querían saber que Duarte le hurtara la gloria de redentor de su pueblo, o juzgáranlo inepto o loco, porque de tales armas se vale la calumnia para combatir y ofender a la grandeza. De todas maneras la culpa no fue suya si alejado del teatro de los grandes acontecimientos no inmoló su vida como Sánchez, o no la hizo útil como Mella y tantos héroes sacrificados al fin en una u otra etapa emancipadora.

Ahora como a partir de Hipólito Taine se ha marcado un límite entre la simple crónica y la historia propiamente dicha para

[93] Tejera, Emiliano, *Monumento a Duarte*.

los cultivadores del género, es necesario advertir que desde un punto de vista esencialmente filosófico, ahondando en el asunto, el viejo reproche cabe solo contra el inefable e idealista fundador de la patria: tal como en otras ocasiones su genio platónico le ofuscó el camino de la acción, no fue a buscar, o la evitó Duarte cegado por la pena o el despecho. De ello mejor que nada su continuado o interminable ostracismo que no acabó sino con la muerte. Duarte también tuvo su calvario.

Sánchez, el héroe

Al lado de ella, la figura majestuosa de Duarte, se yergue enhiesta como una encina, la del otro dios mayor del Olimpo patrio: Francisco Sánchez del Rosario.[94]

Aunque se juzgara a Sánchez menos puro que Duarte en su vida posterior ya a la creación de la República, acaso fue más glorioso por su cerebro lúcido y en ese su papel dominante de héroe en la magna gesta que inició la noche del Baluarte, o de víctima propiciatoria en aquella tragedia de San Juan.[95] Por más que para exaltar esto último, haya que repudiar por inexacta una tradición que atribuye su sacrificio más a obra de la fatalidad que a predestinado designio en que quiso el patricio lavar con sangre lustral la patria mancillada y vencida del 61.

Dícese que Sánchez venía a formar parte de una revolución contra el tirano y patricio Santana, apoyándose el héroe en las vecinas autoridades, cuando fue por manos fraternas inmolado,

[94] Para su ilustre biógrafo el Dr. Américo Lugo, es Francisco Sánchez y del Rosario el dios mayor de los dominicanos en el Olimpo de la Patria, tal como lo proclama en su Biografía ya citada en esta misma obra y de que se han hecho múltiples referencias en este capítulo y en los anteriores del Libro IX, del mismo Libro VIII. Véanse más detalles en el Anexo 24.

[95] Como simple dato que se relaciona con la tragedia, adelantaré que el Consejo de Guerra que juzgó al general Francisco Sánchez del Rosario fue presidido por el general Domingo Lazala y figuró en él como fiscal coronel Tomás Pimentel.

después de haber tremolado la bandera de la protesta en el Cercado, lugar que es parte de las fronteras con la república de Haití. Contrariamente a esta acusación, el Dr. Lugo ha sostenido, «que Geffrard fue convencido por Sánchez de que debía ayudarle a obtener la libertad de la República, pero el general haitiano no cumplió su ofrecimiento, y la vanguardia de las fuerzas libertadoras de Sánchez, que estaba mandada por los generales Cabral y Rodríguez Objío, a la llegada de las fuerzas españolas se desmoralizaron y se retiraron sin avisarle a Sánchez, quien fue atacado en una emboscada, y después de recibir dos heridas hecho prisionero».[96] Se comparece esta relación con la de historiadores tan bien enterados como García, quien dice

[96] Publicado en el *Listín Diario*, ed. del 9 de marzo de 1832.
Sánchez, con visión clara, dice Lugo Lovatón, había encontrado el hombre y apoyo que buscaba… Fabré Geffrard (p. 16, vol. II). Ramón González Tablas, en su *Historia de la Dominación y Ultima Guerra de España en Santo Domingo*, publicada en Madrid en 1870, refiriéndose a Sánchez, ha dicho: el que había conmovido la parte española contra la dominación de los negros, se fue a ellos implorando socorro contra el presidente Santana, porque traficaba con su patria, o contra los españoles si fueran a tomar posesión.
Esto que parecía un absurdo en política no es tan grande, si se explica, que los dominicanos hacía muy poco en una revolución, o lo que pomposamente llamaron movimiento combinado entre los isleños, así de origen de una parte francesa, como de la española, contribuyeron eficazmente a derribar del poder al negro emperador Soulouque, elevaron a la presidencia de la república al mulato Geffrard… Sánchez juzgó, y se había equivocado, que aquel nuevo poder presentaría de buen grado cuantos embarazos pudiera para estorbar la anexión, o al menos la pacífica posesión por España de la parte española, pues no podía ocultársele que se echaba un vecino peligroso, cuando menos había de exigir de Haití el saldo de una muy importante cuenta de límites que con Santo Domingo tenía pendiente (vol. I). Y por último, Mariano Antonio Cestero, en su *Relación de los sucesos del 1861* escrita para el historiador José Gabriel García, agregó: … Francisco del R. Sánchez vivía como desterrado en Sn. Thomas. Basado en razones político-sociales dirigióse Sánchez al gobierno de Geffrard, solicitando su concurso importantísimo para entrabar la acción del gobierno de Santana e impedir el hecho intentado. Dio el gobierno haitiano al ilustre prócer seguridades bastantes de ayudarle en su obra, para la cual contaba él además, con el apoyo de los desterrados del 58 y 59.

en su *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, que a Sánchez le fue denegada a última hora la protección del mandatario occidental, bien que emplea el término equívoco «revolucionario» aplicado a los patriotas.[97] Lo cierto así parece ser que Sánchez había pedido la protección del presidente Geffrard, retirada «a última hora»; pero sin darle al prócer dominicano ninguna prenda futura para la haitiana ayuda, sino que la otorgara el mandatario aludido como todo buen vecino que alarga la mano generosa en la desgracia, sobre todo, cuando esa cooperación podía coexistir con un pensamiento recóndito de próxima defensa de parte del jefe de Haití.

Por eso no relatan los exactos autores que como Sumner Welles en *La Viña de Naboth*,[98] se hacen eco de la diatriba que

[97] Véase en el Anexo 25 la Carta de Geffrard a Sánchez.

[98] El texto en inglés es este: While the order by Santana efectively curbed for the time being the semblance of revolt withint the colony, and increared than diminished the compaigne undertaken prior to the annexation. A guerrilla warfare had been effectively maintened for some months along the frontier by general José María Cabral and general Francisco del Rosario Sanchez, who received in their operations effective assistance from President Geffrard. Of a su eden, their President of Haiti, intimidated by the increasing levies which were constantly arribing in Dominican territory from the neigburig Spanish colonies determined to with drow his support from the revolutionaries. As soon as the change in the situation became known, Cabral suspend activities, leaving general Sanchez, to continue the compaigne by himself. Sanchez and his groups were captured and were brought as prisioners to San Juan, where they were these executed on july 3 rd. with out even the bare formalities of military said, by the direct order of the Captain General.*

* Esta obra de Mr. Welles, ex-subsecretario de Estado de su país norteamericano, tienen a más de recoger esta tradición que desmienten todos los historiadores extraños y domésticos, desde Madiou hasta García, y que tanto perjudica la personalidad histórica del gran patriota Sánchez, una equivocación de fecha realmente lamentable en una historia de calibres como es su *Viña de Naboth*. Consigna tal obra que el día 3 de julio fue la tragedia de San Juan, en vez de la fecha clásica entre nuestros escritores del 4 de ese mes y año del 1861, que es cuando aquel Consejo de Guerra, condenó a veintiún patriotas a la pena de muerte, ejecutándose el fallo a las cuatro de la tarde de la data fija de antemano. Mientras se sentían los efectos positivos de lo que había dispuesto Santana para evitar toda tentativa

intentaron los amigos incondicionales del general Santana para difamar a Sánchez, y especie que se lega más tarde a las generaciones que sucedieron a aquel nefando régimen dictatorial y yéndose «a las greñas» con escritores tan probos como García, Lugo, etc. [99]

---

de revuelta en la colonia hispana, dice Welles, se seguían apresuradamente, en vez de haber disminuido aquellas actividades de los exiliados dominicanos en Haití, quienes no habían abandonado la constante campaña emprendida previamente contra la Anexión. Una gran guerra fue en verdad mantenida durante algunos meses a todo lo largo de las fronteras por el general José María Cabral y el general Francisco del Rosario Sánchez, entonces aún esperanzados de poder devolver a Báez el poder para cuya maniobra política tenían eficaz ayuda para el éxito en el presidente Geffrard. Pero de repente dicho mandatario de Haití interrumpe tal cooperación por causa del aumento de los exiliados que estaban constantemente llegando al territorio nacional procedentes de la colonia española, y determina retirar su protección a los revolucionarios.

Tan pronto como este cambio de frente de Haití fue conocido, el general Cabral suspendió sus actividades o maniobras subversivas dejando la continuación de la campaña agresiva al general Sánchez. Entonces fue cuando atraído y caído en trampa el general Sánchez y sus compañeros habían sido capturados en El Cercado por las tropas enviadas en su persecución por el general Santana, habiéndoseles conducido como rehenes a San Juan adonde fueron fusilados el tres de julio sin que siquiera se les sometiera a las más sumarias formalidades de la ley militar y sólo atendiendo a la orden directa del Capitán General.[**]

[**] *El martirio de Sánchez y sus compañeros*, relación escrita por Juan José Guerrero, publicado en un folleto, y reproducido fragmentariamente en el *Listín Diario*, ed. del 3 de julio de 1932.[***]

[***] Vol. 1º, pp. 231-232; ed. 1928.

[99] El hecho histórico es este: viene la expedición de expatriados dominicanos de Curazao a Jacmel hasta Jeremías en el vapor *Geffrard*, integrada la misma por el general Francisco del Rosario Sánchez, y sus acompañantes Valentín R. Báez, Manuel María Gautier, Juan Erazo, Gabino Simonó, Benigno del Castillo, Félix Mariano Lluberes, Miguel Saviñón, Félix Mota, José A. Figueroa, Jacinto Peynado, Domingo Piñeyro, Baltazar Belén, Manuel Baldemora, Epifanio Serra, Higinio Batista, Felipe Ramírez, E. Zayas, Rafael Aguirre, y José María Sánchez.

Organizado el plan de la agresión restauradora entran a actuar como jefes en esa acción el general Cabral por el camino de Cachimán, el general Sánchez por El Cercado y Tabera por aquel de Neyba. Seguíales, por orden del presidente Geffrard, una columna del ejército haitiano, que cubría la retaguardia.

Sin embargo, la versión primera ha sido mantenida por el esclarecido Galván, defensor de la figura de Santana a todo trance y su secretario privado, autor del folleto *Pedro Santana y la Anexión...*[100] De todos modos, en el retrospectivo horizonte de la Historia, en él, Sánchez, pedestal sobre el cual hubo de descansar un día la Patria, porque se edificó en sí solo, con carácter inconfundible, el ideal de los trinitarios: háacese carne en este personaje ya histórico el grito del 27 de febrero del 1844. Sánchez

---

Después de varias peripecias militares los expedicionarios se apoderan de Las Matas, frente a los hombres de la anexión posesionados en la Sabana del Ciruelo. Fue imposible continuar la guerra para los unos y otros: las fuerzas de la Naturaleza se lo impedían; los ríos desbordados eran obstáculos infranqueables para que avanzaran los soldados de la anexión contra los restauradores que tampoco podían moverse libremente para atacar al pueblo de San Juan custodiado por el general Eusebio Puello. Es entonces cuando la armada hispana surta en aguas de Puerto Príncipe para ejercer su presión moral sobre el general Geffrard hasta obtener que éste retire sus auxilios por medio de la referida columna de soldados occidentales, negándose ya la protección de Haití.

Ya en retirada a los insurgentes se les atraviesa la traición en la persona del sombrío general Santiago de Óleo, comprometido hasta la víspera en pro de los independientes, y para evitar toda responsabilidad ulterior que le pudiera ser achacada por el Gobierno tras el fracaso de la expedición: apóstase al pie de la loma Juan de la Cruz, ruta de Haití, y tira la emboscada en que caen en poder de las fuerzas de Santana los errantes soldados de la Patria.

Esta invasión no tuvo más miras que las estrictamente patrióticas de libertar el propio suelo, y el Manifiesto de su jefe Sánchez revela tal carácter no sólo en su texto claro sino en su implícito pensamiento emancipador en el cual traza la línea divisoria natural en la isla entre la rúbrica de occidente y la que a la otra banda marca en la carta geográfica la región oriental con costumbres, raza e idioma diametralmente opuestos.

[100] Empero la versión primera fue sostenida entre otros por el esclarecido Galván, defensor a todo trance de la figura de Santana y su secretario privado, autor del folleto *Pedro Santana y la Anexión...* A los precedentes datos podemos añadir uno muy importante y es, dice, que el autor del folleto *La gran traición del general Pedro Santana*, fue uno de los principales instigadores y autor de las proclamas de Sánchez y Cabral. Estos desgraciados generales, vendidos a Haití y sobornados posteriormente por Báez y Geffrard quisieron arrojar de nuevo la discordia en el pueblo dominicano. (Folleto reproducido en *Analectas*, ed. 16 de agosto de 1934).

es entraña de nacionalidad. Aunque Mella es quien dio realmente ese grito de la libertad en la Puerta de la Misericordia, cercana al Baluarte, pues Sánchez estaba oculto, según la tradición,[101] cuando sonó el disparo de aquel no puede la crítica, dejarle de adjudicar este predestinado grito al héroe que llegó «jadeante» y censuró a Mella, pero que asumió la responsabilidad del momento histórico y dio cuerpo de conjuración a lo que hubiera sido hecho aislado y tal vez frustrado de la Historia.[102]

Sánchez fue el jefe de la Puerta del Conde, quien comisionó a Tomás Bobadilla y a Manuel Jimenes para que pasando a Monte Grande, impidieran le llegaran auxilios a los haitianos, y envió al propio Mella para que pronunciara a San Cristóbal e hiciera reconcentrar tropas en el sitio del levantamiento.[103]

El general Francisco Sánchez del Rosario, émulo de Antonio Maceo por el color de bronce y la hombría, nació el domingo 9 de marzo de 1811, en la casona número 13[104] de la calle del Tapado, en la antigua ciudad de Santo Domingo.[105] Su padre fue Narciso Sánchez, conocidísimo por el sobrenombre de «Seño Narcisazo»,[106]

[101] Se había atribuido como escondite de Sánchez en tal momento la iglesia de Regina pero la tradición ha rectificado en el sentido de que donde se hallaba él era en casa de los hermanos Jacinto, Tomás y Wenceslao de la Concha. Véanse más detalles en el Anexo 26.

[102] En apoyo de que Sánchez fue el verdadero jefe de la Puerta del Conde, además del testimonio de Félix María del Monte en su carta a José Ricardo Roques de fecha 15 de febrero del 1889, presentaré el Anexo 27 con el testimonio de otros actores de la época.

[103] Madiou, *Historia de Santo Domingo, 1843-64*, p. 130 y sigts.

[104] Véase Anexo 28.

[105] Véase Anexo 29.

[106] El mote o apodo de Señó o Seño Narcisazo, dice Lugo Lovatón, es la prueba más patente de su corpulencia. Alto y fuerte (Lugo Lovatón, vol. 1, p. 17). Narciso Sánchez llevaba como segundo nombre de pila, el de su bisabuelo Fernando (vol. 1, p. 17). Aunque esto no justifica por las actas de nacimiento o partidas de bautismos de sus hijos ni por su propio testamento.
Su abuela paterna, Isidora Ramona, mujer de Narciso, ambos nacidos en Santo Domingo y consagrados por el matrimonio. Aunque generalmente se conocía aquella como Ramona Alfonseca sin que se compruebe el tal apellido por ninguna prueba documental.

de sangre africana y mercader de carnes;[107] pero prócer también que legó a su hijo, Francisco, su alma de conspirador contra el amo aledaño, cuando a este apenas le ceñían la frente de futuro héroe nacional, sus primeros seis años de edad.[108] La madre que

---

A este señor Narcisazo la tradición atribuye una frase que se ha hecho anecdótica y aplicada por éste a su hijo, el prócer, lamentando los desastres de su país y teniendo en cuenta lo pequeño que es siempre todo retoño a los ojos de su padre: Este será país pero nación nunca. Patria hecha por mi hijo Francisco! La frase ha sido reconstruida por la tradición de la familia Sánchez, y rectificada por otros escritores. ¡Convéncete Francisco; esto podrá ser un país, pero nación nunca! Dicen unos, y otros como el Dr. Manuel de Jesús Troncoso, corrige acercándose más a la tradición común: ¡ay hijo! esto será país, pero nación, jamás (Lugo Lovatón, vol. 1, p. 19).

[107] El acta de bautismo de Francisco Sánchez instrumentada por Martín Guzmán Galicia, oficial del Estado Civil de la común de Santo Domingo, ya citada en Nota, dice, compareció el ciudadano Narciso Sánchez, natural de esta ciudad, mayor de cuarenta años, y mercader de carnes, de esta plaza… Además de sus primeras nupcias con Isidora Ramona, contrajo segundas nupcias, Narcisazo, con Emilia Guant Claire, con fecha 27 de octubre del 1852, con quien vivió en una casa sita en la calle antigua del Comercio (hoy Isabel la Católica) casi en la esquina de la Del Convento, denominada después Padre Billini, bien propio de su esposa por acto de permuta con María Francisca Daracoint quien le dio a cambio bohío que le donó Narciso Sánchez. Respecto al color negro que atribuyo al ascendiente del héroe, cedo la palabra a su más apasionado panegirista de su raza: «En cuanto al color de Narciso Sánchez», escribe Lugo Lovatón, «dicen que era bronceado, pero creemos, sin sombra de dudas, que era oscuro, aunque, desde el viejo Fernando Sánchez hasta su biznieto Papi, sucesivos matrimonios con mujeres blancas, fueron mejorando poco a poco el color de los Sánchez» (vol. 1, p. 18).

[108] Yerro evidente comete Américo Lugo (art. cit. Lugo Lovatón, vol. 1, págs. 20 y 42), tanto en su conferencia acerca de Francisco del Rosario Sánchez como en su referido esquema biográfico referente al mismo prócer publicado en *Patria*, al dar como segundo nombre de Fernando a Narciso Sánchez, pues éste correspondía sólo como primer apelativo de su propio padre, abuelo del personaje biografiado. En comprobación de este hecho biográfico voy a transcribir la partida de bautismo que le opuso en su artículo, impugnándole, el Dr. Alcides García.

Arzobispado de Santo Domingo, Archivo General de la Arquidiócesis. Yo presbítero canónigo Eliseo Pérez Sánchez, secretario de Cámara y Gobierno y director del Archivo General del Arzobispado de Santo Domingo, CERTIFICO en buena y debida forma que en este Archivo, Estante B, Cajón

incubó al héroe como fruto de un amor que luego consagró al óleo Santo,[109] quien pudo haber sido la blanca hija de Cartagena Olaya del Rosario Betancourt, según la tradición de la familia

3, Legajo 6, Libro de BAUTISMOS de la parroquia de la Santa Iglesia Catedral al folio 347, bajo el número … se encuentra la siguiente partida: En la ciudad de Santo Domingo, a nueve de noviembre de mil setecientos ochenta y nueve años, yo el infrascrito cura Thente. de este Sta. Iglesia Cathl. bauticé solemnemente, puse óleo y crisma a NARCISO de doce días de nacido, hijo legítimo de Fernando Sánchez y de Isidora Ramona, naturales y parroquianos nuestros. Fue padrino Manuel González, a quien advertí la obligación, y parentesco espiritual: testigos José Troncoso y Raymundo Avila. Fha. ut supra (fdo.) Dr. Agustín Madrigal.

Es copia fiel y exacta de su original a que me remito, y para que así conste, expido, firmo y sello el presente certificado en la ciudad de Santo Domingo, República Dominicana, a los veintiséis días del mes de noviembre del año 1928 (fdo.) Eliseo Pérez S. Canónigo secretario, director del Archivo General.

Por otra parte, corroboraba esta la rectificación anterior, no tan sólo por dicha acta de nacimiento sino también por el testamento dictado en esta ciudad, con fecha primero de septiembre del 1862, por Narciso Sánchez, quien en dicho instrumento autorizado por el escribano público José María Pérez, ya fenecido, asienta dicho nombre, sin el aditamento de Fernando, declarando que en la avanzada edad de ochenta y dos años que cuento con achaques habituales, etc.*

Como últimos datos en los que conciernen a los ascendientes de Sánchez de que tengo noticias, puedo pues, asegurar que los abuelos paternos de éste fueron según el acto copiado ya, Fernando Sánchez e Isidora Ramona, naturales ambos de esta ciudad, y de acuerdo con la partida de bautismo de la Iglesia Catedral del 26 de febrero del 1791, los abuelos por la línea materna, Raymundo del Rosario y María Altagracia de Belén, también oriundos de Santo Domingo. Lugo Lovatón-Mejía Ricart.

* Véase dicho acto de última voluntad en el protocolo del fallecido notario José María Pérez depositado en el Tribunal de Tierras, y el cual copiaré después en Nota de esta obra al tratar de los bienes de Narciso Sánchez.

[109] Agregaré, según los Archivos de la Arquidiócesis de la muy leal y noble ciudad, Libro XII de Defunciones, Cajón 10-Legajo 7, folio 17 vuelto, que Olaya del Rosario y Belén Fernández o Betancourt, murió el día 2 de marzo del 1849, a los 58 años de edad, y no a los que equivocadamente consigna la inscripción de la lápida sepulcral que figura en la Capilla de San Andrés, en esta ciudad, y donde se puede leer el epígrafe siguiente: Eulalia del Rosario. Esposa Sánchez. Dejó de existir el día 2 de marzo de 1849. A los 50 años de edad.

Sánchez, o más bien la criolla Olaya del Rosario Belén, y hasta Fernández, al tenor del acto del 26 de febrero del 1791,[110] reconoció pronto en el pequeño patriciano singularísimas dotes de inteligencia y de férreo temple. De ahí que Olaya hiciera a su hijo Francisco salvar rudimentaria instrucción a que le destinase en la escuela primaria, para después dedicarse a su oficio, el rudo padre Seño Narcisazo mercader de carnes de la Plaza de Santo Domingo, su ciudad natal, como reza la partida de bautismo del 18 de octubre del 1836,[111] e hízole cursar a Francisco –esta doña Olaya– más elevados estudios de humanidades y jurisprudencia.[112] Este, como Duarte, Pina, Isidro Pérez y otros trinitarios,

---

Basta hacer el cotejo de la susodicha inscripción con el acta de nacimiento de Olaya para verificar el error, y en lo que respecta al nombre de Eulalia por Olaya es frecuente en tales anotaciones sobre las lápidas mortuorias.
Acta de matrimonio de Narciso Sánchez y Olaya del Rosario y Belén.
En la M. N. y L. Ciudad de Sto. Domingo a veinte y uno de marzo de mil ochocientos diez y nueve: yo el infrascrito Cura Tente. de esta Sta. Iglesia Catedral habiendo proclamado en tres días festivos inter misarum solemnia, y no resultando impedimento, *casé in facie Eclesiae Solamte*. pr. estar cerradas las proclamas o Velac. s.a. Narciso Sánchez, hijo legítimo de Fernando Sánchez, y de Isidora Ramona con María Olaya del Rosario hija legítima de Raymundo del Rosario y de Belén Fernández nors. parroq. estaban bien impuestos en la Doctrina Cristiana se confesaron y exhorté debían velarse en tiempo oportuno; fueron testigos Candelaria Noble y los dos sacristanes D. Ramos López y D. Andrés Rosou, pareciéndome había disonancia de clases en estos contrayentes, y que tanto encarga S.M. en sus Rs. Ords. me han presentado un papel en que el Sr. Alc. de 2a. Nomin. r. A. Andrés Medrano mand. suplica los casen, así por haber zanjado las dificultades según los papeles que hay en su Tribl. como para evitar el escándalo público; y para que conste lo firmo (fdo.) Lic. Dd. Pedro Manuel de Tellerías (rub.) proclamas borrado, o v.l. man borrado, v.l. Tal partida de matrimonio confirma la fecha dada por Costa, en su nota marginal al matrimonio de Narciso Sánchez y Olaya del Rosario.

[110] Véase en el Anexo 30 los datos biográficos de Olaya del Rosario de Belén y la genealogía de la familia Sánchez.

[111] Partida de bautismo de fecha 9 de nov. del 1789, copiada en la nota 110.

[112] La madre del héroe fue su primera maestra; enseñóle Olaya a su hijo Francisco, junto con su hermano materno Tomás, a leer y escribir y aritmética, o mejor, las cuatro reglas (Lugo Lovatón, vol. 1, p. 46). Mejía Ricart, *Francisco Sánchez del Rosario...*

era discípulo del padre Gaspar, en su cátedra de latinidad y filosofía en la Sala de Regina Angelorum.[113] «Iba allí, Sánchez dese su casa situada en el barrio de la misma iglesia Regina y casi enraizada en el área del fuerte de San José donde había nacido,[114] y deslizábase su anónima infancia y su inquieta y soñadora adolescencia».[115]

Su oficio de peinetero en concha

Parece ser cosa cierta igualmente que, a despecho de su ilustración, el joven Francisco Sánchez del Rosario practicaba un oficio para vivir, pues Seño Narciso deseaba esto para su vástago, lo cual es testimonio de sus más infortunados biógrafos y el mismo padre era solo mercader que traficaba en carnes según el documento sacado a relucir por Alcides García en su polémica con Américo Lugo.[116] De todos modos, lo cual forma parte ya de

[113] Antes que el padre Gaspar, Sánchez tuvo como profesor de Latín y Filosofía, en unión de sus compañeros Serra, Concha, etc., a Nicolás Lugo, padre del insigne Américo Lugo, y sargento mayor del Regimiento de la Plaza de Santo Domingo, (Lugo Lovatón, vol. 1, pp. 48-49). Madiou, *Historia de Haití, 1843-1846*.

[114] Francisco pasó su niñez en el barrio de la Iglesia de Regina y alrededores del fuerte de San José cerca de donde nació (Lugo Lovatón, vol. 1, p. 46).

[115] Mejía Ricart, Francisco Sánchez, Lugo Lovatón, vol. 1, p. 47, donde dice: «Los primeros años de Francisco, no ofrecen otros rasgos que aquellos que son comunes a los muchachos de su condición: enseñanza primaria y religiosa, juegos en los barrios y escapadas al río Ozama, o jiras o paseos por el campo hasta San Gerónimo. Desde adolescente Francisco era muy anciano… Tocaba Sánchez la flauta, la mandolina y el violín» (Mejía Ricart, *Ensayo biográfico...*).

[116] Así consta en un acta de matrimonio de aquella época celebrado entre don Juan Bautista Alfonseca y doña Rafaela de Sosa, lo siguiente:
Oficialía del Estado Civil de la Primera Circunscripción de la Común de Santo Domingo, República Dominicana, Copia de acta de matrimonio de Juan Bautista Alfonseca y Rafaela de Sosa**.** Yo, Miguel Antonio Guerrero, Oficial del Estado Civil de la Común de Santo Domingo, con mi Despacho abierto en la casa Núm. 22 de la calle General Luperón de esta misma ciudad, CERTIFICO: que en el Archivo a mi cargo en el libro marcado

la historia de los trinitarios, el cuarto de este mancebo modestísimo; pero prodigiosamente iluminado desde sus tiempos de aventajado alumno del presbítero Hernández, es punto

---

bajo el Núm. 2 destinado al asiento de las actas de matrimonios correspondientes a los años de 1858 al 1847 y en el folio 4 y bajo el núm. (…) se registra un ACTO de matrimonio cuyo tenor es como sigue:

El día cuatro de octubre de mil ochocientos treinta y ocho, año treinta y cinco, a las siete de la noche ante mí Martín G. Galicia, oficial del Estado Civil de la Común de Santo Domingo comparecieron los Cnos. Juan Bautista Alfonseca, natural de esta ciudad de edad de veinte y ocho años, alferes de la Compañía de músicos del Regimiento treinta y dos, de esta plaza; hijo legítimo de los Cnos. Juan de la Cruz Alfonseca y María Encarnación Barias naturales de esta ciudad, acompañados de los Cnos. Gonzalo Velázquez de exercicio especulador, Nicolás Lugo, sargento mayor del Regimiento 31, de la Guarnición de esta Plaza, Emeterio Arredondo, músico militar del mismo cuerpo, y Francisco Sánchez, de oficio peinetero en concha, todos naturales de esta ciudad, mayores de edad, y a cuya presencia como testigos declararon los comparecientes que tienen hecha mutua promesa de matrimonio y quieren realizarla en virtud de haber llenado las formalidades que exige la ley para el efecto; otra promesa fue hecha el día diez del mes de septiembre para las dos de la tarde, la misma que fue registrada, y copia de ella fijada a la misma era en la puerta del despacho del Estado Civil para sus publicaciones sin que de ellas haya resultado oposición alguna; por lo que después que a los cuatro testigos se les dio lectura de la citada promesa, y que se les instruyó de la mayoría de edad de los contrayentes y el consentimiento de las respectivas familias, después que a los futuros esposos se les leyó el Cap. 6 de la Ley No. 6, del Código Civil de Haití que trata de los dros. y deberes respectivos de los esposos; y finalmente, después que los Cnos. Juan Bautista Alfonseca y Rafaela de Sosa se declararon recíprocamente uno después del otro por esposos; yo Martín G. Galicia a nombre de la Ley, en vista de las facultades que ella me confiere, los declaré unidos en legítimo matrimonio. De lo que firmé este acto que le fue leído a los esposos y testigos y lo firmaron conmigo el día, mes y año arriba citado. Firmado M. G. Galicia. J. B. Alfonseca, Gonzalo Velázquez. R. Z. Francisco Sánchez, Emeterio Arredondo, Gabino Puello, E. Puello, N. Martínez. Es copia fiel y conforme con su original, la que a solicitud del Sr. Alcides García Lluberes, expido en la ciudad de Santo Domingo, Capital de la República, hoy día veintiocho del mes de noviembre del año mil novecientos veintiocho (fdo.) El Oficial del Estado civil, Mig. A. Guerrero».

Naturalmente que este Francisco Sánchez pudo ser otro que el futuro prócer, puesto que el nombre y apellido no pueden ser más comunes entre

de cita de revolucionarios y cátedra de civismo y de virtudes patrióticas. Vivía Sánchez entonces en una casa de la plaza del Carmen, o en torno a ella, en la antigua calle de San Lázaro denominada Santomé, en donde crecieron él y sus hermanos.[117]

Porque no por ser Francisco Sánchez de oscura prosapia e inferiores condiciones étnicas, de clase social muy por debajo de la mayoría de sus camaradas y contertulios, dejó de constituir el centro de atracción para sus compañeros de más privilegiadas circunstancias por el nacimiento y el abolengo, bien que no tanto por la fortuna, según la tradición de la misma familia.[118]

---

nosotros, y además, parece algo sospechoso las letras iniciales R. y Z. que preceden a la firma del nombre, en tal acta de matrimonio, pero con todo este documento arroja por lo menos un indicio que hay que darle cierto valor histórico hasta prueba en contrario, sobre todo, cuando figuran también como testigos del acto matrimonial que referimos los hermanos Gabino y Eusebio Puello, compañeros de Sánchez en el Baluarte, bien que mucho más tarde del 1838 en que el mismo se lleva a cabo.

[117] Francisco Sánchez y sus hermanos crecieron en la calle de San Lázaro, hoy Santomé, al oeste de la Plaza del Carmen, que entonces abarcaba la iglesia… la casa de Narciso quedaba aproximadamente, frente a la portada oeste del Hospital Padre Billini de hoy. En esa casa Narciso, a instancias de Francisco, le construyó en el patio un cuarto de estudio donde el joven estudiante fue formando poco a poco su biblioteca. En esa habitación estudió Francisco el inglés con el profesor don Alejandro Gross, tal como apunta Socorro Sánchez, que quizás era el mismo Mr. Groot que según Rosa Duarte daba clases de inglés a Juan Pablo, su hermano (Lugo Lovatón, vol. 1, pp. 47-48). En compañía de los que se reunían allí, en ese cuarto de Sánchez, éste continuó sus clases de humanidades en Regina Angelorum con el preceptor Hernández, o sea con Duarte, Pina, Pérez, Concha, etc. Véanse Américo Lugo, *Plan est. biográfico*, *Patria*..., y Art. cit., «Sánchez», p. 16. En el mismo sentido Américo Lugo, «Francisco R. Sánchez», *Patria*, Núm. 14.

[118] La tradición de familia es que Narciso Sánchez era hombre casi rico antes del pronunciamiento del 27 de febrero del 1844, o por lo menos en el lustro del 38 al 43, en que ya su hijo y el mismo Narciso conspiraban por la independencia, pues había acumulado cierto patrimonio de importancia en el tráfico al por mayor de carnes y venta de reses mismas, o ya como administrador o apoderado de los bienes raíces y haciendas que en el Este, y hasta en el Sur, habían dejado entre sus manos españoles patronos que abandonaron la isla en tiempos de la invasión de Toussaint, en el 1801;

En su cuarto aledaño a la iglesia del Carmen se albergaron, así, a la par que el espíritu científico y literario manifestado en constantes controversias y polémicas, espíritu indócil de los conspiradores, de aquel período, cuyo culto era la Patria, y que debían crear un nuevo tipo de extraordinaria pureza, un nuevo mundo histórico, entre nosotros, en el cual se extasiara en su contemplación la crítica filosófica.

---

asegúrase que fue hasta mayoral de la finca del Zorrilla que estaba unido a la que después fue su mujer, doña Olaya del Rosario Belén. Más si eso fue rigurosamente cierto, como no hay que dudarlo ya que es constante el hecho de que fue D. Narciso Sánchez hombre muy considerado por sus ejecutorias e influjos entre sus contemporáneos, bastará citar que arrastró a los Santana (Pedro y Ramón) a la causa separatista, debió perder tal caudal, en su mayor parte, al menos, debido a las continuas persecuciones de que padeció por causa propia, y sobre todo, de su eximio descendiente, el general Francisco del Rosario Sánchez, porque el 1º de septiembre del 1862 en que hace su testamento no tiene sino un bohío situado en la calle que va de San Lázaro para el mar, el cual después fue permutado por su segunda doña Emilia Guant Claire por una casa en la calle del Comercio que le pertenecía a la señora María Francisca Daracoint, y además, poseía entonces por todo bien ese don Narciso, una caballería más o menos en Higüero que le donó su compadre don Juan Ruiz, haciendo esta triste confesión de su casi penuria de entonces que en la avanzada edad de ochenta y dos años que cuenta con achaques naturales casi nada puedo trabajar, de suerte que lejos de mantenerla (a su referida esposa Emilia Guant Claire), ella me mantiene y unida con esmerada solicitud, todo lo cual declaro en descargo de mi conciencia y para que en ningún sentido molesten a mi referida esposa en orden a estos particulares. Esto, desde luego, ateniéndonos a la sinceridad de este testimonio, pues es posible que fuese un modo de defender el noble octogenario a la abnegada compañera de su vejez, aun a costa de su misma descendencia o de los extraños.

Opónese, no embargante, a que hubiera tenido muchos bienes raíces o caudales, la propia declaración del de Cujus en su acto testamentario aludido, cuando aclara enfáticamente que cuando contrajo su primer matrimonio con doña Olaya del Rosario Belén ni su esposa ni tampoco él aportaron bienes algunos, y sólo durante dicha unión adquirieron algunos de los que se formaron inventarios y cuenta divisoria ante el escribano don Bernardo de Jesús González, etc.

Parece, empero, que poseyera más bienes que los que tuvo en el año del 1862 en que dicta su testamento público ante el escribano Pérez, puesto que la tradición afirma igualmente que en el 1845, en el momento en que

Un tipo de calificado caudillo

A pesar de sus inferiorísimas calidades de cuna y de raza, de que he hecho mención, es Sánchez en la Historia uno de los más calificados caudillos que agrupan a su alrededor infinidad de adeptos a la causa separatista, que hubiera podido reconocer en él al más audaz de los precursores de la República y al primero

---

se fusilaba a su hermana María Trinidad Sánchez, llevóse el padre del héroe Francisco del Rosario Sánchez, a toda la familia a una estancia de campo extensísima que poseía en la antigua carretera del Oeste, hoy Avenida Independencia, frente por frente a la conocida extensión de terrenos denominada La Primavera y con el propósito de no presenciar ni él ni los suyos el horrendo crimen, aunque hasta allá llegaron las detonaciones de las descargas a la infeliz y noble victimada y sus compañeros de martirio. A más de que el bohío donado a su segunda consorte y la caballería de tierra en Higüero solo constituía la cuarta parte de su anterior patrimonio. El testamento de don Narciso Sánchez dice así: «En la ciudad de Santo Domingo a primero de septiembre del año mil ochocientos sesenta y dos. Ante mí, José María Pérez, Notario Público nombrado y juramentado para la provincia de Santo Domingo con mi residencia en esta ciudad y en presencia de testigos que después se nombrarán, compareció don Narciso Sánchez, natural y vecino de esta ciudad, a quien doy fe conozco y dijo: que deseoso de arreglar sus negocios temporales por palabras claras y expresivas de su formal voluntad, en la forma que más haya lugar en derecho, dicta su testamento en el orden siguiente. Primeramente mi nombre es como ya queda dicho, Narciso Sánchez, natural de esta ciudad, hijo legítimo de los señores Fernando Sánchez e Isidora Ramona ya difuntos, de religión cristiana católica Apostólica Romana, en cuya fe y creencia he vivido y protesto vivir y morir. Ytem. Depo. la forma de mi entierro, (funerales y demás oficios que hayan de hacerse por bien de mi alma) disposición de mis albaceas que más después nombraré. Ytem declaro haber sido casado en primeras nupcias con la señora Olaya del Rosario, con quien tuvo por hijos legítimos el Gral. Francisco Sánchez, Tomás, Jacinto, Socorro e Ildefonso Sánchez y a Andrés Sánchez, que le prohijé, de los cuales murió el primero y último, habiendo dejado sucesión legítima. Ytem declaro: que cuando contraje mi susodicho matrimonio ni mi esposa ni tampoco yo aportamos bienes algunos, y durante él adquirimos algunos, de los que se formaron inventarios y cuenta divisoria ante el escribano don Bernardo de Jesús González, habiendo enterado a cada uno de mis hijos de lo que les cupo en herencia de su dicha madre. Ytem declaro: que contraje segundo matrimonio con la señora Emilia Guant Claire, con la que tengo una hija nombrada María Teresa, menor de edad, la que reconozco por tal y en su

de los ejecutores de la idea que la engendró: y, por tanto, tuviera las propias cualidades y defectos de tales progenitores de pueblos. Pues saca de su baja alcurnia timbres de orgullo y glorias. Francisco Sánchez era de raza de patriotas: Narciso, su padre, fue uno de los más erguidos árboles que pudieron cobijar la vida de algún héroe nuestro; alma procera fue esta que se inflamó y empujó a su

---

virtud le nombro por tutora a la misma mi esposa para después de mi fallecimiento. Ítem declaro: que cuando contraje mi susodicho matrimonio, hice donación intervivos a mi consabida esposa de la cuarta parte de los bienes que me corresponden en gananciales del primer matrimonio, cuya cuarta parte era consistente en un bohío situado en la calle que va de San Lázaro para el mar, el cual mi dicha consorte mucho después permutó con la señora María Francisca Daracoint por una casa en la calle del Comercio que le pertenece en absoluta propiedad conforme a las escrituras que pasan a poder de su precitada esposa, otorgadas ante este oficio (debe ser oficial o Notario) y cuya casa habito con la antedicha mi consorte.

Ytem declaro: que tengo autorizada competencia a mi consabida esposa para ejercer comercio, comprando y vendiendo de cuyo resultado ha plantado una pulpería pequeña y por tanto todo lo que adquiriera como lo que posee hoy con sus bienes privativamente de ella porque en su nombre compra en los almacenes y recibe de Curazao pacotillas, de manera que las ganancias y pérdidas que hayan son de su cuenta, porque el pequeño capital es de su peculio adquirido antes del matrimonio con su trabajo personal; declarando que en la avanzada edad de ochenta y dos años que cuento con achaques naturales casi nada puedo trabajar, de suerte que lejos de mantenerla, ella me mantiene y unida con esmerada solicitud, todo lo cual declaro en descargo de mi conciencia y para que en ningún sentido molesten a mi referida esposa en orden a estos particulares. Ytem, declaro: que sólo tengo un sueldo de mi propiedad que me corresponde por hijuela en pago de unos derechos, según escritura ante este oficio y una caballería más o menos en Higüero que me donó mi compadre don Juan Ruiz, y las prendas, ajuares de casa que se encuentran en la que habito son de mi consorte, excepto la ropa de mi uso que también me la manda a hacer dicha esposa. Ytem. Nombro por mis albaceas y ejecutores testamentarios en primer lugar a mi esposa Emilia Guant Claire y la segunda a mi hijo Jacinto Sánchez, a quienes les confiero el poder en derecho necesario para que entren en mis bienes y cumplan con estas mis disposiciones. Y cumplidas y pagadas que sean del remanente de mis bienes, derechos y acciones que de presente tengo o en algún modo puedan hacerme, nombro e instituyo por mis únicas y universales herederos a todos mis hijos ya enunciados del primero y segundo matrimonio, para que por iguales partes lo hagan, gocen y hereden con la bendición de Dios y la mía. Así fue dictado por el testador

fuerte humanidad a formar fila entre los promotores del primer movimiento liberador contra los haitianos en el 1823, y contribuyó al éxito de las elecciones del 15 de junio del 1842 en pro de la liberación que aspiraban ya a la Separación.[119] Por eso pasó dejando huella aquel varón en este ciclo histórico que fue ya de anuncio de una aurora nacional; puesto que fueron su diligencia y persuasión los que resolvieron el deslinde y triunfo de la obra emancipadora al impulsar en su camino al invicto, aunque sombrío, general Pedro Santana, su íntimo amigo, quien debía ser corriendo ya los días batalladores del 44, el sable, siempre ornado

y escrito por mí el escribano, estando en su cabal juicio y memoria de que doy fe, a presencia de don Pedro Pablo de Bonilla, don Manuel Dolores Galván, don Joaquín Montolío y don José Clodomiro Alfonso, testigos instrumentales requeridos al efecto y de este vecindario, mayores de edad, y no parientes ni aliados del testador ni de los herederos instituidos y en el goce de los derechos civiles y políticos ante quienes se les dio lectura y encontrándolo conforme dijo que así quería se cumpliese y ejecutase en todas sus partes después de su muerte revisando cuantas disposiciones interiores haya hecho en cualquiera forma, pues solo quiere valga la presente en la mejor forma que haya lugar, y en prueba firma con los testigos de que doy fe, Cinco palabras enmendadas, valen. Narciso Sánchez. Pedro P. de Bonilla. M. D. Galván. Joaquín Montolío. Clodomiro Alfonzo, José María Pérez. Escribano público. Hay un sello que dice: SELLO 3o. As. 1862 y 63-8a. 2.*

* De estas segundas nupcias tuvo Narciso Sánchez una hija llamada María Teresa Sánchez, otra hermana del héroe biografiado.**

** Acto número 207 del protocolo del Notario ya muerto. José María Pérez, Tribunal de Tierras.

[119] Narciso Sánchez formaba parte del movimiento promovido en 1823 por el grupo encabezado por Agustín Acosta (Henríquez Ureña, *La Conspiración de los Alcarrizos*, ed. en 1941). Narciso Sánchez, dice Américo Lugo, es tal vez la más alta figura prócer entre los ascendientes de los héroes de nuestra emancipación política: participó en el primer movimiento revolucionario contra los haitianos en 1823; y contribuyó poderosamente al triunfo de las elecciones del 15 de julio de 1843 y a la decisión a favor del movimiento separatista, de parte de Santana, con quien le ligaba estrecha amistad. Riviére, al llegar a esta ciudad, lo encarceló junto con Félix Mercenario, Ignacio de Paula y otros, y fue finalmente uno de los hombres más decididos de la Puerta del Conde (Plan para un estudio biográfico de Sánchez, sem. *Patria*, #149, año VIII).

de laureles, de la libertad.[120] No hay que olvidarlo. Raza de titanes esta del héroe. A su padre le encarceló el general Hérard el mayor, junto a los Mercenarios, Paula y otros; y fue el mismo Narcisazo de los invictos varones de la Puerta del Conde. Su tía, María Trinidad Sánchez, es parte del cuadro de los héroes sacrificados el 27 de febrero del 1845, y con ella Andrés Sánchez, su sobrino y hermano del atrida febrerista, quien sacó el verdadero apellido adoptado, en la aventada pero singular hazaña del Baluarte.[121]

Sánchez fue un personaje instruido y de mucho talento en su tiempo

No participó de todas las exageraciones del juicio del biógrafo Lugo en cuanto al intacto del héroe, para quien Sánchez fue, en verdad, «uno de los dominicanos más instruidos y uno de los más señalados intelectuales de la época».[122] No obstante reconocer que era personaje instruido y de mucho talento en su tiempo. Aunque Sánchez no supo imprimir su grandeza espiritual a su época por falta de carácter como Duarte o porque le supeditaba para ello el factor étnico. La tradición afirma que Francisco Sánchez del Rosario era abogado desde el 1849; pero es más seguro, según Lugo Lovatón, que lo fuera solo desde el 1852.[123]

[120] El mejor biógrafo de Sánchez, el Dr. Lugo, fortalece nuestro anterior concepto: «Pero el patriotismo del futuro héroe del Conde y mártir del Cercado, no era solo hijo de las aulas ni sugerido por ideas liberales de la época: estaba en su sangre y en su espíritu. Sánchez había bebido en su propio hogar la idea de la separación. Descendía de una familia de próceres que no parece que ninguna otra familia dominicana haya superado antes ni después del período de la independencia».*

* *Plan para un estudio biográfico de Sánchez...*

[121] Véase en el Anexo 31 más datos sobre la parentela de Sánchez.

[122] Lugo, Américo, *Sánchez...*

[123] En el día 30 de mayo del 1849, Sánchez fue nombrado por Santana como defensor público, y se juramentó el 23 de junio de ese mismo año, según consta el acta correspondiente según el Registro del Tribunal Apelación de Santo Domingo de los años 1848-1850, folios 22-23, Archivo General de

El hombre, el político y el héroe

Abogado, escritor, sacerdote de la patria. Después: héroe, hombre de armas en las lides del 44; mártir en la Restauración; épico siempre y siempre siguiendo la línea del heroísmo que

---

la Nación. Pero el año 49 fue Comandante de Armas de la Plaza de Santo Domingo; marchó a combatir a Soulouque a las regiones de San Cristóbal, Baní y Sabana Buey y Azua; cae prisionero después de Las Carreras, y entonces Santana le nombra Fiscal del Tribunal de Apelación, en cuyas funciones permaneció hasta el 3 de octubre del 1850, última fecha de la sentencia en que aparece su nombre, como Ministerio Público. José Dolores Valdez asegura que Sánchez era abogado de su padre desde 1851.

Ramón Lugo Lovatón dice que todo ello nos lleva a la conclusión de que Sánchez, desde 1850, cuando dejó de ser fiscal, se inició en su profesión de abogado (vol. 1, p. 364). Para Manuel Rodríguez Objío ejerció su ministerio de defensor público desde el mismo 1849.

Los originales de estas defensas de Sánchez desaparecieron con el incendio del local de la Suprema Corte de Justicia pero copia de ellas, principalmente del caso del Gran Gerard están en poder de su infatigable y meritísimo biógrafo el Lic. Lugo Lovatón quien las publicó en su estudio *Sánchez*, volúmenes 1 y 2, y en su sección documental.

Sus defensas más célebres como defensor público las hizo el prócer en materia penal en el proceso del francés que mató a un esbirro de Santana por haber sido cómplice en el adulterio de su esposa, y la del conocido caso del Gral. Gerard. Figuró Francisco Sánchez entre los abogados y defensores públicos nacionales que van desde el 1844 hasta 1926 (Vicioso (H.), *Cuadro Cronológico de los abogados y defensores de la República*, ed. 1927). Rodríguez Demorizi (E.), «Una defensa de Sánchez», art. publicado en *La Nación*, 25 de enero del 1942, y su monografía *Sánchez, defensor público*, que incluye los diversos casos en que actuó el prócer como defensor, y que constan en los registros de los Tribunales, cuyo legajo está depositado en el Archivo General de la Nación, y donde sólo figuran las conclusiones de dichos escritos (*Clío*, año XIII, julio-dic. del 1945, número 71-73, págs. 94 a 103, y al final de estas defensas se asienta la del Caso Georges Gran Gerard. También hay datos más antiguos al respecto dados por Manuel Rodríguez Objío, en *El Teléfono* y José Dolores Valdez y Jaquinné, sobre Sánchez como Defensor Público.

En cuanto a los escritos más importantes de Sánchez, son el discutido *Manifiesto del 16 de enero del 1844*, que por su redacción y estilo se le atribuye generalmente a Tomás Bobadilla, y entre los partidarios de esta tesis figura el Lic. Leonidas García; la famosa carta a Desgrotte que es el primer documento público de la República, el cual parece asignarlo así mismo el patriota Serra; el Manifiesto a los Pueblos del Sur combatiendo a

define su personalidad, que da sus trazos cabales e inconfundibles en la Historia, a pesar de cuantos errores y máculas se le puedan achacar con razón o sin ella, pues con más fundamento que todo lo que se ha dicho en vilipendio de su gloria, lígase que Sánchez fue hombre pasional o débil, en sus luchas políticas, y por ende, pequeño, en sus odios de facción u obcecaciones: imputándole el haber aceptado como comandante de Armas de la

---

la Anexión a España, y antes la levantada carta a Juan Pablo Duarte del 15 de noviembre del 1843, firmada a la vez por los conjurados Vicente Celestino Duarte y este Francisco Sánchez, en quien algunos sólo quieren ver el primer suscribiente, pero cuyo estilo singularísimo denuncia a las claras al héroe, muy de acuerdo con esto con el Dr. Américo Lugo.

Acerca del primero de estos documentos, el llamado *Manifiesto del año 1844* que se tiene como nuestra Acta de Independencia, hay acerca de la paternidad que le adjudica a Sánchez el propio testimonio de Bobadilla, quien en la sonada sesión del Tribunado del 10 de junio del 1847, ya rotos los vínculos con el general Santana, cree necesario aclarar los servicios a que le es deudora la república, y enfáticamente dice: «Creo, señores, que ninguno podrá ser mejor dominicano que yo. Yo fui el primero que dijo: "Dios, Patria y Libertad; yo fui el autor del Manifiesto del 16 de enero", etc.».

Esto dicho por Bobadilla en tan decisivo momento para su reputación entonces como ahora puesta en entredicho, o aún más, acerbamente censurada y vituperable, en verdad, no fue desmentido por Sánchez en ninguna época, sí el hecho de estar fuera del país se lo impidió hacer en tal ocasión. Pero otra prueba en contrario aportada por la tradición la traigo hoy a cuento. En la administración del general Ramón Cáceres, quien sucedió en la Presidencia al general Carlos F. Morales Languasco, se ofreció un fuerte donativo a quien presentase la auténtica acta de independencia, que es la hecha por Sánchez, según los historiadores, pero al irla a hurgar el Sr. Silvano Pujols, hijo,* entre los papeles de su padre, el trinitario Silvano Pujols, secretario de la Junta patriótica que sirvió de cuna a la nueva nación dominicana, encontróse que su madre Pilar Ortega Medina la había quemado junto a otros pliegos de la Junta Central Gubernativa.**

Ahora, hasta prueba en contrario, hay que atenerse a lo que dice el honrado Madiou en la *Historia de Haití* en donde asigna el *Manifiesto* a Sánchez, «ayudado por Mella», según su propia expresión y a la carta del febrerista L. Manuel Dolores Galván contestando la encuesta de *La Cuna de América*.***

* Relato del Sr. Miguel Ángel Pujols, hijo de Silvano Pujols.

** Años 1843-46, p. 107.

*** Edición del 27 de febrero de 1923.

ciudad de Santo Domingo, la matrícula de Segovia, en el Gobierno de Báez, aunque tal actitud más bien implícita que expresada en actos o palabras y por el hecho de ocupar dicho cargo cuando esto ocurrió, fue, de existir en el fondo, revocada más posteriormente por el prócer, costándole el ostracismo que abandonó solo en 1856 para desempeñar las funciones de gobernador de la misma provincia de Santo Domingo.[124]

Su participación en el Plan Levasseur

Cárguesele, además, a Sánchez, que apoyó al general Santana, sacrificador de su raza,[125] y aparece dando su firma a la resolución del 8 de marzo del 1844 de la Junta Central Gubernativa que aprueba el protectorado francés y la cesión de la bahía de Samaná, esto es, el conocido Plan Levasseur.

Por más que este último acto parece contrario a su patriotismo a toda prueba en los más varios trances de su vida y hasta en hechos anteriores y posteriores al que se le imputa en dicho complot proteccionista.[126]

Es de anotarse, asimismo, la participación forzada que tuvo el general Sánchez en el proceso disciplinario seguido al invicto Gral. Duvergé, haciendo aquel de acusador público, aunque se asegura que fue su verdadero defensor por más que no lo diga ex profeso el abogado titular del reo, Del Monte, más no precisamente en la causa que llevó al héroe al patíbulo como se han confundido por parte de algunos de sus biógrafos. Era Francisco Sánchez comandante militar de la Plaza de Santo Domingo, caído con el presidente Jimenes pero aun no reemplazado, cuando se le hizo en virtud de dicho cargo fungir de fiscal del Consejo de

[124] Lugo, Lovatón, *Sánchez*; Mejía Ricart, *Francisco Sánchez del Rosario...*, Artículo Amnistía, publicado en *El Progreso*, edición del 6 de marzo del 1853, y reproducido en *El Eco de la Opinión* en su edición del 29 de junio del 1889. Véase íntegro en el Anexo 32.

[125] Folleto *Controversia histórica*, pp. 96-97.

[126] Véase análisis de la controversia histórica en torno a Sánchez en el Anexo 33.

Guerra que juzgó al general Antonio Duvergé, cuatro años antes de la causa por la cual se le condenó a muerte por medio de las terribles maquinarias de las Comisiones Militares, sin defensa, fundándose en el principio diabólico de «a verdad sabida y fe guardada», en el año 1855; y en que solo Santana hace prender a este Duvergé, porque no se subleva contra Jimenes, y condúcele por mediación de Contreras en la fragata de guerra *Cibao*, surta entonces en el puerto de Azua.[127] No cabe duda de la verdad que

[127] En carta del 9 de mayo del 1889, Félix del Monte le dice a Manuel de Jesús Galván: «Mi queridísimo amigo: Ignoraba lo que se ha dicho sobre Duvergé, porque yo no le doy el gusto de leer a estos sabios del día: sé que el tema es oscurecerme, deprimirme y les dejo en paz. Sin embargo, a cada instante enseñan la oreja… Sánchez, el desgraciado, fue nombrado ex profeso, como correligionario de Jimenes para que fuese fiscal; esto es, acusador tremendo de Duvergé; y yo tuve la honra de ser su abogado elegido por él para defenderle. Más hubo; se le exigió a Sánchez que expusiera al Consejo de Guerra que yo no podía defender al reo, porque en mi calidad de presidente del Congreso era superior al Consejo, el cual no podría aplicarme penas disciplinarias. Protesté enérgicamente; elevé una instancia al Gobierno que levantaba ampolla y chorreaba sangre, y a las tres de la tarde se decidió que se me admitiera. El reo había dicho: que de no defenderle yo le juzgarán sin defensa. Tú sabes lo demás, etc., etc. Cuando vengas a ésta tu casa, te enseñaré la defensa. A los pies (q.b.) de la Señora, y es siempre tuyo (fdo.) Félix Del Monte».

De manera más precisa fija el hecho que se depura el propio Del Monte deslindando, implícitamente, los dos procesos de Duvergé, puesto que habla de su absolución en el cual figura Sánchez como fiscal, en su otra carta del mismo año a José Ricardo Roques:

Estimado señor:

Al contestar la muy grata y atenta suya, fecha 14 del corriente, principio por dar a Ud. los más cordiales plácemes a su acreditado periódico y preconizar los actos del general Francisco Rosario Sánchez, prócer insigne y mártir de la nacionalidad dominicana.

Como nadie, tanto como yo, supo apreciar en el mundo sus relevantes cualidades: como a él me unió una amistad, desconocida de esta época de falacia y de intereses mezquinos, no puedo menos que congratularme por su noble y patriótico propósito.

Sin embargo, como Ud. y los de su edad no fueron testigos de los acontecimientos que hoy relatan a guisa de páginas dispersas para la historia nacional, sería bueno que ocurrieran antes a los que aún quedan vivos para su mal, suministrarles datos que no podrían ser jamás contradichos. Entonces

afirma en lo que respecta a quitar encima toda acusación a Sánchez en el proceso que juzgó y llevó al patíbulo al jefe del Ejército de las fronteras del Sur, Duvergé, porque así lo consagra la Historia desde ha tiempo.

---

no hubiera ocurrido el desagradable incidente que motiva su carta y mi respuesta. Con ánimo, tal vez, de usurparme la poca gloria que me cupo defendiendo gratuitamente al ilustre defensor de las fronteras del Sur, general Antonio Duvergé, se atribuyó la defensa y feliz resultado a mi queridísimo amigo Sánchez, precisamente cuando él, constreñido a ser fiscal de la causa, tuvo que redactar el acto de acusación y que recusarme como abogado, por ser entonces presidente del Congreso Nacional (rota la carta unas tres líneas) …aunque sí los que son siervos, más realistas que el rey.

El general Sánchez, si bien formuló el acto de acusación y me recusó, nada hizo por pesar sobre los cargos y antes cedió al peso de las declaraciones orales, veinte y tres testigos de la causa, entre los cuales figuraban, el general Domínguez, el coronel Rosendo Herrera, el Sor. Welmo Dacosta Gómez y un sinnúmero que no me es dado recordar, y que podrían encontrarse en el proceso, si es que aún se conservan los archivos. Es muy cierto que después de la libre absolución del ilustre reo, al cual sacaron en hombros junto conmigo, él y el general Sánchez fueron más que antes amigos verdaderos y se trataban cordialmente en mi casa en donde pasábamos juntos las primeras noches.

Esta es la verdad de los hechos que en nada contradice el individuo que tan generosa y espontáneamente se ha prestado a reivindicar mi poca gloria olvidada. Aunque no le conozco, le doy por ello las más expresivas gracias; sin él, yo hubiera dejado pasar eso, como otros tantos conceptos en que se me deprime y oscurecen los tenues servicios que en mi larga carrera he hecho a mi patria, atento sólo a esperar (ni lo quiera Dios) que se me falte a aquellos miramientos exigidos por el honor a que los hombres de corazón responden siempre de una manera terrible.

Creo dejar contestada satisfactoriamente su carta, y deseo que, si es su ánimo darla a la prensa, la consigne íntegra. De Ud. siempre affmo. Sro. y amigo q.b.s.m. (fdo.) Félix Ma. Del Monte. (Rúbrica)

No cabe dudar de la verdad que establezco en lo que respecta a quitarle de encima toda acusación al general Sánchez en el proceso que condena a muerte al jefe de las fronteras del Sur, Duvergé, porque así lo consigna la Historia desde hace tiempo. Éste fue capturado y juzgado por la Comisión Militar del Seybo presidida por el general Juan Rosa Herrera y formada por el coronel Eugenio Miches, el comandante R. Pérez y los oficiales Antonio de Castro, Deogracia Linares, Valentín Mejía y José Escolástico, y haciendo de fiscal el teniente Pedro Berna. Tal aconteció como señalamos en el año 1855, siendo presidente Santana, y encargado del Poder Ejecutivo

En este caso el héroe en cuestión fue capturado y juzgado por la comisión militar del Seybo presidida por el general Juan Rosa Herrera y formada por el coronel Eugenio Miches, el comandante R. Pérez y los oficiales Antonio de Castro, Deogracia Linares, Valentín Mejía y José Escolástico, y haciendo de fiscal el teniente Pedro Bernal. Tal aconteció siendo presidente Pedro Santana, pero estando encargado del poder Ejecutivo el vicepresidente Regla Mota, con motivo de la trama en que resultaron envueltos Pedro Eugenio Pelletier y Matías Ramón Mella.[128] Mas lo cierto

---

el vice-presidente Regla Mota, con motivo de la trama en que resultaron envueltos Pedro Eugenio Pelletier y Ramón de Mena.

[128] Fueron condenados a muerte por sentencia del 9 de abril del indicado año de 1855, el general Antonio Duvergé, con su hijo Alcides, los comandantes Tomás de la Concha, Juan María Albert, el anciano Alfonso Ibé, y el súbdito español Pedro José Dalmau, escapándose tan sólo de ser fusilado el menor hijo del héroe Daniel, por tener quince años.

Nuestro narrador José Gabriel García da ascenso completo a lo que tengo aclarado en su mencionado *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, edición 3ª, tomo III, páginas 157 a 159.

«…Hallábanse las cosas tan delicadas, que la paz tan apetecida estuvo a punto de verse alterada por un movimiento revolucionario que descubrió primero que nadie el presidente Santana en El Seybo, y que fracasó después en la capital, en la noche del 25 de marzo. Fraguado principalmente por los generales Pedro Eugenio Pelletier y Pedro Ramón de Mena, que habían caído en desgracia y se hallaban mal vistos en connivencia con el general Antonio Duvergé, que se encontraba hacía tiempo en las mismas condiciones, confinado políticamente en El Seybo, debió su origen al pensamiento de derribar del poder a Santana, para colocar al frente de la administración pública al expresidente Báez, que esperaba en Saint Thomas el resultado de la combinación: pero a última hora tomó parte en los planes revolucionarios el general Francisco del Rosario Sánchez, animado por el propósito de hacer que se iniciara la lucha en nombre de los principios, despojando al movimiento de todo carácter personal. Este plan, que habría necesitado de más tiempo para poder desarrollarse, no dio el resultado que sus autores se proponían, pues que descubierta la trama por el presidente Santana, según la tradición a causa de revelaciones que Eusebio Mercedes hizo a su padre, desde el 22 ó 23 de marzo, no solo pudo proceder a reducir a prisión en el Seybo, en Higüey a todos los individuos en quienes sospechó complicidad en ella, sino que tuvo tiempo de dar aviso al general Regla Mota, quien se preparó inmediatamente para la resistencia, logrando disolver por medio de la fuerza pública, mandada por el comandante Juan

es que no hay grandes rasgos que sirvan para delinear el héroe ante la Historia, ni tampoco líneas que no deformen en el campo de la política su colosal figura.

Los panegiristas de Francisco Sánchez del Rosario sacan en claro dos actitudes que lo harán conservar rango de primera línea, entre nuestros emancipadores, granjeando para él la gratitud y memoria de las futuras edades; «que hacen de él, dice Lugo: la

---

Ciriaco Fafá, un grupo de conspiradores que llegó a reunirse en la capital en la noche del 25, con cuyo motivo fueron reducidos a prisión los generales Pelletier y Jacinto de la Concha, el coronel León Guillermo, el ciudadano Francisco Ruiz, y algunos militares y paisanos, habiéndose asilado otros en el consulado británico, entre ellos los generales Mena y Sánchez, etc. El primer paso que dio el Poder Ejecutivo, con motivo de estos sucesos, fue buscar el apoyo del senado consultor, quien al conocer el decreto que había expedido el día 26, declarando en actividad y en toda su fuerza y vigor, por indicación del presidente Santana, el decreto del 18 de enero de 1845, advirtió al jefe del Estado dos días después, que la constitución le facultaba a conmutar la pena de muerte, etc. Y al hacerlo así obró cuerdamente el indicado cuerpo, pues que al poner en vigor el mencionado decreto, se ocupó el gobierno en organizar las tan temidas comisiones militares, sometiendo a ellas a los complicados en la conspiración descubierta, no sin imponer por su decreto del 31 severas penas a todo individuo que acogiere en su casa al general Duvergé, a Prudencio Bellis, y al nombrado Petijusto que habían fugado y se ignoraba su paradero, empero, capturado el primero a favor de una traición infame, tomó la iniciativa la comisión militar del Seybo, presidida por el general Juan Rosa Herrera, y compuesta del coronel Eugenio Miches, del comandante R. Pérez y de los oficiales Antonio de Castro, Deogracia Linares, Valentín Mejía, y José Escolástico, actuando como fiscal el teniente Pedro Bernal y Juan Bautista Morel como secretario, y el día 9 de abril condenó a muerte sumariamente, a verdad sabida, buena fe guardada y sin la presencia de los reos, al mencionado general Duvergé y a su hijo Alcides, al anciano Ibé, súbdito español Pedro José Dalmau y a los tenientes coroneles Tomás de la Concha y Juan María Albert, quienes despojados por antojo del general Santana de los recursos de apelación y gracia que les concedía la constitución, fueron ejecutados, previa degradación, el día 11 de abril con un aparato militar imponente. A más de los individuos fusilados, condenó la misma comisión a los oficiales Félix Chalas, Seferino Nobles, Eulogio Chevalier y Tomás Jiménez a extrañamiento perpetuo; al coronel Miguel Suberví y a los ciudadanos Juan de Dios Benzo, Manuel Pereira y Nicanor Duvergé, a confinamiento en Samaná, y a Daniel Duvergé, joven de sólo quince años, hijo del célebre general fusilado, a la pena de muerte para cuando tuviera edad, etc.»

una, el creador de la República; la otra, el más glorioso mártir de la Historia de América: no querer embarcarse, cuando las persecuciones de 1843;[129] no querer abandonar a sus compañeros para salvarse solo, trasponiendo la frontera, en 1861».[130] A mi juicio

[129] Sánchez estaba atacado de grave enfermedad y no pudo embarcarse según unos, y no quiso hacerlo según otros. Rosa Duarte dice: «…una vez juntos (Duarte, Pina, etc.) separáronse del suelo natal con el corazón oprimido, no por efecto de sus propios males, sino por la suerte de la desgraciada patria, por la suerte de sus padres y hermanos y amigos, y por no haber sido posible salvar con ellos al mejor de sus amigos, al más acendrado patriota, al desgraciado Francisco Sánchez a quien dejaban a las puertas del sepulcro. Esta enfermedad de Sánchez se produjo por su hazaña atravesando a nados el río Ozama como consigné en esta misma obra. Dice Félix del Monte en sus *Reflexiones patrióticas* que Sánchez ni pudo ni quiso irse. Francisco Aguiar en carta a Del Monte, publicada en el periódico *El Teléfono*, Año XI, #550, 3 de dic. del 1893, y traída en la p. 132 por Lugo Lovatón, vol. 1, en la cual dijo: Sánchez, que así lo comprendió, se sustrajo a las persecuciones de sus implacables enemigos y tratando de sustraer también a sus amigos principales, encomendó al ya muy conocido patriota Juan A. Acosta para que, con la precisión del caso, les hiciera comprender el gran perjuicio que irresistiblemente ocasionaría a la causa redentora, la falta de sus valiosísimos concursos, que así, ellos debían estar, como lo estaba él, dispuestos a arrostrar toda clase de peligros, antes que dejar la Patria, cuando ésta necesitaba más de sus servicios».

Además en carta que también obra en el mismo Archivo de la familia Sánchez, hay otra carta del febrerista don Félix Mariano Lluberes, en la cual asegura que éste estuvo al lado del general Francisco Sánchez del Rosario cuando cayó herido en El Cercado, 1861, y es testigo de que el héroe se negó a irse abandonando a sus compañeros de infortunio, lo cual hizo que dicho Ogando le llevara a él, escapándose así de la tragedia del 4 de julio del indicado año. De ser rigurosamente cierto esto habría que rectificar a García y demás biógrafos del general Pedro Alejandrino Pina, los cuales han consignado que ese Timoteo Ogando salvó a este último, a menos que hubieran sido escapados ambos, Pedro Alejandrino Pina y Félix Mariano Lluberes, lo cual no consta en ninguna parte. Esta carta la escribió Lluberes para rectificar el folleto de Juan José Sánchez Guerrero acerca de los mártires de San Juan, a que aludí en *Nota de esta Historia*.

[130] Consta por testimonio dado por el propio general Timoteo Ogando que salvó al general de brigada Pedro Alejandrino Pina, que el general Sánchez rehusó escaparse y dejar a sus compañeros de cautiverio y luego de martirio.*

* Tal testimonio le fue dado personalmente por el general Timoteo Ogando al Lic. Andrés Julio Montolío, ya fenecido, por carta del 1933, cuyo original está en el Archivo del Lic. Carlos Sánchez.

hay algo más decisivo para tener a Sánchez como pieza que pesa más que todas las otras en platillos de la balanza donde la diosa de la justicia justiprecia los personajes del trascendente proceso de nuestra nacionalidad: el héroe con su holocausto personal en El Cercado reivindica la Patria en crisis, ya perdida por la culpa de los hombres.

Rescata, dice así, en pro de nuestra honra, las momentáneas abyecciones que la tenía hundida la veleidad de los dominicanos anexionistas, por eso él, y nadie más que él, es la Patria misma restituida en el 1865, el alma nacional transfigurada al fin, la que sacude su fardo de culpas de núcleos conservadores aislados de torpes ofuscaciones políticas en que predominaba el espíritu de banderías o de facción. Dos frases suyas han ascendido a la cima del patriotismo: ya cuando escribe a Duarte, pidiéndole armas y municiones, bien que fuera «a costa de una estrella del cielo»;[131]

[131] He aquí la memorable carta que el 15 de noviembre del 1843, los prominentes trinitarios Francisco del Rosario Sánchez y Vicente Celestino Duarte, escribieron y enviaron a Juan Pablo Duarte, quien se hallaba en Caracas, en gestiones encaminadas cerca del presidente de Venezuela general Carlos Soublette para conseguir elementos de guerra y recursos para armar la expedición libertadora con la que había de desembarcar en diciembre de ese mismo año por nuestro puerto de Guayacanes en el sur de la isla, entrada de Los Llanos de Arriba, en donde este Vicente Celestino Duarte, Juan Ramírez y el padre Carrasco habían conquistado a esta región oriental en favor de la causa de la Independencia:

Señor Don J. P. Duarte, Caracas.

Juan Pablo:

Con el señor José Ramón Chávez Hernández te escribimos imponiéndote del estado político de la ciudad, y de la necesidad que tenemos de que nos proporciones auxilios para el triunfo de nuestra causa: ahora aprovechando la ocasión del señor Buenaventura Frites para repetir lo que en otra te decíamos, por si no ha llegado a tus manos.

Después de tu salida, todas las circunstancias han sido favorables, de modo que solo nos ha faltado combinación para haber dado el golpe.

A esta fecha los negocios están en el mismo estado que tú los dejaste; por lo que te pedimos, así sea a costa de una estrella del cielo, los efectos siguientes: 2000 ó 1000 ó 500 fusiles, a lo menos, 4000 cartuchos; 2 y medio ó 3 quintales plomo; 500 lanzas o las que puedas conseguir. En conclusión lo esencial es un auxilio por pequeño que sea, pues este es el dictamen de la mayor parte de los encabezados.

ya cuando en Haití, destrozada el «águila de la libertad», exclama en alta voz, aunque sin jactancia, que «yo soy la bandera dominicana»,[132] y sobre todo, alzase imborrable y eterna, su serenidad de mártir que se envuelve en el pabellón de la cruz, en aquella horrida y célebre plaza pública de San Juan, y recibe de manos fratricidas la inmortal muerte. En concepto del citado Félix María

---

Esto conseguido deberás dirigirte al puerto de Guayacanes, siempre con la precaución de estar un poco retirado de tierra, como una o dos millas, hasta que se te avise, o hagas señas, para cuyo efecto pondrás un gallardete blanco si fuere de día; y si fuere de noche, pondrás encima del palo mayor un farol que lo ilumine todo o procurando si fuere posible, comunicarlo a Santo Domingo, para ir a esperarte a la costa el 9 de diciembre, o antes, pues es necesario temer la audacia de un tercer partido, o de un enemigo nuestro, estando el pueblo tan inflado.*

* Archivo de don José Gabriel García, en donde reposa el original.**

** Publicada en *Letras y Ciencias*, núm. 47 del 27 de febrero, la cual forma parte del archivo de Henríquez y Carvajal.

[132] Manifiesto del general Sánchez a los pueblos del Sur combatiendo la Anexión:

El déspota Pedro Santana, el enemigo de nuestras libertades, el plagiario de todos los tiranos, el escándalo de la civilización, quiere eternizar su nombre y sellar para siempre nuestro baldón con un crimen casi nuevo en la historia. Este crimen es la muerte de la Patria. La República está vendida al extranjero y el pabellón de la cruz, muy presto, no tremolará más sobre nuestros alcázares.

He creído cumplir con un deber sagrado, poniéndome al frente de la reacción que impida la ejecución de tan criminales proyectos; y debéis concebir, desde luego, que en este movimiento revolucionario ningún riesgo corren la independencia nacional ni nuestras libertades, cuando lo organiza el instrumento de que se valió la Providencia para enarbolar la primera bandera dominicana.

Yo no os haría este recuerdo, que mi modestia rechaza, si no estuviera apremiado a ello por las circunstancias; pero conocéis bastante mis sentimientos patrióticos, la rectitud de mis principios políticos, el entusiasmo que siempre he tenido por esa Patria y por su libertad, y no lo dudo, me haréis justicia.

He pisado el territorio de la República, entrando por Haití, porque no podía entrar por otra parte, exigiéndolo así, además, la buena combinación, y porque estoy persuadido de que esta República, con quien ayer cuando era imperio combatiente por nuestra nacionalidad, está hoy tan empeñada como nosotros porque la conservemos merced a la política de un gabinete republicano, sabio y justo.

del Monte, «la isla entera en ningún momento había producido un revolucionario igual a Sánchez».[133] Porque es en ese aspecto de conspirador que presenta Sánchez ante la posteridad, que debe contemplarlo la crítica histórica, así como en su genuina figura de héroe perfectamente delineada y única en nuestro drama nacional. De ahí que el gran Meriño diga en su mencionada *Oración Fúnebre*: «No le cupo a Duarte la satisfacción de ser en aquel día glorioso (el 27 de febrero de 1844) el héroe de la jornada. La providencia, que distribuye sabia y equitativamente las gracias, favoreció al no menos esclarecido patriota Francisco del Rosario Sánchez, discerniéndole honra tan insigne, galardoneándole así sus altos merecimientos».[134]

Y refiriéndose al holocausto por la patria de Sánchez en el 61, el orador sagrado agrega: «Un periódico, mensajero misterioso que la providencia, tal vez, hizo caer en sus manos (las de Duarte), le impuso de lo acaecido en la República en el año 1861, y al punto sintió renacer en su mente lejanas visiones que había acariciado en su mejor edad. La voz de la nacionalidad sacrificada

---

Mas, si la maledicencia buscare pretexto para mancillar mi conducta, responderéis a cualquier cargo diciendo en alta voz, aunque sin jactancias, que YO SOY LA BANDERA DOMINICANA. ¡Compatriotas! Las cadenas del despotismo y de la esclavitud os aguardan; es el presente que Santana os hace para entregarse al goce tranquilo del precio de nosotros, de vuestros hijos y de vuestras propiedades. Rechazad semejante ultraje con la indignación del hombre libre, dando el grito de reprobación contra el tirano. Sí, contra el tirano, contra Santana y sólo contra él. Ningún dominicano si alguno le acompaña, es capaz de semejante crimen a menos que esté fascinado.

Hagamos justicia a nuestra raza dominicana. Sólo Santana, el traidor por excelencia, el asesino por instinto, el enemigo eterno de nuestras libertades, el que se ha adueñado de la República, es el que tiene interés en ese tráfico vergonzoso él sólo es responsable y criminal de lesa-patria.*

* Reproducción en *Analectas*, ed. 16 de agosto del 1934, p. 91.**

** Proclama restauradora de Sánchez a los pueblos del Sur, publicada en el folleto *Controversia histórica*... pp. 97-99.

[133] Manuel del Monte, sobrino de Félix del Monte, le oyó decir esto varias veces, según atestigua el Dr. Lugo en su artículo biográfico ya citado acerca de Sánchez.

[134] Discurso de Meriño.

no podía menos de hallar dilatado eco en su patriótico corazón, y voló a hacerse inmolar con ella o a contribuir a salvarla. Y, ¡oh misterio del destino! ¡Sánchez había ganado también ya el primer premio del martirio luchando por la misma noble causa! ¡Qué hombre tan grande!».[135]

Hombre de acción

Entre las virtudes proceras de Sánchez es la culminante la de la acción, y por sobre la misma heroica que lo magnifica en tan alto grado, empinándole en la Historia: «atacado de una enfermedad peligrosa, dice Del Monte, él no pudo ni quiso embarcarse, y errante de casa en casa, de patio en patio, salvando muros y empalizadas, sin tregua ni reposo, desnudó su espada el 27 de febrero de 1844 para proclamar sobre el Baluarte del Conde, la Independencia de la República Dominicana, secundado por el ilustre Ramón Mella, y gran número de patriotas comprometidos en el cual se hallaban todos los isleños de San Carlos.

Para preparar tan glorioso acontecimiento, y hacer cesar la vigilancia y persuasión de los esbirros del poder, fue preciso propagar la falsa noticia de que el insigne Sánchez había fallecido víctima de la enfermedad que aniquilaba su existencia, y que había sido enterrado en el Cementerio del Carmen».[136]

[135] Véase mi biografía *Francisco Sánchez del Rosario.*

[136] Véase a continuación la carta de Félix María del Monte a José Ricardo Roques del 15 de febrero del 1889, donde se señala textualmente:
Señor:
Contestando su muy atenta fecha 10 del corriente, me cabe la satisfacción de decirle: que después de la forzosa ausencia del benemérito caudillo de la Separación Dominicana, Sor. don Juan Pablo Duarte y Diez, perseguido en esta ciudad con extraño encarnizamiento a la entrada del general haitiano Charles Hérard, el cual llegó a ofrecer recompensas pecuniarias por su captura y la de sus más comprometidos adeptos: después de ese infausto acontecimiento, repito, el esclarecido prócer Francisco del Rosario Sánchez, arrostrando peligros sin cuento, continuó los trabajos de la revolución salvadora, cuya idea estaba ya encarnada en todo el país. Atacado

Tras de esta opinión traeré la de los eminentes espíritus del pasado que eran a modo de trozos de nuestra historia: Emiliano Tejera, tan citado en esta obra, y Mariano Antonio Cestero, también traído a colación, ambos escritores considerados como duartistas por sus contemporáneos. El primero corrobora, lo ya dicho al reconocer en Sánchez condiciones de acción cuando apunta que «las circunstancias eran propicias para la consumación de la obra tan deseada. Sánchez y sus compañeros enviaron emisarios a los pueblos más importantes, y se fijó el 27 de febrero para dar el grito de Separación. O haría de él una nacionalidad, o las cadenas de veinte y dos años quedaban remachadas por siglos».[137] Y el segundo publicista lo hace en forma de encendido y magnífico ditirambo para el héroe febrerista máximo: «… Pero lo que llega al pináculo de lo desmesurado, y todo lo sobrepuja en audacia e intrepidez, y hace palidecer cuanto de grande, por su atrevimiento, y de excepcional, por su altitud moral, registran los fastos de nuestras guerras públicas e internas, y a todo se aventaja, y por sobre todo se encima, y nada tiene valimiento adecuado para equiparársele o irle al alcance en esplendideces de gloria; óiganlo bien fervientes y tibios patriotas, parte raya con lo sublime, eso: la archiadmirable epopeya del Baluarte Máximo». Y luego termina en resumido concepto acerca del mismo biografiado «…Eso

---

de una enfermedad peligrosa, él no pudo, ni quiso embarcarse; y errante de casa en casa, de patio en patio, salvando muros y empalizadas, sin tregua ni reposo, desnudó su espada el 27 de febrero de 1844 para proclamar sobre el baluarte del Conde, la independencia de la República Dominicana, secundando por el ilustre Ramón Mella, y gran número de patriotas comprometidos, en el cual se hallaban todos los isleños de San Carlos.

Para preparar tan glorioso acontecimiento, y hacer cesar la vigilancia de los esbirros del poder, fue preciso propalar la falsa noticia de que el insigne Sánchez había sido enterrado en el cementerio del Carmen.

Esta es la verdad de lo ocurrido y que puedo afirmar bajo juramento, a despecho de cualesquiera aserción contraria de los que todo lo niegan, lo adulteran y corrompen.

Acepte Ud. la expresión de esa consideración y respeto con que se suscribe su atto. y S.S. Q.B.S.M. (fdo.) Félix M. del Monte, Santo Domingo, febrero 15 de 1889. Sor. don J. R. Roques».

[137] *Monumento a Duarte*, pp. 17-18.

fue: egregio Francisco del Rosario Sánchez, probanza de valentía y arrojo desmedidos.

De ahí que, siendo como es febrero, suma de toda intrepidez dominicana, hecho arriesgado, aventura y el empeño más grande y comprometido de Quisqueya, en sus ansias de alzarse al solio de la independencia».[138]

Un pasaje que pudo escribir Plutarco

El sabio educador y sociólogo Eugenio María de Hostos,[139] recordando tal vez a Plutarco,[140] establece un paralelo entre la vida de los dos personajes más conspicuos de la Separación, para adjudicar la acción a Sánchez, y el espíritu de organización a Duarte, aunque refiriéndose, entonces, al interregno entre la Anexión y la Restauración. Fuera del país había también quienes maldijeran la anexión, dice Hostos, quienes protestaran contra ella, quienes lloraran, no con lágrimas de niños enternecidos, sino con lágrimas de sangre vengadora, la sustitución de la independencia con la esclavitud.

Entre esos protestantes varoniles, dos se irguieron a la vez, los dos que primero debían erguirse: Duarte y Sánchez.

Y cada uno de los dos se irguió según sus cualidades propias: el uno, para venir a organizar; el otro para venir a combatir. El

[138] *27 de febrero*, pp. 67-68.

[139] Sociólogo. Filósofo. Pedagogo, insigne escritor. Erudito. Maestro de maestros; reformador de la enseñanza de la República durante largos períodos (1880-87); (1899-1903); fundador de la Escuela Normal en Santo Domingo, después de haber sido educador en Chile; nació en Puerto Rico pero le tenemos como dominicano porque aquí dio su mejor cosecha espiritualmente. Sus discípulos fueron los intelectuales o políticos más sobresalientes de todo un largo espacio de la Segunda República: Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, Lic. Francisco J. Peynado, Lic. Federico Velázquez y Hernández, Dr. Arturo Grullón, Félix Evaristo Mejía, Dr. Américo Lugo. Dr. Ángel María Soler, Drs. Rodolfo y Barón Coiscou, Dr. Rafael Mejía, etc.

[140] *Vidas Paralelas.*

hombre de acción llegó primero; pisó el suelo de la Patria… vio ante sus ojos la nueva independencia… eran el mismo espíritu en dos cuerpos, y tras del uno debía caer el otro. Duarte había ido en la vida antes que Sánchez; justo era que fuera en la muerte tras de Sánchez».[141]

Así, diré a mi vez, deberá enlazarlo en un abrazo eterno la Historia, desechando las torpes y miserandas pasiones de los hombres.

La vida de Sánchez fue un verdadero y dilatado viacrucis

La vida de Sánchez fue un verdadero y dilatado via-crucis, en el mes de septiembre del 1844, le recoge en Dublín una casa de beneficencia como náufrago anónimo; en 1848, regresa del ostracismo, llamado por el Gobierno del presidente Manuel Jimenes.

A mediados de agosto del primer año de la Patria, en que la embarcación en que iba Sánchez y los demás exilados zozobró cerca de las costas de Irlanda, a donde llegó a nados el primero, pudieron tener algunos auxilios el montón de harapientos gracias a un cinto de morocotas[142] que portaba el insigne desterrado Francisco Sánchez, y quien más tarde había de ser protegido por el leader O'Connor.[143]

En el mismo período haitiano, corriendo el año 1840, se enfiló como soldado de la Patria el futuro héroe, entre los trinitarios. Después, en el movimiento conocido en la historia de la isla por la «Reforma», por el año 1843, acaudilló Sánchez un motín de protesta ante la propia morada del general Alejo Alejandro Carrié, a quien se le demandó la deposición del poder. Efectuose, en tal ocasión, una riña a mano armada entre los sublevados y los soldados del Regimiento 32º, en plena calle, quedándose en el improvisado campo de combate numerosos heridos y muertos, por tal razón, el día 12 de julio del indicado

[141] Artículo publicado en *El Teléfono*, 1884.

[142] La Morocota es el nombre que se le daba en el Santo Domingo viejo a la moneda de oro de veinte pesos.

[143] Lugo Lovatón, *Sánchez*, vol. 1, p. 289.

año, 1843, tan pronto llegó Riviére a Santo Domingo, ordenó la prisión de los insurrectos. Fue entonces cuando Francisco Sánchez, quien se hallaba en misión de propaganda revolucionaria en el pueblo de Los Llanos, se dirigió a caballo para la Capital, el sitio de mayor riesgo, con el propósito de auxiliar a sus compañeros. Llegó él en la noche y para no perder tiempo alguno, cruzó a nado, sobre el lomo de su criollo corcel, el peligroso río Ozama, el cual estaba a la sazón cuajado de tiburones.[144] «Los conjurados se habían escondido», escribe su nieto y biógrafo Carlos Sánchez, «y sobre la acera de la casa de Duarte, los soldados de la guardia haitiana se habían dormido. Sánchez para entrar en la casa, tuvo que saltar por encima de ellos. Al preguntar por su compañero (Juan Pablo Duarte), el padre de éste, don Juan Duarte, vaciló un segundo, lo que hizo que Sánchez sacara un puñal del cinto y tratara de arrojarse temerariamente sobre la dormida guardia, a fin de probar su abnegación y disipar el temor en el ánimo del padre de su compañero. Es este uno de los momentos más hermosos en la vida del héroe. Sus compañeros, desorientados, lo esperaban para organizar el escondite, según lo comprueba el *Diario* de Rosa Duarte, cosa que se hizo inmediatamente. Como era de esperarse, es perseguido tenazmente, tanto, que la autoridad haitiana decide reducir a prisión en su lugar a su padre Narciso Sánchez.[145] Es tanta la fatiga de la lucha unida a la imprudencia de cruzar acalorado las frías aguas del Ozama que el patriota cae seriamente enfermo.[146]

Santana le hizo apresar y ultrajó; tuvo que doblegarse Sánchez para no recibir la muerte de manos del tirano.

[144] Lugo Lovatón, *Sánchez*, vol. 1, p. 111.

[145] Madiou, García y todos los historiadores refieren esta prisión de Narciso Sánchez en lugar de la de su hijo el héroe.

[146] *Biografía sintética del Gral. Francisco del Rosario Sánchez*, que está aún inédita y aparece sin firma pero cuya paternidad se debe atribuir a su descendiente nombrado quien no la niega. Este episodio figura asimismo en un libro de lectura nacional de episodios históricos, preparado por el ilustre periodista fallecido José Ravelo publicado por sus hijos.

En la primera administración de Báez se le espió y persiguió; y, no obstante, en 1855, al abortar la revolución contra Santana, se desterró al patricio que no había participado en ella; un año transcurrido, pasada la matrícula de Segovia, regresó a su país el odiseo, nombrado ya gobernador de la provincia de Santo Domingo. Trató éste con benignidad a sus contraídos, entre ellos al general Pedro Santana preso por orden de Buenaventura Báez, y como en desgracia el prócer… Caído Báez un sicario de Santana trató de asesinarlo. Posteriormente, el 30 de agosto del 1858, se prendió y expulsó al propio Francisco Sánchez del Rosario[147] en el mes de diciembre de este año infausto, fue atacado de cruel dolencia en el extranjero y atendido por la caridad pública. Fue con motivo de la revolución llamada de Santa Rosa que hizo el general Santana ir por tercera vez al ostracismo al general Sánchez, a pesar de que a éste se pudo comprobar que no tuvo este último participación en tal intento de rebelión. Discurriendo la vida del héroe, desde el año 58 hasta el 61, en playas extrañas.[148]

Por fin, en ese terrible 1861, Sánchez, ya enfermo, parte de San Tomas a Puerto Príncipe, para interesar a Geffrard en contra de la anexión española. Por el mes de mayo de tal año, atravesó el héroe la frontera occidental de la isla, pronunciándose en El Cercado, y el 4 de julio cayó herido gravemente y prisionero en poder del enemigo fue conducido al patíbulo de San Juan en una silla de brazos; pero alentando aun entonces a sus veintidós compañeros a quienes repitió, según la tradición, el inmortal versículo de David: «*Tibi soli peccavi*»,[149] antes de entregar su vida, toda heroísmo y sacrificio.

[147] No puedo comprender por qué Bernardo Pichardo hace aparecer el destierro de Sánchez, en ese acontecimiento, como ocurrido en el año 1859.

[148] *Resumen Historia Patria,* p. 118.

[149] Su traducción sería: contra ti solo he pecado, aunque la frase latina íntegra según la Santa Biblia (Vulgata Latina) es: *Tibi soli peccavi, et malum coram de feci, ut justificeris in sermonibus tuis, et cum judicaris.*
Tal versículo fue pronunciado por Sánchez antes de comulgar, según la relación de Sánchez Guerrero ya citada y que tiene su fuente en García; pero al salir el héroe de la capilla donde estaba para ir al patíbulo sólo dijo

Para Lugo, «Sánchez es el Libertador, el destino hecho un hombre».[150] Pasando por encima de la cíclope figura de Pedro Santana que llena de claridad y de sombras toda la historia nacional. Y en un grito que resonará en las edades, si no por cabal verdad histórica, por lo humano y noble en su pasión por el héroe, su gran biógrafo añade que, «así lo comprenderán las generaciones venideras, cuando el tiempo pudra lo presente. Entonces se verá que Sánchez es el hombre más grande que ha producido en todos los tiempos, la parte española de la isla de Santo Domingo, excepto acaso Enriquillo». Estoy lejos de compartir aquella gran envidia de los enemigos de la figura de Francisco Sánchez del Rosario, ni los celos patrióticos de aquellos corifeos del duartismo señalados; pero también quiero situarme a distancia de este fervor de Lugo y sus secuaces. Él fue lo que fue: la acción y el destino hecho un hombre, el martirio trocado en símbolo humano. Ciego, impulsivo, fatal. Tal el héroe Sánchez: más Aquiles que Néstor, más Ayax o Héctor que Ulises.

Otras figuras entre los trinitarios y patriotas

Esos son, si hay que juzgar sin rebozo, aplicando en el juicio un absoluto concepto de crítica histórica, los dos hombres cumbres en cuyos ardidos pechos se prendió la llama del patriotismo en la Trinitaria: uno, Juan Pablo Duarte, el símbolo, el ideal, el alma; el otro, Francisco Sánchez del Rosario, la pasión, el pedestal, la gloria. Más figuras las hay, menos importantes o secundarias –entre los jurados trinitarios o patriotas– que si no ocuparon vasto espacio en los ámbitos del pasado heroico, acaso en veces

según los testigos que lo oyeron, la frase transcrita: *Tibi soli peccavi*…, a pesar del testimonio en contrario del mencionado Sánchez Guerrero y de Manuel de Jesús Troncoso de la Concha los que creen que –por Sánchez– repetido por completo el versículo sexto. Lugo Lovatón, vol. 2, p. 174, Nota 349.

[150] Américo Lugo en su citado artículo sobre Francisco Sánchez, etc.

legendario, sí han de desarrollar luego de ese período que precedió a la República (yunque, crisol en que hay el trueque de grandes figuras históricas, en simples personajes imponentes de la política), larga trayectoria en el escenario público lleno otrora, como ahora, de pasiones bastardas y torpes cuanto soeces interesadas, que a fuer de leal crítico del momento que vengo descorriendo en nuestra historia, debo recoger sus descollantes nombres y sus equívocas actitudes de repúblico que han sabido terminar con desenfrenadas tiranías o mendaces demagogias. Luego, otros próceres perdidos ya en el olvido de la Historia, a quienes la posteridad debe justa reparación. Aparte de estos y aquellos, Mella, colocado por la tradición al lado de Duarte y Sánchez, en la exalta trilogía, por sus virtudes preclaras de gran patriota, y por la sublime audacia del disparo en la noche, que yo quisiera eternizar como Fausto la hora venturosa del 27 de febrero del 1844.

Mella, el agente providencial

No podría completarse el cuadro de la acción culminante que terminó en el Baluarte, sino, mencionando aquí, a quien le dio aliento y pujanza: el épico Matías Ramón Mella, impetuoso cruzado de la Media Luna que formaban los defensores de la Patria, los trinitarios; varón temible y respetado por el mismo Gobierno de la Ocupación haitiana en su pleno poderío y absolutismo: antiguo jaquetón en su adolescencia; brava figura bien que con un pie en la leyenda y en la Historia, pues sin su incauto arrojo, sin su predestinada intervención heroica, esta Patria nuestra no hubiera podido ser o retardada quedado en el tiempo al azar de inescrutables designios de los hados.

Titán, Mella, en cuyos hombros marchó victoriosa la República al par que el general Pedro Santana, aunque en menor grado que éste a quien le cabe el justo título de Libertador, a despecho de su lesa traición en el año 1861, cosa que no quita importancia a su papel histórico en la era guerrera del 1844, donde fueron émulos del uno y del otro, los Imbert, Puello, Duvergé, Salcedo, Contreras, Valerio, Sosa, Mejía, Tavera, Bidó, en suma, todos los

que prestaron sus servicios a la Patria, soldados a quienes debió la causa separatista su consolidación y perdurabilidad, y más, mucho más que al aventurado y casi fortuito grito en el bastión célebre del Conde.[151]

Su campo de acción en el Cibao

Aparte de la noche del *27 de febrero* adonde la figura de Mella es decisiva para precipitar la acción de los conjurados de la Puerta de la Misericordia, el campo de sus ejecutorias y lides bélicas en el Cibao.[152] Del hecho primero dan noticias todos los historiadores que me han precedido; el general Charles Hérard, teniendo denuncia hecha por *La Chichara* y otras hojas clandestinas que vieron la luz en esos tiempos, ordenó el encarcelamiento del padre Peña, Ramón e Idelfonso Mella, Manuel Castillo, Alejo Jerez, Baltazar Paulino, Esteban de Aza, en San Francisco de Macorís; y en otras regiones del Norte de la Colonia, se redujeron a prisión a Rafael Servando Rodríguez, Manuel Morillo, Pbro. Juan Puigvert, Francisco Antonio Salcedo, José María Veloz, Pedro Juan Alonso y

[151] Henríquez y Carvajal, Federico, en su Discurso acerca de Ramón Mella pronunciado en el Baluarte del Conde, ya citado. Mejía Ricart (G. A.), protagonistas principales del drama de nuestra Independencia, Matías Ramón Mella (inédita).

[152] Federico Henríquez y Carvajal en su mencionado panegírico de Mella ha dicho:

El Cibao fue su campo de acción. No lejos del Yuna estaba el misionero separatista, cuando la delación artera pretendió que abortase el plan revolucionario. Y mientras el jefe de la Revolución se libraba del cadalso, merced a previsor ostracismo, iba Mella, en cuerda de presidiarios, a purgar en inmunda mazmorra el feo delito de ser patriota y ser dominicano.

Después en menor grado actuó su espíritu infatigable en el Sur:

A poco, agrega el Dr. Henríquez, restituido al goce de aparente libertad, recorría las comarcas del Sur, infundiendo, con la suya robustísima, la fe en el triunfo de la noble causa.*

* Tejera, *Monumento a Duarte*, p. 15, Henríquez, Ramón Mella, Nota 2a., pp. 39-40 de *Clío*, etc. García, *Historia de Santo Domingo*, t. II, pp. 68-70; Pichardo, *Historia Patria*, p. 77, Mejía Ricart, *Matías Ramón Mella*, etc.

Jacinto Fabelo. Extendiéronse las persecuciones por el Este y Sur: Manuel Leguisamón, Norberto Linares, Nicolás Rijo, Tomás Ramírez, Félix Mercenario, Pedro Pablo Bonilla, Ignacio de Paula, Juan Ruiz, Narciso Sánchez, Pedro Valverde, Silvano Pujols, eran enviados a las cárceles de Puerto Príncipe, en tanto que Duarte, Pina y Pérez se iban al destierro.[153] Son éstas, páginas de dolor para la Patria y de iniquidad para los dominadores.

El éxito obtenido por los patriotas del 27 de febrero del 1844 fue completo, aunque reservo de intento examinar sus causas determinantes para otro lugar de esta relación, y esto dio gran prestigio militar al antiguo trinitario Mella, el héroe más sonado de la gran noche a pesar de que la Historia señala el papel más importante al jefe de la Conjura y su verdadero ejecutor: Francisco Sánchez del Rosario.

La actuación de nuestro prócer Mella como soldado en las campañas de la Independencia que siguieron al golpe del Conde es brillantísima si no jalonada por grandes triunfos bélicos por despliegues de un espíritu organizador y activo, a veces acompañado de un valor indómito y hasta temerario, forjado realmente en el molde de los héroes, y desde este aspecto probando un superior carácter, tal como le atribuyen algunos de sus mayores apologistas.[154]

Así no había acabado su mano de poner la firma como presidente de la Junta Central Gubernativa, en el día tercero de la República, al decreto que llamaba a Duarte a la Patria para recibir los honores que merecía de ella, cuando marchaba para el Cibao, en calidad de delegado de aquel primer Gobierno, para preparar nada menos que la defensa de Santiago, amenazada por la insólita aparición del Ejército invasor occidental. Por esta causa, mientras se libraba en favor de nuestras armas la batalla del 30 de Marzo, o las

[153] Discurso acerca del héroe ya citado, fasc. 11, marzo y abril del 1934, p. 37, de *Clío*, etc.

[154] Federico Henríquez ha dicho en su pieza oratoria exaltando al héroe: «Seguid a Mella, ora como soldado en ambas guerras reivindicadoras, o ya como ciudadano de la República, y le veréis descollar por superiores dotes de carácter».*

* *Clío*, ed. cit., p. 38.

escaramuzas, que se le ha dado en verdad el nombre de gran batalla porque ellas tuvieron una unidad de acción casi seguida, aunque no de dirección pues obraron por separado y en distintos tiempos el general Imbert Mytles, comandante Caba y Bartolo Mejía, lo cual ya demostraré,[155] el general Matías Ramón Mella y el capitán José Desiderio Valverde se iban para San José de las Matas a reunir contingentes de tropas, dándose aquella famosísima contestación al capitán de artillería José María López, que en caso de apuro y de inútil resistencia por razón del número de atacantes haitianos, se clavasen los cañones, entregándose al efecto tres clavos de acero mandados a fundir por el propio héroe.[156]

Su actividad y valentía en otras campañas

La actividad de Mella está además probada por numerosos hechos. Entre ellos hay que citar, cuando la Junta Central Gubernativa al ver los laureles alcanzados por las tropas del Norte acosando

[155] …A no ser por su celosa actividad organizadora, que le condujo a diversos lejanos puntos del Cibao, etc., suyos habrían sido los inmarcesibles laureles del triunfo que obtuvo para sus sienes otro invicto héroe en la célebre gran batalla del 30 de Marzo.*

* Henríquez, *Ramón Mella*.

[156] Todavía más pruebas de la actividad y valentía del patriota ahora biografiado, nos la presenta el discurso apologético en referencia: Una brigada de los vencedores en Talanquera, dice el orador, destacada por él del triunfante ejército del Norte, cruzó la virgen cordillera y el valle de Constanza para caer en el de La Maguana y coadyuvar a la reocupación de Azua por Duvergé y al contrapronunciamiento de Neyba por Tavera.

Años después, como ministro de la guerra en campaña, creó y organizó el general Ramón Mella la estratégica e inexpugnable trinchera del Duro, famosa en los fastos de la Restauración. Su valor solía rayar a épica altura. ¿No lo veis, al iniciarse la tercera campaña de la Independencia, siendo jefe de operaciones en Las Matas, disparar por su propia mano el último cartucho, clavar la artillería, e invertir once días en bizarra retirada, salvando su división, hasta hacer firme en el Paso del Jura?

Émulo fue allí de Xenofonte.

Sabana del Pajonal, Cañada Honda y Jura pregonan su denuedo y su heroísmo; Las Carreras, su briosa intrepidez.

sin tregua al enemigo invasor hasta las fronteras, acordó mandar una columna de las mismas al mando del general Mella para que coadyuvara con el Ejército del Sur acampado inactivamente en Baní.

Este contingente de hombres debía encaminar sus pasos por Constanza, cruzar como un meteoro sobre el valle de la Maguana y atacar por retaguardia a las huestes extranjeras.

Aunque Duarte ofreció realizar este movimiento estratégico envolvente resolvió que dirigiera las operaciones el bizarro Mella con más dotes guerreras, quien avisó al general Santana a tiempo y despachó por Chingüela fuerzas encomendadas a Durán que llegaron tardías a San Juan para poner obstáculo a los contrarios que iban ya en derrota; pero que fueron bien llegadas para auxiliar al comandante Antonio Duvergé en la toma de Azua y en el contrapronunciamiento de Neyba por Tavera.[157] Es de anotar aquí la estratégica retirada hecha por el general Mella en el Paso del Jura.[158] En cuanto a la defensa heroica realizada por Mella y Alcántara, en Cañada Honda y la Sabana del Pajonal, contra las huestes de Soulouque, pertenece ya a los grandes fastos de la Historia.[159]

El Ejército de Soulouque dividido en columnas atravesó nuestras fronteras el día 5 de marzo del 1949, lo cual obligó a retirarse en Las Matas al general Duvergé.

Fue atacada esta plaza de refugio por el invasor haitiano el 19 de ese mismo mes de marzo. Eran sus defensores el general Matías Ramón de Mella que ocupaba el Fuerte Grande, el coronel Feliciano Martínez que estaba en el de Baní, el general Remigio del Castillo que encabezaba el contingente de hombres de San Juan, el general Valentín Alcántara que ya había sido canjeado y se hallaba en pie de guerra. A pesar de nuestra resistencia hubo que ceder al número de los contrincantes, y se emprendió la retirada de Duvergé.

[157] «Guerra de la Separación Dominicana», documentos para su Historia, coleccionados y anotados por José Gabriel García, ed. 1890, Nota 7a.
[158] Ramón Mella, Nota VI, p. 40, *Clío*, etc.
[159] Pichardo, *Historia Patria*, p. 97.

La primera embestida del haitiano fue contenida en Cañada Honda, y la segunda en Sabana-Pajonal, siendo héroes de estas ínclitas jornadas los generales Mella y Alcántara,[160] quienes hicieron morder el polvo a infinidad de haitianos, entre muertos, heridos y derrotados, mas tuvieron luego que dispersarse las fuerzas de la República, partiéndose las tropas y dirigiéndose las unas mandadas por el general Castillo por el camino de Constanza, y cogiendo los generales Mella y Alcántara la ruta hacia Azua, en donde no pudieron entrar hasta el 30 de marzo en que vencedores formaron el paso del Jura, después de haber quedado en acecho, junto con el coronel Feliciano Martínez, y haber acometido en el tiempo oportuno a las diezmadas falanges del opresor.[161] En las acciones que se han llamado de Las Carreras estuvo Mella en los puestos de más peligro.[162]

Complicación en la Matrícula de Segovia y resistencia del héroe para asumir una dictadura

Cuando estas lides ocurrían ya empezaban a alzarse a mayores la envidia y otras pasiones, y por lo mismo que los últimos

[160] Algunos publicistas y escritores tildan al general Valentín Alcántara de traidor a la Patria. Bernardo Pichardo lo defiende en su *Resumen de Historia Patria*. Detenido en la ciudad capital el general Alcántara, y depurados los hechos satisfactoriamente para su honor militar, tuvo el presidente Jimenes la honradez de concepto y el valor moral de enviarle nuevamente a Las Matas de Farfán, bajo las órdenes del bizarro general Antonio Duvergé, medida ésta que explotaron los solapados partidarios de Santana para echar de menos la energía de su jefe en desgracia y las dotes de organización que le atribuían. Estamos ajenos, a estas mezquindades de pasiones por el momento tan lejano de ese período histórico que nos toca vivir, pero algún crédito nos debe merecer la voz severa, pero justa, del más probo y esforzado de nuestros narradores de la Historia, José G. García y éste le condena por el delito de lesa nación, a pesar de que el vehemente y brillante escritor Pichardo le atribuya a exclusivo encono de los santanistas. Ahora lo que es un hecho imponderable es que el soldado expió su falta en la reacción de heroísmo con que se presenta y conmueve al historiador en su defensa a las hordas de Soulouque.*

* *Historia de Santo Domingo*, t. III, p. 9 y sigtes.

[161] García, *Guerra de la Separación...*, Nota 16.

[162] Edición del 27 de abril del 1889.

acontecimientos bélicos realzaban los primeros hechos del héroe, juraron en secreto la pérdida de él, cuyo mérito empezaba a oscurecer personalidades más reputadas.

De ahí que posteriormente quieran complicar a Mella en la falaz matrícula del cónsul Segovia o de la propia anexión del 1861, atribuyéndole en este último acontecimiento nefando, cartas que revelaban por lo menos flaqueza moral en el decisivo momento histórico; pero que hasta ahora no se han mostrado para hacer dar a la posteridad el juicio definitivo que daba merecer su reconocido carácter y probidad patriótica.[163] En lo concerniente a la tal Matrícula no hay sino pruebas en contrario que favorecen al prócer. Resistió Mella la oferta de una dictadura que se hizo, y repudió dicha matrícula de Segovia en la ya célebre reunión provocada por el vicepresidente Manuel de Regla Mota, en ausencia del presidente Santana que se encontraba como era costumbre en su posesión del Prado».[164] El gobierno constitucional –dijo– tiene fuerza bastante en la ley, para hacerse respetar y salvar la nación. Yo, Gobierno, cojo a Segovia, lo envuelvo en su bandera y lo expulso del país».[165]

[163] Se refiere que existen en los archivos del padre Meriño cartas comprometedoras en ese sentido para Mella, y algunos agregan que aquel ilustre varón las hizo desaparecer con esta frase lapidaria: «A la patria no le interesan sino las glorias del general Mella».

[164] El general Manuel de Regla Mota, vicepresidente de la República, desempeñaba las funciones ejecutorias, pues el presidente Santana estaba siempre ausente de la Capital, como se ha expresado. Entonces por iniciativa de algunos de los consejeros de Estado que no estaban con la infamante labor en pro de la matrícula de Segovia, se provocó una reunión de notables con el fin de contener a aquella. Acudieron a esta histórica Junta algunos personajes de la política militante. Estuvieron allí el senador don Manuel de J. del Monte, el general Antonio Abad Alfau, ministro de la Guerra, y el general Ramón de Mella. Alguien propuso que el presidente Santana y sus ministros renunciaran y se proclamara dictador al general Mella, pero éste se negó a aceptar y condenó la dictadura en proyecto.

[165] Relato fiel de un testigo y componente de la tal reunión: el general Pedro Valverde y Lara.

Mella en la gesta restauradora

Respecto a la conducta del héroe en la Restauración que no es de esta oportunidad tratarla, daré constancia solo para completar sus rasgos biográficos, y diré que todo parece hablar en favor de Mella, hasta su propia muerte, que en momentos antes de tal trance tomaba noticias del éxito que coronaran las armas dominicanas, y ya expirante, mandó que su cadáver lo envolvieran en la bandera de la cruz, al darle sepultura en Santiago de los Caballeros.[166] Sus hazañas lo defienden en este caso contra la negra deidad de la calumnia.

Cuando se erizó en fiereza Capotillo, y el Cibao se alzó en pie de guerra, apareció de repente Mella. Ahí está su *Manifiesto del 16 de enero del 1864*.[167] También proclaman sus timbres

[166] Eso refirió el oficial del ejército restaurador don Daniel Henríquez a su hermano D. Federico Henríquez, según éste dice en Nota de su mencionado discurso acerca de Mella.

[167] Manifiesto del 16 de enero del 1864 del general Matías Ramón de Mella: Ramón Mella, general de la República Dominicana a sus conciudadanos: Dominicanos: ¡La República nos ha llamado a las armas! Y yo, cumpliendo con mi deber, he venido a ocupar mi puesto entre vosotros. Yo soy soldado de la columna del 27 de febrero, vosotros me conocéis, y vengo a llamar a quienes la mentira y la fuerza bruta de sus opresores retienen todavía separados de sus antiguas filas. Sandoval, Lluberes, Sosa, Maldonado, Juan Suero, Valera, Marcos Evangelista, Juan Sosa, Gatón, no olvidéis que la República que os dio gloria y fama es punto de honor en que vuestros compañeros os aguardan; la República Dominicana nunca ha dejado de existir; ni la traición ni los patíbulos pudieron aniquilarla. Los héroes del campo de Capotillo son también soldados del 30 de marzo del 44: sus principios son hoy los mismos, ellos recogieron la bandera de la Cruz que los desgraciados mártires dejaron allí plantada sobre su tumba. Allí fueron los primeros mártires de la Restauración… ¡Allí están sus sombras llamando a las armas! y los Puello, Duvergé y su hijo, Concha, Matías de Vargas, Pedro Ignacio Espaillat, Perdomo, Vidal, Batista y sus compañeros, sacrificados por Santana, se levantan más allá de su sepultura pidiendo ¡venganza! ¡venganza! Dominicanos! Oíd ese patriótico lamento de tantos mártires de la libertad: y tú Eusebio Puello, oye a aquel que habla a tu conciencia para decirte: deja las filas del asesino de tus hermanos… ¡no profanes más la sangre que inocentes derramaron por dejarte una patria libre…! Vosotros, mis amigos de la Capital, no olvidéis que la patria os llama a cumplir con vuestro deber. ¡Dominicanos! Yo no vengo cual perturbador del orden, armado con el

de restaurador su levantada carta de protesta al mariscal de Campo, capitán de la Colonia, y su anterior proclama del 1º de febrero del 1864, la que lanzó como un reto de muerte, desde las sierras de Jarabacoa». Mella jamás capituló con las ideas de que desapareciera la nacionalidad, dice su ilustre biógrafo Manuel de Jesús Galván. Por eso, al proclamarse la anexión en 1861 se opuso enérgicamente a ella, fue encarcelado y salió para el destierro.[168] «Y hace los arrestos patrióticos de Mella, sin dejar de aludir a sus flaquezas políticas como santanista, en el 1849, el publicista Cestero: «Mella, quien, a pesar de la desgracia caída de 1849 y de su triste secuela de incidentes lamentables, iba a probar cómo el patriota sincero, de conciencia, puede padecer desfallecimientos, quizás incurrir en flaquezas, arrastrado por las complejas combinaciones del sectarismo político, mas nunca, jamás, al punto en que la Patria dolorida, peligrando, le pide asistencia patriótica. Por eso se yergue Mella, con el hervor cívico de los días de febrero y la peculiar pujanza de su heroico temperamento, con vigorosa y solemnísima protesta. Luego fue hora de luchar, aportando el valioso contingente de su cabeza bien organizada y de su potente brazo de batallador».[169]

---

puñal del asesino alevoso, ni con la tea del incendiario salvaje: la misión que tengo y la que me he impuesto yo mismo, es la de un soldado civilizado y cristiano. No es mi propósito excitaros a una inútil rebelión; pero es de mi deber, como ciudadano libre, haceros comprender que la insurrección no es crimen cuando ella ha llegado a ser el único medio para sacudir la opresión; pero sí es crimen no pequeño el indiferentismo que la sostiene y alimenta. Dominicanos: los días llegaron ya en que la España, única nación que se obstina en conservar esclavos, debe perder sus colonias en las Antillas. La América debe pertenecerse a sí misma; así lo dispuso Dios, cuando entre ella y la vieja Europa, puso la inmensidad del Océano. Si para convencer a España de esta verdad no ha bastado el escarmiento de los campos de Carabobo, Boyacá y Junín, ni el genio de Bolívar, aquí está el sable de nuestros soldados y el clima de Santo Domingo. Dominicanos: respeto al derecho y a la propiedad. Patria honor y humildad. Tal es la divisa con que os quiero ver llegar al templo de la fama.

Santiago, enero de 1864. Ramón Mella».

[168] «Ramón Mella», publicado por primera vez en el *Eco de la Opinión*, con fecha 27 de febrero del 1887.

[169] *27 de febrero*, p. 61.

En la controversia histórica, sostenida en la antigua hoja *El Eco de la Opinión,* en pugna con *El Teléfono,* otro periódico en boga en 1889, se confirma lo dicho por ambos escritores: «Muy pocos, aunque distinguidos dominicanos, contestaron aisladamente en el territorio de su patria, y nadie les hizo coro; recordamos al siempre noble y denodado Ramón Mella y su hermano Idelfonso, y el actual Ilmo. Sr. Arzobispo, entonces Gobernador eclesiástico, monseñor de Meriño».[170]

Mella el diplomático

Como para un espíritu filosófico todo es digno de ser conocido, según Renán,[171] no dejaré de atribuirle tal intención a esta Historia, aunque lastimase en esto la modestia del autor, quién sabe que en ello solo hay la tentativa encomiable en tal sentido, y es por dicha razón que habré de ver el mismo aspecto diplomático del héroe al que parecía debía ser tan ajeno (por la impetuosidad de Diómedes de sus años mozos), para descubrir en Mella a un alma inflamada por la llama de un patriotismo de buena ley, bien que el odio de sus detractores o antagonistas haya señalado a él desde ha tiempo como partidario del protectorado español. Evocaré, pues, en este instante, la gallarda lid que libró el embajador Matías Ramón de Mella con el Gabinete de Madrid para obtener después de una década en que había brillado el sol de la libertad en nuestro redimido suelo, el reconocimiento de nuestra nacionalidad por la vieja metrópoli.[172]

Porque allí, en ese documento transcrito en Nota, se revela una mente clara en que entra mucho la inteligencia a competir con el sentimiento de la Patria a que estuvo siempre arraigada el alma de Mella hasta en sus peores días políticos. Se desvanece también con este pliego una leyenda en cuanto a la inferioridad

[170] Artículo publicado el 12 de mayo de 1889, en *El Teléfono*.
[171] Pensamiento contenido en *El Anticristo*.
[172] Véase el Anexo 34 Nota del agente confidencial de la República Dominicana al excelentísimo ministro de Estado (de la Monarquía Española).

intelectual del héroe, apartándome una vez más de la trillada verdad de los historiadores que me han precedido. No participo así de la manera de pensar de los que han dicho que adolece de gran lucidez el hombre impulsivo del 27 de febrero, puesto que si es cierto que la característica suya fue la acción arrebatada, violenta, y ésta resultó muchas veces como el rayo, sin embargo llenas están de acierto sus actitudes y obras ya como ministro de Guerra en campaña, ya como ministro de Hacienda, ora como político mismo, a pesar de sus acatamientos a la realidad circunstante con Santana, Báez, Valverde, y hasta culminar su carrera con su elección como vicepresidente de la República.[173] Por eso aparte de la justeza del juicio en cuanto al valor y la acción en reconocimiento de este personaje histórico que analizo, faltó a toda la verdad a que hay que aspirar el más exaltado de sus encomiadores: «Su obra, su actitud, dice el laureado escritor Díaz, su obra y gesto en la historia, son los de la acción decidida, los del asalto, los del valor enardecido, los de la demencia heroica y gloriosa. Mella no es el pensamiento; es pasión encendida, coraje magnífico, sublime arrebato…».[174]

No doy a Mella por muchos. Y así como de Tiberio Augusto escribió Suetonio «que no tanto para inmortalizar su memoria, cuanto para que sirviesen de ejemplo, colocó en su pórtico las estatuas triunfales de sus predecesores Augusto», lo cual le criticara con el tiempo Sigüenza y Góngora,[175] el ilustre pariente del

[173] El Gral. Matías Ramón de Mella, fue ministro de Hacienda y Comercio en la primera administración de Buenaventura Báez, que fue ejemplar y formó parte del Ministerio del presidente José Desiderio Valverde, habiéndosele elegido para el cargo de vice-presidente por el Gobierno de la Restauración.

[174] Medallón histórico galardonado en un certamen literario, escrito por el Lic. Gustavo Adolfo Díaz, en 1911. Véase el Anexo 35, Testamento del general Ramón Mella.

[175] Preludios 11 del capítulo «El Amor que se le debe a la Patria»…, p. 15, *Obras* de D. Carlos Sigüenza y Góngora, cosmógrafo del Rey N.S., catedrático jubilado de Ciencias Matemáticas, contador de la Real Universidad de México, insigne en todas las ciencias y letras, literato notable al estilo de su tiempo, quien a la edad de diez y ocho años llegó a la costa de Veracruz por eso del año 1640.

gran Luis Góngora y Agote,[176] podríamos hacer desfilar al lado del adalid febrerista, aquellos sus compañeros únicos en la galería de grandes de nuestra Historia: Núñez de Cáceres, Duarte, Sánchez, Duvergé, Santana, Luperón.

Nacimiento del héroe

Podría Mella exigir de la parda Divinidad que no se compadece de las sentidas deidades que eternizan el aplauso de una época y veneren los nombres entre sombras, que cual hicieron las ciudades de Italia desde el día que recibieron al emperador Octaviano Augusto,[177] diera su patria principio a la numeración de los años desde su nacimiento.

Este suceso, del natalicio del general Matías Ramón Mella y Castillo, que acaso debería celebrarse como uno de los grandes fastos de la Historia nacional, acaeció en la ciudad de Santo Domingo el día 24 de febrero del 1816, a las doce de la noche, y no el 25 de ese mismo mes y año, según su biógrafo Galván.[178]

Era hijo, Matías Ramón, según la partida de bautismo de 6 de marzo del 1816, de Antonio Mella y Francisca Castillo, producto de una unión legítima.[179] Como más datos se pueden dar que tuvo por descendencia el general Mella, que tenga yo noticia y sin muchas indagaciones al respecto, cuatro hijos, entre ellos, Nicanor Mella,

[176] Capítulo 3o. de la vida de Tiberio Augusto escrito por Suetonio.

[177] Suetonio, en Octaviano: «*Quaedam Italiae Civitates diem quae primi ad se venisse et initium anni facerunt*».

[178] Véase Anexo 36, sobre datos biográficos de Mella.

[179] El acta de nacimiento del general Ramón Mella y Castillo es esta:
En la ciudad de Santo Domingo y marzo seis de mil ochocientos diez y seis, yo el infrascrito cura teniente de esta Santa Iga. Cath. bauticé solemnemente y puse óleo y chrisma a Ramón con once días de nacido, hijo legítimo de Antonio de Mella y de Francisca Castillo naturales de esta ciudad y otros. Parrqs. Fueron sus padrinos Manuel Castillo y Isidora Mella a quienes advertí sus obligaciones y espiritual parentesco: siendo testigos Dn. José Bidó y Antonio Sánchez de qe. doy fe (fdo.) Agustín Tabárez.*

* Nacimiento de don Ramón Mella, publicado en *La Opinión*, etc.

quien residió casi siempre en La Habana,[180] y casó dicho héroe con Josefa Brea, según consta de partida de matrimonio de fecha 30 de agosto del 1836, autorizada por el oficial del Estado Civil Martín Guzmán Galicia.[181] En la línea colateral del patricio figura

[180] Fue comerciante y maestro sastre en La Habana de gran nombre y caudales, hombre de valor personal que contó varios duelos en su vida, quien celebró nupcias dos veces de las cuales procreó muchos hijos y de su último enlace nació el conocidísimo estudiante revolucionario Julio Antonio de Mella victimado según todas las presunciones por orden del ex-presidente Machado en la ciudad de México, y que prueba una vez más la sangre procera que corría por las venas de aquel vástago de héroe.

En resumen: la descendencia del general Matías Ramón de Mella fue la siguiente: Ildefonso Mella y Brea quien casó con Francisca Lithgow y de cuya unión tuvo tres hijos: Antonio, Ramón y Rosa Mella; a más de una hija natural del mismo Ildefonso, llamada Adela, Nicanor Mella Brea, a quien ya me referí; América Mella Brea, la cual procreó en matrimonio con Enrique Dubocq, dos hijos: Enrique y Delia; Ramón Mella Brea quien murió trágicamente en una de nuestras revoluciones al ser arrojado de la Torre del Homenaje, según la tradición.

[181] Consta de partida de matrimonio de fecha 30 de agosto del 1836, folio 198 de la Oficialía del Estado Civil en Santo Domingo, bajo el régimen haitiano, que casó el general Mella con doña Josefa Brea, ante el oficial don Martín Guzmán Galicia.

Transcrita el acta matrimonial dice así:

El día treinta de agosto de mil ochocientos treinta y seis años, treinta y tres de la Independencia siendo las siete de la noche, ante mí, Martín Guzmán Galicia, oficial del Estado Civil de la Común de Santo Domingo, comparecieron los ciudadanos Ramón Mella, natural de esta ciudad, de edad mayor, de la común de San Cristóbal y con su actual residencia en dicha común, hijo legítimo de los ciudadanos Antonio Mella y Francisca Castillo, naturales de esta ciudad y mercaderes en detalle, y Josefa Brea, natural de esta ciudad, de edad mayor, hija legítima de los ciudadanos José Gertrudis Brea y Josefa Hernández, naturales de esta ciudad y mercaderes en detalle con cuyos permisos y presencia de, a saber los ciudadanos Esteban Ponthieux, administrador principal del Distrito, Rafael de Negrete, jefe de Dominios, de don Manuel Cabral Bernal, jefe de Oficina de la Administración de Finanzas y María Mella, tía carnal del compareciente, mercader en detalle de esta plaza, todos mayores de edad y con su domicilio en esta ciudad; dijeron los comparecientes que tienen hecha mutua promesa de matrimonio y tratan de realizarla en virtud de haber llenado todas las formalidades exigidas por la Ley; por lo que después que a los nominados testigos se les dio lectura de dicha promesa hecha el veinte de los corrientes

en primer término el también prócer Idelfonso de Mella, su hermano carnal, quien a su vez tuvo una hija llamada Caridad, quien no sé si ha tenido sucesión.[182]

---

a las ocho de la mañana, cuya copia fue fijada a la misma hora en el lugar de costumbre para sus publicaciones sin que de ellas haya resultado oposición alguna, y que a los mismos les instruyo de la mayoría de los contrayentes y el previo consentimiento de sus respectivos padres; después que a los futuros esposos se les leyó el capítulo sexto de la Ley número seis del Código Civil de Haití, concerniente a los derechos y deberes respectivos de los esposos; y finalmente después que los ciudadanos Ramón Mella y Josefa Brea se declararon recíprocamente uno después de otro por esposos; yo Martín G. Galicia, en virtud de las facultades que la Ley me confiere y a nombre de la misma Ley los declaré unidos en legítimo matrimonio. De lo que formé el presente acto que firmaron los cónyuges, testigos y concurrencia después de la debida lectura, el día y año arriba citados (firmados) M. G. Ponthieux-Rafael de Negrete, N. Saviñón, C. de Mare, Jn. Io. Pérez, Morín del Valle, Jn. Bt. Morín.*

* Archivo de la Catedral de Santo Domingo.**

** «Este mismo documento fehaciente que consta en los archivos de nuestro Registro Civil, recoge como testigos o asistentes del acto de matrimonio de Mella a sus futuros compañeros y contrincantes, respectivamente, Juan Isidro Pérez y Mr. Ponthieux, y hasta al hombre moderado que se agregó a última hora a la causa de la Separación para ser luego un transgresor y perseguidor de los héroes, nos referimos a D. Manuel Cabral Bernal, a la sazón jefe de Oficina de la Administración de Finanzas, quien firmó como ministro de lo Interior y Policía el Decreto –ya referido mucho antes– en que se arroja del suelo nativo a la madre del apóstol Duarte y su familia.

182 De tal matrimonio del general Matías Ramón de Mella y doña Josefa Brea, hija legítima del bravo José Gertrudis Brea, insurgente contra Haití y que murió siendo ya coronel del ejército libertador en su cantón de Las Matas en 1844 y de doña Josefa Hernández, ambos naturales y vecinos de esta ciudad, debemos admitir que un tío por la línea paterna del primero, D. José María de Mella, mercader en detalle como lo fue don Antonio de Mella, su hermano y padre del biografiado y hasta D. José Gertrudis Brea, antes de ser héroe.*

* Se alió el prócer por el matrimonio con doña Josefa Brea, hija, como vimos del bravo don José Gertrudis Brea, hombre de personales y sonadas ejecutorias.

Así, el valor rodeaba al héroe Mella por todas partes y le venía hasta por el contagio familiar. Va aquí una anécdota del fiero patriota del 44 que era su suegro.

Por motivo que no recordamos ahora, él había tenido un disgusto con el temible Rafael de Quesada, lo cual dio por resultado un desafío que quedó pendiente entre estos dos varones.

Su adolescencia

Acerca de la adolescencia de Mella solo se sabe que transcurrió en la infausta era haitiana cuando gobernaba Boyer; pero nada se ha inquirido en verdad relativo a su infancia a no ser que «sus excelentes padres cuidaron de darle la mejor educación que podía proporcionarle en aquellos años de decadencia y oscurantismo y que en el hogar paterno habría nutrido su alma con los más sanos y elevados principios», según uno de sus enterados biógrafos. La edad moza de aquel héroe nos la pinta, de modo inimitable, la pluma bien cortada de Manuel de Jesús Galván, quien dice como «allí donde esa predisposición (el odio hacia el haitiano) se manifestaba más enérgicamente, con mayor imprudencia y audacia, allí era seguro encontrar al intrépido Mella, cualquiera que fuese la clase de los contendores. Su valor y la destreza que adquirió en el manejo de las armas, le sirvieron para intervenir victoriosamente en todos los lances en que se veían empañados con frecuencia los compañeros de su juventud, o los rudos hijos del pueblo que eran blanco de las agresiones armadas de multitud de haitianos que andaban siempre en grupos, estorbando los bailes y diversiones nocturnas. En esos lances terciaba inopinadamente la espada de Ramón Mella, quien asumía entonces el carácter de principal actor de la fiesta castigando duramente a los atrevidos agresores, y haciéndoles huir bien

---

Se encontraron una primera vez luchando al machete, y José Gertrudis le tumbó el arma, dejándolo sin defensa y sin embargo no tocó a su enemigo. Tuvieron un segundo lance. Hallábase únicamente portando un puñal y un paraguas nuestro hombre, mientras su contendor estaba del todo equipado luciendo un feroz sable. Fuéronse a las manos pudiendo dominarle Brea con el paraguas, hasta que lo alcanzó con el puñal abandonando muerto al enemigo en el sitio, después de tan extraño lance. Abierto juicio al victimario, depusieron los testigos en su favor y fue absuelto Brea, según reza una sentencia que figura en los archivos del Juzgado de Primera Instancia del Distrito de Santo Domingo, en cuya jurisdicción se desarrolló aquella tragedia».*

* Nos refirió la tal anécdota el Dr. Alcides García.

escarmentados, persuadidos de la imposibilidad de avasallar y vejar aquella raza de leones.[183]

No se presuma que por este dato que Mella era en su mocedad lo que se llama un calavera, amante de la vida alegre y de vulgares locuras. Lejos de eso, las nobles aspiraciones de su alma ardiente y generosa se manifestaban en la austeridad de sus costumbres, en la seriedad de su discursos y conversaciones, como es la gravedad y compostura de toda su persona, dotada por la naturaleza con un sello de circunspección y autoridad».[184]

La falange de la Patria

Los compañeros de Mella fueron Francisco Sánchez, Pedro Alejandrino Pina, Juan Isidro Pérez, Remigio del Castillo y todos los jóvenes patriotas que formaron la Trinitaria, y que rodearon a Juan Pablo Duarte, el jefe de ellos por su virtud y espiritualidad, desde el retorno de este último de la Península. «La distinguida falange que después se ilustró tan gloriosamente, agrega Galván, concibiendo y proclamando la independencia nacional y que sintiendo muy temprano la vocación patriótica, cedieron, cada cual

[183] Se cuenta otra anécdota que prueba el valor legendario del propio Mella y de su heroica casta.

Pasada la matrícula de Segovia, caído Santana, los partidarios del caudillo triunfante Báez, iban a entonar cantaleta a la puerta de los santanistas en desgracia, las cuales, según costumbres en aquellos tiempos esgrimidas contra los políticos venidos a menos o por abajo, consistían en canciones burlescas o epigramas en versos picantes y hasta insultantes casi siempre. Pues bien, tocóle en turno a la casa del general Mella, mas éste en vez de escabullirse de allí escondiendo el bulto, como se dice, hasta que pasara la comparsa de sus burladores antagonistas, esperó que estuvieran ellos en la misma puerta y entonces la abrió repentinamente, y se le enfrentaron a los baecistas él y doña Pepa Brea, su consorte, con sendas carabinas asomando en cada punta de la misma puerta, cuya actitud impuso silencio a la alegre patrulla que siguió de largo, sin proferir una sola chacota ni decir siquiera esta boca es mía.

[184] Galván, Artículo biográfico Ramón Mella, p. 35.

a su modo, a las aspiraciones de esa vocación. Así, ellos eran como la levadura que había de fermentar saludablemente en la masa popular, manteniendo vivo el espíritu de libertad, y enhiesta la barrera moral que siempre separó insuperablemente a los dominicanos de sus dominadores. Ellos inconscientemente sin duda, preparaban los ánimos de la revolución, y daban ejemplos diarios de virilidad y altivez a los que, por su ignorancia y por la humildad de sus profesiones y oficios, habrían tolerado la infamante servidumbre, quizá perdurablemente. Esa juventud era todo corazón, y para dar realidad y forma determinada a su obra libertadora, necesitaba solamente como complemento indispensable, una cabeza inteligente y un brazo esforzado. La cabeza surgió a buen tiempo entre ellos, personificada en un varón ilustre, de quien ya se ha dicho todo el bien que hay que decir; el brazo, Dios lo suscitó en el momento crítico, como suscitó un día a Josué, a Japhet, a Gedeón. Mal apreciado su esfuerzo, mal conocido todavía, el nombre y la memoria de ese hombre-escudo, sobre cuya modesta sepultura se lanza una que otra impía o malsonante imprecación, guardan el juicio de la pluma imparcial y desapasionada que vindique con patriótica lealtad sus grandes hechos, y explique, sin dejar de considerarlos justicieramente, sus graves errores».[185]

Inconciliable parece una actitud resuelta y heroica y una reflexión hábil y fecunda, sobre todo para encarnar en una misma humanidad. Sin embargo, el general Matías Ramón de Mella fue eso: un héroe y un diplomático consumado. No solo en su decantada carta al ministro de Estado Calderón de la Barca, dechado de dialéctica en su género, sino también desde su briosa juventud.

Fue Mella el patriota elegido por el partido separatista para entrevistarse con la revolución haitiana que tenía su principal asiento en Los Cayos, con propósito de alentar a los anti-boyeristas a seguir la lucha, dándoles la seguridad del apoyo de la parte Este, y no solo obtuvo franco éxito, sino que, días después concurrió él al

[185] Art. cit., p. 35, in fine.

pronunciamiento reformista efectuado en la antigua plaza de la Catedral, el día 24 de marzo del 1843, cuyo motín costó la vida al comandante de Armas y a unos doce haitianos más. Sabidas son sus demás actividades en pro de la causa de la Independencia, valiéndose de los medios más ingenuos para poderse ver con los aliados y adeptos, hasta que llegó el día 27 de febrero del 1844, en que su decisión resolvió el destino de nuestro pueblo al disparar con el arma de fuego en el sitio convenido por los conjurados de la Puerta de la Misericordia. Ya lo he analizado antes en este aspecto de la acción.

La Patria se hizo por el esfuerzo de uno y otros, los separatistas y los conservadores, por la oportuna mediación de Juchereau de Saint Denis, que era cónsul general de Francia en Santo Domingo cuando se proclamó la Independencia, y hasta por la espada del funesto Santana que ahuyentó las nubes preñadas de truenos de Occidente consumada ya la gran audacia del Baluarte. Este libertador era un monstruo de pasiones. Se tragó a todos los héroes: Sánchez, Duvergé, los Puello, mató la libertad que había consolidado, y se hizo eterno pecador ante la Historia. Por consecuencia de tan tristísimos sucesos, el general Santana expulsó a Mella, y luego le atrajo, condenable debilidad la suya al poner su glorioso sable a la orden del odioso tirano.

Tampoco puede ser perdonado el prócer haber servido al presidente Báez, aunque lo hiciera como ministro de Hacienda y Comercio en la primera Administración de aquel mandatario, lo cual constituyó en sus diversos Gobiernos una honrosa excepción y anomalía, y se le ha censurado al general Mella como error político de marca el haber proclamado en el Cibao a Duarte como presidente, sin tomar en cuenta la realidad del momento que se atravesaba y lo cual provocó la reacción de los moderados a cuyo frente estaba ya el propio general Pedro Santana quien se hizo proclamar jefe del Ejército y por ende, dueño omnímodo de los destinos de la nación. Trato este asunto en páginas anteriores e insistiré con más detalles al examinar el primer período de la Primera República. Pero ahora, bastante es consignar este acto y no obstante el gran móvil que le inspiró desde el punto de un patriotismo puro y trascendente.

Verdad que para el primero de estos errores antes señalados hay una humana justificación: el héroe se había reconciliado con el gran caudillo de Santana, tal como lo hiciera Duvergé, Juan Contreras y otros más de la falange guerrera del 44, para combatir al feroz Soulouque, y sobre el campo de batalla se trabó la nueva amistad de los veteranos camaradas. Como ya observé, cargó laureles el bizarro Mella en las guerras con el extranjero que antecedieron a la caída del presidente Jimenes, y por ello se vio envuelto en el Ministerio de Báez, del cual renunció y se retiró a la vida privada hasta el 1853, en que le llamó Santana para la conocida misión cerca del Gabinete de Madrid con el fin de obtener el reconocimiento de la Independencia.

Su reaparición en el escenario político, su cárcel y su destierro

Se eclipsó el héroe de la política y solo reapareció en el escenario de los gloriosos acontecimientos de diciembre del 1855 y del 1856, para contribuir a la sangrienta victoria que obtuvieron las armas dominicanas sobre las huestes aledañas en Jácuba y Sabana Larga, puesto que había sido nombrado ministro de la Guerra por Santana el 27 de junio del propio año del 1855.

Volvió al teatro de los sucesos políticos en julio del 1857, en que el general José Desiderio Valverde se sublevó contra el Gobierno de Báez, y lo derrocó después de haber tomado el general Mella a viva fuerza a Samaná, y contribuir al sitio de la Capital en 1858. Fue nombrado ministro de aquel Gobierno de Valverde el 2 de marzo del mismo año. Surgió el fantasma de la Anexión, cuyas causas hurgaré en su oportunidad, y su voz fue la más poderosa y fue a la cárcel y al destierro, bien que se trate de complicar al patriota con cartas póstumas que no se han dado a la publicidad. Pero el hecho es que Mella no quiso regresar bajo la dominación española a pesar de que le ofrecían honores y prebendas. Y solo cuando se alzaron Cabrera y Monción en Capotillo por la reivindicación del pueblo patrio, su brazo vino a ponerse al servicio de la noble causa restauradora. Entonces fue nombrado el general Matías Ramón Mella jefe del Ejército del

Sur en sustitución del general Pedro Florentino quien con sus crueldades había desacreditado la obra de la libertad, y aquel dio órdenes a Juan Rondón para que lo prendiera, y le matara en caso de resistencia, como así sucedió al efecto.[186] Ocurrió el hecho en esta forma porque el general Florentino se negó a entregarse como preso y poner en posesión de jefe de dicho Ejército al sustituto Mella.[187]

[186] Galván, *Ramón Mella*, pp. 39-40.

[187] En su trabajo en referencia del Nacimiento de Ramón Mella, uno de los más documentados en cuanto al héroe, el Dr. Alcides García, en Nota crítica ha revelado que este mando supremo del movimiento restaurador en el Sur, era el que se pensaba asumiría Francisco del Rosario Sánchez, cuando la infausta tentativa revolucionaria de 1861. En ese elevado puesto fracasó y se desacreditó de la manera más lamentable el general Pedro Florentino, y por no haber querido sustituir a éste en tan difíciles circunstancias tuvo el general José Antonio Salcedo serios altercados con sus compañeros de Gobierno. Lástima que el general Ramón Mella no pudiera permanecer por más tiempo, debido a la grave enfermedad adquirida en la campaña y que le llevaría a la tumba, en esa superior jefatura, que empezó a desempeñar con tanto brío y tino. Le estaba reservada al legendario campeón de Santomé la envidiable gloria de conducir, como general en jefe, las ardorosas milicias del Sur, hasta el fin de la Guerra Restauradora de la República.

Copiamos aquí el OFICIO DEL MINISTERIO DE LA GUERRA dando instrucciones al general Ramón Mella para tomar posesión de la Jefatura de la línea del Sur:

Enero 27, sin número, Instrucciones pa. el general R. Mella jefe de Operaciones de la línea del Sur.

1º Ud. se servirá ponerse en marcha para San Juan a tomar el mando de aquel Ejército, que según informes, ha sido completamente derrotado y no saberse el paradero del general Florentino.

2º En La Vega y en Jarabacoa tomará Ud. toda la gente que le puedan dar aquellas autoridades, incorporando Ud. además todos los voluntarios, emprenda Ud. su marcha con la mayor prontitud posible por el camino de Constanza a desembocar a San Juan. En cuanto a sus operaciones militares nada le dice el Gbo. porque deja su combinación y ejecución a su pericia militar, valor y patriotismo. Lo que se le recomienda a Ud. particularmente es, que restaure Ud. allí la revolución, acoja y ampare Ud. todos los dominicanos, que quieran hacer renacer la confianza que parece haberse perdido allí, haga Ud. entender que el lema del Gbo. es protección a la vida y propiedades. Todas las familias que Ud. pueda amparar y recoger, hágalo Ud. y de los fondos que Ud. lleva, procure darles algunos auxilios a aquellos que estén más necesitados.

Su elección como vicepresidente de la República

Este Gral. Matías Ramón de Mella y Castillo conspirador y soldado de la Patria, fue designado por el primer gobierno de la guerra restauradora para los elevados cargos de ministro de la Guerra y vicepresidente de la República,[188] respectivamente, este último cuando ya estaba enfermo de muerte y no podía materialmente dirigir como jefe supremo las tropas del Sud.[189] Así pues,

---

Por último y no pudiendo preveer el Gbo. todas las eventualidades deposita en Ud. toda su confianza para que Ud. obre por lo mejor en obsequio de la salvación de la Patria y la reivindicación de los derechos del pueblo dominicano.*

* Oficios del Ministerio de la Guerra, Gobierno de la Restauración.

[188] Véase el propio Copiador de Oficios del Ministerio de la Guerra, en la actual Secretaría de Estado de Interior, Policía, Guerra y Marina.

[189] Comunicación del Gobierno de la Restauración participando al Gral. Salcedo que el ministro de la Guerra don Ramón Mella salía con dirección del Sur. Enero 23. No. 219. Gral. J. de J. Salcedo. Jarabacoa. El Gobierno acusa a Ud. recibo de su oficio fha. del 22 de cuyo contenido se ha tomado la debida nota. El ministro de la Guerra don Ramón Mella sale mañana con dirección al sud y comunicará a Ud. las disposiciones necesarias sobre las operaciones de aquella línea. Con él salen hoy dinero, galletas, sal, andullo, aguardiente y pertrechos todo en la mayor abundancia, así es que debiendo Ud. mandar una parte de las columnas que marchen sobre aquellos puntos empiece Ud. a prepararse desde ahora para salir al primer instante. Mucha energía y mucha actividad. La indicación que hace respecto al general Reyes está ya dada de antemano y por el lado del Carrizal se han dado órdenes para que marche una columna como Ud. lo indica».

Comunicación del propio Gobierno Restaurador al general Florentino. Enero 24. No. 231. Sr. Gral. Florentino. El Gbo. ha tenido a bien en esta fecha despachar para esas fronteras al ministro de la Guerra general Mella, a quien ha encargado del mando en jefe de esos Ejércitos, atendiendo a que los informes oficiales que han llegado a esta Superioridad anuncian la total destrucción de nuestro Ejército del Sur que Ud. tan dignamente ha mandado participando la lamentable noticia de que Ud. había tenido que refugiarse en Hincha si por fortuna escapase Ud. de las garras del enemigo el Gbo. no duda que el benemérito general Mella que es uno de nuestros más antiguos patriotas, utilizará sus servicios en bien de la Patria.*

* Copiador de Oficios del Ministerio de la Guerra, Gobierno de la Restauración, etc.**

** Acta del Supremo Gobierno de la República eligiendo vicepresidente al general Ramón Mella.

entre los hombres de la jornada de la Separación, fue el que más altas funciones públicas desempeñó, porque Sánchez no llegó sino a Gobernador; Jacinto de la Concha, Juan Nepomuceno Ravelo, Pedro Alejandrino Pina y Félix Mercenario solo fueron ministros de gobierno de la primera República; Felipe Alfau fue electo como vicepresidente, en 1854; pero no aceptó, y el general Manuel Jimenes quien ocupó la presidencia el 8 de septiembre del 1848, no era trinitario y solo fue patriota como el Lic. Tomás Bobadilla, de los agregados casi en vísperas del pronunciamiento de la Independencia, por más que estuviera en conversaciones con los separatistas y acudiera a algunas de sus reuniones, según testimonia en ese sentido el historiador Madiou.

Acta del día 17 de marzo de 1864.

Abierta la sesión del Supremo Gobierno de la República, el día de hoy, con la misma mayoría que queda designada en el acta precedente, y presidida por el Excmo. señor general presidente José Ant. Salcedo y se dio lectura al acta del día anterior y fue aprobada.

En seguida después de haber dado evasión el Supremo Gobierno a diversas materias de orden administrativo, procedió a ocuparse de la elección del miembro de su seno que haya de hacer las funciones de vicepresidente del Gobierno, y regir el Cuerpo en la ausencia del Sor. presidente: Se procedió a la elección por escrutinio secreto y recogida la votación, resultó electo por unanimidad el honorable Sor. Gral. Ramón Mella. También acordó el Gobierno que las vacantes que puedan ocurrir del Sor. vicepresidente, en los sucesos, por enfermedad u otra causa, principalmente cuando esté sustituyendo al Excmo. señor presidente, serán llenadas por el Sor. ministro de Relaciones Exteriores, y esto para evitar las dificultades que puedan surgir de tal inconveniencia, o embarazo si llegase a presentarse. Dispuso el Gobierno se comunique debidamente al Sor. general Ramón Mella la elección que se ha hecho en su persona para vicepresidente, así como también a las demás autoridades a quien corresponde con lo cual concluyó la sesión del día de hoy. Un envío al margen V.E. Excmo. Relc. Vale. El presidente José A. Salcedo, P. A. Pimentel. A. Deetjen. Genaro Perpiñán, Máximo Grullón, J. B. Curiel, Ulises F. Espaillat.[***]

[***] Libro de Actas de las Sesiones del Supremo Gobierno de la República. Guerra de la Restauración.

Muerte del patricio

Falleció el patricio como se ha dejado dicho en Santiago de los Caballeros, el 4 de junio del 1864, entre los escombros y cenizas a que había reducido a esta noble villa el incendio del 6 de septiembre del 1863 y teniendo como sudario el cadáver la bandera dominicana, para ejecutar una de sus postreras.[190] «La misma que recibió de sus manos el bautismo de fuego, al decir de su biógrafo Alcides García, a la detonación fragorosa de su pedreñal, la memorable noche del 27 de febrero de 1844».[191] Escogió entre los

[190] A. García, Nac. de D. Ramón Mella, etc.

[191] La única tradición que existe entre los hombres que proclamaron la República, según el doctor Alcides García, relativamente al origen de la primera bandera dominicana que se enarboló en la Puerta del Conde, dice que esa enseña fue labrada en fina tela con patriótico entusiasmo y nerviosidad femenil, por una de las vecinas más gallardas del Baluarte: la señorita Concepción Bona, quien además pertenecía a familia acomodada y ardientemente adscrita al servicio de la causa revolucionaria. Acompañó a la mencionada dama, en tan envidiable tarea, su prima la señorita María de Jesús Pina. Contrariamente a esto afirmado por el escritor García existe la tradición de la familia del héroe Francisco del Rosario Sánchez que se la atribuye a la tía mártir del mismo María Trinidad Sánchez, quien le acompañó en el Conde la gran noche del 27 de febrero, y es más presumible que forjara con sus propias manos el lábaro inmortal, pero ni una u otra tradición están en lo cierto, tal cual demostraremos más adelante y ya hemos apuntado, si se refieren al febril lienzo que se tremoló en el grito del Baluarte que fue bicolor, haitiana, según se desprende de lo relatado por Madiou en relación con lo corroborado con testimonio de actores de aquella época. Esa impidió que Desgrotte atacara seguido a los alzados patriotas del Conde.[*]

[*] A García, «Nac. Ramón Mella, etc.».[**]

[**] En Nota puesta al pie de la poesía «El Héroe del Conde» por Ramón Emilio Jiménez se lee: «Se sabe con seguridad que el general Ramón de Mella pidió antes de morir que su cadáver fuese envuelto en la bandera nacional, y su última voluntad fue cumplida como lo comprueba el acta que se levantó el día 6 de junio del 1890, a las cuatro de la tarde, fecha en que fueron exhumados del Cementerio Católico de la ciudad de Santiago de los Caballeros, y a solicitud de la prestigiosa Sociedad de la Capital «Hijos del Pueblo», los restos del benemérito ciudadano que inspira estas líneas, y de la cual acta extractamos lo siguiente para asegurar al canto su valor histórico. Y por último, la providencial circunstancia de descubrirse entre los restos y pedazos de madera de la caja de algunos fragmentos de la bandera nacional,

tres héroes nacionales que sintetizan la primera patria, la augusta deidad de la Historia, a Mella para encarnar en su figura recia y predestinada la acción decidida y fecunda de nuestro pueblo; así como Sánchez fue el martirio, la tradición heroica y también la acción; y Duarte, el alma, la fe abnegada, el ideal redentor.

El prócer Pina

Seguiré la vida de otro prócer digno de ser recordado por la Historia: el coronel Pedro Alejandro Pina.

Nació Pina en la antigua Santo Domingo, el día 26 de noviembre del 1821, con antelación en dos meses a la incorporación haitiana contra la cual tanto luchó su ánimo gigante en todo el curso de su esforzada existencia.

Niñez, adolescencia y juventud

Alumno aprovechadísimo en la Escuela Primaria donde recibió Pina todas las medallas de su curso, habiéndosele reprendido en ocasiones por sus maestros por acaudillar rebeliones a mano armada de dominicanos en pugna con haitianos que componían la misma institución educativa a que él pertenecía, perfeccionó su instrucción secundaria con el reputado profesor Augusto Brouat, su antagonista futuro en la comisión de Salud Pública, en el 1843.

---

que le sirvió de sudario, comprueba de una manera evidentísima que son estos los verdaderos restos de uno de los dominicanos más ilustres, del benemérito patriota Ramón Mella. (Firmados): El general gobernador, José D. Pichardo Bt.– Los secretarios: Augusto Franco Bidó, F. Emilio Reyes, Juan Bta. de Jesús Gómez.– El presidente de la Sociedad Progresista del Yaque, Ulises Franco Bidó, J. de J. Ricardo, D. Ricardo, J. Antonio Pichardo».[***]

[***] *Eco del Pueblo.* No. 27 del 18 de junio del 1890, periódico donde salió insertada dicha Acta, editado el mismo en Santiago, por el Sr. J. Joaquín Hungría.

Fue escogido por sus protectores para el estado eclesiástico pero de cuyo camino se desvió luego por falta de una verdadera vocación, según dicen sus biógrafos, emprendiéndose entonces por el joven Pina estudios profesionales bajo la dirección del presbítero Gaspar Hernández quien era el educador de la juventud revolucionaria en esos tiempos tal como he indicado antes.

Trinitario y reformista

Formó parte, Pedro Alejandrino Pina, de los nueve primeros iniciadores de la Trinitaria, si hay que seguir el novenario clásico de tal asociación patriótica, que se reunieron en casa de su compañero Juan Isidro Pérez. Y todas sus actitudes las reconcentró el fogoso trinitario en la idea de una Patria libre. Pina fue, dice José Gabriel García, uno de los primeros patriotas que probaron sus bríos; y a la sombra de la influencia y prestigio que no tardó en conquistar el seno de la Trinitaria. Obtuvo de Sánchez la iniciación en los misterios revolucionarios que le puso en camino de llegar a ser después el héroe del 27 de febrero de 1844.[192]

Una prueba es, tal testimonio dado por el más seguido de los que han trazado veredas históricas, de que Francisco Sánchez del Rosario no asistió a la primera reunión en donde Chepita Pérez el 16 de julio del 1838 ó 1840, según los investigadores que para esto se tomen de guía, sino que, por iniciación de Pina, fue llevado a la segunda sesión del mismo día celebrada en la tarde, o en la noche, en la referida casa o en otra de San Carlos, ya que Serra no habló de Sánchez como fundador y aceptó la reunión vespertina, tal como se ha transmitido por la tradición que nos vino por boca de nuestros antepasados.

Ya lanzados los trinitarios en la ruta de la revolución de Praslin que enarboló los principios de la Reforma y el derrocamiento del régimen retrógrado de Jean Pierre Boyer, este Pedro

[192] Foll. *Rasgos biográficos de dominicanos célebres,* Pedro Alejandrino Pina, p. 177.

Alejandrino Pina, junto con Matías Ramón de Mella y Juan Isidro Pérez, fue de los héroes que se significó por su arrojo en la tarde memorable del 24 de marzo del 1843, y de los adalides que luchó con más ánimo en los lances comiciales que tuvieron por escenario, en aquellos días, el ex-Convento Dominico, con el fin de ganar en esas patrióticas lides la ruta franca para la idea separatista, amaestrando a los inertes dominicanos en el ejercicio de la libertad y el amor a la independencia. De ahí que le nombrara el pueblo miembro de la Junta de Salud Pública en Santo Domingo, en reunión de Duarte, Manuel Jimenes, Remigio del Castillo, y otros patriotas; pero Pina, el más joven, se colocó a la cabeza de la oposición, que defendía los intereses nacionales frente a la fila que pugnaba en pro de Haití que representaban los Alcide Portiere, Adolfo Nouel, Morín y Augusto Brouat.

A pesar de esta convicción arraigada en el fondo de los lúcidos espíritus de la mayoría de los dominadores, Charles Hérard el mayor quiso impedir lo que ya no podía ser obstaculizado sino a fuerza de sangre inútil que debía ser fecunda para la idea de separación, provocando nuevas víctimas pero ningún cambio ideológico, y más bien una reacción de defensa que despierta siempre el dominio exagerado de la fuerza ante la fuerza incontrolable del derecho inminente que conduce la Historia a los pueblos para la conquista de sus fueros más sagrados de libertad y soberanía. Así fueron perseguidos con ahínco Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez y Pedro Alejandrino Pina, pudiéndose escapar de ser sacrificados y embarcándose para Curazao.

Otras actividades de este personaje

Mas proclamada ya la independencia nacional por Francisco Sánchez del Rosario el 27 de febrero del año 1844, regresó del extranjero Pina, nombrándosele coronel del Ejército Libertador.

Después figuró como miembro de la Junta Central Gubernativa, asociándose a Duarte, Sánchez, Pérez, y a quienes se agregó el sacerdote José Antonio de Bonilla, a más de otros patriotas de algún relieve, para obstaculizar que la junta de autoridades

y personas notables reunidas por aviso del Gobierno, resolviera de manera insólita e ilegal la cesión de Samaná a Francia y la adopción de los principios del llamado Plan Levasseur, y fue también el de los amotinados del 19 de junio de aquel año 1844, para derrocar la Junta Central Gubernativa formada de conservadores o afrancesados, y el cual hubo de terminar con el fracaso por imprevisión o por falta de una decisiva actitud heroica por parte de sus conspicuos promotores. Santana, que acechaba en la sombra, y era el jefe nato del movimiento de reacciones, aprovechó las circunstancias que entonces le eran favorables y se hizo declarar jefe supremo del Ejército, fijando dirección a los acontecimientos de aquella época.

Junto a Sánchez, Mella y Juan José Ylla salió Pina extrañado de la Patria por orden del general Santana, y arribó náufrago a Irlanda a los tres meses de haber salido con sus compañeros en un barco de vela que corrió la ventura de un mal tiempo siguiendo rumbo hacia el Viejo continente. Pasó de Inglaterra a los Estados Unidos de América el prócer que ahora reseño, y luego a Venezuela en asilo, posteriormente su patria adoptiva. Cayó el régimen Santanista y se revocó su destierro por ley de amnistía del 26 de septiembre del 1848: el coronel Pedro Alejandrino Pina regresó a la República. Fue cuando le designó el presidente Jimenes como secretario del Ministerio de la Guerra, y además lo restableció como coronel del Ejército. Aquel Gobierno vino a los suelos, encontróle la revuelta como Comandante de la fortaleza de San Miguel, y retornó a Venezuela perseguido Pina por sus antiguos émulos. Imitó a Duarte y trece años vivió expatriado, para volver como aquel a pisar el territorio nacional, en 1861, como contendor de la Anexión: así, entró con Sánchez por Haití, formando parte de las legiones de Cabral en su marcha victoriosa hasta Las Matas de Farfán.

Pero desalojado por fin de allí, Pina no quiso dejar solo a Francisco Sánchez del Rosario en El Cercado, atravesando veredas extraviadas hasta encontrarle, y recibiendo el honor de ser promovido por el héroe-mártir al grado de general de Brigada de aquel Ejército Restaurador.

Estuvo, Pina en El Cercado, salvóse de la inmolación en la plaza de San Juan por el capitán Timoteo Ogando, práctico de

las comarcas fronterizas, quien lo llevó en las ancas de su caballo y lo sacó de allí, regresando más luego a Venezuela.

Se estableció otra vez en el Coro y adoptó Pedro Alejandrino Pina la nacionalidad venezolana, llegando a ser jefe del Departamento de Cumarebo.

Esta falta común a algunos hombres decepcionados de revocar su patria de origen es censurable ante la Historia; sobre todo, fue lunar en esta vida luminosa de apostolado llena de sacrificios y actos casi heroicos. Porque, por esos tiempos, Duarte, Juan Isidro Pérez y Pina son las tres figuras más destacadas por su pureza ante el juicio depurador de la posteridad.

Abandonando su errónea extranjerización, volvió éste último al propio suelo restaurada ya la Independencia.

El político y el esclarecido entendimiento

Sirvió de consejero a Cabral, organizó el Cibao y concurrió a la Asamblea Nacional Constituyente como Diputado por Santo Domingo.

Fue gobernador de esta misma provincia, y de ahí pasó al Ministerio de lo Interior y Policía cayendo con el Gobierno del Protectorado. Respetado Pina por los enemigos del ex-presidente Cabral fue elegido de nuevo para ocupar una curul en la Constituyente del 14 de noviembre de 1865 que votó el Pacto Fundamental del Estado, siendo en ese momento el verdadero campeón de las ideas liberales.

En la posterior Administración del coronel Buenaventura Báez se llamó al Lic. Pedro Alejandrino Pina para que desempeñara un puesto en la Suprema Corte de Justicia, adonde permaneció hasta el 24 de abril del 1866, en que fue llamado por el general Cabral para que se hiciera cargo de la Secretaría Privada de la Presidencia, y como jefe del Estado Mayor.

En su calidad de amigo consejero del jefe del Estado, indujo Pina a Cabral para la no aceptación del arrendamiento de la bahía de Samaná, propuesto por Seward a nombre de la república norteamericana.

Volvió a ser nuestro personaje diputado al Congreso Nacional por la provincia de Santo Domingo, ministro en Haití donde le sorprendió la súbita caída del presidente Geffrard y la elevación tumultuosa de Salnave, y delegado del gobierno de Cabral en las comarcas del Sur en que su política hizo que se fuera recuperando parte del territorio usurpado por los occidentales.

Capituló el 31 de enero del 1868, el general José María Cabral, renunciando la Presidencia de la República, y acompañóle al extranjero el general Pedro Alejandrino Pina, siendo su secretario en la revolución del Sur que se alzó para impedir que se llevara a cabo el delito de Anexión a los Estados Unidos. En esta nueva odisea por la patria le sorprendió la muerte al prócer, lo que ocurrió el 24 de agosto de 1870, en la población fronteriza de Las Matas de Farfán.[193]

La Historia agradecida contempla a Pina como patriota sin tacha, hombre de esclarecido entendimiento y político probo e íntegro, aunque no exento como los actores de su tiempo de ofuscaciones o desaciertos si le vamos aquilatar en dilatado espacio muy lejano de los sucesos que lo arrastraron o que ayudó él a dirigir muy a su pesar, en ocasiones, más nunca fueron los tales escollos en que peligrara el acierto o la honra al tratarse de la tierra germinal a la que defendió sin eclipses ni titubeos en todo momento.

El político Bobadilla

Daré noticia cierta, siquiera someramente, asentando solo los rasgos, cifras y ocupaciones más conspicuas y no las reseñas extensas y más documentadas que darían demasiado volumen a esta ya de por sí mucho más larga de lo que conviene a la estética, que se refieren a uno de los políticos más hábiles y tortuosos de su

[193] García, *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*.*

* En el libro de Nacimientos del Oficialato Civil de esta ciudad, folio 32, partida número 135 del 9 de mayo del 1842, aparece Duarte declarando una hija, Aurelia, de los señores Pedro Pina y Micaela Reso, la cual figura copiada en otra parte de estas notas.

época, al patriota a medias, oscurecido por la grande traición que envolvió a su insigne cofrade el general Pedro Santana en el funesto año 1861, y de quien él y su afín Felipe Alfau como sus más responsables mentores: os hablo, pues, del licenciado Tomás Bobadilla y Briones.

Nació Bobadilla en Neyba el 30 de marzo del 1786. Tuvo como padres a Vicente de Bobadilla y Gregoria Briones. Murió en Puerto Príncipe el 12 de diciembre del 1871, a la edad avanzada de 86 años.[194]

Su molde a lo Maquiavelo

Hombre filósofo, personaje interesantísimo de la historia nacional acomodado al concepto de Maquiavelo, domina en seis períodos distintos por su clara visión de la realidad y por su ética política tornadiza y completamente victoriosa. Enseñó al príncipe a gobernar la Colonia en los tiempos de la España Boba. Fue conspirador con Núñez de Cáceres. haitiano con Boyer. trinitario con Duarte y héroe con Francisco Sánchez del Rosario. Por fin, apoyó a Santana y estuvo con la Anexión.[195]

Brilló Bobadilla hasta en la era restauradora por sus talentos y condiciones negativas de temperamento, que le hacían cambiante, trocándole en personaje imprescindible entre los Gobiernos.

[194] Fuentes de Información para estos datos de nacimiento, educación, muerte, etc., de Tomás Bobadilla, fueron los escritos del Lic. Carlos Nouel, y su valioso Archivo, en lo que hemos podido ver de él, la Memoria del secretario de Estado de Relaciones Exteriores Dr. Max Henríquez Ureña en 1932, a más de trabajos y artículos acerca del mismo Bobadilla del consagrado fr. Cipriano Utrera, y de los jóvenes investigadores y periodistas Prats Ramírez y Lic. Ramón Lugo Lovatón, procedentes estos últimos datos aportados del valioso archivo histórico del notable hombre público biografiado, hoy en poder del literato y jurista Lic. Carlos Sánchez y Sánchez, nieto del general Francisco del Rosario Sánchez, como ya señalamos.

[195] Mejía Ricart, *Biografía de Tomás Bobadilla.*
Protagonistas principales del drama de la Independencia. Lugo Lovatón, Tomás Bobadilla, etc.

Y como solo en los lugares apacibles de la verdad, se hermosea la Historia, es prudente virtud del historiador decirla toda, aunque sangre el corazón del narrador, porque días llegarán, y luego pronosticó semejante a aquel clásico que hicieran Vico y Michelet prediciendo la resurrección de Italia, de una nueva era república resurgida con una patria pura, donde un águila volando sobre la cabeza de otro Marciano, y de allí remontándose a lo sublime, presagiara el auge de las instituciones y la felicidad de nuestro pueblo infeliz, ya que tan solo hemos visto siempre hasta ahora águilas precipitándose de lo más excelso para arruinarlo todo: Libertad, Democracia, Derecho, vanas palabras para la presente generación y deidades mentidas en el muerto tiempo viejo.[196]

Por ello diré con énfasis y en alto la sinceridad, que ese tipo de político vernáculo que Tomás Bobadilla y Briones personificaba, era fiel reflejo de los tiempos que se atravesaban entonces, cuando la nacionalidad en larva estaba dando traspiés, sin caracteres propios de que adolece aún en la edad actual, en que el alma dominicana no había aparecido siquiera con sus abismales taras hereditarias y los vicios de educación y de raza con que acomete la empresa de gobernar en épocas posteriores. Porque allí, el producto de circunstancias favorables que se imponía a la colectividad, bien expresivas por cierto en el caso humano que ahora ocupa, quien representaba la psicología compleja a la observación del filósofo, es una prueba más de la inferioridad de nuestro medio social en lo que atañe a una superior ética pública para acomodarse a profundas y veraces normas que aun ni concretamos en el concierto universal de los pueblos, sin principios efectivos en que edificamos y sin conductores para trazarles perdurables rutas a las multitudes.

Es por esto que atravesamos la infancia, y razón es esta para que tengamos desaciertos y titubeos, bien que ella se retrase demasiado, pues Leroy-Beaulieu lo ha dicho «La vida de un pueblo

[196] Baronio refiérelo, el símil histórico traído a colación, tomo 5, Annae, anno 431.

es como aquella de un hombre, solo que los años en la vida del hombre son décadas en la vida de un pueblo».[197]

Su educación, su cultura y su sagacidad

Daré paso nuevamente al relato biográfico e histórico, apartando la disquisición filosófica, para decir cómo Bobadilla estuvo en su infancia en Barahona y Azua, obteniendo tan solo la instrucción rudimentaria y escasa de esos medios; pero abrió el círculo de su educación en la adolescencia y primera juventud en Puerto Rico, donde adquirió rico arsenal de conocimientos que luego habrían de servirle en sus primeros pasos en el período colonial ibero que regía en la parte oriental de la isla, y al través de los períodos subsiguientes en relación con Núñez de Cáceres o en la entrega incondicional de su alma a Jean Pierre Boyer, o ya en sus diestras maniobras al lado de los afrancesados de quienes fue constantemente uno de sus corifeos, de los principales cómplices del Plan Levasseur.[198]

También sírvenle a maravilla sus aptitudes de abogado cultísimo, el superior de esos tiempos, según sus biógrafos, para hilar su alianza con los trinitarios y más tarde, darles las espaldas, haciéndose plasmador o por lo menos coautor moral de la exaltada figura de Santana, a quien ya tirano, cántale como a una sirena la infidelidad a la Patria.

Sus numerosos y diversos cargos

Fue Bobadilla escribano público en 1811, y posteriormente notario mayor del Arzobispado de Santo Domingo, en el Gobierno de Pedro Valera y Jimenes.

[197] Curso en el Colegio de Francia.
[198] Correspondencia Diplomática del cónsul Levasseur.

Boyer le nombra fiscal del Seybo y Azua, sucesivamente, en 1822, cuyos cargos desempeñó hasta las postrimerías del año 1822. Se le designó también miembro de la Comisión de Instrucción Pública formada por Pedro Aybar, vicario general; José Joaquín Delmonte y José de la Cruz García. Ya con anterioridad se había concedido la Secretaría del Arzobispado a Bobadilla, por el año 1813, en cuyo puesto retuvo hasta la entrada de las tropas haitianas en 1822.

En 1830 obtuvo el Lic. Tomás Bobadilla la recomendación de Borgellá para abogado defensor público, ejerciendo su profesión, desde entonces. Un año después el presidente de Haití, por despacho del 22 de junio, fechado en Puerto Príncipe, le confiere nuevas funciones de notario público en Santo Domingo, al propio personaje político.

Advino la Reforma formando parte Tomás Bobadilla de una Comisión Investigadora que juzgaba el delito de ser partidario de la Separación y ponía en estado de acusación a los mantenedores de tal idea. Por eso el grito iniciado en Praslin que trajo a Hérard al poder, en 1843, encontró caído a aquel con los sectarios de Boyer, y no figuró más en el escenario público hasta fines de este mismo año.

El Fouché dominicano

Se movían los tres partidos nacionales que debían decidir el destino del pueblo: el de los amigos de Francia, los fieles al régimen imperante, y los separatistas de Duarte, pero el entendimiento completamente lúcido y superior que siempre hubo en Bobadilla, su gran sagacidad política, previó el éxito para estos últimos, a pesar de todas las apariencias en favor de los primeros ya que Báez lo tenía todo arreglado para su conspiración y López Villanueva estaba de viaje a Cuba para enterar a las autoridades españolas del estado de cosas que les era favorable. El Fouché dominicano no se equivocaba en su nueva metamorfosis.[199]

[199] El calificativo de Fouché dominicano aplicado a Bobadilla y Briones, es tomado de algunos escritores; recuerdo en ese sentido, la conferencia acerca

Hérard desbarató todos los planes: encarceló a Mella; desterró a Duarte; mas Bobadilla siguió sirviendo los intereses de éstos, cerca de los afrancesados y los fundió con los duartistas, y cuando se dio el grito del Baluarte, aquel exclamó en medio de la vacilación «Dios, Patria y Libertad, República Dominicana».[200]

Mientras los isleños llegaban a toque de dianas al bastión del Conde, y el héroe Sánchez enarbolaba la enseña tricolor, Bobadilla se acercó casi al mismo tiempo a los cónsules de Francia y España, e inclinábalos a cada uno en favor de la causa dominicana bajo la promesa de ser reincorporada la república que acababa de nacer a sus respectivas naciones. Estos, entonces obligaron a Desgrotte a capitular sin condiciones y sin honores.

Su gran papel en la República

Se publicó la primera carta política de la República Dominicana, de fecha 16 de enero del 1844 que se conoce con el nombre de *Manifiesto,* cuya concepción y redacción se atribuyó Tomás Bobadilla, uno de sus principales suscribientes y la primera firma que figuró en él por su gran importancia de personaje reinante; pero la paternidad del documento a su favor hay que repudiarla de acuerdo con la opinión de Madiou y otros, y además por pruebas indirectas que daré al tratar el hecho histórico básico de la Independencia.[201]

Surgió el Lic. Bobadilla y Briones como presidente de la Junta Central Gubernativa durante un lapso, hasta el motín del 9 de junio del 1844, en el seno de la misma en que le reemplazó el general Sánchez.[202]

---

del mismo dictada por Francisco Prats Ramírez en los salones de la Casa de España, en el año 1933.

[200] Frase completamente cierta atribuida a Bobadilla, ya consagrada por los autores y la tradición; véase Madiou, García, etc.

[201] *Colección de Leyes...*, vol. 1.

[202] Lugo Lovatón, vol. 1, p. 240.

A partir del 1844 le utilizan todos los hombres de Estado. Santana, a quien impuso en el seno de aquella Junta, que presidía, para luego provocar su primera caída desde el exterior por su alegada condición de miembro del Tribunado cuyas prerrogativas de inmunidad se habían violado. Báez, Regla Mota, Cabral, José Desiderio Valverde, Isabel II, en la era de la Anexión, etc.: todos acataban a Bobadilla, y con todos se imponía aquella soberbia personalidad que profesaba con la idea-fuerza de un Fouillee,[203] o con Bacon en su concepción de una política positiva o de adaptabilidad con el medio embrionario que le tocaba vivir y confrontar.[204]

No debe quedar sin traerse aquí la lista de los numerosos cargos de Bobadilla: ministro de Justicia e Instrucción Pública y encargado del ramo de Relaciones Exteriores, en la Administración de Santana desde el 15 de abril del 1845 al 12 de febrero del 1846, Comisionado Ejecutivo de Relaciones Exteriores en unión de Ricardo Curiel y José Gabriel García, del 29 de mayo al 10 de agosto del 1866, durante el Gobierno del Triunvirato que formaron los generales Pedro Antonio Pimentel, Gregorio Luperón y José de Jesús García.

Antes, Bobadilla fue ministro de Interior y Policía de abril a noviembre del 1845, miembro del Tribunado que componía la Cámara Baja del Congreso Nacional, del 4 de marzo al 12 de junio del 1847, siendo presidente de dicho cuerpo legislativo desde el mes de abril de ese año. Después: presidente de la Suprema Corte de Justicia en 1851, senador y presidente del Senado del 1854 al 1856; presidió el Lic. Tomás Bobadilla las deliberaciones del Congreso Nacional al revisar la Constitución del 16 de diciembre del 1854, y fue plenipotenciario en unión del Lic. Jacinto Castro para firmar un «tratado de paz, amistad y comercio, navegación y extradición», con los Estados Unidos de América, con fecha del 8 de marzo del 1856, el cual no se llega a ratificar por ambas partes contratantes.

[203] El famosísimo creador del «Evolucionismo de las Ideas fuerzas».

[204] El inglés Francisco Bacon, fundador de la filosofía objetiva, fue un cínico en política, y su tendencia positiva le conducía siempre en la práctica a adherirse al Poder.

Otra vez fue senador presidente en 1859 y 1860.[205] Además Tomás Bobadilla ejerció el profesorado en la asignatura de Derecho Civil en el Colegio de San Buenaventura hasta el 1852, en que renunció la cátedra.[206]

Participó Bobadilla en las dominaciones hispana y haitiana

Por dicho, el primer Canciller de la República había desempeñado diversas funciones en la dominación hispana de la isla hasta 1822, en la Ocupación haitiana tornó a tener varios puestos públicos y comisiones de investigación a su cargo sobre todo fue comisario de Gobierno; y mucho después, magistrado de la Real Audiencia de Santo Domingo en el período de la Anexión.

La figura más descollante entre sus contemporáneos por su alta elevación mental

Político de pies a cabeza, abogado ilustre, mentor de toda una época dilatada de nuestra historia, es en sí, Tomás Bobadilla y Briones, la figura que más descuella entre sus contemporáneos por su alta elevación mental, aunque representa un tipo acabado de la decadencia en que habíamos caído por causa de diverso origen, pero engendradas todas en nuestra indocta educación cívica, nuestra desmedida rivalidad y el inferior grado de conciencia colectiva que en hogaño y antaño alcanzó nuestro pueblo. Caiga sobre el historiador la carga de decir esta llana y cruel verdad, bien que haya sido costumbre de los dominicanos ingeniosos hermosear con mentirosas fábulas o patrióticos alardes el relato o crítica de los episodios nacionales, a menos que de entre las sombras de estas fábulas se dividen las verdaderas heroicas como

[205] Tales datos los hemos extraído de la *Colección de Leyes, Decretos y Resoluciones de la República Dominicana,* en su mayor parte.
[206] Lugo Lovatón, Mejía Ricart.

lo asevera Henric.[207] Quién no ve las verdades que se traslucen entre neblinas, y no pueden representarse a la vista sino con negras manchas.[208]

El general Felipe Alfau

Junto a ese tipo característico de Bobadilla, en cabal paralelo histórico, débese presentar a su gemelo político, el general Felipe Alfau y Bustamante,[209] semejante en cuerpo y alma a aquel.

Espíritu autóctono y exótico al mismo tiempo éste: mezcla al criollo audaz e ilustrado de la revolución con el hispano caudillo, autoritario, enérgica personalidad, con un sello original, inconfundible, altiva figura descollante que debe pintarse al hacer su breve semblanza.

Alma tormentosa Alfau, precipitó todos los grandes fastos de su época; elemento preponderante por su alta capacidad y su valor rayano en lo temerario, núcleo de cohesión orgánica entre el pueblo y el jefe, que atrae, arrastra y precipita al abismo de la Historia: tal el caso de Santana.

Empero, su contradictoria humanidad: frío y calculador; ígneo y fulgurante. Tuvo vida propia. Proteo paliforme de la fábula, se vistió con la túnica de Moisés como conductor de muchedumbres, y entonces dijo la buena nueva del trinitario, en 1838 ó

[207] Fernes de Simulacro Reip. lib. I, f. 58.

[208] Obras citadas de don Carlos Sigüenza, p. 14.

[209] Partida de bautismo del trinitario Felipe Alfau:
Felipe Benicio. En la muy noble y real Ciudad de Santo Domingo a dos de septiembre de mil ochocientos diez y ocho. Yo el infrascrito cura rector de esta parroq. de Sta. Bárbara bauticé solemnemente, puse óleo y chrisma a Felipe Benicio, de once días de nacido, hijo legítimo de Dn. Julián Alfau y de Da. Ma. del Carmen Bustamante, nuestros parroquianos; fueron sus padrinos Dn. Jayme Fonst, y Da. Ma. Franc. Santine, y advertirles el parentesco espiritual, y obligaciones, de instruirle en los Misterios de Nuestra Sta. fe católica, siendo testigos Pablo y José Ma. de Frías fecha ut supra. Dr. José Ruiz.
Parroquia de Sta. Bárbara Lib. 3 de Bautismos, Partida No. 127.*

* Felipe Alfau nació el 23 de agosto (Alfau V), Documento Histórico (Col. y Notas), *Clío*, año XVII, #83, enero 9 abril, 1949, p. 23.

1840, según lo quieran los escoliadores de la solemne diosa que preside los acontecimientos magnos de los pueblos; o con la armadura de Juana de Arco se ciñe su cuerpo de guerrero para dirigir las legiones de Occidente en compañía de Hérard, y no de su patria como la gala heroína, discurriendo aun el año 1843 ó con el armazón de César decapitó su tajante espada a los propios héroes de la República.

La lista de sus cargos públicos

Consejero Municipal, jefe de las Guardias haitianas, alternativamente, en el 1843; trinitario antes en el 38 ó 40, ministro de Guerra y Marina en la Segunda Administración de Santana, frisando el 1853, vicepresidente de la República electo en el propio año, honra que declinó su conveniencia política del momento, influyó Alfau en ese mismo período para que se efectuara el proyecto de cesión de Samaná a los Estados Unidos que no ratificó el Congreso Dominicano por la oposición extraña, y en 1859, vistiendo el traje de ministro plenipotenciario y enviado extraordinario ante la antigua metrópoli, en representación de aquél Gobierno nefando del general Santana, hizo el protectorado hispano, y trocole luego en la Anexión.

Ya dueño del terreno, dominó solo con su hermano el general Antonio Abad Alfau, otra gran figura algo siniestra de la época, aunque más como hijo de Marte que como corifeo de mentores vernáculos y en armónico acuerdo con su compinche el licenciado Bobadilla y Briones.

Sus transformaciones políticas

A guisa de sabio arquitecto del edificio político asaz complicado y lleno de laberintos, trazó sus planes el general Felipe Alfau acorde con los tiempos; pero según la ley llamada de unidad de composición, que obliga a reconocer un principio interno, director de las transmutaciones que estudia la morfología moderna.

Fácil es reconocer sus transformaciones en las tres entidades clásicas en que hizo gestación nuestra vida colectiva: la del conservador acérrimo que quiso sobre todo el dominio del europeo de donde procedía su estirpe, sea la Madre Patria o el protectorado francés la cosa era igual. La del resignado nativo que aspiró ya solo al dominio o participación con el haitiano; ora, por fin, el pseudo patriota que proclamó la caducidad del poder del hombre occidental, y el pleno dominio de la República, hasta prescribir como única formula democrática al general Pedro Santana, el gobierno del hombre necesario, conduciéndolo lentamente por el cauce del delito de lesa Patria: la Anexión.

Tal la historia, en suma, de este destacado hombre público, ¡y plazca al cielo que tal tipo político sea fugaz y asustadizo, se diluya por los años de los años! Mas, a qué vana esperanza, ¡si él formó prosélitos y es la especie dominante en nuestra historia!

El general Manuel Jimenes

Vais a ver ahora entre las filas de los patriotas a uno de los personajes que influyó más poderosamente en su época materialista: el general Manuel Jimenes. Formó parte él del gran polígono histórico de los políticos de la Primera República, que se llamaron el general Pedro Santana, el general Buenaventura Báez, el licenciado Tomás Bobadilla, el doctor José María Caminero, el general Felipe Alfau y hasta el general Antonio Abad Alfau, la dura mano derecha del marqués de Las Carreras, en la Anexión.[210]

Entonces la República la recogieron ellos como un fruto maduro, no como semilla germinal de la gran nacionalidad futura que debían engendrar, sino como patria concreta, objetivo de sus ambiciones, y no espiritual como la quiso Duarte, como tal vez la ideó Sánchez, aunque tuvo que vivirla dentro de la realidad que había sido trazada ya por aquellos truculentos o ávidos guiadores de que antes he hablado. Así, la patria de ese período,

[210] Esta «nota» fue omitida por el autor.

ya lo dije, no será inmortal en el tiempo, a pesar de sus glorias bélicas, puesto que éste la ha de transformar, ha de aniquilarla en su forma primitiva que aun perdura. Porque ellos, bajo el influjo quizá de la tierra recién esclava y del factor étnico de sus pasados dominadores, no fueron conductores heroicos, sino apenas de tales, aparecerán en las páginas de nuestra crónica nacional con los arreos militares o de héroes engreídos y hartos ya de gloria. Dejaban de ser creadores de nacionalidad para ser simplemente principios vitales de la nación que animaban con sus figuras perdidas entre las claridades y sombras del gran día histórico de nuestra Patria, que no tuvo carácter ni visión, ni trajo mensaje perdurable.

Aquellos ínclitos hombres que vinieron en pos de medro y de poder a la política, después de haber sacudido el polvo de las batallas en muchas ocasiones no supieron de la verdadera gloria de los procreadores de pueblos a lo Washington, Bolívar y San Martín, genios autóctonos de la tierra americana, y no superaron con ninguna proeza de sus orgullos o ambiciones torpes y desmedidas, como gloria mezquina de nuestra estirpe española.

Pero de ellos arranca, por desventura, nuestra nacional genealogía: ellos fueron para nuestro mal los primeros arquitectos de esta patria dominicana descalabrada y sin rumbos, muy próxima al derrumbamiento en cada momento de crisis, y que habrá de perder su originaria forma o sucumbir en la Historia. Eran, después de todo, los herederos de aquellos legendarios soldados hispanos que, al quedar sin empleo por la terminación de la guerra secular contra los moros, vinieron a la conquista de América solo en busca de aventuras, de glorias y de riquezas, de riqueza sobre todo, y fueron hombres animosos, extraordinarios; pero sin escrúpulos, duros, sanguinarios arteros, sin conciencia de sus propios destinos: Pizarro, Cortés, Velázquez. ¡Y es que somos de ibérica raza, y aquellos héroes fueron nuestros abuelos! Muchos de aquellos próceres, tal el libertador Santana, ganaron la gloria de despertar al pueblo a las batallas, ello basta para que los llamemos grandes. Mas lo despertaron en la prudente esperanza de llevarlo más o menos lejos, según las circunstancias. No bien se

dieron cuenta de que lo que habían iniciado era una colosal revolución, abrieron los ojos atónitos, y no supieron qué hacer con la nacionalidad que acababa de nacer, y quisieron volver atrás, y quisieron sofocar el cachorro de león que habían engendrado; pero comprendieron que era ya demasiado tarde, y que, lejos de arrastrarlo, tenían que ser arrollados por él: emprendieron entonces la domesticación del pueblo dominicano, y ahogáronle entre sangre y crueldades, matándolo en último extremo con la llamada al arcaico amo español.

Fases diversas de su vida proteica

Volveré a poner los ojos en el general Manuel Jimenes. Pisaré el terreno público que él ocupó y abarcó plenamente en diversas épocas: patriota junto a los duartistas antes del 40; miembro de la Municipalidad de la Capital con los Felipe Alfau, Pedro Antonio de Bobea, y otros próceres, en 1848; por fin, sustituye a Santana en el mismo año 1848.

Entonces es cuando hay que juzgar definitivamente al político Jimenes, que si bien eminente en sus culminaciones, no por eso deja de ser en su actuar discutidísimo: para el patriota y poeta Rodríguez Objío: «fue una virtud infortunada, según Bernardo Pichardo, su vehemente panegirista: «Hasta ahora los enemigos de su memoria no han podido presentar un solo documento que demuestre, atestigüe o evidencie que, desde las artesas de la panadería en que ganaba el sustento de sus hijos, dirigiera una sola carta contra la República», y agrega «días llegarán de reparación, en que un análisis sereno de los hechos lo restaure completamente en el corazón de las generaciones que nos han de suceder».[211]

El historiador Pichardo opina, además, «que Manuel Jimenes, como mandatario, no fue cruel, ni disoluto».[212] En tanto que, el austero prócer de nuestra historia, quizá con visión más certera

[211] *Ob. cit.*, t. 1, p. 128.
[212] *Historia Patria*, p. 101.

aunque resulte más implacable, júzgale administrador pésimo, político desacertado, dilapidador e inconsecuente; patriota cuya reputación debe poner «en tela de juicio» la crítica, si no condenarlo justicieramente por infiel; hablo desde luego, del viejo cíclope de nuestra crónica nacional, José Gabriel García. Dijo éste que después de Jimenes haber condenado el sistema absolutista de su predecesor en el manejo de la cosa pública, pidió facultades extraordinarias al Congreso, y «lejos de corresponder a esta prueba de confianza haciendo buen uso de ellas, las empleó en desorganizar el Ejército, destruir la Marina y regatear la amnistía, medidas que disgustaron profundamente aun a los amigos de la situación, de los cuales muchos perdieron las esperanzas que tenían puestas en el gobierno, sobre todo cuando notaron la frialdad con que fueron recibidos los expulsados considerados como émulos por los miembros de la camarilla imperante».[213]

El balance de la historia

Voy a hacer asistir al presidente Jimenes ante el Tribunal de la Historia. Abriré ese período que se inició el 8 de septiembre del 1848 con el juramento de orden que presentó ante el Congreso Nacional el flamante Magistrado, segundo en turno de la Primera República.

Santana había bajado del poder manchado de sangre y rodeado del descrédito que arrojaba sobre sí el canje de una suma fuerte por papel moneda, bajo pretexto de por ese medio evitar los efectos del agio.

Se alzaron las pasiones en tal forma que este mandatario hubo de declinar ante el Congreso de Secretarios de Estado, el día 4 de enero del 1848, cuyo organismo asumió el poder en virtud del canon 99 de la Constitución.[214]

[213] *Historia de Santo Domingo*, t. II, p. 172.
[214] *Colección de Leyes*, etc., vol. II.

Este Gobierno de secretarios de Estado no hizo otra cosa que convocar los colegios Electorales para que procedieran a la elección del nuevo presidente de la República y puso fin a sus gestiones con la designación del general Manuel Jimenes para ocupar tan alto cargo del Poder Ejecutivo.

Pero este sucesor del general Pedro Santana fue su propio secretario de Estado de Guerra y Marina, y no repudió del todo la herencia autoritaria y el espíritu del caído régimen. Su llegada al Capitolio fue seguida de un general aplauso y de un despertar de nuevas esperanzas, atronadas luego por los sucesos de un Gobierno sin rienda en que se afirme, que puso en almoneda la Patria, se trocó en impopular y no autocrático. Analizaré a continuación sus episodios más importantes.

Su primer acto constituyó un desacierto que trajo otros más; el nombramiento para formar el Gobierno recaído en hombres ya sin crédito ante la opinión pública, y algunos ya, muy señalados como el eminente doctor José María Caminero, o que dejaron de ser creídos como el prócer Félix Mercenario por las declinaciones de su carácter, prestándose más tarde hasta a ser uno de los jueces apasionados de los propios héroes de la era que había antecedido a la Independencia.

Fue el segundo acto la ley de amnistía del 26 de septiembre que permitía a los padres de la Patria regresar: Duarte, Sánchez, Mella, etc., y por último el Congreso de la República otorgó medidas extraordinarias a Jimenes por el decreto del 24 de octubre para que pudiera formar y organizar la Armada, movilizar la Guardia Cívica y ponerla en pie de guerra bajo el imperio de las leyes militares según la gravedad de las circunstancias, etc., para poner en práctica todas las providencias en materia económica, y disponer de los prisioneros haitianos, canjearlos, etc. El resultado de todo esto fue contrario a lo esperado por el pueblo: disolviéndose los cuerpos de Infantería de línea y se refundieron con los de Artillería causando malestar en el Ejército; se desarmó la flotilla nacional y a punto estuvieron de ser vendidos sus barcos al general Páez; limitóse la ley de amnistía por petición e influjo del Gobierno: lo que provocó agitaciones revolucionarias con motivo de las disensiones parlamentarias, y el caos político.

La guerra con Haití agravó las cosas: perdiéronse grandes batallas y poblaciones; las huestes de Soulouque tomaban Las Matas de Farfán; el ejército nuestro se desmoralizaba; Azua caía en poder del invasor; Santana era llamado por el Congreso para que dirigiera las tropas; Duvergé ganaba la grande acción de El Número, y aquel general Santana quedaba como dueño del campo en el paso de Las Carreras.

El Congreso Nacional al presidente. Se entablaba la lucha de los partidos: los liberales apoyaban a todo trance a Jimenes ya bamboleante y sin arraigo en la opinión pública; los conservadores secundaban los propósitos revolucionarios de Santana, llevantdo a cabo su viejo proyecto de protectorado francés que se malogró tal como se ha referido, gracias a la negativa del Almirante de la escuadra gala que estaba en las Antillas.

Este fue el momento en que el ejército del Sur, excepto el general Antonio Duvergé, se volvió contra el Gobierno. El 9 de mayo del 1849, acampó el general Pedro Santana en las inmediaciones de Azua e invadió la capital con su ejército dividido en tres columnas de los generales Felipe Alfau, Matías Ramón de Mella y Esteban Roca, y entró a Santo Domingo después de la capitulación del presidente Jimenes el 28 de mayo del mismo 1849, por mediación de Sir Robert Hermann Schomburgk, cónsul de la Gran Bretaña, Mr. Víctor Place, cónsul de Francia, y Mr. Jonathan Elliot, agente comercial de los Estados Unidos de América.

Se embarcó aquel personaje depuesto en el primer rango de la Nación. Ya en el destierro el general Jimenes posteriormente a su estada en Puerto Rico, Curazao y Venezuela, pidió asilo a su rival Soulouque, el jefe de Haití. Esto ha sido juzgado grande delito, aunque no hay pruebas concretas de traición alguna sino meras presunciones acusatorias. Allí murió Jimenes, en Puerto Príncipe, a la edad de 45 años, casi repentinamente. Así, pues debió nacer por el año 1804, o al inicio de 1805.[215]

[215] Entre la ya notable descendencia del general Manuel Jimenes, figura el extinto presidente de la República en dos ocasiones, D. Juan Isidro Jimenes, quien dejó larga sucesión legítima entre cuyos vástagos se han señalado

El balance de la Historia ha de serle adverso a tal personaje, pues, solo en pro de su gestión puede aducir la ley de amnistía que le abrió las puertas de la Patria a sus fundadores, y las acciones memorables para las armas dominicanas de El Número y Las Carreras; pero en su contra hay mala administración pública, casi

D. José Manuel Jimenes, secretario de Estado de Hacienda y de Interior y Policía, sucesivamente, en la segunda Administración de su padre y luego en el gobierno del general Rafael Leonidas Trujillo Molina, así como el Lic. José Antonio Jimenes, presidente de la Suprema Corte de Justicia, en la propia gestión gubernativa de Trujillo y más tarde, durante el mismo régimen, presidente del Tribunal de Tierras. Destácase todavía de la última generación de tal línea directa descendiente del prócer don Manuel Jimenes, el Dr. Juan Isidro Jimenes Grullón, médico, publicista, político, quien estuvo complicado en trama revolucionaria y atentado al presidente Trujillo Molina.*

* Este es el conocido Complot de Santiago en el cual se condenaron a un grupo de estudiantes de la Escuela Normal de aquella importante localidad, pero complicándose como inductores o autores intelectuales al Dr. Jimenes Grullón, al Sr. Daniel Ariza, al exdiputado Juan Isidro Rodríguez Jimenes, al Sr. Leopoldo Franco y a otros, habiéndosele condenado por sentencia rendida por la Cámara Penal del Juzgado de Primera Instancia del Distrito Nacional, en el año 1935, y más tarde siendo objeto del perdón por parte del jefe de Estado quien los mandó a poner en libertad, a petición de una comisión de damas de Santiago.**

** En su primera oportunidad sucedió D. Juan Isidro Jimenes al general Horacio Vásquez que ejerció la interinidad del Poder Ejecutivo a la muerte del general Ulises Heureaux, en noviembre del 1899; es derrotado por su vicepresidente el mismo general Vásquez el 26 de abril del 1902; pero en lucha eleccionaria contra el mismo candidato Vásquez le elige el pueblo por segunda vez, juramentándose a principios de diciembre del 1914, abandonando el poder para sustituirle el teórico gobierno nacionalista presidido por el ilustre Dr. Francisco Henríquez Carvajal, quien jura el 31 de julio del 1916 y es desconocido por no acatar las exigencias yanquis por la sojuzgadora proclama del capitán Knapp, con fecha 29 de noviembre del 1916.***

*** En el año 1916 (segunda administración de don Juan Isidro Jimenes) por renuncia del secretario que la ejercía en ese momento, se designa para ocupar la cartera de Hacienda y Comercio a este D. José Manuel Jimenes, quien en las postrimerías del régimen desempeñó también la Secretaría de Estado de Interior y Policía. En el primer período presidencial del general Trujillo Molina se le nombró secretario de Estado de Fomento y Obras Públicas en el año 1930.

disoluta y anárquica, y hasta los mismos reveses en los principios de la invasión de Soulouque.

En resumen: el general Manuel Jimenes fue hombre patriota sin dejar de tener titubeos o vacilaciones; estadista mediocre, débil, sin relieves, tal vez infortunado; pero siempre descollante, aunque indócil a la gloria.

Juicio de conjunto

Vimos a Juan Pablo Duarte, el mensajero de la diosa Libertad, el precursor de su pueblo, bien es verdad que no han faltado quienes quieran reivindicar tal título para otros, quitándole al Apóstol lo que es suyo a cambio de que se advierta en él la ausencia del caudillo para caracterizar su obra en hechos y acción.

Contemplemos de semejante modo al general Francisco Sánchez del Rosario, quien tiene la indiscutible gloria de haber sido el primero en proclamar la República, no solo en el Baluarte, sino en 1861, en el momento en que se perpetraba la incorporación a la antigua metrópoli, y cuando como prenda de sinceridad dio como ofrenda su propio sacrificio, a pesar de que pudo escapar como lo hizo Pina con la ayuda del práctico capitán Timoteo Ogando,[216] lo cual constituye la mejor defensa para oponer a los enemigos de su memoria: fue él quien dio, así, forma al movimiento restaurador con su alma heroica: ese hombre, émulo de Artigas, cuyo espíritu condujo al pueblo y le convenció con el más elocuente y abnegado alegato con que podía hacerlo un héroe.

Se detuvo el análisis en el general Matías Ramón Mella, un héroe de verdad, que de haberlo opuesto al tirano Santana con su singularísimo esfuerzo y acción, hubiera podido servir allí de núcleo de cohesión y haber salvado la obra malograda de los próceres del año 1844.

Porque lo que caracteriza el período de independencia no es la ausencia de hombres de fuerza para encaminar la proeza o

[216] Véanse notas 129 y 130, en la página 270.

dirigir el propósito, es la concentración, en un hombre absorbente, sin vida heroica como Santana, aunque héroe por la fuerza de la acción excéntrica, que, en otros pueblos se distribuyó entre varios, y compuso personas colectivas, o dio nacimiento al héroe fulgurante que nos ha faltado, hijo de diosa al fin; papel que hubiera representado Sánchez quien debió mucho, pero pagó su deuda en inmolación y gloria y a quien solo faltó ser personalidad más firme y de más cabal delineamiento en carácter y caracteres propios para imprimir sello original a una época.

Ni tampoco lo pudo ese símbolo hecho hombre, esa alma luminosa que Duarte poseía como ninguno de los emancipadores de entonces; pero a quien le faltó el superior entendimiento de Martí señalados actos de heroísmo para atraer el pueblo al conjuro de su voz venida del cielo.

En cuanto a los demás, el general de Brigada del Ejército restaurador Pedro Alejandrino Pina, alma que se diría a veces forjada en el viejo molde perdido de los héroes de Plutarco, como su modelo Duarte disertó en dilatados espacios del tiempo del teatro de los magnos acontecimientos de la patria. Aunque con sus afines Duarte y Juan Isidro Pérez, asistió e impulsó en jornadas evocadas, como en aquel misterioso despertar del populacho en la tarde del 24 de marzo del 1843, cuando ya se columbraba el gran drama de nuestra Historia, donde un instante hubo en que fue el héroe circunstancial por quien se vio por su solo impulso el pueblo unido a los jefes: y este pueblo por su imán amotinado, rodeándolo, y sostuvo a los patriotas; o después, cuando se reunió en tumultuoso plebiscito alrededor de él, de Sánchez y de Pérez, para darle aquel memorable golpe de Estado a la Junta Central Gubernativa del 1844 que hizo frustrar después Santana por la debilidad de aquellos corifeos separatistas. Aquel conocido motín del 9 de junio donde se expulsaron a los miembros infieles de la Junta Central Gubernativa y se formó otra Junta independiente, responsable del destino del pueblo revolucionario dominicano que ellos a la medida encarnaban.

De este tipo de trinitario y de patriota fue el infeliz Juan Isidro Pérez, a quien ya se debe justa reparación por el olvido en que las generaciones que le sucedieron le han lapidado, a pesar

de que, diolo todo en la porfía, hasta caer en la inconsciencia de una terrible enfermedad que impidió que se diera cuenta de cómo se hacía añicos la Patria que él forjara hermosa en diálogo íntimo con su dios interior. Pues este prócer murió de cólera el 7 de febrero del 1868 después haber estado demente –en la más absoluta miseria y desconsuelo, en la ciudad de Santo Domingo.[217]

La tierra que estaba subyugada y vencida gracias a los crisoles del absolutismo y la oligarquía a que la sometió el grande dominante en su época, ese irresponsable emancipador de Santana, que había sido extracción de torpe barro su alma nada heroica, aunque su brazo significare el heroísmo de tal ciclo histórico, donde solo el inefable adalid Duvergé, el Cid anónimo de la independencia, puede intentar la empresa de eclipsarle en época de grandeza. Me habré de ocupar especialmente de su brillante ejecutoria como héroe en el momento en que ella culmina en la era de los grandes combates para consolidar la separación, hasta su muerte en manos de su antiguo jefe y compañero de armas, el general Santana, quien lo hizo condenar a muerte por un Consejo de Guerra que funcionaba a la sola voluntad de aquel, entre cuyos jueces y acusadores figuran algunos de los más valerosos

[217] Juan Isidro Pérez fue hijo de un fraile mercedario y de la conocida madre Chepita Pérez de la Paz. Una vida dramática como señala su biógrafo el Lic. Emilio Rodríguez Demorizi (*Juan Isidro Pérez, el Ilustre Loco*, pp. 76-77). «El amoroso hijo de Chepita Pérez nació en la ciudad de Santo Domingo en el año de 1817, dice Rodríguez Demorizi, un lustro antes de iniciarse la dominación haitiana» (p. 22). En febrero del 1864 ya estaba loco, según escribe Francisco Martínez de León a su amigo Juan Pablo Duarte, custodio de este Juan Isidro Pérez de la Paz, en carta fechada el 9 de agosto del 1864: «En febrero pasado fui desempeñando una comisión a la casa en que trabajo a Santo Domingo y tuve la gran pena de ver a nuestro desgraciado amigo Juan Isidro, cuya locura no le impide sin embargo abrigar pensamientos nobles y honrados en favor de la ilustración y la buena causa («Duarte y Martínez de León», art. de Alcides García, publicado en el *Listín Diario* #13982, ed. del 26 de enero del 1933)».

El 7 de febrero del 1868 muere Pérez en Santo Domingo, en la terrible epidemia de cólera de esa época; y es enterrado en el cementerio de los coléricos, en la fosa común, sin cruz ni nombre, anónimamente. Hasta allí había sido conducido del hospital militar en que estaba asilado (Demorizi, p. 78).

héroes de la encumbrada epopeya de febrero del 1844. Su semblanza se hará en esta Historia junto a la de ese caudillo de la Libertad: Pedro Santana, el libertador material de la primera patria, repito, y reo de la Historia en el 1861.[218]

Ahora lo que no deben relegarse al olvido en este momento son esos puros trinitarios de segundo orden, José María Serra, Félix María Ruiz y Juan Nepomuceno Ravelo, quienes vivieron alejados del propio suelo en patria ajena que honraron con el espectáculo de sus virtudes; pero que dejaron la huella imborrable de sus primeros pasos; el primero, secretario de los Trinitarios según aseveraciones en la valiosa monografía ya citada que nos ha dejado, y luego en su destierro como antiguo director del Liceo de Mayagüez en la isla de Puerto Rico;[219] el segundo, avecindado en Mérida de los Andes, después de su éxodo de la Patria,[220]

[218] Mejía Ricart, *Biografía del caudillo Pedro Santana*.

[219] Consta tal dato en su *Historia de los Trinitarios...*, p. 6 y sgts. Para mayor información sobre Serra véase el Anexo 37.

[220] Matrimonio de Félix María Ruiz y Francisca Galván:
«…Compareció el ciudadano Félix Ruiz, natural de esta ciudad, de edad de veinte y cuatro años, hijo natural de la ciudadana Socorro del Rosario, ya difunta; y empleado de la Aduana de este Puerto, y la ciudadana Francisca Galván, natural de esta ciudad, de edad de veinte y cinco años, hija legítima de M. Galván, ya difunto, y de Leocadia Cordero, residentes en esta ciudad». Y agrega dicha acta: «y finalmente después que los Ciudnos. Félix Ruiz y Francisca Galván se declararon recíprocamente uno después de otro por esposos, yo, Martín Guzmán Galicia, en virtud de las facultades que la Ley me confiere y a nombre de la misma Ley los declaré unidos por legítimo matrimonio».[*]

[*] Libro de Matrimonios, folios 168, acta del 18 de marzo del 1835, Registro Civil, etc.[**]

[**] *Apuntes...*
Como más noticias de estos dos patriotas puedo consignar que casó el trinitario Ruiz con doña Francisca Galván como se ve del acta del 18 de marzo del 1835, ante el Oficial de Estado Civil Martín Guzmán Galicia, que consta a los folios 168 y siguientes de dichos archivos y el escritor Serra fue expatriado con otros coterráneos, llegando a fines del 1849 a la isla de Saint Thomas, de donde partió para Puerto Rico siendo huésped del Escribano de Cámaras, en San Juan, Eusebio Núñez. Salió de allí para Mayagüez, donde discurrió su vida y escribió sus leídos *Apuntes para la Historia de los Trinitarios*, según sus notas autobiográficas, entre el oficio de periodista y la misión de maestro.

dándosele honra de prócer por el Cabildo de aquella villa mexicana a su muerte en avanzadísima edad; y el tercero, quien fue a residir a Santiago de Cuba por último;[221] pero que fue actor influyente en reiterados períodos de la Primera República donde fue miembro y presidente del Congreso Nacional, habiendo sido antes diputado a la Constituyente de Puerto Príncipe en la declinante era haitiana junto al patriota Remigio del Castillo y demás afrancesados que, en el 1843, proyectaron el Plan Levasseur pero unido a los separatistas que suscribieron la célebre exposición del 16 de enero del 1844, adonde los pueblos del Este enunciaban las causas de la separación con Haití.[222] Figuró, además, en aquel turbulento parlamento que tuvo prisionero virtualmente al jefe del Ejército Jimenes a guisa de un nuevo Fernando VII:[223] y fue Ravelo de la Comisión del 17 de diciembre del 1847 que les instruyó proceso y condenó a muerte a los hermanos Puello.[224]

[221] Este prócer formó una distinguida familia en su ciudad adoptada de Santiago de Cuba, en la cual nacieron sus hijos, y entre quienes figuró Arquímedes Ravelo, ex director del diario *El Independiente*, autor además de un inédito *Diccionario biográfico histórico dominicano*, según noticias. Acerca de Juan Nepomuceno Ravelo ha escrito una detallada monografía el escritor de asuntos históricos Luis Alemar.

Partida de bautismo del trinitario Juan Nepomuceno Ravelo:

Juan Nepomuceno.– En la ciudad de Santo Domingo y mayo veinte y siete del mil ochocientos trece años, yo el infrascrito cura teniente de esta Santa Iglesia Cathedral, puse Oleo y Chrisma a Juan Nepomuceno que nació el quince de los corrientes (y a quien en artículo mortis echó agua el presbítero Dn. José Antonio Correa Cruzado teniente cura de San Andrés Apóstol) hijo legítimo de Agustín Ravelo y de María Trinidad de los Reyes de esta feligresía mayor.

Fue su madrina María Francisca Arias a la que advertí el parentesco espiritual y sus obligaciones.

Testigos, Francisco Marcos de Mota y Dionicio Candelario de que doy fe. Juan Correa Cruzado.

S.I.C., Lib. 28 de Bautismo, fol. 182). *Bol. Eclesiástic*o, Alfau, Vetilio, *Documentos históricos...*, p. 23.

[222] Aunque no figura el nombre de Juan Nepomuceno Ravelo entre los siete diputados que suscribieron el Plan Levasseur.

[223] En los años 1848 al 1849.

[224] *Colección Leyes*, L. I, pp. 631-632, Decreto del presidente de la República, Santana.

Por fin, cerró fila el prócer con los que negaron su fe patriótica y firmaron el pliego de la Anexión del 18 de marzo del 1861.[225] Ahí figuró igualmente el general Félix Mercenario, patriota de la legión del Conde,[226] quien suscribió la citada carta política del 16 de enero, que es el primer documento público de la República; pero que también firmó aquella acta anexionista.[227]

Fue Mercenario ministro de lo Interior y Policía en los gobiernos de Pedro Santana y Manuel Jimenes,[228] y hasta mucho antes tuvo la calidad de miembro de la Junta Central Gubernativa que en su resolución del 22 de agosto del 1844, junto con Pedro Santana, Tomás Bobadilla, Manuel Jimenes, Toribio Mañón, N. Linares, Juan Tomás Medrano y Toribio López Villanueva, declaró traidores a la Patria y arrojó a perpetuidad de la misma a los generales Juan Pablo Duarte, Francisco Sánchez del Rosario, Matías Ramón de Mella; a los comandantes Pedro Alejandrino Pina, Gregorio Delvalle, Juan Jimenes, al capitán Juan José III y al ciudadano Juan Isidro Pérez.[229]

Después he de considerar en este juicio de conjunto, más integral que verdaderamente panorámico de los héroes y emancipadores, a los auténticos trinitarios Jacinto y Tomás de la Concha, próceres ambos como su otro hermano Wenceslao;[230]

[225] Foll. *Pron. de los Pueblos...* Acta de la Anexión de Santo Domingo de fecha 18 de marzo del 1861.

[226] García, *Historia de Santo Domingo*, 3a. ed., t. II, p. 227, Cestero, *27 de Febrero.*

[227] Figura el nombre del patricio febrerista en el Acta de anexión del 18 de marzo del 1861, firmada en Santo Domingo.

[228] *Colección Leyes*, t. 1.

[229] *Colección Leyes*, t. 1, p. 40.

[230] Este prócer D. Wenceslao de la Concha formó parte de la Junta Provisional de la Puerta del Conde organizada en la madrugada de aquel 28 de febrero del 1844 que siguió al grito de Independencia, según testimonio de la tradición, bien que esta Junta no aparece en la Historia de nuestros clásicos escritores, porque quedó a poco desleída o sustituida por otra Junta Gubernativa, también con carácter interino, pero más permanente, y de la cual parten las líneas de nuestra narración histórica; ahí ya no figura don Wenceslao de la Concha, el mayor de los tres hermanos que concurrieron a la cita de la Patria, en aquellos memorables días. Murió el patriota biografiado en 8 de febrero del 1883, según dato del académico y jurista

víctima uno, Tomás, de la crueldad de Santana,[231] y encumbrado el otro, Jacinto, a secretario de Estado de Hacienda en el Gabinete del general Manuel Jimenes, a quien se le acusó de haber sido amigo de Santana el sacrificador de su hermano, y este ha de aparecer en diversos regímenes de la primera etapa republicana, aunque ocupando posiciones políticas de menos importancia. Figuró igualmente Tomás de la Concha en el proceso contra el general Antonio Duvergé sin que pudiera escapar a la muerte, y siendo por esto fusilado el 17 de abril del 1855.[232]

Aparecieron en el escenario de aquellos tiempos con muy legítimos timbres de gloria bélica los generales José Joaquín, Gabino y Eusebio Puello, mandados a victimar los dos primeros por el presidente Santana, quien los hizo juzgar por la comisión mixta del 17

---

notable Lic. Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, nieto por la parte materna del héroe, y quien cuenta que estando en el propio Baluarte en aquella oportunidad solemne, se le fue a anunciar el nacimiento de su hija la madre del ilustre informante. Como más noticia podemos añadir que fue Sargento Mayor de la Gendarmería de esta Plaza.

[231] El antiguo trinitario y patriota D. Tomás de la Concha fue fusilado junto a Duvergé y demás compañeros, en el año 1855, probablemente el día 17 de abril, fecha que consigna la tradición concorde con los recuerdos de familia, que fue cuando se cumplió el fallo condenatorio.

[232] Aunque no suscribió el Acta de la Anexión estuvo con Santana y el partido extranjerizante a pesar de sus pasadas glorias de prócer.

A continuación presentamos la Partida de bautismo del prócer Tomás de la Concha.

«En esta Santa Iglesia Cathedral de la muy noble y leal ciudad de Santo Domingo, el Sr. Dr. don Manuel Marques, canónigo Dignidad Maestre, escuela de la misma, con anuencia del infrascrito capellán de ejército por sus (que Dios que) de uno de los cuerpos veteranos que han de crearse en esta Plaza, bautizó solemnemente, puso Oleo y Chrisma a Juan Tomás Eleuterio, que nació el veinte de febrero de este presente año, hijo legítimo de don José Lucas de la Concha, Subteniente del Depósito militar de esta Plaza, y de doña Franca. de Borja López. Fueron sus padrinos don Jacinto López y Da. Josefa Núñez de Cáceres de nombre de doña María Negrete, siendo testigos don Marcos Mota, don José de las Mercedes, y otros muchos, de todo lo cual doy fe. Santo Domingo y septiembre 16 de 1814.

Dor. Manuel Marques. Fr. Franco. Rivera, Cappn. pr. sut. (Archivo Eclesiástico de Santo Domingo. Parroquia Cathedral, Lib. de Bautismo de la Capellanía Castrense, fol. 9, Est. B, Caj. 11, Leg. 6").

de diciembre del 1847 de que eran parte el general Remigio del Castillo, como presidente del Consejo de Guerra, el Dr. José María Caminero, ministro de la Suprema Corte de Justicia en calidad de acusador público, y el coronel Juan Nepomuceno Ravelo como oficial mayor de la Secretaría de Estado de Guerra y Marina.[233] Ya estudiaré por separado a estos dos próceres en el curso de esta obra, en el momento que han de culminar por sus actitudes de mártires y han de converger sus líneas de héroes con las líneas de la Historia cargando sobre sí con el episodio del 27 de febrero del 1844. Adelantaré sin embargo, que el mayor de los tres hermanos, José Joaquín, quien había servido en el Gobierno de la Ocupación haitiana, al enterarse con Duarte en la casa de su tío José de Diez, según Madiou, determinó poderosamente el triunfo de la causa separatista, porque era el hombre de gran arrastre en el elemento militar de la Colonia y su prestigio debió encausar muchas voluntades en pro de los dominicanos.[234] Hay que agregar que fue el general José Joaquín Puello el héroe de la Sabana de Estrelleta,[235] ayudando así, a efectuar la obra de la Independencia. Se le señalan a este patriota lunares de bulto, entre los cuales debe anotarse para el juicio de la Historia, la actitud que asumió el general Puello en favor de los afrancesados, en el motín militar del 9 de junio del 1844, y que dio lugar a un serio altercado entre él y el general Francisco Sánchez.[236] A más de haber servido dicho general de División José Joaquín Puello no solamente como ministro de Hacienda y Comercio del Gabinete del presidente Santana, en 1847, sino que, anteriormente, el 23 de marzo del 1845, a los 24 días del fusilamiento de María Trinidad Sánchez,[237] y sus compañeros, exalta a su próximo ejecutor el general Santana en su discurso de Santiago como comisionado del Gobierno, aunque desempeñaba las funciones de comandante militar de Santo Domingo.

[233] *Colección Leyes*, t. 1, p. 631.
[234] Madiou, *Historia de Haití, años 1843-46*, pp. 105-106.
[235] García, *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, t. II, p. 117 (ed. 3a).
[236] García, *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, t. II, p.p. 260-261.
[237] Rosa Duarte, *Apuntes…*, en los cuales se relata que doña María Trinidad Sánchez tenía 60 años cuando fue sacrificada.

En lo referente al general Eusebio Puello, héroe en el Conde con José Joaquín y Gabino, fue de la larga fila de los santanistas después del fusilamiento de aquellos héroes de su misma sangre, y puso su firma al pie de los que rubricaron con sus nombres mancillados el acta de la Anexión del 18 de marzo del 1861.

España lo premió condecorándole, y fue comendador ordinario de Isabel la Católica.

Se destacó aun, el general Remigio del Castillo, mencionado varias veces en esta relación, dominicano sobresaliente que actuó en el movimiento de la Reforma por el año 1843, firmó el Plan Levasseur con los seis diputados de la constituyente haitiana por el Este (Báez, Abreu, Tejera, Valencia, Díaz de Peña, Rojas), y figuró entre los conjurados del Baluarte en la noche histórica.

Del Castillo fue uno de los firmantes de la Comunicación al general Desgrotte el día 28 de febrero del 1844, en su condición de miembro de la Asamblea Popular. Fue parte integrante de la Junta Central Gubernativa reorganizada por Santana en ese mismo año: y debe echársele en cara que presidió el Consejo de Guerra que juzgó sumariamente y condenó a los Puello.[238]

Recogeré también de los fastos de la Historia a otros personajes de menos relieve, mas a quienes debe contemplar y pagar su deuda de gratitud la posteridad: Narciso Sánchez, padre del héroe Francisco Sánchez, y Vicente Celestino Duarte, hermano mayor del apóstol Juan Pablo Duarte, puro y abnegado trinitario que fue parte de esa legión de fundadores de la nacionalidad, bien que de segundo orden, si no por el esfuerzo que en algunos casos, como en este, superó muy mucho al realizado por los actores más calificados de la Independencia, por el papel secundario y casi ínfimo que la providencia les asignó posteriormente al hecho del 27 de febrero del 1844.

[238] García, *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, t. II, ed. 2a., p. 94, (en el cual consta que formó parte de la Junta Central Gubernativa, así como en el acta de su reorganización, *Colección de Leyes, Decretos y Resoluciones...* t. 1, p. 27); en la propia *Colección de Leyes...*, t. I, p. 631, se consigna que formó parte del consejo de Guerra que condenó a los Puello (Decreto de fecha 17 de diciembre del 1847, número 131).

Este, Vicente Celestino Duarte, fue echado fuera de su tierra por el credo redentorista a toda prueba y la pureza de ideales que mantuvo y esgrimió en la primera administración de Santana. Fue hombre siempre de ejecutorias diáfanas como prócer y funcionario público, aunque pocas ejerció en este último caso. Documentos antiguos revelan que Vicente Celestino Duarte fue subdelegado de Hacienda de San José de Los Llanos.[239]

No debo omitir a Silvano Pujols, secretario de la Junta Central Gubernativa cuando se redactó la auténtica acta de Independencia que según la tradición perdió en sus manos, así como cuando se adoptó por la misma Junta el proyecto del Plan Levasseur; ni al comandante Marcos de Rojas, jefe del recinto en la célebre hazaña de la Puerta del Conde.[240] Y mención merecen asimismo F. Sánchez, Juan Ruiz, el general José Gertrudis Brea, quien se ha de distinguir luego en la guerra posterior contra España,[241] y la figura mucho más importante como político de nombradía y bravo guerrero del general Antonio Abad Alfau y Bustamante, ya aludido,[242] factor

[239] En el fragmento de una carta fechada en Caracas a 7 de marzo del 1865, y escrita por el general Juan Pablo Duarte, se lee: «Las consideraciones que ha merecido a Ud. nuestro tío, me hacen tomarme la libertad de recomendarle igualmente a mi muy querido hermano el Sr. don Vicente Celestino Duarte que fue también con nosotros a prestar como debía sus servicios a nuestra Santa Causa y se halla hoy según creo en la sub-delegación de Hacienda de San José de los Llanos».*

* Figura la misma en la valiosísima correspondencia de Duarte que tiene en su colección de documentos históricos de la Independencia el Dr. Federico Henríquez y Carvajal».**

** Se publicó dicho documento en la revista *Bahoruco* que dirige D. Horacio Blanco Fombona, en el año 1933.

[240] Debemos a este héroe del Baluarte una tradición acerca del hecho magno del 27 de febrero del 1844, la cual rectifica el relato clásico que hacen figurar los autores. Oportunamente se consignará en el volumen 4o. de esta obra.

[241] El general José Gertrudis Brea llega a general de brigada en la Restauración y muere en Las Matas, en pie de guerra, como se ha hecho saber en la biografía del general Mella.

[242] Nació el general Antonio Abad Alfau el día dieciocho de enero del 1817, según justifica la partida de Bautismo de la Iglesia Catedral autorizada por el Dr. Tomás Correa, canónigo lectoral y cura semanero de la misma (Bol. Eclesiástico, reproducido en *Clío*, año XVII, ed. enero-abril, 1949, #84).

preponderante en la Anexión del año 1861, jefe de la ejecución de Sánchez a quien el general Manuel Rodríguez Objío le atribuyó la crueldad de haber blasfemado el cadáver del héroe Francisco Sánchez.[243] Personaje de la primera República en cuya figura como ministro varias veces y vicepresidente en la última gestión administrativa del general Pedro Santana.[244] Estos cuatro próceres últimamente firman el *Manifiesto del 16 de enero del 1844*, y son pues señalados febreristas.

Otros cuyos pasos se pierden ya para el historiador a pesar de que hubiesen figurado entre los trinitarios o patriotas agregados a la causa de la Separación: Benito González, del novenario clásico de la mencionada junta revolucionaria Trinitaria, héroe del 27 de febrero del 1844; Pedro Pablo de Bonilla, así como su hermano, el presbítero José Antonio de Bonilla, tuvieron notoria actuación en los trabajos de esa asociación y en el mismo teatro de los acontecimientos que le sucedieron; Pedro Valverde, Manuel Leguisamón, Norberto Linares, Dijon, Ignacio de Paula y el general Ramón Santana, enviado con su hermano el intrépido general Pedro Santana, encarcelado y con partida de requisa a Puerto Príncipe de Haití, escapándose ambos desde Baní a causa de haber sido remitidos por tierra y lograr ganarse las autoridades de tal localidad.[245] Dejo ex profeso para tratar en el volumen XII de la Primera República a quien la resume en sí, al general Pedro Santana; el caudillo, el político, y en su verdadero significado de guerrero y de factor decisivo en la viabilidad de la República.

[243] «El Calvario de Sánchez», artículo publicado en *La Opinión*, 9 de marzo del 1932.

[244] El general Antonio Abad fue factor principal en la Anexión del año 1861, jefe de la ejecución de Sánchez a quien el general Manuel Rodríguez Objío le atribuye la crueldad de haber blasfemado el cadáver del héroe, tal como se tiene dicho. Gran personaje político y militar de la Primera República, el general Alfau es ministro varias veces y vicepresidente de la República en la postrera administración de Santana.*

* García, *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, t. III, ed. 3a., p. 328.

[245] Nouel, *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo, Primada de América*, t. II, p. 434, Nota 1a.

Capítulo III
Ocaso de un período (1841-1843)

1.- Los últimos días del absolutismo de Boyer. 2.- El movimiento haitiano denominado La Reforma. 3.- La deposición de Carrié y su capitulación de la Plaza de Santo Domingo. 4.- La Junta Popular y sus actividades. 5.- La unión y discrepancia de los revolucionarios haitianos y los patriotas dominicanos. 6.- El factor económico como causa eficiente histórica en la decadencia de la antigua posesión española en contraste con la prosperidad inusitada de la francesa de Saint-Domingue. 7.- La falta del embrión sociológico, de población y de cultura como factores del futuro Estado. 8.- El duelo de los partidos políticos en los umbrales de la República. 9.- La ocupación militar violenta instaurada por Riviére en la parte este provoca una reacción del pueblo dominicano. 10.- El elemento psicológico forma la conciencia colectiva y el mismo espíritu de la nacionalidad.

1.– Los últimos días del absolutismo de Boyer

He de asistir ahora a los preámbulos del drama nacional de la Independencia. Trazaré, pues los contornos de la acción, ya que es indispensable precisar el carácter y la situación de los personajes en torno a los cuales vivió la multitud su vida orgánica. Todos ellos convergen a nuestra escena. Y por ello este período dominicano parece de confusión aunque es de meridiana claridad histórica.

Reconstruiré, así, bien que, sintéticamente, el cuadro de esta acción la cual tuvo como exclusivo propósito la Separación proclamada el 27 de febrero del 1844, y por teatro, el territorio de la parte Este de la isla de Santo Domingo que se extiende en la vasta área de cincuenta mil setenta kilómetros cuadrados, desde la boca del clásico río de Dajabón o Massacre, hasta la del torrentoso de Pedernales que marca el linde en la República occidental de Haití.

Por eso ante todo, con paso firme, bien que regresando hacia el pasado, he de comparecer, pleno de un espíritu analítico, ante los decadentes y fulgurantes días del absolutismo de Boyer, en que por reacción espontánea, como obedeciendo a impulsos defensivos de la colectividad oprimida, se produce ese movimiento o revolución que es conocido en el aledaño Estado con el nombre de la Reforma.

También he de dar ocasión al comento para rememorar el palenque de las ideas y controversias en que se debatieron esos infaustos tiempos, y el fenómeno a que dio lugar tal pugna que tuvo un carácter más sociológico y filosófico que de puro orden político. Ese momento ya inconfundible de nuestra historia en que parecían estar en perfecto consorcio los reformistas haitianos y los separatistas dominicanos en pos de un ideal de libertad humana,

los dos puntos de vista del triunfo de la causa se dividieron unos y otros, entre nosotros, los trinitarios y anexionistas.

El interregno del 1838 ó 1840 al 1843

Ante todo he de escudriñar el interregno que va del 1838 ó 1840 al 1843, que es casi de vacío en las relaciones de nuestros historiadores. Nada se dice en tales crónicas y memorias de la época que ocurriera como suceso político notable en el año 1841, a pesar de que cosa averiguada es, según Tejera, que «para fines del 42, estaban prestas al combate las fuerzas que debían derrocar el gobierno estacionado de Boyer».[1] Por ese año del 1842, el monje fray Pedro Pamíes, de la Orden de Menores Observantes de San Francisco, varón ilustrado y virtuosísimo, quien abandonó patria y amigos, tal como refiere en el sermón que predicó en la Iglesia de la Misericordia el 1º de enero del 1843, con el fin de huir del despotismo y sus persecuciones, hizo desde su arribo a Santo Domingo toda una cruzada en favor de la Independencia nacional.

Siguiéronle, al decir de los historiadores, y principalmente del Lic. Carlos Nouel, el doctor Portes con sus pastorales, el padre Bonilla con sus sermones y los del padre Rosón en Baní, Regalado en Puerto Plata; Solano en Santiago, Roca en Macorís; Carrasco en Hato mayor; Espinosa, Gutierra, Peña, Aponte, en el resto de las poblaciones. Todos estos sacerdotes alentaban en sus pechos el sentimiento puro de la patria, y trabajaban por la causa de la Separación a pesar de los esfuerzos del ocupante haitiano.[2] Sobre todo, el famoso padre Gaspar Hernández de que tanto he tratado en el curso de este período, quien desempeñó papel importantísimo en la Reforma con su prédica y singularizándose en aquel transcrito discurso del 30 de abril del 1843 en la Capilla de la Misericordia, pronunciado en acción de gracias por el suceso del 24 de marzo del propio año 1843.

[1] Tejera, Emiliano, *Monumento a Duarte*, p. 11.
[2] Nouel, *Historia Eclesiástica...*, vol. II, p. 430.

Era el reseñado año del 1843. Por parte de los cruzados dominicanos se juzgó la hora del destino del pueblo. Pronto Duarte se puso en comunicación con Charles Hérard mayor, quien encabezaba a los rebeldes en Los Cayos, por medio del coronel Juan Nepomuceno Ravelo, primero, y por el general Matías de Mella, más luego. El pacto de honor se hizo entrando ambos bandos de las márgenes oriental y occidental de la isla.[3]

El grito de rebelión de Praslin

Había estallado violenta en Haití la revolución contra el tirano que oprimía su patria, y el grito de rebelión de Praslin del 26 de enero del 1843 se dejó sentir en el suelo dominicano, repercutiendo en el corazón de los más abnegados y sinceros patriotas.

La llamarada que se transmitió de Jeremie a L'Anse d'Hainault a los demás pueblos del Occidente, incendiaba nuestros lares y erizaba las atravesadas sierras nuestras antes de que se librara el 21 de febrero de ese citado año 1843, la batalla de Lessieur, donde quedaron victoriosos en el campo de la contienda, los reformistas y separatistas juntos, así como en la célebre acción de El Número.[4]

Hacia fin de enero del 1843, dice Price-Mars (explicando los orígenes de esta conjura), los rebeldes se reunieron en gran número en la habitación Praslin y notificaron su constitución y propósitos al general Borgellá, comandante del Departamento de Los Cayos, al mismo tiempo que solicitaba su adhesión al movimiento. El general Borgellá se negó a tal solicitud y despachó un contingente de tropas sobre los lugares que ocupaban los insurgentes para dispersarlos. Estos no se sintieron fuertes para combatirlos y se retiraron. Entonces se dirigieron hacia el Sudoeste e invadieron las jurisdicciones próximas a l'Anse d'Hainault y

[3] Ardouin, B., vol. IX, Dorsainvil, J. B., *Curso de Historia de Haití*. García, José Gabriel, *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, vol. II.

[4] Alaux, *El Imperio de Soulouque*. Bellegarde, *La Nación Haitiana*. Dorsainvil, J. C., *Manual de Historia de Haití*.

Jeremie en donde se habían entendido previamente con sus jefes militares. Al engrosarse estas fuerzas forman un movimiento revolucionario de una consistencia y poder de extensión considerables. En menos de algunas semanas, por las adhesiones sucesivas de las poblaciones, la insurrección se fue extendiendo al Departamento del Sud, dejando aislado completamente al de Los Cayos que quedaba leal al gobierno. Pero dos encuentros que tuvieron lugar, uno en Lessieur y otro en Número Dos, abrió el camino franco a Jeremie en donde había un vasto campo para la acción de las tropas gubernamentales, poniendo luego al descubierto la ruta de Los Cayos que fue invadida por los revolucionarios. Borgellá se rindió, ya hemipléjico y vencida toda resistencia se dirigen los conjurados desde Los Cayos hasta Pont de Miragoane, por todo el Departamento del Sud, ya en armas y triunfantes marcharon sobre Puerto Príncipe.[5]

La caída del presidente Jean Pierre Boyer

El 3 de marzo se adhirió Jacmel a la Reforma, el 12 del mismo mes y año, verificóse cerca de Leogane, la decisiva pugna bélica en la cual se derrotó al Gobierno haitiano. El 13 de marzo del 1843 ya estaba vencedora la Revolución, e inerme Jean Pierre Boyer no pudo resistir por más tiempo y presentó su renuncia ante el Senado de Haití. Embarcóse para el extranjero, y murió en París el 9 de julio del 1850.

2.– EL MOVIMIENTO HAITIANO DENOMINADO LA REFORMA

Interesante por demás es la historiar los antecedentes y desenvolvimiento de ese movimiento político haitiano denominado La Reforma. Haití tenía rotas sus relaciones diplomáticas con su antigua metrópoli desde que el presidente Boyer se negó a ratificar

[5] *La Republique d'Haiti, et la Republique Dominicaine*, vol. 1, p. 200.

los tratados del 1831. La situación cambió radicalmente a partir del 1838 con la llegada a Puerto Príncipe del Barón Las Casas, diputado de la Cámara francesa, y del capitán de Marina Baudin, comisionados por el rey Luis Felipe para conciliar a los dos países.

El 31 de enero del 1838 se encontraron los plenipotenciarios francés y haitiano, y el 12 de febrero se firmó el Tratado que reconocía la Independencia haitiana.[6] Coexistiendo con éste se urdió en la misma fecha otra Convención internacional, por la cual Haití debía pagar sesenta millones de francos con indemnización, en favor de Francia. Tan pesada carga de daños y perjuicios reclamados por este último Estado, como observa Leger, trajo el malestar económico a la parte occidental.[7]

El descontento que llevó tal acto fue explotado con habilidad política por los adversarios de Boyer.[8] Recrudeciéndose la Oposición en la Cámara de Diputados como señala Juan Price-Mars: «La tribuna parlamentaria estaba prohibida, la libertad de prensa no era más que un mito. La oposición buscó entonces una salida en la trama de los complots. Esta es la génesis común de la Revolución.[9] Por otra parte, la Constitución reservó solo al jefe del Estado la iniciativa de las leyes, muy contrario al régimen democrático de otros países. Se juzgaba que el presidente de la República abusaba de este privilegio irritante para no someter a los Cuerpos legislativos las leyes más apropiadas a las circunstancias y conveniencias del pueblo. Una generación que se había levantado bajo este régimen tiránico, quería libertad y tomar parte en la cosa pública, según dice Leger en su obra *Haití* (en *Historia y sus detractores*), pues «el pueblo estaba próximo a explotar como una mina incendiada… Para Boyer evitar el estallido de la explosión, agrega el citado autor, luego de los Tratados del 1838 que garantizaban el porvenir, hubiera podido tomar la iniciativa de las reformas que crearan una situación nueva. Él omitió hacerlo por

[6] Leger, *Recopilación de los Tratados.*
[7] Leger, J. N., *Haití: su historia y sus detractores.*
[8] Ardouin, B., vol. IX.
[9] Leger, *Ob. cit.*

negligencia. Y como para complicar un estado de cosas ya grave, un temblor de tierra destruyó el día 7 de mayo del 1842, las villas del Cabo Haitiano, del Puerto de Paz, de Mole, de Fort-Liberté, etc.».[10]

El alzamiento de Los Cayos

Estos males se achacaron a la desacreditada administración imperante en Haití. La agitación política sustituyó a la calma de la inacción como expone Beabrum Ardouin, y la catástrofe parecía cosa inevitable e inminente. El hecho dio consistencia al vaticinio anterior. El 27 de enero del 1843, en la propiedad Praslin, en Los Cayos, el jefe de batallón Charles Hérard mayor (Riviére), se alzaba en armas contra el gobierno constituido. Todo el Sud se insurreccionaba, secundándole. Entonces el presidente Boyer se sintió impotente y dimitió como ya he dicho, embarcándose, al mediodía del referido 13 de marzo del 1843, en que había presentado su renuncia al Senado, en la corbeta inglesa *Sicilia*, que puso a su disposición el cónsul Thomas Usher.[11]

Un pensamiento unificador orientaba el movimiento reformista

La causa de esta reforma fue varia, pero en el fondo un pensamiento unificador de la opinión pública hacia la unidad haitiana en contra de la tiranía de aquel jefe de Estado ya gastado en el poder. Se conspiraba públicamente. Además en Los Cayos, sede de la Revolución, habíase fundado en el año precedente del 1842, un centro dirigente intitulado Sociedad de los derechos del hombre y del ciudadano, que estaba presidido por Herard Dumesle, uno de los jefes de la Oposición parlamentaria contra el Gobierno de Boyer. Éste redactó el famoso Manifiesto de fecha 1º de septiembre del mismo año, denominado Apelación de los ciudadanos de Los Cayos a sus compatriotas. Era un pliego de agravios

[10] *Haití...*, pp. 185-186.
[11] Leger, *Haití...*, pp. 186-187.

contra el presidente de Haití que en sus expresiones exaltadas llegaba a la injusticia y la violencia según se ha considerado por algunos publicistas; pero que en puridad contenía en gran parte la verdad histórica de ese momento.[12]

Tal documento por obra de sus activos agentes políticos trocaba en homogénea la voluntad colectiva en pro de las reformas.[13]

El comisionado dominicano

Coincidía el movimiento de Praslin con la llegada a fines de enero del comisionado de los separatistas dominicanos, Matías Ramón de Mella, quien regresó seguido a Santo Domingo a dar cuenta de que la Reforma se había proclamado desde el 27 del mencionado mes. Con efecto, en la fecha indicada, el comandante de Artillería Charles Hérard mayor, dio principio a la Revolución y se adjudicó a sí mismo los títulos de general de División, jefe de Ejecución de la voluntad del pueblo soberano y de sus resoluciones. Tal grito de rebelión había despertado a Boyer del largo sueño cataléptico en que estaba sumido por un cuarto de siglo, obedeciendo a su inercia racial. Resistió el presidente haitiano y por fin, se dio por vencido. Tal es el suceso ya relatado.[14]

3.– La deposición de Carrié y su capitulación de la Plaza de Santo Domingo

En Haití la revolución de Praslin tuvo como propósito la decantada reforma que no había querido conceder el régimen boyerista corroído en sus raíces republicanas; pero en la parte

[12] Bird, *El Hombre negro o la Independencia haitiana*, Bryan, *Historia de la Isla de Santo Domingo.*

[13] Ardouin, B., *Estudio de la Historia de Haití.*

[14] Como observa J. N. Leger en su obra *Haití, su historia y sus detractores*, el pueblo occidental de la isla tenía la esperanza de las anunciadas reformas que no habían sido cumplidas por sus mandatarios anteriores y principalmente por Jean Pierre Boyer.

española sometida a los haitianos el hecho se acató; pero con un móvil político distinto. «El partido conservador juzgaba oportuno, dice Nouel, mantenerse en expectativa de los acontecimientos que se habían presentado en el Oeste para obrar en consecuencia. En cambio el partido liberal, al cual estaba afiliada casi toda la juventud de Santo Domingo, ansioso de salir de una situación indefinida, creyó por su parte que para conquistar los derechos que proclamaba la Reforma, debía precipitar un movimiento y asumir una actitud activa y hostil, a fin de derrocar al jefe boyerista que conservaba el mando en el Departamento del Ozama».[15] Tal como lo consigna el historiador Carlos Nouel ocurrieron los hechos. El pueblo dominicano instruido por sus directores y agentes de propaganda se reunió en gran número, en la tarde del 24 de marzo del 1843, dirigiéndose a la antigua Plaza de la Catedral,[16] mandado por el general Pedro Alí y el comandante Enrique Alejo Desgrotte, jefe de la Guardia Nacional. Pidieron su rendición al general Carrié. Éste trató de resistir haciendo colocar un batallón de Infantería a la parte baja de la casa Consistorial, o sea el Vivac, con el fin de rechazar toda agresión. Describe la acción con exactitud el notable prelado Lic. Nouel: «Los reformistas se presentaron en el extremo oriental de la plaza, situándose junto al Palacio de Gobierno.

El batallón que estaba sobre las armas avanzó, por orden de su jefe, hasta el centro de la misma plaza. El comandante Cousin se adelantó algunos pasos dirigiéndose al grupo para indagar lo que querían. La contestación de los interpelados fue: Viva la Reforma. A esta manifestación el comandante Cousin mandó a hacer fuego sobre el grupo, el cual, aunque muy mal armado,[17] contestó con otra a la descarga que se le hizo; resultando varios heridos y muertos, entre estos el jefe haitiano.

Los reformistas se retiraron después de esta escaramuza y saltando las murallas pasaron a San Cristóbal, donde se hicieron

[15] *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo*, vol. II, p. 428.
[16] Antiguo nombre del parque Colón.
[17] En su mayoría los reformistas sólo portaban pistolas, escopetas, trabucos y armas blancas. (Ardouin, B., vol. IX).

fuertes. Con los militares de la Común que se adhirieron al movimiento y los de otras localidades que acudieron a prestarles apoyo, organizaron un ejército popular, más respetable por el número que por los elementos de que disponía, y lleno de entusiasmo se puso en marcha sobre Santo Domingo para imponerse a Carrié, que hacía esfuerzos inauditos para sostenerse».[18] El historiador García a su vez da noticias de un incidente que en San Cristóbal se les presentó a los revolucionarios.

El comandante Lorenzo Araujo, jefe del batallón de Guardia Nacional de la común, opúsose al movimiento de la Reforma, apertrechándose con su gente en El Hatillo. Tal resistencia del funcionario militar que quería ser fiel a la autoridad constituida fue por fin vencida por la persuasión del comisionado cerca de él, Remigio del Castillo, quien no solo obtuvo que cediera sino que con su contingente de tropas se adhiriera a la causa reformista, puesto que en dicho cauce se habían ya vaciado los soldados en Azua, Baní y otras poblaciones de importancia en la parte Este de la isla.[19]

Nuestro publicista Emiliano Tejera destaca la resonancia que tuvo tal movimiento revolucionario y la deposición del general Carrié en Santo Domingo». La revolución que a principios de año (año 1843) estalló en Los Cayos, acogiendo el manifiesto de Praslin, dice, tuvo fuerza bastante para obligar a Boyer a deponer el mando el 13 de marzo del mismo año. Once días después, el 24, aun luchaba el general Carrié en Santo Domingo, tratando de contener el movimiento de los reformistas, entre los cuales figuraban como elementos importantes Duarte y sus compañeros, que con habilidad suma, habían logrado que los dominicanos secundaran el pronunciamiento de la parte haitiana. Al fin el general Carrié capituló el 26 de marzo, y una Junta Popular de cinco individuos (Duarte, Jimenes, Pina, Alcius Ponthieux y N. Morín), en su mayoría dominicanos, vino a dirigir los asuntos públicos en unión de la autoridad militar, confiada a un reformista».[20]

El general Carrié Etienne, quien había gobernado diez años, capituló el 26 de marzo del propio año 1843. Se embarcó el jefe

[18] Vol. II, pp. 428-429.
[19] García, *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, vol. II.
[20] Tejera, *Monumento a Duarte*.

haitiano depuesto para Curazao y entregó el mando al Consejo de Notables que abrió las puertas de la ciudad a las fuerzas sitiadoras reformistas.

4.– LA JUNTA POPULAR Y SUS ACTIVIDADES

Un doble acuerdo de estas tropas victoriosas restableció la autoridad: en primer término se designó al general Pablo Alí como jefe superior del Departamento de Santo Domingo; una Junta Popular se encargó de conducir los asuntos públicos tal como alude el historiador Tejera. Se formó éste con cinco miembros, de los cuales tres fueron dominicanos y dos haitianos. Juan Pablo Duarte, Pedro Alejandrino Pina y Manuel Jimenes, genuinos representantes del partido independiente de la parte Este; Alcides Ponthieux y Juan Bautista Moom o M. Morín,[21] quienes a pesar de ser liberales en su país occidental encarnaban la constante aspiración de Haití por conservar su unidad territorial. El general Desgrotte se quedó con el mando de las armas.[22]

Proclama del Comité Popular de Puerto Príncipe

A raíz de tales acontecimientos, se publicó una proclama dirigida por el Comité Popular de Puerto Príncipe a los habitantes de la común del Seybo, la cual se hizo extensiva a otros Comités populares del territorio oriental de la isla.[23]

[21] Nouel, *Historia Eclesiástica...*, vol. II, p. 429, señala a Juan Bautista Moon y Tejera a M. Morín (*Monumento a Duarte*).

[22] Ardouin-García.

[23] Libertad o muerte. República Haitiana a nombre del pueblo soberano. Puerto Príncipe, 20 de marzo del 1843, año 40º de la Independencia y 1º de la Regeneración.
El Comité Popular de Puerto Príncipe.
A los habitantes de la común del Seybo.
Queridos conciudadanos, hermanos y amigos:

Duarte enviado a formar otras Juntas Populares

Juan Pablo Duarte fue comisionado para el Comité Popular de Santo Domingo para constituir diversos Comités o subjuntas populares en los demás pueblos del interior de la Colonia marcándosele previamente la ruta que debía seguir,[24] quedándose instalados en Bayaguana y otros lugares del Este y Sur como justifican actas

---

La revolución iniciada el 27 de enero está triunfante. El Gobierno que oprimía el país ha sido derrocado; en todos los pueblos o ciudades donde el movimiento revolucionario se ha producido se han constituido Comités Populares para la conservación de la cosa pública. Somos todos hermanos, hijos de una misma nación, reuniros a nosotros, honrados habitantes del Seybo; inauguréis así, la revolución que nos regenerará, formad vuestro COMITÉ, como el nuestro y mantened el orden con energía, justicia y patriotismo, y lealmente probando, a la faz del cielo y del mundo civilizado que el pueblo soberano de Haití ha tenido la gloria de cumplir una obra única en los fastos humanos; una revolución pacífica y moral.

¡Viva el ejército Popular! ¡Vivan los Patriotas! ¡Viva por siempre la libertad!

El secretario.

E. Nau.

El presidente.

J.N. Jh. Dieudenne.*

* Col. Ofl. Documento de Haití.

[24] Se le entrega a Duarte la ruta marcada de antemano al través de los pueblos por la Junta Popular de Santo Domingo y las credenciales que le otorga.

En Nombre del Pueblo Soberano.

Santo Domingo, 7 de abril de 1843, año 40 de la Independencia y 1o. de la Regeneración.

La Junta Popular de la Común de Santo Domingo.

Al ciudadano J. P. Duarte,

Miembro de la Junta.

Ciudadano, hermano y amigo:

La Junta os autoriza por la presente, para que como cometido por ella y en nombre del Pueblo Soberano, en virtud de cuyos poderes obra ella, instaléis y regularizéis las Juntas Populares que deben regir los negocios públicos en las diferentes comunes de nuestro tránsito, según las instrucciones de ruta que se os han comunicado y las que verbalmente habéis recibido conducentes al mismo efecto.

El presidente de la Junta. Alcius Ponthieux.

El Secretario interino, P. A. Pina (Publicada en *Letras y Ciencias*, #47 del 27 de febrero del 1894, y reproducida en *Clío*, fascículo III, mayo y junio, 1935.

conservadas al respecto.[25] Félix Mercenario sustituyó a Juan Pablo Duarte en la Junta Popular organizada en la Capital.[26]

[25] Acta de instalación, entre otras no encontradas, de la Junta Popular de Bayaguana por el Comisionado Juan Pablo Duarte.
En la Común de Bayaguana, hoy día 25 de abril de 1843, 40 de la Independencia y 1o. de la Regeneración, la Junta Popular de esta Común, reunida en ejercicio de sus atribuciones, a requerimiento del Ciudadano J. P. Duarte, miembro de la Junta Popular de Santo Domingo, autorizado y delegado para la instalación del Comité Popular de esta Común, avisó al público, por una publicación hecha en la plaza, que todos los ciudadanos que posean la capacidad para ser electores se presentaran al Consejo de notables a inscribirse para continuar a la elección de los miembros que deben componer el Comité popular, en consecuencia, al día siguiente a las ocho horas de la mañana, reunido el público en la iglesia parroquial, presentó el director del Consejo de notables la lista de los ciudadanos que se habían suscrito, conteniendo un número de setenta y seis electores. Se dio principio a la votación por el comisionado, asistido de la Junta provisional, nombrando dos escrutadores y dos secretarios. Se procedió, llamando por la lista. Cada elector presentó su boletín al público, depositándolo por los escrutadores en una cajita preparada al efecto, y después de reunidos todos los boletines, el segundo escrutador los fue publicando uno por uno, y los secretarios y el comisionado escribiendo los votos; resultando de la votación haber recaído en el ciudadano Manuel Hurquerque,* 69 votos, Lucas Contreras, 61, y Juan Santana, 46, y los candidatos Eugenio Miranda, Juan Mejía, Claudio Contreras y José Mártir en competencia de votos. Se procedió a una segunda votación, que resultó recaer en el ciudadano Eugenio Miranda, 70, y José Mártir, 42, dando por concluida la votación; quedando compuesta la Junta Popular de los miembros ciudadanos Manuel Hurquerque, Lucas Contreras, Juan Santana, José Mártir y Eugenio Miranda. Se continuó en la elección de un presidente de la Junta y secretario entre ellos y a pluridad de votos eligieron para presidente al ciudadano Manuel Hurquerque y para Secretario al ciudadano Eugenio Miranda, de quienes el comisionado recibió juramento de fidelidad en forma debida. Dando por concluida la operación y concluido este acto que firmaron los miembros de la Junta, exceptuando el ciudadano José Mártir, por no saber el arte de escribir de que certifico.
Firmados en la minuta: Manuel Hurquerque, Juan Santana, Lucas Contreras, Eugenio Miranda. Confrontados: Manuel Hurquerque, presidente, Eugenio Miranda, secretario. (publicada en *Letras y ciencias*, #48 del 15 de marzo del 1894, y reproducida en *Clío*, fascículo III, mayo y junio 1935.
Las demás actas constitutivas de subjuntas locales constan copiadas en las páginas 79 y 80 de la misma rev. *Clío*, en la cit. Edición.

* Debe decir: Alburquerque, o el apellido común en Bayaguana de Hurquerque se corrompió con el de Alburquerque.

[26] Nouel, *Ob. cit.*, vol. II, p. 429, Nota (1).

5.– La unión y discrepancia de los revolucionarios haitianos y los patriotas dominicanos

El acontecimiento así de la Reforma fue aceptado por todos los pueblos de la antigua porción española. Confundidos habían luchado dominicanos y haitianos; pero el éxito de estos partidarios de la Reforma en su país pronto los hizo olvidar su pacto de honor con los primeros y los separó definitivamente de sus aliados de la víspera.[27] Brotó la lucha entre los dos elementos de aquella memorable Junta. Una razón o exposición de motivos, fechada a 8 de junio de aquel año, se dirigió el Comité Popular, por parte de los dirigentes dominicanos, donde se consignó la protesta de nuestro pueblo por no haberse organizado un régimen que asegurara la libertad, y «no permitiese que los hábitos del despotismo tomasen parte en la dirección y gobierno mientras pendiese la suspensión del pacto o Constitución que quedó desvirtuada». Agregándose, en dicho documento que la voluntad popular «no acierta a comprender cómo en el estado de la paz se les asombre con patrullas y acuartelamientos y otras medidas alarmantes dictadas por la autoridad militar, siguiéndose de ellas la desazón pública de los pacíficos habitantes y el desconcierto de voces y rumores». Exigiendo en esta Exposición, «que se reorganice la Junta para proceder con claridad a la ejecución de las elecciones». Y dábanse por enterados los redactores de dicho pliego de que en Puerto Príncipe se habían formado un Gobierno y un Consejo, «de quienes han salido las disposiciones preventivas del número y forma con que han de ser elegidos los diputados que han de concurrir a la Asamblea Constituyente; que sin embargo el pueblo de Puerto Príncipe no constituye ni subroga la libertad de los demás pueblos, no opone dificultad en cuanto al tiempo, forma y número de las elecciones y diputados y se pide que el Comité Popular disponga y ordene sus actos y sesiones escritas, decretando el contenido y forma con que se han de expedir los poderes de los diputados, y que teniendo

[27] «La verdad y Nada Más» de Manuel María Valencia (Archivo de Emiliano Tejera custodiado por su hijo Emilio Tejera Bonetty).

dicha Junta los mismos poderes y facultades que la Junta de Puerto Príncipe, señale los diputados y el sueldo de que deban gozar… que no siendo el pueblo dominicano un pueblo conquistado, sino una porción voluntariamente agregada a la República, los actos públicos deben ser escritos en el propio idioma vulgar del pueblo, y que los diputados para la Asamblea Constituyente reciban el encargo de reclamar la observancia de la Religión Católica, Apostólica y Romana, y que se conserven el idioma, usos y costumbres nativos y locales».[28] Esta exposición, que como se ha dicho por Nouel, era el primer ensayo de la soberanía del pueblo dominicano, produjo una conmoción en el seno del Comité Popular.[29] Como no hubo acuerdo en este organismo por la presión que ejerció el Gobierno ocupante, quedaron entonces delimitados para la Historia los dos partidos que debían disputarse el campo «palmo a palmo» hasta el completo triunfo del uno con la Separación.

El que componían los haitianos que apoyaban la autoridad pública que aspiraba a tener sojuzgada la parte española, y el que integraban los nacionales que aspiraban ya solo a sacudir la dominación extraña.

El partido liberal de Haití que tenía el convencimiento de que su misión era sofocar la conciencia del partido liberal dominicano que iba encaminado hacia la Independencia, no omitió nada para impedir la germinación y desarrollo de la semilla y planta de la libertad, transformándose en recalcitrante y conservador en nuestro suelo. Por otra parte, Hérard se trocaba a su vez en un opresor y tiranizaba, y olvidábase de las promesas revolucionarias.[30] Los partidos en su patria se agruparon en su derredor y hacenlo ídolo; pero ídolo de inconsistente barro que no debía responder ni mucho menos a las aspiraciones populares. Fue

[28] Col. Ofl. de docts. de la Rep. de Haití.

[29] *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo*, vol. II, p. 432.

[30] Es el cuadro de todas las comunidades americanas en su formación política completamente embrionaria y primitiva en su estado social, en que hay un personaje reinante que manda y otro que impera en la literatura, en el arte, pero que no llega al ideal heleno ni al medieval siquiera en algunos aspectos.

Hérard hijo del caos político, del asalto militar, de la revuelta, del río cenagoso de las pasiones políticas, por el acaso del destino. Hombre de cortos alcances, de contextura reaccionaria a pesar de haber surgido improvisadamente del pueblo que no le conocía ni lo acataba, ni era de él su representación genuina, llegó sin embargo, por un aborto de ironía en estos achaques de la política, a ser el árbitro, la misma personificación de la revolución. Hízose el dueño e impúsose a sus compañeros del Gobierno Provisional en Haití. Usurpó el poder supremo. Se erigió en dictador militar, haciéndose jefe de Operaciones, investido de facultades omnímodas. Era el representante de la opresión y arbitrariedad de ese momento. No fue este Riviére, ni mucho menos el caudillo tipo, el *substratum,* la quinta esencia de la masa, el personaje reinante que nos trae a ejemplo el célebre filósofo e historiador Hipólito Taine. «En los diversos casos que hemos examinado, dice, habéis notado, en primer lugar, una situación general, esto es la presencia común de ciertos bienes y de ciertos males; una condición de servidumbre o de libertad, un estado de pobreza o de riquezas, una forma dada de sociedad, una especie determinada de religión; la ciudad libre, guerrera y provista de esclavos, en Grecia, la opresión, la ambición, el bandolerismo feudal, el cristianismo exaltado en la Edad Media; la Corte en el siglo XVII; la democracia industrial e instruida en el siglo XIX; en suma, un conjunto de circunstancias a que los hombres se hallan vinculados y sometidos.

Esa situación desarrolla en ellos necesidades correlativas, aptitudes distintas, sentimientos particulares: la aptitud física, por ejemplo, o la tendencia al ensueño; aquí la rudeza, allí la dulzura; ya el instinto de la guerra, ya el ingenio en el hablar; ora el deseo de mil disposiciones infinitamente varias y complejas; en Grecia, la perfección corporal, el equilibrio de las facultades no menos acabadas por una vida demasiado cerebral o demasiado material; en la Edad Media, la intemperancia de la imaginación sobreexcitada de la delicadeza de la sensibilidad femenil; en el siglo XVII, el saber vivir del mundo, y la dignidad de los salones aristocráticos; en los tiempos modernos la enormidad de las ambiciones desencadenadas; el malestar de los deseos jamás saciados.

Ahora bien este grupo de sentimientos, de necesidades y de aptitudes, desde el momento en que se manifiestan por completo y con brillo en su alma, constituye el personaje reinante, esto es, el tipo que los contemporáneos circundan de su admiración, de su simpatía; en Grecia, el joven desnudo, de hermosa raza, perfecto en todos los ejercicios del cuerpo; en la Edad Media, el monje extático y el caballero enamorado; en el siglo XVII, el cumplido hombre de Corte; en nuestros días, el Fausto o el Werther, insaciable, triste».

Era, no obstante, aquel Hérard mayor, como lo fue Dessalines o Toussaint, el hombre necesario de que tanto se ha hablado, pues sin él no se hubiera efectuado la Reforma como movimiento impulsador, avasallador, coronado con el éxito. La Patria haitiana, primero; nuestra patria dominicana, después; debían nacer o desarrollarse como advierte Zorrilla de San Martín que se formó en general la patria americana, «como se han formado todas las del Universo; sobre la base de un embrión sociológico, más o menos informe, fecundado por la fe y el sacrificio; su desarrollo tenía que ser, como el de todos los embriones, lento y penoso, y debía parirse con dolor, desgarrando entrañas».[31]

A la colectividad haitiana de esos tiempos le son aplicables los cuadros de horror y anarquía que describe Macaulay en la Historia de la Revolución inglesa: «Mucha parte del territorio, dice, que se extiende del otro lado del Treint, permaneció hasta principios del siglo XVIII en estado de barbarie…; bajo el reinado de Carlos II aun se advierten las huellas que dejaron siglos de matanza, saqueo, a muchas millas al norte del Troced, en el aspecto del y en las costumbres anárquicas del pueblo…, se tenía que hacer justicia local y rápida; se mantenían traíllas de perros para perseguir a los malhechores en sus guaridas inaccesibles de las montañas y pantanos; las quintas y granjas estaban fortificadas como castillos; los mozos y gañanes dormían vestidos y armados y con calderos de agua hirviendo y piedras para defenderse, ningún viajero se ponía en viaje sin hacer testamento; se viajaba armado y escoltado».[32]

[31] *Epopeya* de *Artigas*, vol. IV, p. 247.
[32] *Orígenes de la Revolución Inglesa.*

La escuela anexionista de la época

Desde el mismo momento en que se constituyó esa Junta popular en Santo Domingo, se empezó a confrontar de nuevo el pugilato de los dos partidos de que se ha hablado, el haitiano que se engrosaba constantemente con los conservadores de todos los tiempos y antiguos amigos de Boyer, y el dominicano puro que no se conformaba ya en tener como límite la autonomía y la reforma social: aspiraba a establecer el Estado Libre, o mejor aún a reedificar el Estado Independiente del período anterior proclamado el 1º de diciembre del 1821 que no había sucumbido en la Historia y que solo sufría un eclipse parcial en el tiempo. Todavía en la Primera República y al través de todo el curso de nuestra historia nacional, no habrá de desaparecer por completo ese partido anexionista que se imponía con los Bobadilla, Alfau, Caminero, en el seno de la Junta Central Gubernativa, y que acompañó en sus gestiones a los afrancesados, haciendo de aquel general victorioso un órgano de opresión que se daba a discreción a la Madre Patria, formando mucho más tarde los amigos del nórdico de la Ocupación Militar del año 1916, que puso término a la segunda República. En verdad que cuando no existía la República, en el período gestatorio que precedió a la Separación, la cosa tenía más justificación o la obra resultaba menoscabada en menor grado, la falta con más atenuantes, examinada hondamente, desde un punto racional o de relativa verdad, aunque no de cabal verdad histórica.[33]

«Liberales y conservadores promovían la reposición de Haití, dice Cestero, y entonces podían explicarse y así se justifican todas las medidas encaminadas a esa búsqueda, si se ampare en exótica protección: no daba esto fe de patriotismo austero, puritano mas

[33] En su conocido discurso de instalación en la Academia Dominicana de la Historia, Félix Evaristo Mejía, historiador y educador, ha dicho: cómo es aplicable a nuestro pueblo la relatividad histórica, etc.? Ante todo, los elementos lugar, tiempo y circunstancias parecen intensificar aquí su influjo de relatividad de modo notable, y se diría decisivos. Etc. (*Clío*, 6º fasc. nbre. y dic. 1933, Criterio de la cabal verdad histórica, con aplicación a la nuestra.

ofrecía siquiera la apariencia de evolución civilizadora contrapuesta a la barbarie haitiana».[34] Así en riguroso análisis histórico de aquel período embrionario de nuestra libertad, se hallarán en perenne lucha del bien y del mal las dos ideas: pugilato y forcejeo que aún no han acabado en tiempos posteriores.

El proceso histórico en que se desenvolvió la nacionalidad

Voy a avenirme a profundizar en sus más escondidas raíces en ese concepto o noción conservadora dominicana, eminentemente utilitarista, ante la misma filosofía de la Historia. Veré si en realidad estábamos en condiciones para estrenarnos en la vida autónoma e internacional de los demás pueblos del orbe, si obedecía nuestra liberación a un proceso natural, espontáneo, histórico, o si se corrió desventurado azar en nuestro destino público; un malogrado fin trascendente de la Nacionalidad.

Estudiaré, así, el elemento étnico, el social y el psicológico que influyeron como determinantes de nuestro movimiento libre o de Independencia; el proceso histórico en que se desenvolvieron tales elementos para originar el tipo genuino de nuestra raza, y como él se había ido borrando paulatinamente con las emigraciones al continente americano hasta quedar él casi blanco o semi híbrido: el hombre del período precursor del Estado Independiente del 1844. Tratando en resumen analítico la ley histórica a que obedecen los Estados en su formación, pero invirtiendo los términos reservaré para el final las razones propiamente históricas.

En Derecho Público dos concepciones ya clásicas se disputan el campo: una tildada con ironía de sentimental por los espíritus materialistas, o que fungen de tal, que antepone la fuerza del derecho al derecho de la fuerza, en la fundación de los Estados, preconizando la energética que condena la tradición guerrera, pues entiende que el derecho, al reemplazar a la fuerza en las

[34] *27 de febrero de 1844*, pp. 36-37.

relaciones entre las gentes, o comunidades, no puede trocar en energía útil; y la otra, teoría natural o histórica del Estado, en la cual el imperialismo puede recoger todo un rico arsenal de argumentos a su disposición. En esta última escuela, he dicho en otra parte, el Estado es un organismo territorial que se compone de órganos y deberá conformarse a las leyes biológicas, a la concurrencia vital y a la adaptación. De modo que esta política geográfica no toma en cuenta el espíritu de independencia y el patriotismo de los pueblos, ni aun el aporte que pudiera haber dado a la civilización, tal como la primera colonia española en el Nuevo Mundo, sino exclusivamente su poder cuyo símbolo material será siempre el espacio que ocupen. Así se clasifican los Estados en dos grupos: Estados de gran espacio, y Estados de pequeño espacio; y por tanto, no hay para esas teorías sino una circunstancia de vínculo y de geografía en la cuestión.

Llegándose a afirmar que la Independencia de un pequeño Estado inerme en fuerzas o extenso, no debe ser respetada porque esta significaría dar un paso atrás en la evolución de los organismos colectivos, y equivale a tanto como esterilizar y atrofiar la energía que sus habitantes podrían desarrollar en condiciones mejores. Y la gran política sería siempre la anexión de los débiles Estados donde los ciudadanos podrían moverse en mayores espacios o con mayores fuerzas biológicas o étnicas.[35] Los sostenedores de esta escuela de Derecho Público son en gran parte alemanes, y su representante más caracterizado es Ratzel.[36] Pero Auguste Comte creía poder inducir de la historia moderna una ley que era precisamente la inversa de la ley de interacción formulada por la geografía teutona. La ley de descomposición de los grandes Estados. Y para el creador del Positivismo una nación no podría llegar a ser otra cosa de lo que era para el hombre

[35] Ante, J., *Geopolitique*.

[36] Las concepciones ratzelianas fueron formuladas en la *Politische Geographie* del filósofo teutón Ratzel que apareció por el 1897, y luego perfeccionadas en la edición del 1903. El Estado, escribe, descansa en la alianza orgánica de los hombres con el suelo. Y agrega: El vínculo material del Estado no es sino el suelo.

antiguo, una ciudad en descomposición general o que se extendía potencialmente con todas sus fuerzas nacionales –y ¿qué era entonces para Comte la nacionalidad?–. Los críticos del filósofo lo han dicho: «Nada más que un intercambio efímero y sin fundamento entre la ciudad y la humanidad.

La Nación producto de conquistas anteriores, no era sino algo pasajero y provisorio del gran Estado, y debía desaparecer tan pronto como pudiera éste desempeñar su verdadero papel. Y realmente esta idea de nación había surgido en la crisis moderna a que dio lugar el Renacimiento y la Reforma, en plena disolución de la unidad política, perpetrada por el papado de la Edad Media como una imagen lejana e imperfecta de la unidad moral de toda la humanidad.

Hay, pues, en el fondo, una correspondencia secreta entre nacionalidad moderna y anarquía intelectual en estas teorías de Auguste Comte, a pesar de que el ilustre pensador denunció esta última y creyó poderla remediar con el positivismo, puesto que era más fuerte la crisis moderna de la democracia por los acontecimientos notables que habían enunciado la futura descomposición de los principales Estados y que luego fatalmente se cumplieron como una ley moral. Tales como las revoluciones de la Reforma y la Commune y la guerra de Secesión norteamericana. Y era que para la escuela del gran filósofo los Estados debían tener como misión disgregarse espontáneamente.

Las dos teorías de Ratzel y de Comte, aunque opuestas y rivales, ambas se presentan apoyadas en la inducción sociológica. Mas son radicalmente inconciliables y seguidas metódicamente darían lugar a una antinomia de la ciencia política. La conclusión de Comte no es aceptable ni desde el punto de vista de la ética política ni mucho menos desde el elevado concepto de una interpretación imparcial de la Historia. El patriotismo de la nación moderna no se diferencia en nada del patriotismo municipal antiguo celebrado por los poetas clásicos y los oradores. Ahora bien, en cuanto a la hipótesis histórica, de que el verdadero Estado esté siempre destinado a la disolución y el desmembramiento, hay un mentís en el propio acervo de la Historia. Porque, desde 1853, época en que Comte denuncia su ley hipotética, la formación de los principales

Estados nacionales, tales como Italia y Alemania, la resistencia victoriosa de la Unión Americana al desmembramiento de los estados del Sur, la reacción de Francia contra la revolución del 1871, han mostrado la fuerza de cohesión y de expansión que poseen a veces de modo oculto estos grandes Estados. Tampoco el imperialismo geográfico y naturalista de Ratzel trae la fórmula de la verdad. El gran imperio ha sido siempre una creación política inestable, mientras solo ha dado satisfacción al apetito del espacio. La ley de crecimiento por medio de conquistas bélicas y por expansión violenta es contraria a la formación y duración de los imperios. Esta ley que extendió los imperios orientales acabó por fin con el estruendo y el derrocamiento del imperio macedonio, del imperio romano, del imperio árabe, del imperio de Carlomagno, del imperio mongol, del imperio español y del imperio napoleónico.

Los pequeños Estados en su formación han obedecido siempre a leyes distintas a los grandes Estados; pero con causas naturales y espontáneas singulares, esto es, el elemento racial, el elemento geográfico y el elemento lingüístico contribuyeron así constantemente a la composición de la unidad del Estado territorial autónomo, bien que en consorcio con el elemento psicológico, con lo que se pudiera llamar el alma común de las varias ciudades que se congregan para formar este Estado en que existen vínculos geográficos y étnicos, a más de una religión igual y una historia de sufrimiento y luchas nacionales que engendran lo que hay que definir como el vínculo histórico.[37]

A esa ley más que a ninguna otra faltaron, en gran parte al menos, los hombres-cumbres que crearon la patria del 1844, acaso nuestros propios centauros restauradores, quienes eran, en el fondo, sentimentales nacionalistas en su idea de una composición ficticia y sin realidad biológica para formar con los territorios despoblados de la antigua parte española de la isla de Santo Domingo, la estructura real del Estado dominicano. Ese Estado jurídico perfecto y utópico moderno que he combatido y que no

[37] Mejía Ricart, Gustavo Adolfo, *Filosofía del Nuevo Derecho* (inédita).

es siquiera el de Platón que se presenta como un paradigma ante los ojos de la humanidad, conllevando una idea nueva en sí, el innato impulso de los griegos hacia la perfección suma, y que «actuaba en la vida política de este pueblo como un acicate de descontento con la imperfección de lo existente» como observa Werner Jaeger en el análisis de *La República* del gran filósofo.[38]

Se puede sostener en rigor que el conservadurismo de aquel período de incubación de la independencia, no creía con sinceridad en esas teorías territoriales del Estado, pero, quiero suponer a aquellos hombres amparados e influidos por tales ideas materialistas, y que alegaban solo como pretexto bélico para echar afuera a los liberales o separatistas (fundándose en la poca extensión de nuestro territorio para formar dos y hasta un Estado; o su población más absoluta, en unas ocasiones; ora en sus condiciones inferiores raciales a merced de la afluencia incesante de residuos del negro africano traído entre nosotros para sustituir al indio nativo, en los orígenes de nuestra historia ya mezclado o combinado indisolublemente con el oscuro invasor occidental, y esa liga variadísima del blanco hispano existente desde tiempo de la conquista o del criollo resultado de cruzamiento de razas acumuladas en la primera colonia española del Nuevo Mundo, desde las múltiples generaciones): entonces, dejando como argüido en pro de esta tesis proteccionista la falta de elementos propios para formarse un Estado nacional completamente libre, se pisaría terreno seguro no tan solo del pasado sino aun del mismo presente. Porque, se ha afirmado que la verdad histórica sin desfiguraciones de ayer como de hoy, es que no tenemos ni nunca hemos podido contar con el elemento étnico superior, sin mengua de otros factores que influyan en una superior ley mesológica, para constituir una colectividad de hombres blancos civilizados, pues apenas una mitad de nuestra población es de abolengo europeo, aun dando crédito a inflados datos estadísticos de los últimos tiempos, en tanto que campea y nos rige casi siempre el pardo nativo que es un producto de mezclas raciales.

[38] Paideia, *La Justicia y el Estado perfecto*, vol. II, cap. IX, p. 245.

Dando las espaldas naturalmente a la tesis cósmica acerca de las razas americanas echada a rodar por el gran escritor azteca José de Vasconcelos, la cual sostiene una igual aptitud para la formación de los Estados libres, y de una superior civilización. Y todavía a aquella teoría nueva de la filosofía de la Historia con que Hermann Schneider augura una cultura distinta y brotada de su seno en la formación de toda la raza o fusión de sangre, se producen ciclos históricos que oscilan de 500 a 700 años, que arrancan desde la originaria mezcla de la sangre hasta el estallido de la grande cultura que asoma con el canto del primer gran poeta de la raza.

Vaticinando así para nuestro Continente una espléndida civilización. «Hay que esperar con expectación, dice, ¿qué van a producir en América los dos primeros siglos del próximo milenio para la cultura de la humanidad, después del largo período de preparación que comenzó en el siglo XVI?» Mas, aun aceptando hipotéticamente aquella verdad conservadora que negaba las condiciones originarias al hombre dominicano como apto para ser levadura de un nuevo Estado, y que habría que conceder al par que estotra: carecemos de instituciones firmemente orientadas desde su remota genealogía para responder a nuestro medio embrionario e incipiente; que nuestras costumbres toscas o primitivas en la mayoría que forma el conglomerado o masa, que no es únicamente la escasa población culta de las pequeñas ciudades que poseemos, y que nos reducen a un estado social que está muy lejos de tener caracteres bien definidos o fisonomía para ajustarse a la unidad del gobierno propio y la autonomía como Estado independiente, edificándose una nacionalidad suficientemente sólida en sus órganos y funciones integrales y en su vida económica, para que poco a poco hubiera podido reaccionar contra los sedimentos africano y haitiano que salían a su superficie con sus hábitos de anarquía y de holganza atávicos; aseguro que no fue tal orientación positiva, a tal especie especulativa de la Filosofía de la Historia a lo que obedece la egoísta casta de oriundos extranjerizantes o mercenarios: porque sin reboso, pero para que la conseja de aquel partido moderado o proteccionista tuviese algún viso de verdad había de ser probada, vale decir, que

no hubo medio alguno de reaccionar contra ese sedimento inferior racial, y sus tradicionales costumbres de pugna y de ferocidad semibárbaras.

De esta guisa quizá se hubiera podido decir que incautos nos aventuramos en un destino político muy superior al de nuestras fuerzas, y frustráramos, así, nuestra historia, con una Independencia demasiado prematura, atendiendo solamente a un aspecto afectivo y que se pudiera calificar de patriótico en la solución del problema de la nacionalidad dominicana.

Pero no fue a estas razones filosóficas, a estos móviles de alta política histórica, a este pensamiento recóndito que pudiera juzgarse justo y reposado, a que atendió el conservadorismo en su tenaz porfía contra el separatismo que forjó la Primera República, sino más bien a la necesidad de seguir su vieja tradición de fidelidad a las costumbres serviles arraigadas en la Colonia, en tan gran medida como a la conveniencia de seguir medrando estos partidos moderados o anexionistas a la sombra del dominador extraño que les dispensaba honores y poder desde un pasado que casi se perdía de la página del tiempo colonial hispánico eternamente rememorado y aún vivo en nuestro estado actual en que están los regímenes social y político, desde entonces, en plena discrepancia.

Además no sería este fenómeno ocurrente tan solo en nuestro país, porque también se hiciera palpar en la totalidad de la América del Sur, y en esa misma época que estoy historiando, en el Perú, con mayor territorio y mejores recursos naturales, ocurriera lo propio: el pueblo apenas sí quería la Independencia, solo ambicionada por un grupo social mejor preparado; y era porque no respondían a estas liberaciones como entre nosotros otra cosa que el elemento psicológico meramente sentimental de nuestra idiosincrasia indoamericana. Así se lo dijo llanamente el libertador San Martín a su glorioso cofrade Bolívar, en la histórica y célere entrevista. Empero lo cierto es, lo rigurosamente histórico, como ya he dicho en el volumen anterior, que constituimos entonces como en el 1821, una sociedad en formación, con sus factores integrales de un Estado político en agraz, y completamente *sui génesis*, como en el resto del mundo americano.

Por eso es por lo que hay que convenir con este orden de ideas, que el verdadero prohombre de visión clara que hemos tenido, no ha sido el magnánimo y óptimo patriota Duarte, ni el esforzado o ardido Sánchez, el Alcides del Baluarte, sino ese José Núñez de Cáceres que supo bien que únicamente al amparo de la fuerte y centralista Colombia se podía mantener una nacionalidad compuesta de embriones sociológicos desemejantes y dispersos en ámbitos superiores a su escasa población y retrasadas costumbres, sin elementos autónomos de vida y sin caracteres raciales e históricos. De ahí que, sin la gran culpa que pesa sobre Santana, sin su obsesionadora ambición de poder y de honores, su figura alcanzaría gran consistencia ante el juicio ya más acabado y definitivo de la Historia. El miedo acerbo al haitiano y la superioridad numérica innegable de él nos ponía a merced, como ya demostraré; y motivo de civilización y estabilidad social podían obligarnos a evitar a toda costa y sacrificio este hecho ominoso a que nos condenaba el drama oscuro de nuestra historia.

Aviniéndome por esto a razones más ponderadas entre los historiadores y publicistas de ahora, aunque no confesadas explícitamente por pusilanimidad inexplicable, para cediendo a la verdad histórica a que debemos, en grande manera, y desgarrando así la más prístina túnica de patriota y de idealista o de ferviente enamorado de la libertad y del derecho, que siempre me ha cubierto al través del pasaje con término de la vida, pudiera ya aventurar la incauta conclusión de que todos nuestros descalabros democráticos y los vicios de que permanentemente ha padecido la República con sus tumbas y dolamas innatas, son el resultado y tienen por única causa la falta de madurez y preparación para nuestra Independencia.

¿Debimos haber sido libres mucho tiempo después de cuando el magno suceso accedió? ¿Avanzamos más de una centuria la Historia? Trilladas las veredas al cabal concepto de esa Historia, en confirmación de lo que antes dejé dicho, y siguiendo el curso del debate de tales ideas atravesadas la una a la otra, voy a remontar al mismo período del renacimiento del separatismo, cuando la política del elemento haitiano dominante había hecho la delimitación de los dos partidos de que hice mención.

Y he aquí que el bando moderado no combatía exclusivamente al liberal, el cual tendía a la emancipación,[39] sino que pedía protección y ayuda a la monarquía española por la mediación del comisionado Antonio López de Villanueva, soldado de la Reconquista, quien al fin y al cabo no trajo más que evasivas del comandante general del Departamento de Santiago de Cuba, Gerónimo Valdés, muy a pesar de la carta de introducción de que iba provisto, y la cual le entregara personalmente el cónsul general de España en Jamaica.[40] Fue en este instante en que se arrojó por primera vez al barco la semilla anexionista, por los afrancesados que comandaba el coronel Buenaventura Báez, en este triste lance de la Nacionalidad, y cuyos frutos debía recoger en la firme mano veinte años después el duro sargento Pedro Santana y sus nefandos secuaces. Pero antes de tratar el aspecto de Puerto Príncipe y lo que se conoce con el nombre de Plan Levasseur, objeto del primer capítulo del próximo volumen sobre la Libertad condicionada o proyecto de Independencia del año 1843, retrocederé muy mucho para sacar verdadero el argumento en pro de la acogida hipótesis de que el arquetipo histórico dominicano, de antigua estirpe castellana, se había esfumado ya de nuestros lares, quedándonos con el hibridismo, producto de mezclas que hacen fallar la ley de las mareas cíclicas y en cuyos tipos tan variadísimos y pintorescos la fisiognómica no podría con seguridad fijar ningún rasgo prominente.

Asimismo reseñaré después el momento decisivo en que el sufragio iba a evidenciar de manera ostensible y pertinaz la victoria de uno de los partidos en que se dividía la opinión pública del país. Ese momento casi solemne de nuestra historia en que las Asambleas Primarias habían sido convocadas para la elección de las Juntas Electorales que a su vez tenían que escoger los diputados a la Asamblea Constituyente.

[39] Los conservadores denunciaban a las autoridades haitianas los trabajos patrióticos de los separatistas, por medio de impresos, entre los cuales se significaba *La Chicharra*, dado a luz ex profeso para este fin tal como lo refieren escritores de la época (Serra, *Apuntes*…).

[40] García, *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, vol. II, p. 66, ed. 1879.

6.– El factor económico como causa eficiente histórica en la decadencia de la antigua posesión española en contraste con la prosperidad inusitada de la francesa de Saint-Domingue

Tomaré como guía, al través de nuestra historia, a la sombra del historiador Lepelletier de Saint-Rémy, remedando lo que hiciera el formidable florentino al seguir los pasos de su maestro Publio Virgilio, al penetrar en la senda oscura.

Se confrontó el pasmo más grande de la historia ante esta naturaleza antillana. Apenas tres siglos habían pasado cuando pisaba una extraña raza cósmica el suelo del oeste de la isla de Santo Domingo. Brotaba una nueva civilización nebulosa en aquel limitado y grandioso a la par de la más verosímil Atlántica. Dos razas de hombres se disputaban el terreno y el episodio heroico florecía por doquier en aquella estrecha y magnífica tierra tropical. Habían vencido por el número los titanes de ébano sobre los descendientes de los gigantes aventureros de la conquista. Como explica el citado Saint-Rémy, aquellos hombres blancos de la parte oriental de esta isla «son como barridos por un terrible huracán, después de haber pasado al través del sueño de una fabulosa prosperidad. Media centuria solo había pasado y una nueva raza de hombres hacía temblar a Santo Domingo bajo sus pies».[41] Hurgaré ahora la causa eficiente e histórica del fenómeno ocurrido y de la decadencia de la población blanca europea en la antigua parte española.

Debo evocar siquiera someramente el ciclo colosal de la colonización. De regreso de la minúscula isla del archipiélago lucayo denominada Guanahaní,[42] el Almirante a nombre de León y

[41] Saint Domingue, etc., vol. I, cap. I, p. 3.

[42] En el *Diario* de Colón al referirse a la isla Guanahaní, llamada por el Almirante San Salvador, se lee lo siguiente: Esta isla es bastante grande y muy llana. Tiene un gran lago en el centro. La configuración de la isla es la de una habichuela y su vegetación tan maravillosa que es un placer contemplarla. Después de dos días en tierra, el 14 de octubre, el gran nauta escribe: A la caída de la tarde he ordenado alistar los botes de las carabelas y me dirigí a lo largo de la isla con dirección nordeste a fin de ver las poblaciones. Los habitantes se acercaron a la playa y nos urgieron a que

Castilla plantó su estandarte en la tierra que llamó la Española.[43] Pasaron tres lustros escasos para que florecieran quince villas de castellanos, según el fiel relato de Herrera.[44] Mas tales esplendeces fueron obras fugaces del tiempo que solo hiló en su rueca un cuarto de siglo. La deidad bienhechora de nuestros colonos había cesado de tocar con su maravilla mágica nuestro suelo. La decadencia fue tan absoluta y rápida como su anterior

---

desembarcáramos allí, pero yo le temí a los arrecifes de viva roca que rodeaban enteramente la isla, aunque en el estrecho hay un puerto capaz de acomodar todos los buques de la Cristiandad». Esta no es una suficiente información respecto de la primera isla que descubrió el inmortal marino genovés, pero es lo único histórico que nos queda a ese respecto. Luego se han hecho muchas expediciones para la identificación de la Guanahaní entre las treinta grandes islas y más de seiscientas isletas del archipiélago de las Lucayas o Bahamas. Todas gozan de predilección de parte de geógrafos e historiadores. Mas diez son las únicas a considerar porque Colón al venir al Este ha debido solo tropezarse con el primer grupo en el vasto océano. Acerca del análisis de estas islas, Halliburton, en su interesante trabajo, *Los restos de Santo Domingo*, los auténticos, publicado en *The Sunday Star*, de Washington, nos refiere: Gran Abaco tiene el tamaño. Una isla grande, pero no hay lago alguno. Volamos sobre Eleuthera. Desde el aire parece una serpiente, de ninguna manera habichuela. Concepción, la próxima, está rodeada de arrecifes, pero la mitad solamente, no enteramente rodeada. Yuma Fernandina no tiene arrecife alguno, Samaná tiene la forma de una habichuela, pero es lo único que tiene en abono. Isla del Gato, me ocupó un día entero. Esta fue siempre una gran candidata para el honor, desde que Washington siguiendo las conclusiones de un oficial de Marina americano escogió la isla del Gato como la de la recalada, en su gran *Biografía de Colón*, etc.

[43] Los indios le llamaban Haití, isla de mujeres, y los conquistadores le cambiaron el nombre por Isla Española y todavía algunos escritores, latinizando el vocablo e incurriendo en barbarismos, la denominaron Hispaniola, nombre adoptado por centros geográficos de América del Norte. Luego los españoles nombraron a toda la isla Santo Domingo, a principios del siglo dieciséis en época del comendador Nicolás de Ovando, y más tarde los franceses sólo distinguieron con ese apelativo a la parte oriental. Esas dos nominaciones históricas han sido consagradas oficial y geográficamente en los mapas actuales.

[44] Antonio de Herrera y Tordecillas, *Historia General de la gesta de los castellanos en las Islas de la Costa Firme del Océano* (del año 1492 a 1554), Madrid, 1601, 1615, 4 vols.

prosperidad. Bastará traer a la memoria el ya clásico cuadro histórico de un celebrado cronista de la epopeya. «Los domingos y días de fiesta se decía una misa antes de amanecer el día, a fin de que aquellos que no habían tenido vestimentas y mantas para cubrirse decentemente, pudieran entonces ir a satisfacer el precepto de la Iglesia».[45] La ciudad de Santo Domingo, agrega fr. Domingo Fernández Navarrete, arzobispo metropolitano, en su arcaica *Relación de las Ciudades, Villas y Lugares de la Isla de Santo Domingo*, que es la metrópoli cabeza de la isla, consta de dos mil novecientos y setenta y siete personas[46] de confección, incluyéndose con ellas la milicia y gente libre y esclava, que asiste de ordinario en las haciendas del campo dentro del distrito de más de catorce leguas. Las setecientas son españoles, novecientas e setenta e siete españolas. La tercera parte estas ni oyen misa por falta de vestidos. Esclavos y esclavas, mil y trescientos. Los demás son pardos y mulatos, varones y hembras, libres. Etc.[47]

Esto ocurría el 21 del mes de abril del año 1679, al decir del citado Herrera Tordecillas.

La causa de tan prematura decrepitud en la parte Este tenía fácil explicación, nos la dan todos los que del asunto se han ocupado, entre ellos el propio auditor del Consejo de Estado francés, Lepelletier de Saint-Rémy, cuando refiere «España se descuidaba, perdía interés en la colonización de su primera posesión en América a medida que se desorbitaba su pupila voraz ante los tesoros del Dorado de la Costa Firme. Así el vencedor de Moctezuma había sido secretario de la Municipalidad de la villa de Azua, que estaba situada al sur de la costa de la isla».[48] La codicia de los conquistadores hacía lo demás: se vaciaba la población de Santo Domingo en los flamantes imperios hechos con las tajantes de Cortés y de Pizarro, Oviedo y Valdés nos narra que la desaparición de los indios se debió al azote del hombre blanco

[45] Herrera, *Descripción de las Indias Occidentales.*
[46] Ilegible.
[47] Domingo Fernández de Navarrete, *Relación de las Ciudades, villas...*
[48] *Saint Domingue...*, vol. 1, cap. I, pág. 4 y sigts.

europeo.[49] Se recuerda en muy antigua relación que luego de la conquista en una sola epidemia de viruelas se enterraron doscientos mil de aquellos oriundos. El hecho consignado es que, en el 1533, no quedaban sino cuatro mil supervivientes de la titánica y sufrida raza, en tanto del bravo cacique Enrique. Moreau de Saint-Mery da testimonio de que, en el mismo 1789, se veían los vestigios de las obras de defensa que había levantado este último «señor de Baoruco», en las inmediaciones de la laguna de Enriquillo.

Orígenes de Haití

Este citado historiador Moreau de Saint-Mery con gran clarividencia ofrece los orígenes de Saint-Domingue en paralelo con el Santo Domingo español.

El mar arrojó en un naufragio algunos aventureros normandos en la isla por el año 1630. Entonces, un gentil hombre, Niel de Enambuc, acompañado de un audaz grupo de cadetes, fundó en San Cristóbal el primer establecimiento galo en el Caribe. Echados de esta tierra por iberos, los camaradas de Enambuc se dispersaron, mas una parte de la expedición fue batida por los vientos, y lanzada a la isla Tortuga, donde un estrecho canal la separa de la de Santo Domingo. Refugio fue aquella islita, ya famosa en la Historia, de una legión de aventureros de todas las naciones que en sus interminables y osadas corrientes infectaban el Mar de las Antillas, tal como ocurriera a los helenos en el Mediterráneo.[50]

Abordaron presto los unos, la costa norte de la isla que estaba casi desierta multiplicábanse: se dedicaban a la caza, a la pesquería, a la preparación de carnes saladas y viandas que ellos vendían a los holandeses; y extendiéronse a todo lo largo de esa costa, no atreviéndose a avanzar tierra adentro; estos fueron los llamados bucaneros .[51] Y los otros equiparon buques y se dieron a

[49] Nau, *Historia de los Caciques de Haití*, vol. 1601.

[50] Alexandre-Olivier Oexmelin, *Historia de las aventuras filibusteras en las Indias*, 4 vols.

[51] Charlevoix, *Historia de la isla Española o de St. Domingo*, II vol., p. 3 y sigts.

la caza de navíos españoles, aunque teniendo su centro de operaciones en la propia Tortuga: tales eran los filibusteros.[52]

A ambos bandos se les conocían, según las relaciones fidedignas de aquellos tiempos, con la común denominación de Hermanos de la Costa. Sus hazañas llenaron páginas enteras de la Historia! Eran fieros y porfiados contendores del hispano que le cerraba el paso en la isla de Santo Domingo, bien que estos piratas hacían a veces excursiones hasta el Mar del Sud cuando les faltaban embarcaciones que apresar en nuestro *Mare Nostrum*. Hechos maravillosos de tan bravos hombres nos los relatan los misioneros Dutertre y Pedro Francisco Xavier de Charlevoix. ¡Fueron los tiempos verdaderamente heroicos de la Colonia!

A pesar de lo narrado anteriormente y deducido de los escritores bien enterados que han escrito acerca de tal época, el padre Charlevoix, en su *Historia de la Isla Española o de Santo Domingo* hace la llegada M. M. de Enambuc & del Roffey, capitanes de Vaiffeaux, en unión de los ingleses conducidos por M. Varnard, al año de 1625, esto es, un lustro por lo menos precedido a la fecha indicada como su arribo por otros autores de donde extraje el dato del 1630, porque, aquel momento lo toma de inicio el sacerdote historiador mencionado, para que, las expediciones de las dos partidas de aventureros que hacían empresa común, fuesen a explotar ambas márgenes del establecimiento que en otrora fundaron y llamaron San Cristóbal, creyendo en un principio que lo hacían en una isla aparte.[53]

Estos fueron los fundadores de Haití, quedaron en ocasiones exterminados por los poderosos émulos iberos, notoriamente en 1638, más la raza fuerte subsistió para la Historia. Pasó ella a ser en el oeste de la isla una colonia francesa.

Ya en 1665, la Compañía de las Indias Occidentales que sufría el éxodo al cual la condenaba el Edicto de julio del 1664, al mismo tiempo que las Indias Orientales, establecieron las más antiguas relaciones con los súbditos franceses de dicho territorio occidental, y le imprimieron poderoso impulso a su desarrollo

[52] Oviedo. Casa Herrera.
[53] Vol. II, p. 1 y sigts.

industrial. Convirtióse pues la isla en centro de grandes actividades coloniales.[54] Así la caña de azúcar, a pesar de la mofa del padre Labat,[55] afírmase que es indígena en América. Según Sánchez Valverde los españoles la tomaron en las islas Canarias y lleváronla al Viejo Continente.[56] «Se sabe, dice Saint-Rémy, que esa caña, introducida en Europa por los árabes había enriquecido, en el siglo IX, los cálidos campos de Rhodas, Grecia, Sicilia y la península Ibérica».[57] Nuestro mismo Valverde comprueba que en 1535 existían algunos ingenios de azúcar en la metrópoli. Anotando que 78 años después, la producción de azúcar en la parte francesa de Santo Domingo, se elevaba a 1,527,750 quintales.[58]

Mas lo que constituía la principal industria de la Colonia era el tabaco o túbano, el cual era oriundo de los países intertropicales. Otro, si el algodón se daba espontáneamente en nuestro Continente así como en la India.[59]

«Los mejicanos, según el abate Clavigero, hacían tan bellas telas de algodón, tan finas y tan bellas, como telas de Holanda, y eran muy estimadas en Europa.[60]

«Entre ellas figuraron las enviadas como presente por parte de Cortés al rey Carlos Quinto. «El crece (el algodón), agrega Valverde, tanto en terrenos fértiles como áridos». Y el cacao, de acuerdo con el testimonio de este mismo escritor indígena, se daba igualmente en la antañosa isla Española. En cuanto a la introducción del café en la colonia francesa antillana pertenece ya a la Arqueología económica. Aunque fue importada de la Martinica a Santo Domingo, fructificó allí, casi milagrosamente.[61]

[54] Bonneau, A., *Haití...*, p. 41, vol., p. 26 y sigts.
[55] *Nuevo Viaje a las islas de América*, vol. V, p. 225 y sigts.
[56] *Valor de la Isla Española...*
[57] *Saint Domingue...*, vol. 1, p. 23 y sigts.
[59] *Diccionario del Comercio*, ya cit. en la materia Compañía de las Indias Occidentales.
[60] Bonneau, *Ob. cit.*, p. 41.
[61] Moreau de Saint-Rémy, *Lois et Constitutions de les Colonies francais In Amerique...*, vol. III, p. 331 (la Declaración del Rey de set. del 1732 que permite la exportación de café.

Estos fueron los cimientos imponderables de aquella insólita prosperidad de la colonia francesa de que antes he hablado en esta obra. Lo confirma Francisco Charpentier, decano y director perpetuo de la Academia Francesa, en sus *Discursos de un fiel sujeto del rey sobre el establecimiento de una Compañía, El Comercio de las Indias Occidentales* y *Relación del establecimiento de la Compañía*.[62] «A medida que los pobladores producían riqueza del seno de la tierra extraída sin civilización, refiere Saint-Rémy: los heroicos bandidos se trocaban en inteligentes y trabajadores plantadores».[63] «Curiosa historia digna de narrarse porque ella ofrece un sujeto de estudio único en la historia del siglo XVII». La lucha del hombre de hierro contra los salvajes que los tomaban por dioses, añade Saint-Rémy: es la pugna de dos nacionalidades idénticamente fuertes, disponiendo de los mismos medios de destrucción, y donde los unos desplazan a los otros. La ocupación de la costa de Santo Domingo por el bravo descendiente de la Tortuga, es la colonización modelo.

Las cosas pasaron como en todas partes, a medida que se alargaba ese doble cinturón francés que partía de la extremidad Norte, descendía irremisiblemente hacia el Sur.

Después se proyectaban nuevas cruzadas. Fundábanse las primeras poblaciones al borde del mar para que estuviesen más cerca del comercio y menos de los pastos de los españoles. La posesión se consolidaba y la nuevas excursiones de hombres que llegaban iban encontrando un litoral ocupado, arriesgándose ellos entonces en las tierras que estaban situadas debajo de la primera línea. Una tercera línea seguía a la segunda que había tomado. La marea humana remontaba con la fuerza que poseen las razas conquistadoras. Y habría acabado por convertirse en predio de Francia con la isla, sin saberse dónde se detendría la ocupación francesa, a no ser que, en 1700, apareció en Madrid una carta de la isla, trazada por el geólogo del rey de España, que, para simplificar la cuestión planteada, marcaba una línea derecha de Puerto

[62] Obra rara y preciosa en su tiempo.
[63] Obra ut supra, vol. 1, p. 25.

Plata a la embocadura de Neyba, como delimitación de las dos Colonias».[64] Cierto es que los colonizadores galos se habrían tendido al través de las planicies de sus convecinos de la porción oriental, ocupándolo todo, de no tomar firme actitud los gobernadores hispánicos allegando recursos para detenerlos con obras de colonización y suscribiendo tratados que reconocían implícitamente la posesión tomada *manu militari* por la invasión francesa; pero que señalaban límites en su *Historia política y estadística de Santo Domingo*, futuro a sus abusivas extensiones.[65]

El publicista Plácido Justin en su *Historia política y estadística de Santo Domingo*, remonta a la Paz de Ryswick, en 1697, la delimitación de los dos territorios de la isla: «Luis XIV obtiene una cesión regular de la porción del Este de Santo Domingo que el derecho de conquista había hecho franco desde hacía cuarenta años; pero que el mismo derecho podía también trocar de nuevo en español una segunda vez. De acuerdo con esta Convención, los límites de las posesiones francesas fueron fijadas desde la punta del Cabo Rosa por la Costa septentrional, y bordeándola por la Villa de Isabela, Santiago; y la punta de Beata por la costa meridional».[66] Se estableció una segunda línea fronteriza en 1730, aunque es solo en 1776 que todos los conflictos se intentaron resolver por un tratado pactado en San Miguel de la Atalaya que fijaba nuevas barreras territoriales, y que debía completarse y firmarse en Aranjuez el 3 de junio del 1777.[67]

Pero consta en la *Compendiosa Noticia de la Isla de Santo Domingo*, que nos da el arzobispo Domingo Pantaleón Álvarez de Abreu, por resultas de la Pastoral General visita de su cargo, que la Capital de Santo Domingo ya en 1739 «está fundada en la parte Sur de dicha isla y por el Norte tiene un brazo de mar en

[64] Saint-Rémy, obr. cit., ut supra, vol. 1, p. 26 y sigts.

[65] Véase «Description de la partie espagnole de Saint-Domingue» de Moreau de Saint-Rémy, introduction: Abrege historique de ce qui a eu lieu, relativement aux limites, entre la colonie espagnole et la colonie francaise de Saint-Domingue.

[66] Páginas 98 y 129.

[67] Véase Anexo 38.

forma de río que llaman estos habitantes la Osama, etc.». Dicha ciudad tiene una muralla antigua irregular con diferente Baluarte, y suficiente porción de cañones así de bronce como de hierro, para cualquier defensa que se ofrezca.

Hallábase en esta Plaza un batallón nuevamente formado de orden de Vuestra Magestad con los correspondientes oficiales al que hace el oficio que debe con la posible puntualidad.

Los vecinos de este pueblo son 1,800 el mayor número de negros y mulatos libres, y esclavos, y es muy corto el de blanco y de estos las familias principales llegaran a doce o quince porque la pobreza del país las ha extinguido y se puede temer que les dé fin. Ay una Iglesia Cathedral erigida en el 12 de mayo de 1512 cuya estructura es muy decente, etc. Ay en esta ciudad un tribunal de audiencia compuesto de seis sugetos, un ayuntamiento, secular de dos Alcardes, anales por su elección y algunos regidores. Tiene tres conventos de frayles de los religiosos de Santo Domingo, San Francisco y nuestra señora de las Mercedes. Etc. Ay un Colegio de Compañía de Jesús en donde habitan cuatro sacerdotes y un rector con tres coadjutores, etc.».[68]

7.– La falta del embrión sociológico, de población y de cultura como factores del futuro Estado

Ya en el 1740, como consecuencia de la guerra que sostenían España e Inglaterra, empezaron a afluir muchas gentes extranjeras las cuales se radicaron en la colonia española. Tal así que el censo de la población en el año 1783 arroja una cifra global de 117,100 habitantes, incluyendo a los 14,000 esclavos. Y el empadronamiento del 1785 acusa un aumento de población del 30% sobre la cantidad consignada. La suma de este censo fue de 152,540 almas, a más de 30,000 esclavos.

Además, muchísimo antes del siglo XVII, por 1568, el licenciado Echagoian informó al Rey, que la población de la isla de Santo

[68] Véase dicha relación histórica en la revista *Clío*, ed. mayo y junio del 1934, págs. 95 y sigts.

Domingo se había mermado hasta llegar a la cifra de ocho mil habitantes, de los cuales solo unos novecientos eran españoles o descendientes de los mismos, mil indios y el resto negros esclavos.[69] Contribuyó en gran manera a esa escasísima población de la Colonia las reiteradas calamidades que se padecieron en ella, tales como diversos huracanes que azotaron a Santo Domingo, y siendo los más importantes los del 5 de octubre del 1526; dos en el año 1530 (el del 26 de julio y otro el 23 de agosto); y a más los del 12 de julio del 1535 y 22 de septiembre del 1575. Y sobre todo, el día 2 de diciembre del 1562, que sacudió la isla un violentísimo terremoto el cual destruyó totalmente a La Vega, y Santiago, haciéndose sentir en cuanto a sus daños en Puerto Plata, Cotuy, Boyá y otras villas del Norte y Centro. Y hasta en el año 1614 hubo de nuevo terremoto que produjo grandes pánicos y destrucciones de obras en Santo Domingo, y resultando con grietas algunos edificios públicos como la Iglesia de las Mercedes y el Convento de San Francisco.[70] Azotaron, sucesivamente, en el 1615 y en septiembre del 1642, otros huracanes el litoral sud de nuestra

[69] Los blancos estaban distribuidos conforme a este cuadro:

En	Santo Domingo	500	vecinos	jefes	de	familias.
”	Cotuí	100	”	”	”	”
”	La Vega	40	”	”	”	”
”	Yaguana	40	”	”	”	”
”	Puerto Plata	40	”	”	”	”
”	El Seybo	20	”	”	”	”
”	Higüey	20	”	”	”	”
”	Puerto Real	20	”	”	”	”
”	Azua	20	”	”	”	”
”	La Maguana	20	”	”	”	”

El resto de esa población española estaba diseminada en los centros rurales, no existiendo ninguna raza blanca en La Buenaventura, por ya estar agotadas las minas que dio lugar a la fundación de esta villa. Además los indios vivían en los campos de Boyá, Yamasá, Cayacoa, y los esclavos trabajaban en los ingenios y labranzas, y acaso sólo una pequeña porción de empleados en los centros urbanos que se dedicaban al servicio doméstico.

[70] Este terremoto citado por Luis Gerónimo de Alcocer, lo sitúa fr. Gabriel Tellez, el famoso mercedario que usaba el nombre profano de Tirso de Molina, como hecho acontecido en el año 1617, tal como se advierte de su *Historia General de la Merced.*

isla, y fue tal la penuria que sufrió en las propias villas principales y en la Capital que la gente blanca llegó a estar vestida de harapos, los negros andaban completamente encueros, como lo dice en un soneto fray Damián López de Haro, desde San Juan, a una dama de Santo Domingo, que le preguntó cómo era Puerto Rico.[71]

La situación de la Colonia llegó a empeorar en tal forma, que, algunos historiadores que tomaron el dato del padre Valera, fijan la población por el 1739 en seis mil habitantes, los cuales desparramábanse en Azua, Santiago, Cotuy, Bánica, Monte Plata, Bayaguana, La Vega, Higüey, Seybo y Santo Domingo. Aunque puede haber exageración en la cifra de esta exigua población, si se toma en cuenta que las referidas villas se habían hecho más numerosas con sujetos de las islas Canarias, por orden del monarca español, y habían reaccionado algo, Puerto de Plata, Monte Cristi,

[71] Esta es Señora, una pequeña islilla
falta de bastimentos y dineros,
Andan los negros como, en esa, en cueros
y hay más gente en la cárcel de Sevilla.
Aquí están los blasones de Castilla
en pocas casas, muchos caballeros
todos tratantes en xenxibres y cueros
los Mendoza, Guzmanes y el Padilla.
Hay agua en los algibes si ha llovido,
Iglesia catedral, clérigos pocos,
hermosas damas faltas de donaire,
la ambición y la envidia aquí han nacido,
mucho calor y sombra de los cocos,
y lo mejor de todo un poco de aire.*

* Se acabó de arruinar la poca población que aún había por el terremoto de 1666, las epidemias del 1666, tales como viruelas, sarampión, llamados por eso, por los colonos, el fatídico año de los seises; el ciclón del año 1672 que dejó en la mayor miseria los centros urbanos y rurales coloniales, y el terrible terremoto del 9 de mayo del 1673 el cual se sentía sobremanera en la parte meridional de la isla. Y en 1684, repitióse otro terremoto que destruyó varias villas principales y en que sufrió tanto la misma Santo Domingo, y siendo realmente de imponderable merma la población de la Capital en el año siguiente del 1685. Por tal, puedo hacer la afirmación histórica, de que en las postrimerías del siglo XVII la situación de La Colonia era sumamente crítica, por la despoblación en villas y campos, el abandono de la agricultura y el agotamiento de toda vida civilizada.

Bayaha, y los pueblos de Guaba, Bonao, Jánico, San Juan, Neyba, Boyá y Baní y los centros donde se concentraba la gente negra: Los Mina y El Maniel. Se puede, pues, presumir, que cabe error aquí cuanto a la población se refiere, y que la cifra de Valera debe adjudicarse más bien a la capital de Santo Domingo, puesto que la total población de la Colonia debió alcanzar en esa época unas diez mil almas.

En cuanto a las aludidas cartas geográficas delineadas con motivo de la convención limítrofe del año 1777, ellas marcaban dos puntos definitivos a la Colonia francesa que le separaban de la española: en la ribera del Dajabón o Massacre, por el Norte; sobre las márgenes del río Pedernales o des Anse-a-Pitres, por el Sur; entre estas líneas se encerraba una figura geométrica irregular de más de 230 leguas de litoral.[72]

Fue a partir del 1725, según las mejores noticias indagadas hasta ahora, que la parte Este entró en una era de relativa prosperidad en todas sus fases. Estaba regida por la Audiencia de Santo Domingo que controlaba al gobierno colonial cuya jurisdicción era vastísima y que comprendía los asuntos políticos, jurídicos y administrativos. El gobernador era el presidente de dicha Audiencia, y el capitán general de la Colonia.[73]

Empero, la industria haitiana sufrió una honda conmoción después de la Independencia del aledaño país en 1804, pues su espléndida situación agrícola en los años 1789 y 1791, había desaparecido. Así lo establece en su interesante obra *Haití* el notable publicista Bonneau. «La población total de la Colonia era aproximadamente de 700,000 almas, dice, de las cuales 40,000 los componían hombres de color o negros libres. La masa bajo el régimen de la esclavitud estaba integrada por africanos nacidos en el país o comprados a los negreros. Los colonos no habían introducido, en esta tierra fértil pero bárbara, sino una aparente civilización cuyas únicas características eran una lengua común,

[72] Peña Batlle, *Hist. cuestión fronteriza*. Mejía Ricart, *Filosofía del Nuevo Derecho*.

[73] Charlevoix, vol. 2.

el *patois* criollo, un barniz de cristianismo y la disciplina de los artesanos u obreros. Era estrictamente lo que exigían las necesidades de orden material para hacer posible la explotación del más débil por el más fuerte». Etc. Tal era esa raza negra cuando se sublevó para conquistar por medio de las armas su Independencia… En el momento en que estalló la Revolución gozaba Haití de una prosperidad sin igual, y podíase decir de estos plantadores o agricultores lo que el profeta dijo de los mercaderes tirios, que todos eran semejantes a príncipes. El valor de su establecimiento de explotación y de los accesorios de su industria estaba fijado en 350,340,000 libras, sin contar los esclavos, los cuales representaban un capital de un «millar» y medio.[74]

«Era, en 1791, El Dorado de la industria colonial». Y añade: «Es necesario observar lo que se produjo en Haití con la abolición de la esclavitud, el aspecto de desolación que el país presentó después de la guerra de independencia, la ausencia total de capitales, que habían pasado a Europa con los colonos, constituyeron la anarquía que se prolongó hasta la muerte de Cristóbal. Tal perturbación profunda debía manifestarse por una disminución en los productos de la industria nacional y en las cifras de exportación».[75] Hacían algún comercio las posesiones vecinas francesa y española; compra de bestias que cada una hacía a la otra y luego multiplicaba por el cuido a medida que era mayor el consumo. Pero jamás existía entre los pobladores de ambas colonias relaciones de cordialidad. «Se decía que los españoles le echaban en cara a los franceses la insolencia de su prosperidad, según Lepelletier de Saint-Rémy, y aquellos no podían perdonar a sus vecinos su orgullo castellano expresado desde lo alto de su miseria orgullosa. Con efecto, al mismo tiempo que la ocupación francesa se agrandaba y se desarrollaba su civilización, la metrópoli de Colón parecía perder a la vez el Sol y la vitalidad que crea las naciones».[76]

[74] Un millar es una cifra en mil millones en el sentido que la empleaba el autor de la referida obra *Haití*...

[75] Bonneau, ob. cit., pp. 11-12, 33-34.

[76] Vol. I, p. 47.

Es en este período que se edificará la base histórica que necesito para evidenciar la desaparición del tipo dominicano cuando advino la primera patria.

El motivo verdadero lo dará a mi juicio el maestro que me sirvió de conductor en esta aventura al través de la selva oscura e intrínseca de nuestra historia. Saint-Rémy dirá por qué causa degeneró la pobre raza nuestra que se había quedado flaca y desfallecida después de tantos trasiegos en la Conquista y Colonización en pos de la maravillosa fortuna que ofrecía al codicioso español ese nuevo continente americano».[77] Existía el espíritu de una legislación servil, aunque extraída de los Códigos de Indias que mantuvieron la esclavitud, dice; pero tendía a desarrollar la acción emancipadora en la nueva legislación, por una parte, el esclavo tan pobre como su amo, que olvidaba y no hacía uso de las libertades que le habían abierto las leyes avanzadas, sumido en una larga ociosidad; por otra parte, las relaciones constantes entre antiguos amos y esclavos no podían dejar de mezclarlos en uniones irregulares que más tarde legalizaba el matrimonio, y de las cuales salía esa clase mestiza cuya desproporción era notoria con respecto a los dos elementos raciales de la población que constituían el blanco y el negro, pero que no podía contener el solo instinto de la superioridad de un verdadero fenómeno biológico, según advierte en su precioso *Ensayo acerca de la Historia Natural de Santo Domingo*, el escritor Nicalson, se ponía de manifiesto en el cuadro comprensivo de la estadística general de Santo Domingo y los informes más aciertos de la época en cuanto al Gobierno y las principales industrias de la Colonia.[78]

La verdad intrínseca era esta. Así se comprenderá el estado de cosas que tal verdad creaba en la economía colonial. Era la libertad y no la verdadera raza, lo que constituía el estado civil: todo individuo producto de mezclas se creó el privilegio de haber nacido blanco, y como no encontraba quién se lo negara pasaba esto a ser artículo de fe.

[77] Vol. I, p. 48 y sigts.
[78] Publicada en París, I vol.

Esta ilusión fundaba, y mejor que lo hubiera podido hacer, todas las leyes, la base sociológica de la nueva sociedad, mas si le daba fuerza vital la variedad humana para la supervivencia, siempre de fuerza inconsciente, como el de un individuo. «Los niños lloran y manotean con furia, dice, porque no pueden demostrar sus deseos. Tan pronto como saben hablar y expresar sus necesidades, entonces son encantadores. En la edad adulta, mientras las percepciones son oscuras, hombres y mujeres hablan con vehemencia y exageración, con porfías y disputas. Tan pronto como la educación les ha aclarado un poco las cosas, entonces desisten de su flaca vehemencia, y explican su pensamiento con exactitud».

He traído como un elemento de juicio el hecho histórico como causa eficiente y racional que explica nuestro malogrado pueblo libre por falta de factores biológicos, puesto que son los sucesos acaecidos a las naciones como los fenómenos físicos o químicos con que tropiezan en su camino los seres animados.

Ahora, de ese análisis histórico no voy a afirmar que ese sea el único secreto en la formación del Estado en un proceso científico, así como dice Bergson, que de los fenómenos físicos y químicos no se deduce que la física y la química deban darnos la clave de la vida.

Tampoco se puede llegar con Robertson a la exageración cuando en su *Historia de América*, ha mantenido la tesis de que «La mezcla de razas era tan completa en la colonia española, 1762, que en Santiago, el Gobernador solo era blanco».[79]

En oposición a esa inferioridad étnica que captamos en la Historia se podría pensar con Spengler, que la camaradería en que vivieron el antiguo esclavo y su amo blanco, y lo cual constituyó el hecho de una perfecta armonía social en la colonia española, generaba la creación de una raza dominicana, tal como se formó el tipo del judío europeo de casi inmortal energía racial, con una historia de longevidad de más de mil años en el Ghetto.

[79] Vol. IV, p. 192.

Sin embargo no pudo suceder así el fenómeno en la elaboración de la colectividad nativa en estado paupérrimo de riquezas y de población a pesar de que tenía en pro de su unidad de nueva raza la tranquilidad interior del país en contraste con los desgarramientos en luchas de la colonia francesa, su convecina. Hay que ver el modo de comprobar esos dos elementos que impidieron la fusión de sangres mezcladas y que naciera de esta liga una autonomía, raza capaz de engendrar en el tiempo un Gobierno, y una conciencia colectiva responsable que le sirviera de base.

No importa que la situación económica resulte ya hoy muy difícil de precisar en sus detalles: dos cifras parecen serias en las arcaicas estadísticas y noticias de los autores. Valverde dice que el censo enviado a la metrópoli se elevaba a más de 70,000 piastras, vale decir, 350,000 francos.[80] Moreau de Saint-Mery[81] agrega que la Audiencia de Santo Domingo costaba a España una pérdida de 1,700,000 libras.[82] En cuanto a los pobladores de la Colonia española, el censo de la Cámara de Comercio remitido a M. Necker ascendió solo a 26,000 individuos, y añadiendo 4,000 antiguos esclavos. Pero la obra de Saint-Mery consignó la milésima parte: pero esta vio la luz en Filadelfia antes del 93, por lo cual ha de conjeturarse que su información se aproxime a la de los tiempos de Valverde.[83]

En la *Idea del valor de la Isla Española,* Antonio Sánchez Valverde revela que, por el año 1730, la población blanca en la

[80] Se calculan cinco piastres por un franco.

[81] Moreau de Saint-Rémy era un espíritu esclarecido: nació en la isla Martinica, y fue sucesivamente consejero en el Cabo y diputado de Santo Domingo en la Convención Nacional haitiana.
A más de las obras a que se hace referencia en esta relación escribió el insigne publicista Saint-Rémy: *Descripción topográfica y política de la parte española de la isla de Santo Domingo*, ya citada, y dejó escrita una Historia de Santo Domingo que ha permanecido inédita, y acerca de las Antillas francesas se conservan numerosos manuscritos en los archivos del Ministerio de Marina de Haití.

[82] La libra era la plata francesa.

[83] La parte Española de la isla de Santo Domingo, vol. II, p. 101.

Colonia no pasaba de 6,000 almas. De donde el censo que se envió a la Corte de Madrid dio cuenta de la completa despoblación que amenazaba la vida colonial, y de los grandes esfuerzos estériles que se hicieron para aumentar la natalidad y la inmigración.[84] Pero este escritor nada dice respecto a la proporción en que estaban estas razas diseminadas en el suelo español antillano, aunque Saint-Rémy establece como resultado de otras averiguaciones de la época, los guarismos siguientes: 25,000 blancos; 15,000 africanos; 73,000 hombres mezclados.[85]

En claro se saca que, en 1777, que es cuando se establecieron las verdaderas barreras entre las dos posesiones europeas en la isla; y, sobre todo, en el año 1790, donde el comercio asomó en el horizonte y se inició en la colonia francesa un primer período en el orden del trabajo y económico en general, tal era el estado desfalleciente de la población de la parte oriental de Santo Domingo.[86]

El oficial del Estado Mayor francés, M. Gilbert Guillermín de Montpinay, en *Resumen Histórico de los últimos acontecimientos de la Parte Este de Santo Domingo*, y *Diario histórico de la Revolución de Santo Domingo*,[87] relata un estado análogo de población y miseria en la colonia española del 1808.

Dándole asenso a estos datos Thomas Madiou, quien ofrece en su *Historia de Haití*, la descripción política y estadística más completa de las dos porciones que retenían el dominio de la isla

[84] *Idea del Valor de la Isla Española*, p. 85.

[85] De acuerdo con el cuadro de dicho escritor Valverde la población de la provincia ibérica en la isla de Santo Domingo podía descomponerse así:
Santo Domingo: 25,000 habitantes; Santiago y La Vega: 26,000; Dajabón: 4,000; Concepción de La Vega: 8,000; Cotuí: 63,000; Las Minas de San Lorenzo: 3,000; Azua: 3,000; San Juan: 4,500; Neyba: 1,500; Bánica y sus vecindades: 7,000; Hincha y sus alrededores: 12,000; Monte Plata: 6,000; Bayaguana e Higüey: 1,500; Puerto Plata: 5,500; Samaná y Sabana de la Mar: 1,500; San Carlos: 2,500; Ingenios: 3,000; otros lugares: 5,000; total: 119,300.

[86] Bryan, E., *Historia de la Isla de Santo Domingo*, I vol.

[87] Publicada en Filadelfia, en 1810.

en tiempo anterior a la Reconquista.[88] Para terminar con estas noticias estadísticas estableceré lo que aporté compendiosamente en otra parte de nuestra Historia. Esto es, los datos referentes a la población española en varias épocas, según la opinión de los autores versados en tal materia. Para Moreau de Saint-Méry teníamos en 1789, 125,000 habitantes de los cuales 15,000 eran esclavos,[89] pero para Lepelletier de Saint-Rémy, en 1822, los sujetos de la raza africana pura que existían en Santo Domingo no alcanzaban a más de 25,000. Formando estos con los blancos y hombres mezclados un cómputo de 75,000 habitantes, y de los cuales 5,000 eran esclavos, tal como relacioné anteriormente.

En contrario a estos últimos datos, el general Balthasar Inginac, secretario general de Boyer, en carta fechada el día 5 de marzo del 1822, rectificó, de acuerdo con los informes más verídicos que había recogido en el propio Santo Domingo, la población máxima en el momento de la Ocupación Haitiana era de 35,000.[90] Por fin, José Ramón Abad, en *Reseña General Geográfica Estadística de la República Dominicana*, varió a su vez la cifra, esto es, afirmó que, en ese año 1822, la población de la parte española debía ser de 70,560, «porque si en 1819 el censo (que no debió ser muy exacto) arrojaba un total de 63,000 (más bien más que menos), en los tres años siguientes la progresión podría muy bien calcularse en 7,560, cantidad que no era exagerada y que unida a la que nos sirvió de base, daría el guarismo más aproximado respecto a los datos presentados por Lepelletier de Saint-Rémy, y quien a su vez quedaría a mucha distancia del cómputo de Inginac.

Es casi imposible fijar sino de modo aproximado las cifras y los diversos elementos que integraban las poblaciones de la porción oriental de la isla de Santo Domingo. «Dar datos exactos,

[88] Vol. 3, años 1847-1848.

[89] Ob. cit., vol. I, p. 44.

[90] Inginac publicó la relación con tales datos de la población en el periódico *La Concordancia* en Haití, en la cual rectificó los guarismos anteriores según los informes más verídicos que había recogido en el propio Santo Domingo, o sea que la población máxima en el momento de la Ocupación haitiana era de 85,000.

dice Saint-Rémy, que correspondían a aquella época a la cual los inferiores, es muy difícil después de todas las perturbaciones sobrevenidas, y para de ahí hacer deducciones rigurosas en la emigración de las familias importantes de la raza blanca. Muchas de estas familias se fueron a Puerto Rico y a Cuba, donde las atraía la hospitalidad de una nacionalidad española común. Del 1803 al 1808, período abarcado por la verdadera ocupación francesa, los emigrados volvieron en gran número a la isla bajo la sombra del general Ferrand, de quien he hablado y de su paternal administración en el volumen VII.

La convención del 1814, que otorga definitivamente la Audiencia a su antigua metrópoli, había consolidado ese movimiento de repatriación que se paralizó por la guerra del 1808; y la anexión del 1822 detuvo ya definitivamente esa corriente inmigratoria de las familias de origen europeo. Ya he hablado del maquiavelismo del Gobierno de Boyer, y cómo él se desembarazaba por el destierro y la expropiación de sus bienes de aquellos hombres que suponía que le eran hostiles. Aquellos que el ostracismo del presidente mulato respetó porque no pudo tocar, se retiraron en gran parte al interior, tierra adentro, sobre todo, hacia el Nordeste, y extendiéndose en la región de Cibao. Esta población blanca, de cincuenta mil almas aproximadamente, conservaba todavía la rancia fiereza castellana, y estaba decidida, como lo manifestó en su *Manifiesto,* a sepultarse bajo las ruinas de sus villas antes que seguir en la dominación detestada de Puerto Príncipe. Esos hateros, como se les llamaba por el estado semisalvaje de sus hombres enérgicos y fuertes como los rancheros de América del Sur, componían una milicia siempre presta a acudir al primer grito del amo. Se les denominó igualmente *seybanos,* o sea, los que formaban la provincia del Seybo, y donde se encontraba el mayor número de hatos o pastos. Fueron aquellos bravos hombres que, mandados por Juan Sánchez Ramírez, sitiaron y vencieron a los franceses en Santo Domingo en 1808. Tales sucesos los rememoraban y enorgullecían.

En tanto que la población blanca se encontraba así reducida, en la parte española, a enérgicos pero escasísimos núcleos y representantes, las otras clases de la sociedad se conservaban sin

similitud con las de la parte francesa. Los «hombres de Oeste», como los designaba el referido Manifiesto de Boyer, esperaban el momento oportuno para sentar sus pies sobre el vecino territorio donde les atraían nuevas concesiones y oportunidades de riqueza; pero penetrarían en Santo Domingo con lentitud y circunspección. Nada se había hecho para llamarlos en la provincia española; los mismos sujetos mezclados en número igual al de los blancos, rehusaban fraternizar con ellos. ¿No era, realmente, revocar la calidad de blancos que creían sinceramente haber adquirido?

Referente a los negros, diseminados sobre aquella vasta extensión de tierra, y evaluados con alguna proximidad en veinticinco mil, no dejaban de reconocer la superioridad de sus antiguos amos, después de haber terminado una esclavitud que no existía para ellos sino de nombre.

Estos diversos elementos estaban íntimamente unidos para la defensa y de ahí que hubieran podido resistir con energía tan prolongada las regulares invasiones de la parte occidental.

Tan difícil era precisar la cifra de la población de la nueva República, como describir el estado presente de sus recursos. Pero se sabía, en general, desde el punto de su balance económico, que la situación era igual a la de todos los países que se inician como nación por la vía de las revoluciones políticas. Es difícil imaginar de esto, la situación de un país abandonado durante veintidós años, como un cadáver, en el deplorable gobierno de Boyer.[91]

El flamante Estado que se levantaba en la antigua parte española se encontraba así privado de los mismos recursos ficticios que habían inventado en su industria el vecino Estado de origen francés. Los más naturales recursos del suelo imponderable de esta maravilla de la isla, sobre todo, en la parte oriental, se habían agotado por las guerras de Independencia que destruyeron su agricultura naciente. Los ejércitos invasores de Hérard y de Pierrot habían afectado la devastación en donde el fuego que ellos prendieron dejó algo en pie. Por eso el gobierno inaugural

[91] *Estudio y nueva solución de la Cuestión Haitiana*, vol. II, pp. 233 y 237.

de la República Dominicana del año 1844 que presidió Pedro Santana, encontró las arcas del tesoro público vacías totalmente, y el nativo contribuyente inerte y sin medios de vida. Entonces fue cuando se intentó un empréstito cerca del gobierno francés de 500,000 francos. Ya hablaré de eso. En cuanto a la población de esos tiempos que coexistieron con el Estado Libre dominicano, lo más seguro es que fuera cierta la cifra que consignó en su libro *Haití, sus progresos y su porvenir*, el publicista Alejandro Bonneau, esto es, que fuera de 100,000 almas, de las cuales 40,000 ó más, eran tipos mezclados o negros libertos.[92]

Este último dato concuerda con el dado por M. Levasseur, cónsul francés en Haití, al ministro Guizot, en carta del 11 de febrero del 1843.[93]

De modo que el elemento étnico del 1822, época de la invasión occidental, que casi no había variado según las estadísticas del que se encontraba en 1843, no aportaba el embrión sociológico indispensable para que junto con el económico y cultural que formaran las instituciones, creara el Estado perfecto, en el año del 1844. Esto es un hecho, y los hechos no se discuten en el proceso de la Historia, sino que se acatan como los fenómenos físicos en el mundo de la materia.

Tampoco, como mostré, existían elementos integrantes de ese Estado ideal en Haití ya arruinado y sin condiciones de viabilidad racial ni cultural para formar la conciencia histórica propiamente dicha de pueblo libre, soberano e independiente.

Por esa razón científica e histórica estudiada se obedeció a una apariencia más bien que a un sentido de la realidad al querer edificar la patria dominicana de ese período donde todos se creían con derecho a disponer de una ilusión patriótica que ponderó sobre el objetivo que emanaba de la realidad por virtud del

[92] Cap. I, p. 5 y sigts.

[93] Correspondencia Diplomática del cónsul M. Levasseur que reposa en los archivos del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia, y cuya correspondencia está actualmente en el propio idioma en que se escribió en la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores de la República Dominicana.

proceso racional que se experimentaba. De donde brotaba un antagonismo entre lo irreal que era ese sentimiento puro de los separatistas y la transaccional conveniencia de los afrancesados o conservadores que obedecían a la verdad histórica y eficiente; para explotarla como mina productiva y no como maestra de experiencia y modeladora de conciencias libres.

Pensando así, en alto, se hubiera podido aplazar un poco la impaciencia y el desbordamiento sentimental para fundir al fuego y en verdadero crisol el alma nacional como producto de nuevas inmigraciones y de un nuevo concepto de Patria, contribuyendo con una sabia y bien intencionada prédica a revelar la realidad que se palpaba que está siempre en el fondo de todas las vanas apariencias históricas. Porque tal realidad intrínseca de que hablé era la frontera racial, la sociológica que se oponían a que siguiéramos siendo haitianos por diferencias de hábitos y espíritu de la lengua diversa que hablamos con respecto al dominante vecino; pero que también impedía que compusiéramos un perfecto Estado autónomo y completamente soberano. Tal era la paradoja de ese momento crítico de nuestra nacionalidad.

¿Una factoría europea entonces? No; nada de eso: España se había esfumado para nuestra alma dominicana en formación; Francia no representaba nuestras costumbres, idioma y tradiciones netamente castellanas. Era necesario esperar unos años, tal vez muchos, pero esperar a que se elaborara la conciencia colectiva nacional, la raza unificada y más pura que debía traer al peligro del pequeño Estado permanente en la Historia y no la vana apariencia de un Estado independiente y casi inestable que ha sufrido todas las vicisitudes de las improvisaciones en el mundo de las realidades políticas. ¡No era posible echar vino nuevo en odres viejos!

De ahí que perennemente se ha atravesado en nuestro camino de pueblo libre la ley de las tempestades de la Historia, de que habla Amiel, que rige en el reino de los hombres como en el de la naturaleza. Las luchas y pugnas que se han prolongado del pasado al presente, recrudeciéndose en rudezas y crueldades, nos dan el mejor aporte de razonamiento en favor de esa Independencia prematura. La visión redentorista de ese momento que

ahora estudio, no coincidía con lo que Carlyle llamaba el sentido de la realidad, y que me permito yo denominar la intuición profunda de la nacionalidad.

Un escritor claro y certero en sus juicios, no obstante, a quien repetidas veces he tomado de guía, ha de respaldar mi concepto y la conclusión que, en definitiva, daré, no sin titubeos y temores hijos del afecto por la tierra nuestra, en donde por primera vez abrí los ojos a la luz y se ensanchó mi espíritu con su paisaje vivificador y henchido de belleza. Ese contender incesante con el Occidente que se presentó ambicioso desde los más remotos orígenes de la Historia de la isla, prueba que la inerme población oriental debió confesarse impotente para constituir una nacionalidad de manera absoluta, independiente, en el momento en que se hizo, y debió aguardar previsora, auscultando en el horóscopo del destino, a que vinieran a bañar nuestras playas las ondas renovadoras del tiempo, y acaso una más verdadera civilización.

Esta no hubiera sido la solución más halagadora a nuestro patriotismo que ha sentido siempre, al través de las páginas de la Historia, junto al hispano corazón de la oriunda isla del Caribe, sus cuitas y pesadumbres de esclava; pero sí la más cierta ante los hechos mismos que debía desenvolver el drama oscuro del porvenir. «Nadie ignora, pero quizá se haya olvidado, dice Saint-Rémy, que el celebrado establecimiento francés de la segunda de las Antillas, se formó por sí solo y constituye, así, la más bella manifestación de la iniciativa individual de los tiempos modernos. Cuando se tiende la vista sobre un mapa de la antigua Española, puede seguirse paso entre paso el trabajo de los aventureros franceses que bajando de la pequeña isla de la Tortuga, situada al Noroeste de una tierra ocupada por la nación más poderosa de la época, no pudieron desenvolverse ni extenderse sino en una tierra relativamente estrecha. Como no podían avanzar más que a viva fuerza, preferían seguir por el litoral hasta penetrar lo más adentro en el interior. Eso explica la configuración topográfica tan peculiar de la antigua colonia francesa; pues, era una larga cinta marítima que se extiende de Noroeste a Sudoeste y que no abarca, seguramente, la tercera parte del territorio total de la isla. Esa marcha usurpadora y progresiva duró el lapso que va del

1630 al 1697, fecha en la cual se celebró el tratado de Ryswick que reconoció los derechos de Francia y la hizo soberana en definitiva de su colonia de Santo Domingo.

Hasta entonces, a cada cambio de Gobierno, los colonos españoles montaban a caballo e interrumpían la prescripción por medio de una carga en regla que daban a los establecimientos franceses más próximos a la frontera. Sin el reconocimiento efectuado por el tratado de Ryswick que deslindó la ocupación francesa legitimándola, es muy probable que, aquella porción occidental, viéndose muy estrecha a todo lo largo del litoral, se hubiese extendido poco a poco en profundidad y concluyese por llegar hasta Santo Domingo.

Puede decirse que las dos colonias, ya reconciliadas, caminaron por diversos senderos, una hacia la prosperidad; la otra hasta la decadencia. Sería muy extenso enumerar las caídas de esa distinta fortuna que les cupo: bastará indicar aquí la principal, que no es otra que la fascinación ejercida sobre todo español por parte de la conquista del vecino Continente. Cortés había sido secretario de la municipalidad de Azua, pequeño pueblo vecino a Santo Domingo.

La maravillosa suerte del gran conquistador fue un irresistible aguijón para los aventureros que dejó tras de sí, y el inmenso imperio continental fue aspiración, en cierto modo, de todos los habitantes de la Colonia, así como anhelaban la grandeza de la misma Madre Patria. La atonía y la decadencia sucedieron rápidamente a una vitalidad que, en menos de catorce años, después que la colonización de Colón había fundado quince villas, pobladas todas por castellanos provistos de sus privilegios y de sus escudos de armas, que el historiador Herrera ha conservado en sus relatos, por fortuna para la Historia.

Este contraste tan notable debió naturalmente hacer surgir la idea de fundir las dos colonias, de las cuales una se habría reanimado al contacto vivificador de la otra. Desde el año 1698, se hicieron a España indicaciones en tal sentido, y estas se reprodujeron varias veces, en distintas épocas. Pero dice un documento que encierra la historia de ellas: «era aquella la primera conquista de España en el Nuevo Mundo; las cenizas de Colón reposaban allí.

El rey Fernando había comprometido formalmente por sí y por sus sucesores a no desprenderla jamás de la corona de Castilla. El amor propio nacional daba gran precio a su conservación, y la hacía mirar como la piedra fundamental del inmenso edificio del poder español en América…». Así es que solo en 1795 fue cuando la República francesa, prohijando el pensamiento de Luis XIV, hizo comprender la cesión de aquel territorio en el tratado de Basilea, cuyo noveno artículo dispone que en cambio de las plazas tomadas por Francia en Europa, y que restituye, «el rey de España por sí y por sus sucesores, cede y abandona en toda propiedad a la República francesa toda la parte española de la isla de Santo Domingo, en las Antillas». La cláusula relativa a la ejecución de esta disposición del tratado de Basilea decía que los generales y comandantes respectivos de los territorios debían tomar las provisiones necesarias para verificar la ocupación francesa.

Esta última estipulación encubría, en la sencillez de su forma, el episodio más dramático de ese período de nuestra historia colonial. Ese fue el terreno donde se libró la última lucha entre la legalidad expirante del poder metropolitano y la dictadura invasora de Santo Domingo». Este negro osado, agrega Saint-Rémy, que no habiendo levantado extensiblemente todavía el estandarte de la rebelión pretendía ejercer su poder en nombre de la Francia, trató de poner inmediatamente en ejecución la cláusula de cesión y de tomar posesión por la República Francesa… En 1801, tomó Louverture posesión de Santo Domingo… El 22 de febrero, el representante del rey de España, Joaquín García, último Gobernador de la Colonia, abandonó aquella tierra que la política de dos grandes pueblos no había sabido defender contra la astucia de un antiguo africano… Enviada la expedición del general Leclerc en 1803, tanto la parte española como la parte francesa, fueron recobradas del poder de Louverture. Cuando sobrevinieron los desastres de tal expedición, cuyos principios habían sido tan brillantes, el ayudante general Ferrand, quien mandaba el Distrito del Norte, al saber la capitulación de Rochambeau, en Puerto Príncipe, recogió sus soldados, clavó sus cañones y a marcha forzada entró en Santo Domingo, donde se encerró en sus muros, después de haber suplantado al general Kerverseau que allí mandaba.

La administración del general Ferrand, hábil y paternal, dejó duraderos recuerdos en la antigua posesión española. Seguramente que habría asociado los ánimos de todos a la dominación francesa, si las dos nacionalidades coloniales hubiesen podido permanecer indiferentes a las grandes contiendas que dividían a sus metrópolis.

En 1808, la Junta de Sevilla, que había tomado la dirección del movimiento contra Francia, hizo notificar al gobernador de Puerto Príncipe, la declaración de guerra que acababa de lanzar atrevidamente a Napoleón y le mandó que obrara en consecuencia. La ardiente nacionalidad del pueblo español, su odio vigoroso al extranjero, estallaron en Santo Domingo como en las sierras de la península. La insurrección dirigida por un criollo de raza española, Juan Sánchez Ramírez, se difundió vertiginosamente. Vencido Ferrand por este jefe, a cuyo encuentro salió con un puñado de hombres, diose muerte y dejó el mando al general de brigada Barquier… La ocupación española en estado de conquista duró hasta 1814, cuya cláusula final dispone que «S.M. Cristianísima entregue en toda propiedad y soberanía a S.M. Católica, la parte de Santo Domingo cedida a Francia por el tratado de Basilea». Este reintegro de posesión no introdujo ningún cambio ni alteración que modificase la situación del país: el mutuo letargo de la metrópoli y de la Colonia (sabido es como entonces se hallaba España), duró hasta la más próxima revolución, iniciada ésta en 1821, a ejemplo de lo que pasaba en el Continente vecino, donde se derrumbaba por todas partes el imperio colonial de España, terminó con la anexión que realizó al siguiente año el presidente Boyer, que había sucedido a Pétion en el Gobierno de la antigua parte francesa.

Los escritores haitianos llamaron esa toma de posesión «una conquista de corazones» y la protesta del presidente Geffrard habla de «la libre y propia voluntad de poblaciones de la parte oriental, que durante veinte y dos años han vivido de la misma vida política y social que los de la parte occidental…». Pero esto no era más que una fraseología convencional. Lo cierto fue que la ocupación de la porción oriental de la isla se realizó entonces por medio de la intimidación y la corrupción que en nada difería

del procedimiento de Toussaint. La flor de la población emigró despojada de sus bienes por el sistema de la justificación de títulos de propiedad que eran exigidos a personas que los habían tenido. España tomó de ahí pie para una reserva de derechos. Pero la misión que el Gabinete de Madrid había confiado a Felipe Fernández de Castro no iba apoyada con toda una escuadra, como el Gabinete de las Tullerías encargó al barón de Mackau, y así fue que no dio resultado.

«En los veinte y un años que duró la administración del general Boyer, según el mismo Saint-Rémy, la fusión pudo parecer verdadera entre las dos antiguas colonias europeas de Santo Domingo, estas no hacían más que dormir en un mismo letargo. Se tuvo de ello la prueba cuando, en 1843, estallaron en la parte occidental contra el gobierno presidencial del sucesor de Pétion los primeros movimientos insurreccionales que determinaron su caída».[94]

Demás está probado que el factor espiritual faltaba igualmente para la composición del Estado dominicano, a ese período del amanecer de la nación de gran dramatismo y con mucho de rudimentario y fortuito. Los valores del espíritu se habían casi perdido en la Historia. En Haití y los otros pueblos americanos no existió tampoco ese aglutinante en la elaboración de sus movimientos independientes.

La crisis de esa alta cultura dominicana que lucían los tiempos coloniales fue un hecho evidente. «La colonia de Santo Domingo, la antigua Hispaniola, dice Pedro Henríquez Ureña, convertida durante el siglo XIX en República Dominicana, fue durante la primera centuria de la conquista, el centro principal de cultura en América. Por allí pasaron, no solo los grandes capitanes,

[94] Santo Domingo y los Nuevos Intereses Marítimos de España, ensayo publicado por primera vez en la *Revue de Deux Mondes*, de París, en junio del 1861. Luego apareció en la *Revista Universal*, de Madrid, en el mismo año 1861, y reproducido ahora por el Lic. Rodríguez Demorizi, en *Clío*. Este trabajo es, cronológicamente, la primera obra de importancia en que se exponen la historia y la situación política y económica del Estado naciente, según asevera con exacto juicio el académico ya indicado (*Clío*, ed. septiembre y octubre del 1934, pp. 162-164).

sino también cronistas y poetas. Fray Bartolomé de Las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo, Eugenio de Salazar, probablemente Juan de Castellanos; más tarde Tirso de Molina, acaso Bernardo de Valbuena. Primera entre todas las de América, por decreto de Carlos V, surgió la Universidad Imperial y Pontificia, mientras tanto, el establecimiento de las comunidades (franciscanos, dominicos y mercedarios), implantaba la cultura religiosa. Santo Domingo de Guzmán, la ciudad capital, recibió entonces el pomposo título de Atenas del Nuevo Mundo». Etc.

«Bien pronto había de pasar el esplendor de la Hispaniola. Desde el mismo siglo XVI, el descubrimiento de las tierras coloniales atrajo a los conquistadores y Santo Domingo se convirtió poco a poco en mero punto de escala.

Los repetidos ataques de los adversarios de España, desde el siglo XVI; la división de la isla, de cuya porción occidental se apoderó Francia; y, por último, las invasiones de los haitianos, los antiguos esclavos franceses, consumaron la ruina de la colonia, y, a la vez que la redujeron a la miseria, acabaron por destruir su cultura.

Solo noticias vagas quedan de la vida intelectual durante los dos siglos del coloniaje: ecos de la Universidad, donde imperaba Santo Tomás de Aquino, etc.

«Las irrupciones de los haitianos, desde 1801, año en que estalla la sublevación cuyo término había de ser el establecimiento de la República de Haití, sembraron el terror y fomentaron la despoblación. Gran número de familias ilustres, que han dado grandes figuras a la América y aun Europa (los Heredia, Foxa del Monte, Angulo, Pichardo, Tejeda, Rojas, Daralt, Ponce de León), emigraron a países vecinos, principalmente a Cuba, próspera y segura entonces: el elemento dominicano fue allí propulsor de la cultura… Un grupo de dominicanos se sublevó contra Francia y reincorporó a España la porción oriental de la isla… Las familias emigrantes solían ensayar el regreso; la familia de José María Heredia, por ejemplo, volvió por algún tiempo, y el poeta cubano fue uno de los últimos alumnos de la Universidad de Santo Domingo.[95] La

[95] Mejía Ricart, Gustavo Adolfo, *José María Heredia y sus obras, 1941.*

situación de Santo Domingo no mejoraba. Deseando resolverla, en 1821, José Núñez de Cáceres, hombre ilustrado y de espíritu cívico, proclamó la independencia respecto de España y nos declaró unidos a la Gran Colombia, incapacitada para prestarnos ayuda.

Esta independencia duró unos cuantos meses, los haitianos, que ya formaban nación libre, volvieron a invadirnos, y su dominio extinguió todas las manifestaciones visibles de cultura. La Universidad murió entonces; palacios y conventos quedaron en ruina; las familias y los hombres eminentes volvieron a emigrar, para no regresar ya más; el propio Núñez de Cáceres se refugió en Venezuela. Solo algunos emigrados conservaron el recurso de la tierra nativa de sus padres, de ellos mismos a veces, el poeta Francisco Muñoz Del-Monte, nacido en Santiago de los Caballeros; y Antonio Del Monte y Tejada, que escribió en Cuba una voluminosa *Historia de Santo Domingo*.

Bajo aquel cautiverio de veintidós años perduraban, sin embargo, los sentimientos que antes eran de adhesión a España y ahora tendían a la independencia. La cultura universitaria había muerto, pero quedaban sus gérmenes. Un sacerdote limeño, Gaspar Hernández, reunió en torno suyo a la juventud estudiosa, y les dio cátedras de Filosofía y otras disciplinas… Cooperando con él, el más ilustrado de los jóvenes de entonces, Juan Pablo Duarte, educado en España y en comunicación frecuente con ella, daba también a sus amigos lecciones de matemáticas y hasta de manejo de armas. Ese joven amante de la Filosofía y de las ciencias fue el fundador de la República».[96] Así, pues, si se hiciera el verídico cuadro de la cultura nacional cuando se desenvuelve nuestro drama político, se vería que era esa cultura poca hasta el regateo, casi reducida a muy escasos círculos de selección social, nunca difundida en el pueblo que carecía de toda elemental instrucción, acaso de rudimentaria ideología pública, de ahí que la más efectiva base faltara para erigir segunda patria, era nula o acaso tenía muy débiles soportes para sostener un solido edificio estatal.

[96] Horas de Estudio. Este trabajo «Vida intelectual de Santo Domingo», se reprodujo en *Analectas*, ed. 1, de noviembre del 1934, p. 50.

8.– EL DUELO DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN LOS UMBRALES DE LA REPÚBLICA

A fin de detallar aún más los hechos ocurridos en ese fecundo año 1843, en esos umbrales de la República, es menester que dé un paso retrospectivo tomando el curso del relato interrumpido por el largo paréntesis, y que conceda la palabra al historiador Emiliano Tejera quien nos va a explicar el interesante duelo de aquellos partidos de los cuales he dicho ya bastante, así como los episodios predecesores a la acción y obediencia del supremo impulso de la noche del 27 de febrero del 1844. «En 7 de abril de 1843, dice Tejera, recibió Duarte de la Junta Popular de Santo Domingo el encargo de instalar y regularizar las Juntas Populares del Este de la parte Española. No fue desaprovechada esta oportunidad, y las Juntas fueron compuestas en gran parte de elementos favorables a la Revolución dominicana.

En este viaje se puso Duarte en relaciones íntimas con el patriota Ramón Santana, a quien poco después dio el grado de coronel, habiendo logrado atraer por completo a sus miras de independizar el país, sin la ayuda de un poder extranjero. Ramón Santana, con el desinterés característico entonces de los verdaderos patriotas, rogó a Duarte diese el nombramiento de coronel a su hermano Pedro, que él se conformaba con servir bajo sus órdenes. Duarte no pudo menos que complacer al patriota seibano, cuyo desprendimiento y rectas miras sabía tambien apreciar.

La lucha entre el elemento dominicano y el elemento haitiano se caracterizó entonces, pues éste quería aprovecharse exclusivamente de los beneficios de la Reforma, en tanto que aquel deseaba utilizarlos para su propósito de independencia. Para este tiempo contaban los duartistas con el valioso contingente de los pueblos. Parmantier y otros, a quienes el honor militar retenía en las filas haitianas, y a los que la Reforma arrojó en el puesto glorioso que la Providencia les tenía destinado. Duarte invitó a una reunión en casa de su tío, don José Diez, a los habitantes más notables de la Capital, con el

objeto de unificarlos en el pensamiento de la Separación, y decidirlos a efectuarla cuanto antes.[97]

La mayoría, sobre todo la juventud, correspondió entusiastamente su propósito; pero encontró tibieza y aun oposición en algunos, debido en parte a miras egoístas, y en parte a los temores que les inspiraba el fracaso de la tentativa de un tercer partido, que queriendo como el suyo la Separación de Haití, no se atrevía a efectuarla, sino con el apoyo de una potencia extranjera. Este partido recibió más tarde de los duartistas el calificativo de afrancesados.

Cada partido creía tener razones poderosas en qué fundar sus determinaciones. La de los tibios u opositores, que recibieron el nombre de haitianizados, eran puramente egoístas y personales, y por tanto condenable por la historia. Como ellos no sentían la pesadumbre de la exótica dominación, poco o ningún deseo tenían de que desapareciera, sin darse cuenta de que querer la continuación del dominio de Haití sobre la parte dominicana era querer la completa destrucción de ésta, máxime si los acontecimientos políticos llevaban al poder al elemento que había predominado con Cristóbal y Dessalines.

Los afrancesados –entre los cuales había más adictos a España que a Francia– se preguntaron a su vez con qué recursos iban a sostener los duartistas o independentistas puros la nacionalidad que intentaban crear, y hasta dudaban de que llegara a existir, no se contaba con un apoyo extranjero. Este apoyo, en forma de protectorado, lo solicitaban de España y de Francia, sin tal vez parar mientes en la compensación que por él había de exigírseles. Se ha dicho que este partido había convenido con agentes franceses en la cesión a Francia de la bahía de Samaná. Tal cargo no ha sido justificado hasta ahora con ningún documento fidedigno, y ni aun se sabe, a caso de ser fundado, si debe pesar sobre todo el partido, que más era afecto a españoles que a franceses, o sobre algunos de sus miembros más prominentes. La verdad es

[97] Thomas Madiou en su *Historia de Haití*, (tomo 18, 43-46, habla de esta importante entrevista de Duarte en casa de D. José Diez, su tío, y se transcribe en el tomo x de esta obra.

que este partido quería de corazón la independencia de la Patria, y que ayudó mucho a ella, tanto en Puerto Príncipe, como en la memorable jornada del 27 de febrero, sirviéndose en esta ocasión de la influencia del cónsul francés en Santo Domingo sobre las autoridades haitianas que gobernaban la plaza, y de la existencia, casual o intencional, de buques de guerra franceses en la costa sud de Santo Domingo.

Se nota que la preocupación de los afrancesados era el fracaso de la empresa de don José Núñez de Cáceres, y el éxito desgraciado de las tentativas posteriores.

No les faltaba razón a ellos, y por esto no puede culpársele. Lo que sí hizo, hasta de antipático el nombre de este partido, fue que de su seno salieron varios de los individuos que, en unión de los haitianizados, persiguieron de muerte, y con ingratitud extrema, a los duartistas o independentistas puros.

En cuanto a estos, tenían completa fe en el triunfo de su causa. Los sostenía y vivificaba el varonil espíritu de la raza española, que cree radicado el triunfo en donde sienta la planta. Para combatir a Goliat les bastaba la honda de David. Y el éxito vino a justificarlos. Lo dificultoso en su empresa era que se diese a los dominicanos el tiempo suficiente para formar una masa capaz de resistir el empuje de las fuerzas haitianas. Las circunstancias y los triunfos de Santana y de Imbert en Santiago, permitieron la constitución de la República Dominicana. Pierrot y los demás enemigos de Riviére hicieron el resto.

Duarte, en vista de semejantes disidencias, se apresuró a terminar la organización del partido separatista en los diversos pueblos de la parte dominicana, y a dotarlo con los elementos de guerra que iba a necesitar con urgencia. El momento propicio se acercaba. La lucha por el nombramiento de las Juntas electorales, que debían elegir los representantes a la Asamblea Constituyente, y que él dirigió personalmente en la plaza de Santo Domingo, hoy plaza Duarte, le mostró con el triunfo que obtuvo sobre los demás partidos, que la opinión pública estaba a su favor, pero ese mismo triunfo alarmó a los haitianos y haitianizados, mostrándoles a las claras el hondo abismo que tenían a sus pies.

Llamóse con instancias al general Charles Hérard (Riviére), verdadero jefe entonces de Haití, porque lo era de las armas, y éste, a la cabeza de fuerzas respetables, cruzó la antigua frontera del Norte, con el propósito de sofocar, antes de nacer, a la nacionalidad que vivía ya en los corazones dominicanos».[98]

Hay que advertir, pues, para el material de la verdadera Historia aun no escrita, no para aquella hecha por los historiadores ingenuos, si patriotas y bien intencionados, sino para los críticos y filósofos de ella que han de venir al fin, para los que la nacionalidad no sea como para Mitre una abstracción, que al través de todo esto, tan cruentas luchas de ideas feroces de facción y de partidos: la causa de la Patria marchaba hacia delante, hacia la victoria, guiada por el conductor de ese momento histórico, Duarte, quien fue realmente, entre nosotros, el fundador de la libre raza de dominicanos, desempeñando en ese sentido papel tan vital como Eneas, en su ilustre raza latina. Todavía no hemos llegado a la hora de tinieblas de nuestra historia, estamos en pleno período de luz, y hay que irradiarla toda como un holocausto a la verdad y como testimonio que gusta dar el corazón esta que se anima en la titánica empresa de escrutar en el pasado. En tal camino cosecharé cardos y espinas, hallaré muy mucho de amargo, no cabe duda, y hasta algo de miseria. Pero lo haré sin ira, sin pasión, sin interés de mistificar los hechos, que son malos consejeros de la Historia.

Ahora estoy frente a la mañana del gran día de la Patria, debo darle toda su grandeza, hablaré de sus ingénitos próceres por la boca de su inefable panegirista e historiador Mariano Antonio Céstero: «A fe que no era ardua empresa concitar y revolver los airados ánimos contra Haití; no se le quería, no se le quiso nunca; todo el país conteste en aborrecerlo deseaba irascible, rabiosamente, romper y arrojarle al rostro los hierros de la cadena con odio y perenne protesta de la ciudadanía arrastrados.

Al igual que en 1821 quería el pueblo en 1844 la Independencia con todas las preeminencias que le son inherentes, y disponer

[98] Tejera, *Monumento a Duarte*, p. 14, Cestero, *27 de febrero del 1844.*

como árbitro de sus destinos, pero en ésta como en la otra era sufrida con defectos tal vez congeniales: indolencia grande, rayana en inercia, para todo lo que dice la relación a su vida política, y de esta insuperable apatía en escoger y adoptar temperamentos a ella correlativos; genio fácil y mudable en opiniones y poco avenido y disciplinable. Además de eso; sentía aprehensiones nacidas de precedentes fracasos. Con elementos tan ingratos y desfavorables, dificultábase darle tonalidad y temple al espíritu nacional; aunar voluntades de sí poco cohesivas; inspirarles confianza en el propósito independiente y, lo más importante todavía, fe ciega en los obreros de la labor redentora.

Todo fue allanado: con los obstáculos provenientes de la manera de ser nacionales. Todo fue allanado, insistimos, y nuestros próceres perseverantes, imperturbables, duchos en utilizar toda coyuntura política, como lo fuese la Reforma, acuciosos en modo de debilitar el enemigo; esmerados en robustecer el selecto núcleo revolucionario; impertérritos delante de cuitas y peligros, ni temidos ni rehuidos: repasados en su patriotismo, con no vista fortuna hacen nacer de su cerebro, cual nace Minerva del cerebro de Júpiter, grande, completísima, resplandeciente, la Patria Dominicana. Sí; que no hay más que decir, Duarte y Sánchez, toda la ilustre legión febrerista, fueron fuerzas morales indefectibles, factores evolutivos eficientes, la inteligencia directora que, en días bendecidos de la libertad y del derecho, hubieron de preparar y realizar la evolución político-histórica de la Independencia, o sea al 27 de febrero de 1844».[99] Estos antecedentes de la jornada del 27 de febrero del 1844, que inaugura la Independencia y el período revolucionario propiamente dicho, no pueden estar descritos con un espíritu más luminoso y patriótico como lo han hecho los escritores que antes he citado. La situación agitada del país donde se mantenían las luchas de dos bandos opuestos, su duelo a muerte, exprésalo uno de los actores de la época, el trinitario José María Serra, en un cuadro que pinta con naturales históricos. «Tal era el malestar

[99] Tejera, Emiliano, *Monumento a Duarte*, pp. 12-15.

de la República (entiéndase colonia), y tan poca fe inspiraba el cambio de una buena situación, dice Serra, que los mismos vencedores no estaban en lo general satisfechos de su obra. La idea de anexar el país a Francia o por lo menos, solicitar su protectorado, cobró de nuevo calor y andaba como vergonzante insinuándose. En contraposición de estos trabajos, los de los trinitarios habían sido tan activos y llevados con tanta discreción, que fuera del corto número de anexionistas y proteccionistas, bien conocidos ya, no había un solo individuo que, si hablaba español, no estuviera dispuesto a combatir con las armas en la mano, la dominación haitiana».[100]

Mas adonde se trabó la verdadera batalla entre ambos grupos de que nos hablan los publicistas y que mantenían tan diversa tendencia política fue, sin temor a errar, en el fragor de los comicios que se efectuaron con motivo de la elección de las Juntas Electorales que debían designar a los representantes a la Asamblea Constituyente convocada por el Gobierno Provisional para obtener la reforma de la Constitución del Estado haitiano. En esa pugna atroz donde se enfrentaban por primera vez dos credos tan opuestos, venció y llevó la mejor parte el partido liberal, y este hecho dio lugar a que el delegado Brouat le diera la espalda a sus aliados del partido conservador dominicano, y contárales las cosas en el verdadero diapasón y nota a su Gobierno, mostrándole la situación real de sacudimiento en que estaba sumida la Colonia, y de tal modo que se impidiera que al fin despertara el alma nacional sacudida, la cual parecía solo dormir un sueño cataléptico en la Historia.

9.– La ocupación militar violenta instaurada por Riviére en la parte Este provoca una reacción del pueblo dominicano

De acuerdo con el criterio mantenido por nuestros historiadores, fue en ese momento cuando el general Charles Hérard

[100] Serra, *Historia de los Trinitarios*, pp. 19-20.

mayor (Riviére), jefe de Operaciones con poderes discrecionales, quien estaba a la cabeza de un poderoso ejército y recorría las ciudades haitianas pasó a la parte Este, con el propósito de dar constancia del poder occidental que se había casi perdido con la Reforma.

Hérard entró en Dajabón, y dirigiéndose sucesivamente a Puerto Plata, Santiago, Moca, La Vega, San Francisco de Macorís y Cotuí, por fin, remataba en su marcha en Santo Domingo, el día 12 de julio del 1843. Atropellándolo todo a su paso como un bárbaro moderno, y perpetrando toda clase de hechos de opresión: redujo a prisión a Matías Ramón Mella, Francisco Antonio Salcedo y Servando Rodríguez, así como a otros miembros del partido independiente, del Clero y hasta de la masa neutral de la sociedad dominicana que no era afecta a la causa de la anexión de modo expreso: enviándose a los primeros en cuerda de presos y bajo custodia a Puerto Príncipe, y luego estableciendo el jefe de Haití un estado violento de Ocupación Militar.

Persecución y destierro de los próceres

Incontinente, Riviére disolvió la Junta Popular y anuló las últimas elecciones adonde había obtenido el triunfo el partido liberal o separatista, en tanto que perseguía con ahínco a sus principales miembros, Juan Pablo Duarte, Pedro Alejandrino Pina, Juan Isidro Pérez y Francisco Sánchez del Rosario, de los cuales los tres primeros fueron deportados a Curazao y el postrero, enfermo, escondíase en la propia ciudad de Santo Domingo, haciéndose correr por parte de sus compañeros la falsa noticia de su muerte y enterramiento en la Iglesia del Carmen, para que cesaran las persecuciones que dirigían las autoridades locales contra el entonces joven e impetuoso patriota Sánchez.[101]

«El ocultamiento de Sánchez excitaba la inquietud de sus perseguidores y el temor de que se tramara una conspiración, dice

[101] Américo Lugo. Artículo «Francisco Sánchez».

Serra, multiplicándose el empeño en descubrir su escondite. Así se le anticipó celeridad. Para evitar su captura se hizo correr la falsa noticia de su muerte. En la noche, cuando era conveniente hacerlo pasar de una casa a otra íbamos dos a su lado acompañándolo delante a una cuadra de distancia, íbamos otros dos, y detrás otros dos a igual distancia»[102]

Este acontecimiento extraordinario de que Hérard, ya proscrito el presidente Jean Pierre Boyer, penetrara con su ejército expedicionario en nuestro territorio y dictara toda clase de providencias de fuerza ya indicadas, dio lugar a que el partido moderado o de los afrancesados celebrara su famosa reunión en casa de Manuel Joaquín Del Monte, en donde Duarte declaró enfáticamente: «que todo pensamiento en que el sentimiento nacional se postergaba a las conveniencias, debía siempre reprobarse, porque puesto en ejecución constituía delito de *Lesa Patria*».[103] Por esta acusación tan abierta contra todos aquellos que querían una protección del extranjero, incluyéndose entre ellos a los mismos que aceptaron la Reforma con los haitianos pero que ahora se quedaban más acá de la línea que señalaba el patriotismo dominicano, no había llegado aún el general Riviére a Santo Domingo cuando recibió denuncias contra Duarte, lo que le valió de seguido su persecución y posteriormente, aunque con intervalo de días, su extrañamiento de la Patria.

Respecto de los otros separatistas reducidos a prisión, el traslado a Haití de los regimientos 31º y 32º, formados en su mayoría de nativos, y los otros actos de represión del Gobierno, así como los preparativos de la conjura patriótica y la solicitud de armas y municiones hecha en su famosa carta por Francisco Sánchez y Vicente Celestino Duarte, al hermano de este último, Juan Pablo Duarte, nos habla el ingente escritor Tejera: «A su paso por las ciudades del Cibao redujo (Hérard) a prisión a varios separatistas, entre ellos a Ramón Idelfonso Mella, Francisco Antonio Salcedo, Manuel Castillo, Esteban de Aza, Alejo Pérez, Baltazar Paulino, los

[102] Véase Anexo 39.
[103] Serra, *Historia de los trinitarios*, p. 19.

presbíteros Peña y Puigvert, Rafael Servando Rodríguez, Manuel Morillo, Jacinto Fabelo, José Ma. Veloz y Pedro Juan Alonso, a los cuales envió a las cárceles de Puerto Príncipe. Gozábanse los haitianos de la Capital con la suerte que iba a caberles a los promovedores de la Independencia, pero el once de julio, un día antes de la llegada de Riviére a Santo Domingo, se ocultaron Duarte, Juan Isidro Pérez y Pedro Pina, haciéndolo Sánchez el 12 en la noche, a su vuelta de Los Llanos, a donde había ido a desempeñar una misión, en tanto que Pedro Pablo Bonilla, Silvano Pujols, Ignacio de Paula, Alejandro Disú Batigni y Félix Mercenario eran reducidos poco después a prisión (el 14) y con Antonio Ramírez, Nicolás Rijo, Manuel Leguisamón, Norberto Linares, Pedro y Ramón Santana, que habían tenido igual suerte en los pueblos del Este, enviados, unos por mar y otros por tierra, a las mazmorras de la ciudad de Puerto Príncipe. A la vez dispuso Riviére se trasladasen a la parte Oeste los regimientos 31º y 32º formados en su mayoría de jóvenes dominicanos, sustituyéndolos en esta Capital con los regimientos 12º y 28º, compuestos exclusivamente de soldados del Oeste. Los haitianos con sus medidas de represión apresuraban los acontecimientos.

Duarte, Pérez y Pina, activamente perseguidos, pudieron salvarse de sus enemigos y embarcarse poco después para el extranjero. Pedro y Ramón Santana se escaparon en Baní, y no fueron apresados. Sánchez, a quien una grave enfermedad retenía en el lecho del dolor, no pudo salir del país, y para salvarlo fue preciso propagar la noticia de su muerte. Pero tan pronto como este abnegado patricio pudo ocuparse de los asuntos públicos, se puso en comunicación con Duarte y sus compañeros de destierro, y activó eficazmente los preparativos para dar el grito de «Separación». El país en su gran mayoría estaba por la Independencia, y en todas las poblaciones importantes había centros revolucionarios. Sánchez, temeroso de nuevas complicaciones, deseaba dar el golpe en diciembre, «hacerlo memorable», antes de que se promulgase la nueva Constitución, y se eligiese presidente, que debía ser Charles Hérard, pero tuvo que desistir de su propósito por la ausencia de los cuerpos de tropas dominicanas, retenidos en Puerto Príncipe, la presencia en Santo Domingo de dos regimientos haitianos, y

sobre todo, por la falta de armas y municiones suficientes para las tropas que debían organizarse, tan luego como se proclamara la Independencia.

Duarte, a quien Sánchez escribió entonces, pidiéndole armas y municiones, aunque fuera «a costa de una estrella del cielo»,[104] se mostró a la altura de su patriotismo. Durante los nueve años empleados en los trabajos por la Independencia, y sobre todo a los cinco y medio transcurridos desde la fundación de la Trinitaria, había ido gastando poco a poco su caudal, y para entonces muy poco o nada le quedaba, pero existían bienes de la familia, procedentes de la herencia paterna, aun indivisa, y él no vaciló en sacrificar la parte que le correspondía, y en pedir a sus hermanos y hermanas que sacrificasen la suya.[105] En este relato verídico de Tejera acerca de los postreros episodios que culminan el año 43, predecesor del período que dio cima a su vez a la Separación, hay algo que he refutado, en parte al menos, en el capítulo anterior al tratar de los protagonistas del movimiento independentista. Demás está decir, entonces, que Duarte, quien lo quiso arrojar todo en la pira en holocausto de la Patria, entre ellos el patrimonio propio y el de su familia, no pudo ver realizado su generoso pensamiento, puesto que algunos de esos bienes personales y patrimoniales de la herencia paterna subsistían y rebasaron la fecha liberatoria del 1844.[106]

[104] Carta cit. del 15 de nov. del 1843, ya copiada en este volumen. En esta misma ocasión, escriben sucesivamente los hermanos Jacinto y Tomás de la Concha a Juan Pablo Duarte, a la sazón en Caracas, para ratificarle la petición de auxilio hecha por Vicente Celestino Duarte y Francisco Sánchez, dándole cuenta al Fundador del giro favorable de los acontecimientos para la obra futura de la Independencia. (Véase *Clío*, ed. julio y agosto del 1935, pp. 100-101).

[105] Carta transcrita de Duarte a sus hermanos en este mismo capítulo.

[106] Como expuse en este capítulo al referirme a los bienes de la familia Duarte, el hecho es que tan ínclito varón Juan Pablo Duarte no pudo desprenderse de todos sus bienes, ni de sus hermanos, como lo atestiguan la venta del 29 de nov. del 1844 de una propiedad, herencia de su padre y cedida a Juan Jiménez, así como un acta de procuración relacionada, igualmente, por la cual Vicente Celestino Duarte nombra como su apoderado al general Felipe Alfau Bustamante, para que a su nombre y representación entienda en

Es preciso que ya no se consignen nuestros sucesos sin verdadera base histórica como se hacía en las pasadas relaciones, puesto que estos claros varones que miraron siempre adelante, trabajando por levantar los cimientos de la patria dominicana que hoy existe, y que ésta los llama por eso sus fundadores, no necesitan del artificio para ser grandes ante la Historia.

No importa. Ese Duarte será venerada figura ante el juicio de las presentes y venideras generaciones, aunque no se hubiere despojado de sus bienes individuales o de los de su casta patricia.

De igual manera el historiador-filósofo no habrá de comparar a Duarte en insostenible paralelo con Bolívar o Washington, y ni siquiera con Artigas, San Martín, Máximo Gómez, personajes esencialmente subjetivos a la imaginación heroica, fuerzas de la naturaleza, sino que, adaptándose a la realidad objetiva del momento histórico que atravesaba la comunidad nuestra, lo considerará o ponderará como lo que fue Duarte: la Patria reflejada y hecha idea y pasión en una conciencia.

Proclama de la revolución haitiana

Debo detenerme ahora en otro hecho fundamental. El general Charles Hérard pasó con su Ejército al través del territorio nacional para dar la proclama de la Revolución Haitiana. Tal vez se propuso como mira política conseguir el sufragio de todos los dominicanos en pro de la Reforma, y algo más: obtener que el pueblo se pronunciara y diérase participación al hombre en sus planes. Solo así se concibe que al no recibir él espontánea adhesión de la sociedad que sojuzgaba, apelara a la violencia como único medio de contrarestar los conciliábulos secretos y la conspiración separatista que estaba ya muy próxima a estallar. Los

---

todos sus negocios, para que administre todos y cualesquiera bienes así raíces como muebles que tiene y posee en esta ciudad; y, por último, otra procuración del mismo Juan Pablo Duarte a su hermana Rosa para que venda una casa de su propiedad situada en la calle del Truco en esta Ciudad (carta del 10 de septiembre del 1844).

actos extremos no dieron resultado, como ocurre siempre, y ahí se fraguó la perdición de los corifeos del separatismo, pero de nada sirvió que se prendiera a los jefes más caracterizados como Duarte, Pina, Pérez. El pueblo de Santo Domingo que solo aceptó «a regañadientes» y por violencias el despotismo de Haití, lo ha de protestar, muy presto, tan pronto como se pueda unificar la opinión y se pongan de acuerdo los partidos revolucionarios, aunque esta sea alianza fugaz por producir la existencia de la primera patria, Sánchez hizo el milagro de hermanar a los hombres nacidos bajo un mismo suelo y alimentados del mismo dolor que engendró la tiranía. Bobadilla habrá de obtener por hábil artimaña política el que se juntaran en un solo instante, pero el indispensable para la Libertad, los puros patriotas o independientes, y los positivos y excépticos afrancesados. Algún tiempo después, creada ya la patria, se harán guerra a muerte y sin cuartel. Pero ahora irán juntos a la inmolación, y participarán estrechamente unidos del júbilo de la gloria y de la espina de la derrota. Es eso un proceso de la Historia. Mas a la hora que marcó el destino la de su sangre los grupos, así como la del odio tirara a los unos contra los otros. Había que sacudir al invasor extranjero que estaba encima, y para ello la causa de la República que iba a nacer era la consigna.

Tal verdad hará la Patria, todo lo que se ofrendará a ella hasta el triunfo de la Revolución; y aun la primera jornada guerrera del 44. Después volverán las pasiones, y lo único que había de sinceridad plena en este momento heroico, habrá de aniquilarse para siempre! ¡El amor a la democracia se irá por el mismo cauce que dejó en su caída la nacionalidad!

Pero es de volver al relato, y al momento en que Riviére lo avasallaba todo con la fuerza. Es ese momento quizá único en nuestra Historia. Duarte y sus compañeros estaban en el destierro. Sánchez se había eclipsado y se le suponía muerto. Parecía que todo había pasado, y, sin embargo, ¡la tormenta política crujía como nunca! Todo lo había de arrastrar: obstáculos insuperables de fuerza; miseria moral y física; cadenas bien remachadas; instituciones y hombres. El pueblo dominicano estaba allí, ya sin caudillos y sin ejército: mas la cosa se hizo; el 27 de febrero del 1844 habrá de resonar en la Historia como un tropel anónimo de

centauros que se diría que vinieron del aire. ¡Su triunfo fue de la masa sin cabeza, pero con sentimiento arraigado por la tierra! Del légamo sagrado de que hablara Esquilo.

Coexistiendo con la llegada de Hérard a Santo Domingo, no pudo el suceso de la emancipación producirse, pues Sánchez que quería dar el golpe en diciembre de ese año 43, se encontró con que no tenía recursos ni armas para combatir al enemigo bien equipado, y además, los regimientos 31º y 32º, integrados en su mayor parte por criollos, se habían mandado a Puerto Príncipe, sustituyéndosele por los cuerpos de tropas haitianas. Se diría a primera vista baladí el motivo de poca fuerza para arrastrar una resolución negativa en los independentistas que querían dar cima a la proyectada conjura de tal año, mas tenía fácil comprensión si se tomaba en cuenta la pobreza de los recursos de estos revolucionarios y lo que esta ayuda eficaz, aunque no importante, podría decidir en el lance decisivo adonde no podían ir con fuerzas muy inferiores, en que todo elemento era indispensable para el éxito de la incauta audacia de aquel grupo de héroes que debían arriesgarlo todo por la Patria.

De todas maneras, el *modus operandi* de Hérard cooperó con la marcha de su Ejército por nuestro territorio, a la hostilidad y consolidación de un pensamiento nacional que todavía en este momento estaba en larva.

Explica perfectamente este orden de ideas, el historiador ya mencionado Leger, en su conocidísima obra *Haití*. «La revolución de Praslin, dice tuvo eco en el Este; así en la nueva insurrección de los Cayos, Santo Domingo se conmovió y tomó espontáneamente las armas. El general negro Carrié, quien mandaba en esa ciudad bajo el régimen de Boyer, luego de una lucha de resistencia se embarcó precipitadamente. Dejó el campo libre al partido nacional el cual trató de organizarse. Este movimiento, no obstante, se había formado, bien que sin deliberado fin, con un propósito poco meditado, como obedeciendo al instinto que hace que el oprimido tienda a moverse para sacudir el peso que lleva sobre las espaldas. La primera llamada a las armas tuvo como finalidad la creación de un Comité Provisional Administrativo. Tan pronto como se supo su instalación, a poco de componerse un Gobierno, el jefe

del Ejército Hérard se puso en marcha con una parte de las tropas disponibles para proclamar la Revolución en el Norte y el Este.

Cuando penetró en el territorio de la antigua provincia española algunos nativos se le solidarizaron, pero los disidentes continuaron celebrando conciliábulos secretos; procedió el jefe haitiano como revolucionario e hizo prender en Puerto Príncipe a los personajes más influyentes en Santo Domingo. Cambió los principales funcionarios. Empleó las fuerzas militares bajo las órdenes de su hermano Leo Hérard para sofocar la opinión pública, y creyó el jefe de Haití haber conseguido formar la unidad de la República, y entonces regresó a la sede de su gobierno en Puerto Príncipe. Pero éste resuelto fue más contrario a esta idea.

Las Juntas Municipales se formaron en el Este y el Oeste. Las Asambleas Electorales funcionaron al fin, los diputados de la Antigua Audiencia española formaron parte en ellas para la elaboración de la Constitución, y formóse así un bloque parlamentario.

Pero esta adhesión dominicana era más brillante que sincera, porque la *Tournee* de Hérard y las providencias que le acompañaron habían decidido la insurrección. Se preparaba en todos los pueblos mientras estos mismos diputados discutían la Constitución en Puerto Príncipe, y hacían secretas reuniones en casa del comandante de las fuerzas navales francesas, y en donde el cónsul general Barrot, ya la soberanía, ya el protectorado, ora la cesión de la península de Samaná, mediante el concurso que ella habría de prestar para el golpe que ya se preparaba, en favor de la Separación».[107]

Este Leger ha penetrado en la verdadera región de las causas que rigen los sucesos en la Historia, Hérard provocó la reacción del pueblo dominicano, sacó a flote ese sentimiento arraigado en las masas anónimas, aunque vive a veces dormido por motivos ignorados para la Psicología; pero que es bastante para crear la nacionalidad aun sin una clara percepsión y responsabilidad de sus propios destinos. ¡La violencia haitiana despertó el odio histórico de dos razas!

[107] Leger, *Haití*, p. 337 y sigtes.

El ejecutor de la voluntad de Haití y jefe del Ejército Expedicionario lanzó su proclama, fechada en Santo Domingo, a 27 de julio del 1843.[108] Tal pliego resumía el lenguaje oficial de todos los dominicanos de su índole, y encerraba, en el fondo, la refinada hipocresía con que hablan todos los tiranos a los pueblos oprimidos.

[108] «Libertad o muerte. República Dominicana. Proclama al Pueblo y a la Armada. A nombre del pueblo soberano. Charles Hérard Aine, general de División representante del Gobierno de las partes Norte y Este y comandante en jefe del Ejército Haitiano».
Ciudadanos hermanos y amigos:
El movimiento regenerador ha terminado en Santo Domingo y ha concluido la Revolución. Precisar su finalidad, y mostrar siquiera las bases del porvenir es una tarea difícil, no obstante he de realizarla en acatamiento de mi deber que he de cumplir como mandato, con toda la experiencia adquirida en contacto con los más minuciosos intereses del soberano. Del Norte al Sur, del Este al Oeste, acabo de sentir palpitar la vida del pueblo; he participado de las angustias, las fatigas, las privaciones del soldado. He palpado la ansiedad del obrero. Descendí a la cabaña del pobre. Tuve comercio de ideas con el agricultor y el negociante. También escuché a los hombres esclarecidos. Y conduje a la Guardia Nacional hasta la meta y conquista de nuestras libertades. El pueblo no es esta imperceptible fracción compuesta de ideólogos que ignoran lo que quieren en el fondo de su pensamiento, y quienes están más atormentados por la ambición que bien inspirados por la esperanza del bien, que prefieren a la paz pública, la turbulencia de las pasiones anárquicas y políticas; que hablan para engañar; que escriben para calumniar; pero que nada han hecho en pro de la reivindicación de la libertad, pues ellos quieren a cualquier precio la revolución para obtener la preeminencia y explotar a las masas. El pueblo que yo he estudiado y cuya voluntad he interpretado, así como he sentido sus necesidades no es sino esa otra colectividad juiciosa, laboriosa, sin prevenciones y sin prejuicios: esa masa que trabaja, se educa, engrandece y defiende a la Patria. Así la miseria de tal masa es la miseria pública; sus intereses son los intereses generales de la Nación; su derecho es el derecho común; su educación es la educación nacional; su moral es la moral pública; su felicidad es la felicidad del país. Es pues a esta masa a la cual hay que satisfacer, y es su voto el que es necesario conseguir. Son sus derechos los que deben ser consagrados. Su dicha es el fin por el cual se debe trabajar por parte de la autoridad, si ella tiene patriotismo y siente por sus hijos amor, y sufre desvelos. Por esto el más constante anhelo que deseo realizar es el mejoramiento social fundado en esta base de los intereses populares. Tal era la pasión, la única pasión que abrasara mi alma hasta cuando en Praslín me ofrecí todo en holocausto exponiendo mis hijos y mis afecciones más

10.– El elemento psicológico forma la conciencia colectiva y el mismo espíritu de la nacionalidad

Por las razones científicas e históricas tan prólijamente desenvueltas en esta relación, confrontándose el sentido real del momento que se atravesada en nuestro país, no estaba éste preparado para su Independencia, ni mucho menos; pero todos se creían imbuidos de la misión patriótica, un pensamiento de libertad conmovía a las masas y a sus conductores, y este elemento psicológico repito, que fue el que formó la conciencia del pueblo sojuzgado para separarse de Haití. El mismo espíritu de la Nacionalidad.

---

caras; he dado el grito de alarma que ha despertado al pueblo oprimido. ¡A las armas, libertad o muerte!

Este pensamiento desinteresado me anima todavía: mi valor y mi devoción estarán siempre a la altura de las circunstancias y los peligros que haya que afrontar. En todo momento, preservará con la voluntad y la fuerza que el pueblo me ha confiado para que corone la obra moral de la Revolución… Porque es el eco de mi débil voz que llega a los boulevares, al antemural, a las ciudadelas de la tiranía consolidada durante 25 años de corrupción inveterada; la Providencia me permitirá, y al pueblo conmigo, herir a los criminales en sus complots de enemigos de la tranquilidad, de la civilización de mi país. Yo lo declaro enfáticamente a la faz del mundo: no dejaré las armas hasta que queden en ruinas el despotismo y en su lugar se vea la libertad, la unión, la concordia y la paz no haga de todos los haitianos una sola familia, olvidándose los prejuicios raciales, las desconfianzas y los odios pérfidos que el gobierno de Boyer introdujo en los hábitos políticos de la nación, para alejar la amistad, destruir el sentimiento de lo justo e injusto, incriminar el patriotismo, hacer imposible todas las manifestaciones cívicas, prevenir a los ciudadanos los unos contra los otros, para envilecer el honor, prostituir la virtud, oprimir la libertad, arruinar el presente y el porvenir, comprometer, en fin, la Independencia Nacional. No me extenderé más acerca de los atentados de Boyer, ustedes los conocen; en el acto de su destitución ha dado el más exacto cuadro con todos sus excesos. Pero lo que el pueblo no debe jamás perder de vista, ni olvidar, que debe repetirse hasta la saciedad para castigo del poder absoluto, y el frenesí, es el medio inmoral y único que Boyer empleaba para hacer pasar inadvertido su despotismo, aprisionando el pueblo en sus pasiones para insensiblemente encarnar la Patria en su persona y disponer en ella como exclusivo amo, sin responsabilidad de la sangre y de las lágrimas que pudieran derramar sus conciudadanos. La violación de la Constitución, el perjurio de su

Los apóstoles, los jefes, los capitanes que dirigían multitudes o eran simplemente soldados, sabían de antemano que estábamos impotentes para constituir un Estado absolutamente libre, soberano e independiente, cuando lo hicimos con la primera

---

juramento fueron el secreto de la tiranía de Boyer. Para impedir el regreso a semejante calamidad pública, la nueva Constitución deberá ser el decálogo de las masas, y cada haitiano tendrá que ser un riguroso ejecutor de los principios que contiene. Será ella entonces como vínculo de alianza y de igualdad, fuente de vida del progreso: porque cada ciudadano verá en los cánones de este Pacto Fundamental del Estado, principios de libertad y garantía inquebrantable contra la arbitrariedad. En una palabra, es preciso que la Constitución sea como la fuente de los derechos, de los deberes, de las verdades, de las virtudes sociales; que irradie su luz sobre la conciencia. De este modo, cada ciudadano estará imbuido en principios dictados por la razón, y quedará así como su propio crítico, al hacedor de su misma reputación; de la justicia que le es debida o de la injusticia de que fuera víctima. Es indispensable que a su promulgación la esperanza nacional no exprese ninguna desconfianza, que las incertidumbres se hayan desvanecido, que la fe renazca, que el bien público sea anhelo puro ajeno a todo desfallecimiento político. Esta Constitución que deberá ser inviolable hasta que el poder social no lo cambie. Es de rigor también, que el más oscuro de mis conciudadanos pueda decir al presidente de Haití: Usted quiere hacer una cosa a la cual no tiene derecho. Así el pueblo quiere, y la Constitución consagra: la libertad individual, civil, política y moral, la libertad de la prensa con la responsabilidad por delitos de difamación, de injuria, de excitación al odio y desprecio a la autoridad y los particulares. La libertad nacional de la tribuna: así cada frase de los gobernantes, cada eco resonará como una verdad reconocida públicamente.

La Representación Nacional será libre e independiente y tendrá sólo derecho para fijar las contribuciones directas e indirectas, hacer el Presupuesto, y poner en estado de acusación a los secretarios de Estado, haciéndoles comparecer ante el Senado. La libertad religiosa; pero la Religión Católica, Apostólica y Romana declarada como oficial para la mayoría de los haitianos y será en el Estado la custodia de las buenas costumbres y de la paz de las familias. La igualdad: será principio moral que nivele el rico y el fuerte y el débil, ante los ojos de la Ley. La seguridad, que es el principio que hace inviolable todo derecho, toda garantía, toda libertad, velará por todos: castigando aquellos que atentan contra esta última. La propiedad será respetada, etc.»*

* Prasling. *Actes et lois d(Haiti)*.

** Tal Proclama resumía el lenguaje oficial de todos los documentos de su índole, y encerraba en el fondo la refinada hipocresía con que hablan todos los tiranos a los pueblos oprimidos.

patria del 1821, o casi un cuarto de siglo después, en la patria más madura del 1844, todavía inconsistente realidad económica, étnica, espiritual. Haití era otra cosa. Era una comunidad de negros unidos por sus comunes desgracias pasadas, con costumbres, taras, hábitos e idiosincrasias homogéneas; y hasta con una economía y fuerzas aguerridas que le permitían sobrevivir en la lucha por un extraño ideal de civilización y su vida autónoma de residuos raciales africanos concentrados en una isla que defenderían a vida o muerte, echando los dados del destino.

Por el contrario, nuestra disgregación étnica procedente de tantas razas que se habían dado cita en la antigua posesión castellana: blanca, india, negra, mestiza, hacía desemejantes nuestros sentimientos y nuestro sentido de la vida, para imposibilitarnos ser independientes con una lánguida existencia financiera sin industrias, sin población o escasísima; y solo el patriotismo nuestro, heredado de la fiereza ancestral que clavaba sus garras en la tierra germinal, podía haber hecho el milagro del nacimiento del Estado. Los hechos pronto probarían que esta entidad no tenía viabilidad al desenvolverse con su dramatismo oscuro en el porvenir. El horóscopo del destino había fallado y nos habría de conducir por las más extraviadas sendas de la Historia.

Haití ha llevado una convulsiva vida de revoluciones y de asaltos al poder y es por estas causas de primitivismo social y político, de absurdas ideas mentales y religiosas, y por atávicos defectos de ferocidad y usos de rapiñas, que fue conducida en definitiva a la miseria y empobrecimiento que confronta y de que ya hemos salido nosotros en la época actual. Aunque en los tiempos narrados de este período embrionario de la emancipación de ambos pueblos se desarrollaron y pasaron de manera muy distinta y en verdadero contraste. Esto explica la historia de su dominador.

Este capítulo pone fin al período incubatorio de la Separación, a la cual algunos han llamado la Independencia propiamente dicha, porque en el próximo volumen x se entrará de pleno con el Proyecto de protectorado del 1843, en el vestíbulo mismo de la República que habrá de proclamar el año subsiguiente del 1844, con el grito del Baluarte, que constituye la meta de la denominada primera patria.

Anexos

Anexo 1

Carta del Comisionado Regio Andrés López Medrano ante su gobierno desde Santo Domingo, del 25 de junio de 1820

«No habiendo nacido el hombre para sí mismo sino para la sociedad, a quien pertenece por las relaciones que le rodean, es de su deber conspirar a su fomento de cualquier modo que le sea útil. Entre los medios de auxiliarla ninguno es más adecuado que el de esperar los pensamientos sin coartaciones depresivas que han impedido perseguir al vicio sin embozo, proteger la virtud sin menoscabo, acusar con entereza al infractor de las leyes y afianzar la seguridad de todos en la recíproca e individual. El egoísmo de los magnates, que habrían erigido su engrandecimiento sobre la ruina de sus semejantes, en nada más se esmeró que en condenar perpetuamente la libertad de imprenta, enervando el espíritu de los doctos, esterilizando el germen de la ilustración y sofocando la luz que de tiempo en tiempo ocultamente aparecía en la opacidad. Era preciso para mantener en su vigor este predominio acrecentar la ignorancia en vez de destruirla, incrementar los errores en vez de labrar el desengaño y obstruir con actividad la difusión de ideas que conducen a la verdadera gloria. Acostumbrado el pueblo por esta causa a obedecer por rutina, a moverse por los resortes de la voluntariedad, como si fuera un autómata, y a temer con sobrado fundamento los horrores de la bárbara Inquisición, el azote de la tiranía y los caprichos de un ministerio corrompido, no solo perdió su primitiva grandeza, olvidó su dignidad, desconoció el modo de recuperarla y se convirtió en juguete de sus opresores, sino que caminó con pasos acelerados a su degradación, como

el que es llevado al sacrilegio por las sendas de la religión, o el que traga la muerte en la copa que brinda la salud, de manera que es inconciliable se hablara en las Españas de instrucción, de enseñanza, de educación, de buen gobierno, igualmente que se ponían enormes trabas, reiterando severas prohibiciones de leer y escribir lo que conviene, únicos conductos de adquirir los adelantos; único rocío que hace pulular la erudición. ¡Qué grado envidiable de brillantez no nos distinguiera con asombro de las naciones más cultas, si hubiéramos soltado como ahora tan preciosos diques! Véase esta verdad por los progresos en ocho años, a pesar de haberse interrumpido su carrera.

Estas y otras razones constantes en los diarios de nuestras memorables cortes impulsaron al Supremo Congreso a decretarla en el artículo 371 de la Constitución que hemos jurado con júbilo inimitable. Esos varones ilustres, superiores a los célebres de Plutarco, que firmaron este sagrado código, dictado más por el cielo que formado por los hombres: esos Padres de la patria, intérpretes de la voluntad general, acérrimos defensores de la libertad, esos beneméritos diputados, dignos representantes de una nación magnánima, heroica y aguerrida, no menos que redentores de su existencia contra las falanges del formidable Bonaparte, previeron profundamente que no se llegaría al complemento de sus importantes designios si no se abatía el despotismo que este monstruo no descendería de su elevado puesto, si no se derribaban las columnas que le sostenían, que son las preocupaciones; que no se conseguiría este hermoso triunfo, si no se sembraban sin exclusión las saludables doctrinas que le anteceden, y que jamás se exterminaría el idiotismo, que si no se adoptaba con franqueza esta medida.

Yo no trato de enriquecer mi discurso con los elocuentes de esos sabios, que con más fuerza que la que es inherente a la matemática demostración han probado sus ventajas innegables; tampoco insisto en persuadirlas, porque además de lo que se ha escrito sobre ellas por ingenios muy sublimes, juzgo que no habrá quien no está íntimamente convencido a la vista de los dichosos efectos que anuncian los raciocinios, y comprueba la experiencia; pero como no obstante todo esto, hay todavía quien repugne

este don inestimable, no he podido omitir esta circunstancia, y estrivar en ella mi exordio, al tomar por primera vez la pluma en mi amada patria. ¿Y quién ignora tenemos entre nuestros conciudadanos muchos que, aborreciendo la libertad de imprenta, procuran entorpecerla, desacreditarla o por lo menos no avivarla? Unos, habituados a los resabios antiguos, que sabemos cuáles son, miran como sementera de desórdenes este imperdonable beneficio, y aun lo lamentan como el más terrible de los males: otros obligados por su carácter, representación y empleos a responder de sus acciones al público, que es el preponderante, y no esclavos de impugnes extravíos, declaman contra este poder que los reprime: algunos bastantemente sensatos, aunque nimiamente apáticos, se contentan con compadecerse en silencio inexcusable de la enfermedad, sin consolar al paciente, ni aplicarle los socorros oportunos poco abrumados de la miseria, que acobarda a los más valientes. Se hallan sin aliento para quejarse, evitando atacar al poderoso, reclamar sus agravios y defender su justicia: varios de los que debían animarnos a tributar este homenaje al cuerpo, de quien somos partes íntegra, pintan esta obra de nuestra inmortal revolución con los más negros coloridos, sin otros argumentos que los abusos que se cometen. Mas ¿por qué no reflexionan que si estos sirvieran de regla para reprobarla no hubiera instituto, no hubiera dogma que se abrazara en lo eclesiástico, en lo civil, en lo físico? ¿Por qué no consideran que si se han proferido injurias y sarcasmos a personalidades por algunos venenosos libelos, éstos no son consecuencia de su establecimiento, sino producto de las depravadas pasiones que vilipendian a sus propulsores, y ella misma castiga? Conténgase cada cual entre los límites que prescribe la Constitución, no se propase a quebrantarla, ni a revivir la moribunda arbitrariedad, y espiarán las inquietudes que menosprecia la probidad no enmascarada.

Gobernado de estos solidísimos principios en que descansa el pacto que nos rige, no puedo ver con indiferencia que por la taciturnidad que reina en esta capital en virtud de los motivos que ha detallado mi exposición, o de otros que no penetro, se quiera reducir a mis compatriotas al anciano servilismo de que los redime la Constitución española. No puedo ver sin indignación, que

debiendo, por haber sido los más inmolados en las aras del infortunio, coger con mejor derecho que otro alguno sus opimos frutos, se les prive con descaro de su utilidad, y se les numere entre aquellos abandonados a la suerte que experimentan el furioso achaque sin obtener las indicaciones que lo estirpen, pues no es otra cosa lo que les ha acontecido en las elecciones parroquiales del 11 de los corrientes para el nombramiento de empleos concegiles.

Al aproximarse éstas, que es el punto a que me contraigo en su extensión, se suscitó un partido dominante que tenía por título el «del pueblo», por divisas «el interés más justo», y por modelo el que presentan Inglaterra, Francia, Norteamérica y nuestra nación misma en los amplísimos territorios de su imperio. Apenas se concibió y se sospecharon las órbitas sobre que giraba, se proyectó frustrarlo por los medios más opuestos a la moral, armonía y civilidad. El dolo y la calumnia fueron las fuerzas motrices que emplearon los contrarios. Dijeron para arredrar a los pusilánimes, para alucinar a los incautos y para disminuir la firme conexión que estaba alimentada por una torpe y abominable intriga: que se había fraguado contra la nobleza, clero y catalanes; que se despreciaba a los militares, se desechaba a los jefes y solo se admitían a los de la más ínfima estirpe; que era necesario tachar a uno de sus miembros de subversivo, nada más que porque repartiría listas con el dictado de ciudadanos: que se corroboraba con los votos de jóvenes, que no teniendo veinte y cinco años, no estaban en el ejercicio de ciudadanos; como si el genuino sentido de la Constitución que solo le expresa para las elecciones pasivas no superase en sana lógica apuradas sutilezas: que bajo el pretexto de esos actos se trabajaba por otra cosa, se echaban los cimientos de la anarquía con otras audaces suposiciones que irritan al pundonor menos delicado y al más tranquilo filósofo.

No extraño este manejo, digno del pecho detractor, hijo de la soberbia resentida y ajeno de aquella agudeza, que es dote del maduro entendimiento, por lo que dice el adagio español: «que el que mal pleito tiene lo mete a bulla»; o por lo que afirma el sentencioso Sócrates: «que el vicioso acrimina al depositario de las virtudes, y que ésta debe vengarse con el aumento de ellas». Pero me ha sorprendido que los catalanes que por inclinación y

naturaleza son los más constitucionalistas hubiesen asentido a tales inventivas, cuya credulidad pugna con un ánimo liberal. Los que aun siendo en permitida hipótesis como se ha propalado, no era presumible que la odiosidad fabricara esos conatos. Pudo ser contra la nobleza para librarla, por una parte de las imprecaciones de los que la zahieran indistintamente, y por otra parte de los disgustos de una mezcla que no espontáneamente tolera: pudo ser contra el respetable clero, para eximirlo de las cabilosidades que perjudican a su pureza, pues siendo de los doce electores que corresponden a la parroquia mayor en el año de 1814 nueve eclesiásticos, si se repetía ese exceso, se creería, o que no había sujetos tan capaces, o que era su influjo al artífice: pudo ser contra los catalanes, porque si se colocaban algunos en el Ayuntamiento como ya se ha visto en cuatro de ellos no se atribuiría a la predilección que se han granjeado por sus buenos comportamientos, sino a la parte que habían tenido en las elecciones: pudo ser contra los militares, a quienes han ingerido en la falsedad, porque no se figurase el pueblo nos arrastraba su brillo.

Pero no fueron estos ni otros siniestros fines los móviles del partido que no desvanecieron aglomerados esfuerzos, sino los deseos de consultar el beneficio común. Ninguno duda, hablo con los que discurren con sindéresis juiciosa, que es de absoluta necesidad que el sistema constitucional siga rápidamente su marcha: lo primero, porque el monarca que es el mejor ejemplo, así lo manda conciliándose el amor de sus súbditos, las bendiciones del Eterno, la admiración de las gentes sensatas y la satisfacción de ser el rey más grande; y lo segundo, porque si por desgracia retrocediese de su curso, ¿qué funestos resultados no sucederían a la magnífica pompa que acompaña al triunfante carro? ¿Que sería del Trono, de la Nación, y de la Europa?… Solo imaginarlo confunde a quien analiza cómputo tan triste. ¿Y de que suerte se puede consolidar sino haciendo entender al pueblo la escelencia de sus derechos? ¿Cómo se conducirá a la perfección de estas nociones, sino probándole hasta la evidencia que su resurrección política no es aparente, que la mutación no es momentánea, y que es permanente realidad la promulgada Ley fundamental de la Monarquía? El pueblo, que como dicen los

políticos, es bien calculador de sus intereses, los valora siempre por lo que siente, desconfía de lo que no entra materialmente por sus sentidos, y solo cree lo que palpa independiente de abstracciones. Así es que se atiene a los consecuentes que toca, y no a los antecedentes, que no escudriña: así es que habiendo visto que esta misma Constitución fue abolida por las maquinaciones de los palaciegos egoístas y aduladores; que los nobles volvieron a superitarle en el intentado balance, y que el alimento le paladeó sin haberlo confrontado. ¿Qué diría si notase en el primer arranque de la organización se anteponía a los que siempre han sido los señores? Juzgaría sin detenerse en combinaciones que si la Constitución no era cierta en esto, tampoco lo sería en lo demás que incluyen sus artículos; y de aquí nacerían la inacción para su inteligencia, la indolencia para su observancia, el tedio para su adherencia, y la frialdad a contribuir a su estabilidad indispensable.

Ha sido pues y es muy conforme al acendrado patriotismo remover estos obstáculos para entusiasmarlo sin arengas, y enseñarle se han restaurado sus facultades: que está en el pleno goce de su libertad; que han cerrado los dolorosos suplicios, que lejos de mal urdir partidos electorales es muy razonable forjarlos con destreza; que significando su voz la reunión de votos y concordancia de voluntades a un objeto se versa su empeño sobre la calificación de los sujetos que más convengan y no sobre torcidas miras; que la Constitución tácitamente los permite, pues solo veda al cohecho, soborno y viles tramas para que la elección recaiga en determinada persona, como si desde luego se quisiese que fuese v.g. en Pedro; que para la pluralidad que se requiere es forzoso haya de antemano conformidad en los vocales: que nada acredita más la libertad y civilización de los hombres que esta diversidad de opiniones, que no reside en donde habitan la servilidad y la bajeza; que por este medio facilita con brevedad el desempeño de los deberes a que está anexa la parte de soberanía que le incumbe, pues lo contrario sería proceder a lo infinito; que esto mismo se confirma con la contraposición que se concitó de otro partido, porque si fuera pecaminoso armarlos, una maldad no se vence con otra, y si así sucede no por eso deja de ser maldad; y que deliberar esta avenencia es atrincherarse contra el

riesgo, refrenar la influencia y atajar los peligros de una elección que no acomode a sus preeminencias. Etc. Etc.»

«Ya es tiempo, de no modelar nuestros procedimientos por los de los anticonstitucionales, que por fortuna no son abundantes, y que quizá serán los autores de las calumnias que he refutado, contra quienes me dirijo sean los que fueren; de argüir a los que se reconozcan por tales, que si se glorían de realistas, no desmientan ese apodo con la implicancia de serlo y no ejecutar ciegamente las órdenes del REY; de reconvenirles que si le son tan adictos, leales y servidores, debían electrizarse con la Constitución, no entibiar el ardor patriótico de todo buen español, ni subsistir con la pesadumbre que no pueden encubrir; de convencerles que los fieles amantes del monarca son, los que le ofrecen un amor lisonjero, nominal o ficticio, que en él se aman a sí mismos, su realce, su interés y temerario prurito de recibir holocaustos de infelices, que le incensarean para que los colme de dignidades, de rentas, de honrosos cargos, y que con su sombra o profanando su nombre buscan sin privanza, amparan la impudicia, y logran la prepotencia, sino los que renunciando a esos incentivos le obedecen para ser baluartes de su corona, ornato de su felicidad, y perenne ayuda a la opulencia en su reinado; de insinuar a los extravagantes enemigos de nuestra causa, que si contemplan a Fernando, empuñando el cetro acorde a la nacional soberanía, se queden alrededor del Solio, y no molesten a los que tienen en él no un aliciente, un parapeto para la desmedida ambición, sino un príncipe que compone con la Nación unida e indivisible familia; de amonestarles con todo el arte de la circunspección se abstengan de esa mordacidad y no se entrometan con los constitucionales para sindicar sus operaciones, para influir en sus funciones, y para solicitar colocaciones que critican y que no son de real nombramiento; de aconsejar a todos se prevengan, para no caer en el precipicio, contra especie de hombres, peste de la monarquía, que siembran la cizaña, la discordia, las desavenencias para originar inconvenientes en todo lo relativo a la Constitución, a fin de que los altercados que se deduzcan, se gradúen de tumultos, disturbios, alborotos, perturbaciones, infidencias en oprobio de nuestro adorado Código. Etc.»

«… Es menester consentir que la Constitución jamás se destruirá, y por consiguiente no temer infundadas eventualidades. Es menester persuadirse que los magistrados, los electores, vuestros representantes se hacen por vosotros mismos. Artistas, maestros de oficios, que se han denominado bajos hombres reputados por plebeyos, si sois ciudadanos, si no tenéis perdidos ni suspendidos vuestros derechos, conoced el precio de esta igualdad, que los romanos y espartanos supieron estimar. Los titulados, los jefes, los eclesiásticos, los militares, los nobles, los magnates, los personajes, los que os habían sobrepujado en la representación pública son vuestros iguales, y solo es mejor el que tuviere más virtudes. Gobernaos por esta regla, seréis perfectos constitucionales, y vuestras elecciones carecerán de recelos, hablillas y dicterios. Santo Domingo 25 de junio de 1820. Vuestro conciudadano. Andrés López Medrano».

Anexo 2

Carta del gobernador español Pascual Real a su gobierno, sobre la situación económica y política del país del 31 de junio de 1821

Despacho del gobierno político de Santo Domingo, sección de gobierno, negociado económico, sobre el estado indigente en que se halla en esta isla.

«Exmo. Sr.

A los infinitos males y privaciones que pesan sobre esta desgraciada isla por la escasez de ingresos y falta de situados sobre las tesorerías de México y La Habana decretadas por S.M., en fecha 4 de julio de 1820, y 6 de febrero de este año; creo de mi deber hacer presente a V.E. que unos y otros se aumentan de día en día, de un modo tan sensible que la miseria se toca en la más dolorosa extremidad, Todo gravita Exmo. Sr. sobre estas cajas indigentes, y hasta la fuerza armada tan necesaria e indispensable a la conservación y defensa de esta interesante parte de la Nación, se reciente ya de la diminución a que va reduciéndose por la falta de fondos para su entretenimiento; las fortificaciones se hallan en el más espantoso deterioro; la Artillería poca y su Cureñage destruido; los Cuerpos Veteranos y de Milicias «que son solo en el nombre», a media paga así como todos los empleados. Agréguese a este cuadro lamentable, el forzoso pago de cuarenta y tantos mil pesos para el Cabildo Económico. comprendido su señor arzobispo y sacerdotes subalternos, y V.E. formará una idea justa de mi posición y de mis verdaderos apuros cuando no hallo recursos ni aun para hacer frente a las primeras necesidades; los ingresos anuales en total ascienden a 118.750 pesos cuatro r.s los cargos actuales a 245.857 y 7 r.s; el déficit 127.107 p.

s con 3r.s los empleos no ocupados 128.637 y dos r.s de que resulta un déficit total de 255.744 y 5 r.s; el comercio se halla paralizado, y la agricultura arruinada. ¿Cómo pues podré ser indiferente ni sofocar en el silencio tantas calamidades? Un arbitrio solo me ocurre Exmo. Sr., y desearía que V.E. lo hallase útil y practicable; con los cuarenta y tantos mil pesos que se invierten en el Cabildo podrían cubrirse algunas de las primeras atenciones que hoy se olvidan por precepto de las circunstancias, que se destinen los individuos que lo componen a otros puntos en que sean más necesarios que aquí; y no dudo asegurar a V.E. que algún modo cambie el actual estado de la isla: yo me abstendría de hacer a V.E. esta observación si no pudiera añadirle que siendo el censo de hoy en toda ella de sesenta a sesenta y cinco mil almas, parece superflua la existencia de una corporación, que siendo respetable en todo otro sentido, perjudica notablemente en la actualidad, obstruyendo reparos y muchas vías de prosperidad en el país; puede ser que esta medida repugne, por Sor. Exmo. ¿Cómo se concilia la urgencia con la negativa de medios? [...]. Yo como responsable de la Nación y el rey de la conservación de este punto que se me ha confiado, no puedo prescindir de manifestar a V.E. (aunque en compendio) cuán espinosa será mi situación en adelante si no se me decretan auxilios efectivos, de otro modo Exmo. Sor. no es posible desvanecer los continuos clamores ni recurrir tampoco a lo más preciso como es el aumento y pago de una fuerza militar que imponga, y cual corresponde para hacer respetar una porción de territorio tan recomendable de la grande nación de que depende.

Todo lo que he creído deber poner en el superior conocimiento de V.E. y a fin de que lo eleve al del soberano Congreso y al de S.M.; esperando yo que V.E. penetrado de mis verdaderos apuros influirá con cuanto esté al alcance de sus facultades hasta realizar las mejoras que forzosamente exigen las apuradas circunstancias en que me hallo.

Dios guarde V. E. muchos años Sto. Domingo 31 de julio de 1821. Exmo. Sor. Pascual Real (rúbrica).

Exmol Sor. Srio. de Estado y del Despacho de la Govern. n. de Ultramar.

Anexo 3

Carta del general haitiano José Bonnet al presidente Boyer, sobre la incorporación de la Parte del Este a la República Haitiana

«27 de diciembre del 1821.

Ciudadano presidente:

He recibido, por medio del comandante Bechet, la carta de V.E. de fecha 23 del corriente; ella me confirma lo que verbalmente he sabido de los acontecimientos que han tenido lugar en la parte del este de Haití; acontecimientos de tal importancia que deben fijar seriamente la atención del Gobierno de la República.

Obligado por V.E. a dar mi opinión acerca de las providencias que convendría adoptar en estas circunstancias presentes que nos rodean, trato de hacerlo con la franqueza que me caracteriza, con el celo de que estoy animado respecto de Ud. y con mi devoción hacia el bien público.

Después de reflexionar con alguna madurez acerca de las consecuencias que puedan provenir con motivo del cambio político del pueblo que se halla en las márgenes del Ozama, dos cuestiones acuden al mismo tiempo a nuestra mente para inquirir su resolución o análisis: ¿cuáles son las ventajas que ha de ofrecer la reunión de esta parte Este a la República de Haití, y cuáles serían sus inconvenientes? Voy a examinar por separado tales cuestiones, a resumirlas en lo posible y luego a deducir las consecuencias de la naturaleza misma de las cosas.

No se puede dudar de que el Gobierno haitiano, PACÍFICO POSESOR de todo el territorio de la isla, no derivaría de tal hecho grandes beneficios, no sólo respecto a su seguridad actual,

sino aún a su prosperidad futura. Tierras incultas en cantidad incalculable, y regadas por numerosos y caudalosos ríos; bosques inmensos y frondosos repletos de maderas para construcción; además, una costa accidentada por bahías magníficas y resguardadas, entre ellas la de Samaná, notable por su tamaño y situación, pues, se halla a la entrada del Golfo de Méjico: el mar dando límite único a todos nuestro territorio; y por último, un exceso de población de cien mil almas, cuyas nueve décimas partes son de nuestro color, constituirían otras tantas ventajas dignas de ser tomadas en cuenta. Pero si es preciso obtener todos estos provechos por medio de la fuerza de las armas, aunque la empresa bélica sea fácil y el éxito seguro, yo pienso que al fin y al cabo resultaría perjudicial y tal vez funesto para los verdaderos intereses y seguridad por venir de la República de Haití.

Si se considera que la superficie de la porción española, bien que doble a la nuestra en superficie territorial, no abarca, sin embargo, sino la cuarta parte de nuestra población, se advertirá seguido que la posesión de ese país, sin la VOLUNTAD UNÁNIME de sus pobladores, lejos de aumentar nuestro poderío, lo disminuiría necesariamente por los cruentos sacrificios de toda índole que sería indispensable realizar con el fin de podernos mantener en su territorio. De donde, el agotamiento del erario público, el progreso de la cultura en suspenso, la divulgación de la enseñanza aún retardada, serán las consecuencias desfavorables de tal empresa.

No se puede esconder la verdad: la colonia de Santo Domingo, como todas las otras colonias, siempre costaron a la metrópoli hispánica mucho más ciertamente de lo que ellas produjeron. Esta parte del Este que en sí no produce sino pocos géneros para la exportación no puede mantener sino un comercio muy pobre. Por tanto, el producido de las Aduanas y otras rentas del país, siendo insuficiente …… sus gastos, quedaría todo a cargo de la República, así como siempre tuvo la carga sobre sus hombros la dominadora España.

Queda a contar que, como es indispensable sostener en ese país un ejército suficientemente fuerte y bien provisto para garantizar el triunfo del partido que habría que mantener, esto

formaría un aumento en los costos de la ocupación. A todo lo dicho añada V.E. que nuestras tropas, alojadas aquí, en sus cantones respectivos, encontrarían naturales recursos domésticos que no habrían de tener en un pueblo indolente y poco trabajador como el dominicano, que no cultiva sino lo que necesita estrictamente para sus necesidades más apremiantes, y sin ir mucho más lejos. Así pues sería imprescindible acordar para nuestro Ejército, con fines de subsistencia, esmerada atención, creándole tiendas y abriéndole una caja de depósitos para militares.

Otra razón que no debo omitir y que merece atento cuidado y examen, es el mantenimiento del orden, que es necesario para el cabal éxito. ¿Están debidamente disciplinados nuestros soldados, para ocupar un territorio AMIGO, sin cometerse desmanes y producirse desorden? No me atrevo a resolver afirmativamente esta interrogación. ¿Y qué resultaría de lo contrario, es decir, si obligados por el hábito –que es una segunda naturaleza– nuestros hombres burlaran la vigilancia de los jefes y se fuesen a los campos a merodear víveres y a robarles sus bestias a los naturales? No hay duda de que tendríamos pronto por verdaderos enemigos a aquellos mismos a quienes fuimos a defender, y ya roto el vínculo de la cordialidad, no es difícil imaginar sus consecuencias funestas.

Se debe temer con buen fundamento la ambición y la concupiscencia de aquellos que están ahora en el poder y las doctrinas peligrosas que propaguen los extranjeros que este nuevo orden de cosas puedan atraer a la parte Este; pero este temor, tan poderoso y cierto como es, no debe compensarse con el que debe inspirar el pacto de familia que une a todos los príncipes de la casa de los Borbones. Porque, cuáles que fueran las providencias que adopten definitivamente los haitianos del Este, la vecindad de su gobierno naciente ofrecería siempre menos inquietud y peligros a nuestra seguridad territorial y felicidad, que aquella proximidad del Rey de España. Por otra parte, los residentes del Este tienen más necesidad de nuestra ayuda que nosotros de la suya, y de ahí que su política habrá de ser tratarnos bien y su prudencia les aconsejará participar en nuestra causa. Porque, ¿quién podrá garantizarles que España no les inquietará y dejará

gozar del nuevo orden de cosas que acaba de establecerse en su territorio, cuando vemos al gobierno hispano, aunque agotado en sus economías, y tesoro, y amenazado por otras potencias, luchar aún con tanta firmeza y desde tanto tiempo contra los insurgentes en todas las posesiones de América, para conducirlos a la obediencia? ¿No es de presumir que España buscará, por algún medio, restablecer su autoridad sobre la más débil de sus antiquísimas colonias? ¿Qué podría entonces la República de Colombia en pro de Santo Domingo, cuando ella apenas tiene fuerzas para proveer a su propia defensa? No vacilamos en decirlo: nuevas causas engendrarían nuevos efectos; y haciéndonos idénticas reflexiones: las cosas, antes o después, llegarían a lesionar nuestro interés común.

Hubiera sido preferible que el pueblo de la parte Este tomara la resolución de agregarse a nosotros espontánea y anticipadamente, o que él hubiese compuesto un gobierno independiente con el cual habríamos hecho un TRATADO SECRETO de defensa recíproca. Entonces, y de no poder obtenerse por negociaciones inmediatas, tratar de ganarlo, haciéndoles saber a nuestros vecinos que no podremos ofrecerles nuestra cooperación, en caso necesario, sino bajo esa condición. Si, como tan juiciosamente lo observa V.E. opinión que comparto, la masa del pueblo dominicano desea tal unión, debemos confiar en que esa voluntad se manifestará, pero nada debe llevarnos a precipitar este suceso, porque es mejor dejar venir los acontecimientos y prepararnos para sabiamente aprovecharlos.

¿Por qué no imitar la prudente circunspección de Inglaterra que, con una sola palabra o señal, puede decidir la suerte de los insurgentes de América, y guarda, no obstante, el más profundo silencio y discreción a este respecto?

Debemos en verdad hacer votos sinceros por la emancipación de todos los pueblos que como el nuestro tuvieron bajo el yugo del despotismo y el más humillante prejuicio racial; pero la razón, la prudencia, la saña política y quizás la misma necesidad, mandan aislarnos y reconcentrarnos en nuestros propios negocios y cuestiones. Ahora bien, cuando tengamos la felicidad de terminar favorablemente los diferendos con Francia y

de estar colocados, por un tratado, en rango igual a los otros Estados independientes, será ya tiempo de ocuparnos en lo que pudiera convenir a nuestro crecimiento y expansión territorial. Mas, hasta entonces, deberíamos limitarnos a cultivar la amistad con nuestros vecinos, sin inmiscuirnos en sus asuntos, a menos que seamos llamados. Como he dicho antes, por su CONSENTIMIENTO UNÁNIME, expresado éste por un acto de su libre voluntad.

En las presentes circunstancias porque atraviesa la República, tenemos necesidad de paz, de una prolongada paz para cicatrizar las heridas de nuestro cuerpo social; consolidar nuestras instituciones; restaurar nuestra agricultura; restablecer la disciplina de nuestros ejércitos y favorecer, por todos los medios posibles, el aumento de nuestra agotada población. Un pequeño territorio con una numerosa población, será siempre más fácil de defender que un inmenso desierto. España misma nos ha aportado la prueba. Antes de la conquista de América, ella era poderosa y temida por sus vecinos, porque toda la población estaba reconcentrada en la Península; pero, desde que ella cometió el error de dispersar su población, enviándola a reemplazar a los habitantes de los países que la feroz avidez de sus guerreros había despoblado, España cayó en una decadencia que la ha convertido en objeto de menosprecio de sus mismos vecinos; y, probablemente ella no readquirirá su añejo rango entre esas naciones, sino cuando el progreso de nuevas instituciones borren los errores de las antiguas instituciones.

He aquí, ciudadano presidente, las reflexiones que me han sugerido mis débiles luces y mi poca experiencia acerca de la importante cuestión que nos ocupa y de que ahora he sido apoderado. Ponderadlas con vuestra cordura, y si vos y los hombres ilustrados que podéis llamar a consejo para decidir tal cuestión, piensan de otro modo, acataré voluntariamente esa resolución y me hallaréis dispuesto a secundar las medidas y previsiones que ordenéis y hacia el fin que os propongáis.

Para disponer las tropas, como lo manda Vuestra Excelencia, he de pasar, el primer día del próximo año, una revista general de habilitación, armamentos y equipo, y os daré cuenta exacta. Etc.».

Anexo 4

Pronunciamientos de los comandantes dominico-españoles de Montecristi y Dajabón a favor de Haití

«Liberté-Egalité. République d'Haiti.

Au Géneral Magny,

Le peuple de San Fernando de Monte Criste a Jugé convenable d'arborer la banniére haitienne, et nous y avonz consenti. J'envoie a V.E. trois Commissaires, don José Domínguez, don Josée Díaz et don Gregorio Escarfulez a fin de connaitre l'intention de votre respectable gouvernement. Nous espérons que V.E. protégera cette ville qui devient dés ce jour une portion de la République d'Haiti.

Monte-Criste, 15 Novembre 1821.

(Signé): Diego Polanco, Comandant.»

«Au trés honorable Géneral Magny

Comandand de l'arrondissement du Cap Haitien

Nous vous annoncoons avec respect, Géneral, que nous avons commencé la réunion, et que la banniére d'Haiti a été arborée dans notre ville. Nous vous prions de nous envoyer des munitions de guerre dont nous aurons besoin si l'on veut exiger que nous abandonnions la cause de l'indépendance et de la Liberté de cette partie, la quelle s'est déterminée a se ranger sous les sages Lois de votre respectable Gouvernement.

Que Dieu vous accorde de longues années.

Laxavon, 15 décembre 1821, An 1er de l'Indépendence.

Signé: Andrés Amarante, Comandant, José Domínguez,

Arias, Joaquín Oliva, Adhenet».

Anexo 5

Comunicación del 2 de enero del 1822, en la que el general Esteban Magny le refiere algunos sucesos al general Boyer

«2 de enero del 1822.

Libertad-República de Haití.- Igualdad.

Cabo Haitiano, 2 de enero del 1822.

Año 19º de la Independencia.

R. 7 enero No. 6.

Esteban Magny,

General de División, funcionario del Ejército de la República y comandante del Departamento del Cabo Haitiano.

A su Excelencia el presidente de Haití.

Presidente:

Me cabe la satisfacción de anunciaros que un diputado de la Municipalidad de Santiago me ha sido enviado, el señor don Manuel Castellanos, hombre austero y de gran moralidad, conocido por sus simpatías a la causa de los haitianos, quien ya ha rendido servicios a la Patria, aunque no es portador de ninguna procuración, ni de ninguna comunicación dirigida a mí, he pensado que es debido al terror que reina en Santiago, desde que el pabellón había sido enarbolado en Monte Cristi por un destacamento que había sido enviado por el comandante Amarante.

Se han reunido en la municipalidad de Santiago, debido a la alarma, y han resuelto mandar cerca de mí al Sr. Manuel Castellanos, quien me ha declarado que por falta de un escribano no ha traído consigo un despacho.

Le remito a Vuestra Excelencia la respuesta por escrito que me ha dado el Hn. Castellanos y la copia del despacho que he

creído debía encomendarle, en vista de la latitud que contiene respecto a las intenciones de la parte española y hasta su verdadero interés, para ver cómo se pueden disipar sus alarmas y hacerles conocer las intenciones patrióticas de Vuestra Excelencia y los elevados sentimientos que se animan.

El Sr. Castellanos parte enseguida con este despacho y le he encargado, además, hacer circular sendas copias en Santiago, en Monte Cristy, en Puerto Plata, en el Cotuy, en La Vega, y en los otros lugares que crea conveniente. Os auguro el mayor éxito. No dejaré de teneros al corriente y de insinuaros todo lo que crea conveniente en relación con esta parte española. Me sentiré muy satisfecho si mis providencias tienen la aprobación de su Excelencia.

Debo también rendiros cuenta, presidente, que el señor Castellanos ha enviado al general Thabarre una comunicación del señor Caravajal quien se ha declarado capitán general de la parte española, fechado el mismo en Santo Domingo. Vuestra Excelencia verá la copia de esta carta que es absolutamente privada y amistosa pero que no da ningún detalle relativo a los sucesos que han ocurrido, ni a las disposiciones de los españoles, y os dirijo esta copia solo para que os podáis dar cuenta exacta de la situación de la parte española, sin emitir ninguna de sus modalidades.

Os llamo la atención que lo que se dice del coronel Luis Poux, en el original del relato del señor Castellanos, es una inculpación sin prueba alguna. Suplico a este respecto fijaros en mi despacho del 23 de noviembre del 1820.

En la conversación y las digresiones a que ha dado lugar con el señor Manuel Castellanos, me he podido dar cuenta de que nuestros desvelos y esperanzas van a tener el resultado feliz que esperamos. Vuestra Excelencia sabrá recompensar todo esto dignamente.

No tengo más nada que comunicaros.

Reciba pues lealtad y mi respeto a vuestra persona de modo incondicional. Se despide de vuestra Excelencia el más humilde de vuestros servidores,

Fdo.: Magny».

En confirmación de tal despacho de Magny, la Memoria del Intendente Fernández de Castro al ministro de Ultramar, que figura en los documentos provenientes del Archivo de Indias, tomo II, página 98, refiere la insurrección de algunas poblaciones del Cibao en el mes de octubre del 1821, en favor de Colombia las cuales fueron sofocadas por Diego Polanco, quien las pronunció en favor de Haití, el 15 de noviembre del 1821.- «…Quitóse la vida de un pistoletazo Cristobal, escribe don Felipe Fernández de Castro, y rápidamente Boyer se apoderó de toda la antigua parte francesa. Sor., de ella, pidió el Arzobispo de la parte Española cuatro eclesiásticos para que suministrasen el pasto espiritual en sus Estados. El arzobispo de acuerdo con el capitán general jefe superior de Intendente me preste al suministro de quinientos pesos del erario a cta. de la renta futura que gozaba el arcediano de la Catedral D. Juan Antonio Pichardo Vicario nombrado para esta misión apostólica, a fin de que se experitase. S.M. me aprobó la medida según R. orden que recibí por Hacienda (debe aparecer en la Secretaría del Despacho). El último capitán gral. brigadier D. Pascual Real, reclamó al mismo Boyer que advirtiendo por la propia parte fronteriza a sus Estados papeles sediciosos invitando a la independencia de Colombia, y donde ya se determinaban partidos, hiciese aquel jefe por parte redoblar el celo en su frontera como Real lo hacía en el territorio español, pues no esperaba menos de la sinceridad y armonía con que corrían ambos gobiernos. Contestó Boyer agradecido a la justicia que se le hacía en suponerlo desde luego opuesto al desorden, y que por su parte comunicaba las disposiciones para la tranquilidad, pues respetaba la del vecindario español y su Gobierno (debe constar en la correspondencia de Real con el Ministerio). Aquel es de advertir: que ese fue el desarrollo en el cambio del Gobierno español; pues estos acontecimientos pasaron en octubre y noviembre de veinte y uno, en que parte de las tropas de Santiago, población principal de la del Norte marcharon contra los disidentes en Beler, y aun el mismo Santiago cambió de Gobierno antes que la Capital, sin embargo de que ésta le sucedió inmediatamente en primero de diciembre del citado año último pasado. Etc.».

Anexo 6

Carta de Jean Pierre Boyer, presidente de Haití, al ciudadano José Núñez de Cáceres, jefe político de Santo Domingo

«Jean Pierre Boyer, presidente de Haití.

Al ciudadano José Núñez de Cáceres, jefe político de Santo Domingo.-

«Ciudadano:

Ayer he recibido su comunicación del 5 del corriente y el documento anexo.

«Como el bien de mi país es el objeto principal de todos mis desvelos, yo quiero entrar lealmente con Ud. en todas las explicaciones que sirven para dar razón del estado de cosas reinante en la parte Este de Haití.

Si es sincero lo que me hace saber respecto de los sentimientos e intenciones que inspiran y mueven a aquellos que figuran a la cabeza de los asuntos en Santo Domingo, y si el fin de sus solicitudes y empeños no es sino la completa regeneración de esta parte de la isla sometida desde largo tiempo a la humillación y a la miseria, ésta se efectuará pronta y pacíficamente, a satisfacción plena de todos los que en ello tienen un interés real.

Desde la proclamación de nuestra Independencia, jamás hemos entendido que la isla de Haití fuese divisible; toda su extensión, y comprendiéndose en ella las islas adyacentes, forma el territorio de la República: así lo determina el art. 40, tít. 2do. de nuestra Constitución; puesto que, generalmente, es conocido en el mundo, que la República es una e indivisible (art. 31). Esto es, lo que, para establecer la garantía de la independencia, me impone un indeclinable deber que no puedo violar sin hacerme

culpable, tanto con respecto a las poblaciones que rijo como hacía la posteridad.

Por eso, es la ocasión de cuestionar: ¿por qué la parte del Este no se ha incorporado a la República desde la promulgación del acto constitucional? Etc.

Las calamidades sufridas por nuestra patria son las que han impedido que hasta ahora no se haya unificado todo el territorio de la isla: porque, en la proximidad de nuestro país, la parte oriental gemía entonces bajo el peso de preocupaciones y privaciones, pues nunca ella ha estado tranquila en tal época, y hubiera sido inhumano exponerla a los horrores de la guerra civil, cuando no estaba siquiera en condiciones de hacer concurrir todas las voluntades hacia un mismo fin político.

Sentimientos de generosidad fueron igualmente los que se opusieron a que mi predecesor alentara a aquellos que de él solicitaron medios de protección y ayuda para romper el vínculo con la antigua metrópoli, sacudiéndose el yugo secular, como antes se hizo dando armas y municiones a don Juan Sánchez Ramírez, cuando la mayoría de sus conciudadanos quisieron expulsar a los que por un Tratado habían obtenido la posesión del país. Declaro solemnemente ahora que he estado animado por las mismas ideas, y me he conducido de igual manera, negándome de modo constante a amparar a aquellos que me han manifestado la intención decidida de sustraerse a todo dominio extraño. Para evitar el desorden y toda efusión de sangre, tenía resuelto no dar mi apoyo a esa gran porción de ciudadanos de la parte Este, porque estaba convencido que el tiempo no estaba lejos en que ya podría operarse una revolución moral, determinando así el cambio de la desgraciada situación en la cual se hallan sumidos, lo que daría por resultado incorporar sin choques violentos, mis compatriotas de la parte oriental, bajo la égida y protección tutelar de las leyes de la República.

Este tiempo ha llegado ya y lo marca la pacificación del Norte. He recibido enviados de parte de Santiago, San Juan y aún de Santo Domingo, quienes me aseguran su cooperación y me permitan hacerlos gozar de las prerrogativas de nuestras instituciones. Mas para no exponerlos a las calamidades provenientes de

un cambio de estado constreñido por las armas, les aconsejé a la sazón tener un poco de paciencia, declarándoles que sólo me inclinaría en pro de esa solución en último extremo y para favorecer al pueblo, advirtiéndole con anterioridad al brigadier general Pascual Real, lo que la prudencia y la humanidad nos reclamaban al uno y otro. Con este exclusivo propósito he mandado en misión al coronel Frémont a dicha parte Este; pero a su llegada a Santo Domingo, él encuentra consumado el cambio político a que dio lugar el golpe del 1º de diciembre último.

Apenas los actos que han sido publicados en esa ciudad fueron conocidos por los propios pobladores del interior, se dirigieron a mí, y protestaron acerca de tal cambio, esto es, que ellos estaban conformes con el acto constitucional de nuestra nacionalidad que declaraba la indivisibilidad del gobierno de Haití. No he cesado de exhortarme a mí mismo para la moderación, y esperé antes de tomar toda resolución el regreso de mi embajada en Santo Domingo. El coronel Frémont llegó y me entregó su despacho del 19 de diciembre retro próximo. Congratúlame porque no se hubiera derramado sangre fraterna en el hecho acaecido el 1º de este mes; tengo en gran estima a aquellos que han impedido tal tragedia. Pero deploro el error a que ha obedecido la organización de un Gobierno aparte de aquel que se ha establecido por la ley fundamental del Estado, y formando cuerpo con la República de Colombia.

Siempre he estado inclinado a la indulgencia y a juzgar a los hombres por la pureza de sus principios e intenciones: por eso he pensado que aquellos que habían dirigido el trueque político del 1º de diciembre podían estar equivocados al acoger los miedos, tal vez dominados por circunstancias que yo ignoro en este momento y he llegado a la conclusión de que si era así, ellos no tardarían en reaccionar volviendo sobre sus propios pasos, puesto que el pueblo dominicano sensato se haría oír. No he tenido que aguardar mucho tiempo para ver cumplidas mis predicciones, pues Ud. debe saber que estoy bien enterado de todo lo sucedido: aquellos que han enarbolado el pabellón haitiano han reconocido cuál es su verdadero interés y deben quedar al abrigo de toda injuria y vilipendio. Etc.

Es necesario no hacerse ilusiones: dos Estados separados no pueden coexistir ni mantenerse independientes el uno del otro en la isla que nos cobija desde los más remotos orígenes históricos.

Como mis deberes están trazados de antemano, no me quedará más recurso que sostener a todos los ciudadanos de la República: los habitantes de Dajabón, Monte Cristi, Azua, La Vega, Santiago, Puerto Plata, Las Caobas, las Matas, San Juan Neiba, etc., han recibido ya mis órdenes que obedecerán. Voy a hacer un recorrido a través de todo el territorio oriental con fuerza imponente, no como conquistador (¡no permita Dios que éste dictado entre en mi pensamiento!), sino como pacificador y conciliador de todos los intereses, en armonía con las leyes del Estado. Así, espero encontrar en todas partes hermanos, amigos, hijos a quienes abrazar. No habrá, empero, obstáculo que sea capaz de detenerme, mas cada quien puede estar tranquilo en cuanto a su seguridad personal y la garantía de sus propiedades. Y en lo que se refiere a Ud. eminente ciudadano, a quien creo animado, como me lo anuncia, del solo interés de la Patria, dedicada su alma a la confianza y al regocijo, porque la independencia de Haití será indestructible por la fusión de todos los corazones en uno exclusivo y para bien de todos porque asegurará sus derechos y prerrogativas, a lo cual tanto tiene derecho Ud. por la estimación y alta consideración que nos merece: tendrá título para ostentar ante sus compatriotas, a mi llegada a Santo Domingo.

Por esto al recibo de la presente, enarbolaréis en Santo Domingo, el pabellón haitiano que es el solo que conviene a los intereses de la República.

Espero así que su respuesta, que no deberá tardar en que llegue a mis manos, será conforme al interés y al bienestar futuro que le impone el país que Ud. ha hecho nacer.

Tengo el honor, esclarecido ciudadano, de saludarle con la consideración que tanto Ud. merece.

(Fdo.) Boyer».

Anexo 7

Acuerdos del Instituto de Investigaciones Históricas sobre el período haitiano hasta la fundación de la Trinitaria

Los infrascritos, miembros del Instituto de Investigaciones Históricas, reunidos en la Sala de la Biblioteca Pública, previa convocatoria extraordinaria del presidente, con el fin de dilucidar el período haitiano, hasta la fundación de la Trinitaria, punto de partida de la idea separatista; después de haber oído las disertaciones del ponente designado doctor Gustavo Adolfo Mejía Ricart, Miembro de Número de dicho Instituto, dictadas las mismas durante las sesiones del 14, 21 y 28 de enero y 4 de abril del 1937.

Visto el Sumario que abarca los puntos relacionados con tal período que debían ser objeto de controversia, el cual fue propuesto por la Comisión de Estudios Históricos Nacionales de esta institución.

Examinado el trabajo final del ponente Mejía Ricart, de fecha 5 de junio del 1937, y los trabajos presentados en las sesiones consecutivas del Instituto por los señores Dr. Manuel de Jesús Troncoso Sánchez, profesor Rufino Martínez, Lic. Máximo Coiscou Henríquez, Dr. Price-Mars, y el propio Dr. Gustavo Adolfo Mejía Ricart, y computándose los votos escritos y firmados ya leídos en acto público por los miembros doctor Manuel de Js. Troncoso de la Concha, Silla A; Dr. Gustavo Adolfo Mejía Ricart, Silla B; Lic. Carlos Sánchez y Sánchez, Silla C; don Luis Padilla D'Onis, Silla D; Dr. Eduardo R. Soler, Silla E; Lic. Leonte Guzmán Sánchez, Silla G;

Lic. Juan Tomás Mejía, Silla J; Prof. Rufino Martínez, Silla M; Lic. Leoncio Ramos, Silla R; Prof. Abigaíl Mejía Soliere, Silla S; Lic. Pedro Troncoso Sánchez, Silla T; don Luis Emilio Alemar, Prof. Félix María Pérez Sánchez, y Dr. Andrés Gómez Sánchez, supernumerarios convocados expresamente para esta cuestión; excusándose por no votar a los numerarios fray Cipriano de Utrera, Silla U, quien estuvo ausente en el extranjero durante el debate; don Sócrates Nolasco, Silla N, el cual no pudo asistir sino a una sesión por causa de enfermedad; y el Lic. Federico Llaverías, Silla Ll, recién electo Miembro de Número, el cual no fue convocado anteriormente como miembro supernumerario.

Revisado el presente acuerdo por la comisión nombrada por el Instituto que componen los señores Dr. Gustavo Adolfo Mejía Ricart, presidente de la comisión de Filosofía de la Historia; Lic. Carlos Sánchez y Sánchez, presidente de la Comisión de Estudios Históricos Nacionales y don Luis Padilla D'Onis, presidente de la Comisión de Estudios Históricos Universales.

En atención a que, el curso de «Crítica de nuestra historia moderna», dictado por el presidente ponente de este Instituto, Dr. Gustavo Adolfo Mejía Ricart, en lo que respecta al período que nos ocupa, ha sido suficientemente documentado y revela un acertado juicio.

En atención a que, el hecho histórico que inicia este período, en puridad, no puede ser calificado sino de incorporación forzada, y no de sumisión voluntaria a Haití, puesto que si existió alguna ayuda y alianza de parte de ciertas autoridades nativas y hasta de núcleos conservadores que se manifestaron en las Juntas Municipales en pro de los haitianos, esto fue algo esporádico, fenómeno social y político aislado, una minoría que no representó ni mucho menos el pueblo dominicano.

En atención a que, nuestro asentimiento en las conocidas actas antedatadas, o escritas con posterioridad a los sucesos de Beler, Dajabón y Montecristi del 15 de noviembre del 1821 en que se arrió la bandera colombiana, provenientes todas ellas de la opinión espuria que se obtenía en el territorio nacional, por el constreñimiento y la propaganda de los agentes de Boyer, y corroborada, hasta cierto punto, por la amenaza de este jefe del

Estado occidental de la isla (como es de notar por su carta del 11 de enero dirigida a Núñez de Cáceres); revelan que, la voluntad no fue válida, ante el Derecho de Gentes, no hubo, por tanto, accesión espontánea, no se realizaron actos sinceros de las masas que expresaran un estado de conciencia colectivo.

En atención a que, aceptando como cosa cierta, que la llamada expedición de Maseroni, sea una de las causas de la invasión haitiana, y que fuera la tal un hecho histórico indudable, más bien que una versión recogida en la Memoria del gobernador Kindelán al secretario de Estado y del Despacho de Ultramar –la cual consta de documento coleccionado en el tomo III, páginas 81 al 90, procedentes del Archivo de Indias radicado en Sevilla–, la república haitiana por esa amenaza de Francia, por posible que ella fuere, no estaba en el caso una excusa moral o jurídica, la cual podría solo alegarse si el acto de la ocupación de la antigua parte española se hubiera realizado por el Estado invasor (Haití), repeliéndose otro acto anterior de agresión del país invadido (Estado Libre Dominicano). De donde, lo más que la crítica puede advertir es un atenuante en favor del pueblo haitiano, conducido a esa empresa de conquista por el general Jean Pierre Boyer, instrumento del partido militar prevaleciente en su patria; pero no lavar de culpas al presidente Boyer o a su Gobierno, ya juzgado adversamente con el recto sentido de la Historia.

En atención a que, a más de la tesis de la incorporación forzada, en cuanto a que se llamara o no al haitiano, acerca de la cual ha recaído la mayor parte de los trabajos presentados al Instituto, en pugna a aquella de la sumisión o accesión voluntaria, se conocieron de tesis intermedias a las ya enunciadas; sostúvose que el hecho fue una incorporación más espontánea que forzada; y hasta que «si en parte hubo una incorporación forzada, por otra parte, principalmente en el Noroeste y en el Cibao, se contó con la incorporación voluntaria y casi espontanea de la mayoría de sus habitantes», esto es, que la accesión voluntaria y la incorporación forzada fueron hechos concomitantes.

El Dr. Price-Mars, presidente de la Sociedad de Historia y Geografía de Haití, y Miembro Correspondiente Extranjero del Instituto de Investigaciones Históricas, asentó la misma dualidad

histórica de que coexistieron de hecho la incorporación voluntaria y la forzada, bien que la Historia no tenga una nomenclatura para tal hecho: «accesión voluntaria para todos aquellos que formaron el partido pro-haitiano por una razón o por otra; incorporación forzada para aquellos otros que siguieron libremente el movimiento de Núñez de Cáceres». Entiende el Instituto que los partidarios de estas ideas no han desconocido las noticias e indagaciones que evidencian su error histórico; poco empeñados en sacar adelante su teoría de la cesión espontánea del suelo dominicano a Haití, no han vacilado en suponer, arbitrariamente y sin la menor sombra de verosimilitud, que pudieron existir al mismo tiempo dos realidades contradictorias, a pesar de que el estudio de la Historia referente a los sucesos de un período determinado debe hacerse objetivamente, y en este campo materialista no cabe que un hecho participe a la vez de un doble carácter o represente un complejo como verdad histórica; o sea, no puede con lógica deducirse que los haitianos fueron llamados por los dominicanos y éstos fueron al propio tiempo compelidos por la fuerza o la violencia moral a acatar la ocupación de la parte Este por las tropas de Boyer, no embargante que hubiera tendencias en el país sometido que se inclinaran en pro de una u otra hipótesis, puesto que lo determinante en tales casos es la mayoría y sólo muy pocos en verdad estuvieron en el Cibao y el Noroeste del Estado Independiente español con los haitianos. Empero, en general, puede afirmarse que el hecho constante fue que los dominicanos se sintieran entonces como siempre ligados a su tierra, no obstante los azares de su Historia, como lo demuestran los pronunciamientos de liberación a raíz de tan memorables sucesos, aunque fueran a veces en favor de la Madre Patria por vínculos raciales e históricos.

En atención a que, si ocioso sería resucitar aquí la antigua cuestión de la legitimidad de las conocidas actas de pronunciamiento en pro de Haití, por parte de las autoridades y munícipes dominicanos, porque ellas están depositadas en nuestros archivos y en la colección de documentos recopilados por la república haitiana, fácil es negar la existencia de un plebiscito contenido en estos documentos no emanados directamente del pueblo que

formaba la más vieja porción española de la isla de Santo Domingo ahora emancipada, en las cuales se aceptase el hecho de cesión o «indivisibilidad territorial» en favor de la parte occidental, y esos plebiscitos para manifestar la voluntad de los pobladores de los territorios cedidos o anexados funcionan desde el siglo XIV; sobre todo, si se observa la esencia de todo tratado o convención entre el gobierno que presidía el licenciado José Núñez de Cáceres en el Estado Libre y aquel cuya sede estaba en Puerto Príncipe encabezado por el general Jean Pierre Boyer.

En atención a que, si bien es cierto que la idea de la ruptura con la metrópoli hispana, en los años del 1821 al 1822, ocupaba ya la mente de los creadores del Estado Independiente de Haití Español, sin mengua de que éste era más un sentimiento en los caudillos que algo arraigado en las turbas, todavía nos faltaba definitiva orientación, «para plasmar en una forma viable ya una soberanía completa; era simplemente relativa, intentando ponernos bajo el protectorado de otra nación hermana, bien que éste no resultara al fin y al cabo una realidad, tal como aceptó este Instituto en su acuerdo precedente.

En atención a que es pues necesario reconocer y así lo proclamamos ahora, que la desorientación política en el año 1821, y en el año que le sucede, 1822, por lo menos en el momento en que acaece la absorción haitiana, es casi absoluta. Como se ha afirmado se caracteriza por un espíritu de facción que demuestra que el pueblo dominicano no había logrado formar un alma nacional. Por eso, cuatro tendencias o mal llamados partidos políticos, sin verdadera organización pero con ortodoxias bien definidas, ya dividían la opinión pública en este período: el partido colombiano o partidario de la fusión con Colombia que formaban Venezuela, Nueva Granada y Ecuador; el conservador o calificado comúnmente de haitianizante; el independiente puro, compuesto por muy pocos elementos de selección, cuya existencia inspira serias dudas a una parte de la crítica histórica, y que de existir era absolutamente nominal, sin grande influjo en la conciencia pública y sin popularidad en las masas, y por último, el reaccionario que se mantenía fiel a España, por razones de tradición, raza, idioma y costumbres comunes.

En atención a que, no es tampoco una verdad comprobada, por más loable que sea el propósito de sus sostenedores, que la anexión del Estado Independiente de origen español por parte de la república haitiana, hubiera sido perpetrada sin la complicidad de algunos indígenas; y, que, no dejara de existir un partido haitianizante, entre nosotros, a más de los agentes de Boyer; porque, núcleos o tendencias moderadas nacionales, se manifestaron extrínsecamente por medio de las referidas actas de pronunciamiento de los pueblos en favor de los haitianos, aunque tales documentos puedan parecer fabricados por un mismo patrón, y saquen en claro la realidad de que sí había dominicanos que estuvieron ligados en algún modo al poder que ejercía su influencia desde Puerto Príncipe, por doloroso que nos resulte la confesión de este hecho.

En atención a que, si es algo evidente que la metrópoli no tenía autoridad eficaz sobre la más antigua de sus posesiones en América, es de racional explicación que al producirse el cambio del experimentado gobernador general Sebastián Kindelán por el menos idóneo brigadier Pascual Real, la situación se hizo propicia, como se ha dicho, a la invasión occidental, o a la creación del Estado Independiente de Haití Español, como efímeramente se efectuó.

En atención a que, los motivos que mantuvieron en suspenso los planes de dominación de Haití sobre la parte oriental de la isla, es necesario hallarlos en la división haitiana que fragmentaba la pequeña república de Occidente en el antiguo reino de Cristóbal, el cual constituyó en 1820 un Estado independiente, en el Norte, y el resto que gobernaba el presidente Boyer, cuya república tuvo que hacer frente a la conjura de los generales adversos a su régimen, en el Artibonito, en San Marcos, Cabo Haitiano y Gonaives.

Además de que si era cierto que la autoridad de España en la Colonia era casi teórica, puramente nominal, como se ha consignado, el hecho sólo de que la metrópoli mantuviera representantes en Santo Domingo fue motivo suficiente para infundir respeto a los haitianos. De ahí que, mediara más de un año, desde el proyecto de invasión haitiana, en 1820, y su más

cabal ejecución por el general Jean Pierre Boyer, el día 9 de febrero del 1822.

En atención a que, si, en realidad, el pronunciamiento de algunas poblaciones en el Cibao, en el mes de octubre del 1821, promuévase en pro de Colombia y no de Haití, lo cual sólo acontece en el mes subsiguiente de noviembre, por haber avanzado con tropas el comandante Diego Polanco, posesionándose de la plaza de Montecristi y proclamando la anexión haitiana, según se relata en la Memoria que presentó el ministro de Ultramar el Intendente general Fernández de Castro (*Documentos procedentes del Archivo de Indias*, tomo II, página 98), es cosa también probada que el movimiento central de Núñez de Cáceres en la capital dominicana se verificó la noche del 30 de noviembre al 1ro. de diciembre del precitado año 1821, esto es, quince días después de la fecha del 15 de ese mes de noviembre, la cual fija Ardouin en su Historia (tomo IX, página 270), como del arribo a Puerto Príncipe de un bergantín americano procedente de Montecristi, el que traía abordo a las autoridades españolas depuestas por el golpe de Estado que emancipó la parte española de la isla de su antigua metrópoli.

En atención a que, el error del historiador haitiano es pues evidente, porque confunde la agitación preparatoria de los alzados en la región fronteriza, hecho que se realizó el 8 de noviembre del 1821 en favor de Haití y en el mes de octubre del mismo año en pro de Colombia, con el pronunciamiento del 30 de noviembre del 1821 que dio origen al Estado Independiente de Haití Español.

En atención a que, de acuerdo con los cálculos más aproximados de los historiadores, la población existente en la parte española en el período de 1821 al 1822, oscila de 70,560 a 125,000 habitantes, bien que consta en documentos de la época que sea la primera cifra la más probable y que no está muy distante del dato que trae el general Inginac en sus Memorias de que había 35.000 almas en el momento en que se llevó a cabo la Ocupación haitiana, y tomándose en cuenta que el patrón del año 1818 arrojó tan sólo 62.092 pobladores, según comunicación de Kindelán al secretario de Estado y del Despacho de la Gobernación de Ultramar, de fecha del mes de mayo del 1821.

En atención a que, estudiando el Instituto, las causas aparentes y reales que determinaron la formación de una tendencia, más bien que partido político, de ideología conservadora, ha llegado a la misma conclusión del Informe de que «las causas de este hecho son muy complejas: una de índole social, o étnica, otras, puramente económicas, y hasta de educación. Entre las primeras hay que contar la transformación de ideas, costumbres, usos, modelos y prácticas que habíamos sufrido con el contacto cotidiano con la más perfecta civilización y progreso que Haití experimentó durante el siglo XIX, y aún pudiéramos decir con el influjo que ejerce toda nación sobre su vecina, cuando puede mostrar una ventaja indudable de vida, fenómeno éste que se palpó por nuestros compatriotas desde antes del advenimiento de la patria haitiana, o mejor todavía, desde la sabia administración de Pétion»; ni deben olvidarse del mismo modo las causas raciales alegadas, pues es del todo indagado por veraces relatos de esos tiempos, que la población blanca había disminuido considerablemente en la parte española tan depurada en anteriores épocas, y el elemento oscuro o netamente negro y criollo se mezclaba, aunque en muy pequeñas dosis, y hacía aparentemente buenas migas con el aledaño elemento de origen africano que dominaba en la otra parte de la isla. Después ha de traerse a colación la causa de orden económica enumerada, puesto que los que tales cosas hacían, aliándose a Haití, eran en gran parte, súbditos olvidados de la colonia ibera, o terratenientes y hacendados que veían amenazados sus feudos con la llegada de un régimen autónomo, el cual no les protegiera por falta de verdaderas fuerzas, o por ineptitud nativa. Y descontando aquí a los que tenían instintivo horror a la mezquina existencia que soportaban a duras penas, que era de todo punto ficticia para ser continuada sin que algún cambio trascendente transformara su inferior condición. «La primera, continúa el ponente, tiene un carácter sólido, positivo y hasta humano a veces; está adherida a la Historia, y aun se confunde con ella; se mueve dentro de la realidad y no gasta sus fuerzas en quiméricos empeños de rescate de la tierra natal, en lances de honra o de vergüenza, pues le importa un bledo la vida heroica para atender a congénitos instintos atávicos, o depravadas costumbres sociales».

En atención a que, en contestación al octavo punto, se puede afirmar la autenticidad del discurso pronunciado por Núñez de Cáceres en el Cabildo el 19 de febrero del 1822, el cual consta en las *Relaciones del Secretario General Inginac*, publicadas en los diarios haitianos *El Teléfono* y *Concordia* con fecha 24 de marzo del 1822, y en los documentos hallados en Sevilla provenientes del antiguo Archivo General de Indias, correspondiente a la Audiencia de Santo Domingo, en la sección de Gobiernos Políticos, años 1820 al 1822, caja 5a., legajo 21, #49.

Se da asenso a este discurso memorable de igual modo, en la carta del 5 de marzo del 1822, dirigida por el general Prévost «a los habitantes del Este», en donde refuta tal escrito puesto en entredicho por algunos autores, y en las memorias del general Bonnet tenidas como fiel reflejo de acaecimientos de ese período. A más, le da consistencia a tal autenticidad, el acta de entrega de la ciudad de Santo Domingo de fecha 9 de febrero del 1822, la cual figura en la *Recopilación general de leyes y actas del Gobierno de Haití*, en donde se hace mención del discurso en referencia.

En atención a que, en el relato de los historiadores, hay cierta contradicción en cuanto a la distribución del mando en los primeros jefes del Gobierno de la Ocupación haitiana; pero la sana crítica al depurar los hechos y concederles más certidumbre a los escritores más contemporáneos a esos sucesos que inauguran el período de Haití, entiende que las autoridades fueron éstas: el general Borgellá nombrado comandante de esta Plaza, y el coronel Carrié, jefe del Arsenal y de la Fuerza; el general Dupuy fue enviado en calidad de comandante del Seybo e Higüey; el general Riché, designado con igual cargo para Bayaguana; el general Bergerac Trichet para Azua; los coroneles Hogu y Saladín, respectivamente, para Baní y las Matas de Farfán, y Dalmassí, con las mismas funciones en San Juan.

En atención a que, además de la formación de un Gobierno, el ocupante haitiano establece impuestos y servicios públicos con el fin de proveer fondos para el exhausto erario público y provisiones para los Almacenes del Estado; organízanse el Tribunal Civil, la Administración de Finanzas, la Tesorería Nacional, la

Aduana y la Comisaría del Gobierno cerca de dicho Tribunal Civil. Se restablece con varios profesores la Universidad de Santo Domingo, y créase una escuela particular.

A más se abolió la esclavitud: la Constitución de Haití no admitía sino hombres libres e iguales en derechos.

Por esa razón, tales «principios del Gobierno de la Ocupación sorprendieron grandemente a los habitantes de la parte Este, y se produjo así un concepto favorable al estado de cosas reinante, edificándose cierta conformidad pública que se tradujo en verdadera cooperación al occidental. La explicación de este fenómeno parece muy llana. Tiene dos aspectos: uno racional, si nos situamos en el punto de vista relativo de nuestro juicio al hacer la consideración de ciertos hechos contrarios a una pura conciencia nacional, pero perfectamente amoldable a ideas de progreso y de felicidad de los pueblos; y otro que no lo es. Puede y debe ser éste, obra de acomodamiento y de resignación patriótica; pero en muchos casos no es más que obra de puro materialismo y bienestar egoísta, cuyo valor, si lo tiene como parte de lo humano que es, puede ser ínfimo», tal como lo dice el informe.

En atención a que, la explicación racional del incidente de los colonos franceses en Samaná, a la llegada de los haitianos, es ésta: que después de la independencia de Haití, afluyó gente blanca de origen francés a la parte española de la isla, y protegidos por Ferrand fundaron establecimientos agrícolas de alguna magnitud en Samaná. Pero cuando advino la llamada Reconquista o reincorporación a España de la parte oriental, varios barcos de guerra ingleses anclaron en dicha Bahía y obligaron al comandante de la Península a capitular, el 10 de noviembre del 1808, poniéndose en posesión de ella a los revolucionarios, más con la condición de respetar éstos las vidas y propiedades de los franceses preteridos. Don Juan Sánchez Ramírez garantizó a los colonos de Samaná, «quienes se acomodaron bien al nuevo estado de cosas, refiere el ponente, porque esos súbditos de Francia, tenían esclavos, y la esclavitud existía en el territorio que ocupaban». Vieron ellos con indiferencia la creación del Estado Libre del 1º de diciembre del 1821, puesto que en éste se mantenía la

vieja condición de esclavitud colonial, pero al sobrevenir la invasión haitiana, la cosa varió porque el nuevo régimen de los dominadores aboliría la esclavitud y terminarían por echarles fuera del suelo donde tenían sus plantaciones y feudos, tal como hicieron en Haití.

Coincidían esos sucesos con la llegada a Samaná de la fragata francesa la *Duquesa de Berry*, la cual mandaba Douault, se agregó más tarde al barco de guerra el *Sileno*, también galo y comandado por Guvillier.

Anteriormente, otras unidades de la escuadra de Francia que iban en persecución de buques que se dedicaban a la trata de negros, habían llegado a la bahía de Samaná y pedían permiso para hacer aguas. El conde Donzelot, gobernador de Martinica, y el contralmirante Jacob, comandante de Estación naval, se dirigieron al presidente de Haití con la misma petición de aprovisionamiento de agua y leñas, en provecho de las naves francesas que se hallaban en los pasajes circunvecinos.

«Entretanto, relata el Informe, dichos colonos de Samaná propusieron al comandante Douault que se apoderara de la Bahía para Francia, pero éste se negó a hacerlo, perentoriamente, por carecer de instrucciones para este acto. No se encontraba autorizado. Mas le aconsejó que se dirigieran al conde Donzelot. Con efecto, ellos redactaron una carta que sometieron en consulta al susodicho comandante, quien la consideró inaceptable por los términos poco mesurados que se empleaba en ella aludiendo a los haitianos y a su jefe. Nueva comunicación fue redactada por el propio empleado que había hecho la anterior carta y quien estaba a las órdenes del poderoso colono Clarac, el mayor propietario de la península de Samaná y comerciante él mismo en la referida población. Por fin, salió la goleta *La Útil*, despachada el 25 de Enero del 1822, para dirigirse con el indicado fin a la Martinica, la cual llevaba a bordo a dos de los colonos. Llegó el 9 de febrero por serle contrario los vientos. En el intervalo de esas dos fechas, la de la partida Bahía y esa otra de recepción en el puerto de Fort-Royal, Núñez de Cáceres, informado de los manejos de Boyer y de la marcha del ejército haitiano invasor, el 30 de enero del citado año, había escrito a

Douault para incitarle a la rebelión en Samaná contrariando los proyectos absorbentes anotados. Negóse éste a seguir sus consejos porque esperaba el resultado de la consulta que se había hecho al gobernador Donzelot».

«Por lo que tocaba a la misión de *La Útil*, agrega el Informe, fue desairada por el Gobernador en referencia, ya que él juzgó que no podía apoyar la actitud rebelde de los colonos franceses en el momento en que iba a ser un hecho infalible que la parte del Este pasaría a poder de Haití. Estaba noticiado con anticipación Donzelot por un crucero armado que llegó de Puerto Príncipe el 15 de enero, de la próxima entrada en Santo Domingo por parte de las tropas del vecino Estado.

No pierde tiempo el gobernador de la Martinica. Tras esa negativa se pone de acuerdo con Jacob para otra empresa de mayor éxito. Siendo imposible, racionalmente, apoderarse de Samaná a nombre de Francia, puesto que estaba aun reciente la jornada de la Reconquista y, además, su país tenía alianza con España, era pues en favor de esta última que la cosa debía hacerse.

Por esa razón, la bandera real de Castilla se izó en toda la península de Samaná como señal de que no se seguían los pasos del resto de los pobladores del territorio del Este. Para fortalecer este acto asumido, llegaron a dar ayuda a la *Duquesa de Berry* y el *Sileno*, el crucero *Juan Bart* mandado por el mismo Jacob, las fragatas *Africana* y *Junon*, la corbeta *Cresta* y las goletas *Golondrina* y *La Útil*. Ya detrás vino a reforzar a los bajeles enunciados la corbeta *Tarn*, la cual partió al propio tiempo que las otras embarcaciones pero que se retardó en el trayecto. Tenía ella a su bordo 115 hombres de Infantería y Artillería, 2 cañones de campaña, municiones de guerra y 400 fusiles. Todo ello era destinado para los colonos e indígenas que estaban en plena rebeldía contra el poder de Haití. Habíanse tomado ocho días para tales preparativos bélicos, más el 16 de febrero, la flotilla armada sale de Fort-Royal y clava sus anclas el 19 en la bahía de Samaná. Sin embargo, ella acudía en apoyo de los colonos franceses pues el pabellón haitiano hubo reemplazado al de Colombia desde hacía veinte días, por resolución de los dominicanos que se unían a Haití constreñidos por la fuerza o las amenazas de Boyer; la víspera, el 18 de febrero de ese 1822, el

general Toussaint se posesionó de Samaná con un cuerpo de soldados recién llegados de la Capital».

«No cabía duda, termina el ponente, que ese hecho inesperado cambiaba los planes del almirante Jacob, y del gobernador Donzelot. Ellos no se atrevían a asumir la gran responsabilidad de lanzar a Francia en esa aventura, sobre todo cuando existía la alianza de ésta con su antigua colonia haitiana. Concluyó éste por partir para la Martinica, y dejó así libre las aguas de la Bahía».

Este incidente de los colonos franceses en Samaná y todo lo que ocurrió, precipitó y forzó la solución, está relatado a cabalidad por el Informe en torno de este período a que se le da asenso, y muy de acuerdo con los documentos que acerca de este asunto reposan en los Archivos del Ministerio de Marina de Francia, desechándose por inexacta o poco verosímil toda otra versión recogida por Lepelletier de Saint-Rémy y algunos publicistas que no la obtuvieron como Beabrum Ardouin en fuentes directas, y cuyo criterio acogemos como el de la verdad histórica en este caso.

En atención a que, racionalmente se explica cómo Francia no se atrevió, en ese incidente de los colonos en Samaná, a romper las buenas relaciones comerciales con su vieja colonia haitiana ya libre, pero en 1824, con motivo de la negativa francesa a reconocer esta Independencia de Haití, hubo grandes aprestos bélicos en toda la isla, pues se atribuía tal actitud al secreto móvil de futuras invasiones del rey Carlos x de Francia, a pesar de que, en contrario, los hechos debían arrojar rotundo mentís a esta creencia, con el posterior reconocimiento francés a cambio de una indemnización de 150.000 francos en resarcimiento de los daños y perjuicios en pro de aquellos antiguos colonos franceses ya referidos, a más de un cincuenta por ciento de descuento en los derechos aduaneros para toda mercadería que estuviera amparada por el pabellón de Francia.

En atención a que, tal indemnización a Francia de Haití, acordada por el tratado del 1838, tuvo su repercusión en el Este, a cuyos habitantes se los sometió con toda injusticia a contribuir al pago de la deuda haitiana, bien que una tradición que parece que tiene algún fundamento nos refiere que esta contribución

del pueblo dominicano se hizo por recolectas que se organizaban en las plazas públicas, a las cuales se les daba toda la apariencia de voluntarias, por más que eran mandadas a hacer por el Gobierno ocupante y sus agentes nativos.

En atención a que el Instituto de Investigaciones Históricas, creado como un centro científico de estudios ajeno a todo criterio dogmático en la dilucidación de la verdad histórica pero supeditado a ésta, a toda costa y sin querer herir la armonía y destruir las vinculaciones que unen en el presente a los dos pueblos hermanos que comparten el patrimonio de la isla de Santo Domingo o Haití, no puede dejar, no obstante, de exponer en juicio sintético, que el Gobierno de la ocupación haitiana en el territorio nacional estableció un sistema de centralización administrativa y de despotismo político, acerca del cual ya la Historia ha dado su fallo definitivo condenatorio; y por último, que el general Jean Pierre Boyer, presidente de la república de Haití, el que realizó la incorporación de la parte del Este que gozaba de un Estado Independiente, en el año 1822, fue un patriota, político habilísimo, aunque hombre duro y abusivo, cruel en ocasiones, estadista censurable y mal administrador de la cosa pública; mas, como bien dice el ponente, «personaje que no desdeñaría la Historia, bien que solo se detuviera ensañado en sus muchas culpas y defectos atávicos de raza», espíritu cultivado, aventurero de pies a cabeza, audaz y hasta bizarro en sus empresas bélicas, figura descollante e interesantísima para la crítica histórica.

En atención a que, la crítica ha depurado ya la conducta del antiguo arzobispo de la Arquidiócesis de Santo Domingo, don Pedro Valera y Jiménez, en cuanto a esa ocupación haitiana se refiere, pues él, el intachable prelado a quien se acusa de haber traficado con la nacionalidad dominicana, fue, al contrario, un varón justo y virtuoso, que condenó todo acto de violencia haitiana y rehusó recibir del Gobierno de la Ocupación la paga oficial como jefe de la Iglesia, arrojándosele fuera de la Patria, a más de otras razones, porque no aceptó el título de Pastor de Haití que quiso adjudicarle el dominador, aunque en contrario exista alguna opinión equivocada, lo cual fue realmente el mayor motivo de odio de parte del presidente Boyer.

En atención a que, el fracaso en la conspiración de Los Alcarrizos, conocida así en la historia nacional (suceso del año 1824) y cuyo móvil político era la restauración de la Colonia a la antigua metrópoli, se debió, según se ha informado, a que cometiera imprudencia manifiesta uno de sus principales caudillos, don Baltazar de Nova, quien, «adelantándose a la cita de los conjurados para hacer el pronunciamiento, dio lugar a que se aglomerara en las proximidades de San Carlos, sitio elegido para el golpe, grupos de campesinos que dieran la alerta con su presencia a las autoridades, excitando el celo del general Borgellá. Saliendo éste al frente de doscientos combatientes persiguió, dispersó y arruinó a los amotinados, de los cuales cayeron algunos prisioneros y otros escaparon, dándose a la fuga»; empresa que como se sabe se hacía con recursos que de antemano se habían ido a recabar de don Francisco de Montenegro, en Puerto Rico.

En atención a que, en apreciación exacta del pronunciamiento en favor de España de Diego de Lira, antiguo comandante de Sabana de la Mar, a quien Toussaint había depuesto del mando, en tanto que ocurría el incidente de los colonos franceses de Samaná, se puede juzgar que el éxito de tal conjuración era muy dudoso y casi descartado entre las posibilidades lógicas, si se para en mientes de la falta de recursos y de fuerzas con que se contaba, sobre todo, después de la negativa del contraalmirante Jacob y del conde Donzelot, a prestarle toda ayuda material.

En atención a que, la crítica advierte, el carácter opresor de los actos del Gobierno haitiano después de la primera década de la Ocupación, procediéndose a la confiscación de bienes de numerosos dominicanos, y siendo el despojo de las Iglesias y Conventos de la ciudad de Santo Domingo, el primer paso dado por el gobierno en la ruta de las expoliaciones, como anota el Informe.

Por esto, el juicio histórico en su análisis de la segunda etapa del drama de este período haitiano, vislumbra distinto espíritu al anterior, con mayores desaciertos, crueldades y sinsabores para el pueblo dominicano oprimido, y dicho esto sin rencor histórico alguno y sí con imparcial ánimo depurador.

En atención a que, del examen escueto de aquella época y de su ponderación serena y justiciera, los miembros del Instituto

llegan al convencimiento de que «se había creado, por torpeza del dominador, como concluye el ponente, un espíritu preciso nacionalista, profundo, enteramente filosófico, en el fondo, que regía la conciencia inerme del pasado, donde debían edificar Duarte y los otros apóstoles, la Patria que acababa de nacer de entre las sombras de este período luctuoso».

En atención a que, poniéndole fin al Sumario, la fecha del retorno de Duarte de su viaje a Europa, debió de ser en el curso del año 1833, y no 1834, como se ha dicho, puesto que en el mes de noviembre del primero firmaba, en calidad de testigo instrumental, un acta de matrimonio, la cual consta en el libro 1º de Matrimonios, folio 143, acto del 1º de noviembre del 1833, del Registro Civil, en la antigua ciudad de Santo Domingo;

Cabe pues rectificar, según propone el Informe, la fecha hasta ahora adoptada como del retorno de Duarte de su viaje a Europa, 1834, por el año 1833, hasta tanto que nuevos datos no revelen que hay que cambiarla o retrotraerla a la fecha anterior;

En atención a que, el Instituto reitera en este acuerdo, que todas sus opiniones están sujetas a revisión en todo tiempo, porque la Historia debe ser eminentemente progresiva en sus desarrollos y sus juicios, y no infalible y absoluta como si no provinieran sus fallos del maduro y renovador concepto humano en una constante fluencia y eternos cambios en el devenir de una humanidad más perfecta y en la formación de una conciencia más equilibrada, reflexiva y pura; por lo cual, reservándose la reconsideración de sus asertos y respetando, igualmente, los votos particulares de sus miembros disidentes que se darán a continuación, la ASAMBLEA DE MIEMBROS DE NÚMERO, y de supernumerarios convocados para esta controversia, por mayoría de votos, ACUERDA:

PRIMERO: que, acoge las conclusiones del ponente Dr. Gustavo Adolfo Mejía Ricart, ya formuladas en sus trabajos presentados a este Instituto con fecha 14, 21 y 28 de marzo; 4 de abril y 29 de mayo del 1937, en relación con su curso acerca del período haitiano, hasta la fundación de la Trinitaria, aprobados en principio en las propias sesiones en que fueron leídos esos trabajos, reservándose entonces pronunciarse con respecto a los puntos

del sumario que deberían solucionarse posteriormente por la Comisión de Estudios Históricos Nacionales, lo cual hace en esta oportunidad, dándole su asenso definitivo e íntegramente el Informe, así como a este acuerdo redactado por dicho ponente;

SEGUNDO: que, el hecho histórico, en el período que estudiamos, fue el de una incorporación forzada, y no el de una accesión voluntaria o sumisión de parte del pueblo dominicano a Haití;

TERCERO: que, no existían en el período del 1821 al 1822, auténticos partidos políticos por falta de una orientación definida en las multitudes dominicanas pero sí se perfilaban por sus ideologías cuatro tendencias o facciones: los partidarios de la fusión del Estado Libre a Colombia componían la primera; los moderados formaban la segunda agrupación, denominados en este momento haitianizantes por su cooperación a Haití; los independientes puros o aquellos que aspiraban a una Independencia absoluta; y la orientación o núcleos reaccionarios o españolizantes que se mantenía fiel a la antigua metrópoli, bien que era una realidad histórica que España no tenía ya autoridad eficaz sobre la más antigua de sus colonias en el Nuevo Mundo;

CUARTO: que, desde el proyecto de anexión de Haití, en 1820, hasta su ejecución con la entrada de las tropas de Boyer en Santo Domingo, el 9 de febrero del 1822, hubo un lapso de más de un año en que se mantuvo en suspenso el plan de dominación por las disenciones de los caudillos haitianos y la falta de unidad política que consiguió por fin el vecino Estado cuando Boyer venció a sus rivales y desapareció el reino de Cristóbal, y el temor al poder español que imperaba en Santo Domingo hasta las postrimerías del 1821;

QUINTO: que es evidente que el historiador haitiano Mr. Beabrum Ardouin incurre en error si indica el 15 de noviembre del 1821 como la fecha en que se proclamó el Estado Independiente de Haití Español y las autoridades españolas de Montecristi arribaron en un bergantín americano a Puerto Príncipe, pues el 8 de ese mismo mes de noviembre sólo existieron pronunciamientos aislados en pro de Haití en Montecristi y Dajabón, y en el anterior mes de octubre en favor de Colombia;

SEXTO: que el cálculo aproximado de la población existente en la parte española en el período que analizamos, es de unas setenta mil almas, acaso ochenta mil.

SÉPTIMO: que la tendencia conservadora, la cual no llegó nunca a formar un partido organizado en pro de los haitianos, estaba constituida por los agentes de Boyer y todos aquellos que creían que necesitaban defender sus feudos rindiendo acatamiento a la fuerza que el poder de Puerto Príncipe representaba en mayor grado que las autoridades que sostenían el Estado Independiente de Haití Español, mas ella no resumía sino parte del pueblo dominicano, una minoría, y no la voluntad colectiva nacional.

OCTAVO: que no es posible poner en duda la autenticidad del discurso pronunciado por Núñez de Cáceres en el Cabildo, el 9 de febrero del 1822, en el momento en que se hacía la entrega de la ciudad de Santo Domingo, porque está absolutamente probada por los documentos que hemos traído a colación en el cuerpo de este escrito.

NOVENO: que es necesario hacer rectificación a nuestros narradores en lo que atañe a la distribución del mando de los primeros jefes del Gobierno de la Ocupación haitiana, ya que es indispensable dar mayor crédito a los contemporáneos de los sucesos mismos que a sus más lejanos relatores, aunque estos sean acuciosos investigadores nacionales dignos de toda nuestra veneración y del agradecimiento de la posteridad por su ingente labor histórica. La relación más verídica es que el general Boyer nombró a Borgellá como comandante del Seybo e Higüey; a Riché como jefe de Bayaguana; a Bergerac Trichet le envía para Azua; a Hogu y Saladín, respectivamente, para Baní y Las Matas de Farfán; a Dalmassí para San Juan.

DÉCIMO: que los actos primeros del ocupante haitiano en pro de una mejor organización administrativa, la creación de instituciones educacionales, reapertura de la antigua Universidad de Santo Domingo; y, sobre todo, la abolición de la esclavitud, hizo nacer cierta conformidad pública y, por tanto, un concepto favorable al estado de cosas reinante, el cual se tradujo en verdadera cooperación de los pobladores de la parte oriental de la isla, en la primera etapa de este período que investigamos.

UNDÉCIMO: que desechando toda otra explicación dada por autores tan reputados como Saint-Rémy y otros, nos acogemos a los hechos tales como se inducen de los documentos que hemos tomado en cuenta precedentemente, en lo que respecta al incidente de los colonos franceses en Samaná, en la llegada de los haitianos, los cuales ya han sido expuestos al tratar este asunto.

DUODÉCIMO: que, por razones de este incidente de los colonos franceses en Samaná, hubo grandes aprestos bélicos en toda la isla de Santo Domingo o Haití pues se creyó que la actitud de los marinos de Francia obedecía a un secreto móvil de futuras invasiones de parte del rey Carlos x.

DÉCIMO TERCERO: que, entre los dominicanos, tuvo su repercusión el tratado del 1838, celebrado por Francia y Haití, en el cual este último país resarcía al primero por los daños y perjuicios sufridos por esos colonos franceses en la península de Samaná, obligándonos injustamente el dominador haitiano a contribuir a tan exorbitante tributo, y refiriéndonos una tradición constante y fidelísima que se dio esa contribución por medio de recolectas hechas en las plazas públicas, y otros sitios donde se reunía para su esparcimiento la multitud.

DÉCIMO CUARTO: que se caracterizó el Gobierno de la Ocupación tan pronto salvó su originaria etapa, por un sistema de centralización administrativa que todo lo absorbía y haitianizaba: leyes, costumbres, vida pura y patriarcal; y en cuanto al presidente Jean Pierre Boyer, ya hemos dicho que era un patriota, político habilísimo, audaz e ilustrado; pero un estadista mediocre, sin clara visión del porvenir histórico como lo demostró no oyendo los sabios consejos de Bonnet, y como conquistador fue cruel en ocasiones y duro casi siempre, un personaje interesantísimo para la Historia.

DÉCIMO QUINTO: que, el doctor Pedro Valera y Jiménez, arzobispo de la Arquidiócesis de Santo Domingo, fue como hemos podido comprobar en nuestras indagaciones, un varón justo y virtuoso, quien condenó los excesos del dominante haitiano y no aceptó recibir de manos de éste el sueldo oficial como jefe de la Iglesia, ni mucho menos el título de obispo de Haití, y por todo ello sufre destierro y vejámenes este personaje ya célebre en la crónica nacional.

DÉCIMO SEXTO: que el fracaso de la conocida conspiración de Los Alcarrizos, en el 1824, no tuvo otra causa que la alarma que produjo el aglomeramiento de los conjurados antes de tiempo, en San Carlos, y que despertó la suspicacia de Borgellá, quien los dispersó al frente de doscientos soldados del Gobierno.

DÉCIMO SÉPTIMO: que el carácter opresor de los actos del gobierno haitiano después de la primera década de la ocupación, es contrario a todos los principios de la libertad y del derecho de que debían disfrutar los dominicanos oprimidos, y de ahí, el espíritu preciso nacionalista en que se transfiguró el espíritu colonial de la parte española de la isla, y las causas filosóficas a que obedecía, son tal como extensamente ha expuesto el Informe y el cual ha hecho suyo este acuerdo.

DÉCIMO OCTAVO: que es necesario rectificar la fecha clásica hasta poco en que el apóstol Juan Pablo Duarte regresa a la Patria, después de su estada en Europa, consignándose tal hecho en 1834, y no en el año 1833, como evidencian actos conservados en el Registro de Santo Domingo que hemos tenido a la vista, mientras otras investigaciones posteriores no pudieran revelar que es otra la verdad histórica.

Ciudad Trujillo, Distrito de Santo Domingo, 9 de abril de 1938.
Doctor Gustavo Adolfo Mejía Ricart,
Lic. Carlos Sánchez y Sánchez, presidente.
Lic. Máximo Coiscou Henríquez
Doctor Eduardo R. Soler
Lic. Leoncio Ramos
Profesora Abigaíl Mejía Soliere
Luis Emilio Alemar
Profesor Félix María Pérez Sánchez
Doctor Andrés Gómez Sánchez

VOTO PARTICULAR DEL DR. MANUEL DE JESÚS TRONCOSO DE LA CONCHA

El que suscribe, Miembro de Número del Instituto de Investigaciones Históricas, no se atiene, en todo, al acuerdo segundo, anteriormente transcrito, referente al período haitiano hasta la fundación de la Trinitaria, que ahora estudiamos, ratificando su voto escrito del 11 de septiembre del 1937, el cual dice así:

«1.– CUÁL FUE EL HECHO HISTÓRICO: ACCESIÓN VOLUNTARIA, ANEXIÓN, O ACASO INCORPORACIÓN FORZADA?

Cuando el presidente de Haití, general Jean Pierre Boyer, invadió y ocupó en los primeros meses del año de 1822 la parte Española de la isla de Santo Domingo, desligada entonces del poder de España y unida nominalmente a la Gran República de Colombia, lo que hizo fue incorporar por medio de la fuerza esta porción de la isla a la República de Haití.

2.– PARTIDOS O FACCIONES EN QUE ESTABA DIVIDIDA LA OPINIÓN PÚBLICA

La inmensa mayoría de los dominicanos quería que Santo Domingo permaneciera bajo el poder de España. Partido independentista no existía. Los descontentos del poder español, que constituían una minoría escasa, deseaban la incorporación a Colombia. Tampoco existía partido o facción haitianizante.

3.– ¿EJERCÍA LA METRÓPOLI UNA AUTORIDAD EFICAZ SOBRE SU PRIMERA COLONIA EN EL NUEVO MUNDO?

La autoridad de España en la colonia era nominal únicamente. La España Boba se le llamó y ha seguido llamándosele a aquella época. Esas expresiones populares encierran todo un concepto. Las calamidades que el gobierno del Rey confrontaba en la Península y el estado de insurrección en que se hallaba toda la América del Sur contra su autoridad no le permitía poner la atención que era menester en esta colonia, de la cual no sacaba ningún provecho.

4.– MOTIVOS QUE MANTUVIERON EN SUSPENSO LOS PLANES DE DOMINACIÓN DE HAITÍ SOBRE LA PARTE ORIENTAL DE LA ISLA

Estos fueron las serias disensiones que en su interior dividían a Haití y la presencia del poder de España en nuestra tierra. Aun cuando, como se expresa en el número anterior, la autoridad de España en la colonia era únicamente nominal, la sola presencia de sus representantes en Santo Domingo era bastante para imponer respeto a los haitianos. Una invasión que éstos intentaran

constituiría ya un estado de guerra que la obligara a poner los ojos en su desamparada colonia. Los haitianos sabían que de Cuba y Puerto Rico podían venir auxilios que frustraran sus propósitos de absorción de nuestro territorio.

7a.– CAUSAS APARENTES Y CAUSAS REALES QUE DETERMINARON LA FORMACIÓN DE UN PARTIDO CONSERVADOR EN PRO DE LA INCORPORACIÓN A HAITÍ

Aparentemente se había operado un movimiento popular en favor de la incorporación a Haití, pero en la realidad aquello era el resultado de la labor de intimidación de los agentes enviados por Boyer a nuestro país para preparar su proyectada invasión. No había pues un partido haitianista sino un sentimiento de temor en la masa del pueblo.

8.– QUID ACERCA DE LA AUTENTICIDAD DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR NÚÑEZ DE CÁCERES EN EL CABILDO EL 9 DE FEBRERO DEL 1822

Todos los indicios concurren en abono de ella.

14a.– JUICIO SINTÉTICO QUE HA DE MERECER EL GOBIERNO DE LA OCUPACIÓN HAITIANA Y ESPECIALMENTE EL PRESIDENTE BOYER

Los años que duró la dominación haitiana en Santo Domingo fueron los más sombríos por los que nuestro país ha pasado. En lo que a éste concernía, la política del gobierno de Haití durante aquel período consistió en sumirle en la mayor pobreza; en borrar todo vestigio, todo recuerdo de su origen español para haitianizarlo paulatinamente; lo que equivale a decir que el propósito era destruir el pueblo dominicano para formar otro en su lugar.

15.– LA CONDUCTA DEL ARZOBISPO VALERA JIMÉNEZ ANTE LA CRÍTICA

Este ilustre varón, con sus valientes manifestaciones de protesta y su intransigente actitud frente al conquistador haitiano, fue la más eminente expresión de la dignidad dominicana en el año 1822 y los que le siguieron de cerca».

Ciudad Trujillo, abril 9 del 1938.
Dr. Manuel de Js. Troncoso de la Concha.

VOTO PARTICULAR DEL LIC. LUIS PADILLA D'ONIS

El infrascrito, Miembro de Número del Instituto de Investigaciones Históricas, no estando conforme en los puntos 4º, 5º, 8º y 14º del Sumario, con la mayoría que forma la ASAMBLEA de la referida corporación, en cuanto al ACUERDO SEGUNDO que figura transcrito encabezando este escrito, bien que dando su asentimiento al resto de dicho acuerdo, ratifica su voto particular, en esta forma:

«1a.– CUÁL FUE EL HECHO HISTÓRICO: ACCESION VOLUNTARIA, ANEXIÓN, O ACASO INCORPORACIÓN FORZADA? EXISTIÓ EL DOLO EN EL ASENTIMIENTO DOMINICANO?

Mi opinión, humilde, es que no hubo incorporación forzada, sino accesión voluntaria.

Cuando el 19 de diciembre del 1821, comunicó Núñez de Cáceres a Boyer, el cambio político operado en el Este, ya se había constituido en Santiago, desde el 15, una Junta Central Provisoria, que repudió la Constitución otorgada por Núñez de Cáceres y su incorporación a Colombia, dirigiéndose enseguida al presidente haitiano.

La única intimidación de orden moral, por supuesto, que realmente contiene la carta del 5 de enero de Boyer y que debió de ponderar abrumadoramente en el conturbado espíritu del autor de la teoría del Estado independiente del Haití Español incorporado a la Gran Colombia, es la siguiente:

«Bastará interesarse de buena fe en la prosperidad de esta isla, para convenir en esta verdad: porque para ser verdaderamente independiente es necesario poseer en su seno los medios de conservar esa independencia». Las frases aquellas: «No hay obstáculo que sea capaz de detenerme», y «yo voy a hacer la visita de toda la parte española con fuerzas imponentes», no son sino hueca palabrería. Juan de Morfa y Sánchez Ramírez o cualesquiera otros de los auténticos caudillos dominicanos, habrían contestado a la intimidación de Boyer, con un gesto altivo y arrogante.

Tal hemos dicho como conclusión en nuestro escrito anterior en debate del período haitiano que va del 1822 al 1838 ó 40, de que ahora sólo nos ocupamos. Declinamos en sus argumentos nuestra afirmación de que no hubo violencia o dolo que pudo viciar el asentimiento dominicano para la incorporación haitiana del 1822, y es un hecho la cooperación de la parte del Este, como lo acepta el ponente Dr. Mejía Ricart, en su brillante aunque erróneo informe, por lo menos en su parte más esencial: la llamada al haitiano, que fue sumisión y no incorporación.

Tampoco estamos de acuerdo con el ponente Dr. Mejía Ricart en cuanto a la conocida expedición de Maseroni, la cual fue no una versión como se atesta en el Informe que criticamos, sino un hecho histórico absolutamente comprobado como demostramos ya en nuestros trabajos en torno de este período haitiano.

(Véase el oficio dirigido al Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Gobernación de Ultramar, por el gobernador Sebastián Kindelán, tomo III, página 86 y siguientes, de los documentos provenientes del Archivo General de Indias).

Pero es que, aún en la hipótesis de que la tal expedición de Maseroni no estuviera comprobada por innumerables testimonios tan auténticos, bastaría que sus efectos hubiesen sido tan hondamente perturbadores en el ánimo del Gobierno de Madrid y en los espíritus de ambos gobernantes de las dos partes de la isla, para que esos efectos por sí solo constituyan un hecho histórico imposible de negar, en tal grado, que si el temor del gobernador Kindelán fue de tal naturaleza como se refleja en sus recomendaciones a su sucesor el brigadier de los ejércitos Reales don Pascual Real, ¿cuál no sería el de Boyer y sus compañeros de armas, los jefes del ejército, ante el peligro de tan grave contingencia?

Después de haber arrojado los haitianos de su territorio a los franceses, una justificada, fundamental e incontrovertible necesidad de preservación nacional, exigió de ellos como imperativo de buena política, el dominio absoluto de la isla, acabando de expulsar a los franceses de la parte Este y consolidando así su independencia y su libertad. Que este interés estuviera en pugna con el interés dominicano, no le resta por eso legitimidad, ni credenciales de buena política.

3a.– ¿EJERCÍA LA METRÓPOLI UNA AUTORIDAD EFICAZ SOBRE SU PRIMERA COLONIA EN EL NUEVO MUNDO?

No, la Metrópoli no tenía verdadera autoridad sobre su Colonia española en la isla de Santo Domingo. Como dice Troncoso de la Concha: «era nominal únicamente».

4a.– MOTIVOS QUE MANTUVIERON EN SUSPENSO LOS PLANES DE DOMINACIÓN DE HAITÍ SOBRE LA PARTE ORIENTAL DE LA ISLA

Los motivos que mantuvieron en suspenso la invasión haitiana hay que buscarlos en las guerras domésticas de Haití, pero, sobre todo, en que todavía los dominicanos no habían llamado franca y llanamente a sus vecinos.

5a.– ARDOUIN Y EL 15 DE NOVIEMBRE DEL 1821, COMO FECHA DE LA LLEGADA A PUERTO PRÍNCIPE DE LA NAVE QUE CONDUCÍA, DESDE EL PUERTO DE MONTECRISTI, A LAS AUTORIDADES ESPAÑOLAS CON MOTIVO DEL PRONUNCIAMIENTO DEL LIC. NÚÑEZ DE CÁCERES

No creo que el historiador haitiano Ardouin se refiere a otra cosa que a los pronunciamientos del 15 de noviembre del 1821 en Montecristi y Dajabón, y no a la proclamación del Estado Independiente de Haití Español del 1º de diciembre del mismo año.

En el mes de octubre del propio 1821 ese Montecristi se pronunció por la incorporación a Colombia que abanderaba Núñez de Cáceres (*Documentos provenientes del Archivo de Indias*, t. II, 1928, p. 98); pero, posteriormente, Montecristi, Dajabón, etc., se vuelven en pro de los haitianos, probablemente, el 15 de noviembre al decir de Ardouin, que llegaban a Puerto Príncipe derrotadas las autoridades españolas que en octubre habían sido depuestas por los nuñecaceristas. Este es el hecho.

8a.– QUE ACERCA DE LA AUTENTICIDAD DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR NÚÑEZ DE CÁCERES EN EL CABILDO EL 9 DE FEBRERO DEL 1822

«Creo que es legítimo el documento, fehaciente, pero también que es equívoca la actitud y los actos de Núñez de Cáceres.

Repetimos que «tan convencido estaba Núñez de Cáceres de que no contaba con el respaldo de los vecinos de Santo Domingo, que vituperaban su levantamiento y sin el apoyo de Alí y sus milicianos morenos, cuyas aspiraciones había defraudado, que él, como autor de tan impopular pronunciamiento, debió de asumir una actitud siquiera levantada, frente a Boyer, sosteniendo, siquiera con el fervor de un apóstol sus principios, cayendo envuelto en ellos, como una aureola de la gloria no alcanzada, a pesar de que lo hemos visto plegarse sumisamente a todo, echándole la culpa de lo que ocurría a la carta del presidente de Haití, en un inexplicable manifiesto que comienza con estas palabras. «Libertad, igualdad, República de Haití», y que todo él es un enternecedor ruego a los dominicanos para que reciban con los brazos abiertos a sus compatriotas del Oeste y compartan con ellos la prosperidad y comodidades de que disfrutan».

14a.– JUICIO SINTÉTICO QUE HA DE MERECER EL GOBIERNO DE LA OCUPACIÓN HAITIANA Y ESPECIALMENTE EL PRESIDENTE BOYER

El gobierno de la Ocupación haitiana fue abusivo en su segunda etapa y cometió actos censurables, y en este sentido Boyer le cabe su culpa; pero, antes, ¿cómo pretender hacer responsable a Boyer de las tramas dudosas y fraudulentos manejos de los conjurados contra el Gobierno español para derrocarlo? ¿Fue acaso Boyer quien insinuó a Amarante a pronunciarse por Colombia y quien mostró a Pablo Alí una Real Orden falsa para inducirlo al levantamiento?

En todo el proceso de la incorporación a Haití, hasta el instante mismo, de convertirse en dolorosa realidad no se halla un solo acto de fuerza material ni moral que dé plena justificación, siquiera espiritual, al erróneo calificativo de anexión forzada, a esa incorporación voluntaria, sin protesta, que culminó con el pacífico recibimiento de Boyer en Santo Domingo, aclamado por las multitudes, para recibir el ósculo fraterno del Dr. Núñez de Cáceres.

El malestar administrativo por un lado, y la necesidad de territorio donde expansionar su excedente de población, territorio tan extenso, rico y despoblado, como el nuestro, tuvo que

acrecentar en ellos de modo preponderante al propósito de adueñarse de esta parte de la isla, obedeciendo imperativamente a razones de sabia política, a una necesidad biológica incontrastable y al imprescriptible derecho de preservación nacional. Ese es el *quid pro quo.* Por eso, el presidente Boyer fue un habilísimo y sabio político y un patriota sin tacha; su Gobierno en la parte española fue malo como todos los gobiernos militares que tienen que dominar a un pueblo hermano pero que no era suyo. Esta es la verdad».

20.– FECHA DEL RETORNO DE DUARTE DE SU VIAJE A EUROPA

Su retorno fue en 1833, y no en 1834 (Registro Civil, libro 1ro. de Matrimonios, folio 143, acto del 15 de noviembre del 1833)».

Ciudad Trujillo, 9 de abril del 1938.

Luis Padilla D'Onis

Secretario General

VOTO PARTICULAR DEL LIC. LEONTE GUZMÁN SÁNCHEZ

El que suscribe, Miembro de Número del Instituto de Investigaciones Históricas, separándose de los puntos 1º, 2º, 6º y 7º del Sumario, en el ACUERDO SEGUNDO tomado por la mayoría de sus compañeros referente al período haitiano, ya transcrito, ratifica su voto escrito anterior, que dice así:

«1.– CUÁL FUE EL HECHO HISTÓRICO ACCESIÓN VOLUNTARIA, ANEXIÓN, O ACASO INCORPORACIÓN FORZADA?

El propósito haitiano de la indivisibilidad de la isla, elevado a canon constitucional, no había podido realizarse debido a las luchas intestinas que dominaban el naciente Estado, a los cambios de régimen allí operados y principalmente al temor al poderío español, que si es cierto no se hacía sentir en la parte oriental de la isla, no es menos cierto que la débil guarnición de esta parte, caso de ser amenazada, podía ser prontamente socorrida por las fuerzas de que disponían sus colonias de Cuba y Puerto Rico, pero la impremeditada empresa del Lic. Núñez de Cáceres,

dio al presidente Boyer la oportunidad de llevar a la práctica lo que hasta entonces no fue sino una aspiración de los gobernadores haitianos que le habían precedido.

Logrado por el presidente Boyer consolidar la paz interior en Haití que le permitió prestar preferente atención a la organización de los diversos ramos de la Administración Pública y mantener un fuerte ejército capaz de sostener la paz que había logrado en su país, puso en franca ejecución los planes tendientes a realizar el tan acariciado propósito de incorporación de la parte oriental de la isla para hacer una realidad el principio sostenido por los fundadores del Estado Haitiano: «La indivisibilidad de la isla», enviando para ello emisarios de su confianza que ganaran adeptos a la idea de la incorporación.

En ese sentido estuvo por algún tiempo empeñado en tal labor el coronel Dézir Dalmassí y otros, sin que faltaran dominicanos, José Justo Silva, principalmente que se convirtieran en agentes decididos de los planes del presidente Boyer, a tal extremo, que cuando vino a proclamar Núñez de Cáceres la independencia el primero de diciembre del 1821, ya muchas poblaciones del Noroeste de la parte española de la isla, habían enarbolado el pabellón haitiano, haciendo voluntaria sumisión a la República de Haití.

La proclamación de independencia de Núñez de Cáceres, en verdad no fue secundada con el entusiasmo que esperaba su autor, tal vez por la falta de preparación oportuna o por la premura de la misma, pero sirvió para precipitar la realización de los planes haitianos de incorporación.

Es mi opinión, que este hecho histórico, si es cierto que una parte de los elementos dirigentes del Estado *sui géneris* de Haití Español, aparentaron aceptarlo, lo hicieron debido a la intimidación del enorme ejército de Boyer, que para apoyar sus propósitos había movilizado hacia la parte Española, no es menos cierto, que la labor realizada por los secuaces de Boyer y por dominicanos haitianizados, así como por elementos conservadores que esperaban gozar de las ventajas que aparentemente proporcionaba el Estado Haitiano favoreciendo los propósitos de incorporación, aportó la cooperación espontánea de una gran cantidad del pueblo dominicano. De ahí que se atreva a afirmar, respondiendo a la primera cuestión del temario, que si en parte

hubo una incorporación forzada, por otra parte, principalmente en el Noroeste y en el Cibao, se contó con la incorporación voluntaria y casi espontánea de la mayoría de sus habitantes.

2.– PARTIDOS O FACCIONES EN QUE ESTABA DIVIDIDA LA OPINIÓN PÚBLICA.

En realidad, la opinión pública estaba dividida en este período en tres grupos, sin ninguna organización: uno conservador o español, fiel a la metrópolis; otro, partidario de la Independencia o mejor dicho de la incorporación a la Gran Colombia; y, el otro, haitianizado, o sea, partidario de la incorporación a la República de Haití.

3.– ¿EJERCÍA LA METRÓPOLIS UNA AUTORIDAD EFICAZ SOBRE SU PRIMERA COLONIA EN EL NUEVO MUNDO?

Por razones conocidas, que aduce el Ponente, con amplitud de detalles, la metrópolis, a partir de la Reconquista, no pudo ejercer una autoridad eficaz en la Colonia.

4.– MOTIVOS QUE MANTUVIERON EN SUSPENSO LOS PLANES DE DOMINACIÓN DE HAITÍ SOBRE LA PARTE ORIENTAL DE LA ISLA.

Los motivos que mantuvieron en suspenso los planes haitianos de dominación de la parte oriental de la isla, fueron principalmente, el temor al poderío español, que si es cierto, que debido al movimiento de independencia de las colonias de América, estaba seriamente afectado, es también cierto, que sus colonias de Cuba y Puerto Rico permanecieron fieles y podían prestar fuerte y eficaz ayuda a la exigua guarnición de Santo Domingo, y por otra parte, las continuas luchas internas, que en Haití se suscitaron desde la proclamación de su independencia, que no le permitían acometer tal empresa.

5.– ARDOUIN EL 15 DE NOVIEMBRE DEL 1821, COMO FECHA DE LA LLEGADA A PUERTO PRÍNCIPE DE LA NAVE QUE CONDUCÍA, DESDE EL PUERTO DE MONTECRISTI, A LAS AUTORIDADES ESPAÑOLAS CON MOTIVO DEL PRONUNCIAMIENTO DEL LIC. NÚÑEZ DE CÁCERES.

Es evidente, que la fecha 15 de noviembre del 1821 consignada por el historiador Ardouin, como del arribo a Puerto Príncipe de la nave que conducía la guarnición española desde el Puerto de Montecristi, con motivo del pronunciamiento del Lic. Núñez de Cáceres, es errada, por estar probado que el pronunciamiento tuvo lugar la noche del 30 de noviembre del 1821.

Puede ser que el historiador Ardouin quisiera referirse a ciertos pronunciamientos ocurridos en Montecristi y Dajabón, de los cuales se da conocimiento al general Magny en una carta firmada del 15 de noviembre del 1821 por el comandante Diego Polanco, en la ciudad de Montecristi, y por la cual le participaba que el pueblo había enarbolado el pabellón haitiano y además el envío de los comisionados Domínguez, Díaz y Ecarfulez, carta que fue publicada en idioma francés en el opúsculo intitulado *Piezas Justificativas*.

6.– CÁLCULO APROXIMADO DE LA POBLACIÓN EXISTENTE EN LA PARTE ESPAÑOLA EN EL PERÍODO 1822-1840

Según los únicos datos que se poseían acerca de la población existente en la parte Española de la isla, en el período de 1821 al 1840, ésta fluctuaba entre 70.000 a 80.000 habitantes.

7.– CAUSAS APARENTES Y CAUSAS REALES QUE DETERMINARON LA FORMACIÓN DE UN PARTIDO CONSERVADOR EN PRO DE LA INCORPORACIÓN A HAITÍ

El partido haitianizado, fue formado principalmente, debido a la labor que realizaban los emisarios de Boyer, secundados por elementos conservadores, atraídos por el estado de prosperidad y seguridad que creían imperaba en Haití, que consideraban les ofrecía mayor protección a sus intereses en vista de la poca atención que España prestaba a la Colonia.

8.– QUID ACERCA DE LA AUTENTICIDAD DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR NÚÑEZ DE CÁCERES EN EL CABILDO EL 9 DE FEBRERO DEL 1822.

Los documentos encontrados en el Archivo de Indias correspondiente a las Audiencias de Santo Domingo, Sección de

Gobiernos Políticos, prueban la autenticidad del discurso del Lic. José Núñez de Cáceres, de modo que ya no es cuestión de discusión».

Ciudad Trujillo, 9 de abril del 1938.

Licenciado Leonte Guzmán Sánchez

VOTO PARTICULAR DEL LIC. JUAN TOMÁS MEJÍA

El infrascrito, Miembro del Número del Instituto de Investigaciones Históricas, no estando conforme en algunos puntos del ACUERDO SEGUNDO anteriormente transcrito, referente al período haitiano hasta la fundación de la Trinitaria, ratifica su voto escrito dado en esta controversia:

«1a.– ¿CUÁL FUE EL HECHO HISTÓRICO: ACCESIÓN VOLUNTARIA, ANEXIÓN, O ACASO INCORPORACIÓN FORZADA?

En mi concepto, lo realizado por el presidente Boyer, en 1822, fue una incorporación forzada.

Las artes de las cuales se valiera para dar a tal hecho la engañosa apariencia de un acto que fuera el resultado de la libre voluntad de nuestro pueblo no pueden inducir a error a la Historia sobre este punto; y los razonamientos del ponente Dr. Gustavo Adolfo Mejía, y del Dr. Manuel de Jesús Troncoso de la Concha en ese sentido hacen plena luz sobre el asunto.

2a.– PARTIDOS O FACCIONES EN QUE ESTABA DIVIDIDA LA OPINIÓN PÚBLICA

Carezco de datos para poder contestar satisfactoriamente este punto, pero, dado lo que debe entenderse por un partido político, y conocidos como son nuestros antecedentes históricos sobre la realidad de los sentimientos dominicanos, no creo que hubiera un partido haitianizante, como resultado de la existencia de algunos adeptos de Boyer.

3a.– ¿EJERCÍA LA METRÓPOLI UNA AUTORIDAD EFICAZ SOBRE SU PRIMERA COLONIA EN EL NUEVO MUNDO?

Los hechos históricos conocidos, me inclinan a la negativa.

6a.– QUID ACERCA DE LA AUTENTICIDAD DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR NÚÑEZ DE CÁCERES EN EL CABILDO EL 9 DE FEBRERO DEL 1822?

Considero auténtico el discurso en referencia.

7a.– CAUSAS APARENTES Y CAUSAS REALES QUE DETERMINARON LA FORMACIÓN DE UN PARTIDO CONSERVADOR EN PRO DE LA INCORPORACIÓN A HAITÍ

No creo, según digo al tratar el punto 2º, en tal partido; y sospecho que los historiadores haitianos han fantaseado mucho sobre la existencia del Partido.

10a.– REACCIÓN DE LA OPINIÓN PÚBLICA VERNÁCULA ANTE LOS PRIMEROS ACTOS DEL INVASOR Y LA ABOLICIÓN DE LA ESCLAVITUD DE LA PARTE OCUPADA

Entiendo que la opinión de la inmensa mayoría del pueblo dominicano, fue siempre adversa al invasor; y que la abolición de la esclavitud, no alteró los pensamientos ni los sentimientos de los dominicanos.

14a.– JUICIO SINTÉTICO QUE HA DE MERECER EL GOBIERNO DE LA OCUPACIÓN HAITIANA Y ESPECIALMENTE EL PRESIDENTE BOYER

El juicio que se pide, es el contenido en nuestra acta de Independencia.

18a.– CARÁCTER DE LOS ACTOS DEL GOBIERNO HAITIANO DESPUÉS DE LA PRIMERA DÉCADA DE LA OCUPACIÓN

Mi contestación sobre esto, es igual a la que dejo dada por el punto 14.

19a.– ESPÍRITU PRECISO NACIONALISTA EN QUE SE TRANSFIGURÓ EL ESPÍRITU COLONIAL DE LA PARTE ESPAÑOLA DE LA ISLA, Y LAS CAUSAS FILOSÓFICAS A QUE OBEDECE

Entiendo que el espíritu nacionalista venía desarrollándose, en nuestro país, desde antes de la ocupación haitiana, si bien fue la Trinitaria la que le dio forma concreta».

Ciudad Trujillo, 9 de abril del 1938.

Lic. Juan Tomás Mejía.

VOTO PARTICULAR DE RUFINO MARTÍNEZ

El abajo, Miembro Numerario del Instituto de Investigaciones Históricas, disintiendo de la mayoría que forman la ASAMBLEA del mismo, referente a las cuestiones 1a., 2a., 7a., 10a. y 14a. del Sumario formulado al efecto para los debates públicos en torno del período haitiano que es objeto del ACUERDO SEGUNDO anteriormente transcrito, da su voto particular en esta forma:

«1a.– ¿CUÁL FUE EL HECHO HISTÓRICO: ACCESIÓN VOLUNTARIA, ANEXIÓN O ACASO INCORPORACIÓN FORZADA?

Resultado de una vida social desorientada fue el prestarse la mayoría a acatar la primera insinuación de sometimiento a un poder extraño, como estuviese éste respaldado por la fuerza. Haití tenía ganado algún ascendiente para ella en el sector de población con el cual estaba en contacto directo. Relajados los nexos de cooperación social entre las comarcas, el virus de la disolución política del Estado se extendió sin esfuerzo, y quedó así realizado el hecho de la Incorporación a Haití. Para llegar ahí, no entró en acción la fuerza armada. Si hubo algo de forzado en el hecho, fue ello de carácter moral, en un grado más expresivo de astucia que de amenaza. El sentimiento de temor que pudo mover al espíritu del colono, no alcanzó a desvalorizar el hecho como voluntario. En esa clase de movimiento social, el temor casi nunca falta. La anexión a España, que fue voluntaria, tuvo también su poco de temor, no a España, sino a Haití. La nueva condición se creyó preferible a la que conduciría forzosamente la que se estaba viviendo, y en tal sentido, no era para ellos un mal el paso dado. Hay que descontar desde luego una reducida minoría que repudió aquel movimiento tan poco honroso. El hecho fue, pues, incorporación, más voluntaria que forzada.

2a.– PARTIDOS O FACCIONES EN QUE ESTABA DIVIDIDA LA OPINIÓN PÚBLICA

Las diversas tendencias no tuvieron el carácter de verdaderos partidos. Hubo dos definidas: la de los conservadores, y la de los liberales; la primera, formada por las fuerzas vivas de la Colonia, y la segunda, por un puñado de idealistas.

3a.– ¿EJERCÍA LA METRÓPOLI UNA AUTORIDAD EFICAZ SOBRE SU PRIMERA COLONIA EN EL NUEVO MUNDO?

No podía la metrópoli ejercer autoridad eficaz sobre la Colonia, ni, aun pudiendo, entraba ya en su mala política colonial ejercer eficazmente dicha función.

7a.– CAUSAS APARENTES Y CAUSAS REALES QUE DETERMINARON LA FORMACIÓN DE UN PARTIDO CONSERVADOR EN PRO DE LA INCORPORACIÓN A HAITÍ

La división de las causas en aparentes y reales aplicadas a la formación del partido conservador, que existió como tendencia mucho antes de haber nacido Haití a la vida libre, la considero arbitraria. La causa de su formación fue una y nada compleja.

10a.– REACCIÓN DE LA OPINIÓN PÚBLICA VERNÁCULA ANTE LOS PRIMEROS ACTOS DEL INVASOR Y LA ABOLICIÓN DE LA ESCLAVITUD DE LA PARTE OCUPADA

Los primeros actos del invasor no motivaron reacción alguna de parte de los habitantes, ya que aquel procedió conforme a sus promesas, preconizadas por los activos agentes del movimiento. La reacción la hubo más tarde, cuando las autoridades anularon sus primeras providencias.

14a.– JUICIO SINTÉTICO QUE HA DE MERECER EL GOBIERNO DE LA OCUPACIÓN HAITIANA Y ESPECIALMENTE EL PRESIDENTE BOYER

No fue el período de la ocupación haitiana una situación desesperante ni opresiva para los colonos de Santo Domingo, como se ha dicho tantas veces. El gobierno puso en práctica cuantos procedimientos creyó adecuados para convertir en una realidad

permanente la aspiración haitiana de amalgamar en un solo pueblo las dos colectividades; pero tales procedimientos no llegaron a convertirse en actos de crueldad, como lo hacen las naciones que se apropian de territorios por la fuerza, y se los asimilan contra toda razón y derecho. Las transgresiones eran castigadas conforme a pautas establecidas, que el mismo elemento criollo, junto con el exótico, aplicaba como juez. El derecho de reunión, uno de los primeros en suprimir los pueblos conquistadores, no fue coartado. Existía la libertad de hacer vida aparte, quedando siempre el recurso de aprovecharse de las ventajas del ciudadano haitiano, que franqueaba los cargos públicos, raras veces desdeñados. Las manifestaciones de disgusto por el régimen tuvieron de delatores principales, por muchos años, a los mismos nativos.

Tomado en conjunto el régimen, fue benigno, y a ello se debió el que sin recursos de guerra se pudiese conspirar hasta fundar la República Dominicana.

19a.– ESPÍRITU PRECISO NACIONALISTA EN QUE SE TRANSFIGURÓ EL ESPÍRITU COLONIAL DE LA PARTE ESPAÑOLA DE LA ISLA, Y LAS CAUSAS FILOSÓFICAS A QUE OBEDECE

Este punto del sumario reclama un extenso desarrollo que presumo haría el ponente Dr. Mejía oportunamente. En sus conclusiones definitivas, a la que me remito en los puntos que he dejado de tocar, hecho de ver que faltaban las causas filosóficas.

Ciudad Trujillo, 9 de abril del 1938.

RUFINO MARTÍNEZ.

VOTO PARTICULAR DEL LIC. PEDRO TRONCOSO SÁNCHEZ

El infrascrito, Miembro Numerario actualmente del Instituto de Investigaciones Históricas, disiente en algo de la mayoría de sus colegas en el ACUERDO SEGUNDO, ya transcrito, en cuanto a la jornada del período haitiano que nos ocupa, formulando su voto particular así:

1.– ¿CUÁL FUE EL HECHO HISTÓRICO: ACCESIÓN VOLUNTARIA, ANEXIÓN O ACASO INCORPORACIÓN FORZADA?

La ocupación haitiana de 1822 constituyó ónticamente una incorporación forzada, pero tuvo en cierto modo la apariencia de una accesión voluntaria, lo cual se explica por la siguiente observación.

En ese año los habitantes de la parte española de la isla de Santo Domingo no habían despertado, como conjunto, a una vida estrictamente histórica. Es decir, sus acciones eran, casi totalmente, el desarrollo de los procesos causales de la naturaleza y no la expresión de los valores culturales. Por eso y dados los antecedentes y factores concomitantes, su actitud fue necesariamente (con la necesidad que informa el cumplimiento de toda ley) pacífica y temerosa ante la empresa militar haitiana de aquel año.

En esa época, en cambio, el pueblo haitiano vivía un momento histórico, y así lo delata el hecho de que, conducido por sus caudillos, se moviera en perseguimiento de un ideal de conveniencia colectiva, de una aspiración política y social, lo cual constituye un hecho genuinamente histórico o, más comprensivamente, histórico-natural.

Por eso fue posible que Haití invadiera a Santo Domingo y que lograra dar en cierto modo a su invasión la apariencia de respuesta a un llamado, de una incorporación voluntaria.

La posibilidad de una aquiescencia real de nuestra parte queda, además, descartada al examinarse las antitéticas y antagónicas circunstancias de los pueblos dominicano y haitiano. Étnica, lingüística y culturalmente diferentes, casi era tan imposible la asimilación de un dominicano y un haitiano, como la de un africano y un español.

2.– PARTIDOS O FACCIONES EN QUE ESTABA DIVIDIDA LA OPINIÓN PÚBLICA

Hacia 1822 no creo que en nuestro país hubiera partidos en el riguroso sentido político-social.

Había sí, por un lado, una corriente sentimental muy honda, cuyas causas no es necesario detallar, que nos ligaba a España y que ya había tenido su máxima expresión en Palo Hincado. Existía un *pathos* colonial fuertemente arraigado en la clase dirigente y en la masa.

Por otro lado, el sentimiento independentista, que antes de la invasión de Boyer se había manifestado, a la verdad, muy débilmente y solo entre individuos cultos, estimulado por las noticias que llegaban de Suramérica y por la decepción que causaba el abandono en que la metrópoli tenía a su más consecuente colonia en América.

Este desdén de España por Santo Domingo repercutía, sin embargo, en el corazón de los dominicanos más en forma de triste asombro, como lo sentiría un niño que se ve olvidado por su madre, que en forma de rebeldía y deseo de independencia. Ningún pueblo en América ha demostrado tanto amor a España como Santo Domingo. La cesión que ella había hecho en Basilea no impidió que los nativos quisiesen volver a su seno. La existencia de un período de España Boba, instaurado a costa de sacrificios o heroísmo de los pueblos criollos (caso único en América) no fue obstáculo para que, a partir de 1822, los dominicanos, en su mayoría, añoraran el recuerdo de los días de la colonia y acariciaran por mucho tiempo el sueño de un retorno a la Madre Patria. Ni fue tampoco óbice, unido al tiempo transcurrido y al despertamiento de una voluntad histórica de emancipación en los días que antecedieron y siguieron a la expulsión de los haitianos en 1844, para que en 1861 un movimiento de opinión nos reintegrara al imperio español.

He oído contar que en esta ocasión, hubo ancianos que lloraron de alegría al ver ondear de nuevo el pabellón rojo y gualda.

Había pues, en resumen, hacia 1822, un gran sentimiento colonial, fiel a la Madre Patria, y una debilísima, casi nula, tendencia independentista. La idea de la incorporación a Colombia no se albergó más que en el cerebro del ideólogo Núñez de Cáceres y de un grupo muy pequeño.

El movimiento haitianista, como expresión popular, era solo aparente.

3.– ¿EJERCÍA LA METRÓPOLI UNA AUTORIDAD EFICAZ SOBRE SU PRIMERA COLONIA EN EL NUEVO MUNDO?

La metrópoli, indudablemente, aceptó con frialdad y desgano la violación del Tratado de Basilea decidido por los dominicanos.

Ella se había desprendido sin pena de su colonia y no pensaba ya en ella. La causa de este olvido la constituyó muy principalmente el conflicto que se le creaba en todo el continente americano, desde el Río Grande hasta las pampas argentinas. Todo ello dio por resultado que la atención que el gobierno español prestaba a su readquirida colonia fuera muy ligera y su autoridad muy escasa. Durante el gobierno de Kindelán hubo un pasajero reanimamiento de las actividades públicas, pero se debió más a las dotes personales del Capitán que a la obra del gobierno metropolitano. Con el Gobierno del inepto Pascual Real fue decayendo gradualmente la autoridad española en la isla hasta perderse por completo en 1821.

4.– MOTIVOS QUE MANTUVIERON EN SUSPENSO LOS PLANES DE DOMINACIÓN DE HAITÍ SOBRE LA PARTE ORIENTAL DE LA ISLA

Estos fueron más de orden interno haitiano (las rivalidades y guerras entre los caudillos. La escisión del territorio en dos estados fue de orden internacional, determinado por las circunstancias que reinaban en la parte española.

7.– CAUSAS APARENTES Y CAUSAS REALES QUE DETERMINARON LA FORMACIÓN DE UN PARTIDO CONSERVADOR EN PRO DE LA INCORPORACIÓN A HAITÍ

No hubo un partido, ni siquiera una facción, que propugnara sinceramente la incorporación a Haití.

Hubo sólo agentes de Boyer, entre ellos dominicanos de pésima catadura, que se valieron de amenazas, aprovechando el recuerdo de los hechos cometidos por los haitianos cuando las invasiones de Toussaint y Dessalines y el desamparo en que se encontraba el país, para lograr una apariencia de llamada y de acatamiento el hecho de la incorporación, una apariencia de opinión haitianizante.

8.– QUID ACERCA DE LA AUTENTICIDAD DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR NÚÑEZ DE CÁCERES EN EL CABILDO EL 9 DE FEBRERO DE 1822

No tengo duda de su autenticidad y de que constituye el mayor abono a la proceridad de Núñez de Cáceres.

15.– LA CONDUCTA DEL ARZOBISPO VALERA JIMÉNEZ ANTE LA CRÍTICA.

La valiente actitud de don Pedro Valera Jiménez ante el invasor haitiano (que le valió una tentativa de asesinato y el destierro) fue la más clara y definida expresión individual dominicana, reprobatoria de la usurpación cometida. Ella no tuvo dimensiones históricas colectivas, pero es la prueba palmaria de la imposibilidad de que los dominicanos se sintieran complacidos como lo expresaron los documentos, con la incorporación; de la imposibilidad de su asimilación al haitiano. Valera y Jiménez, a pesar de su conducta anti-haitiana, no albergaba sentimientos independentistas. Era un perfecto colono español. Sentía orgullo en decir que era súbdito de Fernando VII.

19.– ESPÍRITU PRECISO NACIONALISTA EN QUE SE TRANSFIGURÓ EL ESPÍRITU COLONIAL DE LA PARTE ESPAÑOLA DE LA ISLA, Y LAS CAUSAS FILOSÓFICAS A QUE OBEDECE

Un dominicano de hoy día no concibe ese complejo psíquico que se llama alma colonial. Sentir que lo normal es estar gobernado por una autoridad que nos viene de fuera y amar y ser fiel a una metrópoli como el impulso patriótico natural, es algo que hoy contraviene al sentido común de un dominicano. Sin embargo, ese estar sometido al dominio de una nación madre y de tener como deber sagrado ser fiel a ella, amarla, defenderla y obedecerla era el sentido común de los colonos dominicanos todavía en la segunda y tercera décadas del siglo XIX.

Desear la independencia y el gobierno propio se tenía como una locura y un crimen de lesa patria, pero no faltaba quien se sintiera inclinado, aunque fuera débilmente, a esa extravagancia.

La etapa inicial de la transformación parece que se inicia con la decepción sufrida a partir del estallido de ardor colonialista (es casi una paradoja) y de devoción a España del año 1808, y con el contagio de las hermanas del continente. El golpe de los

ideólogos del año 1821 fue, no obstante, harto prematuro. El pueblo casi no entendió aquello.

La generación que creció y despertó su conciencia durante el ominoso período de dominación haitiana, sin recuerdo personal ni experiencia directa de una vida colonial genuina, fue la que dio expresión a un espíritu nacional, a un ideal de propio gobierno. La onda de libertad extendida por América había tocado la fuente de la juventud representativa y en ella hubo hombres de su época. Pero aún quedaban los viejos. Puede decirse que las contingencias a que dio lugar la manifestación de la conciencia nacional, de 1838 a 1863, fue, en lo que atañe a nuestras relaciones internas, una lucha entre dos generaciones. Después de 1853 la generación de los viejos colonos estaba, si no muerta del todo, al menos derrotada.

De entonces acá se afianza como sentido común el ideal nacionalista, aunque, desde luego, no han faltado personas, como en todas partes del mundo, carentes de aquel sentido.

Ciudad Trujillo, 9 de abril del 1938.

Licenciado Pedro Troncoso Sánchez.

Anexo 8

Manifiesto de José Núñez de Cáceres

«LIBERTAD.- IGUALDAD.- REPÚBLICA DE HAITÍ.

Fieles dominicanos y amados compatriotas:

No se me ocultan los cargos y recriminaciones que los descontentos preparan, y aún han comenzado ya a vomitar contra mi conducta, por los hechos y consecuencias de nuestro cambio político, ejecutado el primero de diciembre último, con el buen orden que todos han experimentado. Yo respondo que los movimientos de la independencia empezaron el 8 de noviembre en Dajabón, en Vélez y Montecristi, y que la capital no hizo otra cosa que salirles al encuentro, con las puras y leales intenciones de conjurar la nueva furiosa tempestad que reventó en aquellos lugares, y que en breve se hubiera propagado hasta llegar a nosotros tal vez mucho más cargada de funestos materiales recogidos en su tránsito: yo respondo en fin con el texto de la nota oficial, con que el excelentísimo señor presidente de la república de Haití, ha contestado a las mías de 19 de diciembre y 5 de este mes: nada es oculto, porque hace tiempo que debéis haber conocido la franqueza de mi procedimiento en las funciones del ministerio público: leed esta pieza con la meditación que debe inspirarnos el interés de nuestro futuro bienestar, y después condenadme.

«Libertad-Igualdad»-República de Haity.- Jean Pierre Boyer, presidente de Haití, al ciudadano José Núñez de Cáceres, jefe político de Santo Domingo.

Ciudadano:

Ayer he recibido la carta vuestra del 5 de los corrientes, con el documento que la acompañaba. Como el bien de mi país el

objeto de mis cuidados, voy a entrar con vos francamente en todas las explicaciones que requiere la situación en que se halla al presente la parte del Este de Haití. Si la verdad que me guía puede ser apreciada por los que están a la cabeza de los asuntos de Santo Domingo, y si el término de sus peticiones no es otro que el de la perfecta regeneración de esta parte de la isla, sumergida ya hace mucho tiempo en la humillación y la miseria, esta regeneración se efectuará tan pronto como pacíficamente, a satisfacción de cuantos tienen en ella un interés real.

Desde la promulgación de la independencia jamás se ha tratado de dividir la isla: toda su extensión, comprendiendo las islas adyacentes, forma el territorio de la república: así lo determina el artículo 40, tít. 20, de nuestra Constitución, tan generalmente conocida por todo el orbe.

La república es una e indivisible, (art. 41). He aquí lo que estableciendo la garantía de la independencia, impone también las obligaciones que no está en mi mano derogar, sin hacerme culpable tanto para con la presente población como para con su más remota posteridad.

Este es el momento de preguntarse: ¿por qué la parte del Este no ha sido reunida a la república desde la promulgación del acta constitucional?… porque los nuevos establecimientos no pueden llegar a su punto de perfección sino después de haber pasado por la hilera de desgracias y catástrofes, que muchas veces acarrean la destrucción de la empresa; y cuando no sucede así, es preciso con todo que una larga experiencia, fruto del solo tiempo, venga a prestar su auxilio para alcanzar el fin propuesto. Esto es lo que ha sucedido en la república; su historia de 18 años nadie la ignora, y por tanto es inútil extenderse sobre ella.

Las calamidades sufridas por nuestro gobierno son las que le han impedido pensar antes en la reunión de todo el territorio; porque aunque el vecindario de la parte oriental gemía entonces bajo el peso de las preocupaciones y privaciones, se hallaba sin embargo tranquilo, y hubiera sido inhumano, en aquella época, exponerle a los horrores de la guerra civil, cuando no se estaba en disposición de reunir todas las voluntades hacia el mismo centro. Los sentimientos de generosidad fueron los que solicitaban

los medios de sacudir el yugo de la antigua metrópoli, como lo hizo con socorro de armas y municiones a favor de don Juan Sánchez de Ramírez, cuando la generalidad de sus conciudadanos resolvió expulsar a los que por tratados habían obtenido la posesión del país. Y declaro, que el estar penetrado de los mismos sentimientos es lo que me ha conducido a negarme constantemente a proteger los diversos partidos que me han manifestado la intención de emprender el trastorno de toda la dominación extranjera.

Enemigo del desorden y del derramamiento de sangre, estaba decidido a nunca dar asistencia alguna parcial a los ciudadanos del Este, convencido que no estaba lejos el tiempo en que yo podría obrar allí una revolución del todo moral, que mudando la desgraciada situación en que se hallaban, hubiera al fin colocado sin choques, ni violencia a mis compatriotas de la parte oriental, bajo la protección tutelar de las leyes de la república.

Este tiempo estaba indicado por la pacificación del Norte. Yo recibí enviados de la parte de Santiago, de la de San Juan, y aun de Santo Domingo, que me aseguraron de su deseo de gozar de las ventajas de nuestras instituciones. Para no exponerlos a las calamidades inevitables de un cambio de estado, operado por la vía de las armas, aconsejé nuevamente a todos la paciencia, y me determiné por último a dar un paso ostensible hacia el pueblo haciendo saber al brigadier general, Pascual Real, mis intenciones, y lo que la prudencia y la humanidad nos prescribían a uno y a otro. Con este objeto envié la misión de que era jefe el coronel Frémont, que encontró a su llegada a Santo Domingo el cambio acaecido el primero de diciembre último.

Apenas se tiene conocimiento de los actos publicados en Santo Domingo, me fueron traídos por los mismos vecinos del interior, protestándome que si ellos habían demostrado algún entusiasmo en la nueva de aquella mudanza, era porque creían que conforme al acta constitucional, la indivisibilidad del Gobierno de Haití era esencial condición de su resolución. No me cansé de exhortarlos a la moderación, y esperé para determinarme el regreso de mis enviados.

Llegó el coronel Frémont y me entregó vuestro pliego, fechado del 19 de diciembre; me felicité de que no hubiera corrido

sangre en el acontecimiento del primero del mismo; me llené de estimación para con todos aquellos que habían impedido su efusión, pero deploré el error que había dictado la coordinación de un gobierno separado del que ya estaba establecido por la ley fundamental del estado, y que se declaraba deber hacer parte de la república de Colombia. Inclinado siempre a la indulgencia y a juzgar a los hombres por la pureza de mis principios, he pensado que los que habían dirigido el cambio del día primero podían haberse equivocado en la elección de los medios, y aún haber sido dominados por circunstancias que yo ignoraba, y concluí que si era así, pronto volverían de su error, porque necesariamente el pueblo más desengañado, haría conocer sus intenciones. No fue preciso mucho para ver realizado mi modo de pensar, y vos debéis conocer que no me he engañado. Los que han conocido sus verdaderos intereses, y se han puesto a salvo de todo acontecimiento molesto.

Vos tenéis, ciudadano, demasiada penetración para haber confundido el primer entusiasmo del pueblo, al ver desaparecer el pabellón de la España, con los sentimientos de su voluntad manifestados hoy, de vivir bajo las mismas leyes que el resto de los haitianos.

No hay para qué hacerse ilusión: dos estados separados no pueden existir ni mantenerse independiente uno del otro en la isla en que hemos nacido; aun cuando el acta constitucional de Haití no hubiera ya decidido la cuestión de indivisibilidad, la razón y la conservación de todos sus habitantes la hubieran exigido imperiosamente. Bastará interesarse de buena fe en la prosperidad de esta isla, para convenir en esta verdad; porque para ser efectivamente independiente es necesario poseer en su seno los medios de defender esta independencia. La república, me atrevo a decir, ha adquirido después de muchas borrascas todos estos medios, y puede hallar en ella misma los elementos necesarios a la conservación de su libertad e independencia.

Como mis deberes están trazados, debo sostener a todos los ciudadanos de la república; los vecinos de Dajabón, Montecristi, Santiago, Puerto de Plata, las Caobas, Las Matas, San Juan, Neyba, Azua, La Vega, &c. &c. han recibido mis órdenes y las obedecen.

Yo voy a hacer la visita de toda la parte del Este con fuerzas imponentes, no como conquistador (no quiera Dios que este título se acerque jamás a mis pensamientos) sino como pacificador y conciliador de todos los intereses en armonía con las leyes del Estado.

No espero encontrar por todas partes sino hermanos, amigos, hijos que abrazar. No hay obstáculo que sea capaz de detenerme cada uno puede estar tranquilo por su seguridad personal y la de sus propiedades. En cuanto a vos, ciudadano, que creo estáis animado como me lo significáis, del solo interés de la patria, abrid vuestro corazón al gozo a confianza, porque la independencia de Haití será indestructible, por la fusión de todos los corazones en un solo y mismo todo. Os aseguraréis de los derechos de mi estimación, os conservaréis títulos preciosos para con todos vuestros conciudadanos, enarbolando en Santo Domingo, desde el recibo de la presente, el único pabellón que conviene a la existencia de los haitianos, que es el de la república. Espero que vuestra contestación, que no debe tardar en llegar a mis manos, será conforme a lo que os impone y exige el suelo que os ha visto nacer.

Tengo el honor, ciudadano, de saludaros con una distinguida consideración.- Firmado.- Boyer. Palacio nacional de Puerto Príncipe, 11 de enero de 1822, año de la independencia de Haití».

«Enterados ya de la resolución de S.E. el presidente de Haití, nada me queda que recomendaros por lo tocante a la docilidad y sentimientos pacíficos con que sabéis aguardar su llegada; pues según ofrece viene como padre, amigo y hermano a abrazaros bajo la égida tutelar de una sola constitución. Convida con la paz, y debemos todos corresponderle con la unión. Creo que esta es la última escena que debe representarse sobre el teatro político de nuestra isla. Su cielo quedará despejado de nubes tempestuosas, y va a comenzar para vosotros la época de vuestra seguridad y pronto alivio de las pasadas miserias: las ventajas y comodidades que disfrutan nuestros compatriotas de la parte occidental vienen a buscarnos: abrid vuestro corazón, y dad en él lugar a la confianza de la mano generosa que os la brinda: revestidos de firmeza para no escuchar los ecos de las antiguas preocupaciones, y presentad al mundo político el dechado de un pueblo amaestrado

en las vicisitudes y mutaciones de gobierno, y que por lo tanto sabe acomodarse a sus diferentes formas. Todos son buenos, y se goza con ellos de los derechos imprescriptibles de la naturaleza: libertad, igualdad, seguridad personal, paz sociable, y yo os comunico que de todos ellos disfrutaréis con abundancia, bajo la constitución y leyes de la república de Haití, Santo Domingo a 9 de enero de 1822.

Anexo 9

Otras memorias del general José Bonnet

Traeré aquí para ilustrar la materia, esas conocidas *Memorias* del general José Bonnet, ya citadas, aunque omitiendo, como parece natural, la carta ya transcrita del 27 de diciembre del 1821 en la cual el mismo Bonnet responde a la consulta de Boyer que tiene que ver con nuestra patria y la invasión de Haití.

Un acontecimiento de gran importancia marca el año 1822 –dice Bonnet–: «la parte Este de la isla había sacudido el yugo de su metrópoli. La disidencia entre los partidos llevó a uno de ellos a llamar a Boyer en su ayuda». El presidente, casi desde los primeros avisos que recibió, despachó al general Bachet –su ayuda de Campo y el hombre de su confianza–, acerca del general Bonnet, cuya opinión quería conocer respecto del partido que aquel debía tomar.

«La reunión de la isla bajo un solo Gobierno, agrega, ofrecía a Boyer la ventaja de completar el territorio de la República, y de darle sus límites naturales; pero entre dos pueblos de costumbres y lenguas diferentes, había intereses difíciles de acomodar, y la unión no podía ser sincera e indisoluble sino a ese precio».

Bonnet había ahondado desde un principio en el pensamiento de Boyer; porque según él, lo que intentaba el presidente de Haití era, precisamente, lo que debía evitarse. Así en una carta se lo expresó con toda franqueza, la cual copiamos con anterioridad, y las consideraciones que no quiso confiar al papel se las dio verbalmente a Bachet. El general consultado era contrario a la ocupación del Este, y aconsejó a Boyer presentarse como mediador y

no como conquistador: «A la caída de Cristóbal había llegado a la República un gran número de oficiales superiores. Estos oficiales sin empleo y descontentos de haber perdido su prestigio, eran una permanente amenaza de conspiración que mantenía el Gobierno alerta. Apoderándose de un vasto territorio, el presidente trataría de crear nuevas comandancias y podría así arrojar sobre el territorio del Este, tales oficiales que ya le molestaban. Era librarse por el momento de una carga. Pero esta parte del Este tenía una población nómada, de costumbres sencillas, eminentemente religiosa, habituada al Gobierno Civil. Llevábamos allí nuestro espíritu de insubordinación y de desorden; nuestro despotismo militar; nuestros principios antirreligiosos.

Nuestros oficiales llevaban consigo a sus concubinas, y ellos querrían que fuesen aceptadas en las familias españolas acostumbradas al matrimonio. Íbamos, pues, a lastimar a un pueblo en sus más sagradas costumbres y creencias y haríamos de ellos enemigos irreconciliables. Resultaría de todo ello que, en la primera oportunidad que se les presentara, se separarían para siempre de la República.

El presidente, al contrario, se ganaría la estimación de los pobladores del Este, si se presentaba como mediador, reconciliaba los partidos, ayudábales con sus consejos y les decidía a organizar un Gobierno con el cual Boyer podría formar una alianza indisoluble y estrecha. Este pueblo, que por la pobreza de sus rentas jamás ha podido bastarse a sí mismo en su administración interna, si se encontrara en la necesidad de colocarse bajo la protección del jefe de la República haitiana, en este caso, lo haría con la voluntad unánime de sus componentes por la confianza que les inspiraría el presidente, y vendrían espontáneamente hacia él.

Por otra parte, la revolución de la parte del Este se había efectuado en circunstancias muy distintas de las que hubieron de provocar la nuestra. No se habían tenido que sostener aquellas luchas cruentas, terribles, y pueriles por los prejuicios que dieron por resultado la abolición de la esclavitud, las cuales dejaron –entre nosotros– recelos naturales y un odio inveterado contra los blancos. La población del Este no había sido tocada; estaba intacta. Por eso desde el momento en que la libertad

común estuviese asegurada, nosotros debíamos tratar de conservarla. Este pueblo, muy débil se hallaba diseminado en una gran extensión de territorio. Era necesario guiarlo en su organización de tal modo que pudiera aumentar por la inmigración. Porque eso que no era posible, entre nosotros, sin embargo, podía hacerse fácilmente en aquella región oriental. Los españoles medían sus tierras por caballerías: sus límites eran nominales. Se les obligaba a encerrarlas dentro de los lindes de la propiedad definida, y le quedaban al Estado, aparte de sus bienes particulares, vastos dominios a los cuales habría podido traer familias extranjeras que favoreciera con el reparto de esas tierras. El cultivo del suelo hubiera desarrollado la riqueza pública. Esa población extranjera, teniendo en mira sus intereses materiales, se habría identificado pronto con la del país. La unión de las razas sobre el mismo suelo; la mezcla de ellas por sus relaciones con el Oeste, habrían combatido nuestras ideas de exclusión dando verdadera garantía contra las tristes disensiones que hemos tenido que deplorar. El aumento de la población hubiera sido una ventaja para acrecentar nuestras fuerzas en defensa del territorio».

La carta de Bonnet al presidente del 27 de diciembre del 1821, le señalaba los inconvenientes de entrar inmediatamente en posesión de la parte Este.

En respuesta a esta larga y juiciosa carta, Boyer dio orden al general Bonnet para que reuniera bajo su mando a las divisiones del Norte en un cuerpo de ejército e invadiera la parte Noroeste, mientras que personalmente el propio presidente de Haití se encaminaba a la cabeza de las tropas del Oeste y del Sur, hacia Azua; la reunión de ambos escuadrones debía efectuarse en San Carlos, poblado vecino de Santo Domingo.

En la campaña del 1805, en tiempos de Dessalines, el general Bonnet, jefe del Estado mayor de Petion, había recorrido el camino que iba a seguir el presidente Boyer. Pero entrando ahora por el noroeste, esta vez, le interesaba recoger los informes que completarían su conocimiento de esta parte de la isla. Y abrió su *Diario*. En cada parada él llamaba los moradores, interrogábalos acerca de las poblaciones y principales establecimientos del lugar, su posición, su distancia y la cifra que sumaban los habitantes; y se

informaba también de la naturaleza y conformación del suelo de la región que iba a atravesar, del camino que debía recorrer, comparando a cada paso los datos que había obtenido con los que recibía. Este trabajo, hecho con minucioso cuidado, le llevó a la conclusión que la parte española entera no tenía una población mayor de sesenta mil almas.

En Santiago de los Caballeros se disponía a dejar descansar el Ejército, cuando los soldados del Norte, codiciando el rico botín, que podían hacer en la ciudad más importante de esa región Norte, manifestaron la intención de entregarse al pillaje. Advertido de estos propósitos, el general Bonnet dio inmediatamente la orden de marchar; las tropas rehusaban obedecerle. Colocándose a la cabeza de la artillería, Bonnet se enfrentó a la primera división, cargados de metrallas los cañones y ordenó el desfile. Las columnas se atemorizaron y la ciudad fue salvada. Los principales habitantes de Santiago bajo la impresión de tan noble conducta, quisieron hacerle solicitar del presidente el mando de la Ciudad, ofreciéndole a Bonnet una indemnización por los costos del traslado. Bonnet, siguiendo sus instrucciones, se detuvo en San Carlos; habiéndose reunido ya los dos cuerpos del Ejército haitiano, el presidente Boyer se presentó a las puertas de Santo Domingo. Núñez de Cáceres, al entregarle las llaves de la ciudad, declaró en su alocución que la Revolución no había sido hecha en su favor, y que ellos se sometían a la fuerza.

«Esta protesta, que era un mal augurio, confirmó en sus opiniones anteriores al general Bonnet, quien se hallaba cerca del presidente».[1]

Boyer, mientras tanto, trataba de atraerse a los pobladores, poniendo su mayor solicitud en garantizar sus propiedades. Declaró, por una Orden del día, que cualquiera que tocase los bienes de los españoles sería fusilado. El presidente iba a poner esta orden en ejecución contra algunos pillos, cuando el arzobispo vino a implorarle perdón.[2]

[1] Ardouin, B., *Estudio sobre la Historia de Haití*, vol. IX, Ardouin, C., *Ensayo sobre Historia de Haití*.

[2] Ardouin, *Geografía de la isla de Haití*; precedida del resumen y las fechas de los acontecimientos históricos.

La bandera de la República flotaba sobre los edificios de Santo Domingo; pero la clase más distinguida de la población nos era adversa. Una fuerte emigración a manera de éxodo se operó en ella, y el arzobispo mismo no tardó en refugiarse en la isla de Cuba.

La torpeza de nuestro sistema militar disgustó bien pronto a los españoles. De todos los oficiales que tuvieron el mando del Este, sólo Jacobo Simón supo ganarse el aprecio de los pobladores por haberse adaptado a sus costumbres. Por todas partes no supimos sino destruir, ninguna institución útil fue perdonada, la Universidad de Santo Domingo ofrecía a la juventud una instrucción sólida y fecunda, pero la disolvimos sin razón de ser. El Clero se nos había opuesto como contrario en el curso de nuestra revolución, y, por ello, mereció nuestra censura y encarnizamiento. Se habló de la necesidad de un clero nacional para Haití; el de Santo Domingo estaba compuesto de nativos que necesitábamos, más no supimos sacar partido de él.

Nuestras faltas nos valieron resistencia sorda, pero que no dejaba de inquietar al mismo Boyer.

Después del 1830, en una conversación íntima, el presidente enumeraba al general Bonnet las dificultades que experimentaban en el Este. Siempre él era contrariado en las providencias que deseaba dictar. En los tribunales se rehusaba litigar en francés. Esta oposición sistemática ofrecía una semejanza notable con lo que ocurría entre Bélgica y Holanda, y lo hacía prever al presidente Boyer una solución análoga en el parte Este de la isla».

En la obra *Gens d'Autrefois… Vieux Souvenirs (Gentes de otros tiempos… Viejos Recuerdos),* de P. E. Lespinasse, se copian algunas cartas escritas por Boyer en Santo Domingo. Transcribiré la primera de ellas, en la cual se alude a la tal visita del arzobispo de Santo Domingo:

«Mi amada Joutte:

«Entré a esta ciudad ayer a las 9 de la mañana. Después de mi partida de Port-au-Prince hice frecuentes marchas forzadas para precipitar mi llegada aquí.

Aunque estoy muy ocupado, he notado que esta ciudad es muy bella; encierra soberbios edificios.

El pueblo estaba sorprendido por la presencia del Ejército; pero llgué a oír la expresión de mis sentimientos para estar enteramente tranquilo y satisfecho.

No te informaré de todo lo que se relaciona con la solemnidad memorable del día de ayer; pero te bastará pensar que él será para la posteridad una de las grandes épocas de la historia de nuestro país, y por esto puedes formarte una idea de la importancia que ha tenido.

Acabo de visitar, en la mañana de hoy, los diversos cuerpos que forman el Ejército nacional; luego fui a ver al arzobispo en correspondencia de otra visita que me hizo ayer a la cabeza de un clero numeroso. Etc.

Te ama como siempre, Boyer».

Anexo 10

Proceso verbal de la entrada del presidente de Haití a Santo Domingo

«Hoy, 9 de febrero del 1822, día designado para la entrada y la recepción de Su Excelencia el presidente de Haití, los miembros del Consejo Municipal se han trasladado a las 7 de la mañana, a la Puerta del Conde, para recibir a Su Excelencia, como en efecto lo han recibido con todo el ceremonial determinado por las Ordenanzas Militares y las Leyes civiles y políticas del país.

Después que Su Excelencia ha sido acompañado a la Sala municipal y que ha tomado el primer puesto debido a su dignidad de presidente, el ciudadano José Núñez de Cáceres, quien hasta entonces había sido el jefe de la Municipalidad, anuncia al presidente la ceremonia de tales casos, la cual consistía en entregarle las llaves de la ciudad, como para significar que entraba la Ciudad en su dominio así como el territorio de que ella era la Capital.

Pero Su Excelencia, rindiendo homenaje a los principios heroicos de una virtuosa modestia, no quiso aceptar dicha ceremonia, diciendo que ella era incompatible con los sentimientos que le animaban, los cuales no eran los de un conquistador, sino más bien los de un padre, un hermano, de un amigo que quería abrazar con toda franqueza y ganar el corazón de los nuevos haitianos que se habían reunido para acrecentar la familia.

El ciudadano José Núñez de Cáceres dio el asiento principal a Su Excelencia pronunciando un discurso de acuerdo con las circunstancias, y en el cual recomendaba al presidente a los haitianos que se incorporaban a la República y quienes por sus virtudes eran dignos de toda su protección.

Aunque su Excelencia manifestó su desagrado por no entender la lengua española y no poder así responder al discurso que se le había dirigido, no obstante abandonándose a los impulsos de su alma, dio lectura a su nota oficial del 12 de enero último haciendo su profesión de fe ya conocida y donde el Gobierno de esta parte española había dado conocimiento al pueblo, haciéndola traducir, imprimir y publicar, en la cual se daba testimonio de que la gran felicidad del presidente Boyer sería el que sus nuevos conciudadanos estuviesen bien penetrados de la recta intención que lo anima y persuadidos a más de que haría los mayores esfuerzo para garantizar su seguridad y la tranquilidad interior.

Toda la concurrencia respondió a estas palabras de Su Excelencia con aclamaciones y gritos de ¡Viva la República de Haití! ¡Viva la Libertad! ¡Viva la Independencia! ¡Viva el presidente Boyer!

Inmediatamente después, se reunieron en la Iglesia Catedral para asistir a un *Te Deum* que fue cantado solemnemente en acción de gracias por el feliz acontecimiento de este día.

En fe de lo cual, nos secretario, he levantado el presente Proceso Verbal que Su Excelencia el presidente de Haití y el Consejo Municipal han firmado conmigo.

(Firmado): Boyer. Núñez de Cáceres. Andrés López Medrano. José de la Cruz García. Javier Miura. Agustín Ravelo. Miguel Martínez de Santelises. Merced Vicente Jerez. Guillermo José Delgado. Martín Guzmán Galicia. Raimundo Sepúlveda. Miguel Greco. Miguel de Lavastida, secretario (Col. de Doc. Ofl. de Haití, etc.)».

Anexo 11

Rasgos biográficos del padre Gaspar Hernández

NACIMIENTO. Nació el padre Gaspar Hernández en Lima. Probablemente, el día 6 de enero del 1798. Hijo de Francisco Hernández y Juana Morales.

Estudios. Sus primeras armas como estudiante las hizo en el Colegio Seminario de Santo Toribio, en su propia ciudad natal, sede de la república sudamericana que formaban los antiguos incas, lo cual debió acontecer por el año 1809, fecha inicial de nuestra Reconquista. Estudió allí latinidad, Filosofía, Teología e Historia Sagrada.

SU SACERDOCIO. Fue ordenado sacerdote, Gaspar Hernández, por el ilustrísimo fray Antonio Sánchez y Mata, obispo de La Paz, con fecha 11 de febrero del 1821, en el mismo año en que comenzó nuestra República de las siete Semanas.

Formó parte del ejército español. Hay que suponer que ya prelado nunca fue fervoroso de la Independencia del Perú, pues prestó servicio en el Ejército español que combatió a las huestes de los libertadores de patrias americanas y cuando España se retiró derrotada de aquellas tierras, con sus soldados se fue el presbítero Gaspar Hernández, en 7 de julio del 1821, pasando a la provincia de Jaija, donde se distinguió por notables servicios, hasta la trascendental pérdida para la metrópoli de la batalla de Ayacucho donde el audaz cóndor de Sucre selló la era colonial del Nuevo Mundo, e inauguró el día 9 de diciembre un Continente.

El 2 de enero del 1825 se embarcó en Víctor, provincia de Arequipa, y después de algunos viajes, llegó a San Juan de Puerto Rico en el mes de febrero del 1850. Fue en esa ciudad, el padre

Gaspar, profesor de Filosofía y Matemáticas en el Seminario que fundó el obispo Pedro Gutiérrez Cos.

Rumbo a Santo Domingo, curatos que sirvió. Pasó a ser teniente cura de una parroquia de aquella isla de Puerto Rico, y por quebrantos de salud tomó rumbo a Santo Domingo. Ya aquí sirvió al curato de San Carlos y luego el de la Catedral. Más posteriormente desempeñó las funciones de vicario foráneo de La Vega y, sucesivamente de Azua y San Juan.

CÁTEDRA DE FILOSOFÍA. Siendo arzobispo Portes e Infante llamaron al padre Gaspar Hernández para que desempeñara las cátedras de Filosofía, Teología Dogmática y Teología Moral, en el Seminario, y en el Colegio Secular de San Buenaventura, la de Matemáticas; fungiendo, además, como Examinador Sinodal del mismo Arzobispado. Oficiando de profesor el padre Gaspar creó la conocida Universidad particular o Sala en la que dio clases de Filosofía a los futuros trinitarios Duarte, Sánchez, Pina, Pérez, etc., discurriendo los años 1836 y 1837, según Madiou, en su citada *Historia de Haití*.

AGENTE DE LA CAUSA SEPARATISTA. Fue agente de la causa separatista y el usurpador Charles Hérard le dio su pasaporte al padre Gaspar Hernández, en el 1843; pero se enteró, más tarde, al año siguiente, que se había declarado libre la antigua posesión española de la isla de Santo Domingo y felicitó a los dominicanos, por medio de una carta que mandó a su amigo Domingo Morcelo, por la Separación con Haití, más aconsejó la reincorporación a España.

DIPUTADO. Retornó a la patria dominicana cuya independencia ayudó a anunciar a los trinitarios: formó parte de un Congreso republicano, y por esto asistió el padre Hernández a la toma de posesión del general Santana, sustituyendo a Báez en la primera Magistratura del Estado.

EXPULSADO POR SANTANA. Santana expulsó al presbítero Gaspar Hernández en unión de los sacerdotes José Santiago Díaz de Peña y Elías Rodríguez.

CURATO EN CARACAS Y VICARÍA EN LA GUAIRA. Llegó el padre Gaspar a Caracas y residénciase allí, ocupando un curato y luego la Vicaría de La Guaira.

VIVIÓ EN SANTIAGO DE CUBA. En el mes de diciembre del año 1853, en el que fue extrañado del suelo dominicano: vivió el padre Gaspar en Santiago de Cuba, hasta el 24 de diciembre del 1856.

Retornó Gaspar Hernández a Santo Domingo para ocupar el Gobierno Eclesiástico de la Ciudad Primada, a la muerte de monseñor Portes y el coadjutor Rodríguez.

MUERTE. Se ausentó el padre Gaspar Hernández a Curazao en servicio de su Iglesia, y allí, por fin, acaeció su muerte, según sus biógrafos, en 1860.

Discurso religioso

He aquí el Discurso de carácter religioso que, por el feliz suceso del día 25 de marzo del 1843, pronunció el presbítero Gaspar Hernández, cura de la Iglesia Catedral, con motivo del Grito de la Reforma dado en Santo Domingo, en la mañana del 30 de abril del mismo año y estando en la Capilla de la Misericordia.

«Propter miseriam inopum et gemitum pauperum, nunc exurgam, dicit Dominus». Psalm II.

«La miseria de los necesitados, y el gemido de los pobres me levantarán, dice el Señor». Libro de los Salmos, Salmo II.

«No ha criado Dios al hombre para dejarlo abandonado a un funesto destino, no lo ha criado independiente, y sin relaciones íntimas con él; no lo ha plantado en el mundo como en el centro de su eterna felicidad, sino que rey de la creación, objeto de sus delicias, de sus soberanas atenciones, y de su gloria: cuida de él en el orden espiritual, y corporal. Si pobre, no le falta el alimento y el vestido; si desgraciado, no carece de consuelos; si perseguido injustamente, le proporciona los medios de salvarse; si objeto de desprecio a los ojos de la tierra, lo arma de la virtud de la paciencia; y si abrumado con el peso de la tiranía, le ilumina y dirige de un modo inesperado hasta que rompa y sacuda el yugo abominable que lo oprimiera. Israel gime bajo el poder del Faraón; su Dios, el Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob, no era reverenciado, como en Mesopotamia; los hijos de las promesas

pierden la libertad de Sara, y retrogradan a la esclavitud de Agar. Israel es esclavo. Israel está perdido. Pero, ¿quién será capaz de penetrar las disposiciones eternas para poner en posesión de la tierra de Canaán a estos infortunados? El mismo que le hiciera las promesas traza las líneas y planes para su cumplimiento. Desde la eternidad hasta el Nilo; desde este río hasta el palacio de Faraón; y desde aquí hasta la zarza, tenía Dios fijos los ojos sobre Moisés para instrumento de la Divina Providencia. Él lo llama, lo fortalece, y ayudándole con su brazo invisible, da la libertad a su pueblo que no podía ser esclavo. ¿No os causa asombro que este mismo pueblo en castigo de sus prevaricaciones sufra por algún tiempo el yugo de Madian; por ventura, está desamparado? No: Dios aguarda su penitencia, y apenas ve el arrepentimiento, cuando se vale de Gedeón para derrocar la soberbia y el poder del opresor, y ensalzar la humanidad y obediencia del oprimido. Era suyo este pueblo como lo son todos, suya la causa, y al aliviar sus miserias y necesidades, se levanta de su trono imperial y derriba con su mano poderosa al miserable poder que lo oprimiera.

Sí, señores; la opresión del pobre pueblo, las lágrimas del pobre pueblo, mandan en el alcázar indivisible. Las lágrimas del pobre pueblo derramadas en la tierra, piden, como la sangre de Abel, las venganzas del cielo. Las lágrimas de un pobre pueblo oprimido, son las armas más fuertes y poderosas para derrocar a sus opresores. Las lágrimas de un pueblo oprimido humedecen y desmoronan poco a poco los cimientos y columnas del trono del tirano, y en el tiempo mismo en que está más descuidado y más engreído con su elevación, se ve derribado; una mano invisible lo empuja, y cae bajo las ruinas de su poder, sin poderlo remediar. Así le sucedió a Baltazar después de la cena; así a Valeriano después del sacrificio de tantos cristianos, entregándolos bajo el yugo de Sapor, rey de los persas; y omitiendo otros muchos ejemplos que nos presenta la historia, así también al que ejercía entre nosotros el poder ejecutivo. Dios para castigar a la República permitió que un hombre solo, haciendo concentrar en sí mismo los tres poderes fuese la causa del derrocamiento de las leyes, de los derechos, de las garantías sociales, de la decadencia de la moda, y de la Religión. Le llegó el tiempo de su caída, y no la pudo

evitar. Un instrumento que parecía débil a los ojos del mundo, pero que era grande a los ojos de Dios, y conforme a los designios de su Divina Providencia, ha sido el camino a la felicidad. Él ha hecho resonar en los cuatro vientos de ella el eco dulce y santo de una causa que es de Dios, y ved aquí el único punto de que voy a hablaros.

Ayúdame a pedir los auxilios del Espíritu Santo por la intercesión de su Esposa. Saludémosla reverentes. Ave María.

Punto único

Una revolución rápida y extraordinaria, cual no se ha visto en los tiempos anteriores, ha tenido lugar entre nosotros (señor vicario general, Comisión Popular, general del Departamento). No fue tan glorioso, ni se dirigió a tan altos fines, la que hicieron Pelópidas y Epaminondas para libertar a Tebas del yugo espartano. Esta solo se dirigió al bien temporal del pueblo, y la nuestra al bien espiritual y temporal de la República. La primera ha sido la obra de los hombres, y la segunda la obra maestra de un Dios providente para realzar su Religión, encumbrar el imperio santo de la moral, y restituir el decoro y esplendor de la desgraciada, y sin duda en adelante feliz Haití. En qué Estado se hallaba la Religión? Iba con pasos retrógrados a no existir: llegaría el caso de que en la República toda no iluminaría ya esa divina antorcha, y en Santo Domingo saldría fuera de las puertas del Conde, se sentaría sobre una piedra llorando su orfandad, sin que algunos de los que entrasen y saliesen se dignaran echar sobre ella una mirada de compasión para consolarla. En vano la vieja constitución encargara su observancia; en vano los ministros del santuario, como las trompetas del empíreo, gritaran haciendo ver que sin religión no hay libertad; el depositario del poder ejecutivo permitía y toleraba los más crudos ataques contra ella. Bajo el frívolo pretexto, y excusa de la imprenta libre, la que jamás pudo serlo para atacar el dogma sagrado, ni la conducta privada personal, dejaba correr impíos e inmorales folletos. ¿A quién no admirará que a la vista del Gobierno y lo más cierto con conocimiento

de él, saliera y circulara ese infame papel lleno de doctrinas deístas y espinosistas, doctrinas que manifestaban se trataba de romper el vínculo de nuestra unidad espiritual con el vicario de Jesucristo; doctrinas que ridiculizaban el ministerio sacerdotal, sin perdonar la invectiva y la calumnia contra las personas de los sacerdotes? ¿Un folleto que se atrevía a afirmar que las leyes civiles son primero que la ley natural, lo que es una herejía? ¿Y sin saber legal, y moral? Todo esto, repito, lo permitía, y lo autorizaba el Gobierno. La Religión no era más que una capa con que quería cubrirse, y un fantasma que presentaba a los pueblos para intimidarlos, y hacerlos sufrir el yugo pesado de la esclavitud.

Echemos una hojeada sobre la Iglesia; ésta también sin poderlo ser, estaba esclavizada; su libertad era nula. Dos son, señores; las autoridades que se conocen en los países católicos. La Civil, o temporal; la eclesiástica, o espiritual. Una y otra son soberanas, libres, e independientes; de tal modo que ni la Ley civil puede ingerirse en los deberes de la espiritual, ni está en los deberes de la civil. Al fundar Jesucristo su Iglesia, al instituir el sacerdocio, al designar la cabeza visible, y crear a los obispos, y pastores de segundo orden; al mandarles a predicar el Evangelio al universo, y al encargarles hicieran en su conmemoración con otros lo que él había hecho con ellos, no hizo depender tan alto ministerio de la autoridad civil, ni dio a esta injerencia alguna en él: mandó, sí, obedeciesen a las autoridades constituidas como súbditas, y cumpliesen como sacerdotes con la comisión de los cielos.

Los apóstoles y sus sucesores ordenaron obispos, proveyeron a las iglesias de pastores, y a todo el rebaño de ministros, independientes en estos de la autoridad civil de la que nada recibieron, ni podían recibir en el orden espiritual. La Iglesia libre, y su autoridad soberana, obraba por sí, y según los fines de su institución, ella era libre, como lo es ahora en su creencia, en obedecimiento al Evangelio, estaban y están sujetos al exterior a la autoridad temporal. A pesar de esto el ex presidente había esclavizado a la Iglesia, había usurpado la autoridad espiritual que no le competía; él ponía y quitaba los curas; él habilitaba para las funciones espirituales, suspendía a los eclesiásticos a divinis, como entre otros lo hizo con el venerable y

literato anciano doctor Bernardo Correa y Cidrón; y formaba juntas de miembros que ignoraban lo que era autoridad eclesiástica, para juzgar las infracciones en el ministerio. Etc., etc.

Tan engreído.

Tan engreído se hallaba el Ejecutivo con la usurpación de la autoridad espiritual, que no había medio alguno para arrancársela. Tres legados vienen mandados de Roma para establecer las bases de un Concordato; tres veces se establece la comisión para emprenderlas, y tres veces se frustra el cumplimiento de un asunto de la mayor importancia para una república católica. La Nación quería pastores que la ilustrasen con su doctrina, y la edificasen con sus ejemplos; la Nación quería estar unida al centro de su creencia; mas al Gobierno no le convenía. Etc., etc.

¿Quién podría creer pidiera el Ejecutivo de buena fe obispos al Papa, cuando es él quien persigue y quita al único que había en la República en el año de 1831? ¿Cuando sin respetar las canas, el mérito, la virtud, y la alta dignidad de un arzobispo, expatria al ejemplarísimo señor Valera, después de haberlo hecho sufrir ultrajes, y desprecios? Etc.

Sobre las márgenes del Ozama, del Yuna, del Yaque, del Yaquesí, y del Artibonito, estaban sentados, y lloraban los haitianos, como en otro Tigris, la pérdida de su apreciable libertad. Etc.

Nuestros hermanos del Oeste lloraban su suerte y la nuestra, y nosotros lamentábamos su triste estado y el nuestro. Todas las fuentes de la pública felicidad se hallaban agotadas. El gobierno era solo para sí, y no para el pueblo. El gobierno sólo atesoraba para sí, mas no para el Estado; el Gobierno lo menos a que aspiraba era al bien público; el suyo propio era el objeto de sus atenciones.

Comercio, agricultura, industrias, artes, navegación, luces, todo esto era incompatible a los particulares fines de la autoridad: le convenía, y está en su sistema, tener súbditos llenos de miseria, y colmados de ignorancia. Etc.

¿Y podía durar esto por más tiempo? Etc. No señores; Dios, en cuyas manos está la suerte de los pueblos, se compadeció de nosotros; puso en el entendimiento del héroe de los Cayos la

magnífica y santa idea de libertar a sus hermanos, determinó su voluntad para que se pronunciara a la faz misma del tirano, y resonando su voz rápidamente, se dejase percibir a los cuatro vientos la República, etc., etc.

Después de tantos males, y muchos que omito el referir, llega para Santo Domingo el día de su descanso; día en que se deja ver la aurora de su felicidad. ¡Ah, día veinticuatro de marzo! Tú serás memorable en los fastos de esta ciudad. La voz dulce y agradable de reforma que se oyera en el Oeste de la República, anima aquí a los dominicanos desconsolados que unen su voluntad para acompañar el pronunciamiento de los Cayos. Etc.

Haitianos: el señor de los ejércitos os ha visitado; os ha quitado las cadenas, y os ha puesto en aptitud de ser felices. Este mismo Dios quiere que seáis religiosos, morales, y entregados al cumplimiento de vuestros deberes, cualquiera que sea vuestro estado. El héroe que ha dado el grito de salud entre vosotros, no ha hecho otra cosa que sea propia suya; todo es de Dios como que de Él es la causa de los pueblos afligidos. El héroe de los Cayos, de Aquino, de Jeremías, y de Leogano ha sido destinado para hacer patentes entre vosotros los efectos admirables de la caridad, y misericordia de Dios. Y vosotros dominicanos, cuyas lágrimas pasadas acaban de enjugarse, vosotros que deberíais ser habitantes de la eternidad y del sepulcro desde el día veinte y cuatro de marzo, dadle infinitas gracias al Dios que tanto os quiere. Arrojad vuestras pasiones en el todo de la nada y presentaos cubiertos con la túnica blanca de la gracia en el altar de la reconciliación. Vosotros que os escapasteis milagrosamente, y a quienes no he visto confesar, ni recibir en su pecho al mismo que os libertara. Vosotros, cuyo destino en la eternidad tal vez en algunos sería dudoso, pues aunque defendáis al exterior una justa causa, al interior se animaría el espíritu de Religión. Vosotros que os presentasteis como patriotas, presentaos también como cristianos. Cesen en esta ciudad esas reuniones secretas prohibidas por el Evangelio, por la moral, y por la recta razón. La regeneración que habéis conseguido es infructuosa si no os regeneráis espiritualmente. Concluyan los odios, y malas voluntades, no haya en vosotros más que un solo espíritu, el espíritu de caridad. Patriotas y cristianos

quiere Dios, la República y esta ciudad. Siendo lo primero sois útiles a vuestra patria, y siendo lo segundo amados de Dios, y objeto de sus caricias. Huid del pecado; haced penitencia de los que hubiereis cometido: éstas serán las mejores acciones de gracias que podéis dar a Dios en este mundo, y la escala más segura para subir a las mansiones celestiales. Estas os deseo, amén.

Datos facilitados para su biografía por fray Cipriano Utrera

«El Pbtro. Gaspar Hernández nació en Lima el 6 de enero de 1798 y fue hijo legítimo de don Francisco Hernández y de Da. Juana Morales.

Estudió en el Colegio Seminario de Santo Toribio de aquella ciudad desde 1809, Latinidad, Filosofía, Teología, Historia Sagrada y Eclesiástica. Ordenóle de presbítero el 11 de febrero de 1821 el Iltmo. Sr. don fray Antonio Sánchez y Mata, obispo de la Paz, emigró con el ejército español que evacuó la ciudad de Lima el 7 de julio de 1821, y se pasó a la provincia de Jaija donde prestó los servicios del ministerio al ejército hasta la pérdida de la Batalla de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824. El 2 de enero de 1821 se embarcó en Víctor, de la Provincia de Arequipa y llegó a San Juan de Puerto Rico, en febrero de 1830, donde fue nombrado catedrático de Filosofía y Matemáticas del Seminario que acababa de fundar el obispo don Pedro Gutiérrez Cos. Fue por más de cuatro años teniente cura y por motivos de salud vino a Santo Domingo. Aquí se le dio el curato de San Carlos; después el de la Catedral; más tarde fue vicario foráneo de La Vega de donde pasó al curato de Azua y de San Juan. Llamado por monseñor Portes, fue catedrático del Seminario, en las clases de Filosofía, Teología Dogmática y Teología Moral, y en el Colegio Secular de San Buenaventura ocupó la cátedra de Matemáticas; siendo además examinador sinodal del Arzobispado. Envuelto en las iras del bufante general Santana, presidente de la República, salió desterrado en febrero de 1853, estaba ya en Santiago de Cuba (huésped del arzobispo Claret, en cuyo Palacio vivió siempre) regentando la Cátedra de Filosofía en el Seminario de San Basilio

Magno, y desempeñando el ministerio en todas las iglesias de aquella ciudad; donde todavía estaba el 24 de diciembre de 1856, y habiendo vuelto a Santo Domingo, a la muerte de monseñor Portes y de su coadjutor monseñor Rodríguez, tuvo en sus manos el Gobierno del Arzobispado un corto tiempo, pues habiendo pasado a la isla de Curazao en diligencias de oficio, allí le sorprendió la muerte en 1860.

Anexo 12

Carta de José Gabriel García a Federico Henríquez y Carvajal sobre Gaspar Hernández y Duarte

Santo Domingo, 10 de septiembre 1897.
Señor Don Federico Henríquez y Carvajal
Director de *Letras y Ciencias*
Muy señor mío:

No contentas las pasiones políticas, en su afán de regatear glorias a unos para atribuírselas a otros, con combatir a Duarte con Sánchez, a Sánchez con Mella, y a los tres con Santana, apelaron, como Ud. sabe, a la invención de que la idea separatista no fue obra de Duarte sino del padre Gaspar Hernández.

Por supuesto que nunca pudieron presentar en su apoyo un documento porque no lo tenían, ni aducir otra clase de prueba porque no la había; pero lograron que la propaganda fuera abriéndose paso, a punto de que muchos hubieron de darle crédito de buena fe.

En esa virtud pensé en haberla combatido en la tercera edición de mi compendio de historia patria; pero me pareció innecesario, en la creencia de que bastaba referir las cosas como pasaron, para que de hecho quedaran desmentidas todas las falsas tradiciones.

Pero no ha sucedido así: y la casualidad me ha deparado el medio de aclarar de una vez el punto, dando, en las dos cartas que le acompaño para que las publique junto con ésta, la prueba de que si el padre Gaspar Hernández pensó en algo, no fue ciertamente en realizar el trabajo a que cooperaron entusiastas algunos

de sus discípulos de Filosofía, puesto que sus aspiraciones eran diametralmente opuestas.

Con la honrada declaración de Domingo Morcelo y la que Ud. conserva del prócer Félix María Ruiz, supongo que habrá de quedar purificada en el crisol de la sana crítica la verdad incontrovertible, de que la gloria de haber iniciado la «cruzada redentora» de donde surgió la patria de febrero, pertenece exclusivamente a Juan Pablo Duarte, mentor y maestro de sus ilustres compañeros.

Su atento servidor, José G. García.

Máximo Coiscou Henríquez que ha tratado en el volumen segundo de la obra que intitula *Historia de Santo Domingo*, *El caso Gaspar Hernández*, clasifica las fuentes para el estudio de este personaje: 1) Oración Fúnebre que pronunció Gaspar Hernández en las honras del Dr. Pedro Gutiérrez de Cos, obispo de la Catedral de San Juan Bautista de Puerto Rico, el día 9 de mayo del 1833; 2) Documentos antiguos de Rosa Duarte, *Apuntes para la Historia de la Isla de Santo Domingo; y para la Biografía del General Dominicano Juan Pablo Duarte y Diez*; 3) Suelto de la Gaceta Oficial #124, del 27 de enero del 1857, consagrado al padre Gaspar, a su regreso del destierro que le impuso Santana en el año 1853; 4) Discurso en la Capilla de la Misericordia, con motivo del grito de la Reforma, del 24 de marzo del 1843, y que pronunció el 30 de abril del mismo año, en el cual Coiscou encuentra un espíritu separatista que explica su expulsión por Charles Hérard Riviére;

5) Carta del padre Gaspar a Santiago Méndez Vigo, presidente de la Real Audiencia, Gobernador y Capitán General de la isla de Puerto Rico, escrita desde Curazao, en 22 de agosto del 1843, al margen de la cual hace Coiscou notables comentarios que le acreditan como espíritu sutil y profundo conocedor de la materia;

6) Carta del padre Hernández a Baltazar Morcelo, de marzo del 1844 (publicada en *Letras y Ciencias*, con otra carta de José Gabriel García traída en Nota de esta obra; 7) *Diario de Rosa Duarte* en que dice como Juan Pablo Duarte estaba consagrado a estudiar… llevaba los libros en el almacén de su padre, etc. (p. 4); 8) Carta de Juan Isidro Pérez a Juan Pablo Duarte, del 25 de

diciembre del 1845, en que declara el primero la oposición del segundo al Plan Levasseur (publ. En *Letras y Ciencias*, año III, #47, 27 feb. 1894; 9) Exposición de Emiliano Tejera al Congreso Nacional (*Monumento a Duarte*); 10) *Compendio de la Historia de Santo Domingo* de José Gabriel García, (vol. II, p. 187), en donde dice que la cátedra, convertida por muchos profesores en focos de ideas reaccionarias, y hasta el confesionario, donde el cierto patriota no dejaba de prestar valiosa cooperación a la causa nacional; 11) *Compendio de la Historia de Santo Domingo* de García, (vol. II, p. 214), donde se consigna que Riviére dio orden de salir del país al presbítero Gaspar Hernández, que había sido maestro de Filosofía de algunos de los separatistas y sospechaban que fuera autor de la décima contra Manuel Joaquín del Monte que compuso Ramón Hernández Chávez, etc.; 12) *Historia Eclesiástica Arquidiócesis de Santo Domingo* de C. Nouel, en donde declara que en Santo Domingo el padre Gaspar Hernández, hombre de ciencia y virtud, que había salido de Lima, su patria, y hacía algunos años residía en la República (no existía entonces), unificado con el pueblo en sentimiento y aspiraciones, abre clases privadas a las cuales acude ávida la juventud estudiosa, la cual, a la vez que adquiere los conocimientos científicos de que estaba privada por el sistema embrutecedor de Boyer, fortalece en su alma, el sentimiento de la libertad (vol. II, pp. 428-430), texto que considera discretísimo Coiscou y de acuerdo con sus conclusiones; 13) Informe a la Academia Dominicana de la Historia de Cayetano Armando Rodríguez, (publ. *Clío*, 1, 15 in fi e-16), traído en Nota de esta obra; 14) Artículo de Américo Lugo sobre Emiliano Tejera, ya citado, en el cual al margen dice Coiscou con razón que materialmente resulta imposible (que fuese el presbítero Hernández el iniciador de la Separación), aun cuando admitiésemos con Madiou su llegada a este país en 1836; dos o tres años antes q. Duarte regresaba de Europa con aquella iniciativa. Después que Coiscou hace su exposición de fuentes, examina el asunto Gaspar Hernández, en un lenguaje propio del foro más que de la Historia, desde las páginas 87 a la 93, y concluye contradictoriamente: que el presbítero Gaspar Hernández es un prócer de la Separación dominicana, de ideas políticas semejantes a las

de monseñor Valera y Jiménez, como Hernández, español y monárquico; 2) que no hay contradicción entre el carácter de prócer separatista de 1844 y la condición española y monárquica, lo cual es sofisma que no amerita réplica porque son ideas opuestas la de independiente y de partidario de la reincorporación a España, concepto desenvuelto con toda amplitud en el capítulo que ahora trato en esta obra, 3) que el presbítero Hernández contribuyó a la formación espiritual de los mejores trinitarios, perfectamente plegado a la verdad histórica esta conclusión y que da idea de su calidad de mentor de los separatistas que es su único y verdadero papel en la época de la pre-independencia; 4) no tiene la consecuencia que le atribuye Coiscou y en que es consecuente con su falsa conclusión primera; 5) la cita de Chautebriand al padre Gaspar es acertada: los viejos de otrora eran menos desagraviados y estaban menos aislados que los de hoy; etc., pero nada quita ni pone esto a la tesis de que Gaspar Hernández era sencillamente un preceptor y agente de la Separación y no un prócer ni precursor de la Independencia.

Máximo Coiscou Henríquez, espíritu cultísimo, de consagrada vida a la Historia, ha escrito una obra en dos volúmenes que indebidamente denomina *Historia de Santo Domingo*, y no simplemente con el nombre de su subtítulo «Contribución a la Historia de Santo Domingo». Fáltale para lo primero unidad, extensión de la materia y el contenido narrativo, pues sólo se limita el erudito autor a recolectar monografías muy interesantes algunas como la que trata en el volumen II de *Juan Pablo Duarte*, completísimo estudio de la infancia y adolescencia del Apóstol y de su familia; pero en que debió explotar el documento para darnos un ensayo de carácter psicológico y no meramente expositivo y demasiado prolijo, aunque muy útil y pleno de sagaces observaciones; y otros trabajos tediosos, con reiteraciones de sus informes en Sevilla (pp. 125-164), escritos en un lenguaje rapidísimo, como de clave, atravesado de incidentales y de largas e inadecuadas peroraciones que no son siempre ajustadas a los casos que trata; sin método y plan, en suma, pero de gran valor en las Bibliotecas. Un reparo grave al volumen segundo, y hasta el primero, tratar temas disímiles, sin concordancia entre sí (v.g. *El caso*

Gaspar Hernández, Contribución al estudio del Plan Levasseur) con admirables observaciones y juicios), y *Juan Pablo Duarte*, con críticas literarias y científicas, tales como *Al Margen de Nuestra Historia*, y *La Poesía Haitiana de expresión francesa* (vol. II, sin conocimiento de la materia a veces como cuestiones de Derecho, y sin gran dedicación como en materia de literatura francesa y haitiana. Empero, Coiscou revela en su obra inteligencia aguda, perspicacia de historiógrafo brillante y gran caudal de cultura histórica, que es lástima que se vea deslucido por una prosa seca, con repeticiones incansables y con períodos faltos de elegancia, soltura y pulcritud. Su vocación era la del biógrafo. Máximo Coiscou Henríquez pudo ser el primer biógrafo de Duarte, si le hubiera dado a sus trabajos hondura de ensayo y forma de literatura diáfana y menos cientificismo esquemático. Aún tiene tiempo de darnos la obra propia de su talento y de su vasta cultura. En cuanto al primer volumen junta trabajos de cronología histórica notables por su crítica como *Contribución a la Cronología de los Gobiernos de la primera época colonial de la parte española de la isla* (pág. 18 y sigtes.) y asombrosas observaciones acerca de la influencia del conflicto de castas en la formación nacional haitiana (comunicación al Instituto de Investigaciones Históricas, pág. 167 y sigtes.) con una crítica de «la Cultura y las letras coloniales en Santo Domingo», al margen de la obra de este título del crítico dominicano Pedro Henríquez Ureña, de juicios mediocres, manoseados, y escritos en prosa monótona, en forma de crónica literaria, de pobre estilo y de pocos vuelos. No obstante, repito, la obra de Máximo Coiscou es de utilidad excepcional por su conocimiento de la materia histórica y sus opiniones muy personales pero sutiles, profundas y que hieren siempre la carne del asunto.

Anexo 13

Carta del trinitario Félix María Ruiz

«Mi amigo», el dignísimo iniciador de la idea separatista, Duarte y yo fuimos íntimos desde nuestros primeros años… A su regreso de Europa ya tenía en mientes el gran pensamiento de liberar a su patria de la dominación haitiana. Parece que, cual otro Bolívar en el Monte Aventino, allá en París o en Barcelona, concibió tan aventurado propósito. Desde luego me comunicó su pensamiento, que me pareció de todo punto irrealizable, por no contar con ningún apoyo, y sobre todo, por la desconfianza que inspiraban, el indiferentismo, la apatía y el egoísmo de muchos dominicanos ya habituados a soportar un yugo de tantos años.

En cuanto a los afrancesados… ah; también quiero callar, porque aún me exalto al recordar tanta mengua, tanto baldón, tanta infamia, tanta bajeza con que quisieron deprimir, anonadar la reciente república: la obra magna, la sin igual labor, el sublime engendro de mi desgraciado amigo Duarte.

Respecto de nuestro caudillo Duarte, repetiré a usted que el fraile dominico (fray Pedro) nos comprendió y cooperó a la realización de nuestra empresa, en todo de acuerdo con Duarte, por quien manifestaba muy marcada predilección. Ahora bien, amigo mío, ¿no es cierto que hay una notable diferencia entre el que enuncia una idea y el que la tiene en mientes de tiempo atrás y consigue ponerla en ejecución? ¿No corresponde exclusivamente a Duarte el mérito de llevar a cabo tan magna obra?

Del primero (fray Pedro) ya he dicho a Ud. que me importaba que supiera, añadiendo ahora, que se captó las simpatías de todo el pueblo dominicano, por su bondad y por lo selecto de

sus prédicas, mientras que del padre limeño (el canónigo Gaspar Hernández) nada puedo afirmar; porque nunca le traté, ni supe tampoco si puso su contingente al servicio de la causa…

Pienso como Ud… lógico en no atribuir a ninguno de los clérigos, si bien cooperadores, la ardua labor moral y material de nuestra separación de Haití, cuya gloria corresponde a Duarte y Sánchez.

Al pie de esta epístola, a guisa de documentos históricos, se publicó en aquella fecha en la mencionada revista de que era director Federico Henríquez, el presidente de la Academia Dominicana de la Historia, una página en que se dio a conocer la información suministrada por el patriota septuagenario desde su residencia de desterrado en Mérida de los Andes, que tiene el valor muy significativo por cierto de darnos la opinión autorizada de su autor.

Dice ella:

Diversos párrafos de la interesante correspondencia que, desde 1889 a 1892, mantuvimos con el prócer trinitario don Félix M. Ruiz, el último de los nueve fundadores que para entonces vivía, se contraen al punto concreto que es motivo de las cartas que anteceden.

Cúmplenos corresponder a la solicitud del señor García, copiando en seguida algunos de estos párrafos, ya que por tal modo cooperamos, como otras veces al esclarecimiento de los hechos históricos y al reconocimiento, de equidad y justicia de la ímproba labor realizada por cada uno de los obreros de la independencia bajo la suprema dirección del jefe de la Revolución de la República.[1]

Ya transcurrido mucho tiempo desde aquella fecha en que emitió su opinión en el sentido de ser Duarte el primero en la Separación, el entonces octogenario periodista y académico Dr. Henríquez y Carvajal ratifica lo dicho hacía casi ocho lustros.

«Juan Pablo Duarte, iniciador y jefe de la causa nacionalista dominicana fundó el 16 de julio de 1838 la sociedad secreta,

[1] *Letras y Ciencias*, 16 de septiembre de 1897.

revolucionaria, cuyo es el nombre simbólico La Trinitaria. Esa fue la próvida almáciga del patriotismo. En breve se pobló de trinitarios el territorio falazmente ocupado por la ominosa dictadura vitalicia del dictador haitiano». Y añade en el mismo trabajo intitulado *Duarte y La Trinitaria*. «El primero en el ideal nacionalista y en la extensión de su sacrificio, y el único en la pureza absoluta de su vida, tuvo su estatua, por fin en el 92º aniversario de la creación de la Trinitaria. Y allí está en la plaza que luce su nombre y en donde, bajo el índice inductor de su jefatura indiscutida, la acción cívica y popular de sus huestes trinitarias ganó la contienda precursora de la independencia dominicana».[2]

[2] Editorial de *Clío*, fascículo IV, julio y agosto de 1934, p.109.

Anexo 14

Informaciones sobre la genealogía de Manuela Diez y Jiménez Benítez

Era doña Rufina Jiménez natural del Seibo, lo cual se comprueba con la fe de bautismo de José Acupertino, su hijo, que puede cotejarlo con el texto original de tal partida en los Archivos de la Curia de esta Arquidiócesis. A su vez ella era hija de don Manuel Jiménez Bodillo (o Vadillo) y de Lorenza Benítez. Tuvo como abuelos paternos a Manuel Jiménez Bodillo (o Vadillo) y Petronila de Reyna, y como maternos a Juan Benítez (sargento mayor de la Plaza de Santa Cruz del Seibo), y Francisca Bexarano. Todo lo cual consta en el testimonio de perpetua memoria que dieron a Rufina Jiménez, los ciudadanos magistrados y oficiales de la villa de la Santa Cruz del Seibo, con fecha 18 de abril del 1803. («Testimonio de Crispín Ayala Duarte». Alcides García, Continuación de una nota, *Listín Diario*, año XI #12436). Añade Coiscou Henríquez, en su artículo «Contribución a una Biografía Crítica de Juan Pablo Duarte y Diez», que «los documentos publicados por Crispín Ayala Duarte le atribuyen por apellidos maternos a Manuela Diez los de Jiménez y Benítez y no los de Jiménez y Bobadilla, que indirectamente le atribuye el testamento de José Diez.

Por parte de la Benítez, dominicana, la ascendencia es: D. Juan Benítez y Da. Francisca Bexarano o Bexarán. Benítez tuvo por padre a D. Juan Benítez, cuyo nombre heredó idéntico y este D. Juan fue andaluz. La mujer de este D. Juan español, Da. María Rangel, era de la Española.

Nótese además, que el segundo apellido paterno de Rufina Jiménez, a saber, Bodillo o Vadillo en los documentos revelados por Crispín Ayala Duarte, es Bobadilla en el original del testamento de José Diez, etc.

Señalaré, por último, que en el testamento de José Diez aparece el apellido Bobadilla ocupando el lugar del apellido Benítez, que era, como hemos apuntado, el de Lorenza, madre de Rufina Jiménez y Benítez.[1]

Esa madre de héroes, doña Manuela Diez y Jiménez, tal Hécuba en la rapsodia homérica, reconcentrando amarguras y víctima de los errores de la época: su ostracismo el 3 de marzo del 1845 es harto elocuente. Se le entregó el pasaporte por parte de nuestra Secretaría de lo Interior y Policía, y tuvo que lanzarse con toda su familia al extranjero, puesto que rezaba la orden que efectuara su salida «a la mayor brevedad posible, y para evitarse el Gobierno de este modo emplear medidas coercitivas para mantener la tranquilidad pública en el país». Con efecto el día 19 de ese mes salió con su descendencia y servidumbre, para arribar en la Guaira el 25 y continuar para Caracas, donde se pierden las huellas de sus pasos, según los investigadores. No regresó a la patria (Coiscou, vol. 2, p. 251). Ahora por la vía colateral de Juan Pablo Duarte, de acuerdo con el acápite 2º de los infolios del conservado testamento de su padre en el protocolo del extinto notario público don José María Pérez hijo se deben reconocer como vivos por el año 1843, el trinitario Vicente Celestino Duarte, primogénito y prístina figura entre los patriotas del año 1844; después;, Juan Pablo el Apóstol; Filomena, Rosa, sacra vestal que conservó intacto su corazón para ofrendarlo al altar de la Patria donde oficiaron como sacerdotes sus inmortales hermanos, y narró con mucho verismo los hechos que han servido para aclarar el más preciado trozo de nuestra historia: María Francisca y Manuel.[2]

[1] Los padres de Da. Francisca Bexarán o Bexarano se llamaron D. Anastasio Bexarán, flamenco, y Da. Gerónima de Peña, dominicana. («Carta de Crispín Ayala Duarte a Emilio Tejera Bonnetty»). Coiscou, vol. II, pp. 252-253.

[2] Coiscou, en su vol. II #8, págs. 269 a 279, trae la más detallada parentela colateral de Juan Pablo Duarte, que hice alusión anteriormente. Se ignora

Nació Filomena en Santo Domingo, el 5 de julio de 1818 (partida de bautizo transcrita en Nota). Murió «por el mes de diciembre de 1865», en la ciudad de Caracas como sus demás hermanos».

Nació Rosa Protomártir el 25 de junio del 1819, se bautiza el 8 de julio (partida en Nota). Murió el día 25 de octubre del 1888 (C. Ayala Duarte, carta ut supra).

Nada trae el Archivo General de la Arquidiócesis que permita establecer la fecha en que nació Francisco (Coiscou, vol. II, p. 272). Su cadáver fue inhumado el 17 de noviembre de 1889 (C. Ayala Duarte, carta, etc.).

Manuel Amaralos Maró nació el 8 de agosto de 1826 (partida en Nota). El propio día lo bautizan. Murió el 8 de agosto de 1890, vol. 2, p. 272; reproduce C. Ayala Duarte; carta ut supra).

Seis hermanos Duarte Diez mueren sin llegar a mayores. María Josefa, nacida el 19 de marzo de 1810, bautizada el 25, etc. Se ignora la fecha de su muerte, anterior al 30 de agosto de 1843… Manuel, que nace el 11 de diciembre de 1811… José Ruiz lo bautiza el 16… No consta la fecha de su muerte.

Ana María, de quien sólo nos consta la muerte, ocurrida el 9 de octubre de 1816. Manuel, nacido el 21 de noviembre de 1816; bautizado el 7 de diciembre inmediatamente, por el cura rector de Santa Bárbara, Dr. José Ruiz, el 19 de septiembre de 1818, D. Agustín Tabárez, teniente cura de la Catedral, da fe de haberlo inhumano en el Campo Santo de la misma (partida de bautismo en Nota).

Juana Bautista, que nace el 24 de junio de 1824… Se ignora la fecha de su muerte.

Surge apenas doña Sandalia –imagen fugaz y melancólica (testimonio C. Ayala).

Carta ut supra y García Lluberes, art. cita. Se ignoran las fechas de su nacimiento y muerte.

---

la fecha en que nació Vicente Celestino, acaso del primogénito (testimonio de Crispín Ayala Duarte, Bol. Academia Venezolana de la Lengua, #3, julio, srt. 1934; Madiou, *Historia de Haití, 1843-1844*, pp. 116-117). Parece que murió en 1865.

Anexo 15

Sobre la casa donde nació Duarte

No se sabe ciertamente el lugar preciso de la casa donde nació Juan Pablo Duarte, sino que ella estuvo enraizada en términos de la parroquia de Santa Bárbara, como dicen sus biógrafos (García, Tejera, Coiscou). La tradición fija la casa en donde se estableció una fábrica de jabón en el momento en que se puso allí una lápida conmemorativa del nacimiento del prócer Duarte. Esta inscripción tiene un escudo de la República Dominicana y dice: «Aquí nació el fundador de la República general Juan Pablo Duarte (1813). La Sociedad Amigos de San Sebastián, 1898. Parece que en ese año mencionado los que formaban esa corporación, en su mayoría obreros del barrio de Santa Bárbara, representados en el acto referido por Bernardo Pichardo, su primer presidente, Eduardo Soler, Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, y Salvador Otero Nolasco, obedecieron a la tradición al colocar dicha lápida en la casa en referencia, la cual adquirió Juan José Duarte, padre del fundador, en 26 de agosto del 1829, por compra a Juan Santín, lo cual hace poco presumible que fuese ésta la que meció la cuna del Apóstol en 1813 que es la fecha de su nacimiento. Vivió en ella largos años la familia de los Duarte pero luego de venir al mundo Juan Pablo Duarte, allí pasó su adolescencia y los albores de su fecunda y señera juventud; pero no debió ser donde él naciera, sino más bien en otra casona no identificada que estaba emplazada en la parroquia de Santa Bárbara. La antigua calle San Francisco hoy denominada Emiliano Tejera, limitada al Norte con la Parroquia de Santa Bárbara y al Sur con la Parroquia Catedral. ¿Estuvo allí la humilde e ilustre

morada del Padre de la Patria? Esto es todavía una incógnita para sus biógrafos. El que trae mejores datos, Coiscou Henríquez, hace conjeturas atinadas al respecto. El 25 de febrero del 1814, o sea, más de un año después del nacimiento en cuestión, Juan José Duarte compró una casa en la vieja calle del Truco en la Parroquia Catedral. Bautizaron y enterraron en ella a los hijos de don Juan José hasta julio del 1818 como asegura Coiscou en su citada obra (Vol. II, p. 266): así que es racional deducir, como lo hace este último que «la familia (Duarte) vivió en términos de la Parroquia Catedral, por lo menos de septiembre 19 del 1819 a julio 8 de 1820, día en que aparecen el párvulo Manuel y la niña Rosa Duarte, inhumado el primero y bautizada Rosa, en la Iglesia Catedral (acta de bautizo del 8 de julio de 1820, de Rosa Duarte, Archivo Gral. de la Arquidiócesis de Santo Domingo, Parroquia Catedral-Bautismos-Libro xxx-Est. B-Caj. 6-Leg. 3-Fol. sin numerar, pág. 119; acta de defunción de Manuel Duarte del 19 de septiembre del 1818, Arch. Gral. Arq. Sta. Dgo. Parro. Catedral-Defunciones-Libro x-Est. B-Caj. 18-Leg. 4-Fol. 30)». Es posible pues que en ese citado año 1819 la familia Duarte se trasladara al inmueble sito en el barrio de Santa Bárbara de la calle Truco, «y allí permaneciera, por lo menos, hasta 1829, en que adquirió D. Juan, según se ha visto, la casa que habitaba con los suyos en 1843 y 1844, que pudo ocupar al poseerla (Coiscou, Vol. II, p. 267). «Daría ello explicación lógica al retorno a Santa Bárbara lo cercano que estaba esta casa adquirida por Juan José Duarte, y que es la misma que donó su hijo Juan Pablo por el acta del 6 de julio de 1843 ante el antiguo escribano José María Pérez, al almacén del primero y que fue más tarde hogar del mayor de sus hijos. Salta a los ojos la proximidad de la casa núm. 86 de la calle Isabel La Católica a la casa núm. 2 de la calle General Cambiaso, observa Coiscou… El hogar propio de Vicente Celestino Duarte estuvo en Santa Bárbara hasta marzo de 1845: no sabríamos ubicarlo (Vol. II, p. 268)». Nada se sabe a ciencia cierta, dónde estuvo enclavada la morada de Juan Pablo Duarte, en el barrio de Santa Bárbara, en esta ciudad antiguamente nombrada Santo Domingo. Tal es el hecho biográfico. De acuerdo con cierta versión se puede repudiar la casa donde se estableció la lápida

conmemorativa del natalicio de Duarte. Con efecto; en unas Memorias inéditas escritas como apuntes para una biografía de la insigne poetisa Salomé Ureña, y traídas a colación por su hijo el humanista Pedro Henríquez Ureña, se lee: «Dicen algunos viejos, Duarte no nació donde indica la lápida sino en otra casa, de la misma calle, más hacia el Norte (1898). De ahí que Henríquez Ureña sugiera otra inscripción en esta auténtica casa que presenció el primer amanecer del patricio dominicano, y que debe ubicarse en lugar próximo a la que está esa lápida, en el lindero norte de dicha casa, y enclavada dentro del área de la Parroquia de Santa Bárbara (dato rigurosamente cierto), tal fue como consta de un expediente del Archivo General de la Arquidiócesis de Santo Domingo (Est. B-Caj. 63-Leg. 4), en el cual figura: 1) Carta original, fechada en esta ciudad a 2 de sept. Del 1876 dirigida por C. M. Piñeyro, cura párroco de Santa Bárbara al cura de la Parroquia de la Catedral, adonde aquél declara a éste, «para inteligencia de ambos», el «derecho de feligresía» que alega pertenecerle, a saber: «intramuros… desde la puerta de San Diego (en) línea recta, hasta la esquina del fuerte de San Francisco: y fuera de la ciudad, desde la boca de Mojarra, de uno y otro lado, hasta el caserío de los Franceses». 2) Carta original, fechada en esta misma ciudad a 23 de mayo de 1878, el padre Roque Cocchía, vicario Apostólico, a los canónigos honorarios Pedro T. de Mena, cura párroco de esta Catedral, y Carlos M. Piñeyro, cura párroco de Santa Bárbara, ordenándoles que, «averigüen cuidadosamente» los límites verdaderos de sus respectivas parroquias, «tomando los informes necesarios, y …remitiendo a esta Superior Curia una información detallada, firmada por los dos…»; 3) Informe original, fechado en la propia ciudad, a 1º de junio de 1878, al que se refiere la carta anterior, en el cual se expresa que «según los informes fidedignos» que se han «podido alcanzar», aquellos linderos «son los siguientes – de la puerta de San Diego (en) línea directa a la Cuesta del Ex-Convento de San Francisco entrando por la puerta del Cordón a salir por la Cuesta del Vidrio, girando al frente de San Francisco y de éste al de San Antón hasta Santa Bárbara y de ésta al fuerte del Angulo (en) línea directa al de San Diego en circunferencia…» y

se agrega: «…son los límites que le corresponden a la Parroquia de Santa Bárbara en esta ciudad». Está firmado el informe así: el cura de la Catedral P. T. de Mena y Portes, presbítero (rúbrica), el cura de Santa Bárbara C. M. Piñeyro (rúbrica).

Anexo 16

Contribución a una biografía crítica de Duarte y Diez

Artículos publicados en *La Opinión*, números 1600, 1602 bis y 1604, de fechas 26, 29, 30 y 31 de marzo del 1932, y luego transformados en una conferencia leída por su autor en los salones de la Acción cultural, en el mes de febrero del propio año.

Este dato lo he extraído de los *Apuntes de Rosa Duarte* dados a la publicidad en 1876, y siguiendo aquí los pasos a su mejor biógrafo García que de esa cantera los tomó para publicar la segunda serie de sus *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*.

Atribúyese el Lic. Máximo Coiscou, jefe que fue de la Misión Dominicana en los Archivos de Sevilla, lo cual no he de hesitar en modo alguno, el mérito del hallazgo de la partida del bautismo de Duarte, y nos dice que «la caligrafía de esta partida es notablemente distinta de las de las partidas que la preceden y la siguen. Esta irregularidad y la que constituye el lugar donde aparece asentada se explica por la pérdida de la partida primitiva, ocurrida antes del 23 de septiembre del 1834. Y amplía, que la partida que examinamos no es la primitiva se demuestra por estas razones: el libro, y el lugar en él, donde se encuentra asentada, libro que no contiene otra partida del año 1813; su redacción detallada y como nacida de vivo celo reparador.[1]

En su bien preparado informe a la Academia Dominicana de la Historia acerca de la ascendencia paterna de Juan Pablo Duarte,

[1] Comunicación a la Academia Dominicana de la Historia inserta en el segundo fascículo de *Clío*, edición de marzo y abril del año 1933.

el miembro de número de esa ilustre institución, Emiliano Tejera, da asenso a lo dicho por Coiscou: «Anexo a esta comunicación las tres partidas indicadas y la de bautismo de Juan Pablo Duarte, según la copia auténtica que reposa en el archivo de la señora doña Matilde Duarte de Ayala. Esa partida es la misma encontrada por Máximo Coiscou Henríquez en el archivo Parroquial de Santa Bárbara, aunque con algunas variantes en las abreviaturas, que están casi todas suprimidas en la copia auténtica. Y dice Verger en vez de Verges.

La copia fue expedida por el cura párroco doctor don José Ruiz a 7 de enero de 1820, y su firma legalizada el día siguiente por los escribanos Tomás Bobadilla, Martín de Mueses, y Juan Martínez de León.

La diferencia entre el asiento existente en el libro de bautismos, y la copia, se debe probablemente a que no se consideró necesario expedir esta con las mismas abreviaturas que tiene aquel, y que son más numerosas que en las otras partidas, tal vez a causa de lo estrecho del sitio donde está escrito.

En cuanto a la diferencia entre Verger y Verges, se explica por la forma antigua de hacer la r y la s.

No hay duda de que el documento expedido en 1820 es copia de la partida encontrada por Coiscou Henríquez, pues aunque se ha dicho que se halla en la página 364 del libro de bautismos, puede comprobarse fácilmente que esa es una numeración relativamente reciente, hecha por persona ignorante de la importancia de conservar la numeración primitiva en esa clase de registros. En la paginación original, que aún se advierte, aunque apagada, corresponde el número 2c/20 (doscientos veinte) al folio donde está la partida, y ese mismo número es el que figura en la copia: «a fojas doscientos veinte vuelta». La numeración primitiva es por folios, según el uso antiguo, y algunos de éstos como el que contiene la partida a que me refiero, están numerados en el lado vuelto, es decir, en la cara posterior de la hoja. La numeración reciente es corrida en todas las páginas.

Como lo conjetura Coiscou, el libro correspondiente a 1813 debió perderse, y sea que la familia Duarte conociera esa pérdida

y deseara repararla, o que pidiera copia de la partida y advirtiera entonces que no existía, el padre Ruiz, en vez de certificar que ésta había existido en el libro destruido o perdido, consideró preferible asentar una nueva partida, como si fuese la original, y escogió para ello el sitio que le correspondía cronológicamente, en lo que se refiere al mes, pues la escribió al margen de la fechada el 1º de febrero, de modo que la terminación viniera a quedar intercalada entre ésta y la siguiente, datada el 8 del mismo mes. El bautizo de Juan Pablo Duarte se efectuó el 4 de febrero de 1813. Probablemente pensó el previsor sacerdote que si pasados los años se requería la partida, al no encontrarse el libro de 1813, se buscaría en los más próximos a éste, en la fecha del nacimiento, que se conserva aun más que la fecha del año en la memoria de la familia y amigos, a causa de la celebración de los cumpleaños. De lo contrario la habría colocado en cualquier parte del libro, y con preferencia en la última página.

Es verdad que el sitio corresponde a la fecha del bautizo, pero el que realizara la búsqueda debía saber que en ese tiempo éste tenía siempre lugar a los pocos años del nacimiento. Y escogió el año 1812 como el más próximo a 1813, pues el registro perdido abarcaba también el 1814. Actualmente el posterior al de 1812 comienza el 2 de octubre de 1815.

El libro perdido debió ser el que tiene la partida de Duarte (hoy II), era IX de acuerdo con la certificación de enero de 1820, y el que comienza en octubre de 1815 (hoy III), es el XI, según lo dice la primera página del mismo Libro. El último asiento existente ahora en el II (antes IX), es el del 28 de julio de 1812, pero no hay certeza de que ésta fuese su última partida. Creo que puede afirmarse que la partida de Duarte que conocemos, se escribió del 2 de octubre de 1815 al 7 de enero de 1820. Nunca después de esta fecha, en la cual se expidió copia de ella.

Debe abandonarse la hipótesis de que la destrucción o pérdida del acta de bautismo se advirtiera al solicitar la familia copia para el ingreso de Duarte en el ejército o para su viaje a Europa, pues en 7 de enero del 1820 éste aún no contaba siete años de edad. Es más probable que fuera para entrar en la escuela de varones, pues según Rosa Duarte, Juan Pablo ingresó en ella cuando ya había

cumplido seis años, pero parece extraño que para esto se necesitara una partida de bautismo legalizada por tres notarios. Etc.[2]

Transcribiré a continuación la partida de Bautismo del general Juan Pablo Duarte y Diez, según el original auténtico, que reposa en el archivo de Da. Matilde Duarte de Ayala: «Dor. don José Ruiz, abogado de los Reales Consejos, y cura rector de la Parroquia Iglesia de Santa Bárbara de esta Ciudad certifico: que en libro noveno de Bautismos, que es uno de los que se hallan a mi cargo que da inicio en el año de mil, setecientos, noventa y ocho, y continuó en el de mil ochocientos, nueve, corre a foxas doscientas veinte buelta la partida del tenor siguiente:

En la ciudad de Santo Domingo a quatro de febrero de mil, ochocientos, trece años. Yo, el infrascrito cura rector de la Parroquia Iglesia de Santa Bárbara, bapticé solemnemente, puse óleo, y crisma a Juan Pablo, nacido el veinte y seis de enero, último, hijo legítimo de don Juan José Duarte, natural de Verger (debe ser Vejer) en los Reynos de España, y de doña Manuela Diez, natural de la villa de Santa Cruz del Seibo; fueron sus padrinos don Luis Méndez, regidor deste ilustre Ayuntamiento, y doña Vicenta Cuevas su lexítima mujer, a quienes advertí el parentesco espiritual, y demás obligaciones; testigos Pablo Apolinario, y Joaquín de Osuna, (fecha ut supra.-fdo) Licenciado José Ruiz. Es copia conforme con la que obra en el libro, y folio citados a que me remito. Y a pedimento de los padres del niño doy la presente en la Ciudad de Santo Domingo a siete de enero de mil, ochocientos, veinte años (ilegible). fdo.) José Ruiz (hay rúbrica). – Los Escribanos del Rey Nuestro Señor que aquí signamos y firmamos, certificamos, damos fe, y verdadero testimonio, que el presbítero doctor José Ruiz, por quien el mote batismal, que antecede, y a

[2] Realmente se debe escribir «Vejer de la Frontera», según el Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano, t. 23, p. 241, en la palabra Vejer. Parece que se escribía, cuando se hizo la inscripción de la partida de bautizo de don Juan José Duarte, Bejer y no Vexer como aparece en el acta. Pues un libro impreso en Valencia en 1646 habla de la villa de Vejer, del Obispado de Cádiz, lo cual demuestra que anteriormente se escribía con esa ortografía el nombre de la ciudad o villa de Vejer.

cuyo respaldo rubricamos, es cura rector de la Parroquia Iglesia de Santa Bárbara, según se titula, se halla en actual vco. Y ejercicio de su ministerio, que desempeña con aprobación, y a sus semejantes se les ha dado y da entera fe y crédito en ambos juicios, Santo Domingo ocho de enero de mil, ochocientos, veinte años. Tomás Bobadilla, Martín de Mueses (este apellido parece leerse «Meneses», pero debe leerse «Mueses», que era el escribano de esa época) fdo.) Juan Martínez de León (hay rúbrica)».[3]

El primero procedía de la ciudad de Vejer de la Frontera,[4] diócesis de Cádiz, y no Vergara, provincia de Canarias, adjudicada con frecuencia por los biógrafos de Duarte al arzobispado de Sevilla, antiguos Reinos de España.[5] Era éste a su vez hijo de Manuel Duarte Rodríguez, capitán de Navío y de Ana María Rodríguez.

Mas en estas últimas noticias había mucho de adivinado, de meras conjeturas, aunque de mucha verosimilitud para darnos alguna certeza, sino todo el valor de la verdad a que debía aspirar si no me hubiera dado desde tiempo atrás a minuciosas investigaciones, dejando de conformar con tradiciones vagas e incoherentes las más de las veces, o con datos de segunda mano tomados casi siempre en archivos extranjeros; pero ahora, la cosa es distinta, pues en los archivos parroquiales de ese Vejer de la Frontera se encontró una partida de matrimonio que se supone con bastante certidumbre que sea la que corresponde a los abuelos de Duarte.[6]

Por esa razón, volveré a decir, este Manuel Duarte, marino que vivía en Santo Domingo en el año 1669, es posible que fuera

[3] La firma y rúbrica del presbítero D. José Ruiz e Ibáñez está legalizada por el escribano de su Majestad y del Ayuntamiento de la villa de Osorno, D. Santiago Zorrilla, y la de éste por varios escribanos de número de la ciudad de Palencia. (Arch. Gral. Arquidiócesis de Santo Domingo) Parroquia Santa Bárbara, Bautismos-libro II-Est. B-Caj. 14, leg. 2. Comienza el 17 de feb. 1799 y concl. El 28 de julio 1812. Ecol. 2c20 verso, p. 264.

[4] Inf. ut-supra de Emilio Tejera, p. 38, *Clío*, núm. enunciado.

[5] Tejera Bonetti, Art. citado.

[6] Se asegura por el testamento de Juan José Duarte, al cual luego aludiré y copiaré íntegramente, que esta Vejer de la Frontera pertenecía a la jurisdicción del Arzobispado de Sevilla, dato que ha servido a sus biógrafos,

el verdadero tronco genealógico de los Duarte arraigados en nuestra tierra hospitalaria, como tal lo prueba en contrario, o que simplemente hubiese sido un remoto pariente de Juan José Duarte, como alguien insinúa,[7] bien que parece ser esto menos probable.

Lo que sí suena a leyenda es que ese don Manuel, presunto abuelo del gran patricio, haya sido marino y capitán de navío,

---

pero no he podido encontrar en ninguna parte que fuera una villa independiente en lo eclesiástico adscrita a dicha diócesis de Cádiz, en el *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano* (t. 23, p. 234, en Verg.).

[7] Partida de matrimonio de Manuel Duarte y Ana María Rodríguez.-
Hay un sello: hay en sello:
(República Española) (8a. clase)
(Timbre del Estado) (Ps. 1.50) A. I. 302,799.
«Don Angel Carballeiro y de Vera, presbítero, cura párroco del Salvador de esta ciudad: certifico que en el libro quince de matrimonios de este Archivo al folio ciento sesenta y ocho, se halla la partida siguiente:
Después Manuel.– En la villa de Veger de la frontera en ocho días del mes de enero de mil setecientos sesenta y cuatro años, yo Dn. Pedro Chamorro cura desta Iglesias desposse por palabras de presente que hacen verdadero y legítimo matrimonio a Manuel Duarte hijo legítimo de Xptoval Duarte y de Catalina Giménez defuntos naturales y vezos de esta villa con Ana María Rodríguez hija legítima de Juan Rodríguez, naturales y vezos, de esta villa y de Tomasa de Tapia, natural de la ciudad de Sevilla y vezas de esta villa: aviendo sido amonestados inter Misarun Solemnie en esta Parroquia del San Salvador en tres días de fiesta de precepto el día treinta y uno de Diciembre próximo pasado el día primero y seis de este mes y año aviendo pasado más de las veinte y cuatro horas después de la última amonestación sin haber resultado impedimento canónico alguno: aviendo confesado y comulgado estando capaces en la doctrina Xptiana y aviendo cumplido todo lo dispuesto por el Sto. Concilio de Trento: a que fueron testigos Francisco Peña (?) Benítez, Dn. Alonso Melero y Pantoja y Antonio Perse (?) y otros. vecos. desta villa doy fe Dn. Pedro Chamorro-Rubricado».
Es copia fiel del original. Veger de la Frontera, diez y nueve de enero de mil novecientos treinta y tres. Angel Carballeiro… Rubricado. Hay un sello: (Parroquia del Salvador) (Veger de la Frontera).
Don Eduardo Cobos Romero, abogado del ilustre Colegio de Granada y notario del de Sevilla con residencia en esta ciudad, Doy fe que: conozco la firma y rúbrica de don Ángel Carballeiro y de Vera, cura párroco de la Iglesia del Salvador de la ciudad de Veger de la Frontera y con las que autoriza el anterior certificado del acta de inscripción de matrimonio de

aventurero por demás, que vagó y se asentó al fin, en esta tierra americana, aunque tal fantasía pueda pasar a ser algún día realidad comprobaba por la Historia. Hay por de pronto algunos indicios traídos para comprobarlo por parte de los investigadores: Tarifa es puerto marítimo y Vejer está cercano de la costa; las gentes de estos lugares deben ser tiburones de mar. Como observa el meticuloso Tejera en el importante Informe a que se ha hecho referencia: «Don Juan José se estableció junto al puerto, en esta ciudad, y su principal comercio era la venta de efectos para buques. Tal vez la familia de España conservó aquí parientes o relaciones y eso pudo determinar el traslado de don Juan José a esta isla».

He aquí dos inducciones muy lógicas pero nada más que inducciones. Le dan más consistencia el aserto de que Juan Pablo Duarte habla de los conocimientos de su padre «en el ramo de marina». El Lic. Máximo Coiscou en su citada obra, Vol. II, p. 222, abandona «la hipótesis de un bisabuelo paterno del Fundador de la República, de nombre Manuel, capitán de navío, vecino de Santo Domingo en 1669. Y añade Coiscou Henríquez: Frente a Cristóbal, el bisabuelo comprobado tendría este Manuel por «padre o pariente» de José Duarte» (Emilio Tejera B., «Genealogía. La ascendencia paterna…», *Clío*, #2, p. 39).

El Lic. Máximo Coiscou Henríquez se lanzó a la aventura de encontrar las huellas de la ascendencia de Duarte, dicho así, por

---

Don Manuel Duarte y doña Ana María Rodríguez son parecidas a las que acostumbra usar y las considero legítimas. Chiclana de la frontera a veinte y uno de enero de mil novecientos treinta y tres. Eduardo Cobos. Rubricado. Hay un sello (Notaria de… D. Eduardo Cobos Romero) (Chiclana) (Cádiz). Legalización. Chiclana de la Frontera a veinte y uno de enero de mil novecientos treinta y tres: Vto. Bno. El Juez de la 1a. Instancia /(firma ilegible). Hay un sello: (Juzgado de 1a. Instancia e Instrucción) (Chiclana) y un timbre no. A792029.

Nota. Registrado le ha correspondido el número seis del corriente, doy fe. E. Zoido-Rubricado.

Hay un sello que dice: Secretaría de D. Eduardo Zoido Pérez.
(Fe Pública Judicial) (Chiclana).

antonomasia, sí considero al creador de la idea de Patria, entre nosotros; pero no pudo hallar documentos fehacientes, e irrefutables pruebas que le permitieran edificar sobre base sólida aquella, o por lo menos del abuelo para arriba. Registró para ello Coiscou, legajos enteros del Archivo General de Indias, y sólo pudo encontrarse con que, en 1655, aparece el nombre de un capitán de marina, Manuel Duarte, quien forzosamente debe ser extraño al que se sabe que residió en Santo Domingo en el año 1699, esto es, cuarenticuatro años después, quitando así el punto de apoyo a la hipótesis de que fuera el abuelo cercano de Duarte, y sólo pudiendo ser ya remotísimo deudo a lo sumo; en 1702, enfrentóse a don Juan Gerónimo Duarte, oidor en Guatemala; en 1712, a Vicente Antonio Duarte, maestro de la nao *Nuestra Señora del Rosario*, vio en 1776 a Juan Duarte y Posadas, oriundo de Córdoba, muerto en las Indias; desfilaron todavía Pedro Celestino Duarte, un severo miembro de la Audiencia de Santo Domingo, en 1779; y, antes del siglo XVIII: Juan Duarte, capitán Manuel Duarte, coronel Enrique Duarte, Francisco Duarte y Josefa María Duarte. Todos ellos nombres comunes entre los Duarte.

Anexo 17

Ascendencia de Juan Pablo Duarte*

Siguiendo las pesquisas en aquella Tarifa tanto como en Vejer, tal vez se hallen otras trazas que de sus pasos dejaran los remotos antecesores de Duarte, hasta mediados del siglo XVI, pues con anterioridad al Concilio de Trento (1545 a 1563), el registro de los nacimientos, matrimonios y defunciones era muy deficiente y por regla general sólo figuraban los nombres de pila con alguna referencia local que pudiera servir para identificar a las personas mencionadas.

Así se ha podido alcanzar huellas o indicios de aquellos anticuados documentos, que la ascendencia paterna del general Juan Pablo Duarte hasta los albores del siglo XVIII es la siguiente: Juan José Duarte y Manuela Diez y Jiménez Benítez; abuelos: Manuel Duarte y Ana María Rodríguez Tapia; bisabuelos: Cristóbal Duarte o García y Catalina Jiménez;[1] Juan Rodríguez y Tomasa de Tapia; tatarabuelos: José Duarte y Catalina Gil; Andrés Rodríguez y Beatriz García.[2]

Vuelto Juan José Duarte a la antigua Primada de América, quizá antes de que expirara la primera década del postrero siglo, ejerce el Comercio y se dedica en él a la especialidad de quincallería: hácese conocido por su probidad sin tacha, lo cual le trae ilimitado crédito, y se le reputa, como se ha referido, por sus conocimientos en el ramo de la Marina, según rezan las relaciones de esos tiempos, a más de lo dicho por su hija Rosa Duarte. Muere después en esta misma ciudad el 25 de noviembre del 1843.

* Las notas de este anexo están al final, por ser muy extensas.

Pueden agregarse como otras indagaciones alrededor del abuelo marino del héroe biografiado, lo cual da más apariencias de certeza al dato que, en el 1699, se inicia por testimonio de autos, aunque empezado sólo a formarse el 2 de junio del 1700 (el cual comprendía consulta hecha por don Severino de Manzaneda y Salinas, gobernador y capitán general de la parte española de la isla, y evacuada con dilación por la Real Audiencia de Santo Domingo) el expediente para el armamento de un corso, Manuel Duarte, convecino de esta ciudad ennoblecida antaño por los fastos más grandes de la Historia.

Aunque lo averiguado, en rigor, es que un Manuel Duarte fue el padre de Juan José Duarte, según denuncia el testamento público de este último, el cual posteriormente se dará en copia. Casó este con doña Manuela Diez y Jiménez Benítez (como se ha dicho), originaria de la villa de Santa Cruz del Seybo, e hija de Antonio Diez y Rufina Jiménez Benítez.

[1] Partida de matrimonio de Cristóbal García (Duarte) con Catalina Giménez.
Hay un sello: Hay un sello.
República Española. (8a. clase – A.I302.800
(timbre del Estado) (Ps. 1.50)
Don Angel Carballeiro y de Vera, presbítero, cura párroco del Salvador de esta Ciudad: Certifico que en el libro trece de matrimonio de este Archivo al folio sesenta y nueve, se halla la partida siguiente:
«Cristóbal García con Catalina Ximénez casados y velados.–
En la Villa de Vexer de la Frontera en veinte y seis días del mes de septiembre de mil setecientos y treinta y cinco años Christoval García hijo de Joseph Duarte y de Catalina Gil y Catalina Ximénes hija de Andrés Rodríguez y de Beatriz García, todos vecinos y naturales desta villa haviendo sido amonestados en tres días festivos que fueron los días diez y ocho, veinte y uno y veinte y cinco de dicho mes y año y pasadas veinte y quatro horas de la última amonestación sin resulta del canónico impedimento confesados y

comulgados y examinados de doctrina christiana se casaron por palabras de presente que hacen firme y verdadero matrimonio en presencia de mí, Dn. Manuel de Palacios Moreno, abogado de los Rds. Consejos y cura desta Parroquia Iglesia a que fueron testigos Dn. Joseph de Volta u Dn. Antonio de Medina, Dn. Manuel de Volta y otros muchos vecinos desta villa y para que conste lo firmo Licdo. Dn. Manuel de Palacios y Moreno. Rubricado.
En el año de mil stecientos y treinta y cinco en treinta días del mes de octubre yo don Manuel Barber, cura de dicha Villa di las Vendiciones Nupciales a Christoval García y a Catalina Ximenes contenidos en esta plana según lo dispuesto por el ritual romano, y lo firme. Manuel Barber.
Es copia fiel del original. Vejer de la Frontera a diez y nueve de enero de mil novecientos treinta y tres.
Angel Carballeiro. Rubricado. Hay un sello (Parroquia del Salvador) (Vejer de la Frontera).
Don Eduardo Cobos Tomero, abogado del ilustre Colegio de Granada y Notario del de Sevilla con residencia en esta ciudad. Doy fe: Que conozco la firma rúbrica de don Angel Carballeiro y de Vera, cura párroco de la Iglesia del Salvador de la Ciudad de Vejer de la Frontera, y con las que autoriza el anterior certificado del acta de inscripción de matrimonio de don Cristóbal García y doña Catalina Jiménez, son parecidas a las que acostumbra usar y las considero legítimas. Chiclana de la Frontera a veinte y uno de enero de mil novecientos treinta y tres. Eduardo Cobos. Rubricado.
Hay un sello.
(Notaría del… D. Eduardo Cobos Tomero).
(Chiclana) (Cádiz).
Legalización. Chiclana de la Frontera veinte y uno de enero de mil novecientos treinta y tres. Vto. Bno. El Juez de la 1a. Instancia (firma ilegible).
Hay un sello (Juzgado de 1a. Instancia e Instrucción. Chiclana y un timbre inutilizado por el sello anterior No. A792031.
Nota – Registrado le ha correspondido el número ocho de orden del corriente año. Doy fe: E. Zoido.–
Rubricado.
Hay un sello: Secretaría de D. Eduardo Zoido Pérez.– Fe Pública Judicial Chiclana».
Partida de bautismo de Manuel Duarte Jiménez.
(Papel sellado A. 1594,023)
Don Ángel Carballeiro y de Vera, presbítero, cura párroco del Salvador de esta ciudad: certifico que en el libro treinta de Bautismos de este archivo al folio ochenta y cuatro vuelto, se halla la partida siguiente:
Manuel.– En la villa de Vexer de la frontera en quince días del mes de agosto de mil setencientos y cuarenta y cinco años yo Dn. Salbador de esta dicha villa Bapticé a Manuel que nació el día ocho de dicho mes y año, hijo legítimo de Christóbal Duarte y de Catalina Ximénez todos naturales y vecinos de esta villa (quienes no han tenido otro de ese nombre) fue su padrino Juan Rodríguez natural y vecino de esta villa, a quien advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones y lo firmé.– Manuel Joseph Barber.– Rubricado.–

Es copia fiel del original. Vejer de la Frontera treinta y uno de julio de mil novecientos treinta y tres.
Angel Carballeiro (Rubricado).
Hay un sello:
Parroquia del Salvador
Vejer de la Frontera
Don Eduardo Belver González, abogado, notario del ilustre Colegio de Sevilla con residencia en esta ciudad.– Doy fe: Que conozco la firma y rúbrica de don Ángel Carballeiro y de Vera, cura propio del Salvador de Vejer de la Frontera, y considero legítimas las que aparecen al pie de la certificación que antecede. Chiclana de la Frontera a dos de agosto de mil novecientos treinta y tres.
Ldo. Eduardo Belver (Rubricado).
Hay un sello:
Notaría del Lcdo. Eduardo Belver González, Chiclana de la Frontera.
LEGALIZO:
Chiclana de la Frontera a dos de agosto de mil novecientos treinta y tres.
Vo. Bo. El juez de la Instancia, into. Juan (apellido ilegible).
(Rubricado).
Hay un sello:
Juzgado de 1a. Instancia e Instrucción. Chiclana.
Nota.– Registrado le ha correspondido el número 64 de orden del corriente año, doy fe.– Díaz (Rubricado).
Hay un sello:
Secretaría de D. José Díaz
Villasante. Fe Pública Judicial. Chiclana.
Partida de bautismo de Cristóbal Duarte Gil.
(Papel sellado A. I. 594,025)
«Don Ángel Carballeiro y de Vera, presbítero, cura párroco del Salvador de esta ciudad: Certifico que en el libro veinte de Bautismos de este Archivo al folio ciento sesenta se halla la partida siguiente:
«Christóbal. En la villa de Bexer de la Frontera en primero día del mes de enero de mil setecientos y once, yo Dn. Franco Butron, cura y vicario de Dha. Bapticé a Xptobal hijo legítimo de Joseph Duarte y de Catalina Gil, nació el día veinte y seis del mes de diciembre próximo pasado; fue su padrino D. Diego Calderón vecino de Dha. Villa, a quien advertí el parentesco y demás obligaciones y lo firmo estando presentes y siendo testigos Dn. Barme Cano y Aragón natural de la Villa de Chiclana y Dn. Josep Morillo, clérico de menores órdenes y Berdo Valco de Espinosa, sacristán menor de Dha. Yglesia y lo firmé. D. Franco Butron Moreno. Rubricado.
Es copia fiel del original. Vejer de la Frontera a treinta de julio de mil novecientos treinta y tres.
Angel Carballeiro (Rubricado).
Hay un sello:
Parroquia del Salvador Vejer de la Frontera.

Don Eduardo Belver González.
Abogado, notario del ilustre Colegio de Sevilla con residencia en esta ciudad.– Doy fe: Que conozco la firma y rúbrica de don Ángel Carballeiro y de Vera, cura propio del Salvador de Vejer de la Frontera, y considero legítimas las que aparecen al pie de la certificación que antecede. Chiclana de la Frontera a dos de agosto de mil novecientos treinta y tres.
Lcdo. Eduardo Belver (Rubricado).
Hay un sello:
Notaría del Ldo. Eduardo Belver González. Chiclana de la Frontera.
LEGALIZO:
Chiclana de la Frontera a dos de agosto de mil novecientos treinta y tres. Vo. Bo. El juez de 1ra. Instancia into. Juan (apellido ilegible).
(Rubricado)
Nota.– Registrado le ha correspondido el número 66 de orden del corriente año, doy fe.– Díaz (Rubricado).
Hay un sello:
Secretaría de D. José Díaz
Villasante, Fe Pública Judicial. Chiclana.
Partida de bautismo de Catalina Rodríguez García
(Mujer de Cristóbal Duarte Gil)
(Papel Sellado A. L. 594,024)
Don Ángel Carballeiro y de Vera, presbítero cura párroco del Salvador de esta ciudad: Certifico que en el libro veinte y uno de Bautismos de este Archivo al folio doscientos treinta vuelto, se halla la partida siguiente:
Cathalina.– En la villa de Vejer de la Frontera en veinte y ocho días del mes de diciembre de mil setecientos y diez y siete años, yo D. Antto. Esparregosse Moreno de Medina, cura desta dicha villa bapticé a Chatalina que nació a veinte de dicho mes hija de Andrés Rodríguez y de Beatriz García su legítima mujer naturales y vecinos de esta villa: fueron advertidos del parentesco espiritual y de sus obligaciones y lo firmé ut Antto. Esparregosse Moreno de Medina. Rubricado. Es copia fiel del original. Vejer de la Frontera a treinta y uno de julio de mil novecientos treinta y tres. Ángel Carballeiro (Rubricado).
Hay un sello:
Parroquia del Salvador
Vejer de la Frontera
Don Eduardo Belver González. Abogado, notario del ilustre Colegio de Sevilla con residencia en esta ciudad.– Doy fe: Que conozco la firma y rúbrica de don Ángel Carballeiro y de Vera, cura propio del Salvador de la Frontera, y considero legítimas las que aparecen al pie de la certificación que antecede, Chiclana de la Frontera a dos agosto de mil novecientos treinta y tres.
Lcdo. Eduardo Belver (Rubricado)
Hay un sello:
Notaría del Ldo. Eduardo Belver González. Chiclana de la Frontera.
LEGALIZO:

Chiclana de la Frontera a dos de agosto de mil novecientos treinta y tres.
Vo Bo. El Juez de 1ra. Instancia into.
Juan (apellido ilegible) (Rubricado)
Hay un sello:
Juzgado de 1ra. Instancia e Instrucción. Chiclana.
Nota.– Registrado le ha correspondido el número 67 d orden del corriente año, doy fe.–
Díaz (Rubricado)
Hay un sello:
Secretaría de D. José Díaz
Villasante. Fe Pública Judicial.
Chiclana.

Esta prueba documental es decisiva para fijar los orígenes de la familia Duarte en Veger de la Frontera, perteneciente a la jurisdicción de Cádiz, y no en Tarifa, pueblo cercano a ese Veger, como se había supuesto. Esto se deduce claramente de las inquisiciones posteriores a su referido informe a la Academia Dominicana de la Historia hechas por Emilio Tejera, acerca de la ascendencia paterna de Juan Pablo Duarte (*Clío*, año I, #11, p. 38). Con efecto, el párroco de Vejer escribió a Tejera Bonetti después de su comunicación en referencia, el 22 de abril del 1933, esta aclaración: «Respecto a la procedencia de la familia Duarte, no creo procedan de Tarifa, sino que en Tarifa hay apellidos Duarte, como también los hay Tapia, y por eso le indiqué la probabilidad de que procedieran de allí». Y en carta del 23 del mismo mes y año, agrega. «Buscando el casamiento del padre de Cristóbal (alude al Cristóbal que nació el 26 de diciembre del 1710, hijo de José Duarte y Catalina Gil, ya transcrita la partida en esta misma Nota), encuentro el matrimonio de José Duarte Román, hijo de Juan y de Luisa, pero casado con María Calderón Dueñas, y como esto no se parece en nada a Catalina Gil, estoy buscando algún hermano de Cristóbal que me pueda dar alguna luz». Y en 9 de julio de 1933, se dirigió de nuevo el cura en cuestión al comunicante Tejera para identificar la partida de matrimonio encontrada de Cristóbal García y Catalina Ximénez, como la auténtica de los padres de José Duarte, padre del Apóstol, y de Catalina Gil; y el matrimonio de este José Duarte, padre de dicho Cristóbal García Duarte, y en cuya partida dice que José Duarte Rodríguez era «hijo de Juan y de Luisa». «He vuelto a examinar el libro de matrimonios donde consta el de José Duarte, padre de Cristóbal García Duarte, y habiendo examinado una por una (las partidas), hasta el año 1705, no encuentro más que esa. En dicha partida dice: José Duarte Rodríguez, hijo de Juan y de Luisa (Coiscou Henríquez, vol. II, p. 217)».

De ahí que el distinguido historiógrafo Coiscou Henríquez considere con razón «flotante el origen tarifeño de las familias Duarte de Vejer de la Frontera y Santo Domingo (Cap. V, p. 217, in fine)».

[2] Juan José Duarte dice en su testamento que era hijo de Ana María Rodríguez, y en su fe de bautismo ésta tiene de Tapia, que era el de su madre. Y Cristóbal, hijo de José Duarte y Catalina Gil, no es mencionado en el acta

de su matrimonio con el apellido de su padre, sino con el de García (a menos que lo use como nombre), y lo mismo acontece con su esposa Catalina, quien figura en el mismo documento como Ximénez, siendo hija de Andrés Rodríguez y Beatriz García. En el acta de matrimonio de su hijo Manuel, sí usa Cristóbal su apellido Duarte.

Pero este cambio de apellidos no tiene en este caso ninguna importancia pues al hacer el cotejo de los documentos se advierte claramente la línea ininterrumpida de la ascendencia. Tales variaciones eran frecuentes en épocas pasadas. A menudo se usaba por primer apellido el de la madre o el de un abuelo o pariente a quien se quisiera honrar, y en los siglos XV, XVI y XVII estuvo en boga en España la costumbre de dar a los hijos los nombres y apellidos de los antepasados. Los ejemplos son numerosos. El conquistador Juan Ruiz de León tuvo a doña Cecilia Villega (nombre y apellido de su abuelo paterno) a Juan Ruiz de León (nombre y apellido de su padre) y a Feliciana Álvarez (apellido, y tal vez nombre, de su abuela materna). Alvar Núñez Cabeza de Vaca era hijo de Francisco de Vera y de su mujer doña Teresa Cabeza de Vaca.

El famoso escritor don Diego Hurtado de Mendoza era hijo de don Iñigo López de Mendoza y debió usar el Hurtado por su tío el duque del Infantado, hermano entero de don Iñigo, quien tenía el mismo nombre y los mismos apellidos que su sobrino. Doña Catalina de Herrera era hija de Juan de Samano, el Secretario de Carlos V y de Felipe II, y de su mujer doña Juana de Castrejón. Probablemente llevó el apellido de su tío don Jerónimo de Herrera. El Adelantado Pedro Menéndez de Avilés era hijo de Juan Alonso y de María de Aragón. Simón de Bolívar, padre del Bolívar dominicano ascendiente del Libertador, era hijo de Martín Ochoa, de la Rementería y de su mujer Magdalena de Bolívar Ybarguen, y el férreo gobernador de la Española, fray Nicolás de Ovando, tuvo por padres a Diego de Cázeres Ovando y a su mujer Leonor Alfonso. Su hermano Diego llevaba el apellido Cázeres.

Anexo 18

Testamento de Juan José Duarte

(Aquí hay un sello que dice: Repúblique d'Haiti-25) (Aquí hay un sello que dice: Tresorerie Generale).

«En la ciudad de Santo Domingo hoy día treinta de agosto de mil ochocientos cuarenta y tres, año cuarenta de la Independencia y primero de la Regeneración, siendo las nueve de la mañana, nos José María Pérez hijo, notario público nombrado y juramentado para la Común y resorte de Santo Domingo, requerido al efecto, y asistido del competente número de testigos, nos transportamos a una casa, sita en la calle que viene de la Iglesia de Santa Bárbara a la plaza del mercado, isleta número 18, quinto cuartel, en la cual encontramos un hombre enfermo, pero en uso de su sano juicio, memoria y entendimiento natural, de que yo el Notario doy fe y aseguran los testigos; el cual queriendo arreglar sus negocios con tiempo por palabras claras y terminantes de su última y final voluntad, dictó sus disposiciones del modo siguiente:

1º (…) en el arzobispado de Sevilla, avecindado en esta ciudad, hijo legítimo de Manuel Duarte, y María Rodríguez difuntos, de Religión Cristiana Apostólica Romana, cuya fe y creencia he vivido y protesto vivir y morir.

2º Ytem. Declaro que soy legítimamente casado con la ciudadana Manuela Diez, de cuyo consorcio hemos procreado seis hijos; a saber: Vicente Celestino, Juan Pablo, Filomena Rosa, María Francisca, y Manuel Duarte, estando emancipados por tener la edad competente para ello.

3º Item. Dejo la disposición de mi entierro funeral y de los oficios que hayan de hacerse en bien de mi alma, a disposición de mis Albaceas que más adelante nombraré.

4º Item. Tengo y reconozco por bienes de mi propiedad, los siguientes: la casa que está inmediata a la marina con todo lo que ella contiene dentro de quincallería; la casa que actualmente moro: todo el mobiliar.

5º Item. Declaro: que todo lo que debo consta de los libros que al efecto tengo, como igualmente las personas que me son deudores; todo lo cual está al corriente y conocimiento de mi hijo Manuel[1] y mi nieto Vicente María Duarte, como que son los que se han entendido de poco tiempo a esta parte en la tienda que tengo.

6º Item. Declaro: que cuando contraje el matrimonio con mi susodicha esposa, aporté mil doscientos pesos fuertes moneda del Cuño Español, y mi legítima consorte, doscientos pesos en la misma moneda.

7º Item. Declaro: que de la cuarta parte de mis bienes que puedo disponer libremente, mando a mis albaceas que de ella se saquen los gastos que puedan hacerse en mi entierro, y demás que son necesarios, dejando el resto de ella a favor de mis legítimos hijos en calidad de mejora.

8º Item. Nombro por mis albaceas y ejecutores testamentarios en primeras a mi legítima consorte Manuela Diez, en primeras, y en segundas al ciudadano Francisco Ginebra, a los cuales doy todo poder en derecho necesario para que entren en mis bienes y cumplan con estas mis disposiciones.

9º Item. Declaro: que aunque las patentes de la tienda que tengo en la arriba mencionada casa, aparecen en cabeza de mi hijo Manuel y mi nieto Vicente María Duarte, no es porque les pertenece al fondo y demás muebles que en ella se encuentran, pues sólo es de mi propiedad legítima, como ellos saben y no hay ninguna duda, cuya aclaración la hago para que no se oscurezca

[1] El testamento de Juan José Duarte está archivado en el protocolo del Notario que fue de esta común de Santo Domingo, hoy ciudad Trujillo, José María Pérez, que reposa en los legajos depositados en el actual Tribunal de Tierras, a cargo del director del Registro (año 1843).

la verdad y se presenten obstáculos después de mi fallecimiento, alegando por medio de que encontrándose la patente en cabeza de ellos les corresponde igualmente la tienda, lo que estoy muy libre de creer puedan valerse de ese resorte, pues su hombría de bien y comportamiento son muy notables y arreglados.

Y cumplidas y pagadas que sean mis disposiciones en todas sus partes, del remanente de dichos mis bienes, derechos y acciones que de presente tengo o en algún modo puedan tocarse, instituyo y nombro por mis únicos y universales herederos a mis legítimos hijos, Vicente Celestino, Filomena, Rosa, María Francisca, Manuel y Juan Pablo Duarte, para que todo lo que se reconozca por de mi propiedad lo hayan, gocen y hereden por iguales partes en absoluta propiedad, en la bendición de Dios y la mía.

Así fue dictado tal como se contiene por el testador a presencia de los ciudadanos Manuel Guerrero, Ramón Echavarría, Julián Alfau y Eusebio Puello, testigos instrumentales requeridos al efecto, mayores de edad, de este domicilio, no parientes ni allegados del testador ni de los herederos instituidos, y en el goce de los derechos civiles y políticos, ante quienes se dio y repitió lectura al testador del presente y encontrándole conforme dijo: que así quería se cumpliese y ejecutado después de su muerte, dando por nulas de ningún valor ni efecto cuantas disposiciones de testar anteriores a esta haya hecho por escrito, de palabra o en otra forma, pues sólo quiere valga el presente en la mejor forma que en derecho haya lugar, en prueba de lo cual firmo junto con los mencionados testigos y conmigo el notario de cuyo puño y letra es escrito el presente testamento: de todo lo que doy fe.

fdo.)	Juan José Duarte,	Manuel Guerrero hijo.
	Rúbrica	Rúbrica
	Julián Alfau	R. Echavarría
	Rúbrica	Rúbrica
	Eusebio Puello	José Ma. Pérez hijo
	Rúbrica	Rúbrica

Asienta Rosa Duarte, dice Coiscou, que nació su padre en la Ciudad de Sevilla (v. *Apuntes...*, por Rosa Duarte, publicado en *La Cuna de América*, 2º número del mes de agosto de 1923). De acuerdo con la partida de bautismo de Juan Pablo Duarte, vio la luz por vez primera en «Verges en los Reynos de España», el presente

testamento –descubierto por nosotros en el Archivo del Ayuntamiento de Santo Domingo– expresa: «Mi nombre es Juan José Duarte, natural de Vergara en el arzobispado de Sevilla, Reynos de España». Por último, José G. García le atribuye por patria a Cataluña cuando le llama «comerciante catalán» (v. *Memorias para la Historia de Quisqueya* (sic) o sea de la antigua parte española de la isla hasta la constitución de la República Dominicana, página 48, en nota). Apuntamos sin embargo, la siguiente hipótesis: ¿Sería catalán, como lo expresa la partida de Bautismo de Juan Pablo Duarte y lo confirma José G. García, el padre de nuestro héroe? Decimos que así lo expresa la partida de bautismo porque Verger pertenece a Cataluña (v. *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar* por Pascual Mádiz, Madrid, 1849; *Diccionario enciclopédico de Historia, Biografía, Mitología y Geografía*, por Luis Grêgoire, traducido y adicionado en la parte de España y América por una sociedad de escritores, Paria, 1874; *Grand Dictionaire Universel du XIX e siècle français, historique, geographique, biographique, mithologique, bibliographique, litteraire, artistique, scientiphique*, etc., por Pierre Larousse, París (sin fecha), etc. *Documentos Antiguos* por M. Coiscou, *La Opinión*).

Se sabe con firmeza que Filomena nació en Santo Domingo, el 5 de julio del 1818, y murió corriendo el mes de diciembre del 1865; y Rosa Protomártir, nacida en esta misma ciudad con fecha 25 de julio del 1819, falleció en Caracas el 25 de octubre del 1888.

«En la muy noble y leal ciudad de Santo Domingo a diez y seis de julio de mil ochocientos diez y ocho a.s. Yo el infrascrito cura rector de esta Parroquia de Sta. Bárbara, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma a Filomena, nacida el día cinco del presente mes, hija legítima de Dn. Juan Duarte, y de Da. Manuela Diez, nuestros parroquianos; fueron sus padrinos Dn. Manuel Ferrer y Da. Vicenta Cuevas, advertiles el parentesco espiritual, y obligación de instruirles en los Misterios de nuestra santa fe católica, siendo testigos Pablo y José Ma. de Frías, fha. ut supra. (fdo) Dr. José Ruiz (rúbrica). (Archivo Gral. de la Arquidiócesis de Santo Domingo. Parroquia de Santa Bárbara-Bautismos-Libro IV-Fols. 136 recto-136 verso-Est. B-Caj. 20-Leg. 4).

No se tienen seguridades acerca del natalicio de María Francisca Duarte, y Manuel Amaralos María Duarte aparece como viniendo al mundo en Santo Domingo, el 8 de agosto del 1826, para rendirse a las parcas del propio día 8 de agosto pero del 1890, en la misma ciudad de Caracas, dos años después que su hermana Rosa.

En la muy noble y muy leal ciudad de Santo Domingo, julio ocho de mil ochocientos veinte años. Yo el infrascripto cura teniente de esta Santa Iglesia Catedral bauticé solemnemente puse Santo Oleo y Crisma a Rosa Protomártir la que nació el veinte y ocho de junio próximo pasado; hija legítima de Dn. Juan José Duarte y de Da. Manuela Diez naturales y ntros. parroquianos; fueron sus padrinos Dn. Manuel Ferrer y su esposa Da. Vicenta de Cuevas a quienes advertí sus obligaciones y espiritual parentesco. tgos. Dn. Ramón López y Dn. Andrés Rosón. De que doy fe.– Agustín Tabárez (rúbrica).– Archivo Gral. de la Arquidiócesis de Santo Domingo.– Parroquia Catedral.– Bautismos-Libro xxx-Est. B.– Caj. 6-Leg. 3-Fol. sin numerar-p. 119.

En la ciudad de Santo Domingo en diez y seis días de diciembre de mil ochocientos once a.s. Yo el cura rector de la Parroquia (de) Sta. Bárbara. Bapticé solemnemente a Manuel de cinco días de nacido. Hijo legítimo de Juan Duarte, y Manuela Diez, mis parroquianos; fue su padrino Dn. Luis Méndez a quien advertí su obligación y parentesco, tests. Pablo Apolinario, y Joaquín de Osuna fha. ut supra.– L. José Ruiz (rúbrica).– Arch. Gral. de la Arquidiócesis de Santo Domingo-Parr. de Sta. Bárbara-Bautismos-Libro II-Est. B-Caj. 14-Leg. 2-Fol. ilehible, p. 353.

Añádese todavía por parte de Crispín Ayala Duarte, otra hermana llamada doña Sandalia, «que siendo de poquísimos años, fue robada por unos filibusteros norteamericanos y murió a poco de reaparecer víctima de extraña e incurable tristeza».

Respecto de ésta externa sus dudas Máximo Coiscou, en el estado actual de las investigaciones, pues le resulta inexplicable «su existencia», «a menos que naciera después del 30 de agosto del 1845.[2]

[2] Reseña publicada en el *Listín Diario* con fecha 27 de febrero del 1932 acerca de la conferencia «La Genealogía de Juan Pablo Duarte», dictada

Como dato curioso agregaré que, en la *Historia de Haití* de Madiou, donde, como fuente de nuestra Historia habré de recurrir con frecuencia para esclarecer importantes hechos, figura –en los acontecimientos de la Independencia– un tal Enrique Duarte, como ayudante del capitán Eusebio Puello.[3]

Pero aún hay que considerar una nueva partida de bautismo que fue encontrada en la iglesia parroquial de Santa Bárbara, en la cual se nombra otra hermana del prócer que contemplo que se llamaba María Josefa, de seis días de nacida en el momento en que se hace la declaración correspondiente ante el doctor Tomás de Portes, cura interino, con fecha 25 de marzo del 1810.

Esta no aparece entre los hijos a que hace alusión Juan José Duarte en el susodicho testamento público, en el cual sólo son mencionados Vicente Celestino, Juan Pablo, Filomena, Rosa, María Francisca, y Manuel Duarte. De donde es necesario hacer dos hipótesis iguales atendibles y cabales: la partida de bautismo hallada es apócrifa, o la tal hija de don Juan José debió morir con anterioridad al acto de su testamento, hecho constar así, o acaso no haber redactado la cláusula segunda de su acto de última voluntad en la forma que lo hizo como si tratara de excluir la existencia de todo otro hijo anterior: Declaro que soy legítimamente casado con la ciudadana Diez, de cuyo consorcio hemos procreado seis hijos: Vicente Celestino, Juan Pablo, Filomena, Rosa, María Francisca y Manuel Duarte, etc. Bastaría haber escrito: de cuyo consorcio tenemos actualmente seis hijos; por cuya razón imperioso es acatar el primero de los dos términos del dilema que planteé para su solución, bien que no tenga propósito el haberse creado ex profeso dicha acta.[4]

---

por Máximo Coiscou. Están confirmados por Coiscou en su obra *Historia de Santo Domingo*). Go. Vol. II, Cap. V, Juan Pablo Duarte.

[3] Tomo 1843-46, p. 119.

[4] Partida de bautismo de María Josefa Duarte y Diez.
En la ciudad de Sto. Domingo en 25 de marzo de 1810… Yo el Infrascrito cura Rr. Ymto de la Parroql. de Sta. Bárbara, bauticé solemnemente puse óleo y chrisma a María Josefa de seis días de nacida hija legítima de Juan Duarte y Manuela Diez. Padrino Luis Méndez y Vicenta Cuevas a quienes advertí el parentesco y obligación siendo testigos Josef y Pablo Apolinario y para que conste lo firmo. Fha. ut supra. Dor. Tomás E. Portes. (rúbrica).

En lo que atañe al primogénito de la descendencia de Juan José Duarte, el mencionado Vicente Celestino, debió nacer en 1802 según Tejera, si es cierto lo que dice la declaración de nacimiento hecha por Juan Pablo Duarte el día 20 de octubre de 1836, encontrada por mí en los archivos del Estado Civil: que el día veinte y ocho de septiembre último ha nacido un niño hijo legítimo de Vicente Celestino Duarte Diez y de María Trinidad Villeta y se le puso por nombre Wenceslao Camilo María, naturales de esta ciudad, de treinta y cuatro años el padre y de treinta y seis la madre…

Aunque no se puede creer mucho en las edades que figuran en esa clase de documentos, pues en este mismo está equivocada la de Juan Pablo Duarte, me parece que en el presente caso, y hasta prueba en contrario, debemos tenerlas como buenas. El hecho de especificar la edad de los padres, en vez de indicar que eran mayores de edad, como se hacía usualmente, me parece que contribuye a darle a esos datos aspecto de certeza.

Como la partida de nacimiento de Vicente Celestino no ha sido encontrada a pesar de conservarse en el archivo de Santa Bárbara los asientos del 1802, hasta el 19 de octubre, y como don Juan José se hallaba en Mayagüez en 31 de julio de 1804, he pensado con Coiscou Henríquez, que probablemente fue de los emigrados de 1801 que fijaron su residencia en esa ciudad, y en tal caso no es aventurado suponer que allí nació Vicente Celestino.[5]

Después de presentada la comunicación en referencia a la Academia Dominicana de la Historia, por parte de Emilio Tejera Bonetti, en la cual se da como lugar probable de nacimiento de Vicente Celestino Duarte la ciudad de Mayagüez se averiguó por el propio informante Emilio Tejera, que reposa en los archivos del historiador José Gabriel García en poder de su hijo el Dr. Alcides García, un autógrafo con la firma de Vicente Celestino Duarte, escrita así: V. C. Duarte de Beger.[6]

[5] Libro de Bautismos de la Parroquia de Sta. Bárbara. Folio 144, p. 232. Arch. Gral. de la Arquid. de St. Domingo).

[6] Adviértese cómo escribe Bejer y no Vejer como debe hacerse, el propio V. Celestino puesto que sólo existe la Villa de Vejer, diócesis de Cádiz, aunque

También es de notar que éste vivió largo tiempo y fue el único de la familia patricia de los Duarte que celebró nupcias y dejó descendencia. Casó con doña María Trinidad Villeta y Ponce de León, el día 9 de junio del 1822,[7] y tuvo numerosos hijos: Vicente María, María Trinidad Ignacia, Fernando, Enrique y Wenceslao Camilo,[8] quien estuvo unido legítimamente con Francisca

---

el transcrito testamento de Juan J. Duarte, se la adjudica al Arzobispado de Sevilla. Ejerció por el año del 1860 el cargo de sub-delegado de Hacienda de la común de Los Llanos un tal V. Duarte de Beger, y como D. Vicente Celestino Duarte vivió allí, nos agrega Tejera, y aún parece que ocupó ese mismo cargo diez años más tarde (136), pensé que tal vez el firmante fuera el propio Vicente Celestino y que añadía a su apellido el nombre del lugar de donde procedía su padre, como solía hacerse antiguamente. Recordé entonces que la copia de la partida de bautismo de Juan Pablo Duarte que me había remitido don Crispín Ayala Duarte, biznieto de Vicente Celestino Duarte tiene la siguiente llamada en la palabra «Veger»: «debe ser Bejer. Informe acerca de la ascendencia paterna de Duarte. Tejera Bonetti, etc.

7 Carta de Juan Pablo Duarte, fechada en Caracas el 7 de marzo del 1866, y que forma parte de la importante colección de documentos antiguos de D. Federico Henríquez, publicado en *Bahoruco*, 1933;

…Las consideraciones que ha merecido a Ud. nuestro tío, me hacen tomarme la libertad de recomendarle igualmente a mi muy querido hermano el Sr. don Vicente Celestino Duarte que fue también con nosotros a prestar como debía sus servicios a nuestra Santa Causa y se halla hoy según creo en la Subdelegación de Hacienda de San José de Los Llanos.

8 Acta de matrimonio de Vicente Celestino Duarte y Diez y María Trinidad Villeta.

(Escudo de la República Dominicana).

Alcaldía de la Primera Circunscripción de la Común de Santo Dgo., R.D., departamento de la Oficialía del Estado Civil.– Nos, Manuel González Lamarche, Juez Alcalde en funciones de oficial del Estado Civil, Certificamos: que en el archivo a nuestro cargo, en el libro destinado al asiento de las actas de Matrimonio, correspondiente a los años 1822 a 1823, en el folio (…) y bajo el número (…) se registra un acta de Matrimonio cuyo tenor es como sigue:

Hoy día 9 de junio de mil ochocientos veinte y dos, año 19 de la República de Haití, ante nos Martín Guzmán Galicia, oficial civil de la Común de Sto. Dgo. Departamento de la Ozama, nombrado y encargado expresamente para mantener los Registros, y asentar las partidas matrimoniales. Se an presentado, Vicente Celestino Duarte, hijo legítimo del ciudadano Juan Duarte, y la ciudadana Manuela Diez, de esta ciudad, y la ciudadana María Trinidad Villeta, hija legítima de los ciudadanos Agustín Villeta y difunto, y

Rodríguez de Cosgayas y Sanz. Esta dejó como heredera a Matilde, casada a su vez con José Ayala, cuyo matrimonio en el año 1928, y proveedor de las noticias más verídicas de tal genealogía.

Estos datos los hemos tomado en gran parte de Crispín Ayala Duarte, descendiente de nuestro prócer, quien presumo y tengo como persona bien enterada de la genealogía de su familia («Carta de C. A. Duarte a Emilio Tejera», ut supra).

María Ponce de León también vecino de esta ciudad, y con el permiso, de otros dos (palabra ilegible), y acompañados de cuatro testigos que lo fueron Tomás Rodríguez, José de la Cruz García, Miguel de Labastida, y José Troncoso, todos vecinos de esta ciudad, y después que a presencia de otros testigos y esposos se hizo lectura del contrato de comprometimiento, y de el permiso de sus padres cuyo acto, y permiso se fixo al público para el término de la ley, y de que no resuelto impedimento, ni enbara alguno, y finalmente, después que Vicente Celestino ha declarado en presencia de los testigos y demás presentes a María Trinidad Villeta pr. su legíitima esposa, y que ésta a presencia de los mismos ha declarado a Vicente Celestino Duarte, pr. su legítimo esposo, nos oficial público en virtud de las facultades que me son conferidas pr. la ley a presencia de los dos testigos os declaro unidos en matrimonio, de cuyo acto formamos este acto, firmándolo con los esposos, y testigos en Sto. Domingo, en el mes, y año ya citados, fdos. Pedro Rodríguez, Vicente Celestino Duarte, María Trinidad Villeta, José de la Cruz García, Martín Guzmán Galicia.

Es copia fiel y conforme a su original la que a pedimento de parte interesada expido en la ciudad de Santo Domingo, hoy día treinta de agosto de mil novecientos veinticuatro. El juez alcalde. (fdo.) Ml. González Lamarche.

Hay un sello que dice: Alcaldía de la 1ª Circunscripción Común de Santo Domingo.

Original en la actualidad en la Oficialía del Estado Civil de la Primera Circunscripción de Santo Domingo.[9]

[9] Acta levantada por Martín Guzmán Galicia, Oficial Civil de la Común de Santo Domingo, encontrada y publicada por Coiscou Henríquez en 1924. (*La Opinión*, ed. cit. (Documentos Antiguos), p. 4.[*]

[*] Libros de Nacimientos, folio 164, partida No. 77 de veinte de octubre del 1836: «Juan Pablo Duarte Diez, edad de veinte y un año,[**] natural; de esta ciudad con su domicilio en esta, de profesión «quinquillero» declaro que el día veinte y ocho de septiembre último ha nacido un niño hijo legítimo de Vicente Celestino Duarte Diez y de María Trinidad Villeta, y se le puso por nombre Wenceslao Camilo María, naturales de esta ciudad, de treinta y cuatro años el padre, de treinta y seis la madre.[***]

[**] Tenía cumplidos 23 años.

[***] Reproducido en *Clío*, p. 44, Fasc. II, marzo y abril del 1935.

Anexo 19

Actas que en presencia o en que figura el joven Juan Pablo Duarte, empleado de comercio, desde el año 1833 al 1842

a) Libro 1o. de Matrimonios, folio 143, acto del 15 de noviembre del 1833:

Juan Pablo Duarte, empleado de comercio, firma como testigo en la partida de matrimonio de José Ma. Caro e Isabel de Jesús, en unión de José Ma. Serra, mercader en detalle, Wenceslao de la Concha, sargento mayor de la Gendarmería de esta Plaza y Miguel Mendoza, empleado de comercio;

b) Libro de matrimonios, folio 168, acto del 18 de marzo del 1835, matrimonio de Félix M. Ruiz y Francisca Galván.

c) Libros de Matrimonios, folio 172, acto 21 de agosto del 1835:

Juan Pablo Duarte empleado de comercio, firma como testigo, en unión de José de la Cruz García, Wenceslao de la Concha y José Mateo Perdomo, la partida de matrimonio de Fernando Joaquín Gómez, mayor de edad, y María Guadalupe Alfau, de catorce años.

d) Libro No. 1 de Matrimonios, folio 178, acto de 30 de enero del 1836:

Juan Pablo Duarte,[1] firma la partida de matrimonio de Juan Nepomuceno Tejera y Ana María Penson, en unión del Lic. Manuel María Valverde, profesor de Medicina, mayor de 38 años, José Troncoso, notario público, mayor de 66 años, José Lamarche,

[1] Duarte tenía entonces 22 años.

Teniente del Regimiento 32 de esta plaza, mayor de 30 años, Antonio Velta, J. Delmonte y Gabriel José Luna;

e) Libro 1o. de Matrimonios, folio 198, acto del 30 de agosto del 1836:

Matrimonio ya transcrito de Ramón Mella con Josefa Brea;

f) Libro de Matrimonios, folio No. 202, acto del 25 de enero del 1837:

Juan Pablo Duarte Diez firma la partida del matrimonio de Manuel María Guerrero con Aurelia Lezo.

g) Libro 1o. de Nacimientos, folio No. 1, partida No. 4 del 1o. de abril del 1835:

«Juan Pablo Duarte de veinte y cuatro años de edad,[2] natural de esta ciudad, con su domicilio y morada en esta misma ciudad, ocupado en el comercio, declaró al niño Ramón Antonio, nacido en la noche del 17 de enero del mismo año, hijo legítimo de José Diez, de 37 años de edad y de Tomasa Guerrero, de 20 años de edad;

h) Libro de Nacimientos, folio 54, partida No. 108, del 24 de octubre del 1835:

Juan Pablo Duarte, edad de veinte y cinco años,[3] natural de esta ciudad, con su domicilio en esta misma ciudad, de profesión habitante declaró que el 13 de ese mes nació el niño Eduardo, hijo natural de María Petronila Aguilera».

I= Libro 1o. de Nacimientos, folio No. 164, partida No. 177 del 20 de octubre del 1836:

Juan Pablo Duarte Diez, edad veinte y un año,[4] natural de esta ciudad, con su domicilio en éste, de profesión quinquillero declaró que el día veinte y ocho de septiembre último ha nacido un niño hijo legítimo de Vicente y se le puso por nombre Wenceslao Camilo María, naturales de esta ciudad de treinta y cuatro años el padre y de treinta y seis la madre».

[2] Duarte no había cumplido 23 años.

[3] Tenía cumplidos 23.

[4] El futuro apóstol fue padrino de Juan Pablo, hijo del trinitario Pedro Alejandrino Pina.

Anexo 20

Viaje e Instrucción del apóstol Duarte

De esta instrucción y viaje del Apóstol habla el Lic. Leonidas García en su estimable trabajo biográfico intitulado *Gráfica descripción de la vida del Ilustre Juan Pablo Duarte, Fundador de la República Dominicana*, el cual se publicó en la edición del 16 de julio del 1930 del *Listín Diario*, y adonde nos revela que fue en tal viaje en que parece que concibió Duarte el pensamiento de independizar a su país.

La educación que recibió este gran patriota fue esmerada, dice García, y para completar la instrucción que pudo adquirir en nuestras rudimentarias escuelas de la época hizo un viaje al extranjero, visitando los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, España. Permaneció algún tiempo en Barcelona y se dice que allí fue donde planeó el glorioso pensamiento de libertar a su patria; resolución que había hecho nacer el violento insulto que profirió contra los dominicanos el capitán del buque español en que viajaba; motejándoles de cobardes y de insectos por no sacudir el degradante yugo de los haitianos.

A su regreso dijo a D. Manuel María Valverde, que le preguntó, qué era lo que más le había llamado la atención y agradado en su viaje; y contestó los fueros y libertad de Barcelona, fueros y libertades que espero tendremos nosotros. A su retorno del viejo Continente, la idea libertadora que germinaba en el cerebro de Duarte le hace dedicarse de modo absoluto a su faena de orfebre de la patria.

De vuelta a Santo Domingo, su país natal, dice en sus *Reflexiones históricas sobre Santo Domingo*, el escritor Del Monte, nuestro

joven sentía bullir en su mente las ideas políticas y sociales que analizaba en el silencio de su gabinete. Investigaba las causas que pudieran influir en que la Sud de Occidente se convirtiera en guarida de cueros, y haciendo responsable a la España por la política viciosa empleada en la conquista, halló en primer lugar la ignorancia y la abyección de sus hermanos. Deseando vivir profunda e intensamente la libertad de su patria; deseó con ansia la ilustración de la juventud; dedicóse a formar la mente y el corazón de sus amigos.

Da su asentimiento a esto que acabamos de afirmar el doctor Federico Henríquez y Carvajal en sus «Anotaciones al Margen» de «Fuentes Históricas» publicadas en *Clío* de marzo y abril del 1935, página 45 que dice así: «Dos hechos principales se demuestran con el concurso irreprochable, de las trece actas a que se contraen las anotaciones al margen.

Demostrémoslo.

El uno se refiere al año en que Duarte hubo de regresar de Europa, terminados sus estudios, en recobro del solar nativo. Debió volver en el curso del 1833; pues en noviembre firmaba, como testigo, un acta de matrimonio. El otro se refiere a la extensión y la calidad de sus relaciones sociales. Tenía, entonces veinte años cumplidos a fines de enero, y ya era todo un hombre; ya era un elemento social de prestigio. Basta recorrer esas partidas de matrimonio y de nacimiento para comprobarlo. Este dato es elocuente. Cada uno de los recurrentes a esos actos sólo aparece en uno de ellos. José Troncoso y W. de la Concha dos solamente, aparecen como testigos en dos partidas de matrimonio. Sólo Duarte actúa en diez de ellas, como testigo o como padrino. Desde 1833 a 1838 –un lustro– se le ve alternar con las personas de viso, con los individuos de mayor edad, en los círculos sociales de la urbe. Nunca fue una promesa, era un valor moral efectivo, y joven aún, entró al estadio de la vida activa, como un hombre y un guía. Esa credencial le bastó para ser el inductor, el apóstol y el maestro desde 1838 a 1844, otro lustro, no sólo ya en el centro de la urbe y en los suburbios, sino en todos los sectores del territorio colocado por él dentro de la red de los trinitarios.

Notas:

* Véanse las partidas reproducidas (*Clío*, pp. 43-44, fasc. II, ed. marzo y abril del 1935.

** En las actas del Registro Civil anteriormente copiadas, en que figura como testigo Duarte, se consigna su profesión de Comerciante (libro 3o. de Nacimientos, folio 32, partida no. 135 del 9 de mayo del 1842) ocupado en el comercio (libro 1o. de nacimientos, folio (…) partida No. 4 del 1o. de abril del 1835, quinquillero (libro 2o. de Nacimiento, folio 160, partida No. 113 del 14 de julio del 1841), empleado de comercio (libro de Matrimonios, folio 172, acto de 21 de agosto del 1835, etc.

Anexo 21

Cantos de Juan Pablo Duarte

Copiaré aquí uno de los cantos que dan la medida del numen de Duarte, ingenuo con algún sentimiento y poseedor de algunas letras humanas:

Triste es la noche, muy triste,
Para el pobre marinero,
A quien en el Ponto fiero,
Acosa la tempestad.
Triste es la noche, muy triste,
Para el infeliz viajero,
Que en el ignoto sendero,
Descarrió la oscuridad.
Triste es la noche, muy triste,
Para el mísero mendigo.
Que sin pan, tal vez ni abrigo,
Maldice a la sociedad.
Triste es la noche, muy triste,
Para el bueno y leal patricio,
A quien aguarda el suplicio,
Que le alzó la iniquidad,
Pero el pobre marinero,
Espera serenidad,
Y el extraviado viajero,
Aguarda la claridad,
Y de Dios, al pordiosero

Socorre la caridad,
Y del mártir, justiciero,
El cielo tendrá piedad.
Mientras que del expatriado,
No cambia la suerte ruda,
Y aún la misma muerte cruda,
Parece que le ha olvidado.
El corazón en dolor
Ve venir la noche yerta,
La adusta frente cubierta
De insomnio, angustia y rigor,
Vela venir misteriosa,
Cual su destino, y sombría,
Tan ajena de alegría,
Cuanto mustia y silenciosa,
Ve cómo asoma al dintel
De su albergue miserable,
Desterrando inexorable
La escaza luz que había en él;
Ve cómo extiende su manto
De tinieblas, al entrar,
Y con ella aumentar,
Del alma el hondo quebranto;
Ve de su sombra al horror,
Cuanto le fue bien querido,
Y aún lo que fue aborrecido
Para tormento mayor,
Que viene en pos de su huella,
Todo cuanto fue y no existe,
Y con su sombra se viste
De color más triste que ella.
Y en horrible incertidumbre,
Pasa la noche callada,
Y llegará la alborada,
A aumentar su pesadumbre,
Y en fin, tras la noche umbría,
Para todos verá el sol.

Y en su negra suerte impía
Ni siquiera un arrebol.[1]

La lira del prócer vuelve a vibrar para escribir un himno probablemente a Capotillo, que transcribo a continuación: CORO.

Los blancos, morenos,
cobrizos, cruzados,
marchando serenos,
unidos y osados,
la patria salvemos,
de viles tiranos,
y al mundo mostremos,
que somos hermanos.
Los que queden, patricios humanos,
nuestros restos sabrán inhumar,
y los restos de tantos hermanos
como buenos harán respetar.
Los blancos, etc.
Los que queden dirán a sus hijos,
Aquí, hijos supieron morir,
por nosotros, y en cantos prolijos
nuestros nombres se oirán.
Los blancos, etc.
Por la cruz, por la patria y su gloria
denodados al campo marchemos,
si nos niega el laurel la victoria,
del martirio la palma alcancemos.
Los blancos, etc.
Y mientras fulge en la elevada cumbre
el sol de julio inmaculado y bello,

[1] Esta poesía del hondo dolor del proscrito de Duarte, que dará clave al historiador de su gran decepción y quizá hasta la razón de su dilatada ausencia de la Patria, fue copiada en Caracas, en 1865, por el entonces Pbro. Fernando Arturo de Meriño, y reproducida en la *Revista Científica, Literaria*, etc., ed. junio 25 del 1884.

y torna a arder la inextinguible lumbre
del de febrero, su primer destello.
Los blancos, etc.
A la patria vendiendo al león fiero
Iscariote pensó encadenar,
más el dios que protege al guerrero
las cadenas le place quebrar,
Los blancos, etc.
Los que queden sabrán diligentes,
nuestros hechos gloriosos narrar,
y las glorias de tantos valientes,
nuevos hechos podrán impulsar.
Los blancos, morenos,
cobrizos, cruzados,
marchando serenos,
unidos y osados,
la Patria salvemos
de viles tiranos,
y al mundo mostremos,
que somos hermanos.
Del inicuo en el alma no cabe,
por la Patria el aliento rendir,
pero el hombre virtuoso bien sabe,
que por ella es honroso morir.
Los blancos, etc.[2]

[2] Los originales de estas estrofas, de la mano y pluma del Padre de la Patria, se custodian en el archivo del historiador García.

Anexo 22

Proyecto de Ley Fundamental de Duarte hallado en copia pues el original parece haberse extraviado en manos de don Federico Henríquez, según testimonio del jefe de los académicos en nota el pie (1a.)

DIOS, PATRIA Y LIBERTAD

Nos, los infrascritos, nombrados por los Pueblos, representantes legítimos de la República Dominicana, reunidos en augusta Asamblea Legislativa, en el nombre de Dios, Supremo Autor, Arbitro y Regulador de las Naciones, y en uso de las facultades que para ello se nos han conferido, visto el Proyecto de Ley fundamental sometido a nuestra consideración por… hemos adoptado y decretamos la siguiente Constitución del Estado. Capítulo 1o. De la Ley.

Art. 1. Ley es la regla a la cual deben acomodar sus actos, así los gobernados como los gobernantes.

Art. 2. Para que esta regla merezca el nombre de Ley Dominicana y deba, por tanto, ser aceptada y obedecida como tal, es necesario que, en la forma que esta Constitución prescriba, sea, 1o. propuesta por autoridad a quien ella acuerde este derecho; 2o. discutida, adoptada y decretada por el Congreso Nacional (de que se hablará más adelante) como se explicará en su lugar; y 3o. sancionada y promulgada por el Poder Ejecutivo, según y cómo se establece en esta misma ley fundamental.

Art. 3. Los tratados internacionales, para que deban ser tenidos por Ley internacional, deben además, y antes de su sanción y promulgación por el P. E., ser ratificados por el Gran Consejo Nacional de que se hablará después.

Art. 4. Las ordenanzas municipales, para que tengan fuerza de ley, en sus respectivos grandes Municipios, deben ser aprobados por el Congreso Nacional, cual se dirá en la 2a. parte de esta Constitución cuando se trate del fuero municipal.

Art. 5. Los acuerdos, Reglamentos, etc., de las autoridades, tanto nacionales como municipales o locales, tendrán fuerza de Ley, siempre que el dictarles esté en el círculo de sus atribuciones y no extralimiten sus facultades.

Art. 6. Siendo la Independencia Nacional la fuente y garantía de las libertades patrias, la Ley Suprema del Pueblo Dominicano, es y será siempre su existencia política como Nación libre e independiente de toda Dominación, protectorado, intervención e influencia extranjera, cual la concibieron los Fundadores de nuestra asociación política al decir (el 16 de julio de 1838).

DIOS, PATRIA Y LIBERTAD, REPÚBLICA DOMINICANA (2), y fue proclamado el 27 de febrero de 1844, siendo desde luego así entendido por todos los Pueblos duros pronunciamientos confirmamos y ratificamos hoy; declarando, además, que todo gobernante o gobernado que la contraríe, de cualquier modo que sea, se coloca *ipso facto* y por sí mismo fuera de la ley.

Art. 7. Toda ley no declarada irrevocable es derogable, también reformable en todo o en parte de ella.

Art. 8. Para la derogación de una ley se guardarán los mismos trámites y formalidades que para su formación se hubieren observado.

Art. 9. Toda ley no derogada y clara y terminantemente se considerará vigente; sin que valga el decir que «ha caducado o caído en desuso», ley que no haya sido derogada.

Art. 10. La ley no puede ni podrá jamás tener efecto retroactivo.

Art. 11. Ninguno podrá ser juzgado sino con arreglo a la ley vigente y anterior a su delito; ni podrá aplicársele en ningún caso otra pena que la establecida por las leyes y en forma en que ellas prescriban.

Art. 12. Lo que la ley no prohíbe, ninguna persona, sea o no sea autoridad, tiene derecho a prohibirlo. (Véase artículo 12 bis).

Art. 13. A la voz «favor a la ley» todo dominicano, sea o no sea autoridad pública está obligado a acudir al socorro del que invocó el «favor de la Ley», so pena de ser castigado por su omisión según como lo dispongan las mismas leyes.

Art. 14. Si el que invocare el favor fuera Agente Público todo transeúnte está obligado a prestarle mano fuerte so pena de ser castigado como ya se ha dicho.

Art. 15. La ley es la que da al gobernante el derecho de mandar e imponer al gobernado la obligación de obedecer, de constituyente, toda Autoridad no Constituida con arreglo a la ley es ilegítima y por tanto no tiene derecho alguno a gobernar ni se está en obligación de obedecerla.

DE LA NACIÓN DOMINICANA Y DE LOS DOMINICANOS:

Art. 16. La Nación Dominicana es la reunión de todos los Dominicanos.

Art. 17. Debiendo ser la Nación Dominicana como se ha dicho en el Art. 6o. siempre libre e independiente, no es ni podrá ser jamás, parte integrante de ninguna otra nación, ni patrimonio de familia ni persona alguna propia y mucho menos extraña.

Art. 18. La ley así como le niega a la autoridad ilegítima la soberanía inmanente que es la que regula los negocios domésticos le niega también al transeúnte, que es la que representa a la Nación en su correspondencia con los otros Estados; y por consiguiente todo tratado o pacto celebrado por esta autoridad ilegítima es malo y en ninguna manera obligatorio para la Nación, aún cuando lo que es estipulado no hubiera salido de la esfera de las facultades concebidas por las leyes a la autoridad legítima.

DE LA NACIÓN DOMINICANA:

Art. 17. La Nación Dominicana es la reunión de todos los dominicanos.

Art. 18. La Nación Dominicana es libre (art. 6) e independiente y no es ni puede ser jamás parte integrante de ninguna otra potencia, ni el patrimonio de familia o persona alguna propia ni mucho menos extraña.

Art. 19. La soberanía dicha inmanente (art. 16) y la transeúnte, reside esencialmente en la NACIÓN; es inamisible y también inajenable aún para la misma Nación, que usando de ella no acuda a sus delegados, (que son el Gobierno legítimo), sino el derecho de asociados y de la Nación misma.

Art. 20. La Nación está obligada a conservar y proteger por medio de sus delegados, y a favor de leyes sabias y justas, la libertad personal, civil, e individual, así como la propiedad y demás derechos legítimos de todos los individuos que la componen sin olvidarse para con los extraños (a quienes también se les debe justicia) de los deberes que impone la Filantropía.

DE LOS DOMINICANOS:

Art. 21. Son dominicanos los que obtienen esta cualidad o por nacimiento o por haber obtenido cédula de nacionalidad con arreglo a la ley. Los dominicanos de nacimiento son:

1º Aquellos que descendiendo por ambas líneas de padres dominicanos, hayan nacido en territorio nacional, o a bordo de buques nacionales en alta mar o surtos en puerto nacional o en el extranjero amigo, enemigo o neutral, o en territorio extranjero siempre que su ascendencia sea agente del Gobierno o se halle fuera del país con licencia de él; y los hijos de estos.

2º Los nacidos de padre o madre dominicanos en el territorio, buques, etc.

3º Los hijos de los extranjeros, etc.

Art. 22. Todos los extranjeros naturalizados.

Art. 12. bis. La ley, salvo las restricciones del derecho, debe ser conservadora y protectora de la vida, libertad, honor y propiedades del individuo.

Art. 13. Cuando por efecto de una ley de reconocida utilidad pública le redundare a un tercero daño o perjuicio, la equidad natural ordena que se le acuerde y se le acordará una indemnización que compense el daño redundado.

Art. 13 bis. Ninguno podrá ser juzgado en causas civiles y criminales por ninguna comisión sino por el Tribunal competente determinado con anterioridad por la ley.

1º Ningún poder de la tierra es ilimitado, etc., ni el de la ley tampoco.

2º Todo poder dominicano está y deberá estar limitado por la ley, y ésta por la justicia, la cual consiste en dar a cada uno lo que en derecho le pertenezca.

3º Toda ley supone una autoridad de donde emana y la causa eficiente y radical de ésta es, por derecho inherente, esencial e imprescindible de soberanía; el Pueblo, en virtud de cuyos poderes sus delegados reunidos en Congreso o Asamblea legislativa establecen la regla que viene a llamarse ley.

Art. (…) Una vez promulgada la ley en los lugares respectivos, se supone sabida de todos y es, por tanto, obligatoria para todos.

Art. (…) Esto prohíbe recompensar al delator y al traidor por más que agrade la traición y aún cuando haya justos motivos para agradecer la delación.[1]

DEL TERRITORIO NACIONAL:

Art. 23. El territorio dominicano, cualesquiera que sean sus límites, se dividirá para su Administración: en cuanto a lo civil, en Grandes Municipios, y estos en cantones y en partidos.

En cuanto a lo judicial: en Juzgados cantonales y estos en juzgados de partidos.

En cuanto a lo eclesiástico: la Arquidiócesis se dividirá en tantas vicarías cuantos sean los G. M. y éstas en tantas feligresías o parroquias cuanto se tenga por conveniente.

En cuanto a lo militar: en distritos o en Comandancias Generales y éstas en Comandancias de Plazas, y éstas en Secciones.

En cuanto a la Marina: se dividirá en Departamentos o Comandancias Generales de Marina, éstas en comandancias particulares y éstas en Capitanías de Puerto.

En cuanto a lo económico o Hacienda: en Administraciones principales; éstas en Delegaciones de Hacienda y éstas en subdelegaciones.

[1] Notas explicativas de *Clío* (escritas por Federico Henríquez y Carvajal, director de dicha revista, órgano de la Academia Dominicana de la Historia.

En cuanto a sus poblados: en ciudades, villas y aldeas, o pueblos, o lugares.

Art. 24. Leyes especiales fijarán los límites de estas divisiones y subdivisiones y determinarán lo concerniente a su organización y Gobierno.

DE LA RELIGIÓN:

La religión predominante en el Estado es y deberá ser siempre la Católica, Apostólica, sin perjuicio de la Libertad de conciencia y tolerancia de cultos de sociedades no contrarias a la moral pública y caridad evangélica.

DEL GOBIERNO:

Art. (…) Puesto que el Gobierno se establece para bien general de la asociación y de los asociados, el de la Nación Dominicana es y deberá ser siempre y antes de todo, propio y jamás ni nunca de imposición extraña, bien sea esta directa, indirecta, próxima o remotamente; deberá siempre ser popular en cuanto a su origen, electivo en cuanto al modo de organizársele, representativo en cuanto al sistema, republicano en cuanto a su esencia, y responsable en cuanto a sus acatos. Una ley especial determinará su forma (véase segunda parte).

Art. (…) Para la mejor y más pronta expedición de los negocios públicos se distribuye el Gobierno en Poder Municipal, Poder Legislativo, Poder Judicial, y Poder Ejecutivo.

2º Estos poderes llámanse constitucionales porque son y habrán siempre de ser constituidos, so pena de ilegitimidad, con arreglo a la constitución.

(1ª) El original de este proyecto estaba escrito de puño y letra del alto prócer en papel azul pálido como era uso corriente entonces, en la correspondencia de las casas mercantiles. Las cuartillas formaban un cuaderno. Figuraba entre los documentos del archivo de Duarte, remitido por sus hermanas Rosa y Francisca, en 1884, al maestro y ahora presidente de la Academia de la Historia, como un valioso obsequio.

Don Fed., en espera de obtener la segunda parte a que se refiere la primera, no lo insertó, con otros documentos del mismo

archivo que solía publicar en su revista *Letras y Ciencias*. La primera inserción se hizo a principios del año 1899, cuando culminó en el país la adhesión al proyecto del monumento a Duarte. *Letras y Ciencias* lo publicó en su edición No. 164, correspondiente al 3 de marzo, y *La Opinión Nacional*, órgano de la juventud intelectual capitalina, lo reprodujo en su No. 31 el 5 de abril de aquel año.

El maestro lo tenía a la vista, ocho años después, para utilizarlo en un estudio de su contenido; y de su mesa de trabajo le fue sustraído con otros papeles y dos libros, por las manos pecaminosas de un desalmado. Inútil fue la búsqueda. Tal vez se le sustrajo para destruirlo.

(2) Esta es la fecha cierta de la fundación de La Trinitaria. Don Federico en dos ocasiones nos había manifestado que, en uno de los documentos del archivo en referencia había el testimonio irrecusable de que la reunión de los trinitarios fundadores había sido el 16 de julio de 1838; pero revisándolos, no le halló en ninguno de ellos. Había olvidado que así constaba en el proyecto de la constitución articulado por el patriota insigne. El estudio del nuevo académico ha llenado ese vacío. Duarte lo reafirmaba así en el primer trimestre del grito de independencia y antes de cumplido el sexto año de la génesis de la Patria.[2]

[2] Publicado el *Proyecto de Constitución de Duarte* y las *Notas Explicativas* anteriores en la edición de septiembre y octubre del 1935 de *Clío*, pp.138-140.

Anexo 23

Acto de donación de una casa hecha por don Juan José Duarte a su hijo don Juan Pablo Duarte

«Acta fechada en Santo Domingo, 6 de julio del 1843; año cuarenta de la Independencia y primero de la Regeneración. Ante José María Pérez hijo, Notario Público de Santo Domingo COMPARECIÓ Juan Duarte, propietario, etc., y dijo: que él posee en pleno dominio y propiedad una casa baja, fabricada de paredes y cubierta de vigas y ladrillos, etc., situada en la calle del Truco, que es la que corre de la capilla de Dávila a la de Nuestra Señora de Altagracia, isleta No. 20 comprendida en el primer cuartel, etc., la cual hubo y compró de los señores D. Andrés Burgos, Antonio Marfus, etc., etc., y cuya escritura fue pasada ante el difunto escribano Martín de Mueses, en 25 de febrero del 1814, etc., etc.

Que en señal del mucho amor y cariño con que ha mirado siempre a su legítimo hijo ciudadano Juan Pablo Duarte, habitante en esta ciudad y de su domicilio, etc., etc.: le hace gracia y donación, buena, pura, perfecta, e irrevocable que el derecho llama intervivos y partes presentes, al citado Juan Pablo Duarte, para él, sus herederos y sucesores a quien su derecho hubiere y así representare, etc., etc., la indicada casa baja, su situación y linderos…, etc., etc.[1]

[1] Acto de procuración de don Vicente Celestino Duarte a don Felipe Alfau. «República Dominicana, 10 de septiembre del 1844, año primero de la Patria, siendo las 4 de la tarde, ante José María Pérez hijo, Notario Público de Santo Domingo, me transporté a la casa de arresto de esta ciudad en la

La precitada casa pertenece a los comparecientes por herencia a la primera de su legítimo esposo, y a los demás por herencia de su padre común el señor Juan Duarte, según consta del testamento que otorgó ante el notario José María Pérez hijo, y a éste le vino por compra que de ella hizo al ciudadano Juan Santín según y como consta de la escritura que le otorgó ante los notarios Troncoso y Solano, en veinte seis de agosto, de mil ochocientos veinte nueve, que en copia debidamente autorizada se ha tenido a la vista y rubricada por mí el notario la he entregado al comprador quien da recibo. Y para la ejecución y cumplimiento de las presentes las partes eligen por domicilio esta ciudad y casas de sus moradas respectivas.

---

cual hallé al ciudadano Celestino Duarte, de este domicilio, el que nos dijo: que constituía y constituyó apoderado general y especial al ciudadano Felipe Alfau, general de Brigada de los Ejércitos de esta República para que a su nombre y representación entienda en «todos sus negocios presentes y por venir, etc., etc.; para que administre todos y cualesquiera bienes así raíces como muebles que tiene y (parece decir: posee) en esta ciudad, etc.*

* Venta de una casa de propiedad de la familia Duarte hecha a don Juan Jiménez.

«República Dominicana»:

En la ciudad de Santo Domingo a 29 de noviembre del 1844, año primero de la Patria ante mí Benito Alejandro Pérez, Notario Público nombrado y juramentado para esta capital, y en presencia de testigos q. después se nominarán comparecieron las ciudadanas Manuela Diez, viuda Duarte, Rosa, Filomena, y Francisca Duarte, por su propia representación y el señor Felipe Alfau, general de los Ejércitos de esta República apoderado del señor Vicente Celestino Duarte según el poder que le confirió ante el Notario José María Pérez hijo, en fecha 10 de septiembre del presente año, y la dicha Rosa Duarte apoderada de su legítimo hermano el señor Juan Pablo Duarte; el señor Juan Pablo Duarte, según el que le confirió bajo firma privada en 10 de septiembre del presente año que registrado en forma se agrega a las presentes; y Manuel Duarte menor emancipado, asistido de su curador el ciudadano Juan Nepomuceno Ravelo, comandante edecán del general Manuel Jimenes todos los cuales comparecientes cada una (?) en su representación dijeron: que por la presente venden real y efectivamente desde hoy para siempre y bajo la garantía de hecho y derecho de deudas, empeño, hipoteca, y otro impedimento alguno como se constata por el certificado del anotador de hipotecas que irá anexo al presente acto. Al

Hecho y pasado en la casa de los comparecientes el día, mes y año arriba expresados a presencia de los ciudadanos Juan José Blonda, y Tomás Sánchez, testigos instrumentales requeridos al efecto y de este domicilio, que después de lectura echa y aprobada por las partes, firmaron todos a excepción del aceptante, y de la señora Manuela Diez, etc., fdos. Rosa Duarte, Francisca Duarte, Filomena Duarte, Felipe Alfau, Manuel A. Duarte, B. A. Pérez y Tomás Sánchez.[2]

ciudadano Juan Jiménez propietario domiciliario en esta ciudad que para sus respectivos herederos, sucesores o quien su causa hubiera y representare. A saber: una casa baja fabricada de paredes y cubierta de vigas y ladrillos situada en la calle que corre de la Plaza de la Verdura a la Iglesia de Santa Bárbara, con su frente al Este, lindando por el Norte con casa que fue del señor Silvestre Vásquez, y por el Sur con casa de la ciudadana Teresa Castellón, y por el fondo con el ciudadano Lorenzo Martí, con toda sus entradas, usos, costumbres, derechos, pertenencias y servidumbres, que le han correspondido de fuero y de derecho, según y como la ha poseído; el comprador presente en este acto declaró tenerla vista y examinada y no necesitar de más amplia designación y estar en posesión de la dicha casa para usar y disponer de ella como de cosa que le pertenece ya en absoluta propiedad, dominio y señorío. La presente venta así ajustada y convenida es a cargo por el comprador de pagar los derechos del presente acto y demás accesorios y demás por la suma y precio de $800.00 pesos fuertes que los vendedores declaran y confiesan haber recibido del comprador a su entera satisfacción y voluntad que le otorgan carta de pago y recibo en toda forma.

[2] Archivado en el Ayuntamiento de Santo Domingo, hasta ha poco y ahora en el actual Tribunal de Tierras, en el protocolo del extinto notario Dr. Benito Alejandro Pérez.

Anexo 24

Comentarios a biografía de Sánchez por Américo Lugo

Para su ilustre biógrafo el Dr. Américo Lugo, es Francisco Sánchez y del Rosario el dios mayor de los dominicanos en el Olimpo de la Patria, tal como lo proclama en su Biografía ya citada en esta misma obra y de que se han hecho múltiples referencias en este capítulo y en los anteriores del Libro IX del mismo Libro VIII. Después recogió su fervor por el primer héroe febrerista el sobrino de aquel, licenciado Ramón Lugo Lovatón, quien ha recogido en su biografía vastísima y muy interesante, todo lo que la historia y la leyenda han acumulado en torno de Sánchez. Obra escrita con énfasis patriótico a favor de su personaje central, plena de documentación y con adornos de la fantasía exaltada de un partidario, está escrita en lenguaje sencillo y claro, no exenta de lunares de forma, con descripciones pintorescas y bien ejecutadas, y de valiosísimos conceptos y datos de la época. Es lo más completo alrededor de su biografiado y de todos los preliminares del período incubatorio de la independencia. Comprende dos volúmenes gruesos de excepcional utilidad y de consulta para esclarecer hechos y acontecimientos importantes de nuestra historia moderna. El primero se compone de dos partes, cinco capítulos y tres índices.

El capítulo I trata de todo lo concerniente a Narciso Sánchez, Olaya del Rosario y Francisco Sánchez, o sea, este héroe, sus padres.

Con prolijidad de benedictino de la historia describe estas vidas y hace cuadros a veces de una fidelidad admirable y otras un

poco fantaseados por su fecunda imaginación de nivelador, sin embargo, es la mejor cantera para traer los hechos biográficos de Sánchez y su linaje. El capítulo II se concreta al hogar de Narciso Sánchez, en donde se mezcla la historia y la conseja. La mocedad del héroe, los juicios en torno de sus sueños, están dichos con entusiasmo y delectación, con pluma de panegirista honrado, y de analizador. El capítulo III se refiere a los llamados «filorios» trinitarios y conspiradores. Trozo de gran verismo y de excepcional utilidad histórica. Luego entrando en la segunda parte, consume el capítulo I en la vida legendaria de Francisco Sánchez, escrito con sobrado amor de biógrafo obligado a ensalzar su personaje, con descripciones bien logradas, pero en que la forma a veces decae y se deshilacha en ramajes verbales. El capítulo II es de toda exactitud histórica, de valiosísimos datos, de creación permanente y que quedará como cosa definitiva. Destaca este hecho innegable: Sánchez forjó la República Dominicana y proclamó su Independencia. Su capítulo III discurre en ese período de «luz y sombra del 44». Habla en torno del Plan Levasseur con datos copiosos pero sin toda la justeza y severidad que la diosa exige a sus fieles. El capítulo cuarto remata con el «destierro y patíbulo para los Sánchez». Hay ahí mucho de imaginado, anecdótico, entrelazado con hechos verídicos y rememoraciones logradas y datos acerca de la descendencia del héroe. Atisbos dignos de las narraciones farragosas, prosa clara y tediosa a ratos, encendido pincel que hace trazos desmesurados es todo el trazo biográfico. Y por último el capítulo V de «once años en la penumbra» en donde se recogen sucesos políticos trascendentales que están narrados con información «de primera mano», extraída de original documentación; pero también con muchos «papeles de familia» preparados para ayudar al pedestal del personaje que le dio gloria.

El volumen segundo de la biografía *Sánchez* abarca la tercera parte, en cuatro capítulos, una sección documentada y tres índices, vaciados en 552 páginas. Es de las obras más nutridas de la biografía dominicana, escrita con devoción de hombre de letras, con párrafos de mal gusto literario a ratos y con maestría

en otras; en suma, desigual en su estructura formal, de gran sustancia histórica y materia de polémica histórica. El capítulo I nos trae la amargura y esperanza del 61 con cuadro vivo y de minuciosa inquisición científica. El segundo capítulo es sobre la tragedia de San Juan: el camino de San Juan. Anécdota, historia, conseja, enredo, fantasía. Todo se confunde en estas páginas. El capítulo III es consagrado a la última jornada. Evocación de las glorias y holocaustos de Sánchez. Datos de gran exactitud para su biografía. Y el capítulo IV le denomina la tumba blanca, urna del héroe, homenajes a su memoria, exhumación de sus restos el 19 de febrero del 1944, soles del Centenario y traslado de los restos de los Padres de la Patria a la nave céntrica de la Catedral de Santo Domingo, hasta rematar con el busto a la heroína de su raza María Trinidad Sánchez, etc. Cuadros de la realidad en el marco de lo que será historia para las generaciones. Epilogando el libro su sección documental que contiene la tradición de la calle del Tapado, la tradición de la familia Sánchez, el testamento de Narciso Sánchez, notas genealógicas de su parentela, cartas, etc. Labor minuciosa de detallista historiógrafo, de biógrafo moderno, acabada, escrupulosa, de continuado trabajo. En general es toda la obra *Sánchez* de Lugo Lovatón una biografía extensa, bien hecha, cantera, repito, para la historia moderna; hecha con perseverancia a través de muchos años de búsqueda de pliegos apolillados, de análisis, meditación, en donde palpita sana y limpia la pasión de su autor por su gran personaje biografiado. De ahí se tomará y se dejará, pero se admitirá un gran esfuerzo, una voluntad de biógrafo no superada entre nosotros y una inteligencia despierta en consorcio con un colorista metido dentro de la humanidad de un historiador.

En este tratado biográfico de primer rango se describe con acierto el nacimiento del héroe y la genealogía de la familia. Grande era el alborozo de Narciso Sánchez, dice; ayudada por una comadrona y por María Trinidad Sánchez, hermana de Narciso, Olaya pudo dar a luz con toda felicidad al niño que con el tiempo inmortalizaría entre los dominicanos la unión de sus padres, santificada por el matrimonio, dos años después, en

1819, antes de nacer Tomás Sánchez, el segundo en una prole que alcanzó a ocho hijos, entre varones y hembras (*Sánchez*, vol. I, p. 16).[1]

[1] Hermanos de Francisco Sánchez fueron en el orden cronológico de sus nacimientos: Francisco (1817), Eugenio (1822), Jacinto (1827), Pablo Marcial (1829), María del Socorro (1830), Ana (1832), e Idelfonso (1834). De la unión del negro Narciso Sánchez y la blanca Olaya del Rosario vino una prole de estimable valor humano. Raza de mulatos que debía hacer ilustre el mayor Francisco con su delineado carácter de héroe y su sublime sacrificio de mártir. Tal es la historia de esta estirpe sin historia de marcados linajes.[*]

[*] Como los padres del héroe se casaron dos años después del nacimiento de aquel, o sea, en 1819, según se desprende de la nota 367; Sánchez fue legitimado, ya por eso, tenía derecho a usar desde entonces los dos apellidos, y en segundo término el de la madre. De ahí que lo denomina: Francisco Sánchez y del Rosario como él mismo se llamó antes de dicho matrimonio, simplemente Francisco del Rosario, por lo cual tuvo que conciliar este estado civil adoptado porque era ya conocido con la nueva situación jurídica que creaban en su favor sus progenitores, y resolvió tomar como segundo nombre el apellido de la madre Olaya del Rosario, y dejar como único apellido el del padre Narciso Sánchez que lo había legitimado.
Al nacer y como lo dice su acta de bautismo, dice Lugo Lovatón, llevaba Francisco el apellido de su madre, y se le puso nombre, por haber venido al mundo el nueve de marzo, día de Santa Francisca (Vol. I, pág. 30).

Anexo 25

Cartas de Geffrard y Sánchez

Gabinete particular del presidente de Haití.

Puerto Príncipe, 16 de marzo del 1861, año 58 de la Independencia.

Al general de División Sánchez.

Estaba en el campo cuando recibí la carta primera que me escribió. He encargado al general Lamotte para que le diga que con gusto le recibiré con sus acompañantes el domingo después del medio día.

En cuanto a su segunda carta ya le contestaré luego de la entrevista que vamos a celebrar.

Le saluda, general, con toda consideración.

(fdo.) Geffrard.[1]

Puerto Príncipe, marzo 20 de 1861.

A los Sres. ministros de la Policía General y de Relaciones Exteriores.

Sres. ministros:

Durante el tiempo que empleábamos en las conferencias y en varias sesiones[2] se me dijo, sin duda alguna para estimularme a concluir el arreglo bajo condiciones que no estaban en mi

[1] A continuación está la comunicación del 20 de marzo del 1861 dirigida por Sánchez a los ministros de Política y Relaciones Exteriores de Haití.

[2] Esta comunicación está guardada en el archivo del historiador García.

interés,[3] que tan pronto como este arreglo se hubiese consumado, podría contar, yo con las simpatías del Gobierno de Haití en favor de la revolución y además, con los recursos que pudiera necesitar para efectuarla.

Hace días que este arreglo quedó concluido a satisfacción de las partes,[4] y no sólo no estoy despachado, sino que parece ha surgido alguna dificultad que impide al Gobierno de Haití el cumplimiento de sus promesas.

Después de todo lo que he dicho y escrito, no solo a los señores ministros sino al presidente de Haití, nada de sustancial tendré que alegar en apoyo de mis pretenciones a no ser la observancia y cumplimiento de la palabra empeñada. Pero no estará demás presentar por vía de ampliación, a lo que ya se ha dicho, algunas reflexiones que deseo queden impresas en el ánimo de los señores ministros, para que en el caso de que no se lleve a efecto la revolución, con el concurso de Haití, la responsabilidad de los sucesos pese sobre los que hayan tenido la culpa de no saber las circunstancias en tiempo.

Sea la primera, que para Haití es un mal considerable el no poder ejercer ninguna influencia directa sobre la parte del Este, si tiene lugar la revolución por un movimiento distinto del que yo he querido ejecutar pasando por Haití y usando sus recursos.

Los señores ministros saben más que yo que ninguna nación que comprenda sus verdaderos intereses, puede ver con indiferencia que otra potencia que no sea ella ejerza mayor influencia sobre su vecina, por temor de verse contrariada en su política y aún en sus intereses materiales, y toda la lucha, y todos los conatos de una nación más fuerte que otra y más avanzada en la ciencia política se dirigen a estorbar que otra nación venga a ejercer la influencia que ella está llamada a ejercer por la naturaleza y por la conveniencia nacional.

Ahora bien, aún cuando la enajenación del territorio dominicano no tenga lugar como se anuncia, inmediatamente, no es

[3] Se desprende de este texto que Haití propuso a Sánchez para dar ayuda a la causa restauradora condiciones inaccesibles.

[4] Está en bastardilla esta frase intencionalmente.

menos cierto que el status quo, es desventajosísimo para Haití, no sólo por el peligro siempre inminente de esa enajenación de la República o de una parte de su territorio, sino en razón de otras consideraciones y circunstancias que los señores ministros alcanzarán sin necesidad de que yo se las indique.

El respeto que se debe a todo Gobierno y el que yo particularmente tengo al jefe de Haití por sus cualidades personales me impiden señalar en este escrito las desventajas que tendrá Haití, aún frente a la República Dominicana aislada desde el día en que esta República recobre el aplomo y la tranquilidad de que sin duda gozará, tan pronto como desaparezca Santana.

Yo creo que los señores ministros comprenderán que el remedio a todos los inconvenientes que llevo señalados está en el concurso pronto y eficaz que Haití preste al partido nacional aún cuando éste sucumba en su empresa, porque una vez probado el desinterés y el buen deseo de Haití para con los dominicanos y su Independencia, cualquier gobierno que logre consolidarse en la parte del Este tendrá muy en cuenta fe de Haití, ya probada, entrará en relaciones de amistad, las más convenientes y ventajosas para esta República aunque para ello tenga que chocar con la voluntad de otra nación extranjera.

Pero que, mientras Haití no dé una prueba palmaria de su buena disposición para con la República Dominicana y a favor de su Independencia, los habitantes de este Estado permanecerán bajo la influencia de los recuerdos y de la sana tradición que aterrizaron los ánimos con los nombres Toussaint Louverture, Dessalines, Riviére, Soulouque, sin que se escape de la reprobación del mayor número el mismo Boyer cuya política egoísta explotó y gobernó la parte del Este como Provincia conquistada.[5]

El advenimiento de S. E., el Gral. Geffrard a la Presidencia del Estado ha sido la concurrencia más feliz para Haití con respecto a la parte del Este. Dejando detrás el aborrecido imperio de Soulouque de funesta memoria; hallándose frente con Santana

[5] El ministro Plaisance era partidario de la política voyerista respecto de Santo Domingo.

que es el Soulouque[6] del Este, el presidente Geffrard de índole sana, de política moderada e inofensiva, tan conocido y estimado del mundo entero es el jefe de Haití que puede pretender, sin temor de equivocarme, el captarse el buen afecto y simpatías de los habitantes del Este, afecto y simpatías que no dejarán de producir sus frutos según el principio invariable de que los pueblos no olvidan, como los individuos, el bien que se les hace.

Obrando de esta manera se salvarán la reputación del Gobernador y los intereses nacionales.

Si me permito señores ministros este lenguaje tan franco es porque en mi calidad de dominicano y conociendo profundamente las ideas y tendencias de los habitantes del Este en su generalidad, no me cabe duda alguna de la exactitud de mis apreciaciones y de mis consejos en la materia que nos ocupa. Diez y ocho años ha que Haití hace uso de la política más equivocada con respecto a la parte del Este.[7] En el primer período se ve a Haití queriendo asimilar la parte del Este, en todas cosas con el occidente; este fue un error de tendencias. En el segundo período se ve a Pierrot y principalmente a Soulouque queriendo reconquistar al Este: este fue un error de aspiraciones en el poder. En el terreno que es el actual parece que se cree mucho en una vuelta o sumisión espontánea hacia la antigua dominación de Haití sobre del Este. Este es un error en las esperanzas, política funesta que hace perder tiempo precioso que podría utilizarse obrando a favor de la paz, y de la alianza que hoy valen para Haití, tanto como la antigua unión y que echaría las bases de futuros arreglos que colmarían las miras nacionales de esta República, si persiste en una política de desinterés y de moderación que allane las dificultades que en recuerdo de lo pasado ha hecho nacer con justo motivo.

[6] Terrible verdad histórica dicha por un prócer dominicano a los haitianos.

[7] Geffrard ha sido honrado por los dominicanos poniendo su nombre a una Avenida de la capital dominicana, y siempre hubo el concepto equivocado entre nosotros que nos ayudó en lo posible (dentro de sus circunstancias) pero creo que hay exageración al extremar su política pacifista y amigable para la parte del Este.

Réstame deciros, señores ministros, que yo me creo con derecho a esperar una respuesta categórica, escrita, que pueda presentar al Gran Círculo revolucionario que ha autorizado mi misión en Haití, para probar de esta manera que he sido digno de la confianza que en mí ha depositado y para que esta respuesta calme las inquietudes que en todo el partido nacional ha ocasionado la lentitud de mis negociaciones en Haití.[8]

Esta respuesta que yo exijo enérgicamente en nombre de las conveniencias diplomáticas y que espero de la acreditada urbanidad de los señores ministros, será la circunstancia que servirá de punto de partida al Gran Partido nacional para tomar una resolución definitiva en la crisis suprema que atraviesa nuestro país ya sea esperando un momento más oportuno para obrar o ya sea haciendo uso de otros medios que están a nuestro alcance para coronar la obra gloriosa de la regeneración de la Patria.[9]

Recibid señores ministros las simpatías de mi respeto, etc.

(fdo.) Sánchez.[10]

[8] El héroe reconoce «la peligrosa lentitud de sus negociaciones con Haití».

[9] Esta exigencia final que es un ultimátum de Sánchez al gabinete de Geffrard, es digna de su carácter.

[10] Mariano Antonio Cestero analizando las consecuencias de dicha comunicación de Sánchez a los ministros de Geffrard ha escrito: «En la alternativa de definir su política… el Gobierno escogió otro temperamento; se decidió por la política expectante. Quiso ver con qué cara verían la Inglaterra y la Francia el paso de España y obrar al tenor de ellas. Este fue el fruto del Consejo de Plaince y Dupuy. Era consiguiente a esta política seguir facilitando la entrada a Haití de todos los dominicanos contrarios a la anexión, y seguir halagando a Sánchez con las promesas más halagüeñas de protección, bien que estas no se hicieron jamás por escrito…».

Anexo 26

Sobre el escondite de Sánchez al ser perseguido en 1843

Se había atribuido como escondite de Sánchez en tal momento la iglesia de Regina, pero la tradición ha rectificado en el sentido de que donde se hallaba él era en casa de los hermanos Jacinto, Tomás y Wenceslao de la Concha. Da testimonio en ese sentido el Lic. Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, nieto por la línea materna de este último a quien se lo refirió su tía Piruja de la Concha. Refiérese que Sánchez no podía salir de allí porque enfrente de la susodicha casa de los Concha vivía un haitiano que era alto funcionario de la Hacienda, quien se encontraba a la sazón en la puerta y el futuro héroe le asignó el papel de espía. Esta tradición tiene absoluta verosimilitud, pues ahí fue casi siempre el asilo para ocultarse escogido por el adalid del Baluarte y no es lógico suponer que no se hallare en el lugar de cita de la Misericordia o cerca del mismo Conde quien había de ser el alma de la conspiración y a quienes ya todos acataban como el jefe.[1]

[1] Conferencia acerca de Sánchez, ya citada en *Acción Cultural*, en fecha 8 de marzo del 1932.*

* Rosa Duarte informa que… los enemigos ignoraban la llegada de Sánchez a la capital, añadiendo que el 16 de julio, estaba en casa de su señora tía, a causa de los registros mandados a hacer por Hérard. A esta casa, de su tía María Trinidad Sánchez, había llegado Francisco Sánchez, desde la morada de sus padres en la antigua calle de San Lázaro, porque fue revelada su presencia por una tos oída al través de un tabique por la visitante de una vecina, trasladóse a la vivienda de la calle De la Luna. Aquí, visitóle el Dr. Manuel Guerrero para curarle la fiebre, y permaneció en el asilo seguro de Trinidad Sánchez hasta el mes de agosto del 1843, en que habiendo sido avisado del registro de esta casa, escondióse en ella en una cisterna, oculta

La probidad del ilustradísimo académico Troncoso de la Concha le da toda fe a esta última versión.

---

y vacía. De ahí pasó a donde su hermano Tomás Sánchez quien residía en el barrio de San Miguel. Celebró reuniones con sus compinches los Concha, Puello, Serra, Manuel Dolores Galván, Joaquín Montolío, Félix María del Monte. Al terminar el mismo mes de agosto, en una tarde fue avisado Sánchez de que venían a registrar la casa que ahora le servía de escondite, y mientras los soldados de la Fortaleza procedían a buscarlo, ocultóse en un pozo de dicho bohío. Entonces se fue al domicilio de la familia Delvalle, sito en la esquina de San Andrés, adonde pasó breves días porque era lugar muy céntrico, y se fue a la casa de su compañero Del Monte, donde estaba vigilado constantemente por sus amigos para que no fuese encontrado. Pero no pudo permanecer mucho tiempo allí, donde tuvo que esconderse en un armario para salvarse en una oportunidad, en que fue registrado ese nuevo asilo, y hasta que se ocultó en la casa de Los Concha, situada entre las calles del Estudio y del Arquillo. Después corrió la noticia por los familiares y amigos del héroe que había muerto, y que fue enterrado en el patio del Carmen L. Lovatón, Félix María del Monte confirma esa vida errante de Sánchez, de casa en casa, cuando dice:

«Perseguido en esta ciudad con extraño encarnizamiento a la entrada del general haitiano Charles Hérard, el cual llegó a ofrecer recompensa pecuniarias por su captura y la de sus más comprometidos adeptos; después de ese infausto acontecimiento, repito, el esclarecido prócer Francisco del Rosario Sánchez, arrostrando peligros sin cuento, continuó los trabajos de la revolución salvadora, cuya idea estaba ya encarnada en todo el país. Atacado de una enfermedad peligrosa, él no pudo ni quiso embarcarse, y errante de casa en casa, de patio en patio salvando muros y empalizadas, sin tregua ni reposo desnudó su espada el 27 de febrero de 1844 para proclamar, sobre el baluarte del Conde, la independencia de la República Dominicana, secundada por el ilustre Ramón Mella, y gran número de patriotas comprometidos, en el cual se hallaban todos los isleños de San Carlos.

Para preparar tan glorioso acontecimiento, y hacer cesar la vigilancia y persecución de los esbirros del poder, fue preciso propalar la falsa noticia de que el insigne Sánchez había fallecido víctima de la enfermedad que aniquilaba su existencia, y que había sido enterrado en el cementerio del Carmen.

A fines del año 1843, escribe Joaquín Montolío, se hallaba oculto en casa de la familia de los señores Tomás y Jacinto de la Concha el patriota Francisco del Rosario Sánchez. Algunos amigos de aquellos y de éste, con mucha cautela, a fin de no inspirar sospechas, íbamos de tarde en tarde en cuando a ver al hombre que luego, en la noche de febrero debía representar tan importante papel.

Un día, a eso de las doce y media (a.m.), entró en la habitación que ocupaba el referido Sánchez, Tomás de la Concha, y en lenguaje en que se revelaba el alma nobilísima del que en el decurso de los días vino a ser mártir de nuestras viejas y funestas discordias civiles, habló a Sánchez de esta suerte: Amigo mío: Abraham pone a tu disposición uno de sus buques que parte para San Thomas, y además $200, a fin de que, una vez en aquella isla, puedas con esa cantidad subvenir a tus más apremiantes necesidades. Sea Tomás, pero yo no puedo ocultar cuánto me contraría tal cosa; aunque verdad es que no dejo de darme cuenta cabal de la situación de Uds. con mi presencia en esta casa, y muy esencialmente del estado de ánimo en que ha de hallarse doña Francisca… No había concluido de expresar todo su pensamiento el patriota Sánchez, cuando su interlocutor le rebatió diciéndole: no es verdad. Mi madre para nada ha intervenido en el asunto de tu embarque, esa es obra mía y de nadie más. Doña Francisca López, a semejanza de aquellas mujeres de Esparta, todo heroísmo, o como aquellas del Evangelio, todo virtud, irguióse al enterarse del juicio que le había merecido a quien era su huésped, y de sus labios se escaparon estas si sencillas admirables palabras: Desde el día que entraste en esta casa, sabíamos del peligro que mis hijos y yo corríamos. Sánchez se acercó a la egregia matrona, y rodeándola con sus brazos, profundamente emocionado exclamó: de hoy en adelante podré continuar en mi labor revolucionaria, hasta conseguir el triunfo, o morir en la demanda». (Lugo Lovatón, vol. 1, pp. 142-143).

Anexo 27

Datos de febreristas sobre la Independencia

En la encuesta que a ese respecto abrió dicho editor de periódico, Roques, en el 1889, opinaron los febreristas siguientes:

Carta de Félix Mariano Lluberes.

Sr. don José R. Roques.

Presente.

Estimado amigo:

Con relación a lo que Ud. me suplica le diga en su carta circular de fecha 10 del mes en curso, relativo al glorioso hecho del 27 de febrero de 1844, realizado en el baluarte de la histórica puerta del Conde, hoy día 27 de febrero, tengo la honra de contestarle que, invitado por Duarte el año 42 para cooperar a la independencia de la República, fui uno de los que después de la expatriación del gran patriota, contribuí en unión de (destruido por el tiempo) única dirección del Sr. Francisco del Rosario Sánchez a dar el grito de Separación.

Sánchez, que ya por su popularidad, inteligencia y actividad en los asuntos revolucionarios, tenía un concepto altamente honroso, fue quien por unánime asentimiento de todos, se puso a la cabeza de aquel movimiento.

Lo prueba el que él fuera quien nombrara a Tomás Bobadilla y a don Manuel Jimenes para que pasando a Monte Grande, jurisdicción de Pajarito, impidiera le llegaran socorros a los haitianos de aquella parte, y al valiente Mella, le comisionó para que fuera a pronunciar a San Cristóbal e hiciera reconcentrar fuerzas al lugar del pronunciamiento. Debo hacer constar para más gloria de ese hombre insigne que los colores y forma de nuestro glorioso pabellón es obra suya.

Sánchez, fue el primero entre todos en la puerta del Conde, pero cuando eso no fuera suficiente, cuando la intransigencia de las pasiones quisiera soterrar al gigante de aquella jornada; hay tanta luz y luz de gloria en el martirio de El Cercado, que sus brillantes resplandores iluminarán con perpetua lumbre, no solamente la historia nacional sino la historia americana. Dejo pues satisfechos sus deseos. Afectísimo amigo: Félix Mariano Lluberes.

Carta de José Pérez.

Santo Domingo, febrero 15 de 1889.

Presente.

Señor:

He recibido una muy att. suya del 10 del presente solicitando de mí, datos sobre quién fue el que después de la ausencia del ilustre prócer Juan Pablo Duarte, iniciador del pensamiento separatista, continuó la propaganda revolucionaria y el día 27 de febrero, de eterna recordación, se puso al frente y dirigió el movimiento que obtuvo completo y feliz éxito.

Diré a Ud. que cuando Riviére, presidente de Haití, llegó a esta ciudad persiguió de muerte a las cuatro cabezas de esa revolución que lo eran Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez, Pedro Pina y Francisco del Rosario Sánchez, pero los tres primeros mencionados se vieron obligados a embarcarse pero el último, Sánchez, se quedó oculto, y continuó la propaganda y dispuso dar su golpe el 27 de febrero en la puerta del Conde, fue él quien acaudilló el movimiento que nos dio patria en el año 1844.

Muchos le acompañaron, unos muertos pero otros vivos aún. Después que se tomó la Puerta del Conde, Sánchez manifestó la necesidad de que se desarrajase la Puerta y acudieron prontamente a hacerlo Juan A. Gatón, Ángel Perdomo, Santiago y Juan Barriento, y entonces entraron los de San Carlos. Como fui invitado para esa revolución por mi compadre y cuñado Luciano de Peña y por mi compadre Ramón Alonzo, individuos que estaban en todos los secretos de la revolución, siempre sabía por ellos de todo lo que se hacía, y así cuando se preparó la muerte de Sánchez me enteró mi compadre Luciano porque era conveniente que se dijera, para de ese modo procurar que el Gobierno no continuara tan tenaz persecución.

La noche del 27 me fueron a buscar esos mismos individuos y nos dirigimos a la plaza de la Misericordia hasta el momento que tomamos El Conde. Todo lo que se hizo antes de la toma del Conde y todo lo que se hizo después hasta la capitulación de los haitianos, fue bajo la dirección de Francisco del R. Sánchez.

De Ud. att. s.s. (fdo.) José Pérez.

Carta de V. Geneco.

Señor mío:

Me complazco altamente en servir de órgano, como uno de los propagadores de la idea separatista, para dar a Ud. informes exactos sobre lo que en su nota del 10 del que contamos se sirve Ud. preguntarme.

Después involuntaria por su parte, pues la ocasionaron las persecuciones ejercidas contra él por los haitianos, del prócer Juan Pablo Duarte, iniciador y propagador a la vez del pensamiento de la Separación, quedó el prócer Francisco Sánchez a la cabeza del movimiento revolucionario, en compañía de don José Diez, Vicente Duarte, Ramón Mella, los hermanos Puello, de quienes fui yo el iniciador, y otros más, que por no tener lugar dejo de enumerarlos. Sánchez llevó a cabo la combinación hasta dar el golpe la gloriosa noche del 27 de febrero en que se dio el grito de independencia y libertad, permaneciendo en el baluarte del Conde, fuerte de libertad, hasta la posesión de la fuerza y del Gobierno de la ciudad.

Limitándome solamente a los datos que se me piden, quedo de Ud. Su afectísimo amigo.

(fdo.) V. Geneco.

Anexo 28

Sobre el lugar de nacimiento de Sánchez y la casa del Tapado

En el barrio de Regina a que pertenecía la Calle del Tapao, dice Lugo Lovatón, las campanas de la iglesia estaban aún dormidas, no así los habitantes de la humilde casita de maderas del país que en la mencionada calle ocupaba el popular y conocido Narciso Sánchez, quien sin casarse, vivía entonces y desde buen tiempo atrás, con Olaya del Rosario, buena mujer de familia sancarleña, y quien, aquella madrugada, como un regalo antes del amanecer había traído al mundo para su compañero, el primer hijo común al que pusieron Francisco.

En los calendarios, en los almanaques, llegaba el turno al 9 de marzo de 1817, y amanecía sin contratiempos en la amurallada y vieja ciudad de Santo Domingo, mientras Narciso prometía a María Trinidad Sánchez que se casaría con Olaya y legitimaría a Francisco Sánchez (vol. 1, pp. 15-17).[1]

[1] Lugo, Américo, *Francisco del Rosario Sánchez*, edic. Patria, etc.[*]

[*] Sánchez y Sánchez, Carlos, *Biografía sintética del Gral. Francisco del Rosario Sánchez.*[**]

[**] Sánchez nació en la Calle del Tapado, o calle del Tapao, como la denominaba el vulgo hasta el 21 de marzo de 1859, cuando se le puso el nombre de San José que llevó hasta noviembre de 1897, año en que el Ayuntamiento de Santo Domingo, resolvió cambiárselo y ponerle 19 de Marzo, para conmemorar la batalla librada en Azua en 1844 entre dominicanos y haitianos (Lugo Lovatón, vol. 2, Sección Documental, apartado No. 1, Nota 1, p. 15, vol. 1). «El nombre más antiguo de la calle era el Del Medio, sin duda expresando que ella estaba exactamente en línea de N. a S. corta en dos la ciudad antigua amurallada, escribe Luis Alemar (Santo Domingo-Ciudad Trujillo)». Estaba ubicada la calle, desde los farallones, cabe el mar, hasta la Cuesta del Medio o de Luxia de Moxica en honor de una rica propietaria que así se llamó, a la cual otrosí se denominó en cierto tiempo como Calle del Correo.

El nombre de calle del Tapado que ostentaba cuando vino al mundo Francisco Sánchez obedecía a una tradición. Con efecto en esta vía de La Colonia, en la Isleta #53, se enraizaba un viejo caserón hecho de mampostería, de dos plantas, con su frente al poniente, y adonde hay un espacioso portal en que se ve un escudo de piedra, con una cruz y un rosario, y tres pergaminos enrollados. En Nota 1, p. 39, de mi novela *Un blasón colonial* he escrito: Este nombre de Tapado es célebre en La Colonia porque envuelve una tradición que ha recogido César Nicolás Penson en *Cosas Añejas*, y que nada tiene que ver con este nombre inventado en esta relación novelesca. Sin embargo el tal nombre no era entonces raro, puesto que era frecuente que los nobles y guerreros de entonces escondieran sus personas tras un antifaz por motivos que fluctuaban entre lo delictuoso y lo caballeresco, propio de esos tiempos que estaban al filo de la Edad Media y de la misma Edad Moderna. La leyenda refiere que en una casa situada en esta ciudad en la calle denominada 19 de Marzo y en la esquina de la del Padre Billini, hoy marcada con el número 23, vivió en los primeros tiempos coloniales, quizá en los mismos del virrey D. Diego, un rico personaje español, noble, misterioso, a quien nadie vio nunca su rostro en Santo Domingo, y que por las noches salía embozado en su capa y transitaba por las viejas calles de aquella pequeña urbe. Se decía que era él un visitador regio que estaba encargado de una misión importante, o que era un falsario escapado de la justicia, quien guardaba por una u otra razón incógnito. Todavía se aseguraba por otros ser un caballero de una orden religiosa que llevaba debajo de su capa una cruz bordada. Dicho personaje fue a parar a Nueva España en cuyo virreinato, ya acusado de traición, purgó su delito en el patíbulo. En México y Colombia corren otras leyendas distintas acerca de otro sujeto Tapado de la misma época.

Después de escrita esta Nota he realizado otras búsquedas y averiguaciones y he llegado a la conclusión de que pudieron ser dos personajes distintos el Tapado de México y el de Santo Domingo, pues sujetos nobles, grandes señores o villanos, los hubo a granel en el Continente y sus islas, durante la época colonial. Se sabe que existieron tres caballeros o delincuentes que con

este remolque se les llamó en México, Santo Domingo y Colombia. También en La Colonia pudieron haber varios Tapados en distintos momentos; el que la tradición trae como un señorón del siglo XVII, visitador regio, o caballero de una orden religiosa; impostor, pirata, falsario escapado de la justicia, como lo asegura la tradición dominicana; y el contrabandista impenitente, de fines del siglo XVII, y principios del siglo XVIII, que exhumó fr. Cipriano Utrera en el archivo de Indias de Sevilla, que se llamó Luis Franco de Acevedo, capitán de guardacostas en Baní, quien tomaba parte en todo comercio ilícito y era pertinaz contraventor de la ley. Porque este documento de Utrera sólo prueba que existió este sujeto Tapado y no que fuera el mismo que el embozado de la casona de la antañosa isleta #53, donde hay una prueba pétrea, permítaseme esta licencia de lenguaje figurado, en dicho lugar, en el amplio portal, donde se ve un escudo de piedra con una cruz y un rosario, y en derredor tres pergaminos enrollados, que nada tienen que ver con el contrabandista de marras, aparecido un siglo después probablemente así como otros tantos tipos delincuentes o caballeros andantes, legendarios y misteriosos, de esta larga noche medieval.

Luis E. Alemar en *Santo Domingo-Ciudad Trujillo*. Obra de recopilación de datos curiosos y a veces interesantes, reafirma que era un visitador regio, que guardando la incógnita estaba encargado de una delicada misión, y otros que era un falsario, perseguido por la Justicia, aunque de familia noble y rica.

En sus generales se dice que era un sujeto alto, de complexión vigorosa, figura arrogante y color trigueño, cabellos negros y también la barba muy poblada, ojos grandes, de mirada penetrante. El Dr. Manuel de Jesús Troncoso de la Concha, en sus *Narraciones dominicanas*, notable obra tradicionalista, trae tres versiones distintas de este personaje tan traído y llevado en antiguos territorios de Indias: una fantástica, una aceptable y una razonable. Según la primera se trataba de un hermano gemelo del rey[2] cuyo extremo parecido con el soberano había sido motivo de grandes

[2] *La máscara de hierro*, de Alejandro Dumas.

preocupaciones para éste, quien vivía bajo el temor de verse suplantado por sus enemigos con aquel ser de su propia sangre, por lo cual decidió enviarlo a esta posesión del Nuevo Mundo, bajo la guarda y custodia de fieles amigos suyos, encargados de velar porque no recobrase su libertad el infortunado príncipe, ni quedase puesta de manifiesto su identidad. Esta versión, fruto sin duda de una lucubración extravagante, apenas era repetida, ni por las personas más simples o por lo menos crédulos. La otra pretendía que el Tapado, miembro de la nobleza palatina, había dado muerte en lance de honor a otro caballero de alta alcurnia y que, para escudarlo poniéndolo al margen de las sanciones legales, había sido mandado a Santo Domingo merced a gestiones de sus valedores en la corte, a condición de que no descubriera nunca su cara en público, excusando así a las justicias del rey en la isla la ignorancia de su presencia en ésta. La última sostenía sencillamente que el Tapado era un leproso, quien se cubría de esa manera el rostro para ocultar sus máculas a los ojos de los extraños. Y agrega el Dr. Troncoso «…todas las circunstancias concurren a mostrar que el Tapado de México y el de Sto. Domingo son dos sujetos diferentes. No hay siquiera indicios de que el nuestro apareciera en la época más o menos en que llegó a México el que se hizo allá tristemente célebre. Es la misma opinión de Alemar que expresa que la leyenda tan repetida del Tapado, llegó aquí confundiéndola con una casi idéntica de México y que se refiere a don Antonio Benavides, quien tuvo complicada aventura a su llegada a México, investido con un cargo oficial. Ramón Lugo Lovatón en su biografía *Sánchez*, vol. 2, p. 339, formula la hipótesis de que «tal vez el Tapado, impostor o no, que tan trágicamente concluyera sus días, llegó a Santo Domingo antes de dirigirse a México, como con acierto piensa el doctor Troncoso de la Concha, y habitase el viejo caserón, tratara a algunas personas y comunicara con orgullo la misión que le llevaba a Nueva España, y más tarde… como agrega el autor citado, llegase a nuestra isla la noticia de su procesamiento y malaventurado fin en México, de lo cual resultase que, retrospectivamente, se le llamase el Tapado, al conocerse el mote con el cual había sido designado en México».

Identificaron a El Tapado de México, el impostor Antonio Benavides, se hacía denominar marqués de San Vicente, mariscal de Campo, castellano de Acapulco, etc. Visitador regio en los Virreinatos de Nueva Granada (Colombia) y Nueva España (México), con el Tapado de Santo Domingo, cuyo nombre se ignora aún; César Nicolás Penson en *Cosas añejas*, en cuyas tradiciones incluye al tal sujeto y explica «que tanto el Tapado que apareció en Santo Domingo como el de México, eran una misma persona. Su información la tomó de Francisco de la Fuente Ruiz, ex-ministro de la República Dominicana en México, quien se topó con la leyenda de el Tapado que extrajo y plagió de la obra de Vicente Riva Palacio, según Núñez y Domínguez.[3] Escribió el Dr. Fuente Ruiz su hallazgo azteca a Penson quien reprodujo sus artículos en la revista *Letras y Ciencias*, que dirigía a la sazón Federico Henríquez y Carvajal,[4] quien creía que se trataba de un mismo personaje. También se ha propalado que el personaje en cuestión fue don Fernando de Valenzuela, favorito de la reina Mariana de Austria, quien luego se trasladó a México. Respecto de Vicente Riva Palacio y su obra en torno de el Tapado mexicano, intitulada el *Libro rojo*, editada en el año 1867, en donde se relataban hechos dramatizados del tiempo colonial de su país, no envuelve sino muy poco de lo verídico que encontró el autor en *El Diario de sucesos notables*, de Antonio de Robles, única fuente fidedigna que podía esclarecer la verdad de la tradición puesta en entredicho. Los hechos que consigna Robles, único testigo coetáneo que dejó constancia documental en su diario, empiezan el 11 de mayo de 1683, dice el Dr. José de Jesús Núñez y Domínguez, que llegó a la capital de México un correo con la noticia de que iba en camino un personaje llamado Don Antonio de Benavides de quien se decía era un visitadero, cargo que se desempeñaba en aquellos tiempos sólo por un togado de reconocidos méritos, o

[3] Conferencia del 18 de diciembre del 1949, ante las Academias Dominicanas de la Historia y de la Lengua, en torno de el Tapado de México y el Tapado de Santo Domingo.

[4] Ediciones de 15 y 27 de febrero, y 15 de marzo de 1893.

por un gran valido de la Corte, porque sus atribuciones eran tan altas que hasta podía fiscalizar la conducta de los mismos virreyes y residenciarlos, así como a los más altos funcionarios de ultramar. Cuatro días después se recibió aviso de que los piratas franceses se habían apoderado de Veracruz, nueva que provocó gran sensación. El virrey don Antonio de la Cerca y Aragón, conde de Paredes y marqués de La Laguna, tomó providencias del caso para socorrer a Veracruz mientras por otro lado atendía a la llegada del visitador. Pero al ver que no se presentaba entró en sospechas ordenando que fuera aprehendido Benavides, cosa que se efectuó en la villa de Orizaba, mientras intentaba ganar la costa para reembarcarse, tal vez con los piratas. El público murmuraba que Benavides era compañero de éstos». Y añadió Núñez Domínguez, al hacerle preso, se le pusieron esposas y se le encarceló, conduciéndosele enseguida a la ciudad de Puebla.

Con grillos de hierros en los pies llevado luego a México. Lo llamaban el visitador el Tapado. «El 13 de junio le bajaron a la cárcel de la Corte y al otro día a un calabozo. El 11 del mes siguiente encontraron al Tapado en la cama de su celda queriéndose ahorcar con un pañuelo. Del resultado de este intento de suicidio quedó gravemente enfermo. Tres días después, el 14 de julio «olearon en la bartolina a Benavides, quien dio 1,000 pesos de manipulo». El cura no quiso recibirlos. Se los llevaron al Virrey y éste también se negó, haciéndose con ellos «un palio para el Santísimo… El Tapado se pudría en el calabozo de la cárcel de la Corte. El 11 de julio llamó el secretario del virrey para hacer una declaración. Nada se sabe acerca de ella hasta hoy. El miércoles 12 de julio, don Antonio de Benavides, el Tapado, fue conducido a la horca. Ese día se eclipsó el Sol. Le cortaron la cabeza y la llevaron a Puebla, y las manos, a una horca». «¿Quién fue en realidad Benavides? ¿Qué misión llevaba a la Nueva España? ¿De dónde procedía y cómo desembarcó? ¿Estuvo en Santo Domingo?». Afirmo que estas son preguntas que nadie ha podido contestar todavía. Hasta ahora todas son conjeturas y suposiciones. El personaje fue de carne y hueso, es una realidad histórica, un ser viviente, pero no hay ningún documento, por lo menos en México, que contenga las revelaciones que hiciera o las diligencias

de las autoridades. Jamás se supo en público en qué región de España había nacido ni qué había hecho antes de su arribo a México ni de la misión que llevaba ni cómo y cuándo desembarcó.[5]

Esta tesis es lógica. Pero no su conclusión final, en la que el Dr. Núñez Domínguez termina diciendo «que con fray Cipriano este personaje queda reducido a lo que fue: un vecino de la ciudad, artero y osado que dedicó los mejores años de su vida a los azares del contrabando», aunque sí doy asenso al final de su conclusión en que remata: «y de esta manera, el Tapado dominicano, contrabandista contumaz, se desliga para siempre de su infeliz homónimo, el Tapado de México», la antigua Nueva España.[6]

Realmente la diligencia investigadora de fray Cipriano de Utrera trajo al tapete de la discusión a un sujeto «notoriamente de ascendencia de pardos», Luis Franco de Acevedo, quien «tuvo sus dares y tomares con la justicia del rey, a causa de que no obstante ser capitán, guardacostas de Baní, contravenía la ley y tomaba parte en el comercio ilícito, y a quien se le llamó el Tapado», por los siglos XVII y XVIII, porque «se volvía ojo de hormiga y ni en su casa de aquí ni en su estancia que tenía en Sambangala» pudieron ponerle la mano encima, pues se filtraba en las paredes como los fantasmas». Esto consta de un documento del Archivo de Indias de Sevilla. No se puede poner en duda. Más sólo demuestra la especie que he dado antes. La existencia de varios personajes ennoblecidos o plebeyos, caballeros o malandrines, que usaron el mismo disfraz para velar su rostro y ocultar sus actos delictuosos o sus sorprendentes aventuras hazañosas. La época colonial los tuvo en Colombia, México y Santo Domingo, etc. Pero este documento no puede identificar, repito, a este criollo contrabandista con un presunto personaje del siglo XVII de Santo Domingo, y un falso visitador o fiero duelista, quienes discurrieron en épocas diver-

[5] El Dr. Núñez y Domínguez publicó un libro que comprendía su ensayo acerca de el Tapado mexicano y todo cuanto en esa materia se conocía en la colección Vidas Mexicanas, de las Ediciones Xóchitl.

[6] El Dr. José de Jesús Núñez y Domínguez, embajador extraordinario de México en la República Dominicana, es historiador y escritor mexicano.

sas. La presunción resulta violenta y no se deduce de elementos racionales de juicios. El hecho conocido de un sujeto del siglo XVIII no puede hacer deducir el hecho desconocido de un personaje que vivió y deambuló en el siglo XVIII en México, y mucho menos del anónimo caballero o villano dominicano del mismo siglo o de otros anteriores.

Nicolás León en su *Compendio de Historia General de México* repite la versión de Riva Palacio y Manuel Payno, de Robles y de Núñez Domínguez.[7] «Por este tiempo se presentó en México, dice, con el carácter de visitador, don Antonio de Benavides, marqués de San Vicente, que fue recibido con grandes muestras de respeto y veneración; mas al llegar a Puebla se le redujo a prisión por orden de la Audiencia y fue reducido preso a la ciudad de México el 4 de junio en la noche (1683). Se le siguió un misterioso proceso y, después de un año de prisión, el 10 de junio de 1684, fue condenado a muerte y ejecutado el 14 del mismo. Ahorcáronle y le cortaron la cabeza y las manos; una se clavó en la horca y la otra, con la cabeza, se mandó a Puebla. En los momentos de la ejecución acaeció un eclipse total de Sol que espantó a toda la muchedumbre que presenciaba su muerte, dejando desierta la Plaza Mayor. Nada se supo respecto a la causa de la muerte de este sujeto, a quien el vulgo llamó el Tapado.

Sin embargo, no es posible que el mismo visitador regio o el impostor que fungía de tal, quien viviera en la rancia casa de la isleta en la Colonia, estuviese sucesivamente en los antiguos virreinatos de Nueva Granada, Nueva España y Santo Domingo puesto que para estas Audiencias tenía derecho de residencia.

El mismo padre Utrera en su artículo Los dos tapados dominicanos, escrito en forma epistolar, a raíz de la citada conferencia de Núñez Domínguez, establece documentalmente la existencia de un Antonio de Benavides que casó con María de Mosquera el día

[7] El pirata Van Hoorn había saqueado a Veracruz en 1633 pero antes estuvo en Santo Domingo, donde debió vincularse con Antonio de Benavides y juntos hacer sus fechorías en México, si realmente estos hechos se llevaron a cabo y no fueron hechos forjados por la crónica judicial escandalosa de aquellos tiempos coloniales.

28 de julio del 1611, o sea, en el siglo XVII, época de la aparición del Tapado mexicano de la crónica de Robles, y esto ocurrió en la antigua Santo Domingo. Hay pues la presunción, según este dato concreto que proporciona el mismo autor del otro Tapado del siglo XVIII, el capitán de guardacostas y pirata Luis Franco de Acevedo, que los dos Tapados de las tradiciones azteca y dominicana, fueran una misma persona, y lo que haría verdadera la versión de que ese mismo Tapado hubiera estado en el virreinato de Nueva Granada.

Asegura el propio investigador fr. Cipriano de Utrera que hubo otrosí un homónimo ascendiente de ese Antonio de Benavides que contrajo nupcias en esta ciudad con Agustina Ruiz y la cual tenía una hija, Francisca, bautizada en Catedral el 13 de julio de 1650. Y dándole consistencia a la especie de que fuera el Tapado hombre de blasones y de pro que fuera injustamente castigado como falsario por la justicia mexicana que le condenó a la pena capital, agrega el erudito capuchino: «Parece que el Benavides, vecino de la ciudad de Santo Domingo, era natural de la misma ciudad, y que antecesores de este apellido, fueron gente de fortuna porque la esposa de don Luis Colón, que era Mosquera, hizo mayorazgo, y fue hija de hombre rico, Juan Mosquera: así mismo consta que Juan Dávila, con mayorazgo de Dávila, casó con doña Mariana de Benavides, hermana del Antonio, marido de la Mosquera».

Se presupone que Antonio de Benavides se juntó secreta y previamente con el pirata Van Hoorn y que a su lado pudo hacerse con papeles a su propósito, pues ya el holandés los hacía en provecho propio.

Se presupone que quien se titulaba marqués de San Vicente tuvo ánimo encariñado con títulos y con riquezas, pues los Benavides de Santo Domingo tuvieron mayorazgos con conjunción de personas y riquezas.

Se presume igualmente que el juez con mano abierta para condenar a muerte por indicios graves y sin cuenta de pruebas inconclusas, hubo de ser el juez que sentenciara a muerte al Tapado de México, como aquí lo fue del gobernador Segura; y con tanta mayor coincidencia cuanto el tal Tapado fue condenado a muerte por

traidor, lo que implica en cierto orden su compañía con los piratas que destruyeron y robaron la Veracruz…[8]

Y confiese con toda honradez intelectual fr. Cipriano de Utrera, y con la mayor sinceridad, que no sino después de haberle oído (al Dr. Núñez Domínguez) en la mañana del domingo 18 del corriente, ha hecho aplicación de los datos que tenía de este Benavides al caso del Tapado de México. Parece, así, que en este caso el padre Utrera muy diligente y perspicaz investigador ha procedido con ligereza al identificar a nuestro Tapado Dominicano de la tradición del siglo XVII con el pirata contrabandista del siglo subsiguiente que extrajo del documento de Archivo de Indias de Sevilla, sin tomar en cuenta sus propios datos que le daban cuenta de otro Tapado, dominicano de origen, cuya vida discurrió probablemente en Santo Domingo, Nueva España y quizá en Nueva Granada, con títulos nobiliarios y tal vez visitador que tenía como misión residenciar los virreyes de estas tres colonias hispanenses en el Nuevo Mundo. Esta sería una conjetura tan lógica y verosímil como la de suponer personajes distintos a los Tapados mexicano y dominicano que nos trae la tradición, y mucho más creíble que la traída por las greñas de identificar un plebeyo capitán pirata del siglo XVIII con un visitador regio o pirata noble del siglo anterior que tiene establecida su filiación cierta en los archivos de la Catedral de Santo Domingo.

[8] Carta abierta, publicada en el periódico *La Opinión*, ed. del 22 de diciembre del 1949.

Anexo 29

El nacimiento de Sánchez

Tal se deduce del acta de nacimiento del prócer, de fecha 18 de octubre del 1836 que transcribo a continuación: El día diez y ocho de octubre de mil ochocientos treinta y seis, año treinta y tres a las diez de la mañana. Ante mí, Martín G. Galicia, oficial del Estado Civil de la Común de Santo Domingo, compareció el ciudadano Narciso Sánchez, natural de esta ciudad, mayor de cuarenta años y mercader de carnes de esta plaza y presentó una partida de Bautismo de su hijo legítimo Francisco del Rosario, y de su esposa doña Olaya del Rosario natural de esta ciudad, legítimos esposos, nacido el día nueve de marzo de mil ochocientos diez y siete, cuya partida pidió se transcribiera en los Registros del Estado Civil, para los fines que le corresponda, la que está firmada por el padre cura de la Catedral Cdno. Gabriel Costa, y queda en los registros a mi cargo, fecha arriba citada (fdo.) M. G. Galicia, oficial del Estado Civil de la Común de Santo Domingo.

Otra partida de bautismo del general Francisco del Rosario Sánchez, la auténtica, se ha extraído de los Archivos de la Iglesia Primada.

Arzobispado de Santo Domingo, Archivo General de la Arquidiócesis.

Yo, presbítero, canónigo Eliseo Pérez Sánchez, secretario de Cámara y Gobierno y director del Archivo General del Arzobispado de Santo Domingo. CERTIFICO: en buena y debida forma que en este Archivo, Estante B, Cajón 4, Libro XVI de BAUTISMOS de la parroquia de la Santa Iglesia Catedral al folio 117 bajo el número… se encuentra la siguiente partida: En diez y ocho días del mes de marzo de mil ochocientos diez y siete años; yo el

Dr. Dn. José Lorenzo Rendón, canónigo doctoral y cura semanero del Sagrario de esta Sta. Ia. Catedral Metropolitana de la muy noble y muy leal ciudad de Santo Domingo en la isla Española certifico que en ella bauticé solemnemente, puse óleo y crisma, y di bendiciones según el ritual romano, a un párvulo que nació el nueve del corriente, al que puse el nombre de FRANCISCO DEL ROSARIO, hijo natural de Olaya del Rosario, parda, libre y feligresa de esta Parroq. Mayor, fue su padrino José del Socorro Patín, a quien advertí el parentesco espiritual y la obligación que había contraído de todo lo cual fueron testigos los Sacristanes Dn. Marcos Mota y Dn. Ramón López. Y para que conste lo firmo, y de ello doy fe (fdo.) Dr. José Lorenzo Rendón.

Nota: se legitimó este niño por mat. subsiste el día 21 de marzo de 1819, de Olaya del Rosario con el ciudadano Narciso Sánchez que le reconoció Sto. Dgo. 20 de octubre de 1836-(fdo.) Costa (rúbrica).

Es copia fiel y exacta de su original a que me remito, y para que así conste, expido, firmo y sello el presente certificado en la ciudad de Santo Domingo, República Dominicana, a los veintiséis días del mes de noviembre del año 1928 (fdo.) Pedro Eliseo Pérez S., canónigo, secretario director del Archivo General, Est. B, Caj. 6, Leg. 2, Lib. 25 de Bautismos, folio 116.

Es de advertir que mientras para el Dr. Lugo y otros biógrafos de Sánchez, la madre de éste es natural de la bella ciudad de Cartagena, en España,[1] para el acto de nacimiento que consta en la Oficialía del Estado Civil de la Común de Santo Domingo de fecha 18 de octubre del 1836, es hija de la propia ciudad de Santo Domingo. Y esta última prueba que se extrae del acta, tiene el privilegio de ser producto del testimonio del padre del prócer, N. Sánchez.

En lo atañedero al apellido Betancourt que no figura como segundo de Olaya del Rosario, no hay que detener la atención aún siendo certísimo el informe, porque éste es frecuente descuido en estos actos en los mismos tiempos actuales. Contraría la

[1] Francisco del Rosario Sánchez insertado en *Patria*, 1928.

opinión de que Olaya fuera natural de Cartagena, dice Lugo Lovatón, la partida que se encuentra en los Archivos de la Catedral, Estante B, Cajón 3, Legajo 6, Libro de Bautismos al folio No. 445 donde se prueba que fue bautizada aquí en Santo Domingo a los 14 días de nacida. En dicha acta su nombre se escribe así OLAYA.[2]

La partida de Bautismo de Olaya del Rosario y Belén dice así:

«Arzobispado de Santo Domingo-Archivo General de la Arquidiócesis-Yo, presbítero canónigo Eliseo Pérez Sánchez, secretario de Cámara y Gobierno y director del Archivo General del Arzobispado de Santo Domingo, CERTIFICO: en buena y debida forma que en este Archivo, Estante B, Cajón 3, Legajo 6, Libro de BAUTISMOS de la parroquia de la Santa Iglesia Catedral al folio 445 bajo el número…, se encuentra la siguiente partida: En la ciudad de Sto. Domingo, a veinte y seis de febrero de mil setecientos noventa y uno. Yo, el infrascrito Cura Thente. de este Iglesia Cathl. bauticé solemnemente, puse óleo y chrisma a Olaya de catorce días de nacida, hija legítima de Raymundo del Rosario y de María Altagracia Belén, naturales y parroquianos nuestros, fue padrino José Abreu, a quien advertí la obligación y parentesco espiritual. Testigos Josef Olibas, Sebastián Abreu, Fha. ut supra. (fdo.) Dr. Agustín Madrigal. Es copia fiel y exacta de su original a que me remito y para que así conste, expido, firmo y sello el presente certificado en la ciudad de Santo Domingo, República Dominicana, a los veintiséis días del mes de noviembre del año 1928 (fdo.) Pedro Eliseo Pérez S., canónigo secretario, director del Archivo General.[3]

El Lic. Lugo Lovatón ha hecho acertadas observaciones alrededor de las dos actas, la de nacimiento del Oficial Civil, y la de bautismo encontrada como una reliquia en la Catedral. El acta

[2] «Notas Breves sobre Francisco del Rosario Sánchez», publicadas en el *Listín Diario*, ed. 9 de marzo del 1934.

[3] Impugna dicha acta el editorial escrito por el Dr. Américo Lugo a propósito del 4 de julio en su viril periódico *Patria* en que defendió la nacionalidad en tiempos de la Intervención del Norte en nuestra República, intitulado *Francisco del Rosario Sánchez*.

de Nacimiento de Francisco del Rosario Sánchez fue inscrita conforme reza en la partida copiada de los libros de Bautismo de la St. Iglesia Catedral, por el doctor D. José Lorenzo Rendón,[4] y la que extrajo de dicho Archivo y expidió a petición de parte del cura rector de la misma Iglesia Gabriel Rudescindo Costa. Al instituirse en Santo Domingo los oficiales del Estado Civil, compareció por ante el oficial M. G. Galicia el Sr. Narciso Sánchez y le presentó la partida de bautismo que él se había hecho expedir de G. R. Costa para que fuese vertida de acuerdo con la ley en los libros del Oficialato Civil. El descuido con que cumplió Galicia los deberes de su cargo es patente y fácil de demostrar.

1) Se lee en el acta levantada por Galicia que el día diez y ocho de octubre de mil ochocientos treinta y seis, etc., y la partida de mil ochocientos treinta y seis. No se explica que Galicia hiciera referencia en su acta a otra levantada posteriormente. Sería un anacronismo incalificable. El simple cotejo demuestra que se adelantó dos días el acta a que hizo mención.

2) La misma que fue expedida a Narciso Sánchez por Gabriel Rudescindo Costa y conserva en su archivo del Lic. Carlos Sánchez y Sánchez (nieto de Francisco del Rosario Sánchez).

[4] Partida de Bautismo del general Francisco del Rosario Sánchez
Yo, el infrascrito cura rector de la parroquia mayor, de esta ciudad, certifico: con vista de los libros parroquiales a mi cargo, que en el décimo septo. De Bautismos al folio 116 vuelto, se halla una partida del tenor siguiente: En la ciudad de Santo Domingo a los diez y ocho días del mes de marzo de mil ochocientos diez y siete años, Yo, el doctor D. Lorenzo Rendón canónigo doctoral y cura semanero de esta Santa Iglesia Catedral certifico: que en ella bauticé solemnemente, puse óleo y crisma y di bendiciones según el ritual romano a un párvulo que nació el nueve del corriente al que puse el nombre de Francisco del Rosario, hijo legítimo de Narciso Sánchez y de Olaya del Rosario, de esta feligresía mayor; fue su padrino José del Socorro Patín a quien advertí el parentesco espiritual y la obligación que había contraído, de todo lo cual fueron testigos los sacristanes D. Marcos de Mota, y D. Ramón López y para que conste lo firmo, y de ello doy fe. Fdo. Dn. José Lorenzo Rendón.
La cual partida es conforme a su original en el libro 1 folio citado a que me remito, y en fe de ello y a pedimento de parte legítima doy la presente firma en la ciudad de Santo Domingo a veinte de octubre de mil ochocientos treinta y seis años y treinta de la Indep. Fdo. Grabriel Raymundo Costas.

3) Tenía por segundo apellido, suponemos nosotros, ya que el del Rosario también parece serlo, el de Betancourt. La tradición de la familia Sánchez mantiene que Olaya era española, natural de Cartagena, provincia de Murcia, España, y que llegó a Santo Domingo al naufragar en las costas de Higüey el buque que en compañía de sus familiares, la conducía hacia México. En las actas copiadas no figura el apellido Betancourt. Creemos que, del Rosario, es su verdadero apellido, etc.[5]

Este nacimiento de Sánchez se llevó a cabo en la casa número trece de la antigua calle el Tapado, hoy 19 de Marzo, adonde ya se ha fijado una lápida conmemorativa de tal acontecimiento, morada entonces de la familia de aquel.[6] Como observa el Dr. Alcides García, versadísimo en cuestiones históricas, sólo se había publicado hasta ahora un extracto del acta de bautismo que es seguramente la que antes ha asentado, pero más que tal parece una partida de nacimiento desfigurada ex-profeso por prurito reparador de algún sectario de Sánchez o algún muy allegado, pues aparece en la una (la primera que se hizo constar), que el corifeo separatista era hijo ilegítimo, y sólo fue legitimado por el subsiguiente matrimonio de sus padres, y se omite muy marcadamente la raza parda de Olaya del Rosario y Belén. García Lluberes en un documentadísimo artículo de polémica con el Dr. Lugo, quien atribuía la raza blanca a la progenitora del héroe, y ser nacida en Cartagena, sostiene a su vez que esto es completamente incierto: Olaya del Rosario y de Belén o de Belén Fernández (no Betancourt) era dominicana y nacida en esta ciudad. Aunque no acierto de dónde sacó García el dato del segundo apellido Fernández, si está casi justificado por documentos fehacientes las anteriores enmiendas apuntadas, no sólo por la certificación del acta de nacimiento ya transcrita, sino más bien por la propia partida de bautismo de la dicha antecesora de Sánchez.[7]

[5] Art. Cit. Ed. *Listín Diario* del 9 de marzo de 1934, acerca de Sánchez.

[6] Lugo, «Plan para un estudio biográfico», *Patria*, ed. del 17 de julio de 1928, núm. 149, año VII.

[7] Sánchez y Sánchez, *Biografía sintética de Francisco del Rosario Sánchez* (inédita).

Anexo 30

Datos biográficos de Olaya del Rosario de Belén y genealogía de la familia Sánchez

Olaya del Rosario de Belén nació en la ciudad de Santo Domingo el 12 de febrero de 1791 y se le puso ese nombre por traerlo el santoral, dice Lugo Lovatón, y que corresponde a Eulalia. Fueron sus padres y por tanto abuelos maternos de Francisco, Raymundo del Rosario y María Altagracia de Belén, casados, ambos naturales de Santo Domingo. Fue padrino de Olaya el señor José Abreu, siendo bautizada en la Iglesia Catedral a los catorce días de nacida el 26 de febrero, por el doctor Agustín Madrigal, el mismo que bautizó a Narciso. Estuvieron presentes como testigos de la ceremonia, Josef Olibas, y Sebastián Abreu. Distintas ortografías encontradas en el nombre de pila de la madre de Sánchez, a saber: Olaya, como figura escrito en su propia acta de bautismo y en la de su hijo, Andrés; Eulalia, que es la forma correcta, como figura en las actas de bautismo y de matrimonio de su hijo Francisco y en su propia lápida sepulcral; y finalmente Olaya; como aparece escrito en el acta de su matrimonio con Narciso, en varias actas de bautismo de otros de sus hijos y en el testamento dictado por Narciso Sánchez. En el acta de su matrimonio encontramos dos nombres de pila: María Olaya. El nombre de María lo heredó de su madre, María Belén Fernández… En todos los documentos que conocemos es siempre del Rosario, como nombre distintivo de la familia de su padre. En cuanto al apellido materno de Olaya, la tradición oral de los Sánchez le atribuía el

de Betancourt que muchos historiadores han referido por rutina. Este apellido es sin duda normando».[1]

«…El primer hijo de Olaya, fue Andrés del Rosario, hijo natural, nacido el 30 de noviembre de 1815 y bautizado en la Iglesia Catedral el 12 de diciembre del mismo año.[2] Supónese sin confirmación, que su padre era de apellido Zorrilla, natural de Higüey (vol. 1, p. 26)».

Según la tradición Narciso y Olaya se conocieron en el Seybo, donde el primero tenía un hato o pequeña hacienda, y en cuya localidad vivía aquella en concubinato con el andaluz Zorrilla (Mejía Ricart, ensayo biográfico citado).

[1] Enciclopedia Sopena, *Nuevo Diccionario Ilustrado de la Lengua Española*, letra B, págs. 359-360.

[2] Andrés del Rosario, quien nació el día 30 de noviembre del 1815 y fue bautizado en la Parroquia Mayor el 12 de diciembre del mismo año por Franco Trejo y Candelaria Noble, según acta de esta fecha. Después en su partida de bautismo se le dio el de Andrés Sánchez (Estante B, Cajón 4, Legajo 3, folio 273 del libro 15).
Genealogía de la familia Sánchez.
Conforme el archivo de la Catedral de Santo Domingo constan estas partidas:
Hijos de Fernando Raymundo Sánchez y de Isidora Ramona.
1) Narciso Sánchez, nació el 29 de octubre del 1789 (acta del 9 de noviembre de 1789, Est. B, Caj. 3, Leg. 6, folio 347 del libro 23 de Bautismos).
2) María Trinidad Sánchez, nació el 15 de junio del 1794, Est. B, Caj. 3, leg. 6, folio 175 del Lib. 24 de Bautismos.
3) José Sánchez, nació el 23 de septiembre del 1798, acta del 4 de octubre del 1798.
4) Olaya del Rosario de Belén, nació el 12 de febrero del 1791, acta del 26 de febrero del 1794, Est. B, Caj. 3, Leg. 6, folio 445 del Lib. 23 de Bautismos.
5) Tomás Sánchez, nació el 28 de dic. del 1819, acta del 11 de enero del 1820, en la Catedral, Est. B, Caj. 4, Leg. 5, folio 81 del Lib. 28 de Bautismos.
6) Eugenio Sánchez, nació en 1827, acta del 3 de enero del 1828, Est. B, Caj. 4, Leg. 6, folio 381 del lib. 31 de Bautismos.
7) Pablo Marcial Sánchez, nació el 30 de junio del 1829, acta del 12 de julio de la Parr. Mayor, Lib. 32 de Bautismos, p. 60.
8) María del Socorro Sánchez, nació el 15 de agosto del 1830, acta en Est. B, Caj. 7, Leg. 1, folios 11-12 del Lib. de Bautismos.
9) Ana Sánchez, nació el 18 de feb. del 1832, acta en la parr. Mayor, Lib. 33 de Bautismos, p. 117.
10) Ildefonso Sánchez, nació el 23 de enero del 1834, acta en Est. B, Caj. 5, Leg. 2, folio 270 del Lib. de Bautismos.
Hijo natural de Olaya del Rosario.
11) Andrés del Rosario, nació el 30 de nov. del 1815, etc.

Anexo 31

Más datos sobre la parentela de Sánchez

Otro dato acerca de la parentela del personaje que nos interesa, consigna que Francisco Sánchez del Rosario era el mayor de los cinco hijos legítimos producto del enlace de sus padres. En el orden cronológico que le siguieron deben mencionarse: Tomás, Jacinto, Socorro e Ildefonso. Además el prócer tuvo algunos hermanos naturales, entre los cuales sus biógrafos citan al general Juan Francisco Sánchez,[1] y María Teresa.[2]

En lo que respecta a ese otro hermano Andrés Sánchez, fusilado junto con María Trinidad, era hijo de Olaya en unión con un señor Zorrilla, mas fue adoptado por Narciso Sánchez, quien le dio su apellido.

Por eso no creo que esté muy en lo cierto el publicista Lugo en su esbozo biográfico acerca de María Trinidad Sánchez, cuando refiere que fue condenada (María Trinidad) por una comisión militar y ajusticiada, junto con su sobrino Andrés, etc.[3] Puesto que tal como le demostró García, en la larga nota crítica de su trabajo «Otro gran pronóstico», Andrés Sánchez no era sobrino

[1] Este general Francisco Sánchez que traen los biógrafos como hermano natural del héroe de la Puerta del Conde no se puede identificar con el que figura en el testamento del 1º de septiembre del 1862 que es este general Francisco del Rosario Sánchez, a menos que existiera confusión y no fuera sino imaginario el casi homónimo hermano que nos ocupa, o que como fue legitimado nuestro prócer se le llamara simplemente hijo natural.

[2] Testamento transcrito de D. Narciso Sánchez.

[3] Artículo del 4 de julio del 1927 acerca de la heroína publicado en su semanario *Patria*.

de María Trinidad, pues el nacimiento del primero es anterior a la unión de Narciso Sánchez con Olaya del Rosario.

Este hecho rectificado lo apuntala la partida que copia a continuación: Arzobispado de Santo Domingo. Archivo General de la Arquidiócesis. Yo, presbítero canónigo Eliseo Pérez Sánchez. secretario de Cámara y Gobierno y director del Archivo General del Arzobispado de Santo Domingo, CERTIFICO en buena y debida forma que en este Archivo, Estante B, Cajón 4, Legajo 3, Libro XV de BAUTISMOS de la parroquia de la Santa Iglesia Catedral al folio 273, bajo el número… se encuentra la siguiente partida: En la Ciudad de Sto. Domingo y diciembre once de mil ochocientos quince, yo el infrascrito cura Tete. de esta Sta. Ia. Cathl. bauticé solemnemente y puse óleo y chrisma a ANDRÉS con doce días de nacido, hijo natural de Olaya del Rosario ntra. parroquia. Fueron sus padrinos Franco, Trejo y Candelaria Noble a quienes advertí sus obligaciones y espiritual parentesco. Siendo tgos. Dn. José María de Soto y Antonio Sánchez. De lo que doy fe (fdo.) Agustín Tabare. Es copia fiel y exacta de su original a que me remito, y para que así conste expido firmo y sello el presente certificado en la ciudad de Santo Domingo, República Dominicana, a los veintiséis días del mes de noviembre del año 1928 (Fdo.) Pbro. Eliseo Pérez S., canónigo secretario director del Archivo General. Y en el testamento de don Narciso Sánchez ya aludido hay esta cláusula: «Item, declaro, haber sido casado en primeras nupcias con la señora Olaya del Rosario, con quien tuve por hijos legítimos el general Francisco Sánchez, Tomás, Jacinto, Socorro e Ildefonso Sánchez, y a Andrés Sánchez, que le prohijé, de los cuales murió el primero y último habiendo dejado sucesión legítima».

Queda, pues, que Andrés Sánchez llevaba el apellido Sánchez, pero no corría por sus venas la sangre Sánchez, tal como dice Alcides García. La tradición además nos dice que era blanco (Andrés). Parece que el general Juan Francisco Sánchez tampoco era hijo de esta unión legítima de don Narciso, sino reconocido a lo sumo en el matrimonio con doña Olaya o ni siquiera eso, a pesar de lo que en contrario reza dicho testamento público.

El héroe de febrero casó en primeras nupcias y en lecho de muerte, con doña Leoncia Rodríguez, cuando estaba en Curazao por motivo de su ostracismo. De este matrimonio nació una hija, Leoncia Sánchez.

Vuelto Sánchez de su destierro se enlaza de nuevo con doña Balbina de Peña hija del patriota D. Luciano de Peña, acaeciendo probablemente este hecho el 4 de abril del 1849. Tuvo de esta unión un solo hijo, el general Juan Francisco Sánchez, quien a su vez casándose con su sobrina doña Emilia Sánchez, procreó varios hijos: Manuel,[4] Carlos,[5] Marina y Juan Francisco. Tuvo, además, otros hijos el general Juan Francisco Sánchez, que son: Balbina, Filomena, Francisco, Fernando,[6] Flérida, por una parte, y el Lic. José Fernández,[7] fruto de otra rama materna.

Este general Juan Francisco Sánchez[8] fue primate de la política que ocupó la Gobernación Civil y Militar de la provincia de Santo Domingo en varios Gobiernos[9] y tuvo a su cargo diversas carteras ministeriales en diversos regímenes de la Segunda República.[10]

En la línea colateral paterna una heroína merece especial mención: María Trinidad Sánchez, tía del gran patriota, quien le acompañó en toda la campaña que precedió al nacimiento de la República, a su lado estaba la eterna noche del Baluarte. Allí condujo balas y cartuchos que preparaban con sus propias manos, según la tradición heroica, y confeccionó, es muy probable, la primera bandera dominicana que se izó al otro día del Grito del

[4] Médico.

[5] Abogado, y además poeta y escritor. Notable internacionalista.

[6] General del Ejército Nacional, ya fallecido.

[7] Ingeniero.

[8] Ocupó la Gobernación Civil hasta en el propio período de la Intervención norteamericana.

[9] Entre ellos en los Gobiernos provisionales del Dr. Francisco Henríquez y Carvajal y Juan Bautista Vicini Burgos, y mucho antes, fue gobernador de Puerto Plata, contando apenas 24 años, trayéndole preso el general Heureaux.

[10] Fue ministro de Correos y Telégrafos en el Gobierno del general Ulises Heureaux y en el gabinete del primer gobierno provisional del general Horacio Vásquez y en el del presidente Carlos Morales Languasco fue secretario de Estado de Relaciones Exteriores.

Conde, aunque no en el 27 de febrero del 1844, como ya probaremos y donde sólo flotó la enseña bicolor haitiana, según Madiou.[11]

Murió la heroica mujer, María Trinidad, en el primer aniversario de la Patria el 27 de febrero del 1845, fusilada junto con Andrés Sánchez (o del Rosario), mientras preparaba un complot para repatriar a su insigne sobrino Francisco Sánchez.

[11] Estas noticias biográficas son extraídas de artículo publicado en el *Listín Diario*, ed. 30 de agosto del 1932.

Anexo 32

Artículo Amnistía, publicado en *El Progreso*, edición del 6 de marzo del 1853, y reproducido en *El Eco de la Opinión* en su edición del 29 de junio del 1889

Su texto es este:

«Tales son los actos que a semejanza de las grandes victorias dan lustre y honra a los Gobiernos que les cometen con oportunidad. El rasgo brillante, de clemencia, con que el Libertador presidente (Pedro Santana) se ostentó el domingo 27 de febrero, el Padre del pueblo, es uno de aquellos actos reservados a los grandes hombres que tienen el privilegio de acertar en las situaciones más difíciles, con las medidas verdaderamente útiles y patrióticas. El sábado 26 de febrero varios ciudadanos llenos de regocijo y entusiasmo con la presencia del general libertador en el mando, celebraron con abundantes fuegos artificiales y con globos aerostáticos la víspera del aniversario de nuestra independencia. Amanece el domingo 27; el ejército en parada guarnece la Plaza de Armas, el libertador presidente sin más insignia que la bandera tricolor nacional entra en la Plaza precedido de un gran séquito y acompañado de los miembros del Congreso y del cuerpo diplomático. Para dirigirse al templo y asistir al Tedeum que la República debía entonar en acción de gracias, por haberla sacado de la opresión y de la servidumbre. Pero antes de asistir a tan augusta e importante ceremonia el libertador presidente digno del puesto que ocupa; digno del amor y de la confianza que le dispensan los pueblos, se prepara, no con esos grandes festines y estrépitos populares que se asemejan a las saturnales si no se hacen con exclusiones que amargan a un gran número y engendran

mezquinos, pero muchas veces funestos desagrados. El libertador presidente se prepara con un acto de sana política, humanitario y generoso; este acto fue una amnistía, digna introducción del gobierno del elegido de la Providencia por tantas veces para salvar la patria, del elegido de los pueblos por segunda vez para la presidencia de la República. Reciba el general libertador, actual presidente, nuestros sinceros afectos hacia su persona por la merced que nos ha dispensado; nuestros fervientes votos por el buen acierto en todos sus actos y nuestras cordiales felicitaciones por su presencia en el mando. (Fdo.) F. R. Sánchez. 1853.[1]

Remitidos: Respuesta de Sánchez al Sr. José María Moreno:

«En su libelo infamatorio, publicado en Curazao en fecha 7 de marzo, dice Ud. que yo andaba huyendo cuando mis compañeros se batían en Las Carreras, cuyo dicho lo ha tomado Ud. de las travesuras de Jacinto en el *Eco del Ozama*; pues bien, eso le contestaré: que cuando la invasión de Soulouque, me hallaba en la Capital desempeñando el cargo de comandante de Armas, luego que supe la noticia (sic.) de que el enemigo se había posesionado de Azua sin que se le opusiera la resistencia que era de esperarse: al ver que el general Santana iba a bajar al teatro de la guerra (!), pedí voluntariamente al ministro de la Guerra, que lo era entonces el general de División Ramón Bidó, me reemplazara en el puesto que ocupaba y me diese mi orden de ruta para salir con las tropas que pudiese recoger, a ponerme a la disposición de los generales Pedro Santana y Antonio Duvergé que eran los que mandaban el ejército de operaciones: salí y me detuve tres días en San Cristóbal para incorporarme en el batallón de ese puesto que mandaba el comandante Juan M. Albert, no habiéndose verificado la reunión de este cuerpo por la desmoralización que había cundido en nuestras tropas a causa de la fuga de Azua, seguí mi marcha hasta llegar a Baní donde recibí una orden escrita, del general en jefe del ejército Pedro Santana, que conservo todavía, para que entregase las tropas que tuviese bajo mi mando al teniente coronel Dionicio Cabral,

[1] Foll. *Controversia Histórica...*, pp. 96-07.[2]

[2] Véase a continuación respuesta de Sánchez al Sr. José María Moreno.

el cual debía conducirlas al Portesuelo donde había mayor necesidad de ellas. Conformándome a las órdenes del jefe como debía, verifiqué dicha entrega el mismo día que recibí la orden y continué siempre, hasta llegar a presencia del general Santana, que se encontraba en Sabana Buey: esa misma noche desampararon nuestras tropas el puesto del Número, que eran las Termópilas de la República; el general Duvergé que había sostenido ese mismo día un combate heroico, y que se hallaba esa misma noche en compañía del general Santana, antes de recibir la noticia de que las tropas bajo su mando inmediato habían desamparado el puesto en su ausencia, puede decir cuánto le supliqué para que me tomase en su compañía y volviese al Número, cuyo lugar era en ese momento el punto de combate, pero este guerrero se hallaba quebrantado en su salud a causa de las fatiga de la guerra, y se retiró al pueblo de Baní; entonces fue cuando el general Santana, aparte de las medidas saludables que ya había tomado para mejorar el orden de campaña, dio principio a sus ingeniosas y felices operaciones sobre el campo de Las Carreras, incorporando en el ejército de acción hasta su propia guardia por la escasez de tropas, y todas ellas se encaminaron a marcha forzada bajo el mando de los generales Merced Marcano, Bernardino Pérez y Abad Alfau, a conquistar en el campo de Las Carreras bajo el mando inmediato y en presencia del general Santana, los laureles inmarcesibles que deben coronar las sienes de los libertadores de la Patria. El general Ricardo Miura está muerto; pero el general Pascual Ferré está vivo, y otros muchos que presenciaron lo que voy a referir: Yo reclamé al general Santana que por mis derechos de antigüedad debía confiarme el mando de una división de las que iban a batirse, éste reclamo le reiteré, Sr. Moreno, allí donde no se habla mentira; allí donde se distinguían los colores de las banderas enemigas; pero el general Santana me contestó que quería que yo anduviese en su compañía y estas mismas palabras las repitió en su memorable proclama al ejército en el campo de Las Carreras, así permanecí muchos días (apenas transcurrieron cuatro días del combate del Número al de Las Carreras, y Santana llegó a este último lugar la víspera de la batalla) hasta que por motivos que no son del momento enunciar, tomé mi

pasaporte del general Santana para la capital; en mi marcha me detuve en Baní, y tan pronto como se distinguió en este pueblo el cañoneo del enemigo me preparé y temprano hice contramarcha, acompañado con el coronel Tabera para volverme a juntar con el general Santana; pero las disposiciones que éste había tomado fueron tan acertadas que la presencia del enemigo en el campo y su destrucción fue el golpe de un rayo. Con respecto a la calumnia que dice Ud. le forjamos entre varios, nada debo contestarle, pues todo el mundo sabe que fuimos citados, no como denunciadores de Ud. ni de nadie, sino como testigos de un aviso que Ud. había dado fingiéndose amigo del presidente actual y de su Administración: este aviso lo había dado Ud. mucho antes del último descubrimiento y ningún perjuicio se le había sobrevenido; pero después, cuando el Sr. Pedro Salcedo dio conocimiento al Gobierno de lo que tramaba contra él, sus claudicaciones de Ud., y otras cositas que se descubrieron; removido el fango de la conspiración, fue lo que convenció al Gobierno de que Ud. era uno de tantos en el número de los conspiradores, etc. (fdo.) Francisco Sánchez. [3]

Carta del 19 de septiembre del 1856, al editor del *Eco del Pueblo*, dirigida por Sánchez:

Muy señor mío: Causa siempre rubor, aun al hombre menos modesto, el hablar de sí mismo, y más al público; pero en el caso en que me encuentro me impone a mi parecer, el deber imperioso de vencer toda repugnancia. Dícenme que algunos amigos, y personas benévolas (yo quiero creer que todas lo sean) se empeñan en presentarme como candidato a la vicepresidencia de la República: el hecho es tan notorio, que no parecerá, repito, falta de modestia el atribuirme la gloria de contar con algunos votos: pero en el número de esos votos, no podría yo menos de ver, por un lado, los electores que me suponen más apto de lo que realmente soy para aquel cargo; y por otro lado los que, por miras que me abstengo de calificar, tienden a dividirnos. En efecto el

[3] Leonidas García, «Sánchez Integral», *Listín Diario*, 9 de marzo del 1933.

Sr. Buenaventura Báez tiene para sí la mayoría de la opinión pública: presentar candidatura sería dividir y tal vez anular esa mayoría: grave crimen político de que yo no quiero ser cómplice, porque amo mucho a mi patria, y este amor es superior a mi amor propio que es el que se quiere lisonjear, y aun diré más, ofuscar. No, dominicanos: unámonos todos, y concentremos la votación: Báez reúne a otras prendas, que no quiero encarecer, por no parecer lisonjero, la circunstancia de ser más conocido que yo dentro y fuera de la República, y esto es de gran importancia para el país. Aun cuando yo tuviera la presunción de equipararme con su distinguido mérito, él siempre me llevaría esa ventaja de ser conocido y justamente apreciado en los países extranjeros de América y Europa. Renuncio, pues, a la supuesta candidatura, y ruego a Ud. Sr. Editor, la haga saber al público y a los electores, insertando en su apreciable periódico esta carta, que no quiero hacer más larga esforzando razones cuya mera anunciación me parece más que suficiente. Quedo de Ud. atento servidor. (Fdo.) Francisco R. Sánchez, Santo Domingo, 19 de septiembre de 1856. [4]

Discurso pronunciado por el general Sánchez en la casa del Sr. Saint André el 10 de octubre del 1856:

«Un crecido número de ciudadanos y principalmente la juventud ha creído oportuno felicitar hoy al Sr. presidente Báez por su exaltación al mando, e igualmente al Cuerpo Diplomático por su feliz cooperación que ha dado por resultado el nuevo orden de cosas. El pueblo dominicano espera que vosotros los representantes de las grandes potencias mediadoras, continuaréis la eficaz protección que nos habéis dispensado hace tiempo, porque esto redunda en beneficio de la paz y prosperidad nuestra, y realza la gloriosa generosidad del gobierno y del pueblo francés».[5]

[4] Publicado en *Eco del Pueblo*, edición correspondiente al 21 de septiembre del 1856.

[5] Palabras improvisadas en una manifestación pública en que hablaron Manuel María Gautier, el presidente Buenaventura Báez, José María

Resolución del 13 de abril del 1856 del gobernador general Sánchez:

«Dios, Patria y Libertad.– República Dominicana. Gobernación Política de la Capital. Nos Francisco del Rosario Sánchez, general de División y gobernador político de la Provincia Capital. Hacemos saber del modo más positivo: que por disposición superior se ordena que dentro del perentorio término de veinte y cuatro horas, todo pulpero o amo de establecimiento que tenga pólvora de venta o depositada aunque no sea para el comercio, la entregará al Sr. comandante de Armas de esta Plaza para ser depositada en el Arsenal; bien entendido que el que no se sujetara a dicha disposición será multado en la cantidad de veinte y cinco francos, confiscada la pólvora, y considerado como sospechoso. Dado en esta Gobernación Política de Santo Domingo a los 13 días del mes de abril de 1858».[6]

González, el cónsul de España, Sr. Segovia, D. Nicolás Ureña, D. Benigno del Castillo y José I. Pérez, este último a nombre del ex-presidente Regla Mota, y todo lo cual consta en relación publicada en *El Eco del Pueblo*, edición del 12 de octubre del 1856, número 12.

6 *Boletín Oficial*, 15 de abril del 1858, número 43.

Anexo 33

Controversia en torno a Sánchez

Examinaré esta controversia histórica aún en pie alrededor de tal punto, con algún análisis y aplicando principios generales a todo problema humano, pero con levantado pecho y miras para con la figura procera de Sánchez que merece toda reverencia de las generaciones. El debate ha sido planteado así. Se deduce por parte de los hermanos Leonidas y Alcides García que el general Francisco del Rosario Sánchez suscribió en segundo término el acuerdo gubernativo citado, apoyándose para tal tesis en una copia en la cual estampa su puño y letra en primer lugar, Bobadilla, y seguidamente Sánchez, Caminero, Félix Mercenario, Echevarría, C. Moreno, y S. Pujols, como secretario de la susodicha Junta, de que se dice ser emanado el acuerdo que la tal contiene, y que como se advirtió antes figura hecha el 8 de marzo del 1844. [1]

[1] El 15 de diciembre del 1843, suscribieron siete diputados dominicanos a la Asamblea Constituyente, Báez, del Castillo, Abreu, Tejera, Valencia, Díaz de Peña, Rojas, el plan que, al día siguiente entregaron personalmente al cónsul general de Francia en Puerto Príncipe, Mr. Levasseur, por el cual los habitantes de la antigua parte española invocan en su auxilio la alta protección de la Francia, bajo las siguientes estipulaciones: 1a.) La parte oriental de la isla de Santo Domingo, conocida por española, tomará el nombre de República Dominicana libre e independiente, administrándose por sí misma.

2a.) La Francia se obliga a favorecer su emancipación y a suministrar todo lo necesario para establecer y consolidar su gobierno; como también a dar los subsidios indispensables a las necesidades de la administración.

El licenciado Carlos Sánchez y Sánchez, nieto del héroe, protesta dicho documento por apócrifo y alega entre otras razones especiosas que el tal nunca fue una resolución de la Junta, «sino un proyecto, desconocido hasta hace años», y agrega que, «nunca nadie vio el original de tal copia, ni a solicitud de quiénes se expidió, y Pujols, secretario de la Junta, no pone la fecha de la certificación, cosa sumamente interesante, pues Pujols salió de la Junta en junio, cuando el motín del 9 que expulsó a Bobadilla, Caminero y al mismo Pujols, de la Junta, precisamente a causa de dicho Plan (Levasseur), propuesto días antes en una reunión de notarios, y por fin, que en esta reunión al proponerse dicho Plan, Sánchez, Duarte, y otros compañeros allí presentes, protestaron.[2] Examinado este a primera vista, se advierte que no se ha traído ningún elemento de prueba, ni factor racional siquiera de juicio para que se pueda calificar de proyecto lo que aparece como una resolución de la Junta, y hasta presentación de piezas en contrario, hay que atenerse al único documento traído a colación y que tal vez sea espurio y hasta fabricado mucho después de la salida de Pujols del seno de aquel gobierno primario de la República. Todo es factible, pero de estas falsas verdades está llena la Historia por falta de documentación o amaño de los actores de un

3a.) Armas y municiones serán dadas por la Francia en cantidad suficiente para armar la parte activa de la población que sea llamada bajo las banderas de la Independencia.

4a.) El Gobierno francés nombrará un gobernador general para desempeñar las funciones del Poder Ejecutivo que durará diez años; no obstante, el Gobierno francés se compromete a no retirarle si el Senado pide su permanencia.

5a.) Las puertas de la República se abrirán a la inmigración de todos los pueblos.

6a.) En reconocimiento de la alta protección de la Francia la Península de Samaná se renuncia y abandona a favor de la Francia.

[2] La correspondencia de Mr. Levasseur y todos los documentos relacionados a este Plan del 1843 están depositados en el Archivo del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia, y se copiaron por el Lic. Máximo Coiscou en su misión oficial dominicana de investigaciones históricas en los archivos de España y Francia, reposando las copias de los mismos en la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores de la República Dominicana.

período determinado, aunque en este caso hay una lógica presunción de falsedades en contra del pliego puesto en entredicho porque a ello conduce la vida entera de Sánchez como patriota integérrimo, a pesar de su caída como político y factor de facciones personalistas, entre las cuales figuran los afrancesados.

Es alegato serio, no embargante de otras razones en su pro, que no se puede hacer cotejo de la copia vulgarizada como el original de donde ella se extrajo; pero sucede con frecuencia que el patrón antiguo se pierde y consérvanse duplicados auténticos. Hay numerosos casos hasta en cosas más custodiadas que simples acuerdos que, sí trascendentales de una Junta de Gobierno desorganizada que acabó de mala manera su existencia, y de la cual se quisieron borrar sus más leves huellas pecadoras. En lo que respecta a que no se hizo constar el solicitante de la copia, es hecho baladí y muy común en documentos dominicanos de esa época y aun posteriores.

Se dice también que el secretario Pujols no puso ex profeso la firma al pie del infolio referido porque él había sido expulsado con otros miembros de la Junta Central Gubernativa en el motín del 9 de junio de 1844, cuando se suplantó a Bobadilla para poner al propio Sánchez como presidente de aquella, por causas del malhadado Plan Levasseur.

¿Y no podía haber sido expedida esa certificación de Pujols cuando en ocho de marzo del mencionado año, era secretario de la Junta? Nada se opone a ello, ni nada demuestra sino flagrante irregularidad de escribano muy corriente en esos tiempos, que Pujols no hiciera figurar la fecha de la certificación, no obstante toda la apariencia de falsedad que esto solo le da al acto.[3] Al contrario resultan buenas razones a favor de Sánchez, aunque no pruebas concluyentes ni irrefutables: una, que el historiador José Gabriel García tan meticuloso y parco en afirmaciones históricas de tal trascendencia como la que ahora examino en la biografía de Juan Isidro Pérez consigne el hecho de que

[3] Vol. 1º, pp. 18-19, doc. 5, Declaratoria de la J. G. dando garantías a los haitianos domiciliados en la República, etc.

«Sánchez adelantó el golpe del 27 de febrero, precisamente con el propósito de evitar que los partidarios del Plan Levasseur, malograran la combinación.[4] Ni tampoco como se trae a referencia por el impugnante nieto del prócer, persona muy ilustrada por añadidura, hay que olvidar la otra presunción en contra del documento que se saca de la carta conocidísima de Sánchez a Duarte, en la cual le comunica que «hay que temer la audacia de un tercer partido, estando el pueblo tan inflamado,[5] porque García le da su consenso y esa es la verdad histórica a que se aludía aquí, en la carta, a los partidarios del proyecto anexionista galo.

De modo que no se puede en justicia, adelantar fallo definitivo en la quisquillosa cuestión sometida sin respuesta todavía a la docta corporación de la Historia, y por la cual mantienen encendidas querellas, las dos escuelas de duartistas y sanchistas con ardor digno de mejor causa, pues al fin y al cabo lo cierto es que Sánchez no comulgó a la postre con el Plan Levasseur y fue del partido separatista que frustró los proyectos anexionistas de la

[4] Véase acerca de la cuestión el artículo «El Baluarte Ignorado», del Dr. Alcides García, publicado en el *Listín Diario*, ed. del 27 de febrero del 1934, y el citado trabajo «Sánchez Integral», del Lic. Leonidas García.

[5] Carta del Lic. Carlos Sánchez al Lic. Damián Báez B. conteniendo algunas observaciones acerca de las Efemérides del 8 de marzo sobre el Plan Levasseur de que este último es autor, fechada el 8 de marzo del 1953, *Listín Diario*.*

* Publicada en el *Listín Diario*, con fecha 10 de marzo del 1933, y entre otras cosas dice:

1. El tal documento nunca fue una resolución de la Junta Central Gubernativa, sino un proyecto, desconocido, tal como se ha publicado, hasta hace pocos años.

2. Nunca nadie vio el original de tal copia, ni se sabe por qué fue expedida tal copia, ni a solicitud de quién se expidió. Pujols, secretario de la Junta, no pone la fecha de la certificación, cosa sumamente interesante, pues Pujols salió de la Junta en junio, cuando el motín del 9, que expulsó a Bobadilla, Caminero y al mismo Pujols de la Junta, precisamente a causa de dicho Plan propuesto días antes de una reunión de notables. En esta reunión, al proponerse dicho Plan, Sánchez, Duarte y otros compañeros allí presentes, protestaron. De ahí el golpe del 9 de junio que llevó a Sánchez a la presidencia de la Junta, por ser quien había inspirado más confianza frente a dicho Plan. Etc.»

legión de los afrancesados, bien que parece indudable y no negado por sus parciales y allegados, que por necesidades de defensa, o humana flaqueza hija de la carne, formó parte de sus filas en los días de Santana, Jimenes o Báez. En su candente artículo de polémica, aunque bien documentado, el licenciado Leonidas García resume que el general Francisco Sánchez del Rosario «está íntimamente ligado al partido conservador o afrancesado con los siguientes hechos por la aceptación y firma del manifiesto de julio del 16 de enero, que pasa como nuestra Acta de Independencia (obra exclusiva según lo he demostrado).

Son, poco más o menos los mismos argumentos que ha alegado el Lic. Sánchez en sus «Observaciones acerca de la efemérides del 8 de marzo» en el *Listín Diario*. Favorecen en puridad a Sánchez en su causa por el delito de complicidad en la Resolución de la Junta que adoptó el Plan Levasseur, bien que quedara relegado después el acuerdo a la categoría de no ejecutado, muy frecuente por cierto entre nosotros, el siguiente hecho: Sánchez para el ocho de marzo del 1844 es presumible que no fuera ya miembro de la Junta Central Gubernativa, pues el postrer decreto que firmó como tal es el del 10 de ese mismo mes, según la Colección oficial de nuestras leyes,[6] en ese momento fue nombrado gobernador de la Provincia de Santo Domingo. Compruébese esto, además, por otro hecho: en Nota puesta a la carta con fecha del 2 de marzo del propio año de la patria, que llamaba a Duarte al seno de la misma, se puede leer: «Matías Ramón Mella, el presidente de la Junta, permitió y abrió a ruego de mi compañero de trabajo y peligros, esta carta para que también la firmara, y firmó su nombre, su nombre inmortal, Francisco del Rosario Sánchez». Eso no hubiera ocurrido de ser Sánchez componente de la Junta en tal época en que por derecho propio hubiera estampado su firma en dicha epístola, aunque cabe la objeción de que pudo volver a ser lo que aquel día 8 de marzo del 1844, miembro de la Junta por más que eso no conste, por lo menos de modo expreso, y más bien como un acontecimiento

[6] Vol. 1º, p. 19, doc. 6, Resolución de la J. G. relativa a los haitianos residentes en el Distrito de Santo Domingo que deseen salir del país.

concomitante con el día siguiente a la fecha de la consabida resolución, esto es el día 9 de marzo, tal como lo relata en su *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, segunda edición, páginas 83 y 84, el minucioso García:

«…Y mientras tenían lugar los pronunciamientos de los pueblos, ¿qué hacía la Junta Central Gubernativa?

«…participaba el 9 de marzo al presidente de Haití la firme resolución de los pueblos de la antigua parte española de separarse de la República Haitiana, erigiéndose en un Estado soberano bajo sus antiguos límites; mandando un buque a Curazao en busca de Juan Pablo Duarte, Pedro Pina y Juan Isidro Pérez, etc.»

«…¿Cómo ha venido a quedar constituida?

«…Del modo siguiente: ciudadano Tomás Bobadilla, presidente; general Manuel Jimenes, vicepresidente; general Juan Pablo Duarte, general Francisco Sánchez, doctor José María Caminero; y ciudadanos José Tomás Medrano, Carlos Moreno, Félix Mercenario, Manuel María Valverde, Francisco Javier Abreu, José Ramón Delorve; Silvano Pujols, secretario». Nada se opone desde luego a que el historiador García quisiera sólo decir en esa fecha del 9 de marzo estuviera ya constituida de facto.

No es posible tomar en consideración el que el decreto que subsigue al del 10 de marzo de la junta sea de fecha 11 de ese mismo mes, en el cual «tampoco figura la firma de Sánchez», puesto que entre esos dos decretos hay la resolución del 8 que trató el Plan Levasseur, que no se incluye en la susodicha *Colección de Leyes y Decretos...*, de la República Dominicana.[7] A más como alega el Lic. Leonidas García, existe una proclama de la Junta Central Gubernativa del 10 de marzo en la cual aparece la firma de Francisco Sánchez, y la fecha de esta es posterior en dos días al documento en referencia», la cual consta de la *Colección de Documentos para la Historia de la guerra de la Separación Dominicana*, recopilados en Notas por don José Gabriel García, páginas 5 y 6, número 12.

Aunque sí es cierto que la firma de Sánchez es diferente en la de dicho Plan a la que acostumbraba a poner en los documentos oficiales y privados. Siempre aparece su nombre en esta forma apocopada: Fco. o F. Sánchez, o íntegramente suscribe:

Francisco o Francisco del Rosario Sánchez; tal se puede advertir entre otros pliegos en el *Manifiesto del 16 de enero del 1844*, que obra de las páginas 7 a 15 de la *Colección de Leyes*, la Proclama Restauradora a los pueblos del Sud, en las páginas 97 y siguientes de *Controversia histórica...*, contestación a Desgrotte del 28 de febrero del mismo 1844 y Declaratoria de la Junta Central del 10 de marzo del mismo año, en las páginas 16, 17, 18, 19 de la propia Colección Oficial de Leyes, y en artículos y cartas privadas del héroe: véase «Amnistía» (pp. 96-97, C*ontroversia histórica...*), carta del 19 de septiembre del 1856 al editor del *Eco del Pueblo*, (edic. del 21 del mismo mes y año), Resolución del 13 de abril de 1858 como gobernador político de la Capital (*Boletín Oficial* No. 43, 15 de abril del 1858), carta del 15 de noviembre del 1843, dirigida a Duarte, copiada en Nota de esta obra, etc. En cambio la Resolución del 8 de marzo de 1844, de la Junta que vacía totalmente el Plan Levasseur transcrito ya y que copiaré en su oportunidad, está calzada al pie con estas firmas: Bobadilla, Francisco Sánchez, Caminero, Valverde, Félix Mercenario, Echavarría, C. Moreno. El secretario de la Junta, Pujols. Habiendo un sello que dice: «Dios, Patria y Libertad», con una balanza en el centro.

Madiou, comentando el magno acontecimiento de febrero del señalado año 1844, ha referido: «inmediatamente las nuevas autoridades rodeadas del pueblo dominicano se reunieron en la plaza de Armas y se procedió al nombramiento de la Junta Gubernativa.

Aunque Bobadilla no se encuentra en ese momento en la ciudad, fue elegido presidente. Francisco del Rosario Sánchez había sido descartado, etc.».[7]

Pero yo inquiero: ¿Había sido «descartado» como presidente, simplemente, o como miembro mismo de la Junta? García parece resolverse con el primer término de la primera proposición propuesta, puesto que indica a Sánchez como uno de los que formaban parte de esa reorganizada junta definitiva de gobierno del 9 de marzo, o de fecha anterior. Parece también darle cabida a esta interpretación el Decreto invocado del 22 de agosto del 1844

[7] *Historia de Haití*, 1843-46, p. 112 y sigts.

en que se declara traidores a la Patria a Duarte, Sánchez, Mella, etc., por parte de tal organismo dirigente de la República recién proclamada, toda vez que habla el tal de las actividades de esos patricios, entre los cuales está Sánchez, mandando a propalar en el Seybo que «la isla había sido vendida a los franceses por tres millones de pesos, etc.»

En dicho Decreto de la Junta del 22 de agosto del 1844 se puede leer:

«Vista la declaración del comandante del Ejército Manuel Leguisamón en que dice: que por comisión de los generales J. P. Duarte, Francisco Sánchez y del teniente coronel P. Pina, entonces miembros de la Junta, colocados en ella por voluntad de los mismos, y del Sr. Juan I. Pérez que hacía de secretario, fue a las comunes que componen el departamento del Seybo, con las miras de propagar en ellas «que la isla había sido vendida a los franceses por tres millones de pesos, etc.»

El documento que contiene la resolución de Junta que adopta el Plan Levasseur le fue revelado en 1907 ó 1908 al historiador García, aunque era propiedad del mismo Manuel de Jesús Ravelo. Su hallazgo data de la muerte del prócer general Félix Mercenario, entre cuyos papeles estaba, quien había sido de dicho cuerpo gubernativo de la primera patria y era pariente muy cercano de aquel Ravelo. De él sacó copia García luego de remitirle a su vez el original a Emiliano Tejera que extrajo copia también y lo devolvió a su primitivo dueño. Pero después pasó de las manos de Ravelo a las del antiguo catedrático V. Natalio Redondo, y por fin de las de este a las del Dr. Alcides García quien depositó los originales a donde ahora están, esto es, en el archivo de José Gabriel García. En cuanto a la primera obra en que se hace mención del Plan, es un folleto a que he hecho referencia anteriormente, publicado en Filadelfia en el año 1852, por quien usaba por seudónimo Britannicus, y que se atribuye a Teodoro Stanley Heneken, quien desempeñó importantes papeles en la Primera República, y en la propia etapa Restauradora.[8]

[8] *Rasgos biográficos de dominicanos célebres.*

Por otra parte parece darle alguna verosimilitud a la decisión del 8 de marzo que analizamos, el discurso pronunciado por Bobadilla en calidad de presidente de la Junta Central Gubernativa, con fecha 26 de mayo de ese año 1844, y que dio a la publicidad en *El Progreso* el día 9 de diciembre de 1914, año I, número 6, el Lic. Andrés Julio Montolío, ya fenecido, quien le exhumó de entre los papeles dejados a su suerte por el historiador Carlos Nouel.

Extractamos de él el siguiente fragmento:

«En las actuales circunstancias y por una consecuencia natural de otros antecedentes, el gobierno pensó en solicitar la protección y la ayuda de una nación europea que nos socorriese y auxiliare con su poder y sus recursos en la lid que habíamos emprendido noblemente. No dejó de ser un motivo de meditación para los mandatarios del pueblo dominicano. Recurrir a nuestra antigua metrópolis hubiera sido dar un paso retrógado que nos hubiera atraído a la inconsideración y el desprecio de los españoles americanos: ¿Qué hubiera podido hacer tampoco por nosotros una nación despedazada y arruinada en guerras intestinas? Nuestros principios de conveniencia y utilidad debían necesariamente encontrarse en oposición directa con los de aquel país. Recurrir a los Estados Unidos, a Inglaterra o a cualquier otra nación, era un paso lento que no podía satisfacer las urgencias del momento. La Francia, señores, es liberal, ella tiene intereses directos en este país; ella ostenta una protección benévola a la libertad y a la humanidad; con ella no hay peligros de entrar en relaciones, solicitar de ella un protectorado; por lo cual nuestro gobierno no titubeó en plantear, avanzando algunos acuerdos que hasta este momento no forman en contra-perfecto de nuestra conveniencia, de nuestro honor y de nuestra decisión, etc., etc.»

De existir tal documento, y no se ha inscrito nadie que sepa de él, es muy posible que se refiera el orador de aquella pieza política al acuerdo tomado en 8 de marzo del 1844 por la Junta, propuesto en la Asamblea de Notables previamente, tal como insinúa el escritor García en su artículo de polémica «Otro Documento Notable», dado a la luz en el *Listín Diario* el 24 de mayo de 1927.[9]

[9] «Sánchez Integral», publicado en el *Listín Diario*, ed. del 9 de marzo del 1933.

Es poco probable que Sánchez tuviera causa común con el partido opuesto a la Independencia absoluta; por la ratificación y firma de la Resolución del 8 de marzo de 1844, que aprobaba de lleno el protectorado francés y cedía a Francia por siempre jamás la península de Samaná; y por haber concurrido a la instalación de la Junta Gubernativa formada por Santana inmediatamente después de sus grandes violencias del 12 y 13 de julio.[10]

Parece respaldar tal criterio el historiador García, cuando en la página 94 del volumen 2 de su segunda edición de la «Historia de Santo Domingo», hace figurar a Sánchez en la Junta recompuesta del 16 de julio, bien que resulte extraño sobremanera que a los dos días tan solo de haber concurrido él (Fco. Sánchez), con los demás miembros del nuevo Gobierno al Palacio Nacional, según dice el mismo relator en la página 268 del tomo II pero de edición posterior, se diera «orden de encarcelamiento contra el general Francisco Sánchez». Sobre todo bastará leer la vívida relación del héroe febrerista Ramón Alonso Ravelo acerca del golpe de Estado del 14 de julio del 1844 para advertir la casi inverosímil verdad histórica consagrada por los historiadores clásicos, pues el hombre que se enfrentó a Santana en tal trance no era concebible que a los dos días del mismo sonado suceso formara núcleo político con él en el seno de aquella Junta y lo cual no obsta para que acontecimientos ulteriores le hicieran transigir con su poderoso émulo de ese momento y de casi todos los instantes de su trágica existencia de prócer eximio.

«…Se dirigió al Palacio Nacional, dice Ramón A. Ravelo, en donde estaba la Junta en sesión permanente, entrando Santana hasta ponerse al frente de la Junta, y con palabras algo serias se expresó en estos términos: «Estas charreteras me las ha dado la Nación, si queréis las depositaré en ustedes y me retiraré al Prado con tal de que no me vuelvan a molestar, etc.»

[10] Véase carta del 15 de noviembre del 1843 dirigida por Vicente Celestino Duarte y el general Francisco Sánchez a Juan Pablo Duarte, la cual se transcribirá.

Desde luego, comprendió el presidente de la Junta que lo era el general Francisco Sánchez, que no había arreglo amistoso, etc.» Santana baja del Palacio, y con los suyos se dirige al Altar de la Patria. Sube, arenga al pueblo, se retira la Junta, vienen los oficiales que Santana tenía de reserva, etc., llamándole, a Santana, Jefe Supremo. [12]

Pugna tal relato de Ravelo con la propia acta de reorganización de la Junta que obra en la *Colección de Leyes*, etc., tomo I, págs. 27 y 28, que entre otras cosas dice así:

«…En la ciudad de Santo Domingo el día diez y seis de julio de mil ochocientos cuarenta y cuatro y primero de la Patria, siendo las tres de la tarde, y a invitación del General de División Pedro Santana, a quien el pueblo y el Ejército proclamaron el día trece del corriente, Jefe Supremo, se reunieron en el Palacio Nacional los ciudadanos Manuel Jimenes, general de División, Francisco Sánchez, general de Brigada, etc.» Y se agrega en el acta: «Después de lo que, y habiendo convenido unánimemente todos en la nueva organización de la Junta, en los términos propuestos; quedo en el ejercicio de sus funciones, etc.»

Ese acto fehaciente no ha sido declarado falso, bien que pudo haber sido falseado en su redacción y firmas, lo cual es muy común en pliegos políticos de tal índole, entonces y posteriormente, y el historiador se ve obligado a derivar de él una relativa verdad histórica, sin mengua en nada que Sánchez firmara, a pesar de estar su firma, o que lo hiciera sorprendido por el momento conflictivo, pero que él revocara su decisión tan pronto traspusiera los umbrales del Palacio Nacional en que se verificó esa memorable reunión. De todo esto abunda en nuestra Historia y ello debe servir de constante tropiezo para el investigador que busque anheloso la verdad, y por otro lado, característica es en el héroe nuestro esta debilidad en asuntos políticos.

Esa no es una opinión aislada contra Sánchez, sin embargo; pues la pluma genial de Miguel Ángel Garrido que hace la semblanza del sacrificio de San Juan y del héroe del Conde, destaca

[12] *Correspondencia diplomática de Levasseur.*

los dos rasgos salientes que pesan en su pro en el platillo justiciero de la Historia, a pesar de sus desmayos políticos.[13]

Quiero aceptar, pues, porque hay un documento válido, hasta prueba en contrario de falsedad, que Francisco Sánchez suscribió la Resolución del 8 de marzo del 1844 de la Junta Central Gubernativa que concedía «en un tratado con la nación francesa» en que se establecieran como bases:

1) «La integridad de nuestro territorio según los poderes que emanen de la Constitución, y en fin como un Estado Libre y Soberano»;

2) «Que jamás será atacada la libertad… de los que tuvieron la desgracia de ser esclavos, ni los principios de igualdad…»;

3) «…Se hará un tratado de amistad y alianza tan pronto como se quieran y se presenten emisarios del Gobierno Francés…»;

4) «El Gobierno dominicano prestará a la Francia cuanto auxilio necesite en caso de que haya de dirigir fuerzas sobre la parte Occidental o la República Haitiana»;

5) «…La Francia dará al Gobierno dominicano, fusiles, pertrechos, y el dinero que necesite para mantener su Estado de defensa, y al mismo tiempo las tropas que puedan necesitarse»;

6) «El Gobierno dominicano, en remuneración cederá la Península de Samaná a la Francia a perpetuidad…»; y,

7) «Habrá paz sólida y duradera entre ambos gobiernos, y en mejores condiciones se hará un tratado de comercio en que se estipularán ventajas recíprocas por el cual ninguna otra nación tendrá preferencia sobre el Gobierno francés».

[13] Francisco del R. Sánchez por Miguel Ángel Garrido.
«Venga a mí la heroica pluma del canto breve, y ayúdeme a escribir una página no más en tu alabanza. De tus desmayos políticos sabe la Historia… No los quiero traer a la justicia de este libro, ni al examen impasible de mi pluma, porque he pedido la del himno para cantar brevemente tu nombre es una luz inextinguible que reverberá en la atalaya del patriotismo, señalando dos etapas inmortales de tu vida. En la una se contiene tu Thabor: la noche milagrosa de febrero. En la otra está escrito tu Golgota: el cadalso de San Juan! Etc.
Forma parte del libro *Siluetas*, y fue reproducido por *Analectas*, el 16 de febrero del 1934, vol. V, núm. 7, p. 91.

Este pacto que contraía un compromiso recíproco será analizado en esta obra en el volumen décimo, y bastará decir en esta oportunidad que los que le suscribieron, conservadores y liberales, Bobadilla, Sánchez, Caminero, Valverde, Mercenario, Echavarría, Moreno, no creyeron sinceramente sino salvaguardar a la Patria amenazada constantemente por el haitiano, que era entonces un vecino poderoso, pidiendo protección a una nación fuerte como era la Francia, y dando por compensación un pedazo de nuestro territorio que debía ser inajenable. Esta prenda o anticresis *sui géneris* concedida por el Estado dominicano naciente a la potencia francesa se llama en la historia traición, pero esa no fue la elevada intención de sus autores. Ya lo demostraré en su oportunidad. No quite que esta comprehensión de sus proposiciones y deseos, «hubiera recalcitrantes infieles y anexionistas como Bobadilla, Caminero y Moreno, puesto que allí figuraban patriotas insospechables como Sánchez, Valverde, etc. Fue precedida la convención de dos entrevistas preliminares que dan un poco la clave del proceso. La primera conversación del 8 de marzo del 1844, fue un poco el resultado del miedo de los dominicanos por los preparativos bélicos de los haitianos que denunciaban el decreto del 4 de ese mes de marzo que mandaba a movilizar «la Guardia Nacional y al presidente de la República a comandar las tropas en persona» y de la Orden del Día que requería «a todo oficial del Estado Mayor para recibir órdenes». La referida Nota fue enviada por Bobadilla a Saint Denis, cónsul de Francia en Santo Domingo, con la misma fecha del 8 señalada, y como resultado de dicha entrevista. Y a la mañana siguiente, o sea el 9 de marzo del 1844, como anota el cónsul francés en su carta al ministro Guizot, Bobadilla, jefe del gobierno dominicano de ese modo, visitó a Saint Denis, «acompañado por el joven Sánchez, el jefe del partido revolucionario, hoy miembro de la Junta Gubernativa».

Analizadas las cosas desde un punto realista no cabe duda que es evidente la actuación de Sánchez y que éste compartió la falta de ceder u ofrecer, compensar con la península de Samaná la ayuda que se iba a recibir para su Patria de parte de una potencia como era Francia. Indudablemente es también real que la

violencia moral pudo haber constreñido el alma del prócer Sánchez a ceder a la voluntad de sus compañeros de Junta, entre los cuales había anexionistas de reconocida vocación y que sirvieron a todos los regímenes extranjeros como el calificado presidente de dicho organismo ya señalado. Tal es la realidad.

Ahora bien, no es posible sospechar del patriotismo de Juan Pablo Duarte, el más inefable y puro prócer que hemos tenido en todas las épocas; no obstante, con fecha 1º de junio del 1844, y 1º de la Patria, firmó junto con Bobadilla, Mercenario, Medrano, Jimenes, Moreno y Sánchez, otra carta dirigida a Juchereau de Saint Denis en la cual le urgían en presencia de las circunstancias a que «el rey de los franceses» y sus representantes «el Sr. almirante de Moges, el Sr. cónsul general», y el mismo Saint Denis tomaran «sobre sí y en razón de la distancia, y de la urgencia, el reconocer provisionalmente la Independencia dominicana bajo la protección política de Francia». Este texto pone de manifiesto que con el mismo sentido realista se pedía la protección a Francia por el gobierno dominicano de entonces para preservar la Independencia anunciada, proclamada y defendida por los Duarte, Sánchez, Mercenario y Jiménez, del partido separatista y liberales los dos primeros, verdaderos ortodoxos del nacionalismo. Tal era otro hecho. La historia confronta hechos y de ahí deduce ideas, y no a la inversa, por eso su orientación objetiva sólo da la clave verdadera de los acontecimientos que ventila y juzga. Así Duarte y Sánchez, en este lance incurren en falta de purísimo patriotismo obligados por una necesidad adherida a ese mismo sentimiento que los había animado durante todas sus vidas de patricios y que los empujó a pedir auxilio a una potencia extranjera europea para no caer de nuevo en poder del vecino reincidente que deseaba seguir con su obsesionadora idea de la «isla única e indivisible» proclamada desde Toussaint y confirmada por las espadas de Dessalines y Soulouque. Esta es la única interpretación racional en este caso en que quedó en equívoco concepto la conciencia histórica de nuestro pueblo y que debía sólo rescatar en los campos de batalla, en las luchas con el haitiano y el español de tiempos posteriores. En las biografías de Sánchez y de Duarte sus firmas en los respectivos acuerdos del 8 de marzo

del 1844, los cuales constituyen los dos planes Levasseur de ese período, ya que hay un tercero del 1845 que se examina en esta misma obra y que caracterizó un proyecto de libertad condicionada, han de ser una ligera mancha que han de compensar en la balanza de la Historia sus ejecutorias resplandecientes de apostolado y de heroicidad. Hay que convenir con Hegel en la inconsistencia en el terreno de los hechos, del héroe perfecto. Y esto no deben olvidarlo sus biógrafos reflexivos al contemplar sus altas humanidades de emancipadores.

Anexo 34

Nota del agente confidencial Mella al excelentísimo ministro de Estado en el 1854 (de la Monarquía Española)

Señor: El infrascrito, encargado confidencial del Gobierno de la República Dominicana para tratar con el Gobierno de S.M.C. acerca de los medios de establecer relaciones de amistad entre los países respectivos, tiene el honor de dirigirse al Excmo. Sr. ministro de Estado, recordándole el memorándum del 18 del próximo pasado y la entrevista del 13 del presente mes, todo con el fin de que tomadas en cuenta las razones expuestas por el infrascrito, se proceda de parte del gobierno de S. M. C., a tomar una resolución decisiva en el asunto, resolución que permita al Gobierno del infrascrito proceder con el debido espacio y prevención a tomar las medidas que juzgue convenientes, dado caso que, contra sus deseos y los del infrascrito, sea desfavorable aquella resolución, o no satisfechas por completo las miras y el objeto que para provocarla se han tenido.

Con este motivo, y a fin de evitar cualquier especie de entorpecimiento que pudiera originarse de mala inteligencia en palabra o concepto, el infrascrito cree por todo extremo necesario, hacer una breve aunque sustancial recapitulación de su encargo, de los fundamentos en que se apoya, y de lo ocurrido hasta el día.

La República Dominicana cuenta hoy diez años de existencia, durante los cuales ha defendido y hecho triunfar por las armas y sin ningún auxilio extraño los derechos de su raza y de su suelo. Para continuar defendiéndolos, cuenta con el valor de sus hijos y con la fuerza y medios propios de su Gobierno; por lo

cual, si bien ha procurado merecer y trata de conservar a toda costa la benevolencia y amistad de otras naciones, nunca ha pensado en pedir a ninguna de ellas auxilios materiales contra sus naturales y constantes enemigos los haitianos. La República Dominicana no tiene deuda pública ni legiones asalariadas de extranjeros; y esto prueba que, a lo menos hasta ahora, no ha necesitado para conservarse de otra sangre ni otro caudal y la sangre de sus hijos.

Pero la suerte de las armas es varia y caprichosa, y el estado de guerra no puede ser normal para ningún pueblo, tanto menos para el que, escaso de población y pobre en industrias, ha menester la paz como primero e indispensable elemento de cultura, de civilización y de riqueza. Y la paz es imposible entre dos pueblos limítrofes, de raza, lengua y costumbres diferentes, y cuyas fuerzas casi iguales le permiten la guerra al paso que le vendan las conquistas. La República Dominicana ha acudido a algunas naciones poderosas de Europa pidiéndoles su mediación para obtener la paz duradera y honrosa, y al hacerlo así ha creído que procedía autorizada, tanto por el espíritu cristiano y civilizador de nuestro siglo, como por el interés bien entendido de esas mismas naciones poseedoras de establecimientos coloniales en el Archipiélago de las Antillas.

Y hasta ahora, en efecto, el resultado de semejante mediación no ha sido estéril, pues dado que no ha producido la paz que deseaba, ha prolongado la tregua algunos años. Los cuales también han servido para convencer a la República Dominicana de una verdad importante, y es que sin la mediación oficial de España, combinada con la de Francia e Inglaterra, el estado actual de cosas nunca pasará de ser un estado inseguro, sin ninguna de las ventajas de la paz y con todos los inconvenientes de la guerra. Y la razón es tan obvia que no puede ocultarse aún en los menos avisados; y es que ni Francia ni Inglaterra, no obstante su poder colosal en Europa, merecen de los haitianos tanta veneración y respeto como España, lo uno porque España, legítima propietaria del territorio de la República Dominicana, es la única que puede dar reconocimiento a ésta implícita o explícitamente, dirimir la cuestión de derecho, sancionar la emancipación de sus antiguos súbditos y poner la autonomía del nuevo pueblo bajo el

amparo y jurisdicción de la ley general de las naciones cultas; y lo segundo, porque la vecindad y las fuerzas de los establecimientos coloniales españoles son de más peso y consideración para los haitianos que las fuerzas mayores, mas no tan inmediatas de las otras potencias europeas.

Esto sentado, y teniendo en cuenta los no interrumpidos y de cada vez más preciados vínculos de amistad que la tradición histórica, la sangre, la común religión, la común lengua y las análogas costumbres han conservado entre la República Dominicana y la nación española, claro se ve que el encargo que de su gobierno ha recibido el infrascrito no podía tener, como no tiene, por objeto sino lo que en igual grado de provecho y honra, debiese ser recíprocamente útil a ambos pueblos. Y aun por eso, considerando que toda medida, estipulación o convenio que diese por resultado colocar a España en situación de inspirar celos o temores a otras potencias, era suscitarle embarazos tan perjudiciales a sus propios intereses como contrarios a los de la República Dominicana, el infrascrito ha reducido su solicitud al simple reconocimiento de dicha república por el gobierno de S. M. C.

Que semejante reconocimiento está en el derecho de la nación española, sólo podría negarlo quien ignorase que el territorio de la actual República Dominicana ha sido suyo por descubrimiento, conquista y posesión, durante, no ya años, sino siglos. Que a ninguna nación de Europa ni de América puede ni debe causar extrañeza el ejercicio de semejante derecho, se convence recordando que nadie ha imaginado siquiera, no ya que intentado, poner en duda el derecho igual que ha tenido para reconocer, como ha reconocido, otras repúblicas del nuevo continente.

A lo cual debe añadirse que por un concurso de circunstancias raras, cuanto favorables, los antiguos colonos de Santo Domingo no han hecho armas contra la Madre Patria: que han conquistado su independencia de los haitianos, no de los españoles; y finalmente, que los intereses de estos jamás han recibido el más pequeño menoscabo en aquel pueblo siempre adicto a la metrópoli. ¿Por qué pues serían los dominicanos menos favorecidos de España que lo que lo han sido venezolanos, peruanos, mejicanos y chilenos?

En suma, España no tiene que hacer ningún género de sacrificios al sancionar con su reconocimiento la independencia de Santo Domingo. Lejos de eso semejante reconocimiento no sería más que una solemne ratificación de relaciones y vínculos que jamás han dejado de existir entre la Madre Patria y la antigua colonia, y que a toda ley de justicia y razón, deben ser conservados para el mutuo provecho de ambos pueblos.

A nada quedaría tampoco comprometida España respecto de otras naciones de Europa o de América, practicando el reconocimiento; pues éste no tiene ni puede tener otro carácter que el de acto legal inofensivo al cual se seguirá el envío de agentes, ya consulares, ya diplomáticos, según pareciese más conveniente, conforme lo hacen hoy así en Santo Domingo, como en Haití, Francia e Inglaterra.

No concibe el infrascrito que a estas razones de simple buen sentido, y a las que más adelante expondrá de recíproca conveniencia, puedan oponerse consideraciones deducidas del estado social de las posesiones españolas en América; ni aun hablaría de tales consideraciones (tan fútiles le parecen) si no cumpliese a su propósito anticiparse a cualquiera objeción que en este u otro sentido fuese dable alegar para impedir el logro de una negociación de reconocida utilidad para la nación española y para que el infrascrito representa.

Y en efecto, no puede ocultarse a la alta penetración y proverbial buena fe del Gobierno español, que el reconocimiento de la República Dominicana no prejuzga ninguna cuestión colonial, ni puede significar otra cosa para los pueblos sometidos al dominio de S.M.C. que confirmación de un hecho irrevocable; fuera de que el ejemplo dado con el reconocimiento de otros pueblos americanos que se hallan en el mismo caso que Santo Domingo, claramente demuestra que España, al renunciar de hecho y de derecho a la reconquista de sus antiguos dominios, nada teme por la posesión de los que aún conserva en América como preciosos restos de su imperio. El infrascrito llama sobre este esencialísimo punto la atención del Excmo. Sr. ministro de Estado de S.M.C. sometiendo a su conocida ilustración las siguientes reflexiones:

Primera. Que la necesidad imperiosa de la propia conservación puede obligar a la República Dominicana a tratar con otras naciones bajo la base de mutua conveniencia y provecho.

Segunda. Que aunque tales tratos no se hagan en agravio ni perjuicio de los intereses de España, basta que se hagan sin su anuencia para llevar consigo la contingencia de que algún día puedan serle hostiles.

Tercera. Que el mayor embarazo que hoy se ofrece al Gobierno de la República Dominicana consiste en querer éste mantenerse libre de toda especie de compromiso interino que resuelve de un modo franco y definitivo el encargo que ha traído a España el infrascrito.

Cuarta. Que semejante neutralidad no puede prolongarse mucho tiempo sin grave perjuicio de los intereses de la República Dominicana, pues a nadie puede ocultarse la suma de medios de que puede disponer una nación poderosa para compeler a las que le son menos y se hallan constantemente amenazadas de la guerra, a consentir en pactos más o menos provechosos, pero que la fuerza de las circunstancias puede hacer inevitables.

Quinta. Que cuando la justicia, la razón y, en fin, la conveniencia no aconsejan a España una conducta capaz de excusarle y de excusar al Gobierno del infrascrito tamaño conflicto, todavía debería moverla a ella los intereses generales de su comercio, la conservación de su lengua, raza y religión y los provechos de su marina.

El infrascrito reconoce con la mayor satisfacción que en el recibimiento que le han hecho los señores ministros de S.M.C. hay una cordialidad sincera, de excelente augurio para el buen éxito de su encargo, y confiesa además, que en el Sr. ministro de Estado ha hallado las mejores y más favorables disposiciones para el mismo fin. Persuadido de ello y convencido al mismo tiempo de que los actuales negocios de Europa han debido ocupar poderosamente la atención del Gobierno de S.M.C. el infrascrito se resolvería a aguardar por algún tiempo en silencio el resultado del asunto que le ha sido confiado, si no considerase: lo uno, que semejante tardanza, es por todo extremo perjudicial a su país, segundo, que no está completamente de acuerdo con las instrucciones

que ha recibido, tercero: que todo bien considerado, los asuntos de América se hallan en manos de quien, por conocerlos a fondo y de mucho tiempo a esta parte, está en el caso de poderlos resolver sin las dilaciones y moratorias indispensables en quien tan sólo ahora por primera vez hubiese de estudiarlos.

Fundado en estas consideraciones, y en cumplimiento de su deber, el infrascrito se toma la libertad de suplicar al Sr. ministro de Estado se sirva decir si por ventura considera próximo el momento de entrar en formales conferencias acerca del reconocimiento de la República Dominicana por el Gobierno de S.M.C., o si por el contrario juzga inasequible la demanda.

Con este motivo el infrascrito renueva, etc.

Madrid, 23 de marzo de 1854. Firmado: RAMÓN MELLA.

EXCMO. SR. MINISTRO DE ESTADO.[1]

[1] Archivado con los demás documentos relativos a la cuestión dominicana, remitidos al Congreso por el Ministro de Estado de España.

Anexo 35

Testamento del general Ramón Mella. Puerto Plata, 5 de mayo de 1859

«1859.– 5 de mayo.– TESTAMENTO del señor D. Ramón Mella. REPÚBLICA DOMINICANA. Sello segundo, veinte pesos.

Por ante mí José Leandro García, escribano público de la residencia de Puerto Plata, abajo firmado.

Compareció en el oficio el Sr. Don RAMÓN MELLA, general de División de los Ejércitos de la República, Comandante de Armas de esta ciudad, en donde es propietario y domiciliado y declaró: que precisado a hacer un viaje a ultramar, y temiendo de la muerte, estando en su entero juicio y conocimiento natural, quería otorgar su testamento en la forma pública, por el cual anula y da por de ningún valor ni efecto cualesquiera otro testamento, memoria o codicilo, que antes de esta haya hecho, para que sólo valga el presente. El cual dictó en la forma siguiente, a saber: Yo soy don Ramón Mella, del estado y profesión ya dicho, que nací en la ciudad de Santo Domingo, el 25 de febrero de 1816, hijo legítimo del difunto don Antonio Mella Álvarez y de la Sra. Dña. Francisca Castillo Álvarez. Que contraje matrimonio *In facie Ecclesiae* en aquella ciudad, con la Sra. Josefa Brea, con la cual he tenido y procreado por mis hijos legítimos a Ramón, Ildefonso, América y Antonio Nicanor, todos cuatro en su menor edad bajo la Patria potestad. Y en estas cualidades ordeno este mi testamento en la manera siguiente: Primeramente.– Declaro que soy de religión, Católico, Apostólico y Romano, cuya Iglesia es dirigida y gobernada por el Espíritu Santo, en cuya fe y creencia he nacido, vivido y en lo adelante protesto de vivir y morir. Invocando en mi

auxilio, desde ahora, para la de mi muerte, la protección de la gran Reina de los Ángeles María Santísima para que interceda con su preciosísimo Hijo obtenga la salvación de mi alma, que encomiendo a Dios nuestro Señor que la crió y redimió, con el inestimable precio de su sangre, y el cuerpo mandó a la tierra de la que fui formado. Itt: Declaro: que así mi entierro como el bien que se pueda hacer por mi alma, será todo a la disposición de mis albaceas testamentarios, abajo nombrados.

Itt. Declaro: que cuando contraje matrimonio con la referida mi esposa Da. Josefa Brea, ni uno ni otro aportó nada de bienes a él, solamente nuestra industria personal: por cuya razón, según las leyes, tiene ella del todo que hemos adquirido, su mitad de gananciales.

Itt. Declaro: que todas mis propiedades, cortes, bienes, animales, y demás derechos y acciones que poseo, constan en mis títulos, documentos, papeles y libros, y por lo mismo no encuentro necesidad de explicarlos, pues mi albacea los tendrá de manifiesto y a su tiempo.

Itt. Declaro: que mis deudores y las cantidades que adeudan constan de mis documentos y que mi esposa conoce y tiene en menos, para que se cobren y arreglen, y su producto se tenga por parte de mis bienes.

Itt, Declaro: deber únicamente a la casa de Dn. Juan Abril y Compañía establecida en esta República arreglado el veinte y seis de marzo de este año la suma de TRES MIL QUINIENTOS TREINTA Y OCHO PESOS Y ONCE CENTAVOS FUERTES; que mando sean pagados de mis bienes.

Itt. Declaro: que lego a mi legítima madre la Sra. Da. Francisca Castillo y mi hermana Manuela Mella, la cantidad de mil pesos fuertes, lo que entregará mi esposa según las instrucciones que le he dado.

Itt. Declaro: que mis únicos y universales herederos de mis bienes y derechos y acciones, quedaron remanentes después de pagar y cumplir con las mandas y legados que en este mi testamento se contenga, a mis legítimos hijos, Ramón, Ildefonso, América y Antonio Nicanor Mella, todos cuatro en su menor edad, dos en el estudio en París y los otros dos menores en mi compañía. Para

que lo gocen y posean con la bendición de Dios y la mía. Y para cumplir y pagar este mi testamento, mandatos, legados, en el contenido elijo, diputo y nombro, por mi única y legal albacea executoria testamentaria a la referida mi consorte la señora Da. Josefa Brea de Mella, residente conmigo en la casa de mi morada, en esta ciudad.– A quien le doy todo el poder y facultad, que en derecho sea permitido, para que entre mis bienes, y de lo más bien cumpla con lo que dejo, así Dios lo depare a quien lo haga por la suya. Y así concluyo otorgo y dicto el señor testador y yo el escribano a su requeriente doy acto. Hecho y pasado en esta ciudad de Puerto Plata el cinco de mayo de mil ochocientos cincuenta y nueve, décimo sexto de la Patria; y habiéndosele leído en presencia de los señores testigos que aparecerán, dijo el señor testador que estaba conforme; que este era su testamento como lo había dictado, y escrito por nos, que nada añadir y quitar tenía; y que el todo estaba conforme a su voluntad, y lo firmó con los testigos requeridos por la Ley, señores Wenceslao de la Concha, Pedro Tomás Ortega, Francisco Anselmo López, y Gregorio de Lora, todos cuatro mayores, propietarios y domiciliados en esta ciudad, presentes, requeridos por el mismo señor testador. Nota: antes de firmarlo dijo el Sr. testador que añadía a su presente testamento otro legado de quinientos pesos fuertes, que el señor testador legaba en toda forma a la señorita Raymunda Brea, su cuñada que vive en la morada del otorgante, en recuerdo de sus buenos servicios, y que encarga a su señora esposa executoria testamentaria, que después de su fallecimiento se los entregue, de sus bienes, de lo que juzgue a propósito disponer; y de lo que certifico y lo firmó el sr. testador con los testigos que doy fe.

R. Mella. G. Lora. W. de la Concha. P. T. Ortega. F. Anselmo López. José Leandro García. Escn. Público».

(Archivo del Notario Eugenio Polanco. De una copia que perteneció al canónigo Lic. D. Rafael C. Castellanos)».

Anexo 36

Del nacimiento y nombres del prócer Mella

Art. biog. «Ramón Mella» de D. Manuel de Js. Galván, publicado por primera vez en 25 de abril del 1884 en la *Revista Científica, Literaria y de Conocimientos Utiles*, dirigida por Guillermo de la Fuente, y el gran poeta D. José Joaquín Pérez, p. 34, reproducido luego en *Eco de la Opinión*, redactado principalmente por nuestro primer repúblico Gregorio Billini, en el año 1887.[1]

También memoramos que en la carta de la Junta Central Gubernativa a Duarte del 1844, en Nota escrita de puño y letra del general Mella a la sazón presidente, se lee así «Matías Mella».

Pero debemos colegir de lo uno y lo otro, que debió llamarse, Matías Ramón de Mella, aunque el acta de bautismo del 6 de marzo del 1816 a que nos referiremos no reza sino «Ramón, con once días de nacido, hijo legítimo de Antonio de Mella y de Francisca Castillo».[5] En cuanto al de que antecede al apellido Mella hay la

[1] En las biografías de Mella más recientes figura el nombre Matías como segundo del héroe pero sin darse la razón, porque, al contrario, encontramos en numerosos documentos oficiales antepuesto al de Ramón la letra M; v.g.: en la exposición que hacen los Pueblos del Este de las causas de la Separación de fecha 16 de enero del 1844, en la cual la segunda firma es «M.R. Mella»,[2] ministro secretario de Estado en los Despachos de Hacienda y Comercio[3] y en el que le designa el general J. D. Valverde con fecha 2 de marzo del 1858, secretario de Estado de Guerra y Marina.[4]

[2] *Colección Leyes*, año 1844, t. 1.

[3] *Colección Leyes*, t. 2.

[4] *Colección Leyes*, t. 3.

[5] Página 126, Nota 169.

justificación en la propia acta referida en que se hace constar que el padre del prócer fue don Antonio de Mella, puesto que, además, le hallamos firmando Ramón de Mella en el documento en contestación al comunicado de Desgrotte del 28 de febrero del 1844, junto con los patriotas Francisco Sánchez, Joaquín Puello, Remigio del Castillo, Tomás Bobadilla, y Manuel Jimenes,[6] y en muchos pliegos de gran trascendencia histórica.

Por eso no acabamos de encontrar la razón porqué un escritor tan certero como Alcides García incurra en ambos errores, bien que sean seguramente meros deslices de escrituras, diciéndonos «Ramón Matías Mella y Castillo», en su ensayo biográfico acerca del «Nacimiento de Don Ramón Mella».[7]

Confirmando lo que hemos afirmado, el Lic. Carlos Nouel ha escrito en su *Historia Eclesiástica...*, lo que sigue: «Los afiliados a la revolución residentes en la antigua colonia española, deseosos por su parte de ponerse de acuerdo con los jefes del movimiento reformista, enviaron a fines de enero al joven MATÍAS RAMÓN MELLA a Puerto Príncipe para enterarse de los acontecimientos, etc.[8] Y agrega el mismo autor:

«Fueron encarcelados y remitidos a Puerto Príncipe los ciudadanos Pedro P. de Bobadilla, Pedro Valverde, Félix Mercenario, MATÍAS RAMÓN MELLA, Silvano Pujols, Manuel Leguisamón, Norberto Linares, Narciso Sánchez, Dijon, Ignacio de Paula, Juan Ruiz, Pedro Santana y su hermano. Estos dos últimos fueron remitidos por tierra y de Baní se escaparon».[9] Menos comprendo de dónde sacó un publicista tan avisado como Mariano Antonio Cestero el nombre de «Ramón María de Mella», cuando dice:

«La Junta le nombró general en jefe del Ejército del Sur (a Santana), con cuyo encargo partió para Azua; al tiempo que Ramón María de Mella para el Norte, diputado para organizar la resistencia a la invasión de aquella banda».

[6] *Colección Leyes*, t. 1.
[7] *La Opinión*, febrero 25 del 1933.
[8] Tomo II, p. 426, La Reforma, etc.
[9] Nouel, obr. ut supra, t. II, 434.

En lo referente a la partida de bautismo de fecha 6 de marzo del 1816, puede decirse que procede de la Iglesia Catedral, relacionándose que se bautizó «solemnemente, puso óleo y chrisma a Ramón con once días de nacido», lo cual demuestra que vio la luz por primera vez el 24 del mes anterior de febrero. En dilucidación de este punto nos dice un biógrafo más enterado, el Dr. Alcides García, que «parece que el general Mella nació alrededor de las 12 de la noche, entre el 24 y el 25 de febrero de 1816, pues su segundo nombre es el de uno de los santos del 24 (Matías), y dicho prócer celebra su natalicio el 25».[10]

Ahora, de ser rigurosamente exacto el dato que naciera el día 24, vale decir, comprobado por documentos o por la tradición fundada en testimonios inequívocos que inspirara confianza por su probidad a la crítica, habríase sacado un buen alegato en favor de que el primer nombre del héroe debió ser Ramón, y no Matías como presumo, puesto que no es costumbre en estos casos que se ponga el nombre de un santo que no se celebra un día posterior al nacimiento sino el mismo día, bien es verdad que es dudosa la fecha entre el 24 y el 25 de dicho mes de febrero como el del nacimiento de Mella, según advierte el mismo García. Al contrario, es de conjeturar que figurase, de acuerdo con el uso de nuestros mayores, como nombre primero el de Matías cuyo santo era el propio día o lindes con el mismo, ya que «nació alrededor de las 12 de la noche» el general Mella, y, en cambio, no es San Ramón ni el 24 ó 25 de febrero sino el más dilatado del 31 de agosto de cada año.[11]

[10] García, *Guerra de la Separación...*

[11] Fue bautizado el prócer Ramón de Mella el día 6 de marzo del 1816, según la partida que se copia a continuación PARTIDA DE BAUTISMO DEL PRÓCER RAMÓN MELLA.–
Ramón Parbulo.– En la ciudad de Santo Domingo y marzo seis del mil ochocientos diez y seis. Yo el infrascrito cura teniente de esta Santa Iglesia Cthal. bauticé solemnemente, puse Oleo y Crisma a Ramón con once días de nacido, hijo legítimo de Antonio de Mella y de Francisca Castillo, naturales de esta ciudad y otros. Parrqs. furn. sus padrinos Manuel Castillo y Ysidora de Mella, a quienes advertí sus obligaciones y espiritual parentesco: siendo testigos Dn. José Vidó y Antonio Sánchez de que doy fe. Agustín Tabárez. (Parroquia de la Sta. Iglesia Catedral, Libro 29 de Bautismos fol. 20. Estante B. Caj. 6. Leg. 2)».

Anexo 37

Partida de bautismo del trinitario José María Serra

José María de la Concepción.– en la M. N. y L. ciudad de Santo Domingo a diez y nueve de diciembre del mil ochocientos diez y nueve; Yo, el infrascrito cura Tnte. de esta Sta. Iglesia Catedral. Bauticé solemnemente, puse Sto. Oleo y Crisma a José María de la Concepción de doce días de nacido, hijo legítimo de José de Serra y Juana de Castro naturales y nos. parroquianos: fue su padrino D. Antonio Solano a quien advertí del parentesco y obligaciones; testigos D. Andrés Rosón y Antonio Infante; y p.a.qe. conste lo firmo.[1]

Dr. Pedro Manl. de Tellería (Archivo Eclesiástico, *Documentos históricos*, por Vetilio Alfau Durán, *Clío*, año XVII, #83, enero-abril, 1949, p. 83)».

Su muerte ocurrió en Mayagüez, Puerto Rico, el 9 de agosto del 1888.

Como más noticias de estos dos patriotas puedo consignar que casó el trinitario Serra en esta capital el 19 de octubre de 1848, con María del Carmen Luna, hija de Gabriel Luna y de Ysabel Bernal. Su abuelo paterno era peninsular, natural de Ybiza, en Tarragona, y se llamaba Juan de Sierra, quien casó en Santo Domingo con Petronila de Castro. José María, padre del trinitario, nació en esta ciudad y fue bautizado de diez y siete días, el 27 de noviembre de 1784.

[1] Puede fijarse el día 8 de diciembre del 1819, dice Vetilio Alfau Durán, como la fecha de nacimiento del culto prócer y evangelista trinitario.

Fue comunicado y perteneció a la sociedad La Filantrópica. Estuvo, lo mismo que el trinitario, en el Baluarte del Conde el 27 de febrero del 1844…». «Publicó José María Serra las siguientes obras: *Elementos de Gramática castellana* destinada al uso de las escuelas fundadas por la Sociedad propagadora de la Instrucción en Mayagüez (Imp. de la Razón, 1892). *Apuntes para la Historia de los Trinitarios, Fundadores de la República Dominicana* (1887)».

«Los restos del prócer Serra fueron trasladados a su suelo natal en 1915, por iniciativa de la Academia Colombiana, e inhumados en la Capilla de los Inmortales de la Santa Iglesia Catedral de Santo Domingo, el 27 de febrero del mencionado año. (*Documentos históricos...*», p. 83)».

Anexo 38

Sobre los orígenes de la frontera dominico-haitiano

La historia del problema fronterizo con Haití está expuesta en mi obra *Filosofía del Nuevo Derecho* (inédita). Véase la valiosísima *Historia de la cuestión fronteriza* del destacado internacionalista dominicano Manuel Arturo Peña Batlle.[1]

Otro hecho viene a enmadejar el problema de las fronteras que parecía próximo a diafanizarse. España cede a Francia la porción Hispánica de la isla de Santo Domingo, se firmó el Tratado de Basilea el 22 de julio del 1795. Así pues, los límites que marcaba el convenio de Aranjuez, vuelven a ser ilusorios. Porque si es cierto, y algunos escritores dominicanos lo han sostenido con ahínco, que tal cesión no borraba la división en aquellas dos partes históricas, en puridad se creaba un nuevo estado jurídico con esta confusión de derechos territoriales, y los cuales daban a un solo dueño toda la soberanía. Y era discutible que, entonces, no se necesitara otro convenio al fragmentarse nuevamente el dominio de la isla.

[1] Los corsarios designados por este pacto internacional –García y Choisseul– reconocen toda la línea fronteriza, desde la boca del río Dajabón o Massacre, en el norte de la Isla, hasta la boca del río Pedernales o «des Anses-a-Pitre», en el sur de la misma, y colocan pirámides y mojonaduras, unas veces sencillas y otras dobles, con grabados en un lado de España y en otro de Francia, y levantándose dos mapas, en planos topográficos iguales, que fueron enviados respectivamente a las Cortes de Versailles y de Madrid. Y tal cual dice un historiador nuestro de lúcido entendimiento y patriotismo –en su famosísimo informe al Beatífico Padre– «había sin duda el deseo de terminar la lucha comenzada en 1630».

El país del lado opuesto proclamaba su libertad. Los negros desataban el yugo ignominioso de los blancos y hacían la memorable y gloriosa matanza. Discurría el año del 1802, en que «el primero de los negros increpaba y emulaba al primero de los blancos.[2]

Este hecho daba diverso curso al negocio limítrofe. La naciente República occidental tenía la posesión de hecho no sólo de la parte francesa sino también de la española que se hubo anexado a nombre de su antigua metrópoli. Puesto que, si desde un punto de vista del Derecho Público, podía sostener que la posesión jurídica permanecía en manos de Francia no sólo respecto de la añeja parte ibera de la isla de Santo Domingo sino hasta con relación al territorio emancipado de Haití, no era lo mismo en cuanto al hecho material de la ocupación: el derecho de la libertad y emancipación de un pueblo es un privilegio y abolengo de origen divino; un derecho inmanente de la Historia. Haití tenía derecho a su Independencia y adquirió por tanto –a título de dominio permanente– el territorio de Occidente en la vieja «Hispaniola».[3] Pero Francia permanecía con el derecho sobre la porción española adquirida por el tratado de Basilea y que ninguna otra Convención se lo había quitado: y, sobre todo, cuando ningún estado de derecho legitima tal despojo territorial. Por esta razón algunos publicistas mantienen la tesis de que entonces se repusieron las cosas al mismo estado «de jure» que fijó el convenio de Aranjuez. Mas no habiendo pacto expreso era muy dudoso que la cuestión limítrofe ya establecida tuviera aun valor legal alguno.

Los dominicanos se sublevan contra los franceses, y ayudados por los españoles e ingleses, expulsan del solar aún en costumbres tradicionales e idioma arcaicamente ibero. Era esto en el 1808. He de advertir que, entonces, para los que invocan la pureza del

[2] Frase famosa de Toussaint Louverture a Napoleón Bonaparte, al dirigirse a este último, en su conocido Manifiesto patriótico.

[3] Palabra usada por primera vez por Pedro Mártir de Anglería, equivalente a Española, y la cual no constituye expresión castellana sino voz bárbara de la versión latina de aquel autor.

tratado de Aranjuez y sus límites en toda época: Francia se mantenía señora –en Derecho– de toda la isla; pero la parte occidental la ocupaban de hecho los haitianos y la oriental los dominicanos. Y, como se volvía a dividir en dos porciones la tierra en disputa, era necesario recurrir a los límites establecidos en la convención del 1777.

A ese lapso que va del 1808 al 1809, y es cosa muy probable como se demostrara, es indispensable retrotraer la ocupación ilegítima hecha por el soberano Cristóbal de los pueblos fronterizos de San Miguel y San Rafael. Algunos escritores haitianos remontan tal hecho de ocupación al año del 1805, pero esto no se halla en ningún dato histórico ni indicio racional alguno le hace presumir, sino que al contrario, historiógrafos los hay, y entre ellos algunos también haitianos y nobles por cierto, como B. Ardouin, que se inclinan en pro para la solución que ya glosamos. En su obra *Estudio de la Historia de Haití*, aquel conocidísimo autor nos ha dicho: «Después del ejército haitiano, en 1805, el general Ferrand hizo reocupar sucesivamente los pueblos vecinos de los antiguos límites que separaban en otro tiempo la colonia española de la francesa. Los habitantes de esos lugares, los de las ciudades incendiadas, se ocupaban en la reconstrucción de sus casas.[4]

Un nuevo tratado interviene en la cuestión. Francia cede a España la parte antiguamente española. Se firma el Tratado de París el día 30 de mayo del 1814. Las cosas parecen que retornan al primitivo estado de Derecho: el pacto de Aranjuez fija los límites de los dos territorios distintos, tal cual lo ve la doctrina interpretativa dominicana cabalmente pura, y que mantiene la fórmula total de soberanía sobre los territorios ocupados por los haitianos, ¡pero originalmente nuestros![5]

[4] Tomo VI, p. 147.

[5] En 1776, José Solano y Bote –gobernador de la Colonia española– y Mr. Víctor Theresa Charpentier –gobernador de las islas francesas de Barlovento– convinieron dicho tratado de Aranjuez, aunque fue ejecutado por Joaquín García, en representación de España, y por el brigadier Jacinto Luis, en nombre de Francia.

Después, otro hecho hace torcer el cauce del problema. En diciembre del 1821, los dominicanos se separan de sus dominadores e incorpórase la naciente república a la Gran Colombia. Para aquellos autores que sostienen la teoría de que existe un estado de Derecho cuando no hay cesión legal de territorio o reconocimiento expreso del Estado desposeído territorialmente que se emancipa, existía esta situación anómala: Francia y España poseían nominalmente las dos partes de la isla; pero sólo eran sus ocupantes reales las repúblicas de Haití y la incorporación que formaba Santo Domingo. Y para ellos, el Tratado de Aranjuez volvía a imperar para definir las fronteras de Derecho.

Fue en ese momento –quizás en el mismo año del 1822– cuando cayeron bajo el dominio haitiano los pueblos de Hincha y Las Caobas, a pesar de la opinión de algunos historiadores adversos que le alejan a tiempos muy mucho más remotos. Pues como ilustra nuestro D. Emiliano Tejera –ya fenecido–: «Bastará para convencerse de este hecho que hurguemos el Decreto del presidente Boyer –que en esa época invadió y conquistó a la República manumisa e incipiente, y el cual dictó el día 17 de diciembre del 1818, bien que se ejecutó después, con su clasificación de las Comandancias de plaza; la ley que establece las oficinas de Correo del 1819, antes que todo, la ley votada por la Cámara de Representantes de Haití –a iniciativa del Poder Ejecutivo de aquel país–, el cual dividía el territorio de la República en provincias y comunes. Y tales documentos de origen haitiano son fuentes cristalinas para el pleito de fronteras por el cual pugnamos con los buenos de nuestros vecinos.

Desde el 1825, la situación jurídica del problema fronterizo se había complicado con la ocupación haitiana de la parte española de la isla. Francia nada tenía de hecho ni de Derecho sobre el territorio de la misma; Haití poseía de hecho la parte española y de hecho y de Derecho la parte francesa. España aún conservaba –para algunos publicistas e historiadores– en toda su integridad el derecho de propietario de su antiquísima posesión conquistada y cedida por sus amos primitivos y legítimos. Sin embargo, en el fondo se había operado nueva confusión de derechos sobre la isla en manos del enemigo poseedor y usurpador al mismo

tiempo, en cada una de las dos partes del territorio en litigio: por un lado, el antiguo territorio francés era escenario de aquel ocupante que ejercía un legítimo acto de dominio; pero mirado desde ese otro aspecto, la tierra de origen hispánico que hablaba en castellano y profesaba un dios católico, y era poblada por hombres blancos en su mayoría, era tenida en precario por el detentador negro que hablaba en galo y tenía dioses feroces y extraños.[6]

Después, ya corriendo el año del 1830, envía España un comisionado especial, Felipe Fernández de Castro, para reclamar a los haitianos el territorio dominicano ilegalmente ocupado. Tal misión fracasó; pero tuvo la importancia de envolver una verdadera reserva de derechos y tocar en su más íntima entraña la cuestión fronteriza.[7]

Por fin, la asonada inmortal de la Puerta del Conde, la separación de Santo Domingo del dominador colindante: el 27 de febrero del 1844. –¡Ah! pero si los dominicanos arrojaron a intrusos vecinos de su territorio, un resto quedó en poder de ellos: los pueblos de San Rafael, San Miguel, Hincha, y Las Caobas! ¡Hubo algo de negligencia y dejadez al tomar y reclamar lo que era debido al emancipado, mucho de flojedad en su fuerza y número, a pesar de nuestra pujanza y bizarría![8]

[6] Saint-Rémy, *Saint-Domingue*, t. 1, p. 47.

[7] Obr. ut supra, t. I, p. 48 y sigtes.

[8] En el capítulo «Proclama fronteriza ante la Historia y el concepto actual de la Ciencia».

Anexo 39

Nota de José María Serra sobre el escondite de Sánchez

En lo relativo a la busca y escondite de Sánchez, el propio autor de *Apuntes para la Historia de los Trinitarios, Fundadores de la República Dominicana*, ha referido lo siguiente: La ocultación de Sánchez excitaba la inquietud de sus perseguidores y el temor de que se tramara una conspiración, multiplicándose el empeño en descubrir su escondite. Así se le anticipó celebridad. Para evitar su captura se hizo correr la falsa noticia de su muerte. En la noche, cuando era conveniente hacerlo pasar de una casa a otra, íbamos dos a su lado acompañándolo; delante a una cuadra de distancia, íbamos otros dos, detrás otros dos a igual distancia (p. 19 in fine). La tradición de la familia Sánchez y sus biógrafos modernos que han escudriñado en su vida indican con precisión ese errar del prócer Sánchez para huir de sus perseguidores los haitianos. Primero celebraron una reunión en casa de Sánchez, la tarde del día 13 de julio, los trinitarios conspiradores Juan Pablo Duarte, Pedro Alejandrino Pina, Juan Isidro Pérez y Francisco Sánchez del Rosario, en la cual este último dio cuenta a sus compañeros de sus actividades y se separaron a eso de las doce de la misma noche, Duarte ocultándose en la morada de Luciano de Peña; (Tejera, *Monumento a Duarte*, pp. 15 y 17), Pina en la de Dolores Puello, y el último Sánchez permaneció en su propio hogar que era el de su padre Narciso Sánchez, según el testimonio de Rosa Duarte. «A las diez de la noche volvieron a reunirse en casa de Sánchez. A las doce, Duarte y Pina fueron en casa de la Sra. Puello. Sánchez y Juan Isidro quedaron en sus casas. Los enemigos ignoraban la llegada de Sánchez a la Capital». Está en

sus conocidos *Apuntes*… da fe de esta reunión cuando escribe que, D. Juan Duarte, padre del joven jefe separatista, fue a ver a este, acompañado de su nieto Vicente que era un niño, subió al ángulo de la muralla y llegó al Cachón, lugar escabroso en donde lo encontró rodeado de algunos amigos, y le dijo. «Francisco Sánchez te espera a las diez en la plaza del Carmen, y con él tus amigos, aquellos con quienes te liga un juramento sagrado. Tu padre te manda salgas de un lugar en que sólo puedes encontrar una muerte cierta, que quitaría la vida a tu afligida madre». Después se celebraron otras reuniones de los patriotas en la misma casa de Sánchez los días 12 y 13 de julio, conforme los escritos conservados de Socorro Sánchez en los que se afirma que tuvo que mudarse aquel a donde María Trinidad Sánchez. Parece que más tarde Duarte, Pina, Pérez, se trasladaron de adonde estaban escondidos a otros lugares. «Veamos en qué sitios se ocultó Duarte, dice Lugo Lovatón. El 14 en casa de Manuel Hernández, acompañado de Pina, donde se les reunió Pérez. Allí estuvieron hasta el 16, cuando los descubrieron. Pina regresó a su casa y Duarte y Pérez fueron al hogar del Dr. Jaime Pérez, hasta que momentos después se les reunieron Pina y Teodoro Ariza, acompañando este último a Duarte a casa de Eusebio Puello. Dice Rosa Duarte que, desde el 16 de julio, los haitianos perdieron la pista a Duarte, y su saña se dirigió toda entera contra sus compañeros de infortunio. Dio lugar a ello que Sánchez, el separatista perseguido con más ahínco que quedaba en Santo Domingo, salió de la casa de sus padres para ampararse bajo el techo en casa de su señora tía, según afirma el llamado *Diario* de Rosa Duarte. Y la que no podía ser otra que María Trinidad, vecina en la calle De la Luna, conforme a su biógrafo Lugo Lovatón (*Sánchez*, vol. 1, p. 129), quien vivía a la sazón en términos de la Iglesia de Santa Bárbara, o sea, frente por frente a la casa de los Duarte. Desde allí pasó este a su propia casa, ayudado por Juan Alejandro Acosta, y allí tuvo el placer de abrazar a Pedro A. Pina y pasó por la grandísima pena de saber que su muy querido Sánchez estaba enfermo en casa de la Sra. Marta. «La Sra. Marta a que se refiere Rosa Duarte, dice Lugo Lovatón, puede tener dos explicaciones; o bien están cambiadas las letras, y en ese caso se trata de Mimita

Betancourt, querida de Sánchez, madre de su hija Gregoria, que vivía cerca de la Plaza del Carmen, o bien está mal escrita, y pusieron por error una letra t por una i, resultando Marta en lugar de María Trinidad, agregamos por nuestra cuenta, en cuya casa estaba oculto Sánchez como afirma la memorialista sin mencionar ningún cambio para él, como hace cada vez que realizaron un traslado, Duarte, Pérez y Pina (*Sánchez*, vol. 1, p. 129)». Quien pudo ser María Trinidad o Mimita Betancourt. Permaneció Duarte en casa de sus padres probablemente hasta el 29 de julio, pasando entonces a la de José Botello quien residía en la calle de El Conde, lugar en donde estuvo y se trasladó verosímilmente a la morada de Juan Alejandro Acosta, en el 30, abandonándola a las ocho de la noche para embarcarse para el extranjero. Esto lo asegura la hermana Rosa en su llamado *Diario* de Duarte cuando dice: «Al fin llegó la noche tan deseada para abandonar su último refugio en la ciudad». Y agrega: «A las ocho de esa misma noche que estaba lluviosa, vio llegar al coronel Esteban Roca a quien había mandado llamar para que le fletara un buque para el extranjero. Atravesó con Pina el río Ozama y fue a Pajarito (*Sánchez*, vol. 1, p. 130) en casa de Pascual C. López o Pedro Cotes, como se le nombra, última estada conocida de ellos, en donde permanecieron él y Pina hasta su embarco para el extranjero (Rosa Duarte, *Apuntes...*), salieron ellos el 2 de agosto del 1843, de Santo Domingo a Curazao, con el pesar de dejar a la otra orilla, rodeados de peligros, a sus compañeros Juan I. Pérez y Francisco Sánchez (Rosa Duarte, *Apuntes...*) tomando un bote que los condujo mar afuera a esperar el buque que había por último de salvarlos», según la fraterna memorialista. Allá en la embarcación que debían tomar Duarte y Pina, encontraron a su amigo Juan Isidro Pérez, en vez de estar junto con Arriaga como creían haberlo dejado. Y ya una vez juntos, separáronse del suelo natal con el corazón oprimido, no por efecto de sus propios males, sino por la suerte de la desgraciada patria, por la suerte de sus padres y hermanos y amigos, y por no haber sido posible salvar con ellos al mejor de sus amigos, al más acendrado patriota, al desgraciado Francisco Sánchez a quien dejaban a las puertas del sepulcro (Rosa Duarte, *Apuntes...*). Rosa Duarte escribe que

desde el 16 de julio: «los perseguidores le perdieron la pista a Duarte». Según estos mismos *Apuntes*, Pérez se escondió ese mismo día en donde Juan Arriaga y está allí hasta el día 20 y el 2 de agosto obedeciendo a cita previa con sus mencionados cofrades se embarcó con ellos, donde permaneció hasta el 20; pero la verdad es que Pérez no vuelve a aparecer en la pluma de Rosa Duarte hasta el 2 de agosto, cuando se adelanta a una cita que conocía y sus compañeros le encuentran en el bote que habría de sacarlos del puerto. ¿Cómo pudo saberlo Pérez? Sin lugar a duda que por Pina, quien pasa del 16 al 18 en su casa y el 18, según los *Apuntes* se oculta en casa de Cotes, que no era otro que un señor Contreras de apellido apodado El Canito, padre del general Juan Contreras, y esposo de Juana Arias, la madre de la primera mujer de Juan Alejandro Acosta. El bohío quedaba cerca de la Plaza de San Miguel. El día 20 se pasó Pérez para la casa del Canito, donde se encontró con Pina, permaneciendo ambos allí hasta el 24, pues los *Apuntes* no consignan otra cosa. El 24 al pasar Duarte acompañado por Juan Alejandro Acosta para la casa de éste, se encuentra con Pina, luego de ocho días de separación y es entonces cuando se entera Duarte de la enfermedad de Sánchez. Ambos amigos no vuelven a separarse. El 29 lo pasan en casa de José Botello; el 30 regresan al hogar de Acosta y permanecen allí hasta el 31 en la noche cuando cruzan a la margen oriental del Ozama a casa de Pedro Cotes. En constante conexión con Juan Alejandro Acosta, y permaneciendo Pérez en casa de la suegra de éste, doña Juana Arias, pudo mantenerse enterado por vía del intrépido marino de cuanto planeaban sus amigos, y lograr así, unírseles a última hora, cuando menos le esperaban (*Sánchez*, vol. 1, p. 131).

En cuanto a Sánchez continuó enfermo durante todo ese tiempo, atacado de terrible tos, porque ni pudo ni quiso irse, según testimonio de Del Monte.

La enfermedad de Sánchez se produjo por la doble circunstancia de no comer durante su largo recorrido desde Los Llanos y por cruzar, acalorado, las aguas del Ozama (Lugo Lovatón, *Ob. cit.*, vol. 1, p. 131, Nota 32). Esto lo confirma Rosa Duarte, por lo menos en parte, cuando dice en su *Diario*. «A las siete de esa

misma noche llegó Francisco Sánchez que acababa de llegar de Los Llanos. Duarte le había enviado en comisión cerca de su hermano Vicente Celestino que era con quien se entendía directamente en lo concerniente a Oriente. Al entrar Sánchez en casa de Duarte, saltó por encima de los soldados que estaban tendidos en la calzada, y le preguntó a sus hermanos por él. Contestaron que ignoraban dónde estaba; preguntó entonces por su padre. Sánchez al ver al padre de Duarte, le suplicó le dijera dónde se encontraba Pablo, porque quería, si Juan Pablo moría, tener el honor de morir a su lado. Sánchez estaba muy agitado. El padre de Duarte le contemplaba en silencio, silencio que acabó por exasperar a Sánchez, quien sacando un puñal que llevaba oculto le dijo: Don Juan, quiero saber dónde está Juan Pablo, porque nos liga juramento sagrado, y es, de por la patria morir juntos, si Duarte desconfía de mí, le probaré que no soy de los traidores, lanzándome con este puñal sobre esas tropas que cercan su casa.

El apesarado anciano no desconfiaba. Él había pasado el día con su afligida familia, en la mayor tribulación, parando la encarnizada persecución que se le hacía a su más querido hijo; a esa hora no había conseguido un lugar seguro dónde ocultarse, y en ese momento miraba a Sánchez como a un enviado de la Providencia, y estrechando las manos que se ofrecían salvarlo con tanta abnegación, le dijo: no desconfío del hijo del hombre generoso que salvó la vida a tres españoles que una vil calumnia condenaba a una muerte infame (la horca); en prueba de ello, dime en qué parte lo esperas. Sánchez contestó: «en la plaza del Carmen, frente a mi casa». Después que don Juan le aseguró que a las diez de esa misma noche se hallaría Juan Pablo a su lado, se sentó y maquinalmente se puso a exprimir la falda de su levita. Notando el padre de Duarte que Sánchez estaba todo mojado, le preguntó la causa, a lo que contestó: Como es de noche, al llegar al embarcadero no hallé barca para pasar, y me tiré con el caballo al río y lo he pasado a nado». Conmovido el padre de Duarte le estrechó en sus brazos, pues sabía el inminente peligro que había corrido el denodado y valiente joven, y lo invitó a que tomara un poco de vino, pues la humedad podía enfermarlo; al

tomarlo le dijo: «Lo tomaré, don Juan porque desde que supe que llegaba Riviére, monté a caballo, y pensando en los peligros que corría Juan Pablo, no me he detenido ni para comer».

Como no se pudo encontrar a Francisco Sánchez del Rosario, se hizo preso a su padre como rehén, Narciso Sánchez, se ignora si éste siguió cautivo o se le soltó por orden de Hérard, antes de su partida a Puerto Príncipe y en su viaje al Este en donde aprisionó a José Joaquín y Gabino Puello y otros independentistas, expulsando al padre Gaspar Hernández como presunto autor de unas décimas escritas por Ramón Hernández Chávez.

Sánchez, que así lo comprendió, dice en carta de Francisco Aguiar a Félix María del Monte, se sustrajo a las persecuciones de sus implacables enemigos y tratando de sustraer también a sus amigos principales, encomendó al ya muy conocido patriota Juan A. Acosta para que, con la precisión del caso, les hiciera comprender el gran perjuicio que irremisiblemente ocasionaría a la causa redentora, la falta de sus valiosísimos concursos, que así, ellos debían estar, como lo estaba él, dispuesto a arrostrar toda clase de peligros, antes de dejar la Patria, cuando ésta necesitaba más de sus servicios. Nada bastó al patriota para disuadir a sus amigos de tan importante insistencia. La amistad, el compañerismo, la Patria, todo fue evocado inútilmente, obteniendo tan sólo promesas que fatalmente los acontecimientos que se sucedieron hicieron irrealizables. Así lo trasmitió éste al patriota Sánchez, quien al informarse de tan fatal como inesperada noticia, se creyó más que pequeño ante la magnitud de la proyectada empresa sin el mutuo apoyo de sus más importantes compañeros. Pero como aquel hombre parecía escogido por la Providencia para dar cima a lo que todos creyeron perdido, se reanima de nuevo, levanta la abatida frente, se reconcentra en su santa causa, se duplica, por decirlo así, reanudando los trabajos, con el valioso concurso de los hermanos Puello, Barrientos, Concha, Fajardo, el intrépido Mella, el prestigioso capitán de milicias Eduardo Abreu, junto con sus mejores amigos de San Carlos, lugar que comandaba como jefe de armas, Serra, R. Alonso, Miura, Galván (M. D.), Ravelo, González, Ortega, Valverde Lara, Montolío, J. Gertrudis,

Ramón Mella el panadero, Ud. Sr. Del Monte, mi difunto padre y otros que omito por no ser difuso, levanta el decaído espíritu hasta proclamar, con sin igual denuedo, la nacionalidad dominicana en el histórico bastión que inmortaliza hoy con su nombre, tan memorable acontecimiento (publicada en el periódico *El Teléfono*, año XI, #550, de fecha 5 de diciembre del 1893, remitida el 29 de noviembre).

Enfermo Sánchez, embozado con una capa pasó a donde su tía María Trinidad, en la calle De la Luna, como se ha dicho, aquí sufrió fiebres seguidas, asistiéndole el doctor Manuel Guerrero, y estuvo en ella hasta agosto en que supo que se iba a registrar la casa de su tía, se escondió allí en una cisterna secreta, cambiándose para la casa de su hermano Tomás Sánchez en el barrio de San Miguel, a mediados del mismo mes, fue buscado en la misma por los haitianos, sin encontrarlos por estar oculto en un pozo, de donde salió para buscar su cuarto refugio en casa de la familia Del Valle, y pasó luego a la casa del separatista Félix María del Monte, según su testimonio.

Se acusó a Gaspar Hernández, enemigo de Manuel Joaquín del Monte, a quien dicha décima iba encaminada. Esta fue publicada así como la respuesta de la «Canción a Haití» en *Cosmopolita*, edición del 5 de enero del 1939, #434.

Hasta que buscado en este último asilo, a fines del año 1843, se hallaba (Francisco Sánchez) oculto en casa de la familia de los señores Tomás y Jacinto de la Concha, según dice Montolío.

Contestando su muy atenta carta de fecha 10 del corriente, me cabe la satisfacción de decirle (escribe Félix María del Monte a José Ricardo Roques, ostentando encuesta hecha a próceres febreristas por el fundador de *La Cuna de América*) que después de la forzada ausencia del benemérito caudillo de la Separación Dominicana, Sr. don Juan Pablo Duarte y Diez, perseguido...[*].

[*] El texto que sigue a continuación se encuentra en el asterisco de la nota 1 del Anexo 26, en las páginas 580-581.

Bibliografía general

Abad, José Ramón, *Reseña General Geográfica y Estadística de la República Dominicana.*

Alaux, G. D., *L'Empire de Soulouque.*

Alfau, Vetilio «Notas sobre la Trinitaria» (*El Caribe,* 12, 13, 20, 21, 25, y 26 de junio; 5, 6, 7, 27, 28, y 29 de julio y 1º de agosto de 1958).

Ardouin, Beabrum, *Etudes sur l'Histoire d'Haiti, 1855*

Ardouin, C., *Essais sur l'Histoire d'Haiti,* 1865.

Aubin, E., *En Haití.* (Libr. A. Colin), 1910.

Bellegarde, Dantés, *Morceaux choisis d'auteurs haitienne.* (En Coll.), 1904.

Bellegarde, Dantés *Pages d'Histoire,* 1924.

Bellegarde, Dantés, *La Nation Haitienne,* 1938.

Bellegarde, W., *Petite Histoire d'Haiti,* 1921.

Bird, Rev. M. B., *L'Homme noir ou l'indépendance haitienne,* 1876.

Blair Niles, *Black Haiti,* 1926.

Bonneau, A., *Intérets francais a Saint Domingue,* 1861.

Bonnet, Guy Joseph, *Souvenirs historiques,* 1864.

Bornó, L., *Les relations extérieures d'Haiti,* 1917.

Britannicus, *The Dominican Republic and the Emperor Soulouque*, 1852.

Cabon, A., *Contribution a l'etude de la Géographie d'Haiti, et Histoire d'Haiti,* 1916.

Cabon, A., *Histoire d'Haiti.*

Candler, J., *Brief Notices of Haiti,* 1842.

Carlyle, Th. *De los héroes del culto de los héroes y del sentimiento heroico en la historia.*

Castonnet des Fosses, *La parte d'une Colonie,* 1893.

Cestero, Mariano A. *El 27 de Febrero de 1844.*

Charolais, *L'independence d'Haiti et la France,* 1851.

Chauvet, H., *A travers la République d'Haiti,* 1894.

Chauvet, H., et Prophete (R.), *A travers la République d'Haiti,* 1894.

Coiscou Henríquez, Máximo. *Historia de Santo Domingo* (*contribución a su estudio*), Vol. 2, 1946.

Colección Oficial de Leyes, Decretos y Resoluciones emanados de los Poderes Legislativos y Ejecutivo de la República Dominicana, 1929.

Controversia histórica entre *El Teléfono* y el *Eco de la Opinión*, 1891.

Cuaderno de Conversaciones de Emiliano Tejera (1920-1922).

Dalencourt, François, *Pétion et Bolivar,* 1928.

Dalencourt, François, *Précis méthodique d'Histoire d'Haiti,* 1935.

Davis, H. P., *Black Democracy,* 1928.

De Lacroix, Pamphile, *Mémoires sur la Révolution de St. Domingue,* 1819.

Despradel Batista, G. *Duarte.*

Devot, J., *Etat mental de la Societe haitienne,* 1901.

Documentos históricos del Archivo de Indias en Sevilla (Audiencia de Santo Domingo), vol. III.

Dorsainvil, J. B., *Cours d'Histoire d'Haiti,* 1897.

Dorsainvil, J. B., *Les Institutions et les mœurs de Saint Domingue,* 1892; *Cours d'Histoire d'Haiti,* 1897; *Col. Codiges.*

Dorsainvil, J. C., *Manuel d'Histoire d'Haiti,* 1926.

Duarte, Juan Pablo, «Apuntes de un Proyecto de Ley Fundamental del Estado». (*Clío*, órgano de la Academia Dominicana de la Historia).

Duarte, Juan Pablo, Cartas dirigidas al Gobierno de la Restauración (1863), a Félix María del Monte (1865), a José Gabriel García (1869); *Listín Diario*, ed. 26 de enero de 1934), a Emiliano Tejera (*Listín Diario*, 27 de feb. de 1932).

Duarte, Rosa. «Apuntes para la historia de la isla de Santo Domingo y para la biografía del general dominicano Juan Pablo Duarte y Diez» (publicados por fragmentos en la revista *La Cuna de América*, Nos. 11 y 14, Vol. XII; 20-23; 28-5; 175-176, 181, año XXI).

Duarte, Rosa, y Duarte, F. Carta del 14 de diciembre del 1877 (dirigida a Alejandro Bonilla).

Edouard, E., *Essai sur la politique interne d'Haiti,* 1890.

Edouard, E., Essai sur la politique interned d'Haiti et l'egalité des races humaines, *1885.*

Edwards, B., *A historical survey of Santo Domingo,* 1796.

Escritos breves (1958).

Faine, J., *Etude sur le Créole,* 1936.

Fequiere, F., *L'Education haitienne,* 1906.

Firmin, A., *De l'Egalité des races humaines,* 1885.

Gándara, José de la, *Anexión y Guerra de Santo Domingo,* 1884.

García, José Gabriel, *Compendio de la Historia de Santo Domingo,* 1896.

García, José Gabriel, «Rasgos biográficos de algunos dominicanos célebres» (repr. en *Panfilia*, año I, 30 de enero de 1934).

García, José Gabriel, Carta a Federico Henríquez y Carvajal (10 de septiembre de 1867, *Clío*, 17 de enero de 1923).

García Lluberes, Leonidas, «Influencia de la Iglesia Católica en la formación de la nacionalidad y en la creación de la República Dominicana».

Gibbs-Marchall, H., *The Story of Haiti,* 1928.

Gómez, Manuel Ubaldo, *Resumen de la Historia de Santo Domingo.*

Gómez, Manuel Ubaldo, *Nociones de la Historia de Santo Domingo.*

Harvey, W. W., *Sketches of Haiti,* 1827.

Henríquez Ureña, Max, *La conspiración de Los Alcarrizos.*

Henríquez y Carvajal, Federico, «Duarte y el 16 de julio». (*Clío*, fasc. IV, julio y agosto de 1934).

Henríquez y Carvajal, Federico, «La fundación de la Trinitaria». (*Clío*, Set. y Oct. 1934).

Henríquez y Carvajal, Federico, Carta dirigida al presidente del Instituto de Investigaciones Históricas. (12 de enero de 1935, inédita).

Henríquez y Carvajal, Federico, «Duarte» (*Próceres, héroes y mártires de la Independencia*), 1945.

Hernández, Gaspar, «Discurso del 30 de abril de 1843, en la Misericordia». (*Revista Científica Literaria y de Conocimientos Generales*, de J. J. Pérez y G. Fuentes).

Hipolyte, D., *Le Forcat comedie de moeurs politique,* 1933.

Incháustegui Cabral, M. A. *Nociones de historia de Santo Domingo*.

Inman, G. G., *Through Santo Domingo and Haiti,* 1920.

Jacques, Th. J., *Historia del Derecho Haitiano,* 1933.

Janvier, L. J., *Les Affaires d'Haiti,* 1884; *Les Constitutions d'Haiti.*

Janvier, L. J., *Les Constitutions d'Haiti,* 1885; *Le République d'Haiti et ses visiteurs.*

Jean Joseph, M. D., *Instituciones judiciales,* y *De la Policía Judicial y los Tribunales de Simple Policía.*

Jean-Jodeoh, D., *La question dominicaine,* 1897.

Justin. P., *Etude sur les Institutions haitiannes,* 1894.

Justin, P., *Historia política y estadística de Santo Domingo.*

Lecuna, Vicente, *Excursión de Los Cayos,* 1937.

Leger, Jacques N., *Haiti son histoire et ses détracteurs,* 1907.

Leger, Jacques N., *Histoire Diplomatique d'Haiti,* 1932.

Lemour, S., *Vie de Péthion.*

Lespinasse, B., *Histoire des Affranchis de St. Domingue,* 1882.

Lherisson, Justin, *Histoire d'Haiti,* 1903.

Lherisson, Justin, *Histoire d'Haiti a l'usage des adultes,* 1909.

Logroño, A. *Compendio didáctico de historia Patria*, 1912.

López Medrano, Andrés, *Manifiesto al Pueblo Dominicano,* 1820.

Lugo, Américo, «Figuras americanas, D. Emiliano Tejera», publicada en la revista *Bahoruco*, julio del 1939.

Lugo, Américo, «Figuras americanas, D. Emiliano Tejera», *Bahoruco*, 28-31, año XX; Nos. 175-176; No. 11, año XXI).

Lugo Lovatón, Ramón, «La fundación de la Trinitaria». (*Bahoruco*, No. 16 de marzo de 1938).

Lugo Lovatón, Ramón, *Sánchez* (Vol. 2), 1947.

Madiou, Thomas, *Histoire d'Haiti,* ed. 1922.

Madiou, Thomas, *Histoire d'Haiti*, 1843-1846.

Magay, E., Comunicación al Gral. Boyer (12 de enero del 1922); (En: Manifestación de los pueblos de la parte Este de la isla antes Española sobre las causas de la Separación de la República Dominicana (Colección de Leyes, Decretos y Resoluciones emanadas de los Poderes Legislativo y Ejecutivo de la República Dominicana, vol. I).

Magloire, Auguste, *L'Histoire d'Haiti a l'usage des adultes,* 1901.

Malo, Charles, *Histoire d'Haiti,* 1825.

Manigat, Thales, *Histoire des Campagnes de l'Est. 1891.*

Marcellis, F., *Haiti et l'Indemnité Francaise,* 1898.

Marginac, B., Carta de fecha 5 de marzo del 1822.

Mejía Ricart, Gustavo Adolfo, *Derecho Dominicano, su estratificación y sus fuentes históricas.* (Historia General del Derecho, ed. 1943).

Mejía Ricart, Gustavo Adolfo, *Historia Colonial,* (inédito).

Mejía Ricart, Gustavo Adolfo, *Estado Independiente de Haití Español,* 1947.

Mejía Ricart, Gustavo Adolfo, *Biografía de Juan Pablo Duarte* (inédita).

Mejía Ricart, Gustavo Adolfo, Biografías de Francisco Sánchez del Rosario, Felipe Alfau, Matías Ramón de Mella, Manuel Jimenes y Pedro Alejandrino Pina (inéditas).

Mejía Ricart, Gustavo Adolfo, *Duarte y la revolución* (inédita).

Mejía Ricart, Gustavo Adolfo, *Estado independiente de Haití Español* (1937).

Mejía Ricart, Gustavo Adolfo, Monografía acerca de La Trinitaria (inédita).

Meriño, Fernando Arturo de, Cartas dirigidas al Lic. Carlos Nouel (6 de Nov. y 9 de Dic. de 1901, Arch. E. Rodríguez Demorizi).

Meriño, Fernando Arturo de, «Oración» (*Obras completas*).

Métral, Antoine, *Histoire de l'Expedition de St. Domingue,* 1825.

Monte y Tejada, Antonio del, *Historia de Santo Domingo,* 3ra. Edición con Notas de Gustavo Adolfo Mejía, 1952.

Monte, Félix María del, «Reflexiones históricas sobre Santo Domingo». (*Clío*, fasc. V, Sept. y Oct. de 1933).

Monte, Félix María del, Carta dirigida a José Ricardo Roques, del 15 de febrero del 1889.

Morcelo, D., Carta del 8 de septiembre del 1897 a José Gabriel García (*Clío*, 17, enero y febrero de 1933).

Moreau de Saint-Mery, *Histoire de l'Expedition de St. Domingue, et Description de St. Domingue,* 1875.

Nolasco, Sócrates, Comentarios sobre la obra «República de Haití y la República Dominicana» de Price-Mars.

Nouel, Carlos, *Apuntes históricos.*

Nouel, Carlos, *Historia de la Arquidiócesis de Santo Domingo,* Primada de América, 1913, apuntes históricos inéditos.

Nouel, Carlos, *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo, Primada de América.*

Papini, Giovanni, *Historia de Cristo.*

Peña Batlle, Manuel Arturo, *Historia de la Cuestión Fronteriza Domínico-haitiana,* (vol. I); *Bolívar y Pétion* (*La Nación*, publicado en septiembre 1949; y *Haití* (póstuma), 1955.

Pichardo, Bernardo, *Resumen de Historia de la República Dominicana.*

Pouplard, A., *Notice sur l'Eglise de Port-au-Prince,* 1905.

Pradines, Linstant de, *Lois et actes de la République d'Haiti.* (Col. Ofl. Haití).

Price-Mars, Jean, *Une Etape de l'Evolution haitienne,* 1929.

Price-Mars, Jean, *L'Unité Politique de l'Ille d'Haiti s'est an 1822 par la violence o par le libre ralliement des Dominicaines a la République d'Haiti,* (Rev. de 1. Societé d'Histoire et de Geograp. d'Haiti, números 60-62, enero-julio 1946); *Formation ethnique Folklore du Peuple Haitienne,* 1939, et *La République d'Haiti et la République Dominicaine,* 1953. *Piezas justificativas de la incorporación de la parte Este de la isla de Haití (publicada por la Cancillería del Gobierno de Haití).*

Ravelo, M. de J., *Historia de los himnos dominicanos.*

Ravelo, R. A., *Apuntes históricos* (Archivos de Carlos Sánchez y Sánchez).

Recopilación General de leyes y actos de la República de Haití. (Colección oficial de leyes y actos de Haití).

Robin, Enélus, *Abrégé d'Histoire d'Haiti,* 1885.

Rodríguez Demorizi, Emilio, «La Trinitaria, apuntes y documentos para su estudio». (Boletín del Archivo General de la Nación, 1944, Nos. 32-33, Vol. 7, p. 33).

Rodríguez Demorizi, Emilio, *Juan Isidro Pérez (El Ilustre Loco)*, 1938.

Rodríguez, C. A., «Informe a la Academia Dominicana de la Historia (Gaspar Hernández)», (*Clío*, enero y febrero de 1933).

Ruiz, Félix María, Cartas al director de *El Mensajero* (1890 y 1897).

Saint Johns, S., *Haiti or the Black Republic,* 1884.

Saint-Rémy, Lepelletier de, *Etudes et solution de la question haitienne (Saint Domingue),* Pétion et Haiti 1854-1856.

Saint-Rémy, Lepelletier de, *Etude et nouvelle solution de la question haitienne,* etc.

Saint-Rémy, Lepelletier de, *Saint Domingue,* etc., y *Pétion et Haiti,* 1854-1855.

Saint-Ogan, L. de, «El pabellón francés a través de 100 años» (rev, francesa *VU*, julio de 1930, «Al centenario del pabellón tricolor»).

Sánchez Bustamante Sirven, Antonio, *Derecho Internacional Público.*

Sánchez Valverde, Antonio, *Idea del Valor de la isla Española y utilidad que puede sacar su monarquía,* (MDCCLXXXV).

Sanders, P., *Haitian Papers,* 1816.

Sannon, P., *La Guerre de l'Independence,* 1925; *La Révolution de 1844,* 1905.

Serra, José María, *Apuntes para la historia de los trinitarios, fundadores de la República Dominicana*, 1887.

Stoddard, L., *The French Revolution in Santo Domingo,* 1914.

Taine, H., *Crítica.*

Tejera, Emiliano, *Monumento a Duarte.*

Tejera, Emiliano, Memoria que la Embajada Extraordinaria de la República Dominicana en Roma presenta a S. S. el muy digno Pontífice reinante y juez árbitro en el desacuerdo de la República Dominicana y la de Haití, 1896, y Monumento a Duarte.

Tejera, Emiliano, Carta a Juan Pablo Duarte.

Tolentino Rojas, V., *Historia de la División Territorial.* (Col. Trujillo, III, 1944).

Troncoso de la Concha, Manuel de Jesús, *La Ocupación de Santo Domingo.*

Utrera, Fr. Cipriano de, «La fundación de la Trinitaria» (*La Opinión*, No. 2440, 5 de diciembre de 1934).

Utrera, Fr. Cipriano de, «Notas sobre Gaspar Hernández». (*Boletín Eclesiástico*, Santiago de Cuba, julio y agosto de 1932, Nos. 100-101, año 1947).

Vaissiere, P. de, *Saint Domingue,* 1909.

Vielcastel, *Mémoires sur Saint Domingue,* 1821.

Vincent, S., *Haiti telle qu'Elle est,* 1910.

Walles, *Précis histoire des Négociations entre France et Haiti,* 1826.

Wells, H. G., *Breve historia del mundo*, ed. 1932.

Zorrilla San Martín, J., *La epopeya de Artigas*.

Índice onomástico

A
Aba, Antonio 333
Abad, José Ramón 222, 380, 661
Abel 496
Abraham 495
Abraham 581
Abreu 615
Abreu, Eduardo 658
Abreu, Francisco Javier 331, 620
Abreu, José 599, 603
Abreu, Sebastián 599, 603
Acosta, Agustín 258
Acosta, Juan Alejandro 267, 654-656, 658
Adams 90
Adhenet 29, 42, 429
Agar 496
Aguiar, Francisco 267, 658
Aguilera, Eduardo 227, 548
Aguilera, María Petronila 227, 548
Aguirre, Rafael 246
Alaux, G. D. 222, 339, 661
Albert, Juan María 265, 266, 610
Alcántara, Remigio 50
Alcántara, Valentín 282, 283
Alcocer, Luis Gerónimo de 372
Alemar, Luis Emilio 226, 327, 440, 458, 587, 589, 590
Alexandre-Olivier Oexmelin 366
Alfau, Abad 611
Alfau, Antonio Abad 284, 315, 316, 332
Alfau Durán, Vetilio 167, 327, 645, 661
Alfau, Julián 314, 539
Alfau, María Guadalupe 547
Alfau y Bustamante, Felipe 164-166, 170, 238, 299, 307, 314-316, 318, 321, 353, 401, 565-567
Alfonseca, Juan Bautista 207, 252, 253
Alfonseca, Ramona 248
Alfonso, José Clodomiro 258
Alfonso, Leonor 535
Alfonzo, Clodomiro 258
Alí, Pablo 100, 346, 464
Alí, Pedro 344
Alonso, Juan 535
Alonso, Pedro Juan 279, 400
Alonso, R. 658
Alonzo, Ramón 584
Álvarez, Feliciana 535
Amarante, Andrés 29, 42, 53, 57, 431, 464
André, Pedro 120
Anglería, Pedro Mártir de 648
Angulo 390
Ante, J. 355
Apolinar 187
Apolinario, Pablo 524, 541, 542
Aponte 338

Aquiles 277
Aragón, María de 535
Araujo, Lorenzo 345
Ardouin, Beabrum 18, 25, 26, 32-34, 36, 37, 40-42, 44, 45, 52, 57, 63, 67, 68, 83, 87, 89, 91, 93, 94, 99, 102, 106, 109, 114, 117-119, 122, 124, 132, 133, 135, 140, 222, 339, 342-344, 346, 451, 455, 463, 468, 488, 649, 661
Ardouin, Celin 99, 113, 115, 118, 125, 488, 661
Ardouin, J. 120
Arias, Domingo 29, 42, 429
Arias, Juana 656
Arias, María Francisca 327
Aristófane 65
Aristóteles 131
Ariza, Daniel 322
Ariza, Teodoro 654
Armstrom 100
Armstrong 86, 90
Arredondo, Emeterio 253
Arriaga, Juan 655, 656
Arrieu, Carlos 42, 61
Artigas 323, 402
Artois, conde de 174
Atanasio 177
Aubin, E. 661
Augusto 288
Aury, Luis 25, 33, 34, 56, 87, 109
Avila, Raymundo 250
Ayala Duarte, Crispín 220, 513, 514, 515, 541, 544, 545
Ayala, José 545
Ayax 277
Aybar, Andrés Julio 202
Aybar, José 106
Aybar, Manuel 222-224
Aybar, Pedro 310
Aza, Esteban de 279, 399

B

Bachet 485
Bacon 312
Báez B., Damián 618
Báez, Buenaventura 169, 200, 204, 246, 247, 262, 265, 276, 288, 293, 295, 296, 305, 310, 312, 316, 331, 362, 494, 613, 615, 619
Báez, Pablo 51
Báez, Valentín R. 246
Bagú, Juan 112
Baldemora, Manuel 246
Baltazar 187, 496
Barber, Manuel Joseph 531
Barias, María Encarnación 253
Baronio 308
Barquier 138, 388
Barriento, Juan 584
Barriento, Santiago 584
Barrientos 658
Barrot 405
Basora, José 23
Batista 285
Batista, Higinio 246
Batista, José Antonio 50, 51
Baudin 341
Bayllo, Tomás 221
Beauregard 84, 90, 99
Bechet 31, 423
Béer, Antonio François 146
Belanez, José María 51
Belén, Baltazar 246
Belén, María Altagracia de 250, 599, 603
Bellegarde, Dantés 36, 74, 77, 339, 661
Bellegarde, W. 661
Bellis, Prudencio 266
Belver González, Eduardo 532, 533
Benavides, Antonio 590-592, 594, 595, 596
Benavides, Mariana de 595
Benítez, Juan 513
Benítez, Lorenza 513
Benzo, Juan de Dios 266
Berenger, J. B. 120
Bergerac Trichet 84, 99, 100, 447, 456

Bergson 377
Bermúdez 25, 34, 87
Bernal, Pedro 264, 265, 266
Bernal, Ysabel 645
Betancourt, Mimita 654, 655
Bexarano, Francisca 513
Biassou 100
Bidó, Joaquín 47
Bidó, José 289
Bidó, Ramón 610
Billini, Epifanio 164, 166
Billini, Francisco Gregorio 152, 641
Bird, Rev. M. B. 343, 661
Biutsenil 73
Blair Niles 661
Blanco Fombona, Horacio 332
Bluntschli 63, 78, 79
Bobadilla, Pedro P. de 642
Bobadilla, Vicente de 307
Bobadilla y Briones, Tomás 106, 199, 213, 216, 248, 260, 299, 307-316, 328, 353, 403, 522, 525, 583, 615, 616-618, 620, 621, 623, 627, 628, 642
Bobea, Pedro Antonio de 164, 166, 168, 170, 318
Bolívar, Simón 19, 25, 34, 38, 40, 87, 100, 118, 193, 196, 228, 240, 286, 317, 360, 402, 509, 535
Bolívar Ybarguen, Magdalena de 535
Bona, Concepción 300
Bonaparte, Napoleón 133, 388, 414, 648
Bonilla, Alejandro 146, 160, 162, 166, 170
Bonilla, José Antonio de 138, 165, 168, 169, 170, 171, 222, 303, 333
Bonilla, padre 338
Bonilla, Pedro B. 170
Bonilla, Pedro Pablo 164-166, 169, 170, 171, 258, 280, 333, 400
Bonneau, Alejandro 222, 368, 374, 375, 383, 661
Bonnet, Edmundo 31
Bonnet, Guy Joseph 15, 31, 36, 78, 84-86, 90, 93, 94, 222, 226, 447, 457, 487-489, 661
Bonnet, José 485
Borgellá 18, 84, 85, 90, 92, 99, 126, 127, 132, 310, 339, 340, 447, 453, 456, 458
Borja López, Franca. de 329
Bornó, L. 661
Borya, Julián 49
Botello, José 655, 656
Boy, Francisco 47
Boyer, Jean Pierre 15, 18, 19, 23, 24, 26, 27, 29-37, 39, 42, 43, 45-53, 55, 56, 60-65, 67-69, 71, 73, 74, 77, 80, 82, 84, 85, 87-94, 99-102, 106, 107, 110-113, 115, 117-120, 122-125, 127, 131, 133-136, 140, 141, 152, 181, 192, 222, 292, 302, 307, 309, 310, 335, 337, 338, 340, 341-343, 345, 353, 380-382, 388, 389, 399, 404, 407, 408, 431, 433, 435, 438, 440-445, 449, 450, 452, 455-457, 459-462, 464-466, 468, 469, 470, 472, 475, 476, 479, 483, 485-490, 492, 505, 575, 650
Braz 73
Brea de Mella, Josefa 290, 291, 548, 637-639
Brea, José Gertrudis 290-292, 332
Brea, Pepa 293
Brea, Raymunda 639
Brión 25, 34, 87
Brione, Gregoria 307
Britannicus 200, 622, 662
Brouat, Augusto 301, 303, 397
Bryan 343, 379
Burgos, Andrés 565
Bustamante, Ma. del Carmen 314

C

Caba 281
Cabeza de Vaca, Teresa 535
Cabon, A. 662
Cabonat 73, 80
Cabonet 63

Cabral 244, 246, 247, 305, 306, 312
Cabral Bernal, Manuel 290, 291
Cabral, Dionicio 610
Cabrera 242, 296
Cáceres, Ramón 207, 261
Calderón de la Barca 294
Calderón, Diego 532
Calderón Dueñas, María 534
Calvo 64, 66, 73, 79
Caminero, José Damián 213
Caminero, José María 316, 320, 330, 353, 615, 616, 618, 620, 621, 627
Candelario, Dionicio 327
Candler, J. 662
Cano y Aragón, Barme 532
Caravajal 432
Carbajal, Manuel 28, 40, 57, 69, 82
Carballeiro y de Vera, Angel 526, 530-533
Carlomagno 357
Carlos II 352
Carlos III 121
Carlos V 368, 390, 535
Carlos X 117, 140, 451, 457
Carlyle, Thomas 216, 218, 219, 385, 662
Caro, Francisco Javier 23
Caro, Javier 122
Caro, José Ma. 547
Carrasco Capeller, Pedro 166, 168, 170, 268, 338
Carrié, Bernardo Felipe Alejo 99, 127, 132, 133, 181, 274, 335, 344, 345, 404, 447
Carrie, Turrenne 225
Carvajal, Manuel 53
Castellanos, Juan de 390
Castellanos, Manuel 431, 432
Castellanos, Rafael C. 639
Castellón, Teresa 567
Castillo 283
Castillo Álvarez, Francisca 637
Castillo, Francisca 289, 290, 638, 641, 643
Castillo, Manuel 279, 289, 399, 643
Castonnet des Fosses 662
Castrejón, Juana de 535
Castro, Agustín de 51, 52
Castro, Antonio de 264, 265
Castro, Jacinto 312
Castro, Juana de 645
Castro, Petronila de 645
Cázeres, Diego 535
Cázeres Ovando, Diego de 535
César 201, 315
Cestero, Mariano Antonio 193, 196, 200, 244, 272, 286, 328, 353, 395, 642, 662
Chala, Félix 266
Chamorro, Pedro 526
Charlevoix, Pedro Francisco Xavier de 366, 367, 374
Charolais 662
Charpentier, Francisco 55, 369
Charpentier, Víctor Theresa 649
Chautebriand 506
Chauvet, H. 36, 662
Chávez Hernández, José Ramón 268
Chevalier, Eulogio 266
Choisseul 647
Christophe, Henri 19 (Véase Cristóbal)
Cicerón 108
Clarac 110, 112, 449
Clavigero 368
Clermont-Tonnerre 113, 230
Cobos Romero, Eduardo 526, 527
Cobos Tomero, Eduardo 531
Cochinat, M. Víctor 145
Coiscou, Barón 273
Coiscou Henríquez 145, 146, 167, 221, 223-225, 439, 458, 504-507, 513-515, 517, 518, 521, 522, 527, 534, 539, 540-543, 545, 616, 662
Coiscou, Rodolfo 273
Colón 92, 207, 236, 363, 375, 386
Colón, Diego 588
Colón, Luis 595
Comte, Auguste 355, 356
Constant, Benjamín 229

Constantino el Grande 149
Contreras 237
Contreras (El Canito) 656
Contreras, Claudio 348
Contreras, Juan 296, 656
Contreras, Lucas 348
Cordero, Leocadia 326
Cornelio Tácito 131
Correa 205, 206
Correa Cruzado, José Antonio 327
Correa, Tomás 332
Correa y Cidrón, Bernardo 22, 122, 123, 499
Cortés 317, 366, 368, 386
Costa, Gabriel 597, 598
Costa, Rudescindo 600
Costas 600
Cotes, Pedro 655, 656
Couret, A. 110
Cousin 344
Cristo 156, 195
Cristóbal 17, 18, 24, 26, 36, 39, 76, 77, 101, 115, 122, 123, 140, 197, 375, 393, 433, 444, 455, 486, 649 (Véase Cristophe, Henri)
Cuevas, Vicenta 524, 540, 541, 542
Curiel, J. B. 299
Curiel, Ricardo 312
Cusman, Martín 544
Cuvillier 109

D

Dacosta Gómez, Welmo 264
Dalencourt, François 114, 662
Dalmassí, Dézir 35, 70, 99, 447, 456, 466
Dalmau, Pedro José 265, 266
Daniel 90, 265
Daniel, profeta 84
Daracoint, María Francisca 249, 255, 257
Daralt 390
David 276, 394
Dávila, Juan 595
Davis, H. P. 662
De la Cerca y Aragón, Antonio 592
De la Concha, Jacinto 151, 152, 154, 160, 164-166, 168, 170, 229, 248, 266, 299, 328, 401, 579, 659
De la Concha, José Lucas 329
De la Concha, los 580
De la Concha, Piruja 579
De la Concha, Tomás 151, 153, 154, 161, 162, 164, 166, 170, 171, 248, 252, 254, 265, 266, 285, 328, 329, 401, 579, 581, 658, 659
De la Concha, Wenceslao 248, 328, 547, 550, 579, 639
De Lacroix, Pamphile 662
De la Cruz Alfonseca, Juan 207, 253
De la Cruz García, José 100, 310, 492, 545, 547
De la Cruz Jiménez, José 206
De la Cruz Jiménez, Juan 206
De la Cruz, Juan 51
De la Fuente Ruiz, Francisco 591
De la Mota, Francisco Mariano 23
De las Mercedes, José 329
De los Reyes, María Trinidad 327
De los Santos, Francisco 50
De los Santos, Luis 50
De Óleo, Santiago 247
Deetjen, A. 299
Del Campo, Francisco Antonio 47
Del Castillo 331, 615
Del Castillo, Benigno 246, 614
Del Castillo, Manuel 50
Del Castillo, Remigio 282, 293, 303, 327, 330, 345, 642
Del Monte, Félix María 145, 150, 152, 166, 168, 170, 183, 188, 200, 207, 209, 225, 248, 263, 264, 267, 269, 270-272, 579, 580, 656, 658, 659
Del Monte, Foxa 390
Del Monte, Joaquín 100
Del Monte, Manuel 270
Del Monte, Manuel Joaquín 284, 399, 505, 659
Del Monte y Tejada, Antonio 55, 391
Del Rosario, Andrés 604

Del Rosario Betancourt, Cartagena Olaya 250
Del Rosario de Belén 251, 255, 256, 569, 572, 587, 597-601, 603, 604, 606
Del Rosario, Eulalia 250
Del Rosario, Raymundo 250, 251, 599, 603
Del Rosario, Socorro 326
Delecourt, Prec 66
Delgado, Guillermo José 492
Delmonte 148
Delmonte, J. 548
Delmonte, José Joaquín 310
Delorve, José Ramón 620
Delvalle, Gregorio 328
Desgrotte 260, 300, 311, 331, 344, 346, 621, 642
Desjardin 80
Desmoulins, Camilo 174
Despradel Batista, G. 662
Desriviere Chanlatte, F. 87
Dessalines, Jean Jacques 17-19, 29, 76, 88, 101, 135, 136, 175, 352, 393, 476, 487, 575, 628
Devot, J. 662
Díaz 468
Díaz de Peña, José Santiago 204, 331, 494, 615
Díaz, Gustavo Adolfo 288
Díaz, José 28, 41, 50-52, 429, 532, 533, 534
Dieudenne 347
Diez, Antonio 530
Diez Jiménez, Manuela 220
Diez, José 213, 216, 221, 228, 392, 513, 514, 548, 585
Diez, José Acupertino 513
Diez, José de 330
Diez, Manuel Antonio 220
Diez y Jiménez, Antonio 221
Diez y Jiménez, José Acupertino 221
Diez y Jiménez, Manuela 220, 513, 514, 524, 529, 530, 537, 538, 540, 541, 542, 544, 566, 567
Diez y Jiménez, Mariano 221
Dijon 333, 642
Diómedes 287
Disú Batigni, Alejandro 400
Domínguez, José 28, 29, 41, 264, 429, 468
Donzelot 109-114, 116, 449-451, 453
Dorsainvil, J. B. 36, 57, 61, 66, 78, 89, 99, 102, 104, 115, 119, 133, 222, 339, 663
Dorsainvil, J. C. 70, 113
Douault 109, 110, 112, 113, 449, 450
Doyen 51
Droult 109
Duarte, Ana María 515
Duarte, Cristóbal 221, 529, 534, 535
Duarte de Ayala, Matilde 522, 524
Duarte Diez, Filomena 221, 514, 515, 537, 539, 540, 542, 566, 567
Duarte Diez, Francisca 146, 147, 162, 165, 168, 185, 187, 562, 566, 567
Duarte Diez, Juan Pablo 14, 59, 127, 130, 139, 143, 146, 148-154, 157, 159-162, 164-177, 181-186, 188, 189, 191-197, 199-201, 205, 206, 208-221, 223-230, 232-239, 241, 242, 251, 254, 259, 261, 267, 268, 270, 271, 273-275, 277, 278, 280, 282, 289, 291, 293, 295, 301, 303, 304-307, 310, 311, 316, 320, 324, 325, 328, 331, 332, 339, 345-348, 391, 392, 394, 396, 398-403, 454, 458, 494, 503-507, 509, 510, 514, 517-519, 522-525, 527-529, 534, 537, 539, 540, 542-545, 547-551, 553, 555, 557, 562, 563, 565, 566, 583-585, 616, 618-622, 624, 628, 641, 653-657, 659, 663
Duarte Diez, Manuel 537-539, 541, 542, 567
Duarte Diez, María Francisca 221, 514, 537, 539, 541, 542
Duarte Diez, María Josefa 515, 542

Duarte Diez, Rosa Protomártir 146, 147, 149, 150, 155, 157, 159, 160, 162-166, 168-173, 178-181, 185, 187, 196, 211, 221, 223, 224, 226, 227, 228, 230, 239, 254, 267, 275, 330, 402, 514, 515, 518, 523, 529, 539-542, 562, 566, 567, 579, 653, 654-656, 663
Duarte Diez, Vicente Celestino 160, 161, 164-166, 170, 171, 220, 221, 238, 261, 268, 331, 332, 399, 401, 514, 518, 537, 539, 542-545, 565, 566, 624, 654, 657
Duarte, Enrique 528, 542
Duarte, F. 663
Duarte, Francisco 528
Duarte Gil, Cristóbal 532, 533
Duarte Jiménez, Manuel 531
Duarte, José 529, 534
Duarte, Josefa María 528
Duarte, Joseph 530, 532
Duarte, Juan 528
Duarte, Juan Gerónimo 528
Duarte, Juan José 220, 223, 224, 226, 239, 275, 518, 524, 525, 526, 527, 529, 530, 538, 540-543, 565, 654, 657
Duarte, Juana Bautista 515
Duarte, Manuel 221, 514, 518, 528, 530, 537
Duarte, Manuel Amaralos María 541
Duarte, Pedro Celestino 528
Duarte Rodríguez, Manuel 525, 526, 527, 529
Duarte Román, José 534
Duarte, Sandalia 515, 541
Duarte, Vicente 585
Duarte, Vicente Antonio 528
Duarte Villeta, Enrique 544
Duarte Villeta, Fernando 544
Duarte Villeta, María Trinidad Ignacia 544
Duarte Villeta, Vicente María 538, 544
Duarte Villeta, Wenceslao Camilo María 543-545, 548
Duarte y Posadas, Juan 528
Duarte y Rodríguez, Juan José 220
Dubocq, Delia 290
Dubocq, Enrique 290
Dumas, Alejandro 589
Dumas, M. 120
Dupuy 84, 99, 100, 447
Durán 282
Durand, Agustin 31
Durocher, Luis 146, 226
Dutertre 367
Duvergé, Alcides 265, 266
Duvergé, Antonio 215, 237, 262, 263-266, 281-285, 289, 295, 296, 321, 325, 329, 610, 611
Duvergé, Daniel 266
Duvergé, Nicanor 266

E

Echavarría 621, 627
Echavarría, Ramón 539
Echevarría 615
Edouard, E. 104, 663
Edwards, B. 663
Elie, J. 120
Elliot, Jonathan 321
Emerson 219
Enambuc, Niel de 366, 367
Eneas 395
England, Juan 133, 134
Enrique 366
Enrique I 39
Enrique, Víctor 39
Enriquillo 277
Epaminondas 497
Erazo, Juan 246
Escarfulez, Gregorio 28, 41, 429
Escolástico, José 264, 265
Espaillat, Pedro Ignacio 285
Espaillat, Ulises F. 299
Esperón 115
Espinosa 338
Esquilo 404
Estévanez, Nicolás 131
Evangelista, Marcos 285

F
Fabelo, Jacinto 280, 400
Fafá, Juan Ciriaco 265
Faine, J. 663
Fajardo 658
Fausto 278, 352
Felipe II 535
Félix 129
Félix, Manuel 51, 52
Fequiere, F. 663
Fernández, Belén 250, 251
Fernández de Castro, Felipe 122, 124, 125, 389, 433, 445, 651
Fernández de Oviedo, Gonzalo 390
Fernández, José 607
Fernández, Magdalena 221
Fernández Navarrete, Domingo 365
Fernando 387, 419
Fernando VII 20-22, 32, 124, 327, 477
Ferrand 19, 30, 34, 108, 381, 387, 388, 448
Ferré, Pascual 611
Ferrer 200
Ferrer, Manuel 540, 541
Figueroa, José A. 246
Firmin, A. 663
Florentino, Pedro 297, 298
Fodéré 79, 80
Foll 610
Fonst, Jayme 314
Franci 109
Francisca 595
Franco 606
Franco Bidó, Augusto 301
Franco Bidó, Ulises 301
Franco Butron 532
Franco de Acevedo, Luis 589, 593
Franco, Fr. 329
Franco, Leopoldo 322
Franco, Luis 595
Franco Trejo 604
Frémont 66, 68, 99, 100, 437, 481
Frías, José Ma. de 314, 541
Frías, Pablo de 314, 541
Frites, Buenaventura 268
Frómeta 22
Fuente, Guillermo de la 641
Funk-Bretano 78

G
Galie 226
Galván, Francisca 326, 547
Galván, L. Manuel Dolores 258, 261, 580, 658
Galván, Manuel de Jesús 247, 263, 286, 289, 292, 293, 297, 326, 641
Gándara, José de la 75, 663
Garay 236
García (Duarte), Cristóbal 530
García 647
García, Beatriz 529, 530, 533, 535
García Casuela, Rafael 51
García, Christoval 531
García, Joaquín 387, 649
García, José Gabriel 20, 24, 30, 37, 58, 99, 100, 106, 109, 120-122, 141, 145-150, 154, 159, 160, 163, 164, 166, 175, 179-182, 191, 192, 200, 204, 213, 223, 227, 238, 240, 244, 245, 246, 265, 269, 275, 279, 282, 283, 302, 306, 311, 312, 319, 328, 330, 331, 333, 339, 345, 346, 362, 504, 505, 510, 517, 521, 540, 543, 556, 573, 605, 617, 618, 620, 622, 624, 664
García, José Leandro 637, 639
García Lluberes, Alcides 149, 162, 175, 214, 249, 252, 253, 292, 297, 300, 325, 513, 515, 543, 601, 606, 615, 618, 622, 642, 643
García Lluberes, Leonidas 149, 162, 174, 175, 214, 227, 260, 549, 612, 615, 618-620, 664
Garrido, Miguel Ángel 625, 626
Gatón 285
Gatón, Juan A. 584
Gautier, Manuel María 222, 246, 613
Gedeón 294, 496

Geffrard, Fabré 244, 245, 247, 276, 306, 388, 573, 575, 576
Geneco, V. 585
Gerard 260
Gertrudis 658
Gibbs-Marchall, H. 664
Gil, Catalina 529, 530, 532, 534
Gil Fortuil, José 87
Giménez, Catalina 526, 530
Ginebra, Francisco 538
Gogu 99
Goliat 394
Goman 140
Gómez 200, 238
Gómez, Fernando Joaquín 547
Gómez, Juan Bta. de Jesús 301
Gómez, Manuel Ubaldo 164, 202, 209, 210, 664
Gómez, Máximo 402
Gómez Sánchez, Andrés 440, 458
Góngora y Argote, Luis 289
González, Benito 164-166, 170, 171, 333, 658
González, Bernardo de Jesús 255, 256
González, Florentino 229
González, José María 40, 613
González Lamarche, Manuel 544, 545
González, Manuel 250
González Regalado y Muñoz, Manuel 121
González Tablas, Ramón 244
Greco, Miguel 492
Grêgoire, Luis 540
Groot 254
Gross, Alejandro 254
Grullón, Arturo 273
Grullón, Máximo 299
Gual 118
Guant Claire, Emilia 249, 255, 256, 257
Guerrero, Juan José 246
Guerrero, Manuel María 180, 181, 206, 539, 548, 579, 659
Guerrero, Miguel Antonio 252, 253
Guerrero, Tomasa 548
Guerrero, Wenceslao 179, 206
Guicciardini 131
Guillermín de Montpinay, M. Gilbert 138, 379
Guillermo, León 266
Guizot 222, 383, 627
Gutierra 338
Gutiérrez Cos, Pedro 203, 494, 501, 504
Guvillier 449
Guy-Joseph 222
Guzmán Galicia, Martín 249, 253, 290, 291, 326, 492, 545, 597, 600
Guzmán Sánchez, Leonte 439, 465, 469

H

Haffter 80
Halliburton 364
Harnández, Gaspar 168
Harvey, W. W. 664
Héctor 277
Hécuba 514
Hegel 629
Heneken, Teodoro Stanley 622
Henric 314
Henríquez Carvajal, Francisco 273, 322, 607
Henríquez, Daniel 285
Henríquez Franco 146
Henríquez Ureña, Max 100, 202, 307, 664
Henríquez Ureña, Pedro 126, 202, 223, 258, 389, 507, 519
Henríquez y Carvajal, Federico 145, 148, 151, 155, 158, 166, 167, 169-171, 182, 184, 202, 204, 269, 279-281, 285, 332, 503, 510, 544, 550, 557, 561, 563, 591, 664
Hérard Ainé, Charles 37, 203, 212, 259, 271, 279, 303, 310, 311, 315, 339, 342, 343, 350-352, 382, 395, 397-400, 402, 404-406, 494, 504, 579, 580, 658
Herard Dumesle 342

Herard, Leo 405
Heredia, José María 390
Heredia, los 390
Hermann Schneider 359
Hermann Schomburgk, Robert 321
Hernández Chávez, Ramón 505, 658
Hernández, Francisco 203, 493, 501
Hernández, Gaspar 148, 155, 159, 160, 179, 182, 189, 195-197, 199, 201-206, 210-212, 214-217, 226, 252-254, 302, 338, 391, 493, 494, 501, 503, 505, 506, 510, 658, 659, 664, 668
Hernández, José Ramón 49
Hernández, Josefa 290, 291
Hernández, Manuel 654
Herodoto 148
Herrera 386
Herrera, Andrés de 50
Herrera, Catalina de 535
Herrera, Damián de 50
Herrera, Jerónimo de 535
Herrera, José Damián de 50
Herrera, Juan Rosa 264, 265
Herrera, Rosendo 264
Herrera y Tordecillas, Antonio de 364, 365
Heureaux, Ulises 322, 607
Hierro, Jorge de 221
Hipolyte, D. 664
Hitler 82
Hogu 99, 447, 456
Hostos 230, 273
Hungría, J. Joaquín 301
Hurquerque, Manuel 348
Hurtado de Mendoza, Diego 535

I

Ibé, Alfonso 265, 266
Imbert 237, 394
Imbert Mytles 281
Incháustegui Cabral, M. A. 665
Infante, Antonio 645
Inginac, Baltazar 24, 25, 90, 95, 109, 133, 135, 380, 445
Inman, G. G. 665
Irpo, José Joaquín 51
Isaac 495
Isabel II 196, 312
Isabel la Católica 331
Isabel Salomé 146
Isidora Ramona 248, 250, 251, 256, 604
Ismardy 99
Iturbides 201

J

Jacinto 610
Jacinto Luis 649
Jacob, contraalmirante 109, 111-114, 116, 449-451, 453
Jacob 495
Jacobo 102
Jacquemuyns, Rollen 64
Jacquemyns 80
Jacques, Th. J. 105, 665
Jaeger, Werner 358
Janvier, Luis José 118, 120, 140, 145, 222, 665
Japhet 294
Jaquinné 260
Jean Joseph, M. D. 102, 115, 665
Jean-Jodeoh, D. 665
Jehová 212
Jerez, Alejo 279
Jerez, Merced Vicente 492
Jesucristo (Jesús) 156, 177, 498
Jesús, Isabel de 547
Jimenes Grullón, Juan Isidro 322
Jimenes, José Antonio 322
Jimenes, José Manuel 322
Jimenes, Juan 238, 328
Jimenes, Juan Isidro 321, 322
Jimenes, Manuel 51, 248, 262, 263, 274, 283, 296, 299, 303, 316, 318-321, 323, 327, 328, 345, 346, 566, 583, 619, 620, 625, 628, 642
Jiménez Bodillo, Manuel 513
Jiménez, Catalina 529
Jiménez, Clariza 126

Jiménez, Juan 126, 200, 401, 566, 567
Jiménez, Ramón Emilio 202, 300
Jiménez, Tomás 266
Jiménez y Benítez, Rufina 513, 514, 530
José María de la Altagracia 126
José Mártir 348
Josef 542
Joseph, Dabelma Jn. 103
Josué 294
Joutte 489
Juan 532-534
Juan Bautista 49
Juan Francisco 100
Juan José III 328
Juana de Arco 315
Julia, Leoncio 47
Júpiter 194, 396
Justin 44, 101
Justin, Plácido 370, 665

K
Kerverseau 387
Kindelán, Sebastián 22, 35, 40, 45, 60, 441, 444, 462, 476
Knapp 322
Kuser 37, 120

L
La Gándara, José de 74
Labastida, Miguel de 545
Labat 368
Lacuan, Vicente 87
Lahorde, B. A. 120
Lamarche, José 547
Lamothe 226
Lamotte, general 573
Larose 117
Larousse, Pierre 540
Las Casas, Barón 341
Las Casas, Bartolomé de 390
Lavastida, José 106, 146
Lavasyida, Miguel de 492
Lavisse 174
Lazala, Domingo 243
Lebrun, Plácido 84, 90
Leclerc 387
Lecuna, Vicente 87, 118, 665
Leger, Abel 70
Leger, Jacques N. 36, 57, 66, 78, 89, 181, 341, 342, 343, 404, 405, 665
Leguisamón, Manuel 280, 333, 400, 622, 642
Leibniz 197
Lemos de León, Antonio de 122, 124
Lemour, S. 36, 665
León III 55
León, Nicolás 594
León XII 133
León XIII 31
Lepine 48
Leroy-Beaulieu 308
Lespinasse, B. 665
Lespinasse, P.E. 489
Levasseur, Andrés 140, 222, 615, 616
Levasseur, M. 383
Lezo, Aurelia 548
Lherisson, Justin 37, 117, 665
Linares, Deogracia 264, 265
Linares, Norberto 280, 328, 333, 400, 642
Lincoln 232
Lira, Diego de 113, 124, 453
Lithgow, Francisca 290
Llaverías, Federico 440
Lluberes, Félix Mariano 246, 267, 285, 583, 584
Logroño, Álvaro Arturo 164
Logroño, Arturo 153, 164, 165, 200, 209, 210, 238, 665
López Banos 152
López de Haro, Damián 373
López de Mendoza, Iñigo 535
López de Villanueva, Antonio 46, 47, 362
López, F. Anselmo 639
López, Francisca 581
López, Francisco 49
López, Francisco Anselmo 639
López, Jacinto 329
López, José María 281

López Medrano, Andrés 23, 413, 420, 492, 665
López, Pascual C. 655
López, Ramón 541, 598, 600
López Umera 69
López Umeres 82
López Villanueva, Toribio 48, 310, 328
Lora, Gregorio de 639
Lorenza 514
Louverture, Toussaint 17, 28- 30, 84, 88, 89, 90, 94, 100, 101, 111-114, 196, 220, 254, 352, 387, 389, 451, 453, 476, 575, 628, 648
Lugo, Américo 55, 57-59, 70, 89, 148, 182, 196, 198-200, 204, 213, 215, 216, 220, 223, 224, 228, 233, 234, 238, 242, 244, 246, 249, 252, 254, 258, 259, 261, 266, 270, 273, 277, 398, 505, 569, 587, 598, 601, 665
Lugo Lovatón, Ramón 145-147, 151-153, 158-164, 172, 178, 179, 183, 187, 240, 244, 248-252, 254, 259, 260, 262, 267, 274, 277, 307, 311, 569, 571, 572, 580, 581, 587, 590, 599, 603, 654, 656, 666
Lugo, Nicolás 252, 253
Luis Felipe 175, 341
Luis XIV 370, 387
Luisa 534
Luna, Gabriel José 548, 645
Luna, María del Carmen 645
Luperón, Gregorio 289, 312

M

Macaulay 352
Maceo, Antonio 248
Machado, Manuel 88, 112, 290
Mackau, barón de 389
Madian 496
Madiou, Thomas 34, 99, 117, 140, 148, 177, 178, 182, 211, 213, 214, 216, 245, 248, 252, 261, 275, 299, 300, 311, 330, 379, 393, 494, 505, 515, 542, 608, 621, 666
Mádiz, Pascual 540
Madrigal, Agustín 250, 599, 603
Magay, E. 666
Maginat 85
Magloire, Auguste 44, 666
Magny, Etienne 28, 41, 42, 46, 71, 429, 431-433, 468
Majencio 149
Maldonado 285
Malo, Charles 44, 68, 90, 117, 666
Mancebo, Vicente 23
Manigat, Thales 68, 90, 117, 666
Mañón, Toribio 328
Manzaneda y Salinas, Severino de 530
Maquiavelo, Nicolás 131, 307
Marcano, Merced 611
Marcellis, F. 666
Marciano 308
Mare, C. de 291
Marfus, Antonio 565
Marginac, B. 666
María 156
María de Nazaret 155, 156
María Luisa 39
Mariana de Austria 591
Maró, Manuel Amaralos 515
Marques, Manuel 329
Márquez 22
Marta 654, 655
Marte 215, 315
Martí 196, 228, 242, 324
Martí Calderón, Ignacio 208
Martí, Lorenzo 567
Martínez de León, Juan 522, 525
Martínez de Santelises, Miguel 492
Martínez, Feliciano 282, 283
Martínez, N. 253
Martínez, Ramón 51
Martínez, Rufino 439, 440, 471, 473
Martínez Valdés, Antonio 23, 40, 53, 69, 82, 106
Maseroni 441, 462
Medina, Antonio de 531
Medina, Facundo 126
Medrano 628

Medrano, Andrés 251
Medrano, José Tomás 620
Medrano, Juan Tomás 328
Mejía, Bartolo 281
Mejía, Félix Evaristo 13, 202, 211, 273, 353
Mejía, Gustavo Adolfo (hijo) 13
Mejía, Juan 348
Mejía, Juan Tomás 13, 70, 162, 440, 469, 471
Mejía, Octavio Augusto 13
Mejía, Rafael 273
Mejía Ricart, Gustavo Adolfo 13, 14, 35, 79, 87, 101-104, 118, 141, 145, 163, 172, 183, 226, 227, 233, 250, 251, 252, 262, 279, 307, 326, 357, 374, 390, 439, 440, 454, 458, 462, 469, 473, 604, 666, 667
Mejía Ricart, Tirso 14
Mejía Soliere, Abigaíl 440, 458
Mejía Soliere, Juan Tomás 160
Mejía, Valentín 264, 265
Melero y Pantoja, Alonso 526
Mella, Adela 290
Mella Álvarez, Antonio 637
Mella, Antonio de 289-291, 641-643
Mella Brea, América 290, 637, 638
Mella Brea, Antonio Nicanor 289, 290, 637, 638
Mella Brea, Ildefonso 290, 637, 638
Mella Brea, Ramón 290, 637
Mella, Caridad 291
Mella, Idelfonso de 279, 287, 291
Mella, Isidora 289
Mella, José María de 291
Mella, Julio Antonio de 290
Mella, Manuela 638
Mella, María 290
Mella, Matías Ramón de 14, 160, 161, 164-171, 186, 188, 196, 199, 201, 215, 217, 237, 240-242, 248, 261, 265, 271, 272, 278-299, 301, 303, 304, 311, 320, 321, 323, 328, 339, 398, 399, 503, 580, 583, 585, 619, 622, 636-639, 641-643, 658, 659
Mella, Ramón María de 642
Mella, Rosa 290
Mella, Ysidora de 643
Mena, Pedro Ramón de 265
Mena, Pedro T. de 519
Mena, Ramón de 265
Mena y Portes, P. T. de 520
Méndez, Luis 524, 541, 542
Méndez Vigo, Santiago 504
Mendoza 69
Mendoza, Antonio 226
Mendoza, Mariano 94
Mendoza, Miguel 547
Menéndez de Avilés, Pedro 535
Meneses y Bracamonte, Bernardino de (Conde de Peñalva) 90
Mercenario, Félix 258, 280, 299, 320, 328, 348, 400, 615, 620-622, 627, 628, 642
Meriño, Fernando Arturo de 146, 150, 151, 153, 154, 157, 160, 178, 207, 208, 231, 234, 270, 284, 287, 555, 667
Métral, Antoine 44, 99, 106, 126, 667
Michelet 308
Miches, Eugenio 264-266
Minerva 194, 215, 396
Miranda, Eugenio 348
Mitre 395
Miura, Javier 492, 658
Miura, Ricardo 611
Moges 628
Moisés 314, 496
Molina, Tirso de 372, 390
Monción 296
Monte, Félix María del 667
Monte y Tejada, Antonio del 667
Montenegro, Francisco de 122, 124, 126, 453
Montesquieu 63, 66, 230
Montolío 658, 659
Montolío, Andrés Julio 19, 267, 623
Montolío, Joaquín 258, 580
Moom, Juan Bautista 346
Morales, Juana 203, 493, 501
Morales Languasco, Carlos F. 261, 607

Morales, padre 138
Morcelo, Baltazar 504
Morcelo, Domingo 204, 504, 667
Morel de Santa Cruz, Fernando 45, 46
Morel, Juan Bautista 266
Moreno 627, 628
Moreno, Carlos 615, 620
Moreno de Medina 533
Moreno, José María 610, 611
Morfa, Juan de 461
Morillo, Josep 532
Morillo, Manuel 279, 400
Morín 303
Morín del Valle 291
Morín, Jn. Bt. 291
Morín, M. 346
Morín, N. 345
Moscoso, Juan Vicente 23, 205, 206, 226
Mosquera, Juan 595
Mosquera, María de 594
Mota, Félix 246
Mota, Francisco Marcos de 327
Mota, Marcos 329, 598, 600
Mouchette 109
Moya 200
Mueses, Martín de 206, 522, 525, 565
Mueses, padre 206
Muñoz Del-Monte, Francisco 391

N

Nau, E. 347, 366
Necker, M. 174, 378
Negrete, María 329
Negrete, Rafael de 290, 291
Néstor 277
Nicalson 376
Noble, Candelaria 251, 604, 606
Nobles, Seferino 266
Noboa, Ángel de 51, 52
Nolasco, Sócrates 440, 667
Nouel, Adolfo Alejandro 202, 303
Nouel, Carlos 21, 23, 42, 91, 92, 94, 120, 122, 125, 132, 134, 138, 141, 145, 153, 154, 178, 200, 209, 210, 307, 333, 338, 344, 346, 348, 350, 505, 623, 642, 667
Nova, Baltazar de 126, 453
Núñez Blanco, Juan 45, 46
Núñez Cabeza de Vaca, Alvar 535
Núñez de Cáceres, José 14, 15, 21, 22, 31-33, 37, 38, 40, 42, 48, 53, 57, 59, 62, 68, 71, 72, 78, 80, 82-84, 88, 89, 91-95, 110, 112, 123, 135, 228, 289, 307, 309, 361, 391, 394, 435, 441-443, 445, 447, 449, 456, 460, 461, 463-470, 475, 479, 488, 491, 492
Núñez de Cáceres, Josefa 329
Núñez, Eusebio 326
Núñez, Lázaro 126
Núñez y Domínguez, José de Jesús 591-594, 596

O

Ochoa, Martín 535
O'Connor 274
Octaviano Augusto 289
Ogando, Timoteo 267, 304, 323
Ojeda 236
Olibas, Josef 599, 603
Oliva, Joaquín 29, 42, 429
Ortega 658
Ortega Medina, Pilar 261
Ortega, Pedro Tomás 639
Ortiz, Jacinto 51
Ortolán 80
Osuna, Joaquín de 524, 541
Otero Nolasco, Salvador 517
Ovando, Juan Clemente 50, 51
Ovando, Nicolás de 364, 535
Oviedo 236, 366, 367

P

Padilla D'Onis, Luis 439, 440, 461, 465
Padilla, Félix de 221
Páez 320
Paideia 358
Palacios Moreno, Manuel de 531

Pamies, Pedro 195, 197, 338
Pand 80
Pantaleón Álvarez de Abreu, Domingo 370
Papini, Giovanni 196, 667
Parmantier 392
Patín, José del Socorro 598, 600
Paula, Ignacio de 258, 259, 280, 333, 400, 642
Paula Nueses, Francisco de 124
Paulino, Baltazar 279, 399
Payno, Manuel 594
Pedro 418
Pedro, fray 509
Pelletier, Pedro Eugenio 265
Pelopidas 497
Peña 338
Peña (?) Benítez, Francisco 526
Peña, Balbina de 607
Peña Batlle, Manuel Arturo 37, 66, 87, 374, 647, 667
Peña, Luciano de 584, 607, 653
Peña, padre 279, 400
Penson, César Nicolás 222, 588, 591
Penson, Ana María 547
Peralta, José 45, 46
Perdomo 285
Perdomo, Ángel 584
Perdomo, José Mateo 547
Pereira, Manuel 266
Perera 168, 182
Pérez, Alejo 399
Pérez, Benito Alejandro 225, 566, 567
Pérez, Bernardino 611
Pérez de Guzmán, Alonso (el Bueno) 221
Pérez de la Paz, Josefina (Chepita) 145-147, 159, 162, 173, 302, 325
Pérez de la Paz, Juan Isidro 146, 152, 156, 160, 163-166, 168-172, 180, 186, 188, 191, 196, 197, 205, 213, 214, 251, 254, 280, 291, 293, 302, 303, 305, 324, 325, 328, 398, 400, 403, 494, 504, 584, 617, 620, 622, 653-656
Pérez hijo, José María 539, 565, 566
Pérez, Jaime 654
Pérez, José 584, 585
Pérez, José I. 614
Pérez, José Joaquín 641
Pérez, José María 221, 224, 250, 255, 256, 258, 518, 537, 538
Pérez, R. 264, 265
Pérez S., Pedro Eliseo 598, 599
Pérez Sánchez, Eliseo 249, 250, 597, 599, 606
Pérez Sánchez, Félix María 440, 458
Pericles 65
Pernnas 49
Perpiñán, Genaro 299
Perse, Antonio 526
Petijusto 266
Pétion, Alejandro 18, 19, 23, 34, 44, 87, 101, 102, 115, 118, 140, 388, 389, 446
Peynado, Francisco J. 273
Peynado, Jacinto 246
Pichardo 390
Pichardo, Bernardo 120, 145, 164, 165, 200, 209, 210, 215, 238, 276, 279, 282, 283, 318, 517, 667
Pichardo, J. Antonio 301
Pichardo, José D. 301
Pichardo, Juan Antonio 122, 123, 433
Pichardo, Ramón 51
Pierret, Carlos 225
Pierrot 84, 90, 394, 576
Pimentel 312
Pimentel, P. A. 299
Pimentel, Tomás 243
Pina, Aurelia 306
Pina, María de Jesús 300
Pina, Pedro Alejandro 151, 153, 154, 160, 163-166, 168-171, 186, 188, 191, 196, 197, 214, 229, 251, 254, 267, 280, 293, 299, 301-306, 323, 324, 328, 345-347, 398, 400, 403, 494, 548, 584, 620, 622, 653-656
Pineda, Antonio María 23
Piñeiro, Pedro 179, 205, 206
Piñeyro, Carlos María 519, 520
Piñeyro, Domingo 246

Pío VII 133
Pizarro 317, 366
Place, Víctor 321
Plaisance 575
Platón 358
Plet, Jacques Denis 146
Plutarco 273, 324, 414
Polanco, Diego 28, 41, 42, 429, 433, 445, 468
Polanco, Domingo 53
Polanco, Eugenio 639
Ponce de León, María 545
Ponce de León, S. 228, 390
Ponthieux, Esteban 290, 291, 345, 346, 347
Portes e Infante, Tomás de 127, 133, 134, 204, 338, 494, 495, 501, 502, 542
Portiere, Alcide 303
Pouplard, A. 667
Poux, Luis 432
Pradier 80
Pradines, Linstant de 668
Prats Ramírez, Francisco 307, 311
Prévost, General 84, 90, 93, 447
Price-Mars, Jean 32, 36-38, 41, 42, 52-55, 57, 69, 71, 72, 74-76, 78, 82, 89, 222, 339, 439, 441, 668
Prud'Homme, Emilio 208
Publio Virgilio 363
Puello, Eusebio 247, 253, 285, 329, 331, 539, 542, 654
Puello, Gabino 253, 329, 331, 658
Puello, José Joaquín 177, 214, 329, 330, 642, 658
Puello, los 295, 327, 331, 580, 585
Puigvert, Juan 279, 400
Pujols, Miguel Ángel 261
Pujols, Silvano 261, 280, 332, 400, 615-618, 620, 621, 642
Pujols, Silvano hijo 261

Q

Quayer Lariviere, Federico 84, 100
Quesada, Rafael de 291
Quincy Adams, Juan 86

R

Ramírez, Antonio 400
Ramírez, Ciriaco 35
Ramírez, Felipe 246
Ramírez, Juan 268
Ramírez, Tomás 280
Ramírez, Wenceslao 161
Ramón Antonio 548
Ramón, José 25
Ramón, Juan 49
Ramos, Leoncio 440, 458
Ramos López 251
Rangel, María 513
Ratzel [Friedrich] 355-357
Ravelo, Agustín 327, 492
Ravelo, Alonso 211
Ravelo, Arquímedes 327
Ravelo, José 275
Ravelo, José de Js. 208
Ravelo, Juan Nepomuceno 145, 152, 164-166, 170, 171, 173, 180, 211, 299, 326, 327, 330, 339, 566, 658
Ravelo, Manuel de Jesús 207, 622, 668
Ravelo, Ramón Alonso 147, 216, 624, 625, 668
Real, Pascual 21, 36, 68, 422, 433, 437, 444, 462, 476, 481
Redondo, V. Natalio 622
Regalado 22, 338
Regio 589, 594
Regla Mota, Manuel de 265, 284, 312, 614
Renán 287
Rendón, José Lorenzo 598, 600
Reso, Micaela 306
Reyes, F. Emilio 301
Reyes, general 298
Reyes, José 208
Reyes, Manuel de los 51, 52
Reyna, Petronila de 513
Ricardo, D. 301
Ricardo, J. de J. 301
Ricart 40
Richard 36
Riché 84, 99, 100, 447, 456

Rigaud 18
Rijo, Nicolás 280, 400
Riva Palacio, Vicente 591, 594
Rivera 329
Riviére Hérard, Charles 37, 152, 258, 275, 335, 351, 394, 403, 505, 575, 584, 658 (Véase Hérard, Charles)
Robertson 377
Robin, Enélus 668
Robins 90
Robles, Antonio de 591, 594, 595
Roca, Esteban 321, 338, 655
Rochambeau 387
Rodríguez 495
Rodríguez, Ana María 525-527, 534
Rodríguez, Andrés 529, 530, 533, 535
Rodríguez, Cayetano Armando 202-204, 505, 668
Rodríguez de Cosgayas y Sanz, Francisca 544
Rodríguez Demorizi, Emilio 32, 146, 153, 202, 229, 260, 325, 668
Rodríguez, Elías 204, 494
Rodríguez García, Catalina 533
Rodríguez, Isidoro 122
Rodríguez Jimenes, Juan Isidro 322
Rodríguez, Juan 526, 529
Rodríguez, Leoncia 607
Rodríguez, María 537
Rodríguez, monseñor 204, 502
Rodríguez Objío, Manuel 208, 244, 260, 318, 333
Rodríguez, Pedro 545
Rodríguez Pilante, Luis 47
Rodríguez, Rafael Servando 279
Rodríguez, Servando 398
Rodríguez Tapia, Ana María 529
Rodríguez, Tomás 545
Roffey 367
Rojas 331, 615
Rojas 390
Rojas, José María de 47
Rojas, Marcos de 332
Rojo, Juana 221
Rollin 80
Rondón, Juan 297
Roque Cocchía 519
Roques, José Ricardo 209, 248, 263, 271, 272, 583, 659
Rosón, Andrés 338, 541, 645
Rosou, Andrés 251
Rossignol 109
Rouanez 117
Ruiz, Agustina 595
Ruiz de León, Juan 535
Ruiz e Ibáñez, José 220, 525
Ruiz, Félix María 155, 160, 164-168, 170, 171, 173, 182-184, 200, 204, 206, 326, 504, 509, 510, 547, 668
Ruiz, José 137, 138, 220, 314, 515, 522-524, 541
Ruiz, Juan 23, 255, 257, 280, 332, 642

S

Saint André 613
Saint Denis, Juchereau de 199, 295, 627, 628
Saint Johns, S. 668
Saint-Fleur 84, 90
Saint-Méry, Moreau de 24, 366, 378, 380, 667
Saint-Ogan, Lefévre de 174, 669
Saint-Rémy, Lepelletier de 18, 24, 25, 29, 48, 87, 89, 91, 114, 115, 117, 123, 125, 136, 140, 222, 363, 366, 368-370, 375, 376, 379, 381, 385, 387, 389, 451, 457, 651, 668, 669
Saladín 99, 447, 456
Salazar, Eugenio de 390
Salcedo, Francisco Antonio 279, 398, 399
Salcedo, J. de J. 298
Salcedo, José Antonio 297, 299
Salcedo, José María 45, 46
Salcedo, Pedro 612
Salnave 306
Samano, Juan de 535

San Juan Bautista 195
San Martín 196, 199, 317, 360, 402
Sánchez, Ana 572, 604
Sánchez, Andrés 256, 259, 605, 606, 608
Sánchez, Antonio 289, 606, 643
Sánchez, Balbina 607
Sánchez Bustamante Sirven, Antonio 61, 64, 669
Sánchez del Rosario, Francisco 153, 160, 161, 163-165, 167-171, 184, 186, 188, 191-197, 199, 201, 209, 214-217, 219, 220, 224, 233, 236, 237, 242-250, 252-278, 280, 289, 293, 295, 297, 299, 300, 301-304, 307, 311, 316, 320, 323, 324, 328, 330-333, 361, 396, 398-401, 403, 494, 503, 510, 569-574, 577, 579, 580, 581, 583-585, 587, 588, 597, 598, 600, 601, 603, 605-608, 610, 612-622, 624-628, 642, 653-659
Sánchez del Rosario, Idelfonso 572
Sánchez, Emilia 607
Sánchez, Esteban 48
Sánchez, Eugenio 572
Sánchez, Fernando 249-251, 256, 607
Sánchez, Fernando Raymundo 604
Sánchez, Filomena 607
Sánchez, Flérida 607
Sánchez, Francisco 607
Sánchez, Gregoria 655
Sánchez Guerrero, Juan José 267, 276, 277
Sánchez, Ildefonso 256, 604-606
Sánchez, Jacinto 256, 257, 572, 605, 606
Sánchez, José 604
Sánchez, José María 246
Sánchez, Juan Francisco 605-607
Sánchez, Juan Francisco hijo 607
Sánchez, Manuel 607
Sánchez, María del Socorro 572, 604
Sánchez, María Teresa 256, 258
Sánchez, María Trinidad 256, 259, 300, 330, 571, 579, 587, 604-608, 654, 655, 659
Sánchez, Marina 607
Sánchez, Narciso 248-251, 254-258, 275, 280, 331, 569-572, 587, 597, 598, 600, 603-606, 642, 653, 658
Sánchez, Pablo Marcial 572, 604
Sánchez Ramírez, Juan 108,122, 138, 381, 388, 436, 448, 461, 481
Sánchez, Ramón 392
Sánchez, Socorro 254, 256, 605, 606, 654
Sánchez, Tomás 256, 567, 572, 580, 604-606, 659
Sánchez Valverde, Antonio 368, 378, 669
Sánchez y Mata, Antonio 203, 493, 501
Sánchez y Sánchez, Carlos 147, 211, 267, 275, 307, 439, 440, 458, 587, 600, 601, 607, 616, 618, 619, 668
Sanders, P. 669
Sandoval 285
Sannon, P. 669
Santana, Juan 348
Santana, Pedro 196, 199, 201, 204, 213, 215, 219, 240, 243, 244, 246, 247, 255, 258-262, 264-266, 269, 270, 275-277, 278, 282, 284, 285, 288, 289, 293, 295, 296, 304, 307, 309, 312, 314-316, 318-321, 324, 325, 327-331, 333, 362, 383, 392, 394, 400, 494, 501, 503, 504, 575, 609-612, 619, 624, 625, 642
Santana, Ramón 255, 333, 392, 400
Santander 87
Santín, Juan 517, 566
Santine, Ma. Franc. 314
Sapor 496
Sara 496
Saviñón, Miguel 246
Saviñón, N. 291
Segovia 614
Segura 595

Sepúlveda, Raimundo 492
Serra, Epifanio 246
Serra, José de 645
Serra, José María 145, 146, 147, 151-153, 155, 158-171, 173, 174, 178-180, 182, 185-187, 200, 204, 205, 206, 211, 215, 222-224, 232, 252, 260, 302, 326, 362, 396, 397, 399, 547, 580, 645, 646, 658, 669
Servando Rodríguez, Rafael 400
Seward 305
Sierra, Juan de 645
Sigarán, José María 179, 205
Sigüenza y Góngora 288, 314
Silva, José Justo de 26, 27, 29, 33, 34, 45, 53, 56, 57, 69, 466
Simón, Jacobo 84, 90, 489
Simón, Julio 175
Simonó, Gabino 246
Sócrates 416
Soda, José 57
Solano 338
Solano, Antonio 645
Solano, Antonio Abad 225
Solano y Bote, José 649
Soler, Ángel María 273
Soler, Eduardo R. 439, 458, 517
Sorel, Albert 78
Sosa 285
Sosa, José 28
Sosa, Juan 285
Sosa, Rafaela de 252, 253
Soto, Antonio de 180, 205, 206
Soto, José María de 606
Soublette, Carlos 150, 268
Soulouque 244, 260, 282, 283, 296, 321, 323, 575, 576, 610, 628
Spengler 377
Stoddard, L. 669
Suberví, Miguel 266
Sucre, José Antonio 240, 493
Suero, Camilo 50
Suero, Juan 285
Suetonio 288, 289
Sumner Welles 245

T

Tabárez, Agustín 289, 515, 541, 606, 643
Tabera 612
Taine, Hipólito 197, 242, 351, 669
Tapado 589-592
Tapia, Tomasa de 526, 529
Tavera 281, 282
Tejeda 390
Tejera Bonetty, Emilio 187, 202, 221, 349, 525, 527, 534, 543
Tejera, Emiliano 26, 31, 55, 56, 58, 70, 76, 94, 139, 145, 146, 148, 160, 161, 166, 167, 170, 176, 185, 186, 187, 192, 196, 200, 210, 213, 217, 220, 223, 227, 228, 233, 234, 238-242, 272, 279, 338, 345, 346, 349, 392, 395, 396, 399, 401, 505, 517, 522, 527, 543, 544, 622, 650, 653, 669
Tejera, Juan Nepomuceno 162, 166, 170, 331, 547, 615
Tell 193
Tellería, Pedro Manuel de 251, 645
Tellez, Gabriel 372
Thabarre 432
Thabarrés, C. 90
Tiberio Augusto 288
Tirado, Bernardo 206
Tito Livio 65, 131
Tolentino 103, 104
Tolentino Rojas, V. 669
Toro, J. 187
Trejo 606
Trichet 84
Troncoso de la Concha, Manuel de Jesús 37, 69, 70, 202, 249, 277, 329, 439, 458, 461, 463, 469, 517, 579, 589, 590, 669
Troncoso, José 250, 545, 547, 550
Troncoso Sánchez, Pedro 439, 440, 473, 478
Trujillo Molina, Rafael Leonidas 322
Tucídides 131

U
Ulises 277
Ureña, Nicolás 614
Ureña, Salomé 519
Usher, Thomas 342
Utrera, Cipriano de 154, 157, 158, 163, 172, 173, 202, 204, 440, 589, 593-596, 669, 670

V
Vaiffeaux 367
Vaissiere, P. de 670
Valbuena, Bernardo de 390
Valco de Espinosa, Berdo 532
Valdés, Gerónimo 362, 366
Valdez, José Dolores 260
Valencia 331, 615
Valencia, Eduardo 106
Valencia, Manuel María 180, 349
Valenzuela, Fernando de 591
Valera y Jiménez, Pedro de 97, 121, 122-124, 133, 206, 285, 309, 373, 452, 457, 460, 477, 499, 506
Valeriano 496
Valverde, José Desiderio 281, 288, 296, 312, 621, 627, 641
Valverde, Manuel María 205, 206, 547, 549, 620
Valverde y Lara, Pedro 280, 284, 333, 642, 658
Van Hoorn 594, 595
Vargas, Matías de 285
Varnard, M. 367
Vasconcelos, José de 359
Vásquez, Horacio 322, 607
Vásquez, Silvestre 567
Velázquez, Gonzalo 253
Velázquez y Hernández, Federico 273, 317
Veloz, José María 279, 400
Velta, Antonio 548
Vera, Francisco de 535
Verger 522
Vertiéres 71
Viau 66
Vicini Burgos, Juan Bautista 607
Vicioso, H. 260
Vico 308
Vidal 285
Vido, José 643
Vielcastel 670
Villega, Cecilia 535
Villemain 115
Villeta, Agustín 544
Villeta y Ponce de León, María Trinidad 543-545
Villevaeix 133
Vincent, S. 670
Volta, Joseph de 531
Volta, Manuel de 531
Voltaire 84, 90

W
Walles 670
Washington 193, 196, 232, 240, 317, 402
Wattel 79
Wells, H. G. 176, 670
Werther 352
Wheaton 79

X
Xenofonte 281
Ximenes, Catalina 530, 531, 535
Xptoval 526

Y
Ylla, Juan José 304

Z
Zayas, E. 246
Zerano, Manuel 49
Zoido Pérez, Eduardo 527, 531
Zorrilla 255
Zorrilla, Juan 198
Zorrilla San Martín, J. 352, 670
Zorrilla, Santiago 525

Publicaciones del Archivo General de la Nación

Vol. I	*Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
Vol. II	*Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
Vol. III	*Samaná, pasado y porvenir.* E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945.
Vol. IV	*Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
Vol. V	*Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
Vol. VI	*San Cristóbal de antaño*. E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1946.
Vol. VII	*Manuel Rodríguez Objío (poeta, restaurador, historiador, mártir)*. R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
Vol. VIII	*Relaciones.* Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
Vol. IX	*Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850.* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.
Vol. X	*Índice general del «Boletín» del 1938 al 1944,* C. T., 1949.
Vol. XI	*Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Escrita en holandés por Alexander O. Exquemelin, traducida de una famosa edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez; introducción y bosquejo biográfico del traductor. R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.
Vol. XII	*Obras de Trujillo.* Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
Vol. XIII	*Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.
Vol. XIV	*Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Roume, Hedouville, Louverture, Rigaud y otros. 1795-1802.* Edición de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.

Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana*. Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
Vol. XVI *Escritos dispersos (Tomo I: 1896-1908)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
Vol. XVII *Escritos dispersos (Tomo II: 1909-1916)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
Vol. XVIII *Escritos dispersos (Tomo III: 1917-1922)*. José Ramón López. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005*. Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.
Vol. XX *Lilí, el sanguinario machetero dominicano*. Juan Vicente Flores, Santo Domingo, D. N., 2006.
Vol. XXI *Escritos selectos*. Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2006.
Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2006.
Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario*. Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796*. Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2006.
Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre*. Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2006.
Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná*. Manuel Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2007.
Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño*. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2007.
Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Santo Domingo, D. N., 2007.
Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521), experiencia fundacional del Nuevo Mundo*. Miguel D. Mena, Santo Domingo, D. N., 2007.
Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo, Vol. I: 1492-1501*. fray Vicente Rubio, O. P., edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2007.
Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886. (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración)*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2007.
Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922*. Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*. Tomo I. Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*. Tomo II. Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XXXIX *Una carta a Maritain*. Andrés Avelino, traducción al castellano e introducción del P. Jesús Hernández, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XL *Manual de indización para archivos,* en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba. Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos*. Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XLIII *La educación científica de la mujer*. Eugenio María de Hostos, Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546)*. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección*. Compilación de Rafael Darío Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. XLVI *Años imborrables*. Rafael Alburquerque Zayas-Bazán, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. XLVII *Censos municipales del siglo XIX y otras estadísticas de población*. Alejandro Paulino Ramos, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo I. Compilación de José Luis Saez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo II, Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel*. Tomo III. Compilación de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LI *Prosas polémicas 1. Primeros escritos, textos marginales, Yanquilinarias*. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y Discursos*. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos*. Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LIV *Autoridad para educar. La historia de la escuela católica dominicana*. José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LV *Relatos de Rodrigo de Bastidas*. Antonio Sánchez Hernández, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LVI *Textos reunidos 1. Escritos políticos iniciales*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LVII *Textos reunidos 2. Ensayos*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LVIII *Textos reunidos 3. Artículos y Controversia histórica*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LIX *Textos reunidos 4. Cartas, Ministerios y misiones diplomáticas*. Manuel de J. Galván. Edición de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LX *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961)*. Tomo I. José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXI *La sumisión bien pagada. La iglesia dominicana bajo la Era de Trujillo (1930-1961)*. Tomo II. José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXII *Legislación archivística dominicana, 1847-2007*. Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXIII *Libro de bautismos de esclavos (1636-1670)*. Transcripción de José Luis Sáez, S. J., Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXIV *Los gavilleros (1904-1916)*. María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXV *El sur dominicano (1680-1795). Cambios sociales y transformaciones económicas*. Manuel Vicente Hernández González, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXVI *Cuadros históricos dominicanos*. César A. Herrera, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXVII *Escritos 1. Cosas, cartas y... otras cosas*. Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXVIII *Escritos 2. Ensayos*. Hipólito Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXIX *Memorias, informes y noticias dominicanas*. H. Thomasset. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXX *Manual de procedimientos para el tratamiento documental*. Olga Pedierro, et. al., Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXXI *Escritos desde aquí y desde allá*. Juan Vicente Flores. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXXII *De la calle a los estrados por justicia y libertad*. Ramón Antonio Veras (Negro), Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. LXXIII *Escritos y apuntes históricos*. Vetilio Alfau Durán, Santo Domingo, D. N., 2009.
Vol. LXXIV *Almoina, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista*. Salvador E. Morales Pérez, Santo Domingo, D. N., 2009.
Vol. LXXV *Escritos. 1. Cartas insurgentes y otras misivas*. Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
Vol. LXXVI *Escritos. 2. Artículos y ensayos*. Mariano A. Cestero. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
Vol. LXXVII *Más que un eco de la opinión. 1. Ensayos, y memorias ministeriales*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
Vol. LXXVIII *Más que un eco de la opinión. 2. Escritos, 1879-1885*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
Vol. LXXIX *Más que un eco de la opinión. 3. Escritos, 1886-1889*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
Vol. LXXX *Más que un eco de la opinión. 4. Escritos, 1890-1897*. Francisco Gregorio Billini. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.
Vol. LXXXI *Capitalismo y descampesinización en el Suroeste dominicano*. Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2009.
Vol. LXXXIII *Perlas de la pluma de los Garrido*. Emigdio Osvaldo Garrido, Víctor Garrido y Edna Garrido de Boggs. Edición de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2009.
Vol. LXXXIV *Gestión de riesgos para la prevención y mitigación de desastres en el patrimonio documental*. Sofía Borrego, Maritza Dorta, Ana Pérez, Maritza Mirabal, Santo Domingo, D. N., 2009.
Vol. LXXXV *Obras,* tomo I. Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
Vol. LXXXVI *Obras,* tomo II. Guido Despradel Batista. Compilación de Alfredo Rafael Hernández, Santo Domingo, D. N., 2009.
Vol. LXXXVII *Historia de la Concepción de La Vega*. Guido Despradel Batista, Santo Domingo, D. N., 2009.
Vol. LXXXIX *Una pluma en el exilio. Los artículos publicados por Constancio Bernaldo de Quirós en República Dominicana*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2009.
Vol. XC *Ideas y doctrinas políticas contemporáneas*. Juan Isidro Jimenes Grullón, Santo Domingo, D. N., 2009.
Vol. XCI *Metodología de la investigación histórica*. Hernán Venegas Delgado, Santo Domingo, D. N., 2009.
Vol. XCIII *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo I. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.
Vol. XCIV *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo II. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. XCV *Filosofía dominicana: pasado y presente*. Tomo III. Compilación de Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. XCVI *Los Panfleteros de Santiago: torturas y desaparición*. Ramón Antonio, (Negro) Veras, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. XCVII *Escritos reunidos. 1. Ensayos, 1887-1907*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. XCVIII *Escritos reunidos. 2. Ensayos, 1908-1932*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. XCIX *Escritos reunidos. 3. Artículos, 1888-1931*. Rafael Justino Castillo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. C *Escritos históricos*. Américo Lugo, edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. CI *Vindicaciones y apologías*. Bernardo Correa y Cidrón. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. CII *Historia, diplomática y archivística. Contribuciones dominicanas.* María Ugarte, Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. CIII *Escritos diversos*. Emiliano Tejera, edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CIV *Tierra adentro*. José María Pichardo, segunda edición, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CV *Cuatro aspectos sobre la literatura de Juan Bosch*. Diógenes Valdez, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CVI *Javier Malagón Barceló, el Derecho Indiano y su exilio en la República Dominicana*. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CVII *Cristóbal Colón y la construcción de un mundo nuevo. Estudios, 1983-2008*. Consuelo Varela, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CVIII *República Dominicana. Identidad y herencias etnoculturales indígenas*. J. Jesús María Serna Moreno, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CIX *Escritos pedagógicos*. Malaquías Gil Arantegui. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CX *Cuentos y escritos de Vicenç Riera Llorca en* La Nación. Compilación de Natalia González, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXI *Jesús de Galíndez. Escritos desde Santo Domingo y artículos contra el régimen de Trujillo en el exterior.* Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXII *Ensayos y apuntes pedagógicos*. Gregorio B. Palacín Iglesias. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXIII *El exilio republicano español en la sociedad dominicana* (Ponencias del Seminario Internacional, 4 y 5 de marzo de 2010). Reina C. Rosario Fernández (Coord.), edición conjunta de la Academia Dominicana de la Historia, la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXIV *Pedro Henríquez Ureña. Historia cultural, historiografía y crítica literaria*. Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXV *Antología*. José Gabriel García. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXVI *Paisaje y acento. Impresiones de un español en la República Dominicana*. José Forné Farreres. Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXVII *Historia e ideología. Mujeres dominicanas, 1880-1950*. Carmen Durán. Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXVIII *Historia dominicana: desde los aborígenes hasta la Guerra de Abril*. Augusto Sención (Coord.), Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXIX *Historia pendiente: Moca 2 de mayo de 1861*. Juan José Ayuso, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXX *Raíces de una hermandad*. Rafael Báez Pérez e Ysabel A. Paulino, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXI *Miches: historia y tradición*. Ceferino Moní Reyes, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXII *Problemas y tópicos técnicos y científicos*. Tomo I. Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXIII *Problemas y tópicos técnicos y científicos*. Tomo II. Octavio A. Acevedo. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXIV *Apuntes de un normalista*. Eugenio María de Hostos. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXV *Recuerdos de la Revolución Moyista (Memoria, apuntes y documentos)*. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXVI *Años imborrables* (2da ed.). Rafael Alburquerque Zayas-Bazán, edición conjunta de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias y el Archivo General de la Nación, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXVII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo I. Compilación de Alejandro Paulino Ramos, edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXVIII *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*. Tomo II. Compilación de Alejandro Paulino Ramos, edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXIX *Memorias del Segundo Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXX *Relaciones cubano-dominicanas, su escenario hemisférico (1944-1948)*. Jorge Renato Ibarra Guitart, Santo Domingo, D. N., 2010.

Vol. CXXXI *Obras selectas*. Tomo I, Antonio Zaglul, edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXXXII *Obras selectas*. Tomo II. Antonio Zaglul, edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Banco de Reservas. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXXXIII *África y el Caribe: Destinos cruzados. Siglos XV-XIX,* Zakari Dramani-Issifou, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXXXIV *Modernidad e ilustración en Santo Domingo*. Rafael Morla, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXXXV *La guerra silenciosa: Las luchas sociales en la ruralía dominicana*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXXXVI *AGN: bibliohemerografía archivística. Un aporte (1867-2011)*. Luis Alfonso Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXXXVII *La caña da para todo. Un estudio histórico-cuantitativo del desarrollo azucarero dominicano. (1500-1930)*. Arturo Martínez Moya, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXXXVIII *El Ecuador en la Historia*. Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXXXIX *La mediación extranjera en las guerras dominicanas de independencia, 1849-1856*. Wenceslao Vega B., Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXL *Max Henríquez Ureña. Las rutas de una vida intelectual*. Odalís G. Pérez, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXLI *Yo también acuso*. Carmita Landestoy, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXLII *Memorias de Juanito: Historia vivida y recogida en las riberas del río Camú*. Reynolds Pérez Stefan, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXLIII *Más escritos dispersos*. Tomo I. José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXLIV *Más escritos dispersos*. Tomo II. José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXLV *Más escritos dispersos*. Tomo III. José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXLVI *Manuel de Jesús de Peña y Reinoso: Dos patrias y un ideal*. Jorge Berenguer Cala, Santo Domingo, D. N., 2011.

Vol. CXLVII *Rebelión de los capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2011.
Vol. CXLVIII *De esclavos a campesinos. Vida rural en Santo Domingo colonial*. Raymundo González, Santo Domingo, D. N., 2011.
Vol. CXLIX *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1547-1575)*. Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2011.
Vol. CL *Ramón –Van Elder– Espinal. Una vida intelectual comprometida*. Compilación de Alfredo Rafael Hernández Figueroa, Santo Domingo, D. N., 2011.
Vol. CLI *El alzamiento de Neiba: Acontecimientos y documentos (Febrero de 1863)*. José Abreu Cardet y Elia Sintes Gómez, Santo Domingo, D. N., 2012.
Vol. CLII *Mediaciones de cultura. Laberintos de la dominicanidad*. Carlos Andújar Persinal, Santo Domingo, D. N., 2012.
Vol. CLIII *El Ecuador en la Historia (2da. ed.)*. Jorge Núñez Sánchez, Santo Domingo, D. N., 2012.
Vol. CLIV *Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe*. José Luciano Franco, Santo Domingo, D. N., 2012.
Vol. CLV *Cuba: La defensa del Imperio español*. José Abreu Cardet, Santo Domingo, D. N., 2012.
Vol. CLVI *Didáctica de la geografía para profesores de Sociales*. Amparo Chantada, Santo Domingo, D. N., 2012.
Vol. CLVII *La telaraña cubana de Trujillo (Tomo I)*. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
Vol. CLVIII *Cedulario de la isla de Santo Domingo, Vol. II: 1501-1509*. Fray Vicente Rubio, O. P., edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo, D. N., 2012.
Vol. CLIX *Tesoros ocultos del periódico* El Cable. Compilación de Edgar Valenzuela, Santo Domingo, D. N., 2012.
Vol. CLX *Cuestiones políticas y sociales*. Dr. Santiago Ponce de León, edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
Vol. CLXI *La telaraña cubana de Trujillo*. Tomo II. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.
Vol. CLXII *El incidente del trasatlántico Cuba. Una historia del exilio republicano español en la sociedad dominicana, 1938-1944*. Juan B. Alfonseca Giner de los Ríos, Santo Domingo, D. N., 2012.
Vol. CLXIII *Historia de la caricatura dominicana*. José Mercader, Santo Domingo, D. N., 2012.
Vol. CLXIV *Valle Nuevo: El Parque Juan B. Pérez Rancier y su altiplano*. Constancio Cassá, Santo Domingo, D. N., 2012.
Vol. CLXV *Economía, agricultura y producción*. José Ramón Abad. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.
Vol. CLXVI *Antología*. Eugenio Deschamps. Compilación de Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXVII *Diccionario geográfico-histórico dominicano*. Temístocles A. Ravelo. Revisión, anotación y ensayo introductorio Marcos A. Morales, edición Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXVIII *Drama de Trujillo. Cronología comentada*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXIX *La dictadura de Trujillo: documentos (1930-1939)*. Tomo I, volumen I. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXX *Drama de Trujillo. Nueva Canosa*. Alonso Rodríguez Demorizi. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012

Vol. CLXXI *El Tratado de Ryswick y otros temas*. Julio Andrés Montolío. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXII *La dictadura de Trujillo: sus documentos (1930-1939)*. Tomo I, volumen II. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXIII *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen V. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXIV *La dictadura de Trujillo: documentos (1950-1961)*. Tomo III, volumen VI. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXV *Cinco ensayos sobre el Caribe hispano en el siglo XIX: República Dominicana, Cuba y Puerto Rico 1861-1898*. Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXVI *Correspondencia consular inglesa sobre la Anexión de Santo Domingo a España*. Roberto Marte, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXVII *¿Por qué lucha el pueblo dominicano? Imperialismo y dictadura en América Latina*. Dato Pagán Perdomo, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXVIII *Visión de Hostos sobre Duarte*. Eugenio María de Hostos. Com-pilación y edición de Miguel Collado, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CLXXIX *Los campesinos del Cibao: Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960*. Pedro L. San Miguel, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXX *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 3. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXXI *La dictadura de Trujillo: documentos (1940-1949)*. Tomo II, volumen 4. Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXXII *De súbditos a ciudadanos (siglos XVII-XIX): el proceso de formación de las comunidades criollas del Caribe hispánico (Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo)*. Tomo I. Jorge Ibarra Cuesta, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXXIII *La dictadura de Trujillo (1930-1961)*. Augusto Sención Villalona, San Salvador-Santo Domingo, 2012.

Vol. CLXXXIV *Anexión-Restauración.* Parte 1. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2012.

Vol. CLXXXV *Anexión-Restauración.* Parte 2. César A. Herrera. Edición conjunta entre el Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CLXXXVI *Historia de Cuba.* José Abreu Cardet y otros, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CLXXXVII *Libertad Igualdad: Protocolos notariales de José Troncoso y Antonio Abad Solano, 1822-1840.* María Filomena González Canalda, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CLXXXVIII *Biografías sumarias de los diputados de Santo Domingo en las Cortes españolas.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CLXXXIX *Financial Reform, Monetary Policy and Banking Crisis in Dominican Republic.* Ruddy Santana, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXC *Legislación archivística dominicana (1847-2012).* Departamento de Sistema Nacional de Archivos e Inspectoría, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXCI *La rivalidad internacional por la República Dominicana y el complejo proceso de su anexión a España (1858-1865).* Luis Escolano Giménez, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXCII *Escritos históricos de Carlos Larrazábal Blanco.* Tomo I. Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXCIII *Guerra de liberación en el Caribe hispano (1863-1878).* José Abreu Cardet y Luis Álvarez-López, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXCIV *Historia del municipio de Cevicos.* Miguel Ángel Díaz Herrera, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXCV *La noción de período en la historia dominicana.* Volumen I, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXCVI *La noción de período en la historia dominicana.* Volumen II, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXCVII *La noción de período en la historia dominicana.* Volumen III, Pedro Mir, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXCVIII *Literatura y arqueología a través de* La mosca soldado *de Marcio Veloz Maggiolo*. Teresa Zaldívar Zaldívar, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CXCIX *El Dr. Alcides García Lluberes y sus artículos publicados en 1965 en el periódico* Patria. Compilación de Constancio Cassá Bernaldo de Quirós, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CC *El cacoísmo burgués contra Salnave (1867-1870)*. Roger Gaillard, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CCI *«Sociología aldeada» y otros materiales de Manuel de Jesús Rodríguez Varona*. Compilación de Angel Moreta, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CCII *Álbum de un héroe. (A la augusta memoria de José Martí)*. 3ra edición. Compilación de Federico Henríquez y Carvajal y edición de Diógenes Céspedes, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CCIII *La Hacienda Fundación*. Guaroa Ubiñas Renville, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CCIV *Pedro Mir en Cuba. De la amistad cubano-dominicana*. Rolando Álvarez Estévez, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CCV *Correspondencia entre Ángel Morales y Sumner Welles*. Edición de Bernardo Vega, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CCVI *Pedro Francisco Bonó: vida, obra y pensamiento crítico*. Julio Minaya, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CCVII *Catálogo de la Biblioteca Arístides Incháustegui (BAI) en el Archivo General de la Nación*. Blanca Delgado Malagón, Santo Domingo, D. N., 2013.

Vol. CCVIII *Personajes dominicanos*. Tomo I, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCIX *Personajes dominicanos*. Tomo II, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCX *Rebelión de los Capitanes: Viva el rey y muera el mal gobierno*. 2da edición, Roberto Cassá. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXI *Una experiencia de política monetaria*. Eduardo García Michel, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXII *Memorias del III Encuentro Nacional de Archivos*. Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXIII *El mito de los Padres de la Patria y Debate histórico*. Juan Isidro Jimenes Grullón. Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXIV *La República Dominicana [1888]. Territorio. Clima. Agricultura. Industria. Comercio. Inmigración y anuario*

estadístico. Francisco Álvarez Leal. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXV *Los alzamientos de Guayubín, Sabaneta y Montecristi: Documentos*. José Abreu Cardet y Elia Sintes Gómez, Santo Domingo, D. N., 2014.

Vol. CCXVI *Propuesta de una Corporación Azucarera Dominicana. Infome de Coverdale & Colpitts*. Estudio de Frank Báez Evertsz, Santo Domingo, D.N., 2014.

Vol. CCXVII *La familia de Máximo Gómez*. Fray Cipriano de Utrera, Santo Domingo, D.N., 2014.

Colección Juvenil

Vol. I *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos.* Santo Domingo, D. N., 2007

Vol. II *Heroínas nacionales*. Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín*. Alejandro Paulino Ramos. Santo Domingo, D. N., 2007.

Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo XIX*. Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. V *Padres de la Patria.* Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. VI *Pensadores criollos*. Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2008.

Vol. VII *Héroes restauradores*. Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. VIII *Dominicanos de pensamiento liberal: Espaillat, Bonó, Deschamps (siglo XIX)*. Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2010.

Colección Cuadernos Populares

Vol. 1 *La Ideología revolucionaria de Juan Pablo Duarte*. Juan Isidro Jimenes Grullón. Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. 2 *Mujeres de la Independencia*. Vetilio Alfau Durán. Santo Domingo, D. N., 2009.

Vol. 3 *Voces de bohío. Vocabulario de la cultura taína*. Rafael García Bidó. Santo Domingo, D. N., 2010.

Historia de Santo Domingo, Vol. IX, *La dominación haitiana*, de Gustavo Mejía-Ricart, se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editora _____, Santo Domingo, R. D., en el mes de febrero de 2015, con una tirada de 1,000 ejemplares.